Universidad de Deusto
Biblioteca

LEYENDARIO POPULAR

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

PUBLICADO POR

LA CORRESPONDENCIA VASCONGADA.

~~1460~~4

LA ENSEÑANZA CATOLICA
BILBAO

BILBAO.

IMPRENTA, Y LITOGRAFIA DE D. JUAN E. DELMAS,

1879.

147928

Universidad de Deusto
Biblioteca

Hemos dado el nombre de *Leyendario* á este libro que ha de contener leyendas, por razon análoga á la que asiste para llamar *Diccionario* al libro que contiene dicciones. El resto del título tiene su esplicacion en que el libro se ha de componer de leyendas y cuentos populares de autores españoles y estrangeros. Nada diremos de los trabajos de los señores Araquistain y Trueba que aparecerán en esta coleccion, y si solo nos anticipamos á asegurar que han de cautivar el ánimo y conmover el corazon de los lectores de la CORRESPONDENCIA VASCONGADA las tradiciones y leyendas de Flandes que formarán la parte principal de nuestro *Leyendario*.

LAS TRUCHAS.

CUENTO POPULAR

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Desde la falda oriental del monte Aiztcorri que recorre el ferro-carril, unas veces al aire libre y otras por dilatados túneles, descubre el viajero allá abajo en el frondoso valle un pueblecito blanco y alegre entre cuyos edificios se destacan la iglesia parroquial y una fábrica de papel, que simbolizan la religion y la industria, principales elementos de prosperidad y dicha de los pueblos. El que blanquea en aquel valle es la villa de Cegama, habitada por gente honrada, laboriosa, alegre y feliz como la generalidad de los pueblos vascongados.

Lo que voy á contar pasó en Cegama en el primer tercio del presente siglo, y aun hay allí quien como testigo presencial lo refiere en las largas noches de invierno al amor de la lumbre mientras la caldera de castañas hierve colgada del llar y el círculo de manzanas estalla y chilla al calor de la brasa.

No olvidaré fácilmente la noche que lo oí contar en una caseria de Oláran, barriada próxima á la villa. Mientras la cena se ponia en sazon, las mujeres hilaban, los muchachos desgranaban maiz y reian, los hombres fumábamos (holgazanotes!), y los chicos, cansados de formar castillejos y ejércitos con los *morolas*, como llaman allí á las mazorcas de maiz desgranadas, que en Vizcaya llamamos *artapoch y garuchos*, rogaban al abuelo que contara algun cuento de los muchos que sabia. Y como yo uniese mi ruego al de los chicos, el abuelo, que ya me habia mostrado su deferencia, haciéndome sentar á su lado en el escaño donde por derecho propio dominaba como absoluto señor, llenó y encendió por segunda vez la negra pipa y nos contó el cuento de las *Truchas*.

La lengua vascongada parece ser por su gracia y por su ternura la lengua del hogar y la familia. Graciosa, elocuente y dulce es la castellana, pero aun así, contado en ella este cuento, y mas contado por mí, no ha de regocijar los hogares de Castilla como regocija los de Otamoch, con cuyo nombre, que equivale á tierra de los argamales achaparrados, se designa vulgarmente á la comarca de Cegama.

II.

Era el rector de Cegama (rector se llama allí al cura párroco) lo mas bendito y glorioso que habia bajo la

Universidad de Deusto
Biblioteca

capa del cielo. Con aquel genio siempre bondadoso, indulgente y sereno, con aquella seguridad de que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, y por consiguiente lo mejor y lo mas justo, y con aquella propension á no descubrir en el mundo mas que horizontes de color de rosa, estaba siempre sonrosado como la fresa de Loyola, sano como las manzanas de Oiquina y gordo como los cebones de Oyarzun.

De su candor, y del candor de una muchacha de Oláran que se confesaba con él, se contaban ejemplos que hacian desternillar á las gentes de Otamoch, las mas tentadas á la risa de las tres provincias hermanas.

Hay en los arrabales de Cegama una ermita que fué antigua parroquia de la villa y en ella una imágen de San Bartolomé, á cuya proteccion acuden las gentes de las cercanías cuando sus necesidades reclaman la intervención del cielo. La *nescatilla* de Oláran estaba muerta de amores por un tal Mateo de Ibarreta, el *mutillá* mas guapeton y mas desdeñoso con las mozas de todo el valle de Cegama, y á su vez el sacristan de San Bartolomé, que era mas feo que el voto va Dios, miraba con buenos ojos á la *nescatilla*.

Una mañanita del mes de las cerezas, el mas hermoso del año por que le bendicen tres grandes santos, al nacer San Isidro Labrador, al promediar San Antonio de Pádua, y al morir San Juan Bautista, fue la nescatilla de Oláran, coloradita como ellas, á la ermita de San Bartolomé, y el sacristan al verla se escondió tras del altar de San José deseoso de averiguar qué peticion se iba á exhalar de sus labios, porque el sacristan preveia que creyéndose sola en la ermita formularia su peticion en voz alta, puesto que allí como en otras partes las gentes creyentes y sencillas opinan que las oraciones en voz alta son las mas eficaces.

La muchacha se arrodilló en mitad de la iglesia y esclamó:

—Te ruego, Santo bendito,
que por marido me des
á Mateo de Ibarreta,
que es guapo y hombre de bien.

El sacristan le contestó desde su escondite:

—El sacristan te conviene
y el sacristan te daré
porque Mateo es un pillo
y el sacristan no lo es.

Y la muchacha, persuadida de que era San José y no el sacristan quien le contestaba, replicó:

—Si no te lo digo á tí,
patriarca San José,
que se lo digo al apóstol
San Bartolomé.

Pues contábase que esta inocente muchacha fué un dia á confesarse con el Sr. Rector y cuando éste la preguntó si la quedaba alguna cosa más que confesar, contestó balbuciente y muerta de vergüenza que le quedaba un pecado muy gordo.

—Mas gordo que yo no será por mucho que sea, le dijo el Sr. Rector con aquella jovialidad que le era propia. Vamos, hija, sepamos que pecado es ese.

—Padre, si no me atrevo.....

—¡Vuelta al torno, que es de madera! Dilo y no andes con simplezas.

—Pues ha de saber V. que he dicho de un sacerdote una cosa mala....

—¡Ola, ola! Y qué cosa ha sido?

—Si le digo á V. que no me atrevo.....

—Vaya, no muelas con tonterías..... Con que digiste de un sacerdote.....

—Que parecia un cebon.

—Toma, eso lo dirias por mí. Y qué, los cebones son cosa mala? Malos trozos de cecina me como yo del que maté el invierno pasado!

Esto que se contaba del Sr. Rector de Cegama no tenia mucho chiste, pero mostraba la candorosa ingenuidad del buen sacerdote.

Es verdad que el Sr. Rector se despepitaba por un platito de jamon con tomate ó un par de truchas del riachuelo de Alzánia; pero en cambio era celosísimo en el desempeño de su sagrado ministerio, y como suele decirse, no tenia cosa suya, pues gastaba en limosnas y en obsequiar á cuantos llegaban á su casa, no solo el producto de su curato, sino tambien el de media docena de buenas caserías que habia heredado de sus padres.

El ama del Sr. Rector habia sido tan feliz como éste hasta acercarse á los treinta años. Su historia suministraba una prueba más del carácter desprendido y caritativo de su amo. Mari-Cruz, que asi se llamaba, quedó huérfana de padre y madre de muy pocos meses de edad y el Sr. Rector la recogió, costeó su lactancia y educacion y le sirvió como de cariñosisimo padre.

Mari-Cruz salió una escelente muchacha, y tanto amor y agradecimiento tenia al señor cura, que por no separarse de éste, habia desechado muchas y escelentes proporciones de casarse.

He dicho que hasta acercarse á los treinta años habia sido tan feliz como su amo, y de aqui se deduce que no lo era en la época en que hacemos conocimiento con ella, que es precisamente cuando rayaba en aquella edad. La esplicacion de esto merece capítulo aparte.

III.

Era célebre en Cegama un anciano conocido por Diegocho ó Diegochu, como diríamos en Vizcaya, donde se cree con los maestros del euskara que la terminacion en *u* es tan característica de esta lengua como la en *o* de la castellana.

Diegocho era un pobre labrador que apenas sabia escribir su nombre y apellido; pero era naturalmente tan listo y decidor y sabia tantos cantares, refranes y chilindrinas que en todo el Otamoch pasaba entre las gentes ignorantes y sencillas por un sábio á quien todos admiraban y escuchaban como á oráculo y profeta infalible.

Diegocho era un admirable *versulari* que echaba la pata á los poetas improvisadores mas afamados de las tres provincias hermanas donde los hay de padre y muy señor mio.

Diegocho era la delicia de las *deshojas* del maiz con los cuentos con que en ellas embobaba á la gente moza que se reunia para aquella operacion una noche en casa de un vecino y otra noche en la de otro.

Diegocho entendia de medicina y cirujia mas que el célebre Petriquillo su paisano que años despues, cuando Diegocho estaba ya enterrado, contribuyó con la mejor intencion del mundo á que se enterrase el ilustre Zumalacárregui.

Diegocho daba tres y raya á todos los calendarios en esto de adivinar y pronosticar las variaciones atmosféricas.

Y Diegocho, en fin, era un pescador tan diestro que las truchas del Alzánia se le venian á la mano.

Una tarde pasaba Diegocho por delante de casa del Sr. Rector con una hoz en la mano y un cesto vacio en el hombro y saludó á Mari-Cruz que cosia y cantaba en el balcon.

—Suba V. á poner la postura á un pellegillo de Navarra que hoy ha recibido el señor amo, le dijo Mari-Cruz.

Diegocho se hacia rogar, y como Mari-Cruz le arguyese que el señor cura le habia de reñir si sabia que le habia dejado pasar sin hacerle subir á beber una *golilla* (como dicen en tales casos las buenas amas de casa de mis queridas Encartaciones) soltó uno de sus inagotables refra-

Universidad de Deusto
Biblioteca

nes que hizo á Mari-Cruz soltar una carcajada, dejó en el portal el cesto y la hoz y subió á casa del señor cura.

Despues que Diegocho *engañó* una jarrilla del negrillo de Navarra con un canton de pan y unas nueces, encendió la pipa y se puso á echar chicoleos á Mari-Cruz, por supuesto chicoleos decentes, pues la única lengua que sabia carece de palabras para los de otro género.

De los chicoleos pasó Diegocho á las preguntas.

—¿Cuándo te casas, Mari-Cruz?

—¡Quite V. de ahí, pregunton! Nunca.

—Pues oye un cantar con que yo logré que mi mujer renunciara á su intencion de quedar para vestir imágenes y se decidiera á casarse conmigo:

La mujer se parece
mucho á la yedra
pues necesita un árbol
que la sostenga.

—Este cantar amiga Mari-Cruz, añadió Diegocho no es gracioso, pero es otra cosa que vale más: es verdadero. Con que no le olvides y quédate con Dios, que voy á segar un cesto de yerva con que cenen esta noche mis vacas.

Diegocho se alejó dando chupetadas á su pipa. Mari-Cruz volvió á sentarse en el balcon y á tomar la costura, pero no volvió á cantar. En lugar de cantar cavilaba. Hé aquí sus cavilaciones:

—Tiene razon el cantar de Diegocho. El S. Rector va siendo ya viejo y cuando mañana ú otro dia falte ¿qué va á ser de mí si no me he casado? Dinero ni cosa que lo valga no me ha de dejar porque con su generosidad y sus limosnas, todas sus rentas se le van y de las caserías no puede disponer en mi favor porque no pertenezco á su parentela, y ya se sabe que segun el Fuero los bienes raices no salen de los parientes. Voy á cumplir treinta años y conforme han ido aumentando mis años han ido disminuyendo mis novios, de modo que hace dos que no me ha salido ninguno cuando antes cada año me salian dos docenas. No, caramba, si me llega á salir alguno no le suelto á tres tirones aunque sea mas feo y cojo y contrahecho que el sacristan de San Bartolomé.

En estas cavilaciones y estos propósitos vivió Mari-Cruz hasta que llegó la romería del apóstol.

Mari-Cruz, que habia tenido buenos vigotes, habia perdido mucho; pero como decia el barbarote Jatun-andi, aun se la podia prestar un pan aunque nunca le devolviera.

Ya que he nombrado á Jatun-andi, voy á decir quien era este pedazo de animal. Jatun-andi era un mozallon de Arayoma que se distinguia en primer lugar por su voracidad que le habia valido el apodo con que se le conocia, equivalente á Traga-aldabas, y en segundo por su manía de ajustar todas las acciones de su vida á los preceptos de cantares y refranes, cuando estos preceptos no contrariaban sus naturales inclinaciones. Si un refran ó un cantar encarecia las escelencias de la gula, Jatun-andi le tomaba por un evangelio chiquito; pero si por el contrario encarecia las escelencias de la sobriedad, le despreciaba calificándole de dicho de viejas.

Viejo era Diegocho, y sin embargo sus refranes y cantares eran para Jaun-andi artículo de fe, sobre todo cuando no contrariaban sus inclinaciones.

El dia de San Bartolomé bailó alternativamente con Mari-Cruz y con una chica de la caseria de Ondárra, conocida por la Cascabelera por su aficion á tontear con todos los mozos, y al terminar la romería declaró á Mari-Cruz su atrevido pensamiento de casarse con ella.

Mari-Cruz antes de contestarle, se hizo instantáneamente esta reflexion: «Feo, tosco, tragon y bárbaro es Jatun-andi y yo soy casi una señorita; pero á falta de pan buenas son tortas.»

Y despues de los consabidos «que cosas tiene V!;» «¿pero lo dice usted con formalidad?» «mire V. si tendrá otras mas guapas que yo!» etc. etcétera, concluyó por darle el *sí*.

No hay gente mas tonta que las mujeres y los hombres.

IV.

Cerca de un año hacia que Jatun-andi era novio de Mari-Cruz, y aunque esta habia tenido muchos motivos para tronar con él, sobre todo por sus devaneos con la Cascabelera de Ondárra que daban á la pobre Mari-Cruz muy pícaros ratos, Mari-Cruz estaba resuelta mas que nunca á no soltar á Jatun-andi.

Llegó la víspera de San Bartolomé y Mari-Cruz como todas las *echecoandrias* de Cegama y sus inmediaciones, hacia preparativos culinarios para la fiesta.

El Sr. Rector leyó una carta que acababa de traerle un propio venido de Aránzazu, y llamando á Mari-Cruz lleno de alegría, la dijo:

—Mari-Cruz, gran noticia! Tenemos este año de predicador al Padre Cándido, que es un prodigio de elocuencia sagrada. Qué honra tan insigne para nuestra religiosa Cegama y para mí que voy á tener la gloria de hospedarle! Mari-Cruz, es cosa de echar la casa por la ventana. A ver, hija, si mañana te luces con tus habilidades de cocina, que el Padre Cándido es hombre que si hace prodigios con la lengua no los hace menos con los dientes. Sobre todo que no falten en la mesa un par de truchas de las buenas. Ve en seguida á avisar á Diegocho para que las pesque esta tarde, y no omitas nada para que mientras viva el Padre Cándido se hable de Cegama en el refectorio de Aránzazu.

Mientras esto pasaba en casa del señor Rector pasaba algo relacionado con Mari-Cruz en el castañar de Berunza.

La cascabelera de Ondarra subia por el castañar arriba con una errada de agua de Pauli-iturri y Jatun-andi, que la habia visto bajar la salió al encuentro en el carretil que bajando del monte cruza el castañar.

El zamarro de Jatun-andi y la coquetuela de Ondarra reian y retozaban á mas no poder bajo un castaño cuando apareció Diegocho que bajaba del monte con un haz de helecho, y al verle suspendieron el jolgorio, y la Cascabelera continuó su camino castañar arriba viendo que Diegocho en vez de pasar de largo se detenia á descansar en el carretil posando el haz de helecho en un terrero.

Jatun-andi iba tambien á alejarse, pero Diegocho, que habia desrrollado la bolsa de piel de perro y sacado de ella la pipa, le llamó ofreciéndole una pipada, que Jatun-andi no desdeñaba nunca.

—Jatun-andi, hablemos como amigos, dijo Diegocho. Basta que pienses casarte con Mari-Cruz para que yo te tenga buena voluntad; pero por lo mismo que te la tengo debo decirte que no me gustan nada tus retozos con la Cascabelera.

—Es que la Cascabelera es mas guapa que Mari-Cruz.

—Pero Mari-Cruz es mujer de bien, y la Cascabelera aunque lo sea no lo parece. Hay un cantar que dice:

De dos mujeres malas
nos libre Dios amen;
de la que lo parece
y de la que lo es.

Una sola cosa pudiera retraerte de casar con Mari-Cruz.

—Y cuál, Diegocho?

—No necesitas saberla, porque Mari-Cruz es incapaz de pegársela á nadie, y menos á los curas ni los frailes.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Si le entiendo á V. que me ahorquen.

—Tu no entiendes mas que de llenar la tripa.

—Quien por comer no se mata....

—No está conforme con eso aquel refran que dice:

Quien come para vivir,
se alimenta;
quien vive para comer,
revienta.

—Déjese V. de dichos de viejas y dígame qué es lo que pudiera retraerme de casar con Mari-Cruz.

—El que Mari-Cruz fuera capaz de pegársela á su amo.

—Porqué?

—Por que hay un cantar que dice:

La que es capaz de pegársela
á los curas y á los frailes,
se la pegará al demonio
si con ella se casare.

—Já, já, já! Sabe V., Diegocho, que ese cantar merece aprenderse *de cabeza*, y particularmente cuando uno está tentado de casarse con una ama de cura?.

—Pero no cuando el ama de cura es como Mari-Cruz....

Diegocho se interrumpió al oir á Mari-Cruz que le llamaba desde la linde del cañar.

—Qué hay, Mari-Cruz? contesté.

—Que el señor Rector desea que sin falta pesque V. esta tarde un par de truchas buenas.

—Dile al señor Rector que las tendrá sin falta para el anochecer.

—Pues á Dios, que hago mucha falta en casa.

—Pero, mujer, no vayas tan de prisa. De tí estábamos hablando este y yo.

—VV. si que están buen par de truchas!

Así diciendo, Mari-Cruz se volvió á casa, y Diegocho y Jatun-andi se separaron, dirijiéndose cada cual á la suya.

Diegocho no echó en saco roto el encargo del señor Rector, pues al anochecer subió á casa de este llevando dos truchas como dos salmonetes; y después de haber sido obsequiado por el cura con un duro y por Mari-Cruz con la consabida jarrilla de vino acompañada de pan y nueces, salió encendiendo la pipa con un tizo que para ello y para alumbrarse tomó del hogar.

V.

El señor Rector era sabedor de las relaciones amorosas de Mari-Cruz con Jatun-andi, porque Mari-Cruz le habia dado noticia de ellas apenas las contrajo. El novio no le habia parecido ninguna ganga sino le habia dado su aprobacion por razones análogas á las que Mari-Cruz habia tenido para darle el *sí*. Jatun-andi entraba con frecuencia en casa del señor Cura, quien en manera alguna se oponia á ello, en primer lugar porque su casa estaba siempre abierta á todos los vecinos, y en segundo porque sabia que Jatun-andi no entraba con mas fin que el de llenar la tripa.

Diegocho se dirigia á su casa con su pipa en la boca y su tizon en la mano cuando se encontró con Jatun-andi, á quien dió noticia de las dos soberbias truchas que dejaba en casa del Sr. Rector.

Jatun-andi que andaba siempre buscando pretestos para ir á casa del señor cura, no tanto por ver á Mari-Cruz como por sacar la tripa de mal año, se fué inmediatamente á allá con pretesto de ver las truchas.

El señor cura estaba encerrado en su cuarto con la suegra, es decir, con el breviario á que dan este nombre los eclesiásticos segun dice el Diccionario de la Academia, tan aficionado á decir lo que debe callar como á callar lo que debe decir. Mari-Cruz estaba llorando, ó poco ménos, porque Diegocho al concluir la jarrilla le habia hecho una amistosa advertencia que le llenó

de dolor, con tanta más razon cuanto que llovia sobre mojado.

—Mari-Cruz, le habia dicho Diegocho con la mejor intencion, ya sabes que yo te quiero porque nunca olvidaré que pudiera moler el molino de Aitamárren con los jarrillas de vino que ha recibido de tu mano. Pues oye un consejo: ándate con cuidado con ese camueso de Jetun-andi que anda cada vez más encalabrinado con la Cascabelera de Ondárra.

—¿Por qué me dice V. eso, Diegocho? exclamó Mari-Cruz sobresaltada.

—Porque esta mañana cuando nos viste en el castañar de Beranza acababa yo de sorprenderle allí retozando con la Cascabelera que subia de Pauli-eturri.

—Gracias, Diegocho! dijo Mari-Cruz saltándosele las lágrimas.

—Atale corto, asegúrale bien por que sino te se escapa y ya no estás para gollerias, porque como dice el cantar:

La mujer que á los treinta
no tiene novio
eche las esperanzas
con mil demonios.

Mari-Cruz hizo un esfuerzo por disimular su pena y puso como siempre cara de risa á Jatun-andi.

—Conque vamos á ver, le dijo éste esas famosas truchas que Diegocho ha pescado; pero no, mejor será que ántes de todo mires si tienes por ahí algo que echar á perder.

Mari-Cruz le sacó medio pan, medio queso y media azumbre de vino que Jatun-andi se echó entre cuero y carne en medio cuarto de hora.

—Ahora vamos á ver las truchas, dijo el animalote de Jatun-andi.

Mari-Cruz sacó en una fuente las dos hermosas truchas que ya tenia destripadas y preparadas para freirlas la mañana siguiente.

En el nombre del Padre y del

Hijo!.... exclamó Jatun-andi santiguándose, en mi vida he visto truchas mas hermosas. Qué, si parecen besugos! Si los pescáramos mañana unos amigos y yo en la merendona que vamos á tener en el castañar de Berunza.....

—Qué, ¿no vas mañana á la romería? la preguntó Mari-Cruz sorprendida y disgustada.

—Que romería ni qué jinojos! ¿Dónde hay romería como una merienda con vino hasta dejarlo de sobra.

—Malhaya el vinazo, que siempre estais soñando con él.

—Pero, mujer, qué ha de hacer uno sino beber vino en un pueblo como Cegama donde no hay una mala fuente....

—Buena es el agua del rio.

—Cá! el rio cria ranas.

—Eh, viciosotes! Con que ya ves que Diegocho se ha lucido porque las truchas son alhajas.

—Canario si lo son! Lástima que se las coman curas y frailes!

—Ne, mejor fuera que se las comieran judios como vosotros.

—Pues ya se ve que fuera mejor.... Mira, Mari-Cruz, quieres dármelas para que unos amigos y yo nos las manduquemos mañana en Berunza?

—Anda, vete enhoramala con tus bromas.

—Pues, chica, te lo digo con formalidad. Mira tu si en casa del señor Rector habrá de sobra con que reemplazarlas!

—Vaya, vaya, déjate de conversacion, dijo Mari-Cruz disponiéndose á volver á la despensa las truchas.

—Mira, no te molestes en guardarlas, replicó Jatun-andi, porque es cosa hecha, me las voy á llevar yo.

—Pero hablas de veras?

—Tan de verás como me he de morir.

—Vamos, tu te has vuelto loco ó me quieres volver.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Ni lo uno ni lo otro: me das las truchas ó tronamos para siempre.

—¿Qué es lo que dices, hombre de Dios?

—Lo que digo es que si me das las truchas me caso contigo para San Martin y si no me las das me caso para San Martin con la Cascabelera.

—Pero no ves, hombre, que es imposible.

Yo siempre he oido decir que para el que quiere no hay imposibles.

—Pero con qué cara le digo yo al amo.....

—Al amo le dices, pongo por caso, que el gato se las ha comido.

—Si, replicó Mari-Cruz, esforzándose por dar un giro alegre á aquella triste conversacion, para que me suceda lo que á la criada del cuento.

—Y qué le sucedió á esa criada?

—¡Una friolera! La mandó su ama á comprar tres libras de carne y de las tres sisó dos. Como lo conociese su ama, se disculpó con que el gato las habia comido. Entonces su ama pesó al gato y resultó que el gato solo pesaba libra y media. (1).

—Inventa tu otro cuento mejor urdido que ese y verás como el Rector y el fraile se le tragan.

Al decir esto, Jatun-andi cogió las truchas y tornó con ellas la escalera sin que todos los ruegos y reflexiones de Mari-Cruz bastaran á detenerle.

Mari-Cruz tuvo tentaciones de decir á su amo la verdad de lo que habia pasado; pero por primera vez de su vida no se atrevió á decírsela.

Pensó si Diegocho podria cojer por la mañana otro par de truchas como aquellas, pero recordó que Diegocho le habia dicho que todas las que quedaban en el riachuelo eran chiquitas.

Pensó otra porcion de cosas y ninguna la satisfizo hasta que se decidió por primera vez de su vida á idear un embuste, por cuyo medio ella quedase bien con su amo y su amo no quedase mal con el fraile.

VI.

¡Qué dia tan esperado y tan hermoso es en las aldeas y particularmente en las vascongadas el de la fiesta titular! Yo no sé si para los que no se han criado en ellas tendrá el recuerdo de ese dia el encanto que para mi tiene.

Cuando se acercaba el dia de Nuestra Señora de la Asuncion, que alegria sentiamos todos, y particularmente la gente menuda, y con qué vivo interés mirábamos al Cielo é interrogábamos á los inteligentes en las variaciones de tiempo para adivinar si le haria bueno ó malo el dia de Nuestra Señora!

Llegaba por fin la víspera de este gran dia y el asunto principal de todas las conversaciones eran los convidados forasteros que esperaban en cada casa y el predicador y el tamborilero que debian llegar á la caida de la tarde.

Aquel dia las heredades estaban casi desiertas; hombres y mugeres se dedicaban por completo á los preparativos de la fiesta. En esta casa se mataba un carnero, en la otra una cabra, en la de allá una obeja, en la de acullá un novillo, y en todas se alborotaban los gallineros con la acometida, cuchillo en mano, del ama de casa. Descargábanse troncos y haces de leña seca en todas las portaladas y hasta aquel á quien cuando todo otro dia compraba carne, se le preguntaba si tenia enfermo en casa, salia de la Carniceria ostentando en un garabato de madera una puesta de media docena de libras.

(1) Príncipe ha versificado esta anécdota popular en su hermosa coleccion de *Fábulas*.

Al ponerse el sol, sonaba el tamboril en el campo de la iglesia como diciendo «ya estoy aquí y mañana será lo bueno» y entonces era de oir el grito de alegria que contestaba de todo el valle al toque del tamboril.

Y por último, la alegria y la esperanza llegaban á su colmo cuando el sacristan en vez de tocar á la oracion con unas cuantas campanadas, atronaba el valle con el prolongado y estrepitoso repique de las dos campanas, á las que acompañaban los dos cimbalillos furiosamente volteados por los chicos mas listos de la escuela.

¡Qué larga se hacia aquella noche aun para los mas dormilones! Apenas amanecia, la aldea entera abandonaba el lecho y de todas las chimeneas empezaba á salir al humo que una hora despues formaba el valle un blanco, azulado y transparente dosél.

Y los forasteros que iban asomando por las montañas que dominaban el valle ¡qué delicias vislumbraban á través de aquella azulada gasa! delicias que para unos tenian la forma de muchachas coloraditas y querenciosas, para otros de pellejos de vino y trozos de carne, y para los demás de dulces y santos recuerdos de tiempos y gentes y afectos de que solo el recuerdo quedaba en los campos y los hogares que velaba aquella nubecilla.

Pero.... dominemos esta picara propension que los aldeanos presos en las villas y ciudades tenemos á escaparnos á la aldea donde están los amores y los recuerdos de nuestra infancia y volvamos á la villa de Cegama con tanto mas motivo, cuanto que de villa solo tiene el nombre como casi todas las vascongadas.

Sí, prueba de que Cegama es tan aldea como la amadísima donde yo nací, es que la víspera y la mañana de su fiesta de San Bartolomé pasaba en ella lo que pasa en mi aldea la víspera y la mañana de su fiesta de Nuestra Señora de la Asuncion.

El cielo estaba azul, pero empezaba á soplar el viento del Sur tan querido de las castañas y las boronas que sazonan á su cálido soplo como aborrecido de los que parecemos un manojo de nervios próximo á estallar cuando aquel viento sopla. El dia, con sol radiante y viento *castañero*, era calorosísimo.

Las campanas se deshacian repicando á misa mayor y la concurrencia de forasteros de Guipúzcoa y aun de Navarra y Alava y Vizcaya era tal que Diegocho decia en plena plaza chupa que chupa su pipa, y pensando en el dineral que aquel dia iban á dejar en Cegama los forasteros:

—Si de esta hecha la señora villa no planta una fuente en medio de la plaza, es seguro que algun perro rabioso la ha mordido.

La misa mayor comenzó con gran solemnidad y con la iglesia llena de gente que temia ahogarse de calor.

Cuando el predicador subió al púlpito, todos temieron que no pudiera resistir la sofocante atmósfera del templo, tanto mas cuanto que el Padre Cándido era tan grueso como el señor Rector, y todos veian que el señor Rector, como suele decirse, sudaba tinta.

El sermon fué bueno, bueno y retebueno porque el Padre Cándido era, en efecto, hombre que lo entendia. Cuando el predicador, á propósito de la desollacion del glorioso apóstol San Bartolomé, la emprendió con los hombres barbados que convirtiéndose en miserables mujerzuelas se entretienen en desollar con la lengua á todo vicho viviente, el efecto que produjo fué magnifico en un par de bribones de cegama que se entretenian habitualmente en desollar con sus murmuraciones á los vecinos mas labo-

riosos y honrados de la villa y sus cercanías.

Pero el Padre Cándido cuando bajó del púlpito no podia ya con su alma, y tuvo que retirarse inmediatamente á su posada, es decir, á casa del Sr. Rector.

Mari-Cruz, que habia oido temprano la misa del Padre Cándido, estaba en cása atareadísima con las faenas culinarias. Cuando vió llegar al predicador tan sofocado, se asustó creyendo que llegaba enfermo, pero el Padre Cándido se apresuró á tranquilizarla.

—No te asustes, Mari-Cruz, dijo el buen religioso, que esto no es mas que una muestrecita de los sofocones del infierno. Vengo á ver si me das algo con que me temple un poco.

—Pierda V. cuidado, Padre Cándido, que le voy á hacer á V. un refresco con que se quedará como una lechuga, contestó Mari-Cruz poniendo manos á la obra.

La obra fué un buen vaso de agua fresca con dos azucarillos bien disueltos con la rotacion de una caña cascada y el aditamento de una copa no sé si de rom ó aguardiente anisado, porque en materia de líquidos alcohólicos soy un zopo.

El Padre Cándido desocupó el vaso de un par de tragos, y en efecto al minuto estaba mas fresco que una lechuga y con mas ganas de conversacion que..... (ponga aquí cada lector el nombre del mayor hablador que conozca.)

—Y como te vá, Mari-Cruz, con el señor Rector?

—Perfectísimamente, Padre Cándido.

—Es un bendito de Dios: no es verdad?

—Que si lo es? Si todas las gentes del mundo fueran como él, la tierra seria el cielo.

—Y está sanote y fuerte como un roble.

—Gracias á Dios no tiene un dolor de cabeza, y si no fuera por la manía esa que le quedó cuando estuvo enfermo hace años....

—Manía? Ah! ya, la de gastar cuanto tiene en limosnas. Mujer, esa no es manía, que es una de las mas santas obras de misericordia....

—Pero, Padre Cándido, si no me refiero á eso,

—Pues á qué, mujer?

—Que: ¿no sabe usted la manía del pobre señor amo?

—No sé que tenga ninguna.

—Alabado sea Dios! Pues no hay en Cegama quien no lo sepa.

—Ya, pero como yo no soy de Cegama....

—Tiene usted razon.

—Y ¿qué manía es la que tiene el bueno del señor Rector?

—La mas rara que usted puede figurarse.

—Pero vamos á ver cual es.

—Nada, que algunas veces, cuando tiene convidado á comer, se le mete en la cabeza que le ha de cortar las orejas al convidado.

—Zape! exclamó el Padre Cándido, dando un salto en la silla y llevándose instintivamente las manos á las orejas.

—No le dé á V. cuidado, Padre Cándido, que eso no vale nada.

—Qué no vale nada la conservacion de las orejas? Muchocha, estas loca, ó te chanceas? Yo no he averiguado para qué nos ha puesto Dios este par de embudos sobre las mandíbulas, pero cuando nos las ha puesto, para algo será, que Dios no hace las cosas á humo de pajas.

—Pero, Padre Cándido, sino digo lo contrario. Lo que la digo es que manía del pobre señor amo es completamente inofensiva si se tiene un poco de cuidado. En primer lugar le da de muy tarde en tarde y en segundo, cuando le dá hay una señal infalible para prevenirse y evitar todo peligro.

—Esplicate, mujer, esplicate, que la cosa es séria, dijo el fraile algo

mas tranquilo, pero todavía sin tenerlas todas consigo.

—Cuando al Sr. Rector le da esa manía se conoce en que al sentarse á la mesa toma el cuchillo....

—Aprieta, manco! esclamó el Padre Cándido interrumpiendo á Mari-Cruz y llevándose nuevamente las manos á las orejas.

—Pero, Padre Cándido, oigame usted y no se asuste.

—Di, mujer, di.

—Pues digo que cuando le va á dar al amo la manía, se conoce en que al sentarse toma el cuchillo y se pone á suavizarle en la palma de la mano como quien suaviza una navaja de afeitar y entonces el convidado con pretesto de cualquiera cosa, se levanta y se aleja de casa, con lo cual, aunque se queda sin comer, se queda con sus orejas donde Dios se las puso.

—Hum! murmuró el Padre Cándido todavía alarmado, á pesar de los esfuerzos de Mari-Cruz por tranquilizarle, hum! me parece que seria mejor tomar el portante...

El fraile se interrumpió oyendo los pasos del Sr. Rector que subia ya las escaleras.

A propósito del señor Rector debo completar el retrato que de él hice, diciendo que entre sus manías figuraba, no la de querer cortar las orejas á sus convidados que Mari-Cruz le habia atribuido, sino la de hacer con el cuchillo, siempre que se sentaba á la mesa, la maniobra que la misma Mari-Cruz habia dicho.

Poco despues de su vuelta de la iglesia se sentaba alegremente á la mesa en compañía del Padre Cándido y este abria tanto ojo á ver si echaba mano al cuchillo.

VII.

El comedor de casa del señor Rector de Cegama estaba separado de la cocina por otra pieza donde habia un aparador que Mari-Cruz habia provisto de una porcion de menudencias que hicieron los dientes agua al señor Rector y al Padre Cándido cuando repararon en ellas al dirigirse á la mesa.

Lo que sobre todo regocijó y arrancó una sonrisa de profunda satisfaccion al señor Rector, fué una gran fuente cubierta con una blanca servilleta en que supuso estaria el par de ricas truchas, que eran su manjar predilecto y con que esperaba sorprender agradablemente al Padre Cándido, no menos aficionado que él á la flor y nata de la pesca fluvial.

El Padre Cándido se tranquilizó un poco viendo que el Rector, distraido alegremente con los primores con que Mari-Cruz habia adornado la mesa, no hacia caso del cuchillo, y hasta se decidió á hacer boca con unas apetitosas rajitas de salchichon que componian parte de los *entremeses;* (los españoles hablamos en francés para mayor claridad); pero de repente se agitó en su silla y se llevó las manos á las orejas. Era que el señor Rector habia echado mano al cuchillo y se ponia á hacer la operacion consabida.

—Qué es eso, Padre Cándido? le preguntó el Rector alarmado creyendo que le habia dado algo.

—Nada, nada, contestó el fraile desconcertado, que esta pícara muela me ha dado una punzada, y con permiso de V. voy á ver si encuentro en la maleta un terroncito de alcanfor con que se me suele quitar metiéndolo en la muela dañada.

—Sí, sí, vaya V., que para eso el alcanfor es muy bueno.

El Padre Cándido desapareció del comedor, é inmediatamente se oyó la voz de Mari-Cruz, que decia:

—Padre Cándido, Padre Cándido, está V. loco?

Pero el Padre Cándido no contestaba, y el ruido de sus precipitados pasos se perdia hácia la escalera.

—Qué es eso, Mari-Cruz? pregun-

Universidad de Deusto
Biblioteca

to el señor Rector, levantándose y saliendo del comedor.

—Qué ha de ser, señor amo, contestó Mari-Cruz, que el Padre Cándido sin duda ha perdido el juicio, pues ha cogido del aparador las truchas y se escapa con ellas metidas en la manga.

—Pero se lleva las dos? preguntó el Rector tan asombrado como disgustado.

—Si, señor, las dos se ha encajado en la manga. Jesús, no se puede una fiar ni de la camisa que lleva puesta. Ese señor se ha vuelto loco!

—Loco podrá haberse vuelto, pero tonto no, dijo el señor Rector, y corrió al balcon.

—Padre Cándido! gritó desde el balcon, viendo que el fraile corria como alma que lleva el diablo, para largarse de Cegama; Padre Cándido, no se vaya V. con las dos. Una de las dos siquiera.... Déjeme V. una.

—Una? Ni media, contesto el fraile, cubriéndose con las manos ambas orejas, y desapareció, y alejándose de la villa tomó precipitadamente la mula que habia dejado en una posada de las afueras por no haber cuadra en casa del señor Rector. Un momento despues iba camino de Aránzazu mirando de cuando en cuando atrás, y todavia llevándose instintivamente las manos á las orejas.

Mari-Cruz esperó en vano aquella noche á Jatun-andi; pero no estrañó que este no fuera á verla aquella noche: Jatun-andi habia llenado la tripa en el castañar de Berunza y no necesitaba ir aquella noche á llenarla en casa del señor Rector.

A la mañana siguiente Jatun-andi fué á ver á Mari-Cruz á quien antes de todo preguntó si tenia por allí algo que echar á perder,

Despues que Mari-Cruz habia satisfecho esta pregunta, sacándole medio pan, medio queso y media azumbre de vino que el bárbarote despachó en medio cuarto de hora, Jatun-andi le hizo otra:

Como te las gobernaste ayer para que ni el cura ni el fraile supiesen que me habias dado las truchas?

Mari-Cruz le contó su estratagema.

—Es decir, dijo Jatun-andi, que se la pegaste de puño al cura y al fraile?

—Si, y con harto sentimiento mio, contestó tristemente Mari-Cruz.

—Pues, amiga, tengo que decirte una cosa.

—¿Qué cosa es? preguntó Mari-Cruz alarmada con el tono sério y solemne que de repente habia tomado su novio.

—Recuerdas aquel cantar que dice;

La muger que se la pega
á los curas y los frailes
se la pegará al demonio
si con ella se casare?

—Si que le recuerdo, respondió Mari-Cruz cada vez mas alarmada.

—Pues, amiga, ya no me caso contigo.

—Qué es lo que dices, hombre de Dios?

—Digo que yo queria hacer una prueba infalible para dar el trueno gordo, he hecho la prueba y doy el trueno.

Mari-Cruz al oir esto, quiso replicar á aquel barbarote, pero la indignacion la oprimió el corazon y solo pudo echarse á llorar mientras Jatun-andi tomaba escaleras abajo.

VIII.

El dia de San Martin salia de la iglesia de Cegama una boda: era la de Jatun-andi y la Cascabelera de Ondárrea que acababan de casarse.

Al oir el ruido de los cohetes que la anunciaban, Mari-Cruz salió al balcon, vió á los recien casados y se metió adentro llorando.

Diegocho estaba en aquel momento en la plaza chupa que chupa su pipa y al ver á los novios se quitó la pipa de la boca y murmuró saltándosele tambien las lágrimas:

—Pobre Mari-Cruz! Que cierto es aquel cantar que dice:

La cuarta parte del agua
que las fuentecillas vierten
es las lágrimas que cuestan
los hombres á las mujeres.

Cuando el Sr. Rector llegó á casa, despues de casar á Jatun-andi y la Cascabelera, aun estaba Mari-Cruz llorando.

Mari-Cruz se enjugó las lágrimas é hizo un esfuerzo supremo para ocultar su dolor al noble anciano á quien veneraba como á sacerdote y amaba como á padre; pero el Sr. Rector adivinó con honda pena lo que pasaba en el alma de Mari-Cruz, y dijo á ésta:

—Animo, hija, que las espinas de la tierra se convierten en flores en el cielo.

Mari-Cruz se arrodilló á los piés del sacerdote desecha en llanto y le confesó la falta que habia cometido:

Y el Sr. Rector despues de convenir en que habia procedido mal y en que quizá el dolor que habia esperimentado en aquel momento era la espiacion de aquella falta, añadió:

Mari-Cruz, resignate con la voluntad de Dios que quizá te ha hecho un bien muy grande rompiendo los lazós que te unian con ese hombre. El dia que yo muera no quedarás desvalida en el mundo, pues considerando que eras el primer pobre con quien yo debia egercer mi caridad, hace muchos años he ido apartando para tí el primer óbolo que repartia cada dia y así aparecerán en mi gaveta un par de miles de duros que mi testamento hará tuyos.

Iba Mari-Cruz á espresar su gratitud al Sr. Rector con lágrimas de consuelo que habian reemplazado á las lágrimas de dolor, cuando se detuvo al oir á Diegocho que se anunciaba escalera arriba con su habitual esclamacion de:

—La paz de Dios sea en esta casa.

—Qué hay, amigo Diegocho? le preguntó alegre y bondadosamente el Sr. Rector.

—Que ha de haber, señor, contestó el anciano: que Dios es justo dándole á cada uno lo que merece como lo prueba el haber dado á Jatun-andi la Cascabelera y á la Cascabelera Jatun-andi. Siempre va la penitencia en el pecado!

—Qué verdad dices, amigo Diegocho! esclamó el Sr. Rector, y añadió dirigiéndose á Mari-Cruz:

—Anda, Mari-Cruz, haz en un quítame allá esas pajas una fritada de las que tu sabes; que vamos á celebrar los tres juntos la boda de Jatun-andi y la Cascabelera.

Mari-Cruz soltó una alegre carcajada y se fué á la cocina mientras el Sr. Rector daba á probar á Diegocho un riquísimo tabaco que acababa de traerle de San Sebastian.

FIN DE LAS TRUCHAS.

Universidad de Deusto
Biblioteca

mo un demonio.

Cuando llegaban á la venta, la tempestad bramaba ya sobre la caseria donde tan obsequiosamente habian sido acogidos.

Refugiáronse en la venta mientras la tempestad pasaba, y salieron para continuar su camino así que escampó completamente.

San Pedro dirigió entonces la vista hácia la caseria del pié de la cuesta y lanzó un grito de sorpresa y lástima viendo que el pedrisco habia arrasado completamente los campos cubiertos de trigo y los árboles cargados de fruta que rodeaban la caseria.

Cristo reparó tambien en aquel estrago y guardó silencio.

Una nube de tristeza cubrió de nuevo la venerable faz de San Pedro.

—Que es eso, amado Pedro? le preguntó Jesus.

—Señor maestro! esclamó el anciauo con honda amargura, ¿no ha convenido usted en que son gentes cristianas y honradas las de esa caseria?

Sí, amado Pedro, son honradísimas.

—Pues entonces.....

—Pedro, no vuelvas á dudar de la justicia y sabiduria de mi padre! dijo Jesus sonriendo.

—Señor maestro, rogadle que me perdone! esclamó San Pedro llorando, porque aquella vaga y divina luz que penetraba en su inteligencia siempre que Jesus le reconvenia con benévola sonrisa, habia ahuyentado de repente su desconsoladora duda.

—Amado Pedro! le contéstó Jesus, mi padre ha dicho: «¡bienaventurados los pobres de espíritu!»

Y ambos continuaron su camino mudando de conversacion.

IV.

Andando, andando, Cristo y San Pedro, llegaron al anochecer á una ermita que estaba en un espantoso desierto, en cuyos matorrales ahullaban los lobos como condenados.

—Señor maestro. dijo San Pedro, yo no paso de aquí aunque me fusilen!

—Porqué, amado Pedro?

—No oye usted la música que empieza en los matorrales?

—Pedro, cuando los lobos ahullan licencia tienen de Dios.

—Estoy conforme con eso, señor maestro; pero no lo estoy con que los lobos saquen la tripa de mal año con nosotros.

—Tranquilízate, Pedro, que aqui ha de morar un ermitaño que es casi un santo y nos dará un rincon donde pasemos la noche.

—Me ha vuelto usted el alma al cuerpo, señor maestro!

Cristo y San Pedro se dirigieron á la ermita y pidieron hospitalidad al ermitaño, que les recibió con mucho amor y les dió de cenar pan, nueces y agua fresca servida en una copa de oro guarnecida de diamantes.

La copa le chocó sobremanera á San Pedro. El ermitaño lo notó y se apresuró á satisfacer la curiosidad del anciano.

—Sin duda, dijo á sus huéspedes, estrañarán ustedes que un humildísimo siervo de Dios que ordinariamente se alimenta con yerbas y raices, pues el pan y las nueces solo se usan aquí los dias de incienso, posea una alhaja como esta?

—Y tres mas que lo estrañamos, contestó san Pedro.

—Pues han de saber ustedes que yo era riquísimo, triunfaba y gastaba en grande, y lo mismo me acordaba yo de Dios que de la primera camisa que me pusieron. Al fin me tocó Dios en el corazon y determiné renunciar á las vanidades de este mundo, á cuyo efecto di á los pobres cuanto tenia, menos esta copa, y me vine á esta soledad, donde

Universidad de Deusto
Biblioteca

po que San Pedro andaba caviloso y triste, le dijo:

—Amado Pedro, me parece que estás triste y caviloso.

—Señor maestro, contestó San Pedro, desgraciadamente no se equivoca usted. Hace tiempo que me atormenta cada vez mas una picara duda que no me deja pegar los ojos en toda la noche, ni la puedo echar de mí por mas que me mato.....

—Y no me dirás amado Pedro, que duda es la que asi te atormenta?

—Señor maestro, trabajillo me costará el decirsela á usted porque es cosa terrible!

—No fias en mi amor y mi indulgencia?

—Pues qué, sino fiara andaria yo á mis años aperreado por estos campos y estos caminos en vez de vivir como un canónigo con mi barquilla y mi red en el mar de Galilea?

—Si es asi, dime, amado Pedro cual es la duda que te desvela y entristece.

—Pues ha de saber usted que dudo de la justicia y sabiduría de Dios!

—De mi Padre?

—Cabalito: de su señor padre de usted.

—Pedro, que insensatez es esa!

—Lo que le digo á usted, Señor maestro. Tal duda será una picardía, será un sacrilegio, será una barbaridad, será lo que usted quiera, pero lo cierto es que la tengo, y por mas que hago por echarla con doscientos mil de á caballo, no lo puedo conseguir.

—Pero veamos, amado Pedro, en que se funda esa duda porque, no basta decir yo dudo de esto ó de lo de mas allá; hay que probar que no se duda en vano.

—Estamos conformes en eso, señor maestro; pero desgraciadamente la duda que yo tengo de la justicia y sabiduria de su señor padre de usted, es fundadísima.

—Veamos cual es su fundamento.

—Señor maestro, usted sabe muy bien que desde que andamos de ceca en meca combatiendo la malicia y el error que tanto abundan en este pícaro mundo, hemos visto cosas que..... que francamente no nos han hecho maldita la gracia.

—Y qué cosas han sido esas?

—Demasiado lo sabe usted, señor maestro! Hemos visto inocentes niños desamparados, hombres de bien haciéndose cruces en la boca, bribones nadando en el oro y el moro, mujeres honradas cubiertas de harapos, y mujeres sin verguenza cubiertas de seda y repantingadas en doradas carrozas.

—Todo eso es verdad, amado Pedro!

—Pues bien, señor maestro; si su señor padre de usted es justo y sabio á carta cabal como usted dice y como todos nosotros vamos propalando por el mundo, fiados en la honrada palabra de usted que creemos no nos ha de dejar mentir, ¿cómo su señor padre de usted consiente esas y otras picardias?

—Pedro! contestó Jesus, tu duda es criminal, pero no temas, que mi padre ha dicho: «¡Bienaventurados los pobres de espiritu, que de ellos será el reino de los cielos!»

—Y se puede saber, señor maestro, que entiende usted por pobres de espiritu?

—Los pobres de espiritu de quien habla mi padre, son los ricos de corazon, que si pecan, pecan por ignorancia y no por malicia como te sucede á ti al dudar de la justicia y sabiduría de mi padre.

Al decir esto, Cristo sonrió benévolamente. Entonces San Pedro sintió que un rayo de divina luz iluminaba vaga y fugitivamente su

inteligencia, y prorrumpiendo en lágrimas de arrepentimiento quiso prosternarse á los piés de Jesus, que le tendió amorosamente la mano para impedírselo y le consoló con su sonrisa.

Y ambos viageros, mudando enseguida de conversacion, continuaron su camino.

III.

Andando, andando llegaron Cristo y San Pedro junto á una caseria rodeada de frutales y de campos de dorado trigo, que un hombre, una mujer y un niño comenzaban á segar.

Como hacia un calorazo que se asaban los pájaros, iban ambos como quien dice con un palmo de lengua fuera.

—Señor maestro, dijo San Pedro, esto es achicharrarse vivo, y yo ni siquiera me atrevo á quitarme el sombrero para enjugarme el sudor, porque como tengo tan poco pelo, temo cojer una insolacion que me lleve la trampa.

—Ten un poco de paciencia, amado Pedro, que en esa caseria descansaremos un rato y beberemos un trago de agua fresca porque yo me voy ahogando de sed.

—Y á mi me sucede dos cuartos de lo mismo.

Cristo y San Pedro llegaron al fin á la caseria que estaba al pié de una cuesta, y se sentaron delante de ella á la sombra de un cerezo.

Los labradores apenas vieron que los viageros se habian detenido, se apresuraron á salir á saludarlos. Eran un matrimonio con un hijo como de trece años, muy avispado y muy guapo.

El recibimiento que hicieron á los dos viageros desconocidos, no pudo ser mas afectuoso.

—Pasen ustedes y descansarán un rato y tomarán algo, les dijo la labradora abriendo la puerta de la caseria.

—No se moleste usted, le contestó San Pedro, que á la sombra de este cerezo estamos como príncipes. De lo que nos ha de hacer usted el favor, es de un poco de agua fresca.

—Con mucho gusto, contestó la buena mujer.

Y un momento despues les sacó agua con azucarillo y todo.

—Parece, le preguntó San Pedro, que ogaño la cosecha de trigo es buena?

—Muy buena, gracias á Dios, que ha derramado todas sus bendiciones sobre nuestras heredades.

—De modo que cogerán ustedes trigo para todo el año?

—Y aun para mas si no tuviéramos que venderlo; pero pensamos llevar al mercado toda la cosecha de trigo para ver si con su importe y con el de la fruta damos á este chico un poco de carrera aunque tengamos que pasar como Dios nos dé á entender, con pan de la cebada que hemos recogido ya.

Tras esta conversacion, Cristo y San Pedro se despidieron de los labradores que no los dejaron marchar sin darles para mojar la boca en el camino un pañuelo de ricas cerezas que el chico cogió del árbol por mandado de su madre.

Cristo y San Pedro continuaron su camino hala, hala por la cuesta arriba.

—Sabe usted, señor maestro, dijo San Pedro que esas gentes parecen muy honradas, muy cristianas y muy buenas?

—Lo son, amado Pedro; pero apresuremos el paso porque aquella nube que aparece por occidente nos alcanzará sino antes que lleguemos al alto donde hay una venta que nos sirva de refugio.

San Pedro siguió el consejo del maestro con tanto mas motivo cuanto que la nube avanazaba, avanzaba relampagueando y tronando co-

Universidad de Deusto
Biblioteca

LAS DUDAS DE SAN PEDRO.

CUENTO POPULAR

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Cuando Cristo y S. Pedro andaban por el mundo sucedieron cosas que el pueblo español me ha contado en el lenguaje candorosamente familiar y anacrónico en que, con la ayuda de Dios, las voy á recontar.

Si yo fuera el autor de la idea filosófica que dá valor y vida á este cuento, temeria reventar de orgullo por haber sabido encerrar en unas cuantas páginas y poner al alcance de las inteligencias mas pobres, la teoría mas profunda y hermosa de la fe cristiana. En otra ocasion dije que el pueblo es un gran poeta, y ahora añado que el pueblo es un gran filósofo cuando sin mas arte que el de la naturaleza concibe ideas como la que domina en este cuento, y sabe ponerlas en accion de modo que hasta los niños las comprendan. Lo que desconoce el pueblo es el modo de decir con arreglo al arte literario, y asi me ha de permitir que le corrija la plana. El no sabe que el arte no puede consentir que atribuya á Jesús el lenguaje familiar que atribuye á Pedro; pero yo lo sé; y como representante del arte, aunque indigno, tengo el deber de corregir este error del pueblo. Los discípulos de Jesús eran hombres rústicos y sencillos, y como tales debian hablar; pero Jesús era el divino Maestro, y su lenguaje, sin dejar de ser sencillo, debia tener la augusta majestad de Dios, su eterno Padre.

Hecha esta advertencia, dejemos que el pueblo hable en el lenguaje candorosamente familiar y anacrónico que le es habitual, porque el pobrecillo no conoce otro.

II.

Sán Pedro era un gran santo y Cristo le queria mucho como lo prueba el haberle nombrado su Vicario en la tierra, y el haberle dado las llaves del cielo; pero á pesar de eso, San Pedro tenia alguna vez que otra sus ratos de mal humor y sus rarezas, como generalmente les sucede á los viejos que paco á poco van volviendo á la edad de los niños.

En cuanto á la falta de fe que San Pedro esperimentaba de cuando en cuando, es cosa que no admite duda como lo prueba el haber negado á Cristo nada menos que tres veces.

Un dia caminaban Cristo y San Pedro por los campos de Judea, y Cristo que notaba hacia algun tiempo vivo dando al olvido esta vida transitoria y pensando solo en la eterna.

—Eso, contestó San Pedro, es muy cristiano y muy bueno; pero pregunta mi curiosidad ¿porqué se reservó usted esta copa, que entre paréntesis vale cualquier dinero?

—Porque era un regalo que me habia hecho el rey, y..... francamente, no tuve valor para desprenderme de una alhaja que tanto y tanto me honraba. Con que, segun veo, les parece á ustedes cosa de mérito la copita, eh?

—Vaya si nos parece!

—Y no crean ustedes que la guarnicion es de piedras falsas; es de purísimos diamantes que valen un dineral.

—Eso á la legua se conoce, hombre.

Sospechando el ermitaño que los forasteros tendrian mas ganas de dormir que de hablar de la copa, les arregló una escelente cama de yerba seca y olorosa, y así que se acostaron y les dió las buenas noches se fue á la ermita á pedir á Dios que les concediese el sueño de los justos.

Cuando Cristo y San Pedro se levantaron la mañana siguiente, el ermitaño les tenia ya preparado el almuerzo, compuesto, para variar, de pan, nueces y agua fresca servida en la consabida copa.

—Ea, les dijo, almuercen ustedes á sus anchas y dispensen ustedes que les deje, porque tengo que irme á mis rezos. Dios les dé á ustedes buen viaje y haga que si no nos volvemos á ver en la tierra nos veamos en el cielo.

Cristo y San Pedro le dieron las gracias por todo, le instaron á que se fuese á sus quehaceres sin andar con cumplimientos, y despues de almorzar continuaron su viaje.

—Sabe usted, señor maestro, dijo San Pedro, que el ermitaño ese me parece un bendito?

—Ya te dije, amado Pedro, que casi era un santo.

—Yo creo que lo es sin casi.

Como el pan y las nueces son comida seca, Cristo y San Pedro tuvieron muy pronto una sed de mil demontres.

Busca por aquí, busca por allá una fuente, al fin dieron con una que brotaba al pie de un árbol. Para beber en ella casi era necesario echarse de bruces. Iba ya á hacerlo San Pedro, apesar de que para bajarse tenia ya duro el espinazo, cuando el maestro le dijo:

—Espera, amado Pedro, que aquí he de tener yo con que bebamos con toda comodidad.

Y echando mano á las alforjas sacó de ellas, con gran asombro de Pedro, la copa del ermitaño.

—Pero, señor maestro!..... murmuró el anciano, por cuyo venerable rostro se habia estendido de repente no ya una nube sino un denso nubarron de tristeza.

—Amado Pedro, bebe y calla le interrumpió Cristo.

Bebieron ambos, guardó Cristo la copa en las alforjas y continuaron su camino.

San Pedro se moria de tristeza.

—Pedro, le dijo Jesús con faz severa, ¿tornas á tus insensatas dudas?

—Señor maestro, le preguntó á su vez el apóstol, ¿está usted seguro de que su señor padre aprueba cuanto usted hace?

—Tú lo has dicho, Pedro.

—Pues, señor.... digo que no lo entiendo, que no lo entiendo y que no lo entiendo.

—Porque eres pobre de espíritu, Pedro.

—Pero qué pobre de espíritu ni qué alforjas!..... Ese santo hombre nos dá de comer lo mejor que tiene, nos pone una cama como á unos príncipes, nos dá de almorzar, nos deja solos en su cuarto apesar de que en él tiene una copa que vale mas oro que pesa, y en pago de todo le birlamos la copa!... Hombre, si esto no es una picardía, que venga Dios

Universidad de Deusto
Biblioteca

y lo vea.

—Ya lo vé, Pedro.

—Y lo aprueba?

—Cúmplese su santa voluntad, dijo Jesús sonriendo.

Aquel súbito rayo de luz que iluminaba la inteligencia del apostol siempre que Jesús sonreia, apareció tambien esta vez al trocar Jesús su severidad en benévola sonrisa.

El apóstol lloró de arrepentimiento y consuelo, y ambos viajeros continuaron su camino mudando de conversacion.

V.

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron á la orilla de un rio muy ancho y muy hondo que habia que pasar en una barca.

La barca estaba amarrada á la orilla del rio y el barquero no parecia por allí.

San Pedro, como habia sido pescador y entendia algo de barcas, quiso empuñar el remo y pasar con Cristo al otro lado; pero Cristo se opuso á ello.

—Qué, señor maestro, dijo el anciano, desconfía usted de mi pericia en la navegacion? Ave-Maria; no es usted poco desconfiado!

—Pedro, mete la mano en tu seno, replico Cristo sonriendo.

San Pedro se puso como la grana y calló.

Ambos se sentaron á descansar á la puerta de la choza del barquero mientras el barquero venia.

Buena necesidad tenian de descansar y aun de tomar un bocado, porque estaban aspeados, y el pan y las nueces del ermitaño se les habian bajado á los talones.

Poco despues vieron llegar al barquero de hácia una iglesia que se veia allá arriba en un cerro que dominaba la ribera.

El barquero, que parecia como compungido y lloroso, les pidió mil perdones por haberlos hecho esperar, y despues de haberlos obsequiado con una fritada de truchas y un jarro de vino que encendió los ojillos al pobre anciano, se dispuso á pasarlos al otro lado.

Cuando se acercaba la barca á la orilla opuesta, Cristo sacó con mucho disimulo una barrena que llevaba en el bolsillo desde el tiempo de su difunto padre putativo, que como es público y notorio era carpintero, y mientras San Pedro charlaba con el barquero sobre si habia ó dejaba de haber mucha pesca en aquel rio, hizo con ella en el fondo de la barca un agujero que tapó con el pie para que no entrara el agua hasta su debido tiempo.

Cristo y San Pedro se despidieron del barquero, que no quiso tomar un cuarto por el almuerzo ni el pasaje, y saltando en tierra empezaron á alejarse del rio.

Oyendo San Pedro un doloroso grito, que le pareció del barquero, volvió la cara y vió que barca y barquero se hundian en el fondo del rio para no volver á aparecer.

—Señor maestro! esclamó espantado, socorramos á ese buen hombre, que se ahoga.

—Pedro, le replicó el maestro, cúmplese la voluntad de mi padre, que para que se cumpla he horadado el fondo de la barca mientras pasábamos el rio.

—En el nombre del padre, y del hijo!..... esclamó San Pedro santiguándose, y cubierta su venerable faz de una nube de tristeza mas densa aun que la que habia vomitado torrentes de piedra sobre la caseria de marras. Vamos, esto ya pasa de castaño oscuro!

—Pedro! le dijo el maestro con severidad, la voluntad de mi padre se ha cumplido!

—Pero, señor maestro.... Vamos, si digo y redigo y vuelvo á decir que no comprendo estas cosas!

—No las comprendes, Pedro, porque eres pobre de espiritu, dijo Jesús sonriendo benévolamente, y alargando su diestra al anciano.

El misterioso rayo de luz tornó á iluminar la inteligencia de San Pedro.

San Pedro bajó la venerable frente en silencio derramando abundantes lágrimas, y ambos viajeros continuaron su camino mudando de conversacion.

VI.

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron, ya muy de noche, á un pueblo donde no conocian á nadie.

A la puerta de una casa vieron á un hombre y le preguntaron dónde hallarian posada. El hombre, que parecia estar chispo, les puso de picardias que no habia por donde cojerlos.

San Pedro quiso emprender con él á estacazos, pero Cristo se lo impidió diciéndole:

—Pedro! la voluntad de mi padre es que cuando nos hieran una mejilla presentemos la otra para que nos la hieran tambien.

Y asiendo de la mano al apóstol, ambos fueron al pórtico de una iglesia que estaba enfrente, y allí pasaron la noche durmiendo como bienaventurados.

Cuando despertaron poco despues de salir el alba, vieron á un hombre tumbado á la puerta de la taberna de enfrente, y fueron á ver si estaba muerto ó dormido.

El hombre estaba que daba lástima el verle! Tenia la camisa llena de vino, la cara y las manos llenas de arañazos y cardenales y la ropa hecha girones.

—Vamos, dijo San Pedro, este está durmiendo la mona! Pero, señor, es mucho cuento esta picara aficion al vino que tiene el pueblo soberano! Si yo fuera rey, en mi reino solo se habia de vender el vino en las boticas para remedios, y al boticario que vendiera un cuartillo sin la correspondiente receta del facultativo ya le habia caido la loteria.

—Pedro, le replicó el maestro, si no has alzado nunca el jarro, tira la primera piedra al que le alce.

San Pedro se acordó de la choza del barquero, y calla, poniéndose mas colorado que un pavo.

Cristo dijo al dormido:

—Eh, buen hombre, levántate, que ya es de dia.

El dormido se levantó, saludándoles con un «buenos dias tengan ustedes», y levantándose y restregándose los ojos y como avergonzado, fue á tomar una callejuela escusada como si quisiera ocultarse de las gentes que comenzaban á salir de casa.

—Calla, esclamó entonces San Pedro, reparando bien en él, ese tunante es el que anoche nos puso como ropa de pascua!

—El mismo es, dijo Cristo, y dirigiéndose al hombre añadió:

—Eh, buen hombre, ven acá.

El hombre volvió como avergonzado y tímido, y Cristo, echando mano á las alforjas, sacó la copa guarnecida de diamantes y se la dió, diciéndole:

—Toma esta copa, que vale mucho dinero, véndela y haz de su importe el uso que Dios manda.

El hombre tomó la copa, deshaciéndose en lágrimas de agradecimiento, y se alejó por la callejuela escusada.

La nube que en aquel instante cubrió la venerable faz de San Pedro no era ya nube, era tinta fina de escribir.

—Señor maestro, esclamó el anciano fuera de si, si su señor padre de usted obra como justo y sábio al recompensar de ese modo á un borracho indecente, digo que....

—Pedro, le interrumpió Jesús con severidad, no desatines. Ten fe en la justicia y sabiduria de mi padre. Tu fe vacila con frecuencia y es menes-

ter fortalecerla, porque mi padre quiere fundar en ella obra tan grande y duradera que las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella.

Y así diciendo, Cristo tomó á San Pedro de la mano y fué á sentarse con él en el pórtico de la iglesia.

VII.

—¡Qué has visto, amado Pedro, desde que me confesaste que dudabas de la justicia y sabiduria de mi padre! preguntó Cristo á San Pedro con mucha serenidad.

—Señor maestro, he visto cosas que han arraigado cada vez mas mis desconsoladoras dudas, contestó San Pedro con lágrimas de profunda tristeza.

—Óyeme con atencion, amado Pedro, y deja las lágrimas para llorar otra gran debilidad en que has de incurrir cuando se acerque la consumacion suprema de los decretos de mi padre.

Aquellos honrados labradores, cuya cosecha vímos destruida en un instante por la piedra del cielo, destinaban el importe de la cosecha destruida á costear la carrera de su único hijo que queria hacerse escribano. Si el muchacho se hubiera hecho escribano, hubiera enredado en pleitos y jaranas á todo el pueblo, hubiera matado á disgustos á sus padres, hubiera deshonrado á la familia, y por último se hubiera condenado; pero como el pedrisco ha dejado á sus padres sin medios para darle tal carrera, que honra tanto mas á los que la ejercen bien, cuanto mas expuesta es á ser ejercida mal, el muchacho será un honrado labrador como sus padres, sus padres alcanzarán á su lado una vida feliz y dilatada, él la alcanzará igual al lado de sus hijos, y cuando muera irá á sentarse á la diestra de mi padre, que es donde se sientan los que glorifican á Dios y á la humanidad con la virtud y el trabajo.

A aquel ermitaño que tan caritativa hospitalidad nos dió, solo le faltaba para ser santo una cosa: desembarazarse de una sutilísima hebra de vanidad mundana que le ligaba á la tierra. Yo, cumpliendo la voluntad de mi padre, quebranté aquella hebra arrebatándole la copa de oro que conservaba con necio orgullo por ser regalo de un rey, y el ermitaño goza ya de la bienaventanza eterna en el reino de mi padre.

El barquero que viste ayer sepultarse en el fondo del rio, habia cometido enormes crimenes arrojando al agua á muchos viajeros para robarlos; repetidas veces se habia arrepentido y repetidas veces habia reincidido en los mismos delitos. Ayer se hallaba en estado de gracia porque acababa de confesar y llorar sus culpas con sincero arrepentimiento. Muriendo ayer, subió derecho al cielo; si ayer no hubiera muerto, hubiera vuelto al pecado y hubiera bajado derecho al infierno.

Por último, ese hombre á quien he dado la copa de oro era un honrado labrador, padre de una numesa familia. Pérdidas de cosechas y otras desgracias le hicieron contraer grandes deudas y esperimentar grandes privaciones que le avergonzaban y lastimaban horriblemente. Para atolondrarse y echar de la memoria sus desdichas, el insensato acudia al vino, tomando por lo sério aquella estúpida máxima que dice: «Para no sentir penas emborracharse.» Con el valor de la copa que le he dado pagará todas sus deudas, atenderá á las necesidades de su casa, apartará á su familia de la senda de perdicion á que empezaba á arrastrarla la miseria, será un ciudadano útil y un honrado padre de familia, y él, su mujer y sus hijos que caminaban para el infierno, caminaran para el cielo.

Pedro! continuó Jesus trocando la severidad en una dulce, benévola sonrisa, Dios que es mi padre, es la justicia y la sabiduria asi en la tierra como en el cielo. La inteligencia humana como es débil y mezquina, no comprende la sabiduria y la justicia de Dios, pero todo lo que Dios hace, es sábio y justo. Los pobres de espiritu dudan, pero sino son tambien pobres de corazon, se salvan.»

Aquel rayo de divina luz que irradiaba siempre la sonrisa de Cristo é iluminaba vaga y fugitivamente la inteligencia del apóstol, la iluminó al fin por entero y se fijó en ella para no abandonarla ya mas.

—Oh señor! esclamó San Pedro, deshaciéndose en lágrimas de consuelo y de fe; ¡pedid á vuestro padre que tenga misericordia de mi!

—Amado Pedro! dijo Jesus sonriendo, tu eres de los pobres de espíritu de quien ha dicho mi padre que serán con él en el reino de los cielos!

FIN DE LAS DUDAS DE SAN PEDRO.

LA CRUZ.

CUENTO

POR D. MARIANO DE LA TORRE Y RESPALDIZA.

I.

Hay hombres á quienes persigue la desgracia de tal modo, que aun cuando piensan que han hecho bien una cosa, la han hecho alrevés.

Juan, hombre de treinta y cinco años, robusto, fuerte como un roble y de una voluntad nada comun, era uno de esos séres desgraciados.

Hijo de unos caseros acomodados, sus padres no le habian enseñado á trabajar, cosa estraña en unos hombres que habian hecho un capital con el sudor de su frente. El orgullo les habia cegado: querian que Juan fuera un caballero y á fuerza de querer, consiguieron que en el pueblo no se llamara á su hijo por su nombre de pila, pues nadie le llamaba mas que el *Señorito*.

El *Señorito* no se cuidaba de nada. Sus padres le daban lo que queria y de este modo fué consumiendo

Universidad de Deusto
Biblioteca

lo que con tanto trabajo habian ganado sus padres.

Estos, que veian su próxima ruina, espusieron á su hijo la situacion en que se encontraban, y Juan, que como hemos dicho, era un hombre de mucha voluntad, se propuso trabajar para ganar lo que habia malgastado, pero en el pueblo no habia trabajo para el *Señorito*.

¿En qué puede ocuparse un hombre que está acostumbrado á la holgazaneria.

Y ademas, ¿ quién quiere, aun cuando el holgazan quiera trabajar, dar ocupacion en su casa á un hombre que no sabe hacer nada?

Esto le pasaba al pobre Juan: nada sabia sino es pasear, comer, dormir y andar de caza; así es que á pesar de su grandísima voluntad, se quedó como antes, comiendo el capital de sus padres y sin que nadie quisiera colocarle.

Un dia llamaron á Juan sus padres y le dijeron:

—Juan, nosotros viviremos poco tiempo y ya sabes que nuestra fortuna va tocando á su fin; nosotros no podemos trabajar y tu no puedes encontrar trabajo; pero creemos haber encontrado tu salvacion. Antonia te quiere, su abuela consiente en que se case contigo, ¿quiéres casarte?

—Si, dijo Juan que veia en esto su salvacion y la de su familia.

Y así era, pues Antonia era la muchacha mas rica del pueblo.

—Pues bien, continuó el padre, es preciso que te corrijas; despues de casado mira bien por la hacienda de tu mujer, que un dia será la de tus hijos. Trabaja sin descanso para mejorarla, y de ese modo, ademas de encontrar tu felicidad, labrarás la de tu mujer y morirás bendecido de tus hijos.

II.

Juan se casó con Antonia.

Era ésta una jóven virtuosa y que queria mucho á Juan, éste llegó tambien á quererla.

La desgracia, que nunca habia dejado de su mano á Juan, quiso perseguirle de nuevo.

El pobre hombre, sin olvidarse de los consejos de sus buenos padres, empezó á trabajar.

Invirtió en ganados todo lo que tenia en metálico y al poco tiempo una epidemia, que se desarrolló entre el ganado, se encargó de probarle que no debia entrar en tales negocios.

El pobre Juan se desesperaba y queria encontrar un medio de resarcir la perdida y no tardó mucho tiempo en encontrarlo.

Un charlatan, agente de una de las infinitas sociedades anónimas que en España han dejado á muchos en la miseria, llegó al pueblo y fué con Juan con quien tropezó primero.

El agente le dió un prospecto, que para Juan era como un papel mojado, pero el charlatan se tomó el trabajo de esplicárselo.

La sociedad daba á los imponentes el diez y siete por ciento á mas de una infinidad de ventajas al cabo de cierto número de años.

La sociedad á cuyo frente figuraban personas muy respetables, aunque no fuese mas que de nombre, no tenia ninguna ambicion; su objeto, no era mas que labrar la felicidad de todo español que tuviera algunos cuartos; nunca se han ocupado esas sociedades en hacer la felicicidad del desgraciado que no cuenta mas que con su trabajo; la sociedad seria la providencia del que tenia dinero, todos los asociados serian ricos y aquel que mas pusiera, mas comodidades gozaria el dia de la reparticion.

¿Quién con un prospecto de esa naturaleza no se deja seducir?

¿Habrá algun hombre que no quiera ser rico?

¿Podria Juan, que deseaba recuperar el capital perdido resistir á tentacion tan brillante? Imposible!

Así es que el pobre hombre, saltando de contento, corrió á ponerlo en conocimiento de su mujer mientras que el agente, contento tambien de haber pescado un *primo*, seguia recorriendo la aldea, engañando á otros infelices y poniéndoles á todos por delante y como ejemplo á Juan, el cual les decia que estaba muy contento de haber encontrado un medio de hacerse rico sin ocuparse en ningun trabajo.

Juan esplicó á su mujer lo que á él le habia esplicado el agente, y aquella alegria que mas tarde le habia de costar muchas lágrimas, se comunicó á su mujer. El contagio fue rápido. Juan y Antonia serian inmensamente ricos, y sus hijos, si llegaban á tenerlos, serian los mas ricos de aquella comarca.

Cuando las ilusiones han llegado á tomar posesion en la mente de un individuo, el mas lijero inconveniente empaña la alegria que momentos antes reinaba en el corazon.

Esto es lo que sucedió á Juan y su esposa. Pensaban ser inmensamente ricos, forjaban mil ilusiones en su débil imaginacion, y una ténue nubecilla vino á oscurecer aquel hermoso horizonte, lleno poco antes de felicidades.

Juan y Antonia no tenian un cuarto. Todos sus bienes estaban invertidos en caseríos. ¿Tomaria el agente esta clase de moneda?

Juan fue con la rapidez del rayo á esponer sus dudas al agente, y este, que conoció al vuelo la candidez del pobre hombre y vió un medio mas de ganancia, se negó al principio, diciendo al fin á Juan que ya que él habia sido el primero en suscribirse, tomaba interés por él.

Tomó á su cargo el reducir el papel finca en moneda, por la módica retribucion de un seis por ciento, retribucion que no le tomaba por el trabajo, sino para subsanar los gastos que aquel podia ocasionarle.

Aceptada por Juan, se vendieron todos los caseríos menos aquel en que con su mujer vivia, y su importe deducido el seis por ciento, que era del agente, pasó á sus manos, dándole en cambio un título que algun dia podia servir de pañuelo para enjugar sus lágrimas.

III.

Dos años habian pasado desde que Juan y Antonia se habian deshecho de su hacienda, y durante este tiempo habian recibido una coleccion de boletines de la *Providencia*, en los que se pintaba muy al vivo el buen estado de la sociedad, sus ganancias diarias, y los nombres de los miles de desgraciados que llevando cada uno su insignificante grano de oro, estaban formando el rico pedestal sobre el que algun dia descansarian el director y sus secuaces.

Dos veces habian recibido los intereses del capital, y los dos esposos estaban locos de contento al recibir los cuartos y leerles el cura del pueblo aquellos novelescos boletines.

Un dia en que el cura estaba convidado á comer para celebrar lo que el matrimonio decia ser el principio de su felicidad, recibió Juan una carta con un sello que él no acertaba á descifrar, y entregándosela al cura y despues de abierta por este, supo que era una cita del juzgado para el concurso de acreedores de la sociedad la *Providencia*.

La sociedad habia quebrado, la sociedad habia hecho felices á sus... directores.

La desesperacion de Juan no tuvo límites. Antonia lloraba y el cura trataba de consolarles.

Juan seguia desesperándose, y Antonia se puso enferma de sentimiento.

Un dia en que Antonia estaba cerca de la muerte y el médico la habia mandado prepararse, entró Juan en el cuarto de Antonia mas desesperado que nunca.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—La *Providencia*. decia Juan, nos ha engañado; ¿qué nos queda?

—Paciencia, Juan mio, le dijo Antonia; afortunadamente no tenemos hijos, y á tí no te abandonará Dios nunca.

—Nunca, repitió Juan maquinalmente, nunca! Dios no se acuerda de mí. Nuestra fortuna concluida; tú próxima quizás á abandonarme para siempre. ¡Qué desgraciado soy, Antonia!

—Paciencia, Juan, Dios no te abandonará nunca.

—Satanás es el que nunca me abandonará, dijo Juan furioso.

—Dios es el que nunca abandona, dijo Antonia, escucha: yo he oido decir siempre á mi abuela que Dios no abandona nunca; Dios, decia aquella buena anciana, permite al diablo que tiente á los hombres. El los somete á muchas pruebas, pero nunca les abandona; al final los protege, y para protegerlos se vale de los medios que menos esperamos.

Estas fueron las últimas palabras de la enferma, pues en aquel momento entró el cura y despues que Antonia hubo recibido los auxilios espirituales, falleció dejando á Juan desconsolado.

IV.

Juan habia empeñado su única casa en la enfermedad de su difunta mujer. El pobre estaba desesperado, no podia acostumbrarse á vivir cultivando el terreno de la única casa que le habia quedado, aunque á la verdad ya no era suya, y en los momentos de desesperacion, olvidándose de los consejos de su pobre Antonia, llamaba al diablo ó á cualquiera que le quisiera librar de aquella vida tan desesperada.

Un dia en que, como de costumbre, estaba desesperado, salió por las afueras de la poblacion y llegó á una casa abandonada.

Los campesinos tienen, por lo regular, la debilidad de creer en las consejas, así es que en muchos pueblos hay casas en las que nadie quiere habitar porque, segun tradicion pasada de padres á hijos, aparecen allí duendes, fantasmas ó el mismo diablo.

La casa á donde Juan habia llegado, era una de esas.

En aquella casa, decian, habia llevado el diablo á un hombre de mal vivir, y por eso estaba abandonada.

Al llegar Juan frente á aquella casa, su imaginacion le hizo decir mas disparates que los que habia dicho en toda su vida, y entre otras cosas decia:

—Yo no creo en brujas ni en diablos; á otros dicen que se les presentan con solo desearlo y á veces sin desearlo, y á mi que los estoy llamando todos los dias, no quieren hacerme caso. Voy á ver si están en esta casa; y se dirigió hácia ella.

Ya estaba cerca y se disponia á entrar cuando cayó una de las ventanas, retrocedió asustado, creyendo que el mismo diablo le salia al encuentro y se encomendaba á Dios y á todos los santos, siguiendo por la carretera sin tener en cuenta que el caer la ventana habia sido efecto del viento y de que las visagras estaban ya podridas.

Pronto se le pasó el miedo y volvió á sus reflexiones, y pronto empezó á llamar otra vez al diablo.

Pero el diablo no le hacia caso.

Resolvió dar vuelta y penetrar en la casa aunque muriera en la empresa, y lo hubiera puesto por obra sino hubiera visto que por la carretera se dirigia hácia él un caballero que le hacia señas para que le esperase.

Esperó en efecto, y en cuanto estuvieron juntos se entabló el siguiente diálogo:

—Hay desgraciados en tu pueblo? preguntó el caballero.

—Quién lo duda! respondió Juan con visible mal humor al verse detenido para hacerle semejante pregunta á él que se consideraba como el mas desgraciado.

—Y tú eres feliz? volvió á preguntar el caballero.

—Lo era, dijo Juan siguiendo con mal humor.

—Y por qué no lo eres ahora?

—Es muy largo de contar.

—Quisieras ser otra vez dichoso?

—Vaya una pregunta!

—En qué consiste tu desdicha?

—En que he quedado pobre.

—Y qué harias por ser rico?

—Cualquiera cosa.

—Pues bien, yo soy inmensamente rico, y me entretengo en hacer buenas obras. Venia á este pueblo para hacer felices á unos cuantos desgraciados y me alegro de encontrar uno á las mismas puertas.

Poco faltó para que Juan rompiera la crisma al caballero; se acordadaba del agente de la *Providencia* y decia:

—Si será este algun otro pillo?; pero reflexionando que ya no tenia un cuarto y que por lo tanto no podia engañarle, se dijo para su capote: *el que engaña á un ladron tiene cien años de perdon*. Voy á ver si engaño á este pillo y así libro al pueblo de que el engañe algun otro desgraciado.

—Diga usted, preguntó al caballero, es usted agente de la *Providencia*?

—Quién sabe!

—Pues entonces pongo en su conocimiento que no tengo un cuarto.

—No importa, le dijo con mucha amabilidad el caballero, es casualmente lo que voy buscando.

—Y dirán que no hay hombres de bien!, pensó Juan, este quiere hacer felices á los que no tienen dinero.

—Quiéres ser rico? preguntó el caballero.

—Sí, qué tengo que hacer para ello?

—En primer lugar, en el término de un año lo que yo te diga, y en segundo una escritura.

—Convenido.

—Vamos á tu casa.

Apénas llegaron á la casa de Juan, éste, que estaba impaciente por saber las condiciones de la escritura, dijo al desconocido:

—Puede usted decirme lo que debo de hacer?

—Sí.

—Ya escucho.

—Primero; dentro de pocos dias habrá una guerra y tienes que ir á ella y ponerte en la primera fila; te conviene?

Juan meditó un rato y luego dijo, si no voy me quedo lo mismo que antes, si allí me matan descanso y sino soy rico.

—Me conviene, dijo al caballero, y continuó éste:

—Segundo; hacer que el cura no diga misa mañana, para lo cual le llamarás y le encierras en tu cuarto.

El pobre Juan tembló ante esta condicion, pero al fin vencieron los deseos de ser rico y dijo para si: Con esto no viene mal á nadie, el cura es demasiado bueno y estoy seguro que me perdonará.

—Me conviene, dijo en voz alta.

—Tercero; que si sales bien de la guerra te pones á mi disposicion, con la condicion de que no te haré trabajar, pero tendrás que hacer lo que yo te diga.

—Me conviene.

—No hay mas. Ahora solo falta firmar la escritura, que la traigo estendida, y poner tu nombre.

—Cómo te llamas?

—Espere usted un poco, dijo Juan, esto es formal ó quiere usted divertirse un rato?

—Formal: Quiéres que te adelante algun dinero?

—Sí, por via de formalidad.

—Tendrás bastante con tres millones?

—Usted se burla?

—Toma, y presentó á Juan tres sacos de oro.

Juan temblaba como un azogado,

Universidad de Deusto
Biblioteca

le parecia que la casa le daba vueltas, que oia la voz de su mujer, no sabia si tomar ó no aquello, hasta que el caballero le sacó de sus dudas cogiendo los tres sacos, enseñándole que eran monedas de buena ley y entrándolos en un armario que tenia Juan en la sala, luego dió la llave á Juan y le dijo:

—Cómo te llamas?

—Juan Sanchez.

El caballero puso su nombre en la escritura y luego dió la pluma á Juan diciéndole:

—Firma aquí.

Juan temblaba, cogió la pluma y creia que le quemaba la mano. Miéntras tanto el caballero, sin dejar de mirarle, le decia:

—Firma ó rompo la escritura. Firma ó dame la llave para que me lleve mi dinero y haga feliz á otro.

Juan al oir esto apretó con fuerza la pluma, la mojó en tinta y firmó del único modo que sabia y acostumbraba; poniendo al pié de la escritura una cruz.

Entónces sintió un ruido muy fuerte, perdió el conocimiento y cayó al suelo.

Cuando volvió en sí ya no estaba delante el caballero y la sala estaba en el mismo estado sobre la mesa estaba la escritura.

Juan corrió á ver al cura, le contó lo que le habia sucedido y el cura al ver á Juan tan pálido y oida su relacion, llamó al médico, pues no dudaba que el pobre Juan se habia vuelto loco.

Juan trató de convencer al cura, le enseñó la llave que todavia conservaba en su bolsillo y le llevó á su casa. Allí le enseñó la escritura, en la que habia hecho una cruz por no saber firmar, y el cura le dijo antes de abrir el armario:

—Díme, cuando tu llamabas al diablo, lo hacias de corazon?

—No, dijo Juan; yo le llamaba desesperado; pero si aquel caballero me hubiera dicho que era el diablo, no hubiera hecho con él escritura de ninguna clase, ni aun le hubiera hablado.

—Si el dinero que dices ha encerrado en ese armario está todavia dentro, qué piensas hacer con él?

—Lo que V. me mande.

—Pues bien, hijo mio, puesto que tu no has tenido intencion de tomar el dinero del diablo, empléalo en hacer con él buenas obras. Reparte algo entre los pobres, sin olvidarte de que tu eres uno de ellos, y vive felíz el resto de tus dias.

Juan dió un millon á los pobres, hizo rico al cura, que muy pronto quedó pobre, pues todo lo que le dió Juan invirtió en limosnas; fundó un hospital y una escuela; mejoró el pueblo, y despues de haber sido feliz muchos años y de haber sido muy trabajador y muy afortunado, murió bendecido de todos, dejando su fortuna para los pobres del pueblo y los establecimientos que habia fundado.

Las palabras de su mujer se habian cumplido!

Dios no abandona á sus criaturas, y para protegerlas se vale de los medios mas inesperados.

Fin de LA CRUZ.

MARTA LA LOCA.

POEMA POPUFAR

POR

JAZMIN, PELUQUERO DE AGEN.

En Agen, ciudad del Mediodía de Francia, murió hace dos años, ya anciano, un peluquero llamado Jazmin. Este peluquero era un gran poeta gascon que habia asombrado, conmovido y entusiasmado, no solo á todo el Mediodia de Francia, sino á la sociedad literaria parisiense, con sus poemas populares que recitaba admirablemente. Jazmin no quiso abandonar nunca su oficio de peluquero. Ocurria una gran calamidad en las provincias del Mediodia? Jazmin tomaba su báculo, llegaba allá, anunciaba que iba á recitar sus poemas, se reunian diez ó veinte mil personas para oirle, y cuando las veia llorar y estallar de entusiasmo invocaba su caridad, y las diez ó veinte mil personas vaciaban sus bolsillos y la gran calamidad era instantáneamente remediada.

Uno de los poemas mas populares que recitaba Jazmin era el titulado, en el dialecto gascon, en que siempre escribia el peluquero de Agen, *Maltro l' innoucento*, y es una verdadera joya literaria. Aunque este poemita popular pierde mucho en la traduccion, pues es imposible reproducir la frescura, la ternura y la gracia del dialecto gascon en que está escrito el original, no hemos podido resistir al deseo de dar á conocer á nuestros lectores el poemita de Jazmin.

Marta es un personaje histórico. Vivió en la aldea de Laffite hasta 1802 en que se volvió loca, y luego en Agen, donde murió en 1834. Jazmin era uno de los muchachos que la perseguian y espantaban, gritándola: «Marta, un soldado!!!

Cuando supo la historia de aquella desventuraba, se conmovió tan hondamente que sintió profundo remordimiento por haber contribuido á atormentar á la pobre loca, y no encontrando ya mas que un sepulcro, le cubrió de flores poéticas que son el poemita tiernísimo y delicado que hemos traducido del dialecto gascon é incluimos hoy en el *Leyendario popular*.

Es muy posible que alguno de los muchachos que hoy recorren las calles de Bilbao, tenga algun dia remordimientos parecidos á los del poeta peluquero de Agen y tambien cubra de flores poéticas una sepultura. Gloria muy grande seria pa-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ra Vizcaya que estas flores fuesen tan preciosas como las que cubren a sepultura de la loca de Agen.

—

PRIMERA PARTE.

1798.

El sorteo.— Corazones diferentes.— La baraja.—El quinto.—El juramento.

I.

Junto á la márgen del Lot, cuyas aguas trasparentes, claras y frescas, corren, corren sin cesar silenciosas, hay una casita escondida bajo los frondosos olmos, y en aquella casita, una hermosa mañana de Abril, al mismo tiempo que en Tonneins una muchacha esperaba animosa el resultado del sorteo, otra muchacha meditaba, y luego rezaba, y luego no sabia qué hacer ni cómo estar, porque tan pronto se sentaba como se levantaba y se volvia á sentar. Al ver su impaciencia, hubiérase creido que el suelo le quemaba los pies. Y aquella muchacha reunia cuantos atractivos se necesitan para agradar, porque rara vez se ven en el mundo tantos reunidos: cintura delgadita, cuerpo derecho, tez blanca, cabello negro y ojos azules, azules como el cielo, y luego maneras tan delicadas, que sin dejar de ser labradora, era entre las labradoras señorita.

Todo esto lo sabia ella muy bien: junto á su lecho pendia un espejito reluciente y claro, pero aquel dia no se habia mirado á él porque otra cosa absorvia sus pensamientos. Su alma estaba inquieta, porque la pobre muchacha aplicaba á cada instante el oido, y al menor ruido se ponia descolorida.

Alguien llega: es Anita su vecina. A primera vista se conoce que Anita está triste tambien, péro luego se adivina que la tristeza en su corazon pasa sin echar raices.

—Estás contenta, Anita? le pregunta la primera. *Estan ya libres? Dime, está libre ya?*

—Aun no lo sé, pero ten ánimo, mujer! Ya son las doce, y no tardaremos en saberlo; pero tiemblas como la hoja en el árbol, y tu cara me dá miedo! Qué, te moririas si Santiago saliese soldado?

—No sé lo que me sucederia.

—Qué tonta eres! Morirte! No seas niña. Yo quiero á José; si sale soldado, lo sentiré mucho, y hasta lloraré un poquito, pero morirme? Nada de eso. Seguiré queriéndole y esperándole sin morirme. Ningun hombre se muere por ninguna mujer; como dice el refran, quien mas pierde es quien se va. Anímate, y para que te animes, vamos á echar las cartas. Esta mañana todas las buenas salieron para mí; verás como van á salir para tí ahora. Yo estoy tranquila, y verás como tu lo vas á estar tambien. Anda, verás como una buena carta te consuela.

Y la jóven locuaz hace sentar á su amiga; suspende de repente su alegre risa y despliega un papel brillante como el tafetán, y una baraja aparece en sus blancas manos.

El corazon que mas padece es el corazon que mas cree. Marta no tiembla ya, porque espera. Sin embargo, las dos amigas se entregan con temor á aquel terrible juego, porque una y otra dicen á la par:

Cartitas bonitas,
os pido por Dios
que buenas noticias
me deis de mi amor.

Y las cartas barajadas y vueltas á barajar, se ponen en tres montones y se vuelven á barajar otras tres veces. Hay que alzar tres veces; ya está hecho. Buena señal! la primera carta es un rey! Las cartas van cayendo sobre la mesa, y cuatro ojos hermosos siguen como espantados el movimiento de los dedos.

En los labios de Marta aparece al fin una dulce sonrisa porque el caballo de oros aparece y la sota de copas le sigue. Si no sale ningun basto, Santiago se salvará. El juego parece prometerlo porque nueve bastos están fuera y uno solo queda en la baraja. Y ya no temen mas que el basto. Anita, que es la que dá, sonrie, y Marta que es la que toma, se detiene..... porque, como cabeza de muerto arrojada á un festin, el caballo de bastos aparece gritando: ¡desgracia!

Y de repente, en el camino, el bullicioso son de un tamboril lanza una risa sarcástica que va á mezclarse en el espacio con el sonido del silvo y los alegres cantares. Se adivina fácilmente lo que aquella música y aquellos cantares significan. Los mozos que han salido libres, los mozos á quienes el espantoso demonio de la guerra deja por compasion en los campos nativos, vienen cantando y bailando en dos filas. Cada cual trae en el sombrero el número salvador, y muy pronto en torno de ellos todas las madres lloran de alegria.... ó de dolor.

¡Qué momento para los dos jóvenes á quienes las cartas han sumergido en hondo espanto! El ruido se acerca; Marta es la primera que, queriendo salir de su horrible incertidumbre, se lanza á la ventanita, pero de repente retrocede lanzando un grito y cerca de Anita que temblaba espantada, va á caer fria y exánime.

Las cartas no habian mentido: entre los mozos que tornaban felices al pueblo nativo, venia José, y Santiago faltaba, porque Santiago habia sacado el *número tres*!

Dos semanas despues la locuaz Anita, vestida de novia, salia de la iglesia adornada de flores; y en la casita triste un pobre quinto llamado Santiago con lágrimas en los ojos y saco en la espalda, decia á su novia, deshecha en llanto:

—Tengo que partir, Marta, porque la desgracia nos separa, pero no todos los que van á la guerra quedan por allá. Yo no tengo padre ni madre; yo no tengo quien me quiera sino tú. Si Dios conserva mi vida, mi vida te pertenece. Espera Marta, que yo vendré á entregártela ante el altar como un ramillete de amor.

—

SEGUNDA PARTE.

Tristeza.—Las golondrinas.—Marta resucitada.—La linda vendedora.— Santiago será redimido.

II.

Ha vuelto el mes de mayo que tanto regocija cuando vuelve; rey de los meses, lleva corona y se rodea de placer. Ha vuelto el mes de mayo que tanto regocija cuando vuelve; en los altos y en los llanos todos le cantan porque viene poquito á poco y como el relámpago se va. Y en todas partes no se oye mas que cantares y en todas partes no se ve mas que bailes y procesiones. La primavera pasa, pero los placeres quedan, solo una vocecita dulce y triste se queja asi:

—Las golondrinas han vuelto y allá arriba en su nido veo á mi paregita. No las han separado como á nosotros! Ya bajan, miralas aqui, casi se posan en mi hombro! Qué lindas y lustrosas son! Todavia tienen en el cuello la cinta que Santiago les ató el dia de mi santo el año pasado cuando venian á picotear en su mano las mosquitas doradas que ambos cojiamos para ellas.»

»¡Cómo querian á Santiago! Aquí donde yo estoy sentada le buscan con sus brillantes ojos. ¡Pobres pajaritos! por mas que deis vueltas en torno de mi asiento no encontrareis á Santiago! Yo soy su única amiga, yo soy la única persona de este mundo que llora por él, porque la

Universidad de Deusto
Biblioteca

amistad se cansa de los que lloran! No me abandoneis vosotras. El sol dora mi cuartito y yo haré cuanto pueda para que no os canseis de mí. No os vayais, pajaritos queridos de Santiago, porque tengo tanta necesidad de hablar con alguien de él!

«No son descastadas, no, porque parecen comprender el bien que su compañia me hace. ¡ Cómo se acarician las dos pobres avecillas! Sí, si acariciaos cuánto querais porque vuestra felicidad me alegra. Quiero á estos pobres pajaritos porque se parecen á Santiago en serme fieles... Ah si, Santiago tambien lo es; pero nadie mata á las golondrinas y los hombres matan á los hombres!

—«¿Por qué no me escribirá?..... Dios mio, quién sabe donde estará ahora! Me parece que van á decirme:» *¡ ha muerto !* » y siempre, siempre estoy temblando por esto. Ay, este miedo me oprime el corazon. Virgen Santisima, libradme de él porque la calentura de la muerte me abrasa y me voy muriendo. Santa Madre de Dios , yo quiero vivir si Santiago vive! ¿A donde habeis ido, golondrinitas hermosas? ¡ Ah! me quejo en voz alta y os ospanto! No me desampareis , volved á tomar el sol en mi cuartito , que yo me quejaré en voz bajita para que no os canseis de mi. Volved, volved, pajaritos queridos de Santiago, que tengo necesidad de hablar de él!»

Así se quejaba todos los dias la pobre huérfana, y á su tio que era ya ancianito se le partia el corazon oyéndola quejarse. Marta le habia visto llorar y quiso hacer un esfuerzo para calmar la pena del anciano disimulando la suya. Hay corazones llenos de fuerza y los hay que carecen de ella. El de Marta era de estos últimos y sucumbió en la lucha. Marta se moria. Y el mundo, siempre superficial, siempre dispuesto á burlarse del mal ageno, se reia de su tristeza y se negaba á creer en ella. Sin embargo, cuando llegó el dia de Todos los Santos , cuando durante la misa se vió que ardian por la moribunda dos cirios en el altar de la vírgen y cuando el Señor cura dijo:

—«La muerte se cierne sobre el lecho de una jóven desventurada; buenas almas, rogad por Marta que está en la agonía»..... todos bajaron la cabeza avergonzados y de todos los corazones salió el Padre-nuestro bañado en lágrimas.

Pero Marta no murió. ¡Despuntaba el alba y el sepulturero abria una fosa. El anciano se sentó á la cabecera de la moribunda y dijo á su pobre sobrina una palabra ; esta palabra que Marta recibió en el corazon, bastó para salvarla!

Salvada está la huerfana! El fuego de la vida torna á sus ojos y su sangre refrigerada vuelve á circular bajo la blanca tez.

—Todo está dispuesto, hija mia, le ha dicho el tio riendo, y la jóven responde:

—Trabajemos! trabajemos!

En fin, ¡quién lo creeria ! Marta resucitada vive para otro amor, para el amor del dinero. Sí , del dinero! Quiere dinero, solo el dinero la atormenta y con su sangre le adquirirá. Toda mano valiente le adquiere con el trabajo, y valiente será la suya.

Quién es esa vendedora que se ha establecido bajo el arco , que en una tiendecilla hace tanto ruido, tanto ruido? ¿qué vende y compra sin cesar? Es Marta: todos la alaban, por que es buena, porque es cariñosa. Sus parroquianos forman sin cesar la bola de nieve. Hoy tiene veinte, mañana cuarenta y siempre el dinero llueve en su tiendecilla.

Un año ha pasado asi:

Marta trabaja y es dichosa porque Santiago vive, le han visto sano y bueno! Mas de una vez su brazo desfallece y sus ojos se anublan oyendo hablar de una batalla; pero su valor se repone porque nada se dice de un regimiento cuyo nombre ella conoce.

Un dia la dice su tio, á solas con ella en su cuartito:

—Marta, para conseguir la dicha á que aspiras, se necesitan mil francos, y los tendrás muy pronto. Poquito á poco hila la vieja el copo. No venderemos la casa. Mira el cajon. Con el dinero de la viña y lo que tu has ganado ya tienes mas de la mitad. Espera medio año mas. Qué quieres, hija! La dicha se alcanza con trabajo; pero tu ya has subido las tres cuartas partes de la altura. Hija mia, acaba tu jornada. Yo estoy contento porque espero verte dichosa antes de que Dios me llame.

El pobre anciano se engañaba: quince dias despues cerró la muerte sus ojos y Marta lloraba sobre una sepultura en el campo-santo. Una tarde no faltó quien la oyera decir:

—Las fuerzas me faltan! Tio de mi alma que tanto me quisiste, perdóname, que ya no puedo esperar mas. El señor cura me lo permite!

Y así que amaneció el dia siguiente á los ojos de la aldea sorprendida, muebles, tiendecilla, casita, todo cambió de dueño. Marta lo vendió todo, sin reservar mas que una sola cosa, una crucecita dorada y el vestido de color de rosa con ramitos azules que á Santiago le gustaba mucho. Marta queria dinero y ya lo tenia, ya tenia los mil francos que necesitaba. Pero qué va á hacer tan sola y jóven? Qué va á hacer? Pobre niña! El pensarlo me desgarra el corazon!

Sale de casa: miradla, miradla, miradla. Alegre y vestida de luto, parece al dejar su casita el ángel del dolor que estiende el vuelo hácia la felicidad que acaba de sonreirle un poco.

Parece un relampago; su piececito ligero, ligero, apenas toca la tierra. En una casa silenciosa y tranquila ha entrado ya. Un hombre de cabellera blanca, un sacerdote la recibe con cariño.

—Señor cura, le dice Marta arrodillándose, os traigo todo lo que poseo. Ahora ya podeis escribir. Comprad su libertad ya que sois tan bueno para conmigo. No digais quien le redime. ¡Ay, demasiado lo adivinará él! No me nombreis para nada ni temais por mi. Tengo fuerza en mis brazos y trabajaré para vivir. Tened compasion de mi, señor cura!.... Devolvédmele!

TERCERA PARTE.

El cura de aldea.—Dicha de la doncella pobre.—Santiago libre.—Vuelta de Santiago.—Quien lo hubiera creido!

III.

Pláceme el cura de aldea. Para hacer amar á Dios y aborrecer al demonio no necesita como el cura de la villa y la ciudad, levantar su espíritu sobre la santa montaña y agotar sus fuerzas probando, con el libro abierto, la existencia del cielo y del infierno. En torno suyo todo cree y todo reza. Sin embargo, en las aldeas se peca como en todas partes; pero al sacerdote de los campos le basta levantar la cruz para que el mal huya y el pecado apenas nacido se arranque.

Si, yo amo y encuentro hermoso el cura de aldea. Desde su púlpito de tosca madera todo lo descnbren sus ojos. Su campana aleja el pedrisco y el rayo. Tiene los ojos, siempre fijos en su rebaño. Y si un pecador huye de él, le ve y va á buscarle. Tiene perdon para las faltas y bálsamo para las penas. Su nombre corto y bendito llena los valles y es el médico de las enfermedades del alma. He aqui por qué Marta habia encontrado en el cura de la aldea bálsamo para calmar sus dolores.

Pero si desde el fondo de su parroquia el hombre del cielo habia podido desterrar el pecado y el pen-

Universidad de Deusto
Biblioteca

samiento maligno, su santa influencia no podia alcanzar lo mismo al soldado sin nombre, confundido en un ejército y que no escribia hacia tres años, mucho menos cuando al ruido de los tambores y las cornetas y los cañones seiscientos mil franceses iban alegres á dominar fieramente todas las capitales y á quebrantar y ahuyentar todo lo que se oponia á su camino, descansando únicamente en la tierra extranjera para correr mas léjos aun.

Es cierto que el verano pasado el tio escribió á Santiago varias veces; pero el ejército habia hecho triple campaña y Santiago, segun decian, habia cambiado de regimiento. Unos le habian visto en Rusia, otros en Alemania y no se sabia de él cosa positiva. Tanto mas se esplica esto cuanto que Santiago no conocia pariente alguno. Digámoslo todo; el lindo soldado procedia de esa casa donde una multitud de niños viven de la caridad que allí les sirve de madre. Buscó la suya largo tiempo.... y no la encontró nunca. Ardia en deseos de ser amado; lo fue, y á no ser por la guerra, donde habia sido amado hubiera corrido toda su vida.

Ahora que lo sabemos todo, dejemos al buen cura en medio de los cuidados que su bondad le cuesta escribiendo pedazos de papel para hacerlos correr la posta.

Pasemos á la humilde casita de Marta. La doncella pobre permanece en ella trabaja que trabaja. Como ha cambiado todo allí! Ayer Marta tenia su ajuarcito y hasta dinero en la cómoda; hoy no tiene mas que un banquillo, un dedal, un alfiletero y una rueca. Hila y cose; pero no nos lamentemos de que fatigue tanto sus dedos. Cuando era rica lloraba; ahora que es pobre, rie! Santiago se verá libre y... vida y libertad le deberá á ella. Santiago la amaba mas que nunca y no hay pobreza que valga cuando se ama y se es amado!

Qué dichosa es la doncella pobre! La miel dora su porvenir y su alma gusta ya la primera gota. Miel y flores en torno de ella, miel y flores en todas partes! Trabaja, trabaja, y toda la semana entre dos gotas de miel y nubes de perfume, su huso da vueltas, da vueltas, y su dedal chilla y su pensamiento pinta tantos dias sin nubes como su huso da vueltas y su aguja da puntadas!

Pero todo esto iba ya haciendo ruido en los campos, y entre las gentes, para ella siempre buenas, no habia quien no la amase. Por la noche habia serenatas para Marta y por el dia regalitos delicados que las muchachas le ofrecian con ojos y corazon amigos.

Anita se llevaba la palma en obsequiarla y amarla. Marta es dichosa y cree en los cantares en que se la promete la felicidad. Desde su cuarto los escucha y enseguida duerme toda la noche arrullada por ellos.

Un domingo por la mañana, despues de misa, el señor cura, amado de todos y de ella mucho mas, va á verla con la frente iluminada por el gozo y con un papel doblado en la mano que temblaba de alegria y ancianidad.

—Hija mia, le dice, el cielo te bendice y me ha ayudado. Santiago está en Paris. Es cosa hecha, está libre; llegará el domingo; nada ha adivinado. Me escribe, y un poco vanidoso, cree que su madre al fin se ha dado á conocer, es rica y le ha redimido. Ah! deja que venga. Cuando sepa todo lo que te debe, todo lo que has hecho por él, estoy seguro de que te amará sobre todas las cosas menos Dios. Hija mia, el dia de la recompensa va á brillar. Prepara á ese dia tu corazon. Santiago llegará y quiero que estés á mi lado cuando llegue, para hacerle comprender ante el pueblo todo, cuán feliz se debe considerar amándole un angel como tú!» Dícese que los

bienaventurados oyen en el cielo armonías que inundan de placer, y Marta al oir estas palabras que descendian á su corazon, creyó que tambien en la tierra se oyen las armonías del cielo.

Al fin llegó el domingo. Todo irradiaba como el oro, iluminado por un hermoso sol de junio; en todas partes la multitud cantaba. Para todos era de doble fiesta aquel dia.

Suenan las doce; inmediatamente el anciano sacerdote que acababa de separarse de la santa mesa, aparece acompañando á la doncella de frente inmaculada. Los párpados de la jóven descienden sobre el puro azul de los ojos. El rubor embarga su voz y solo habla en ella el amor que le grita: ¡felicidad!

La multitud se reune en torno del sacerdote y la doncella. Todo es hermoso y grande: diríase que los campesinos esperan á un gran señor, y saliendo todos del pueblo, se apostan en el camino real.

Nada en el centro, nada á lo léjos en aquel trozo de camino, nada mas que la sombra de los ribazos interrumpida de cuando en cuando por el sol.

De repente aparece un punto negro que crece y se mueve..... Dos hombres..... dos soldados..... el mas alto debe ser él! Con qué garbo camina! Ha crecido en el ejército! Ambos siguen avanzando..... Quién será el otro? Tiene aire de mujer..... Sí, debe ser alguna forastera. Y es graciosa y bella! Viste de cantinera. Dios mio, una mujer con Santiago! A dónde vá? Marta no aparta los ojos de ellos, triste como una muerta. Lo mismo el señor cura que todos los vecinos, iemblan, se estremecen, no se atreven á hablar. Ya se acercan, se acercan, ya están á veinte pasos, sonriendo, jadeantes. Pero qué es lo que desconcierta de repente á Santiago? Es que ha visto á Marta y tembloroso, avergonzado, se detiene. El sacerdote no vacila, y con su voz fuerte, robusta, que infunde terror al pecado.

—Santiago, pregunta, quién es esa mujer?

Y Santiago bajando la cabeza como un criminal, contesta:

—La mia, señor cura, la mia..... vengo casado.....

Un grito de mujer se oye y el sacerdote se vuelve porque este grito le ha espantado.

—Hija mia, valor! Hay que padecer en la tierra!

Pero Marta ni siquiera respira, y todos fijan la vista en ella pensando que va á morir. Se equivocan, Marta no muere; al contrario, parece hallarse contenta. Mira graciosamente á Santiago, y luego, de repente, rie, rie como una loca....

Ay! no podia reir de otro modo, porque estaba loca la pobre jóven! Al oir las palabras del infiel, habia perdido la razon para no recobrarla jamás!

Santiago, cuando lo supo todo, desapareció de la aldea y se dice que fuera de sí, volvió al ejército y allí, el desgraciado, como alma condenada, cansado de la vida, se arrojó á la boca de un cañon que vomitaba hierro y fuego.

Lo que si es verdad es que Marta se alejó de todos una noche y desde entonces en nuestra ciudad vimos á la «pobre loca» por espacio de treinta años tendiendo á nuestra caridad la mano.

En Agen se decia al verla pasar: *Cuando Marta sale, hambre tiene*. Nada se sabia de ella y sin embargo todos la amaban.

Unicamente los muchachos, que de nadie se compadecen y rien de todo lo triste, la gritaban:

—*Marta: un soldado!*

Y Marta que tenia miedo á los soldados, huia al oir esto.

Ahora ya sabeis porque temblaba al oirlo. Yo que le grité asi muchas veces, hoy que conozco su conmovedora historia, quisiera cubrir de

Universidad de Deusto
Biblioteca

besos sus harapos y pedirla perdon de rodillas; pero ya que no encuentro mas que una sepultura..... la cubro de flores.

FIN DE MARTA LA LOCA.

LAS DONCELLAS DE BETHENCOURT.

POR

S. ENRIQUE BERTHOUD,

TRADUCCION DE D. MARIANO DE LA TORRE.

I.

LA NOCHE DE BODA.

957

Todavia coloreaba el sol saliente las nubes, cuando ya se veia en el patio principal del castillo de Béthencourt los escuderos, los pages, criados y monteros, que tenian los caballos de la brida, reprimian las traillas de sabuesos y tenian sujetos los gavilanes y los halcones. Nunca he oido confusion mas agradable; el ruido que hacian los halcones al agitar las alas, sus penetrantes gritos, el piafar de los caballos, los ladridos de los perros, y las trompas de caza, ensayando la sonata que mas tarde debia oirse en medio de los bosques.

Cuando las señoras y los caballeros bajaron de la galeria para oir misa, antes de ir á la caza, todos miraban aquella confusion pasándoles sin duda por la imaginacion pensamientos muy distintos de los que debian tener cuando iban á un acto tan piadoso. A todos les parecia demasiado esperar á que concluyera la misa y decian: ¿por qué no iremos ahora?

Monseñor Bérangaire, obispo de Cambray, buen amigo, al cual se

le veia á través de la sobrepelliz el jubon de caza, agitándose con mucha alegria, les dijo: No tengais cuidado, no la diré larga, por esto no he traido mas ornamento que la sobrepelliz, prescindiendo de la estola y la casulla.

Monseñor Bérangaire cumplió su palabra; siguiendo la costumbre de las misas llamadas de cazadores, misas que despues fueron reprobadas por los santos concilios, suprimió la oblata, la consagracion y la comunion, (1) asi es que todos quedaron alegremente sorprendidos al ver que en el tiempo necesario para rezar un Padre nuestro y un Ave Maria, dió vuelta el obispo para decir *ite misa est*. Se quitó la sobrepelliz y cogió la caperuza y la espada de caza.

Sus! sus!.... Sonaron las trompas, los caballos partieron al galope; y los ladridos de los sabuesos, hicieron conocer á los cazadores que seguian la pista de un jabali.

Entre los que mas llamaban la atencion en la partida, se veian á la señorita Mélisendra, hija única del señor de Béthencourt y su novio, el noble Renaud, señor de Glavincour. En el concepto de todos los cazadores, nadie manejaba su caballo mejor que esta pareja. Para Melisandra no habia fosos ni vallados. Renaud se ocupaba mas en evitar los peligros á su prometida que en seguir á la caza. Iba al galope al lado de ella separando con su venablo las zarzas que podian hacerle daño.

Por el camino que llevaban encontraron una anciana recogiendo leña seca y su hijo, jóven de veinte años, formando haces. Ninguno de los jóvenes vió á la anciana, y ésta, cuyos ojos y oidos tenian setenta años, tampoco los vió y no pudo evitar el que la atropellaran, cayendo ensangrentada á los piés de su hijo.

El pobre jóven creyó que la habian matado, y arrojando un grito de desesperacion, derribó á Renaud del caballo de un palo en la cabeza y cuando estaba en el suelo le hubiera matado si á los gritos de Malisendra no hubieran acudido los criados, que despues de muchos esfuerzos quitaron á su señor de las manos del furioso jóven. A este le ataron los piés y las manos.

Mientras tanto, monseñor Bérangaire, el Sr. de Béthencourt y otros muchos se esforzaban para que volviera en sí el Sr. Renaud. Renaud abrió por fin los ojos. Melisendra que era muy entendida en medicina, no quiso que nadie curara al herido y ella cogió con precaucion la cabeza de su amante y examinó la herida. Mas de una vez la obligaron las lágrimas á suspender su trisie ocupacion. Al cabo de un rato dió gracias al bienaventurado San Huberto y prometió hacerle una novena y darle doce cirios.

—No tiene peligro, dijo. Que Dios, la Vírgen y todos los santos sean alabados! y despues de una breve oracion dijo:

—Es preciso volver al castillo, para que el Sr. Renaud se ponga en cura. Yo curaré su herida, yo misma haré el brevaje que mitigue sus dolores, brevaje que me enseñó á hacer un médico de Cambray. Vamos, Sr. Renaud, dos brazos os sostendrán, el de mi padre y el de vuestra prometida. Vamos despacio en direccion al castillo.

—Admirablemente dispuesto, dijo uno de los caballeros con objeto de lisonjear la voluntad de Béthencourt. Admirable doncella, haced lo que habeis dicho. Yo voy mientras tanto á que cuelguen de este árbol al miserable que ha hecho que derramen lágrimas vuestros hermosos ojos..... Aqui viene el verdugo..... Solo Dios y algun buen angel le ha

(1) El autor ha incurrido aquí en un error vulgar digno de correctivo: nunca ha existido la misa con las omisiones que supone.

Universidad de Deusto
Biblioteca

hecho venir tan á tiempo..... Concluid pronto, digno vasallo, cumplid con vuestra obligacion: cuelga á ese malvado. El primer roble te vendrá bien.

La anciana, que habia vuelto en sí, oyó las palabras del caballero y fué á echarse á sus pies para pedirle en nombre de Dios y de la Vírgen perdon para su hijo.

El caballero, sin responderle, la apartó con el pie y continuó viendo como el verdugo preparaba la cuerda.

La pobre madre, que vió que no conseguia nada, acudió á Melisendra, y con sollozos capaces de ablandar al mas desapiadado, pidió á la jóven perdonara á su único hijo, su sosten en la ancianidad.

—No, dijo Melisendra, ha querido matar á mi prometido.

—Perdon! perdon! gritó la anciana.

Melisendra, por toda contestacion mandó á sus criados separasen á la que la importunaba con sus gemidos. Los criados la separaron á correazos.

La anciana perdió el conocimientos, y cuando volvió en sí, se encontró sola en el bosque al pie del árbol en que pendia el cadáver de su hijo.

No puedo deciros lo que sufrió la pobre anciana; solo una madre puede comprenderlo..... Verse delante del cadáver de su hijo...de su único hijo, que habia sido muerto por defender á su madre!

—Si yo pudiera vengarme!..... Y miró á su alrededor, pero se encontraba sola, débil é impotente.

Escondió la cabeza entre las manos.

De pronto se levantó y gritó:

—Satanás, ayúdame!..... Que sea desgraciada....!

Que ninguna doncella de su descendencia sea dichosa...! Que todas y particularmente ella sean atormentadas por la desesperacion!..... y me entrego á ti en cuerpo y alma.

Tembló la tierra, el rayo cayó con gran estrépito, salieron numerosas llamas del centro de la tierra.

Nadie despues de esto ha vuelto á ver á la vieja de Bethencourt.

Los sucesos que acabo de contar ocurrieron por el mes de Diciembre.

Por fin llegó el dia de la boda de Renaud con Melisendra. Renaud ya no sentia nada de su herida.

Seria necesario estar escribiendo toda la semana para contar, sin quitar nada, el sinnúmero de ceremonias, los festines, los pasos de armas, que se hicieron para celebrar tan nobles esponsales.

Por fin Renaud vió con alegría el final de tanto regocijo. Monseñor Berangaire bendijo el lecho nupcial, despues de lo cual todos se fueron, y el esposo fué admitido al lado de la esposa.

Dios mio! nunca se ha visto cosa mas agradable. Al ruido de los acelerados pasos de Renaud, que pisaba apresurado las hojas de fragantes flores, la vírgen cubrió avergonzada el rostro con sus manos. A pesar de esto, fué abriendo poco á poco los dedos, dejó caer las manos, y se atrevió á levantar los ojos.

La Vírgen nos ayude!

Entonces se vió un relámpago de color de sangre. Y dos pálidas fantasmas, la una, una vieja vestida de fuego y la otra un jóven con la cara negra y la lengua sacada como suelen quedar los ahorcados, aparecieron entre los dos esposos.

La vieja abrazó á Renaud, y fueron inútiles los esfuerzos que este hizo para desacer tales abrazos.

Melisendra vió inclinarse sobre ella al horrible ahorcado y sintió en sus labios los amoratados del aparecido, que con sus helados brazos la abrazó como podia abrazar á una esposa.

Demonios, brujas y toda clase de espantosos fantasmas aparecieron en las colgaduras de la cama, y dándose sus puntiagudas manos, daban vueltas en el aire cantando con voz

de bájo como si murmuraran al lado de un moribundo:

Habrá en los Bethencoures
ocho doncellas,
y no será dichosa
ninguna de ellas.

Esta funcion duró hasta el amanecer.

A la mañana, cuando la noble señora de Bethencourt fué á dar á su querida hija el primer abrazo de enhorabuena dió un triste gemido y empezó á llorar.

Los dos esposos estaban blancos como el sudario de un difunto, y sus miradas parecian las de un loco.

Ninguna caricia! No se pudo obtener de ellos ninguna respuesta razonable; á todas las preguntas, á todas las súplicas respondian cantando como los aparecidos dé la triste noche de su boda:

Habrá en los Bethencoures
ocho doncellas,
y no será dichosa
ninguna de ellas.

II.

EL ASTRÓLOGO.

—

1226.

Desde el principio del otoño no habia habido una tempestad tan horrorosa, ni habian sido tan estrepitosos los truenos, ni los relámpagos habian brillado tanto, no habia sido tan copiosa la lluvia, ni, en una palabra, habia habido una noche en que tanto se desease un sitio en que albergarse.

Por esto los criados, los halconeros, las gentes de caza y armas se guarecieron en la gran sala del castillo de Bethencourt. La señorita Alix, hija única del señor del castillo, rezaba sentada entre sus azafatas, de vez en cuando rociaba la habitacion con agua bendita, y á cada relámpago se santiguaba devotamente.

Monseñor de Bethencour se paseaba en la sala. Ahora se paraba á ver como limpiaban los soldados las corazas de acero; despues reprendia á estos porque no afilaban bien una espada, á otros por que no sacaban bien la punta de su venablo.

Un hombre como de treinta años iba al lado de monseñor y reñia mas que él á los criados. Era este un astrólogo, hombre de muchos conocimientos.

No habia en el castillo quien le quisiera: Cuando los criados estaban solos decian que aquel astrólogo con su pelo rojo, sus ojos hundidos, su rostro tostado, era algun traidor hechicero. Y si hemos de ser verídicos, él poseía maravillosos secretos, bálsamos para curar las calenturas, para curar el mal de San Guislain y para cerrar las heridas de mala clase. Dios me guarde de deciros cómo habia aprendido estos secretos; pero una ciencia tan maravillosa no puede adquirirse, segun mi pobre juicio, con el simple estudio que puede hacer un mortal.

El astrólogo se detuvo delante de un viejo soldado que arreglaba una ballesta y se alababa en voz baja de no haber aflojado nunca la cuerda de su querida arma sin haber alcanzado donde queria.

—San Sebastian me sirva de testigo, desde los siete años de edad no he pasado un solo dia sin que haya puesto una flecha en mi ballesta para herir el cuerpo de un enemigo ó la cabeza de un monigote.

—Por mi alma! dijo el astrólogo, yo he conocido en mi pais un arquero napolitano que os aventajaba, sin que para eso se ejercitase en un monigote, pues le bastaba recitar ciertas palabras que habia aprendido de un célebre hechicero.

El viejo movió incrédulamente la cabeza.

—Por vida del diablo! replicó el

Universidad de Deusto
Biblioteca

astrólogo, poner en duda lo que yo digo!..... Pues mira, yo me acuerdo de las palabras; y aunque nunca he cogido una ballesta, quiero que veas si el secreto es bueno.

Cogió el astrólogo el arma, se colocó en una esquina de la sala, y murmuró: «Dios tenga aquí parte y el diablo á la salida. *Non tradas Dominum nostrum malthon. Amen.*» Y designando por objeto la gorra del viejo, se la quitó de encima de la cabeza, antes que el soldado hubiera tenido tiempo de librarse de prueba tan peligrosa.

Todos le miraron con terror, y él estaba loco de contento. El señor de Bethencourt le hizo presente que no convenia emplear maleficios entre soldados valientes y buenos cristianos, á lo que contestó él, que todos los medios eran buenos para mayor gloria de Dios.

Monseñor Bethencourt le replicó con mucha discrecion, pero el astrólogo no le oia, por que se habia ido á hablar con la señorita Alix.

Alix no le escuchaba, deseaba que la dejara en paz, y el sonido de una bocina la libró de compañia tan fastidiosa.

La bocina se sentia en la poterna del castillo.

Era de un caballero que sorprendido por la tempestad pedia albergue. Monseñor de Bethencourt mandó que entrara el caballero al instante.

—Bien venido! dijo el castellano, saludando á su huesped..... Que el preboste se dé prisa y nos sirvan pronto la cena. Tú, Alix, hija mia, prepara el hypocras, (1) y vos, señor, quitáos ei casco y la ropa, que pesará mucho con el agua; dejad que mis criados os suelten los anillos del camisote de guerra para que esteis mas cómodamente.

El caballero suplicó que le dejaran la capucha de mallas y el camisote de guerra.

—He hecho voto, dijo, de que ningun cristiano vea mi cara hasta que haya concluido mi empresa.

Monseñor Bethencourt respondió:

—San Miguel arroje á lo mas profundo de los infiernos al que no respete vuestra empresa!..... Sentáos, señor caballero, y que una copa de hypocras os devuelva las fuerzas..... Pero, Dios me ayude; Alix, todavia no has preparado el hypocras! Qué dirá este señor de nuestra mala hospitalidad?

Alix estaba dominada por una gran emocion, temblaba; parecia que habia perdido el conocimiento.

La jóven se calmó, y acompañada de una azafata, preparó el hypocras, lo puso en una copa de plata, y la ofreció graciosamente al huesped de su padre.

El caballero apretó, sin que nadie le viera, la blanca mano que le presentaba la copa, y la señorita Alix dijo muy bajo, tan bajo que no lo oyó nadie:

—Henryot, Henryot, no eres prudente!

Ya habia puesto el mayordomo sobre una gran mesa un azafate de plata en forma de arca. Monseñor de Bethencourt dijo el *Benedicite*, y el mayordomo descubrió el arca y sirvió carne de jabalí, liebre y otras cosas apetitosas. Monseñor Bethencourt, la señorita Alix, el caballero y el astrólogo estaban juntos y aparte en una mesa larga; las azafatas, las camareras, los criados, los pajes, los soldados, ocupaban cada uno su sitio segun su categoria. A estos les servian bajo la direccion del preboste carne de puerco, de vaca, etc.

Mientras la cena, el desconocido se ocupaba mas en mirar á Alix que en comer. Alix, que estaba alegre é inquieta, tampoco comia, y daba todo lo que le ponian en el plato á una galga preciosa que apoyaba su blanco hocico en las rodillas de su ama.

(1) Brevaje hecho con vino, azúcar y canela.

Despues de la cena rezaron las oraciones de la noche, y los pajes condujeron al caballero á una hermosa cámara.

Alix quedó sola con su padre, al que pidió su bendicion. El noble señor puso las manos sobre la frente de Alix, y rogó á Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, á la Vírgen y á S. Bertin, patron de Bethencourt, bendijeran á su hija. Alix saludó á su padre y subió la escalera espiral que conducia á su cuarto, en donde la esperaban las azafatas y camareras.

El cuarto de la señorita Alix era una verdadera mansion de placer. El señor de Bethencourt se habia complacido en amueblarle al gusto de su querida hija y como correspondia á su elevada clase.

Este cuarto estaba colocado en una torrecilla y entraba en él la luz por una sola ventana, en cuyos vidrios azules se veia el escudo de Bétehncourt, que impedia que desde fuera se viera nada de lo que dentro sucedia.

Un hábil obrero habia hecho de roble oscuro y bien pulimentado, las columnas de la cama, que estaban envueltas en largas y pesadas cortinas, las sillas y los armarios. El reclinatorio que estaba esculpido de una manera admirable, servia á la vez de peana á un crucifijo de plata macizo y á un espejo de acero perfectamente pulimentado. Sobre los estantes del reclinatorio se veian algunos rosarios y relicarios, sortijas, cinturones, almohadillas con largos alfileres de plata y pomos de *Blandarian* que exhalaban magníficos olores.

Las azafatas la despojaron de sus vestidos de escarlata, cuyas falsas mangas colgaban por detrás, despues le quitaron una túnica que no dejaba ver mas que unas mangas de color claro.

Miéntras que dos camareras hacian esto, otras dos encerraban en una caperuza los hermosos cabellos negros de su señora, quitándola el velo que de ellos colgaba.

Alix despidió á sus doncellas, soltando ella misma los broches del justillo que encerraba su elegante talle. Estuvo un largo rato pensativa. Henryot, al que no habia vuelto á ver desde su vuelta de casa de su tia, la señora de Heninlietard, Henryot de Carvins en el castillo del señor de Béthencourt!.... Henryot, cuyo padre mató al hermano del señor de Bethencourt!

Dios mio! Si llegarán á saber quien es el que se oculta bajo la caperuza de mallas!.... Por que este fiel amante se espone nada mas que por verla!.... Santísima Vírgen, protejed á Henryot!

Con estos pensamientos, se arrodilló Alix en el reclinatorio, y dijo la oracion siguiente:

«Madre Inmaculada del Salvador, santa y misericordiosa patrona de los amantes verdaderos. Vírgen Santisima, cóncedeme tu ayuda! Henryot se ha arriesgado por mi á venir al castillo de mi padre. Vírgen Santisima, que salga sin desgracia, y os prometo colocar mientras viva flores delante de vuestra santa imágen y no dejar apagar nunca las luces de vuestra capilla.»

Recitó varias oraciones, y cuando hubo concluido, se colocó en la ventana observando á través de los cristales si veia el resplandor de la lámpara que ardia en el cuarto de Henryot. Con la frente apoyada en la ventana, estaba pensativa sin acordarse de dormir, cuando se estremeció de repente.

Detrás de ella se sentian pasos!

—Vírgen Santisima! un hombre! El astrólogo!

A qué vendrá? Cómo ha entrado?

Y cubrió con los brazos y las manos su pecho medio desnudo, porque el astrólogo se habia colocado entre ella y los vestidos que acababa de quitarse.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Alix! le preguntó, estimas en lo que valen los peligros á que me espongo por verte á solas?

La jóven bajó los ojos, porque no podia soportar aquella diabólica mirada, reunió sus fuerzas, se apoyó contra la ventana y empezó á gritar:

—Socorro! Socorro! Lydoria! Maria? Berta! Todas, todas socorro!

El astrólogo sonriendo, cruzó los brazos y la dejó gritar á su gusto.

—Todas duermen, dijo al fin, no se despertarán hasta que yo quiera; mi poder las ha adormecido.

Salió y volvió al poco rato arrastrando por el brazo á una camarera, á la que no despertaron las fuertes sacudidas que le daba; enseguida la arrojó en un rincon donde quedó dormida sin dar un solo suspiro.

—Alix, dijo entonces el astrólogo, estás sola conmigo escucha, yo te amo, te amo desde que te he visto. Tu has querido decir á tu padre que yo te amaba; pero te ha detenido el miedo que tienes á mi poder mágico. y por Belcebú! has hecho bien porque los espiritus infernales te hubieran atormentado noche y dia. Con una sola palabra mágica que yo dijera serás mia; y sin embargo estoy sufriendo tus desdenes, como pudiera hacerlo un tímido vasallo enamorado de una dama de elevada alcurnia..... Hoy, por la primera vez, me has dejado comprender que te has compadecido de mis sufrimientos: tu pié ha tocado al mio durante la cena..... Ya ves, nada me ha arredrado, el martirio, la hoguera, todo he desafiado..... Aqul me tienes!

—Dios mio! qué funesto error!.... Era el pié del astrólogo! gritó la pobre Alix.

—Buscabas el pié de otro!....Estás enamorada de otro!..... Quién es?.... Quién es?..... Ah! si..... el caballero. No importa! Tú serás mia!

Y estendió los brazos para abrazarla. Al hacér este movimiento cayó sobre la alfombra una daga pequeña que tenía oculta en los pliegues de la manga. Alix la cojió y se la colocó con tanta ligereza en el pecho que se hizo una herida pequeña y cayó una gota de sangre.

—Sal, le dijo, si dás un paso me mato!

—Mátate: mas quiero que seas mia muerta, que viva de tu caballero.

Y se adelantó.

Alix encomendó su alma á Dios y se preparaba á morir, cuando se paró el astrólogo como si se le hubiera ocurrido alguna cosa, salió haciendo un gesto de venganza y cerró la puerta de manera que no pudo abrir la jóven. Alix empezó á gritar. pero ninguna de sus doncellas se despertaba; todas seguian dormidas.

El astrólogo se dirigió al cuarto del caballero, y pudo ver su cara sin despertarle, vió que era el Sr. Henryot de Carvins!

Al dia siguiente por la mañana, entró el astrólogo en el cuarto de Sr. de Bethencourt.

—Que Nuestro Señor Jesucristo os ayude, y os conceda valor , que bien lo necesitais! le dijo:

El caballero de anoche, es Henryot de Carvins, el hijo del asesino de vuestro hermano Pablo d' Esnes.

Monseñor de Bethencourt se levantó fuera de sí : despues se metió súbitamente en la cama, diciendo:

—Ha recibido hospitalidad en mi casa: San Julian le proteje. Que se vaya sano y salvo. Yo vengaré otra vez á mi hermano. Dios mé dará la ocasion.

El astrólogo cruzó los brazos y añadió sonriendo;

Ha estado en la cámara de Alix.

—¡Las pruebas ó te mato ¡ Gritó monseñor de Bethencourt cogiendo su daga.

—Yo lo he visto ! lo juró por los santos del paraiso, contestó con mucha calma el astrólogo. Yo lo he visto!

Y al salir ha dejado caer este velo que ayer colgaba de los cabellos de Alix.

—Cierto!.... Mi armadura! dádme mi armadura!

—La felonia se debe castigar con otra felonía...,.. El felon está durmiendo, vamos!

—Eso seria vengarse á lo plebeyo y á mí me corresponde una venganza de caballero!.... Mi armadura!.... Id á buscar al traidor y conducidle á la entrada del bosque.

El astrólogo corrió lleno de alegría al cuarto del Sr. Henryot de Carvins.

—Hermoso señor! está de mas el incógnito, se sabe que sois Henryot de Carvins. Para que no os hubieran conocido os debiais haber acostado con la caperuza de malla.... Poneos el camisote de guerra y empuñad la daga! Os esperán en el bosque para daros la recompensa que mereceis.

Henryot hizo un jesto de desesperacion.

—Nunca; dijo, haré uso de mi espada contra el padre de Alix.

—Por mi alma! respondió el astrólogo, os tendreis que ver con otro que no tenga el puño tan débil y las piernas tan temblorosas como monseñor de Bethencourt. Allí encontrareis un caballero jóven y valiente, el prometido de Alix, sobrino de Monseñor , el señor Oldebrand de Cagnoncles.

—Ah!-dijo el caballero, el prometido de la señorita Alix!....

Se armó de prisa, y fué preciso que el astrólogo le atara las correas de las hebillas, porque las manos de Henryot temblaban de rabia.

Conducido por el astrólogo á la entrada del bosque, Henryot se arrojó sobre su adversario, pero no le pudo ver la cara porque el caballero llevaba una caperuza de mallas. El combate no duró mucho tiempo.

Ligeramente herido en un costado, el señor de Carvins derribó á su enemigo atravesado de parte aparte.... La caperuza del moribundo cayó de su cabeza y dejó la cara descubierta.... Henryot reconoció al señor de Bethencourt.

Desesperado dió vuelta para matar al astrólogo pero ya no estaba allí; Henryot le vió á través de los árboles, llevando en sus brazos á la señorita Alix medio desnuda y lanzando gritos.

Henryot quiso perseguir al astrólogo. El peso de su armadura, el dolor cruel y la pérdida de sangre de la herida hicieron que fueran inútiles sus esfuerzos: Henryot cayó al suelo.!

El astrólogo fué entonces á su lado y dijo á la moribunda Alix que todavia llevaba en sus brazos.

—Ha matado á tu padre!..... Está herido por una daga envenenada!.... Serás mia y moriremos juntos , tú estrechada en mis brazos.

—Estoy vengado!

III.

LA FRENTE ENSANGRENTADA.

1314.

Gauthier hundia sus espuelas en los ensangrentados hijares de su caballo.

—Mas ligero! decia, corre, vuela, mas ligero!....

Y el caballo marchaba con la rapidez del rayo, inundado de sudor el pecho y oculto entre blanca espuma el bocado.

Y Gauthier le mandaba correr porque en ello le iba la vida ó la muerte. Llevaba en la grupa á la hermosa Blanca de Bethencourt , cuyas débiles manos apenas tenian fuerza para sostenerse abrazada á la armadura de su amante.

A lo lejos se sentian voces amenazadoras , pasos de caballo, ruido de armas y en medio de esta confusion, la voz del conde de Bethencourt que decia:

Universidad de Deusto
Biblioteca

Detenedlos!..... presentádmelos uertos ó vivos! Mas quiero para ella una mortaja que la deshonra.

—Dios y los santos han venido en en nuestro socorro!.... Ved la fortaleza de Quievy!..... Ah! valientes soldados, ya bajan el puente levadizo y están preparados para arrojarse contra el conde de Bethencourt y los suyos!.... Gracias camaradas!.... Ya es mia!..,.. Todos á dentro!..... Levantad el puente! bajad el rastrillo!... A las murallas!.... Flechas á las ballestas! cargar de piedras las almanas!.,.. Vamos á hacer una recepcion hermosa á ese vanidoso señor que pretende que la sangre de Bethencourt se envileceria mezclándose con la de Quievy!

Blanca, mi querida Blanca! vuelve en ti.... ved que estais en los brazos de vuestro amigo Gauthier! Nadie podrá ya separarnos.... Mi capellan nos casará en la capilla como corresponde á buenos y leales amantes; á verdaderos cristianos, del seno de nuestra santa Iglesia católica, apostólica, romana.

Blanca, estaba pálida y todo lo oia y hacia como si estuviera presa de un terrible sueño, ni aun creia era ella:—Dios de bondad! Ella la que huye con su amante, delante de todos, en presencia de su padre!....., Y no volver cuando el anciano colérico le gritaba: «Yo te maldigo, hija desnaturalizada! Maldita seas!.,.... maldita, si, oyes? maldita!.....»—Oh! si, esto no es verdad, es un sueño?

Esta sombria iglesia, las pálidas luces de los cirios, este cura que pregunta: *Mujer, quereis por esposo á Gauthier de Quievy?* Este anillo que le ponen en el dedo..... decidme, es esto un sueño?..... un sueño que vá á concluir porque ya no puede ella soportar tan terribles angustias.

Qué ruido es ese que se oye!..... Las flechas silvan en el aire; gritan: —Los hemos vencido, huyen! Una piedra arrojada con honda le ha roto la cabeza! Ha caido.... Se muere.... —Quién?—Bajan el puente levadizo: salen y vuelven unos cuantos hombres.... Traen un cadáver.....

Oh! su padre! su padre!....

—Mi padre! mi padre!..... Dejadme!..... dejadme!...., no ha muerto; todavia están calientes sus manos... va á abrir los ojos.... esta herida no es mortal...Verá á su hija, y le dirá: yo te perdono, no te maldigo mas... No!... se muere! ha muerto!

Virgen Santisima, no tendreis piedad de esta mujer?..... Quereis que quede maldecida por su padre!..... por su padre, muerto despues de haberle desobedecido!... Ayudadme, Virgen Santisima!.. Vamos, no seais inflexible!... Vos, que sabeis cuanto sufro, me perdonareis!...

Oh! no me arrastreis de ese modo! dejadme á su lado! Yo soy vuestra ama, yo quiero que se me obedezca! Dejadme al lado de mi padre!..... Ah!.....

Y cayó desmayada.

Cuando volvió en si, estaba en la cámara nupcial, y su esposo el señor Quievy, queria abrazarla y besar su pálido rostro, y como adormecida por el dolor, recibió maquinalmente sus caricias.

Al amanecer salió de su horrible estupor y empezó á llorar.

Nueve meses despues habia mucha confusion en el castillo de Quievy.

El señor Alberic acababa de morir repentinamente, y esta horrible noticia precipitó el alumbramiento de Blanca, que dió á luz un niño..... justicia de Dios! un niño con la frente ensangrentada!

Quisieron labar la sangre, pero fué inútil; era una mancha muy parecida á la herida que dió la muerte al conde de Bethencourt.

Rogad á Dios por el señor de Quievy y por su pobre viuda, porque dicen que se ha vuelto loca y que pasa todo el dia labando la indeleble mancha de la frente de su hijo!

IV.

HECTOR DE SAVEUSE.

—

1427.

No hay en todo Flandes ferias mas divertidas ni fiestas mas preciosas que las que se celebran en Cambray el lunes siguiente á la fiesta de la Santisima Trinidad. Acude gente de treinta leguas á la redonda; es tanta la afluencia de forasteros, que los vecinos que viven con estrechez en sus casitas levantan en los patios pabellones de lienzo y de tabla.

Desde el domingo de la Trinidad, las habitaciones de los vecinos, desde el mas rico al mas pobre, se llenan de huéspedes. Los pobres y los campesinos que no tienen en la poblacion ningun conocido donde albergarse, vienen formando numerosas caravanas.

Antes de pasar el castillo y el puente levadizo, ó bien despues de haber entrado en alguna calle estraviada, se quitan el trage diario y se ponen los trapitos de cristianar. Los hombres ponen en lugar de la ropa remangada hasta la rodilla, los calzones y jubones de buena tela; las mujeres y las doncellas quitan el polvo de la frente, alisan el pelo y se ponen un calzado mas ligero, cambian de tocado, de saya y hasta de camisa. Para esto se colocan los hombres á un lado del camino y las mujeres al otro, dándose la espalda y sin volver la cabeza para atrás. Pero esto no se lleva con rigor, y no faltan curiosos que aprovechan esta circunstancia.

La señorita Berta de Lens, sobrina del monseñor Juan de Lens, obispo de Cambray, habia enviado á su buena amiga Maria de Bethencourt un atento recado diciéndole que llegaban las fiestas de la Trinidad y era preciso que fuese á pasarlas en su compañia, recordándole que hacia un año que no se habian visto.

María de Bethencourt aceptó con alegria la invitacion, y con una escolta de cuarenta soldados se puso en camino para el castillo episcopal. En cuanto Berta vió la blanca hacanea de su verdadera amiga y los soldados de la casa de Bethencourt, empezó á correr loca de alegria para abrazar á Maria.

La mañana siguiente, Maria de Bethencourt, que dormia en la cama de Berta, abrió los ojos y empezó á suspirar. Habia soñado que toda la noche habia estado hablando con el señor Hector de Saveuse, su caballero; Hector, que habia solicitado y obtenido de su dama el consentimiento para enamorarla, jurando por los Evangelios, por S. Miguel y por las espuelas que llevaba puestas, casarse con ella delante de Dios y de los hombres tan pronto como hiciera tregua ó paces con el obispo de Cambray.

Hector de Saveuse habia entrado por sorpresa á la cabeza de trescientos soldados hasta el mismo palacio del obispo que se libró de la muerte porque estaba fuera, en lugar seguro.

Hector se retiró á un castillo con buen número de jente, y los vecinos por miedo ó por otro motivo se mantuvieron obedientes á monseñor Juan de Lens que consiguió que por un pregon del imperio se declarase á Hector de Saveuse desheredado de sus títulos, bienes y señoríos y se pusiera á su cabeza el precio de trescientos escudos de oro.

Deseosos de ganar una suma tan crecida, los mismos vecinos, que habian tomado parte con él contra el obispo, le perseguian. Pero el digno caballero, con algunos soldados decididos, les daba magníficas acometidas cuando la ocasion se presentaba.

Con estos pensamientos y tan tris-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tes recuerdos, los ojos de la señorita de Bethencourt se llenaron de lágrimas.

En este momento se despertó la señorita Berta, y estendiendo sus preciosos brazos bostezó, dejando ver su boca abierta dos hileras de preciosos dientes de márfil engastados en coral, y con sus mal abiertos ojos miró á todas partes como si buscara alguno que no estaba presente.

Despues pasó uno de sus brazos al rededor del cuello de María, y quedó mucho rato de esta manera. Formaban las dos jóvenes un precioso conjunto, abrazadas, confundidos sus negros cabellos de tal manera que parecian las dos una.

—María, dijo al fin Berta en voz muy baja, María, mi querida María, te voy á descubrir un secreto que me tiene contenta y afligida.

—María, un caballero valiente y hermoso me ama. No me presentarán otro que le iguale en cariñosa conversacion: en manejar la lanza y en noble renombre. No hay nadie que sepa amar como él me ama, pues por solo verme una hora espone su libertad y hasta su vida.

Para disminuir los peligros que le amenazan, Berta ha contado con tu valor y tu verdadera amistad. Cuando todos estén fuera del castillo divertiéndose en las fiestas de la Trinidad, mi querido señor vendrá disfrazado hasta una poterna abandonada del castillo, de la cual el tiene la llave. Yo me fingiré enferma y suplicaré te quedes al lado mio, mientras que daré permiso á las camareras para que vayan á las fiestas á divertirse. De esta manera nadie mas que tú verá á mi buen amigo y á la noche le será fácil salir.

—Haré lo que tu quieras, dijo María, y con la curiosidad propia de una niña, añadió:

—Cómo se llama tu caballero?

Berta colocó sus lábios cerca del oido de su amiga y murmuró un nombre: María se desmayó.

Cuando á fuerza de cuidado volvió en sí, empezó á llorar amargamente.

—Hector de Saveuse! decia retorciéndose las manos, Hector de Saveuse!

Berta creia que aquellas quejas provenian de los peligros de su amor, y dijo llorando tambien:

—Sí, este amor me espone á muy grandes peligros, pero no es mejor morir que dejar de ser suya?

La de Bethencourt miró á su amiga, la abrazó y la dijo con ternura:

—Yo seré hasta la muerte tu mas fiel amiga, y comenzó á llorar de nuevo.

A la hora de las vísperas, un hombre cubierto con una gran caperuza, entró en Cambray por la puerta del castillo de Selle, pagó el portazgo sin decir una palabra y se dirigió hácia el palacio episcopal aparentando que se ocupaba de las fiestas.

Eran estas las mas hermosas que ha visto ninguna ciudad que haya adquirido fama por las fiestas.

Se veian por todas partes espectáculos pagados y dirigidos por los *juramentos* ó cofradías.

En *Guitier*, que otros llaman *cuartel de San Fiacre*, bailaban hombres salvajes, jugadores de espada á dos manos, vestidos de blanco con camisas blancas y una mujer salvaje que por únicos vestidos tenia sus largos cabellos.

Mas allá los molineros asaban un buey entero, en cuyo vientre ponian pollos, palomas, pichones, etc. Los taberneros ponian toneles de vino sobre sus caballetes y dejaban beber á la gente lo que esta queria. En otro sitio se divertian bailando al son de los instrumentos músicos populares.

Cuando llegó detrás del palacio episcopal y se disponia á escurrirse por la solitaria calle donde estaba la poterna, tuvo que detenerse el encubierto, que no tenemos necesidad de decir era Hector de Saveuse. La

procesion se presentó en esta calle y pasó mucho tiempo antes que volviera á quedar solitaria.

La procesion era muy larga.

Venian delante los arqueros á caballo, con los arcos cubiertos de encarnado y la gorra amarilla puesta. Seguian otros *Juramentos* con sus corazas y las caperuzas amarillas.

Detrás venian el carro de monseñor el obispo, el del Papa, el del emperador y por último el de la Santísima Vírgen: una hermosa niña sentada en un trono llevado por ángeles representaba la Madre Inmaculada del Salvador de los hombres. De vez en cuando unos resortes ocultos elevaban y bajaban el trono con graciosa rapidez.

Al pié de este carro discutia con el diablo San Miguel Arcangel, cuya conversacion alegraba á los patanes. Cuando el diablo no sabia que contestar, el ángel le pegaba en el vientre con la espada de laton, y del vientre del demonio salia un pedazo de trapo encarnado, que figuraba sangre.

Cuando se sintieron cerca los *oremus* de los curas y se veian brillar por detras del carro de la Vírgen los crucifijos de oro, los ciriales y las casullas, Hector se cubrió más con su caperuza y se arrodilló entre la muchedumbre de manera que no podian verle ni el obispo Juan de Lens ni los suyos.

La calle no quedó solitaria hasta la noche. Entónces corrió hácia la poterna y allí fué recibido por una mujer cubierta con un velo á la que no hizo caso suponiendo fuese alguna camarera.

Pero un vecino le habia conocido y visto entrar en el castillo: y cuando concluyó la procesion, fué corriendo á contárselo al obispo.

El obispo sorprendido, hizo doblar los centinelas, y dió la órden de cerrar todas las puertas, de levantar los puentes levadizos y bajar los rastrillos.

Y no sabiendo donde encontrar al señor de Saveuse, empezó á buscarle desenvainada la daga y seguido de un gran número de soldados. Al oir el ruido se alarmaron Berta y Hector de Saveuse.

Este besó la cruz de su daga, recitó una oracion y se dispuso á vender cara su vida.

En esto entró la dama del velo.

—A la escalera secreta! á la poterna!.... dadme vuestra capa y vuestra caperuza..... Pronto! Pronto!.... Tomad esta capa de mujer..... Yo esperaré á los vecinos.

Se puso la caperuza, se cubrió con la capa del señor Hector de Saveuse, hizo un parapeto en la puerta con los muebles y esperó encomendando su alma al Dios de misericordia.

El vecino que habiá conocido á Hector miró por una ventana pequeña que daba al cuarto.

—Por San Sebastian, dijo en voz baja á los que le seguisn, para mi son los trescientos escudos de oro! Su parapeto no le va á servir para nada.

Despues de haber dicho esto, armó su ballesta, se apoyó en la ventana, lanzó la flecha y se oyó un grito horrible.

Gritos de alegria resonaron por todas partes.

—Ya está muerto! Ya está muerto!....

—Muerta! Muerta por mí!.... Maldicion! La fiel camarera da su vida por la mia!....

—Muerta! María de Bethencout!.. gritó Berta con horrible angustia.

—Ella! María!.... dijo el señor Hector de Saveuse.

Y se oyó en la poterna, en el foso, el ruido de un hombre que se arrojaba al abismo!

V.

MIGUEL DE ESNES.

(1584.)

Despues de una velada de otoño del año 1584, Miguel de Landart, señor de Esnes, despues que se aseguro de que estaba levantado el puente del castillo y de que los cen-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tinelas ocupaban sus puestos, precauciones que hacian necesarias las disensiones con España, entró en la sala, donde su esposa, Blanca de Bethencourt, mécia en sus rodillas un niño de pocos meses. El limosnero Lorenzo Devos, que era un cura anciano, escapado de las persecuciones del baron de Suchy, leia en voz alta unos himnos que acababa de componer, sin apercibirse de que la jóven madre estaba demasiado encantada con las caricias de su hijo, y que el señor de Ervars, Nicolás de Hertaing, poco sensible á los encantos de la poesía, dormia profundamente en un descomunal sillon que llenaba con su enorme corpulenica.

Miguel se quitó la capa mojada por la lluvia que caia á torrentes, dió un beso en la frente á Blanca y pegando en la espalda al Sr. Nicolás:

—Despertad, le dijo, gritando un poco porque el buen señor era algo sordo, despertad, despues descansareis cou tranquilidad toda la noche. No estamos en el tiempo en que los soldados del duque de Alenson os causaban tal temor que os quitaban el sueño.

El anciano conde abrió lentamente los ojos y miró en silencio á Miguel.

—Podeis hablar á vuestro gusto, dijo al fin, pues gracias á la proteccion que os han concedido los reyes de España y Francia por no se qué, no habeis visto rabiosos guerreros destruyendo vuestra caza, asolando vuestra despensa, pegando á vuestros criados y concluyendo por echaros de vuestro propio castillo!....

Aquí se detuvo Nicolás suspirando, y su cara, siempre bondadosa é indiferente, tomó una espresion de tristeza.

—Vamos, continuó con forzada alegria, no he sido yo mas dichoso que los demás? He encontrado en vuestra casa un agradable asilo, donde espero concluir en santa paz mis dias... y por la intercesion de nuestra señora de Gracia, añadió quitándose de su cabeza medio calva la caperuza de terciopelo negro, yo pasaré todavia momentos muy agradables haciendo saltar sobre mis rodillas á ese querido perillan, á quien cuando sea mayor daré lecciones para que aprenda á cazar y beber.

Y la lluvia caia á torrentes, y el viento penetraba con violencia produciendo un triste gemido en los bosques que rodeaban el castillo de Esnes. Lorenzo Devos, que encontró en Miguel un agente mas atento, continuó la lectura de los himnos. El noble señor se entretenia en interrumpirle de vez en cuando para hacerle algunas observaciones críticas que Lorenzo encontraba justas, pero de las que se defendia con el calor con que ordinariamente defienden los poetas y los músicos sus obras.

Un soldado vino á anunciar que unos caballeros que rodeaban una litera se habian parado en la avenida del castillo y pedian un refugio. Lorenzo Devos gritó que dejar espuestos al furor de la tempestad á los desgraciados no era obrar cristianamente.

—Tendrán mujer ó madre que les espera con inquietud, dijo Blanca.

Y Nicolás dijo en seguida que no tendria conciencia si no los recibia; como no se encuentre entre ellos, añadió entre dientes, algun libertino que se apodere de mi propio lecho, como me sucedió en mi pobre castillo de Ewars.

Miguel dió órden para bajar el puente levadizo; y la litera y la escolta, compuesta de unos treinta hombres, entraron en el patio de la pequeña fortaleza. Mientras el castellano se adelantaba para recibir á sus huespes, vió á la luz de las antorchas que llevaban los criados, una señora cuyas facciones no le eran desconocidas. La señora se apoyó en el brazo del caballero Villers-Houdan, jóven que vivia en Cambray.

—Desde cuándo, gritó la señora,

cuya hermosa cara estaba desfigurada por la cólera mas violenta, desde cuándo la esposa de un mariscal de Francia se encuentra reducida á esperar delante de un miserable castillo?... Qué veo! añadió con tono mas suave, este albergue no es tan desgraciado, puesto que encuentro al señor Miguel. Y porqué dichosa casualidad tengo este placer inesperado?

—Esta posesion, señora, es mia, y.....

—Vuestra posesion!..... Qué, el misterioso castellano que desde hace tres meses que habitó este pais no ha venido ni una sola vez á mi corte; el que yo creia que era un viejo—lo menos vuestro abuelo—metido en su casa por no morirse de miedo á la vista de un soldado, sois vos, es el jóven señor Landast de Esnes?

—Si, señora, respondió Miguel; y si yo hubiera podido imaginarme que la hermosa Renée de Amboise...

—Decid la princesa de Cambray... Pero apresurémonos á entrar para que seque mis vestidos, porque el medio de encontrar otros aquí...

—La señora de Esnes se apresurará á dároslos, noble señora.

—La señora de Esnes, señor Miguel!... Estais casado?... Qué, el alegre paje de Felipe II habrá sufrido el yugo de himeneo, y celoso habrá encerrado en esta torrecilla á su lánguida paloma?..... Aunque estoy separada de la córte, cómo he podido yo ignorar este acontecimiento?..... Y cuál ha sido la hermosa que ha merecido vuestra eleccion? Es Diana de Estrée, Isabel de Fuentes, Luisa de Savannes? Porque las damas de de España y Francia se disputaban el honor de cautivar al mas valiente de los caballeros.

Y sin esperar la contestacion, se precipitó en la sala gótica donde Blanca daba las órdenes necesarias para la recepcion de los inesperados huéspedes.

La señora de Balagny quedó inmóvil de admiracion. El señor de Bethencourt, por su alto linaje, su talento y su crédito, podia pretender los partidos mas brillantes, y sin embargo no habia escogido su esposa entre las mujeres que mas figuraban en la córte. Blanca era hermosa y jóven; llevaba un velo largo que llegaba hasta el suelo, la alta gorguera de las señoras flamencas y un manojo de llaves colgadas en la cintura al lado de un rosario de oro, demostraban que no tenia á menos encargarse del cuidado de la casa.

Miguel comprendió la estrañeza de Renée de Amboise, y presentando la mano á Blanca, que se adelantaba con timidez:

—Ved. señora, dijo con digdidad, á mi noble esposa, la señora de Landast y de Esnes, hija única del alto y poderoso señor de Bethencourt.

Una burlona sonrisa, que reprimió al instante, contrajo los labios de Renée, que se inclinó sin decir una palabra y pasó á las estancias que le habian preparado.

Cuando Balagny quedó solo con Miguel, empezó á mirar á todas partes y rompiendo el silencio en que habia permanecido desde que entró en el castillo dijo á Miguel,—

—Por fuerza habeis estado loco! Me parece que sueño.... Nunca crei encontrar aquí, viviendo como un ermitaño, al paje de Felipe II, aquel Miguel de Bethencourt que por no se que arte era á la vez el favorito del rey Cárlos IX y de la reina madre, (todavia me acuerdo cuando en las visperas cantaba vuestros languidos motetes) estimado de Enrique tercero, de Mayenne y además del rey de Navarra! Quién mas sino vos tenia el favor de este príncipe? »Yo sé que Miguel conoce poco el español, me dijo de Crillon, pero es tan valiente como tu y como yo y no podria estar sin él.» Y qué uso habeis hecho de ese favor? Os encerrais en un viejo casti-

Universidad de Deusto
Biblioteca

llo, con una muchacha jóven, de la que tal vez ya estareis cansado y sino no tardareis mucho en estarlo. Todo lo que veo me hace creer que habeis perdido el juicio.

—No quiera Dios que me suceda tal desgracia! respondió Miguel sonriendo. Dejar la corte en estos borrascosos tiempos y cuando se me presentó la ocasion de hacerlo con honor, mas es de un sabio que de un loco. Agraciado con el favor del rey de España, vasallo de Felipe IV, mirad si mi situacion era peligrosa! Cuando abracé las rodillas del rey de Francia, y le pedi permiso para retirarme á mis dominios, «si, vete, Miguel, me dijo, tu no serás el último en desenvainar la espada si alguna vez soy desgraciado.»

Gracias á la proteccion de dos monarcas, fué respetado mi castillo por las tropas francesas y españolas que á cada momento asolaban el pais. Varios señores, arrojados de sus castillos, buscaron un asilo en el mio: entre estos estaba el padre de Blanca. Este buen anciano murió en mis brazos y me recomendó su pobre huérfana. Ella es tan amable como hermosa y mi capellan bendijo hace un año nuestra union. Ya veis, mi querido Monthiu, que aunque os parezca monótona mi existencia, yo la prefiero á las intrigas y á los placeres de la corte.

Hacía mucho tiempo que deseaba encontrar una esposa que me amára y que fuera buena: las sencillas caricias de Blanca, sus ingeniosas conversaciones, su hijo que sonriendo me tiende sus bracitos, todo esto, señor Balagny, tiene sus encantos, sus placeres que no se encuentran en la corte; alli, en medio del fausto y de las grandezas, están muy lejos de creer en la felicidad de un esposo y de un padre. Sigo cultivando la poesía, pero no como antes por adquirir gloria: renuncio á las celebridades adquiridas en cambio del reposo. Vos habeis encontrado la felicidad por diferente camino, estais en posesion de todos los honores que pueden desearse y yo estoy contento porque mi amigo de la infancia, mi querido Monthiu es dichoso.

Miguel concluyó de hablar y Balagny sin responderle continuo paseando. Qué reflexiones tan tristes le agitaban! Miguel era dichoso, y él, colmado de todos los favores de la fortuna, esperimentaba el horrible vacío que siente el hombre cuando busca la alegria fuera de su deber. Ademas, qué diferencia habia entre Renée y Blanca! Amaba á la hija de Bassy de Amboise, cuando se casó juró castigar á Montsoreau asesino de su padre. Subyugado muy pronto por esta ambiciosa mujer, cuyos consejos le hicieron salir bien en varias misiones difíciles, y le hizo subir rápidamente á los mas altos puestos por sus bien dirigidas intrigas y sus atrevidos proyectos, nunca la vió mas que con esa envidiosa tristeza que alimentan las almas mezquinas y de cuyo yugo no pueden librarse. Cómo amar á una compañera que se apodera de un marido que hasta la naturaleza le ha negado? Asi es que Balagny se entregaba al libertinaje mas desenfrenado, conducta que no servia mas que para que fuera mayor la superioridad de su esposa. Cómo envidiaba á Miguel el príncipe de Cambray!

Mientras estaba ocupado con estos pensamientos, un paje vino á anunciar que podian pasar á cenar cuando quisieran.

Lorenzo Devos bendijo la mesa, un prolongado silencio sucedió á la bendicion, interrumpido de vez en cuando por el señor de Ewars, que alababa los trozos mas delicados de la caza y que estaba orgulloso de que viera una gran señora conque maestría se trinchaba en el castillo de Ewars un corzo ó una cabeza de jabalí. Villers-Houdan fijaba su melancólica mirada en Renée de Amboise. Para verla siempre, pues le

amaba con delirio, habia vendido los inmensos bienes que poseia en Picardia y fué á vivir á Cambray. Desde entonces se separó mas del objeto de su fatal pasion. Diversos comentarios circulaban de oido en oido, porque se tenia mucho miedo á la señora de Balagny por lo vengativa y poderosa.

En la punzante conversacion de la de Renée se adivinaba con qué despecho veia la gracia, la dulzura y la juventud de la esposa de Miguel. Balagny por miedo á las desagradables escenas que se reproducian cuando hacia alguna advertencia á su mujer, se consolaba bebiendo y arrojando á Blanca abrasadoras miradas. Lorenzo Devos, ageno á todo parecia que estaba meditando otro motete.

Lo violentos que todos estaban hizo apresurar la comida y concluida ésta, se dirigieron á la capilla donde arrodillado el limosnero en medio de la familia de Miguel de Esnes y de su huésped, rezó las oraciones de la noche. Al final rogó á Dios derramase sus bendiciones sobre el Papa, el rey, las nobles familias de Esnes y de Bethencourt y sobre monseñor Luis de Berlaymot arzobispo y duque de Cambray....

—Miserable! gritó Renée sin reparar en el santo lugar en que estaba, yo castigaré tu insolencia! Qué! puedo consentir que delante de mi se ruegue por un traidor vendido á los españoles! por ese egoista prelado que he hecho arrojar de Cambray! Por qué no pedis tambien por el rey de España y por la liga? De este modo pagais, señor Miguel los favores del rey! Que se apoderen de ese atrevido capellan!..,.

Y ella misma hizo adelantar á sus soldados, que segun la costumbre, acudian á las oraciones, y mandó por segunda vez que prendieran al anciano. Los soldados cumplieron lo que les mandaba su señora, sin hacer caso de las súplicas de Blanca, de las del señor de Ewars, ni de las enérgicas protestas de Miguel, que desenvainado su espada, juró vengar los derechos de hospitalidad tan inicuamente violados.

En vano se pusieron á su lado unos cuantos criados fieles, armados con lo primero que encontraron, sus esfuerzos no sirvieron para dar la libertad al infelíz sacerdote. Balagny, animado por los vapores del vino, é irritado por las reconvenciones que Miguel le dirigia, se arrojó sobre él. le hirió y ayudado de Villers-Houdan y de parte de su escolta, logró desarmarle despues de una fuerte resistencia. Lorenzo Devos presenciaba en silencio aquella vergonzosa escena, pero cuando vió herido á su bienhechor, á Blanca desmayada y pisoteado al pobre señor de Ewars, quiso arrojarse sobre Renée, que aprovechando la confusion, habia sorprendido las guardias del castillo reemplazándolas con gente de su escolta, pero fué detenido por los guardias.

—Tiembla, le dijo entonces, mujer indigna!.... Has profanado la casa de Dios, has traido la desesperacion á la casa de los que te han dado acojida, has violado un asilo que protejen dos monarcas poderosos, has cargado de cadenas á un anciano, á un sacerdote de Jesucristo! Y por qué? porque ha rogado á Dios por su legitimo pastor perseguido y desterrado lejos de su desgraciado rebaño! Tú deseas mi muerte? Pues bien, satisface tu rabia, pero apresúrate á gozarte de tus crímenes, porque dentro de algunos años no tendrás ni tesoros, ni grandezas; tu misma lo destruirás todo!

Le arrastraron. Al dia siguiente, antes de amanecer, Balagny hizo destruir el puente levadizo y todos los medios de defensa con que contaba el castillo; despues marchó llevando consigo su prisionero.

Por la noche la familia de Esnes reunida en la capilla rezaba las ora-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ciones de los difuntos.

Eran por el limosnero Lorenzo Devos.

A los soldados que Balagny habia dejado en el castillo de Esnes vinieron á reforzar otros y de aquella casa huyó para siempre la alegria. Miguel pidió varias veces proteccion al rey, pero nunca llegaron sus quejas hasta el monarca ; Gabriel de Estrée era muy amigo de Renée de Amboise. Además Enrique IV tenia mucho interés en halagar á Balagny y nunca fué Miguel mas oprimido. No le quedaba mas que una esperanza, la de llevar el mismo la súplica al pie del trono; pero durante mucho tiempo se lo impidió su herida y cuando se puso bueno se encontró con que estaba prisionero en su castillo.

Pasaron algunos años. Un dia, un ejercito español sorprendió el castillo de Esnes , y los soldados de Balagny fueron destrozados. Era el Conde de Fuentes, íntimo amigo de Miguel, que iba á sitiar á Cambray.

Balagny, que no tenia mas que seiscientos hombres, no hizo mucha resistencia; abrieron las puertas de la poblacion á los sitiadores y él se refugió en la ciudadela creyendo que allí encontraria víveres abundantes con los que podria esperar hasta que llegára socorro de Francia , pero la codicia de Renée los habia vendido á los españoles y murió de rabia al ver que su esposo tenia que capitular por su culpa. Así se cumplió lo que Lorenzo Devos le predijo.

Balagny abandonado por los suyos, aborrecido por todos y con miedo de caer en poder de los españoles, huyó á caballo, con un paje. Se esforzaba para ganar la frontera, pues temblaba no le conocieran , á pesar de su disfraz, cuando le pareció observar que por el camino del castillo de Esnes habia menos soldados que por el resto del pais, lo que se comprendió era muy sencillo por la amistad que Fuentes tenia con Miguel; además como sabia lo generoso que era este último, resolvió pedirle un asilo hasta que pudiera pasar á Francia.

Asi que hubo llegado delante de Esnes, se le presentó un triste espectáculo. Los bosques habian sido talados, los campos estaban sin cultivar y las fortificaciones destruidas. Las ruinas de Esnes no eran obras del tiempo, y su aspecto distaba mucho de inspirar esa tristeza que no carece de encantos; por todas partes se veia la mano destructora del hombre, al considerarlas se llenaba el corazon de lástima y de espanto.

Un anciano acompañado de un eclesiástico corrian hácia el castillo. Balagny se acercó al anciano , que era el señor Nicolás de Hertaing, éste ya no era aquel buen señor tan agradable y tan divertido. Sus mejillas estaban secas y hundidas y sus amortiguados ojos apenas distinguian al desconocido que le dirigia la palabra.

—Dejadme, le dijo bruscamente, no tengo tiempo ni ganas de oiros! Que buscais aquí? hospitalidad? Los soldados de Balagny lo han destruido todo, todo lo han robado. Sino por Fuentes, Dios le bendiga, no hubiera tenido cama para morir la infeliz señora de Esnes....

—Señor Nicolás, soy muy desgraciado.....

—Eso dicen todos, dijo el anciano, como sino tuviéramos bastante con nuestras propias desgracias! Se muere la pobre Blanca , la infeliz no ha podido resistir las desgracias que le han acosado: su castillo lleno de soldados que blasfemaban continuamente; su esposo herido y prisionero en el castillo de sus antepasados y su hijo qne murió muy pronto.....

Y arrimándose á Balagny, le dijo muy bajo: Sin duda le han envenenado como á Villers-Houdan, que Dios le haya perdonado! pero al menos este lo tuvo muy bien merecido por estar unido con aquellos maldecidos por el cielo.

Balagny detuvo su caballo, dejó de seguir á Nicolás, que seguia en su conversacion lo mismo que si Balagny le fuera escuchando, y volviendose á su paje, que era una mujer vestida de hombre, le dijo:

—No nos conviene este refugio, Margarita, todavia nos persiguen las maldades de Renée..,... Marchemos juntos por aquí suceda lo que suceda,

Y desaparecieron.

Balagny volvió á la córte de Enrique IV, donde se casó con Diana de Estrée. Cansado pronto de su nuevo matrimonio, no tardó mucho en retirarse al condado de Marle donde se entregó al libertinaje mas desenfrenado.

El señor de Esnes , despues de la muerte de su querida Blanca , disgustado del mundo, fué á vivir á Douai, donde se ordenó y se dedicó á las bellas-letras y á hacer buenas obras. A pesar de la resistencia que puso, fué nombrado obispo de Tournai, donde murió pronunciando los nombres de Blanca y de su hijo.

Nicolás de Hertaing fué con Miguel á Douai, despues de Touion No se le oyeron desde entonces aquellos agradables discursos que antes eran su diversion favorita y siempre que se hablaba de Blanca rodaba una lágrima por sus mejillas.

VI.

UNA VELADA EN CASA DE LA CONDESA DUBARRI.

—

1770.

Sepultado entre los cojines de un gran sillon estaba cierta tarde Luis XV, triste y pensativo. Los vivos arrumacos de la condesa Dubarry, las graciosas maneras que tan bien estaban á la favorita, todo empleaba inútilmente.

El puesto no era defendible.

Tambien el digno gobernador de los hijos de Francia, el duque de la Vauguyon, levantaba tan fuerte los ojos al cielo que no se le veia mas que lo blanco, lo mismo que si hubiera estado en la iglesia con las manos unidas y arrodillado en almohadones de terciopelo. Alli habia otro mas contrariado, era el duque de Richelieu, un sexagenario verde, menos viejo que sus sesenta años por las posturas que tomaba. Nada hay mas insoportable que un viejo libertino que no sabe acomodarse á su edad; creo que mejor soportaria una viuda vieja, muy vieja, jugando á las muñecas y escotada.

Apenas existe tormento parecido á ver que una persona á la que se quiere divertir, y sobre todo si es obligacion el hacer que se divierta, se fastidia.

Sin embargo allí nada se hizo; y la condesa, desesperada de vencer los reales fastidios, se decidió á retirarse. Era preciso recurrir á la industria, y ella encontró el medio. Se inclinó sobre la chimenea como para examinar cómo estaba el café que se hacia en una cafetera de plata. En esta posicion dió un grito: la sangre, segun ella, le habia subido á la cabeza y sufria horriblemente.

No se ha conocido jaqueca mas repentina; nunca habia armado un tumulto parecido.

Pero el rey, aunque se fastidiaba algo menos con la señora Dubarry que solo, le importaba poco que sus favoritos disimulasen los bostezos ó que su querida tuviera jaqueca. No se meneó de su sillon, donde quedó medio dormido, sin hacer caso á los que se esforzaban para desenojarle.

Un golpecito sonó en la puerta, y la voz entre dulce y avinagrada de su lugarteniente general de policia tosió seca y humildemente.

La condesa se lanzó de un salto á la puerta, y ella misma abrió al señor de Sartines, y no pudo abstenerse al placer de enganchar, como por casualidad, su abanico en la enorme

Universidad de Deusto
Biblioteca

peluca del lugarteniente general.

Esto fué muy fácil, porque Sartines entró tan inclinado que tenia la cabeza algo mas baja que la mano de la condesa. La loca criatura reventaba de risa al ver cómo se balanceaba el abanico entre una nube de polvos y de cabellos postizos. Debia ser cosa muy divertida, porque una real sonrisa entreabrió los labios de Luis XV, y Vauguyon y Richelieu tambien reventaban de risa: el rey habia sonreido.

El señor de Sartines, en vez de desconcertarse por una acogida tan alegre, parecia muy confiado, y despues de saludar al rey, puso sobre una mesa el rollo de papeles que traia. Enseguida se quitó la ridícula cresta, y dándole un respetuoso beso se la entregó á la condesa, acompañada de palabras insípidas y afectadas.

El baron de Oigny está enfermo, dijo enseguida el señor de Sartines arreglando la peluca; dos sangrias y cuatro desmayos le obligan á estar en la cama. Me ha encargado os traiga varios despachos sacados de la posta.

El rey alargó perezosamente una mano hácia la mesa, que se apresuraron á acercársela; la condesa fué á apoyarse detrás del sillon de Luis XV, é inclinada sobre la espalda de su real amante leia los papeles que este tenia en la mano, y cuando él no leia tan pronto como ella, le obligaba graciosamente á dar vuelta á la página aun cuando él no hubiera acabado,

Ni al rey, ni á su querida divertia esta lectura. El dejaba caer las cartas tan pronto como las cogia y el Sr. Sartines, el duque de Vauguyon y sobre todo el guerrero Richelieu sudaban para recogerlas. Era muy gracioso ver como se inclinaban aquellos tres personajes cada vez que el rey tiraba una carta. A la maliciosa condesa agradó aquel grotesco movimiento y mas de una vez fingió que tiraba una carta para reirse de los tres cortesanos que se inclinaban sin resultado.

El rey leia con mucha atencion una carta bastante corta.

Sartines miró aquel papel que debia ser interesante cuando llamaba la atencion del rey y despues de este furtivo exámen se sonrió como un hombre que sabe de que se trata, y volviéndose hácia Vanguyon y Richelieu les dijo en voz baja acompañada de un gesto importante:

—Una carta de amor. Una aventura de ese pícaro Vandencour.

No es mas que una copia, añadió mas alto y dirigiéndose al rey, la indisposicion de Vuestra Majestad no me ha permitido hace mas de quince dias, traerle los paquetes de la posta; era preciso mandarlos á su direccion, pero yo mandé que se estrajera, lo que poco mas ó ménos tuviera algun valor.

Vuestra Majestad puede además conocer toda esa novela porque ya ha concluido.

La condesa fijó sus grandes ojos sobre Sartines, y el rey se acomodó en su sillon.

A Sartines le pareció que debia preceder á su novela un preámbulo.

—Es, dijo, una historia conmovedora. Hay una heroina con sentimientos muy elevados; una heroina parecida á las de las tragedias de Voltaire.

Al oir este nombre frunció el rey maquinalmente las cejas.

—Porque, añadió Sartines averiguando los pensamientos del rey, él y todos los de su clase tienen la costumbre de emborronar papel con todas las ideas descalabradas que corren por su imaginacion, y todavia se creen importantes.

Lous XV sonrió y esta sonrisa de aprobacion hizo daño á Vanguyon. Y se apresuró á encarecer la idea de Sartines.

—Esperemos, interrumpió, que algun dia se hará justicia. No serán necesarios en Francia mas que ocho literatos y todavia serán muchos y aun así deberán escribir bajo la vigilancia de la policia.

Pero el rey no se volvió á reir, porque no habia oido y la condesa hizo un gesto de mal humor, porque Voltaire le habia enviado el dia anterior una aduladora cuarteta. El pobre la Vauguyon creyó desfallecer y para concluir dijo con sequedad la condesa:

—Señor de Sartines, quisiera que empezarais vuestra historia.

—Ustedes saben que el conde de Vaudencour se casó el año pasado con una heredera flamenca.

El duque de Richelieu quitó la palabra á Sartines!

—Yo hice su casamiento con la señorita Bethencour, *per Deum!* Buen pago han llevado las doscientas mil libras de renta que llevó en dote, el pobre muchacho estaba de deudas hasta los ojos y no sabia lo que hacer. Por casualidad me acordé de una de mis parientas muy lejanas; esta buena vieja, orgullosa con su nobleza, que segun ellas, es de las mas antiguas, pero que en realidad es de las mas oscuras, tenia una sobrina casadera. Sin decir nada á mi amigo Vandencour escribí á mi parienta. El nombre de Vandencour y mi intervencion allanaron los obstáculos. Una hermosa mañana le hice montar conmigo en coche y nos pusimos en camino para Flandes. Cuando vi que admiraba el antiguo castillo y que se estasiaba contemplando las inmensas propiedades de su dependencia. Amigo mio, le dije, todo esto puede ser tuyo: una firma, una misa y ocho dias con una provinciana, es el precio.

Que Dios os libre, señora condesa, de tener que pasar un mes en provincias y sobre todo en Flandes. Esa pura y fresca tez se pondria tan encarnada como las mejillas de una aldeana, y á fuerza de bostezar se agrandaria vuestra diminuta boca.

Figuraos que tienen la costumbre de hace ciento cincuenta años, cortados los trajes como en el tiempo de la rejencia y una gazmoñeria como la que existia en la antigua córte de la Maintenon.

Adelaida Bethencourt era una gran muchacha, morena, pálida, con ojos negros, pero todo esto adornado con una rijidez afectada.

Cuando entramos, y la venerable tia nos presentó su sobrina, sufrimos mucho para sostener la risa, al ver aquellas reverencias, saludó con mucha torpeza, se ponia colorada como una vaquera y con los ojos mirando al suelo no contestaba mas que monosílabos.

Apretaba su talle un corsé de una figura indescriptible. Para que no inclinara la cabeza para adelante le habian puesto, segun costumbre del país, un collar de hierro forrado de terciopelo negro. El final de la argolla apoyaba sobre el corsé y obligaba á la cabeza á echarse hácia atrás.

Un paseo por las cercanias del castillo, visitar y socorrer á los enfermos, estos son todos sus placeres. Hacer calceta, leer su devocionario, preparar ungüentos, que son tradiccionales en la familia, hacer dulces, estas son sus ocupaciones. El cura del lugar y dos primas mas tiesas y mas torpes que ella era su sociedad.

El matrimonio se hizo dejando ella le casasen sin demostrar pena ni alegria. Creo que lo único que le agradó fué quitar el incómodo collar de hierro.

Ocho dias despues de la boda volvimos á París, pretestando haber recibido órden de Vuestra Majestad. En el camino me contó Vandencour cosas increibles de la inocencia de su esposa.

Sartines se apresuró á recojer la palabra que Richelieu le habia qui-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tado.

—Hace seis meses, dijo, el vizconde de Germignies y otros tan locos como él, tenian una comida. Vandencour que por su matrimonio sufria las burlas de aquellos locos, empezó á hablar de su mujer, diciendo era una virtud invencible; además, que era tanto lo que la guardaba su tia que el mas listo no podria sacar partido.

«El vizconde de Germignies estaba al lado del marqués de Chabannons.» «Apuesto, le dijo en voz baja, á que esa muñeca tan ensalzada es mia antes de tres meses:»

—Quinientos luises. «Chabannons acepta la apuesta y Germignies anuncia al otro dia su viaje á unas tierras que le acaba de dar en Normandia su tio, el príncipe de Rohan.

—Pero toma el camino de Flandes y como por casualidad se rompe su coche á la altura de Bethencourt, Germignies dice que está herido, que se muere y le llevan al castillo, donde al saber era amigo de Vandencour le tratan con todas las consideraciones posibles.

El vizconde de Germignies reclamaba tres meses despues al marqués de Chabannons los quinientos luises. Chabannons pide pruebas. Germignies le enseña cartas: el primero dice que son falsificadas. «Pues bien, grita el vizconde de Germignies, dobló la apuesta y *ella* vendrá á mi casa.»

Para lograr lo que desea, escribe á la señora Vandencour que está enfermo, que su enfermedad es mortal. Algunos dias despues, teniendo cuidado de hacer peor letra, pues la enfermedad iba agravándose, le escribe diciéndole está en la agonía, y que el único pesar que tiene es no volver á ver á la que tanto amaba. Entonces la contestacion fué la carta que tiene Vuestra Majestad.

La condesa cogió la carta y se puso á leer:

«Felipe, he cometido una gran »falta; los remordimientos me hacen »desgraciada! He perdido el reposo, »pero todo lo sufriría contenta si mi »buen amigo fuera dichoso, y des»graciadamente estais muriéndoos! »Dices, Felipe, que para ti seria un »consuelo el verme! pues no morirás »sin ese consuelo. He sacrificado mi »conciencia y mi reposo, y ahora »voy á darte el único bien que me »queda, la reputacion.—Despues de »esto, podré morir? Mañana salgo «para París. Aprovecho una ausen»cia de mi tia, y á precio de oro he »comprado uno de mis criados. Ah! »Felipe! Felipe! qué voy á hacer?»

—Esta carta estuvo algunos dias en mi poder, y no se la remití al vizconde hasta el mismo dia que debia llegar la esposa de Vandencour. Germignies y Chabannons estaban comiendo. Con la cabeza caliente, y por una imprudencia que solo se comete en el estado de embriaguez en que estaban, Chabannons mandó llamar á Vandencours. Las copas se sucedian, y un criado entró á decir al vizconde que una mujer que habia llegado en posta queria ver al instante al señor de Germignies. Vandencour dijo que queria ver la fortuna de su amigo. Chabannons alimentaba tan insensato deseo, y apesar de los esfuerzos de Germignies, se precipitaron al coche.

—Y bien? preguntó la condesa indignada por la relacion.

—Hubo un duelo en el que el vizconde Germignies ha sido ligeramente herido.

—Y la esposa de Vandencour.?

—Recibió la recompensa que merecia, dijo con frialdad Sartines, está encerrada en un convento.

—El vizconde de Germignies y el marqués de Chabann ons son dos infames! merecen un castigo, es preciso que no se les reciba mas en la córte. Señor, no es verdad que Vuestra Magestad les desterrará á provincias?

—No, por mi fé, dijo Luis XV. Ha sido una locura propia de jóvenes. El asunto se ha concluido, ya qué queda? No hagamos reir á espensas de la córte á los escritores como Voltaire, pues no necesitan mucho.

—Serán desterrados de la corte, dijo la condesa inclinándose hácia el oido de Luis y con un tono á la vez sério y burlon. Serán desterrados de la Francia óyo te desterraré de mi cuarto.

—Señor de Richelieu, dijo levantandose Luis XV, tu eres amigo del marqués de Chabannons y les aconsejareis de mi parte vayan á dar una vuelta por sus tierras y que no vuelvan sin recibir mis órdenes.

Y apoyándose en el brazo de la condesa dijo: Señores, buenas noches.

VII.

LA BATELERA.

—

1816.

No sabeis que grande es el placer que se siente cuando despues de seis años de ausencia se vuelve á ver el pais donde se ha nacido.

Sobre todo cuando es Flandes.

Porque Flandes es un pais hermoso. Si vierais su cielo melancólico, sus campos de trigo formando ondas á impulsos del viento, sus llanuras doradas de colzas y de fecundas adormideras, diriais que tengo razon al decir que es el pais mas hermoso,

Flandes tiene colinas en cuyos flancos se ven aldeas y bosquecillos, donde serpentean escarpados senderos; valles bañados por los rios y por hermosos canales, llanuras con abundantes pastos y pantanos con sus espesas nieblas.

Sobre la frente de las jóvenes flota un velo encarnado que el viento hace juguetear alrededor de su negra cabellera. Es cosa de verles reunir, alrededor de su talle, los innumerables pliegues de la capa, ó los pintorroteados flecos de las manteletas.

El trage de los habitantes es una túnica corta, cerrada en el pescuezo y que cae con libertad sobre las espaldas y concluye sobre las rodillas. Unas polainas blancas y sin botones, cubren sus nervudas piernas y en las manos endurecidas, por el arado llevan un baston de roble.

No sabeis el placer que se siente al volver áver á Flandes y si es en otoño; el otoño es en Flandes mas hermoso que la primavera en cualquier otro pais.

Dejadme que os diga como en este tiempo se vuelven las hojas amarillas, como se agavilla el trigo; como en los campos se vé un pastor de pies, cerca de su cabaña portatil, contemplando el cielo ó meditando con los brazos cruzados y la vista fija en el suelo.

Dejadme que os diga como se estremece de alegria al oir la sencilla cancion de los espigadores, al lejano ruido de un molino, los carros que se sienten lejos sin que se les vea.

Y yo, desterrado desde hace seis años de la hermosa Flandes, vuelvo para encontrar allí una mujer, un ángel..... Clara de Bethencourt!—Desde mi marcha, nunca habia oido pronunciar su nombre! Hace seis años que ella me buscaba sino me veia ir á su lado. Cuando me veia, se ponia colorada, sus miradas eran tiernas y una sonrisa entreabria sus labios..... Nunca le habia dicho que le amaba, nunca habia pronunciado ella la palabra amor y sin embargo pareciamos dos antiguos amigos esperimentados en la desgracia, dos hermanos huérfanos que se quieren entrañablemente. Yo para ella y ella para mi, esta era nuestra dicha.

No habia que pensar en nuestra union; yo era pobre.....

Yo no podia abrazarla con amor, ella tan dichosa, tan juguetona, ig-

Universidad de Deusto
Biblioteca

norante de la miseria y de las tristes inquietudes de la necesidad! Los espectáculos que enternecen y asaltan la imaginaeion; los bailes en los que las jóvenes adornan con diamantes sus desnudos hombros, donde se embriagan con la música y la danza ; los cuartos magnificamente alfombrados; las ventanas cubiertas de riquísimas cortinas..... á todo esto tenia que renunciar para ser mia. Yo nunca lo hubiera consentido.

Entonces me marché á Flandes.

Artista indolente, he trepado las montañas de Suiza, he recorrido Italia, he tiritado bajo el cielo de Escocia, y en todas partes soñaba en Flandes. Un dia, entre las ruinas del Coliseo, pinté una choza flamenca, con sus paredes de arcilla, el tejado de paja y la chimenea de ladrillos.

Una mortal languidez fué poco á poco apoderándose de mi cuerpo. Mi frente estaba pálida, mi pecho sufria; mi convulsiva mano no podia sostener el pincel, se hizo demasiado pesado para mis débiles dedos! Los médicos declararon que no me podian curar con su ciencia. Tenia el mal del pais y solo en mi pais podia encontrar alivio.

Le he vuelto á ver! Oh! no podeis saber qué placer se esperimenta cuando despues de seis años de ausencia se vuelve a ver su á pais!

Pregunté por ella, por Clara de Bethencourt. Era la prometida de otro, de un rico militar.

Mañana es su casamiento!

No la volveré á ver mas que una vez. me dije, una sola vez, en la iglesia, el dia de su casamiento, mañana. Me esconderé detras de algun pilar, donde ella no me vea. Mi presencia podia traer á su memoria los recuerdos de hace seis años. Tal vez esto turbase su dicha, la entristeceria, y yo no quiero que Clara esté triste un dia, ni un momento, aun cúando esta tristeza fuera causa de que se acordara de mi y del tiempo de nuestros amores.

Oh! Entonces sentí la amargura de mi aislamiento; yo, pobre huérfano, sin una madre que me estrechara entre sus brazos, sin una hermana que me abrazase, sin un amigo que me alargara la mano, ni una voz para darme la bienvenida. Ninguno se acordaba de mis facciones, ninguno se acordaba de mi nombre.

Salí de la poblacion con el corazon apretado, y fui á vagar por las riberas del Escaut. Poco á poco mi imaginacion se puso menos desagradable, y me dejé guiar por el espectáculo que se ofrecia á mi vista.

Era un espectáculo lleno de poesia; era una de esas sublimes escenas que ni el hombre menos sensible á los encantos de la naturaleza hubiera podido contemplar con indiferencia.

El aire puro y templado, la niebla que cubria el horizonte con una inmensa capa, confundia sus vapores blancos y transparentes con los los fluidos luminosos de la luna, haciendo mas tenue el resplandor que esparcia.

Aquello no era ni luz, ni sombra, era una mezcla encantadora. La imágen de la luna reflejaba en el agua formando un largo óvalo; un silencio sepulcral reinaba en toda aquella estension, interrumpido de vez en cuando por el melancólico canto de algun pájaro que tenia su nido en los árboles vecinos.

Veinte veces habia estado en aquel sitio. Nunca habia sospechado el encanto mágico que la noche y el silencio esparcen sobre aquel hermoso canal, que se estiende en un valle tan pintoresco, en medio de dos hileras de árboles; sobre aquellos barcos, habitaciones flotantes de un pueblo nómada,

Las costumbres de este pais y hasta su lenguaje se conservan sin alteracion á pesar del tiempo y del contacto de los habitantes de las poblaciones. Los bateleros, sujetos á grandes privaciones, pasan su existencia en medio de fuertes trabajos ó en una ociosidad desidiosa. Ardientes, coléricos, y voluptuosos alimentan bajo el frio clima del

Norte las abrasadoras pasiones del Mediodia. Su curtido rostro, su rubia cabellera, sus grandes ojos negros, su traje, los enormes anillos con que se adornan las orejas, ha en suponer que han tenido por abuelos á los bohemios que inundaron la Europa en el siglo decimo cuarto.

De repente vi que una jóven levantó la escotilla de un bajel y la tuvo levantada un rato. Su gracioso perfil se destacaba en silueta en medio de la suave luz que alumbraba aquel cuadro que parecia dispuesto con los luminosos colores que el pintor arregla con habilidad alrededor de una miniatura.

No se sentia ningun ruido.

La jóven salió con precaución y su mirada inspeccionó la estension que la rodeaba. De repente queda inmóvil escuchando, con los brazos cruzados sobre el pecho; su traje corto dejaba descubiertas sus piernas y los piés desnudos, sus largos cabellos caian sobre sus espaldas; al ver platear los rayos de la luna una parte de su trage mientras que el resto quedaba en la oscuridad, se hubiera creido que aquella jóven depié y sin movimiento, era una estátua de bronce.

De repente hizo un gesto de alegria, formó con una tabla un puente estrecho y vacilante y salió a la ribera donde la recibió en sus brazos un jóven.

Para ver á la jóven mas á gusto y sin peligro de ser visto, me oculté detras de un vallado y precisamente al pié de este vallado vinieron á sentarse los dos amantes.

Yo no oia mas que ruidos confusos de sollozos y de palabras entrecortadas. Despues hubo un momento de silencio.

—Al fin te vuelvo á ver, Pablo, desde hace tres meses! Porque hace tres meses, ¿te acuerdas? que nuestro batel se marchó de esta ribera, tres meses que vivimos separados! Pero al fin estoy á tu lado, mi cabeza descansa sobre tu hombro, mi mano en la tuya! Ah! que dichosa soy!

El que ella habia llamado Pablo me pareció que recibia con frialdad sus caricias.

Pero ella era tan dichosa, estaba tan contenta que no se apercibió, y continuó diciendole palabras tiernas, esas frases que tanto agradan cuando despues de una larga ausencia se encuentra un objeto amado.

—Cuánto he sufrido en estos tres meses!

A la caida de la tarde, mientras todos se reunian en el mayor de los bateles, para reir y contar historias, yo me quedaba sola pensando en ti. Me acordaba de aquella noche en que palido y ensangrentado te arrojaste en el batel en que estaba sola, para huir de los ingleses que querian matarte. Me acordaba de como me contaste el modo que tuviste en salvarte de la poblacion sitiada que los enemigos acababan de tomar..... Y luego, Pablo, me acordaba de aquella noche de pavor y de embriaguez....

La jóven habló mucho y en su alegria refirió todas las circunstancias de sus amores. Me agradaba aquella relacion, hecha con el alegre abandono de una jóven que ama, relacion á la que la batelera añadia una gracia indescriptible. Porque las bateleras tienen algo de la pronunciacion del Mediodia, una especie de melodia lenta, un verdadero ritmo que encanta al que las oye por primera vez.

—Pero estás pensativo, no me escuchas. No estas alegre? Pablo! oye: te vas á poner alegre, voy á proporcionarte una sorpresa agradable, muy agradable!...Ahora, Pablo, soy rica, mas rica que lo que yo deseaba, nunca me hubiera atrevido á soñar en semejantes riquezas cuando haciamos proyectos locos, proyectos irrealizables. Se me acaba de morir una tia anciana, tenia dos

Universidad de Deusto
Biblioteca

hijas y las dos murieron un mes antes que su madre. Yo soy su única heredera.....: Ella ha dejado ocho bateles! Dime, sabes lo que valen ocho bateles? Oye, Pablo, valen 120,000 reales. Une este valor á los dos mios y ya ves como somos ricos!

Ahora puedo ser tu esposa, por que lo venderemos todo. Un oficial ya sé que no puede casarse con una batelera. Pablo!—Tu mujer! Oh! Soy muy dichosa porque puedo decir á todo el mundo que te amo, que te pertenezco, que eres mio! Apoyarme en tu brazo, ver como te saludan los centinelas!... Pablo, Pablo mio, qué dichosa soy!

Y él, que sufria todo lo que puede sufrir un hombre, la rechazó con dulzura y la dijo:—Va á amanecer, es preciso que nos separemos.

Al oir estas palabras se estremeció la pobre jóven, palidecieron sus megillas y soltó la mano de su amante.

—Pablo, no me respondes! dijo, y no pudo acabar, le faltó la voz.

—Aldegonda, es preciso que te marches mañana en cuanto amanezca. Yo iré á reunirme contigo, pero es preciso que te vayas, es necesario.

La jóven por toda respuesta empezó á llorar amargamente.

—Ya sabrás por qué, continuó Pablo. Ahora no puedo decirlo. Ya lo sabrás, Aldegonda, y entonces me dirás que he hecho bien en exigirte el que te vayas.

Ella le miró con ansiedad.

Dimelo ahora y me marcharé, te lo juro.

—Si en algo aprecias mi bienestar es preciso que te vayas, Aldegonda, yo te lo suplico, le dijo con ternura.

—Marcharé, fue su única contestacion y se separó, recogió la tabla que servia de puente entre la ribera y el batel y se cerró la escotilla.

Pablo quedó alli inmóvil y pensativo. Hizo un movimiento de resolucion y desesperado desapareció apresuradamente.

A la mañana siguiente era el dia del casamiento de Clara de Bethencourt, de aquella á la que yo habia amado tanto.

Cuando entré en la iglesia ya habia empezado la ceremonia. La nave estaba llena y podia adelantarme sin que nadie pudiera verme.

Cielos! el esposo de Clara era el amante de la batelera.

Ella, tan digna de ser amada! aquella por la que yo lo habia sacrificado todo era la mujer de un miserable seductor!

Quise llorar y no pude, la desesperacion me sofocaba.

Todo lo que veia me parecia un horrible sueño.

Ardia mi frente, mis ojos apenas veian, un sudor frio corria por mis helados miembros.

Una mujer se precipita en la iglesia, grita, atraviesa la multitud y llega hasta los pies de los novios, donde cae sin movimiento.

Yo habia reconocido á la batelera: Pablo tambien la habia conocido, porque quedó inmóvil, cubierto de una palidez horrible y como herido por un rayo.

La ceremonia se suspendió un momento. El cura continuó la misa. Concluida, Pablo cogió la mano de su esposa y al atravesar la nave para ir al coche, dirigia á todas partes su inquieta mirada, como para averiguar qué se habia hecho de la batelera.

Un jóven se acercó al novio y le dijo al oido:

—No se lo digas á tu mujer, podria afectarla, ha muerto la loca!

Un movimiento convulsivo sacudió todos los miembros de Pablo y este cayó sin conocimiento.

Los ojos de Clara se llenaron de lágrimas y tuvo que apoyarse en su madre.

—No temas, dijo la señora de Bethencourt á su hija, mientras que Clara se arrodillaba para ver á su marido. Está tranquila, hija mia, nuestro querido Pablo no ha podido resistir las dulces emociones que ha esperimentado.

—Sitio, señores, separaos! Un poco de aire, decia un ayudante, ya volverá en si; las emociones que causa la alegria nunca son peligrosas.

VIII.

LA VIUDA.

—

1829.

En medio de esa alegre indiferencia de una vida independiente; en medio de los placeres que ofrece; de esos picantes incidentes; de esa indolente negligencia á la que se entrega con tanto abandono, que jóven no ha sentido la necesidad imperiosa de una felicidad tranquila, agradable y legitima? Qué jóven no ha soñado, aun al lado de la mas embriagadora querida, en una mujer hermosa, tierna, modesta y candorosa?

Si, pasar los dias tranquilos, dedicado al estudio; las caricias del hijo, una comida que se prolonga, una comida sola con su mujer; despues un paseo por algun sitio solitario, conversaciones interminables llenas de amor y de confianza. Y luego un sueño descansado, y cuando se despierta contemplar sonriendo á su mujer, oir con delicia como respira la encantadora boca de su hijo!

Dichoso Ernesto! Muy pronto tendrás esta dicha. Dentro de algunos dias será esposo de Carolina.

Y que le pregunten! Hay alguna otra mujer que tenga mas ternura? Hay alguna mas elegante? Cuando canta, su voz arroba el alma.

Carolina! Querida Carolina!

Muchas veces ha creido que amaba, pero no, nunca ha amado como ahora ama. El lo comprende. Si, el amor es una cosa grave y sublime. Por eso va á deshacer todo lo que le recuerda sus placeres anteriores. Cabellos, sortijas, cartas, todo va á ser entregado á las llamas. No hará mas que mirarlos, leerlas por última vez. Y despues todo habrá concluido!

Antes tenian un encanto indecible, aquellas flores secas, aquellos lazos recibidos con tanta alegria, aquellas hojas mal escricas, abiertas tan precipitadamente y tan pronto devoradas por la vista, aquellas cartas que hacian latir su corazon, y que ahora las leia con indiferencia.

Todo lo habia destruido el fuego.

Solo quedaban en el fondo del cajon, las cártas de María de Bethencourt, que fueron sus primeros amores.

Ernesto la habia querido, tal vez tanto como queria á Carolina—porque debia haber sido su esposa, porque ella debia de haber realizado los sueños de felicidad que forjaba su imaginacion de poeta.

Sus familias se alegraban cuando les veian juntos y proyectaban el dia en que casarian aquellos dos niños y cuando el oia esta conversacion se consideraba por el mas feliz de los hombres!

Sucedió que un oficial, jóven, vivaracho, rico y noble se enamoró de María de Bethencourt: desde entonces Ernesto tuvo porque quejarse!

Porque la jóven se distraia mientras él hablaba de amor, y su distraida mirada parecia que esperaba á ver si venia algun caballo fogoso. A los paseos mas deliciosos preferia una marcha guerrera y los movimientos tumultuosos de los escuadrones con las corazas doradas y los penachos escarlata. Si, no le encantaba mas que ver como los soldados estrechaban y estendian sus filas al oir las voces de sus jefes; los caballos que pulverizaban el suelo, los sables que chocaban. Entonces se habrian desmesuradamente sus ojos y se ponia colorada.

Maria de Bethencourt se casó con el capitan.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ernesto tardó mucho tiempo en consolarse. Mucho tiempo padeció de una profunda tristeza, lleno de desconfianza y desaliento. Pobre jóven! Ya no creia en el amor.

Pero al fin fué amado de Carolina, de la angelical Carolina, y desde entónces volvió á ser feliz.

Puede ser que fuera mas dichoso; porque el recuerdo de lo pasado le hacia mas preciosa la posesion de un bien que no creia encontrar, de un bien que creia era un imposible.

Dejaremos que pase un dia y Ernesto será dichoso, será el esposo de Carolina. Al dia siguiente Carolina realizará los sueños de felicidad que hacia al leer las cartas de Maria..... estas cartas que sin querer leia de nuevo.

Habia allí un acento de conviccion que no se podia fingir. Sí, la que habla de ese modo sabe amar.

Ella ha preferido el oro á la felicidad..... Podrá ser dichosa! Ha sido reducida por embriagadoras ilusiones, durarán siempre!

Y volvia á leer y no podia resolverse á quemar las cartas de María de Bethencourt.

Mientras estaba sumergido entre los recuerdos llenos de melancolía y de ternura, le entregaron un billete.

No!.... no es una ilusion..... es su letra! El mismo sello que usaba y hasta la firma del dulce nombre de María!

Una tarde le habia dicho que encontraba muy gracioso el modo de escribir en inglés el nombre de su novia, y desde entonces *Maria* de Bethencourt no firmaba mas que *Mary*.

«Si quereis volver á ver á una »amiga de la infancia, nna amiga á »la que no habeis visto desde hace »cinco años; esta mañana ha llega»do á casa de la señora de Saint»Yvis, *Mary*.»

Esto leyó Ernesto en el billete.

Se dirigió á donde le indicaban. Maria estaba sola. Estaba de luto.

Hubo un momento de silencio, los dos sufrian, despues hablaron de cosas indiferentes y violentas, y luego empezaron á hablar con confianza como dos verdaderos amigos que se encuentran despues de una larga ausencia.

María habia quedado viuda hacia ocho meses. Su marido le habia dejado una fortuna considerable. No habian tenido hijos.

Habeis sido dichosa en estos cinco años? preguntó Ernesto.

—Dichosa! repitio la jóven con voz melancólica; y tú, Ernesto?

El tembló, le habia llamado con el mismo nombre con que le llamaba cuando eran novios. Se apresuró á hablar de Carolina, le parecia que hacia mal en no hablar de ella y que desmereceria de su novia. Le contó la felicidad que esperaba al lado de Carolina, le dijo que era amable, cariñosa, alegre, y sin embargo sus palabras no tenian el entusiasmo que poco antes exaltaba su imaginacion.

Enseguida pintó la vida pura, tranquila, deliciosa que le esparaba al lado de Carolina. Esta vez no pudo permanecer indiferente y su conversacion fué insensiblemente haciéndose apasionada.

Las lágrimas corrian por los ojos de María. Ella tambien empezó á hablar de felicidad, pero de una que nunca habia encontrado, de una felicidad que solo está reservada para los séres que se comprenden; de una felicidad en la que creia, pero que no estaba reservada para ella —Ahora lo comprendia la infeliz!

—Al menos, añadió toda turbada, siempre sereis mi amigo, no es verdad Ernesto? En cualquier posicion en que os encontreis, á cualquier distancia que nos separe, tendreis un recuerdo para María.

Ernesto estaba demasiado conmovido, no podrá contestar. Alargó la mano á María. Este movimiento dejó ver á la viuda una sortija que Ernesto tenia puesta. María, María

de Bethencour se la habia dado en otros tiempos.

Tuvo que levantarse y salir algunos minutos, sino se hubiera ahogado. Despues vino á sentarse al lado de Ernesto y preocupada con pensamientos agradables y dolorosos, soñó un rato. Pasado un momento, llamó á un criado, le dió sus órdenes, y sonriendo con tristeza, á su amigo, le dijo:

—Adios Ernesto, adios para siempre!

Al oir estas palabras, quedó Ernesto confundido.

—Adios. Ernesto, repitió María, á la que el criado dijo que ya estaba pronto el coche que ella habia mandado enganchar. Adios para siempre!

María apenas podia retener los sollozos.

Sus manos se estrecharon, se separaron y marchó el coche.

Hacia mucho tiempo que el coche habia desaparecido y Ernesto permanecia inmóvil, con los ojos fijos en el horizonte mirando al punto por donde la habia visto desaparecer.

Abatido, fué á unirse á Carolina. Esta creyó que sufria porque toda la velada le vió triste y pensativo.

Mas de una vez se sintió, al dia siguiente, con la misma tristeza, y cuando quedó solo con Carolina la abrazó murmurando:

—María! María!

Al dia siguiente, cuando se despertó, mientras que, con la sonrisa de la felicidad en los lábios, Carolina se entregaba á las mas agradables confianzas, le recordó su equivocacion de nombre de la víspera.

—Oh! le dijo fingiendo mal humor y sin sospechar en la realidad de la queja que le daba, oh! ese será el nombre de alguna á la que quereis mas que á vuestra Carolina, no es verdad, inícuo?

El cayó en su delirio.

Y abrazando de repente á Carolina:

—Siempre tuyo, le dijo, tuyo mientras viva!

FIN DE LAS DONCELLAS DE BETHENCOURT.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA PARTIDA DE AJEDREZ DEL DIABLO.

1131.

Desde el amanecer estaba de caza el señor de Clairmarais. Su esposa, durante las largas veladas del otoño, se ocupaba en bordar en su oratorio, un velo de paño de oro, precioso tegido destinado para adorno de la urna milagrosa del bienaventurado San Bertin. Sus azafatas permanecian en el silencio mas absoluto; porque la señora era demasiado orgullosa para hablar con sus vasallos y ni aun les permitia hablar entre si á menos que ella les preguntase alguna cosa.

Hacia una hora que el viento habia dejado de llevar al castillo los últimos sonidos de la queda que tocaban las campanas de San Omer, villa distante cerca de media legua, cuando se oyó en la poterna del castillo el sonido de una boeina. Este sonido tenia una cosa estraña y salvaje que hizo temblar á la castellana y á sus sirvientas. Un paje que habia ido á enterarse de aquel ruido, vino á poner en conocimiento de su señora que un caballero, que se llamaba el señor de Brudemer, pedia hospitalidad.

Si algun pobre campesino, cuya vida peligrase, se hubiera lamentado delante del castillo, la castellana no le hubiera hecho caso ni hubiera mandado bajar el puente levadizo para darle asilo; pero era un caballero noble, y por lo tanto, dió órden de que fuera admitido en el castillo y que le condujesen á su presencia.

Y por si misma, segun era la costumbre, empezó á preparar el hipocrás que se ofrecia á los huéspedes en señal de bienvenida. Apenas habia concluido la castellana de llenar la copa de plata, cuando el Sr. Brudemer fué introducido por el paje.

Con la cortesia propia de un caballero de alto linaje, se adelantó hácia la castellana y le dió las gracias por la hospitalidad que le habia concedido.

—«Me he perdido en estas cercanias, dijo. No hace mucho maldecia la fogosidad de mi caballo que separándome de mis monteros, me arrastraba entre los pantanos y barrancos mas temibles de este bosque; pero desde que he tenido la dicha de ser admitido por una señora tan hermosa, olvido las fatigas, los peligros y las inquietudes.»

La voz del huésped era ruda, pero hacia olvidar esto su agradable conversacion.

Las azafatas, que, segun costumbre, se habian retirado al fondo de la sala, desde donde podian verlo todo sin oir nada, hablaban de la riqueza del traje de Brudemer, de la elegancia

de su cuerpo, la regularidad de su fisonomía y la salvaje espresion de sus miradas de fuego. No era, pues, estraño que la castellana encontrase en la sociedad de su huesped un encanto inesplicable, ella que no tenia otra compañía que oscuros vasallos y que sus diversiones se reducian á pesadas narraciones de batallas y torneos hechas por su viejo esposo, que era sin duda mejor lanza que galan amable.

Aprovechando Brudemer con habilidad estas ventajas, no tardó mucho en mezclar en su conversacion palabras mas aduladoras y mas tiernas que lo que permitian las costumbres de aquella época. La castellana, que era tan desdeñosa y tan altiva, le escuchó sin encolerizarse: parecia subyugada por un poder desconocido. y no tardó mucho en escucharle con mas emocion.

Entonces se colocó disimuladamente de modo que ocultase á la señora de Clairmarais de las miradas de sus azafatas; se apoderó de una mano que la castellana no pensó en retirar, y la llevó á sus labios; despues su pie apretó con ternura un pie que temblaba.

Difícil seria esplicar las sensaciones de la castellana: un fuego rígido, infernal, circulaba dolorosamente por sus venas, la oprimia la cabeza, la ahogaba. No esperimentaba esa dulce languidez, esa embriaguez inefable, dulces y crueles síntomas del amor; mas bien sufria una horrorosa angustia, el sudor frio y los escalofrios que á su muerte sufre un pecador; era la horrible estupefaccion de un peregrino que ve se dirigen á él las miradas mortales de un basilisco.

En su turbacion dejó caer la señora de Clairmarais el velo que bordaba. «Oh! Si me concedieran una banda como esta, dijo Brudemer, si me tomara por su caballero la dama cuyas bellas manos la han adornado; cuántas lanzas romperia en su honor en campo cercado y en las batallas!»

La castellana la levantó con un movimiento convulsivo, y presentándosela le dijo: «Ahí la teneis.»

Brudemer llevó á sus labios la banda para ocultar una horrible sonrisa que no podia reprimir..... Pero la arrojó al instante con un escalofrio de terror y como si la banda hubiera sido de fuego. El capellan la habia examinado aquella misma tarde despues de las vísperas y con las manos humedas de agua bendita.

Repuesto muy pronto de su emocion, se acercó mas á la castellana y le dijo en voz baja:

«A vuestro castillo me ha conducido un anciano que tenia mucha prisa para encontrar al señor de Clairmarais. Le espera en la poterna para revelarle un secreto importante y que os incumbe.»

La castellana palideció al oir esto.

«Yo me he informado, continuó Brudemer, del motivo que tenia para buscar con tanta prisa á vuestro esposo. «Es, me ha dicho, para des»cubrirle un misterio; un misterio »que traerá muchos cambios á la casa de Clairmarais.»

«La castellana me ha hecho arro»jar del castillo ignominiosamente; »me ha amenazado con meterme en »un calabozo si vuelvo. Ingrata! Yo »la despojaré de sus títulos y rique»zas, con lo que está tan orgullosa!»

«Como no quise creer sus amenazas, me contó que su mujer habia sido nodriza de la hija del conde de Erin, que la criatura se murió y que solo él lo supo, que os puso, á vos que sois su hija, en la cuna de la condesa que acababa de morir y que habeis sido casada como la hija del señor de Erin y me ha dado numerosas é irrecusables pruebas de su engaño.

«En cuanto el señor de Clairmarais conozca este misterio repudiará á una vasalla; á la hija de un siervo que le ha engañado.»

Universidad de Deusto
Biblioteca

La castellana desesperada se retorció las manos.

—«Escuchad, continuó Brudemer, bajando mas la voz, pero tan claro que la castellana no perdió ni una palabra, escuchad. El anciano duerme, envuelto en su capa, al pié de la poterna: este puñal.... venid.

—«Mi padre!....

—No teneis razon, dijo Brudemer con una frialdad irónica. Quién sabe? tal vez, por compasion, os admita el señor de Clairmarais entre las azafatas de su nueva esposa. Por mal que os vaya no harán mas que encerraros en un convento.....»

La castellana se levantó bruscamente, hizo señas á sus sirvientas para que no le siguieran y dando la mano á Brudemer, los dos tomaron el camino de la poterna.

El señor de Clairmarais, despues de haber cazado todo el dia volvió donde tenia muchos deseos de estar; al lado de un hogar caliente y de su hermosa castellana.

Tanta era su prisa que venia delante de sus monteros. Su caballo se para de repente, se niega á andar, se encabrita y dá todas las señales de un gran espanto. El buen señor no tuvo mas remedio que apearse,.....,.

Oh! como se sorprendió y que triste se puso! El marido de la nodriza de su esposa, estaba en el suelo, sin movimiento y con una gran herida en el pecho.

Se apresuró á socorrerle y no fué inútil lo que con él hizo. El moribundo abrió los ojos. Hizo un esfuerzo para levantarse y aproximándose al oido del señor de Clairmarais le dijo con voz desfalleciente algunas palabras que hicieron temblar de horror al castellano. Cuando hubo concluido le faltaron las fuerzas y espiró.

El castellano, sin decir ni una palabra, fué derecho al oratorio donde se encontraba su esposa. La castellana, pálida como un cadáver, estaba sentada delante de una mesa estrecha y para disfrazar su horrible turbacion fingió estar jugando al ajedre zcon Brudemer.

Este en cuanto vió al señor de Clairmarais, estalló en una horrible carcajada. La castellana participó de esta execrable hilaridad, era preciso que sufriera mucho para reir de aquella manera. El señor de Clairmarais, no dudó entonces de su desgracia; porque hasta entonces no habia podido creer en los crímenes con que el viejo moribundo habia acusado á la castellana.

«Satanás! gritó desesperado, Satanás! Yo te abandono la parricida, la esposa adúltera, y el castillo que ella ha manchado con su presencia.

—Acepto!» dijo Brudemer. Y una corona de fuego brilló al rededor de su cabeza, al mismo tiempo que estendia sobre la castellana dos terribles manos que de repente se habian armado de garras infernales.

Hacia mas de doscientos años que el señor de Clairmarais habia muerto en olor de santidad en la abadia de San Bertin, cuando una tarde preguntaba un religioso de la órden de San Benito á un vecino de Omer, que castillo era aquel que elevaba sus torres en medio de un bosque cercado de inmensos pantanos.

—«Nuestra Señora y los santos acudan en vuestra ayuda! respondió el vecino santiguándose con devocion: es el castillo de Clairmarais, lugar maldito y frecuentado por el demonio. Todas las noches se alumbra con un resplandor repentino, todas las noches, el diablo y yo no se cuantos aparecidos vienen en sus carros de fuego.

«Si hemos de creer lo que dicen los ancianos de este pais, el demonio que vive en ese castillo se llama Brudemer y á los insensatos que penetran en su vivienda les obliga á jugar su alma al ajedrez en cambio de la propiedad del dominio y de todos los tesoros que él encierra. Ya comprendereis que nadie ha podido ganar al diablo y que por lo tanto ninguno de los que han entrado ha podido ser el señor de Clairmarais.»

El fraile escuchó en silencio al vecino y despues de haber reflexionado un rato, marchó con paso firme hácia la mansion diabólica.

Penetró sin obstáculo, y fué á parar á un oratorio lujosamente amueblado y en medio del cual habia una mesa estrecha con un tablero y las piezas del juego de ajedrez.

Mientras que el fraile examinaba estos objetos que apenas se distinguian por la oscuridad que reinaba, una luz muy fuerte iluminó de repente el oratorio y el religioso se vió rodeado de una multitud de criados, de pajes y de azafatas vestidas á la antigua. Todos se ocuparon en silencio en los deberes que les imponia su empleo, sin que se sintiera el ruido que hacian sus pasos y lo que aun es mas maravilloso, sin que sus cuerpos proyectasen sombra cuando pasaban por delante de la luz.

Un caballero ricamente vestido, adelantó muy despacio. Llevaba sobre un jubon blasonado y á guisa de armas, un escudo con dos horquillas negras y esta divisa: *Brudemer*. Se apoyaba en su brazo una mujer jóven, cuya hermosa cara estaba cubierta de una palidéz cadavérica; á estos seguian ocho pajes encorvados bajo el peso de cuatro pesados cofres llenos de oro.

Brudemer se sentó al lado del tablero é hizo seña al fraile para que se sentara delante de él. Obedeció el fraile y empezaron á jugar sin decir una palabra.

Por una industriosa combinacion creyó el fraile que habia dado mate á su adversario, cuando la dama pálida, que habia quedado en pié detrás de Brudemer, se apoyó en el respaldo de su gran sillon é inclinándose hácia él le señaló con el dedo un peon. Entonces la partida cambió de aspecto y el fraile se encontró en peligro de perder el juego.

Brudemer y la dama comenzaron á reir á carcajadas, y todos los que estaban en el oratorio se agruparon alrededor de los jugadores y tomaron parte en ese espantoso acceso de alegria que seria imposible describir.

El religioso empezó á arrepentirse de su temeridad. Un sudor frio inundaba su frente, y hubiera dado todo lo del mundo por encontrarse entonces en su convento. Sin embargo no desesperó de la bondad divina y empezó á rogar mentalmente á su bienaventurado patron San Benito; porque solo un milagro podia sacarle de aquel peligroso paso. Por una inspiracion celeste, nota que con una combinacion nueva puede ganar la partida y ya iba á adelantar el peon que le aseguraba el triunfo cuando las carcajadas que resonaban á su alrededor se cambian en espantosos alaridos. Despues no sintió nada, todo habia desaparecido.

El fraile pasó en oracion lo que quedaba de noche y vió venir el dia con una alegria muy fácil de comprender. Encontró, en el lugar que la víspera ocupaba la dama pálida, un esqueleto cubierto de ricos vestidos de mujer hechos girones.

Quedó poseedor del castillo y de los tesoros que en él se encerraban; el religioso convirtió este lugar maldito en un monasterio del cual le nombraron superior. Hoy no existen del cláustro mas que insignificantes vestigios, la revolucion lo ha destruido todo.

Tal es la leyenda de la partida de ajedrez del diablo.

Cuanto siento no haber podido contarlo en el sencillo patuá y con la espresion de credulidad de la buena anciana que á mi me lo con-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tó una tarde de otoño en una pobre chozа alumbrada por una sola lámpara y por el rojo fuego del hogar, mientras que la lluvia caia á torrentes y el viento penetraba bramando con violencia en el inmenso bosque de Clairmarais.

FIN DE EL JUEGO DEL AJEDREZ DEL DIABLO.

EL AGUJERO DEL INFIERNO.

1186.

En la actualidad, el agujero del infierno es un horroroso barrio de Cambray, compuesto de calles tortuosas, casas miserables y sucias y un inmundo brazo del Escaut.

Cuando alguna honesta jóven tiene que atravesar ese reprobado barrio, apresura su paso, lleva la vista fija en el suelo y no respira á su gusto hasta que está muy léjos.

Ya lo creo! En las puertas negras de aquellas casuchas, no se ven mas que infames criaturas acurrucadas sobre la piedra de la calle; viejas en escandalosa conversacion con soldados borrachos y con hombres haraposos.

Hay ciertos dias de la semana en que en el agujero del infierno chilla una orquesta árida y falsa, y esto añade no se que de siniestro á estos sitios tan desgraciados.

Penetrad, si os sentis con valor, en la cloaca en donde tocan los músicos, y, por mi alma! que vereis allí un raro espectáculo: allí vereis una mala taberna. Yo la he visto, y he temblado de miedo.

Allí no se respira mas que un aire cargado de humo de tabaco, mezclado con la ceniza de hulla y el polvo rojo que producen y hacen levantar por todas partes cien pares de zapatos que frotan el suelo de ladrillo con que está envaldosado el cuarto. Añadid á esto el nauseabundo olor de la cerveza, las voces que gruñen y chillan, los juramentos de los violines y los burlones gritos de los clarinetes! Figuraos ahora, entre la claridad amarilla de algunos quinqués, un confuso movimiento de hombres, de mujeres, de soldados, que van, vienen, se mezclan, circulan, se agrupan y se dispersan; mesas muy largas llenas de bebedores, el ruido de los vasos de estaño, el chis chas de besos, y tendreis una idea bastante exacta del aspecto de este sitio.

No es el agujero del infierno mejor estancia durante la noche. La mayor parte del tiempo se elevan, casi sin descanso, dolorosas quejas, golpes y roncas voces que juran. Y cuando atraida por el ruido acude una patrulla, todo desaparece, se cierran las puertas, y en aquella fingida calma no se siente mas que un ruido, el paso de la guardia. En cuanto este paso se pierde á lo lejos como un murmullo indeciso, la confusion y el desórden estallan por todas partes, y reinaria el insomnio para la gente pacífica si viviera en este sitio.

No es verdad que el agujero del infierno, tal como os lo he pintado, es un barrio horroroso?

Pues bien. Aun era peor hace setecientos años.

No habia calles, no habia casas, no habia mas que un estenso pantano, en medio del cual habia grandes ruinas. Ninguno se atrevió á poner allí el pie, porque en el momento en que lo daba á entender, el maligno espíritu frecuentaba el Agujero del Infierno, y á propósito de esto se cuentan cosas horriblemente maravillosas que no tienen mucha semejanza con la verdad. Escuchadme con atencion, y vereis si os digo la verdad.

Las ruinas que yacian en medio del Agujero del Infierno eran de un fuerte castillo habitado hacia mucho tiempo por un señor que se llamaba Truandre, al que su madre habia vendido al demonio desde la cuna.

Cuentan las crónicas que este incrédulo adoraba al padre del mal y que para agradar á su Dios cometia mil horrores impios. Robaba y las tenia presas en horribles madrigueras, jóvenes de buenas familias y degollaba niños de pecho para preparar grasas y ungüentos diabólicos. Los peregrinos que tenian la desgracia de pedir hospitalidad en su castillo, se veian obligados á renegar del santo nombre de Dios ó á morir de hambre en el fondo de los calabozos mas horribles que se puede imaginar.

A los que mas rencor tenia Truandre, era á los sacerdotes y sobretodo al obispo; hacia prender á todos los servidores de Dios que no estaban prevenidos, y cuando no querian decirle en donde tenian ocultos los tesoros de la iglesia ó no le querian abandonar las rentas de sus abadías, les azotaba el mismo hasta matarlos ó les echaba sobre carbones encendidos y los quemaba á fuego lento.

El cielo tuvo piedad y en una terrible tempestad mató á Truandre á sus cómplices y á todos sus hombres de armas. Solo perdonó algunos criados menos culpables.

Estos se presentaron al obispo y le ofrecieron sus mas enormes para que segun convenia á un señor de alto linaje, enterrára en tierra sagrada á su difunto señor. El obispo no solo se negó á oirle, sino que hizo que el cuerpo de Truandre fuera arrojado en los fosos de su mismo castillo, cerca de una enorme horca. Además, declaró escomulgado y relapso á la santa Iglesia al que tocará aquel cuerpo.

No habia necesidad de la escomunion, porque apenas hubieron arrojado el cuerpo donde habia mandado el obispo, la tierra de alrededor empezó á arder y á arrojar continuas llamas y tan horribles que las lluvias que sobrevinieron en el espacio de cuatro años, no pudieron apagarlas. Mil demonios trabajaban sin descanso en arrojar aceite y pez para alimentar el fuego de este infierno cuyas cercanias estaban guardadas por un dragon tremendo.

De dia y de noche se oian los

Universidad de Deusto
Biblioteca

gritos de Truandre y los lamentos de sus servidores ; se veia que querian huir sus almas y que los demonios armados de horquillas les arrojaban en medio de las llamas.

Canciones como no podria cantar ninguna boca humana ni concebir ningun espíritu, carcajadas parecidas á los ruidos de un trueno , se mezclaban con los gritos de los miserables. A menudo los demonios les agarraban con sus abrasadoras manos y les obligaban á tomar parte en sus bailes y á voltear con ellos por el aire desde donde les dejaban caer á la tierra.

El buen obispo, compadecido de lo que sufria el alma de Truandre, persuadió á un vasallo del difunto que hiciera penitencia por el socorriendo las necesidades de los pobres y dando á las iglesias todos los bienes que habia heredado de su señor. A penas este piadoso vasallo cumplió los piadosos consejos del obispo, aquel pantano que vomitaba fuego y que durante cuatro años enseñaba todo lo mas horroroso que tiene el infierno, los infiernos, los demonios, los condenados, volvió á tomar su sombrío verdor y sus estancadas aguas.

Pero nadie tuvo valor para vivir en el castillo en donde habian celebrado su *Sàbado* los ángeles de las tinieblas, y permaneció desierto durante mucho tiempo.

Poco á poco gente pobre que no tenia ni fuego ni hogar se atrevieron á cojer piedras del castillo para edificar sus casas y como no sucedió nada á los primeros, fueron otros y edificaron las suyas al lado del castillo, pero siempre se conservó una especie de reprobacion hacia estos sitios.

Este es el origen del barrio que todavia se llama *Agujero del Infierno* , y que justifica su nombre con su aspecto siniestro.

FIN DEL AGUJERO DEL INFIERNO.

EL SEÑOR DE LAS ARMAS ROTAS.

1440.

Hace algun tiempo era el castillo de Esnes el mas hermoso del pais de Cambray.

Ahora solo quedan ruinas á las que se unen construcciones rústicas y modernas que le dan un aspecto mas triste.

En vez de anchas almenas dos mezquinos palomares enderezan sus tejados de pizarra sobre las torres que defienden el puente levadizo. Han abierto ventanas irregulares en las murallas, y una pesada cama de rastrojo, las hace parecer una casa arruinada.

Ya no existen profundos fosos.

fortificaciones angulosas ; el azado ha transformado los primeros en campos de trigo que el viento agita como las olas; las obras estan derribadas y no hay en la aldea una cabaña, cuyas paredes no hayan sido construidas con los escombros de las fortificaciones.

Gran cantidad de estiercol llena el patio de honor del castillo, las ruinas de las gradas conducen á la cocina y los magníficos salones han sido convertidos en establos. Asi es que en donde antes repetia el eco el sonido de las trompas, el piafar de los caballos, varoniles gritos de los hombres de armas y las embriagadoras palabras de las señoritas, solose oye ahora el canto de las gallinas y el mugido de las vacas.

A la derecha de la entrada principal y en medio de las ruinas ostenta su cabeza gris y desnuda una débil torre de asperon. Es lo único del antiguo castillo que ha quedado intacto.

Un escultor de la Edad Media ha grabado en la punta , en caractéres del siglo XV, las doce horas del dia; un reloj, maravilla del pais, pasea su gruesa aguja dorada alrededor del círculo de piedra que indicaba la duracion del tiempo al castellano y á los vasallos; porque el artista para conseguir este objeto habia colocado el cuadrante de modo que se pudiera ver de fuera y del interior del patio.

Era el año de nuestra salud mil cuatrocientos cuarenta , hácia las fiestas de Pentecostés, y en el momento en que la campana de esta torrecilla daba las doce. El señor d' Esnes se puso en camino para pasar bastante tiempo en el dominio de su antiguo compañero de armas el señor Santiago de Crévecœur.

Todos se sorprendian al ver que el septuajenario castellano emprendiera semejante viaje: porque hacia ya lo menos nueve años que no habia salido de la sala de recepcion mas que para ir á la cama : y aun llevado por dos robustos criados en el banco de terciopelo negro armado de su escudo de plata con ribete negro.

Despues de siete dias bien contados volvió el señor Juan á sus dominios. La primer cosa que preguntó fué porque su hijo el señor Eustaquio no se encontraba allí para rendirle homenaje y darle la bienvenida como era su obligacion.

El venerable capellan, señor Claudio Watremez, dijo que el jóven señor hacia una semana que habia marchado al castillo de Elincourt, añadiendo que no faltaria á la tarde segun habia mandado recado con su escudero Simon Guyot.

En efecto, sucedió lo que el digno sacerdote habia dicho, porque apenas el señor Juan habia vaciado la gunda copa de hipocrás entró su hijo en la sala, poniéndose de rodillas pidió la bendicion á monseñor su padre.

Pero el anciano faltó á la etiqueta, abrazó con ternura á su hijo , sin haberle bendecido, y empezó á gritar como no lo habia hecho nunca.

«Eustaquio, he hecho un hermoso viaje del cual vendrá la alegria y la grandeza para la antigua y noble familia d' Esnes. Dios y la bendita Vírgen sean alabados! El conde de Crévecœur ha prometido la mano de Emme, su única hija , para vos, Eustaquio, para vos y en detrimento de muchos y muchos nobles pretendientes.»

Las mejillas de Eustaquio se pusieron pálidas : quiso hablar y no pudo.

El anciano sin hacer caso de la emocion de su hijo, empezó á contar como se habia arreglado para hacer esta union y á contar con los dedos , que no eran bastantes, las ricas tierras que formarian la herencia de Emme de Crévecœur; sin olvidar que ella llevaba á su esposo y señor , el derecho de unir á sus armas un escudo de gules con

Universidad de Deusto
Biblioteca

tres Cabrones de oro, con esta divisa: *Tour Landry*!

Despues de esto dejó libre á su hijo, sonriéndose aparte de la turbacion en que le veia.

«A su edad, pensaba, una noticia como esta me hubiera hecho bailar de gozo y él se queda confuso y pensativo. Es verdad que yo era un jóven mas vivo, alabado por mi buen humor en diez leguas á la redonda.»

Absorto en los pensamientos de su juventud. el señor Juan de Esnes llamó con su silbato de plata á los criados que acudieron al instante y se hizo meter en la cama, en donde segun su creencia, la fatiga y la alegria le preparaban uu sueño agradable hasta la mañana siguiente.

Pero no sucedió asi:

Se despertó sobresaltado hacia la media noche. Habia sentido pasos lentos y solemnes que magullaban la enramada que segun la costumbre cubria el entarimado del cuarto. Levantó la cortina de la cama para ver lo que era..... Jesus! Salvador de los hombres! Un caballero de lastimosa apariencia estaba delante de él, la cabeza descubierta, la cara acardenalada, la armadura rota y el traje lleno de barro y sangre.

Miraba con compasion al señor Juan de Esnes; se puso de rodillas y se golpeó el pecho con desesperacion como si dijera el *mea culpa* de algun pecado, y dirijiéndose hacia el anciano, dijo con voz baja y doliente estas palabras:

« El infierno para el que haga lo que yo he hecho!»

Y desapareció....

El señor Juan silbó de tal modo con su silbato de plata que su hijo, sus criados y hasta el viejo capellan acudieron asustados. El anciano mandó retirar á todos menos al capellan Claudio Watremez y le mandó que antes de recitar las oraciones echára mucha agua bendita.

Cuando lo hubo hecho, el anciano le contó punto por punto la maravillosa vision que poco antes habia tenido.

El capellan le escuchó con gravedad.

«Es el señor de las armas rotas el que se os ha aparecido, dijo cuando monseñor hubo concluido. Es que en vuestra familia se proyecta algun casamiento contra el gusto de los novios, porque el terrible fantasma no aparece mas que en esas circunstancias. Ya lo habeis visto en Ulric de Landart, señor de Sommaing y de Esnes, uno de vuestros abuelos.»

Monseñor de Esnes se puso de mal humor.

«Por San Juan, mi patron! ¿qué chapucera conversacion es esa? Yo soy un viejo guerrero, y estad seguro que no me engañarán los dichos de una cabeza afeitada.»

El sacerdote, acostumbrado á las maneras rudas del castellano, respondió en estos términos:

«Vos habeis estado en vuestra niñez de paje de monseñor el duque de Bourgogne, y por eso no habeis oido contar la leyenda del señor de las armas rotas. Voy á contárosla tal como aquí la cuentan durante las veladas las buenas gentes de la castellanía. Que arda en lo mas profundo del infierno si quiero cambiar una palabra!

«Hace mucho tiempo, (era, si no me es infiel la memoria, hácia el año 1153 de nuestra redencion, siendo obispo de Cambray monseñor Liétard.) Ulric de Landart, señor de Esnes y de Sommaing, quiso casar á su hijo Alard con la castellana de Walincourt, que habia quedado viuda por la muerte de su noble esposo. Pero Alard estaba enamorado de Gillette de Glimes, huérfana de un pobre caballero de alto linage, pero que á su muerte no dejó á su hija otros bienes que un nombre sin mancha y la ayuda de muchos vecinos ricos que se compadecieron de

su abandono. Además la pobre criatura llevaba en el vientre el fruto de aquel amor que Alard habia jurado, por la parte que le correspondia en el paraiso, santificarlo por medio del matrimonio.

»Cuando Alard supo noticia tan importuna para los proyectos que él formaba, suplicó á su padre le casara, no con la señora de Walincourt, sino con su querida Gillette, pero el señor Ulric juró que no sucederia eso mientras él viviera.

Las súplicas y las quejas en vez de ablandarle redoblaron su furia; echó del castillo á su hijo y le maldijo hasta el momento en que consintiera en casarse con la señora de Walincourt.

«Alard vagó toda la noche por el campo, y en cuanto amaneció, fue á la ciudad para ver por última vez antes de morir á su querida Gillette.

«Segun se acercaba al puente levadizo del castillo episcopal, vio al rededor del foso muchisima gente que se quejaba y maldecia. Un presentimiento desgraciado oprimió su afligido corazon, y espoleó su caballo. La muchedumbre le rodeó, le apedreó, y cayó al lado del cuerpo de Gillette, que se habia matado el dia anterior arrojándose al foso.

»Y todos decian:

— »Está herido! se muere! ha muerto! bien merecido! No era bastante haber causado la muerte de Gillette, sin venir aquí á frotarse las manos de alegria como diciendo: bendito sea Dios!, ya estoy libre!

«Nosotros no lo podiamos consentir.»

«Esto decian los hombres porque habia corrido la noticia de que el Sr. Alard habia consentido en casarse con la señora de Walincour. La creencia de este villano perjurio fué causa de que mataran al pobre jóven que tuvo la desgracia de llegar cuando sacaban del agua á Gillette que se suicidó desesperada al saber la falsa noticia de la infidelidad de su amante.

»Apenas habia muerto Alard cuando uno de sus hombres de armas abriéndose paso por entre la muchedumbre se arrojó sobre el cuerpo de su señor diciendo que habia sido asesinado cobardemente y contó como habia preferido sufrir la maldicion de su padre antes que abandonar á Gillette. Tristes quedaron aquellas cabezas lijeras al oir esto; levantaron á los dos amantes y los llevaron con devocion, con la cabeza descubierta y los pies descalzos, á la iglesia de San Juan y San Pablo en el monte de los Bœufs para que allí cantaran misas de *Requien* para el descanso de sus almas.

«Habiendo oido el señor Ulric que su hijo Alard habia ido á Cambray para ver á Gillette corrió á rienda suelta, seguido de cuatro hombres de armas, á impedir aquel viaje. Pero en cuanto entró en los arrabales estallaron por todas partes gritos de rábia.

«Se arrojaron sobre sus hombres de armas y los mataron al momento. A Ulric le tiraron del caballo, le arrancaron los cabellos y la barba y hasta las mujeres fueron á pellizcarle. Le arrastraron por las plazas sin mas traje que una mala camisa. Unos le llenaban de barro, otros le acababan dándole golpes de maza en la cabeza, otros le picaban con leznas y asadores. En seguida le colgaron por los pies en una horca donde recibió el último golpe.

«Desde este funesto dia cuando en vuestra familia se quiere hacer un casamiento contra la voluntad de los novios, aparece en el castillo de Esnes el señor de las armas rotas y no se marcha hasta que hayan muerto los que pretenden hacer el casamiento.»

El capellan acabó la maravillosa narracion que acabamos de contar cuando Eustaquio adelantó muy despacio hácia su padre y le confesó que habia consagrado su amor á la seño-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rita de Elincourt, y añadió que antes queria morir que poner en su dedo el anillo nupcial de otra aunque fuera mil veces mas rica y mas noble que la misma señorita de Crévecœur.

Alard esperaba que su padre se pusiera furioso, pero el señor de Esnes se retiró en silencio y pensativo.

A la mañana siguiente se levantó el anciano pálido, tembloroso y con horrible espanto.

Otra vez sé le habia aparecido el señor de las armas rotas.

El señor de Esnes mandó al capellan al castillo de Crévecœur y cuando el señor Cláudio Watremez hubo vuelto, se anunció á los vasallos que Alard Landast, señor de Esnes se desposaba con la señorita Perrette de Elincourt y que verian desde entonces junto al *escudo de plata con orla negra, un escudo de gules con (cuarteles libres) de armiño.*

Fin de EL CABALLERO DE LAS ARMAS ROTAS.

BEANDUIN, BRAZO DE HIERRO.

— 814 —

I.

«Flandes, á las armas! Cuidado con el brazo de hierro!» Este era el grito de guerra del conde de Beauduin Brazo de Hierro.

II.

Cuando en lo mas encarnizado del combate se oia este grito, podeis estar seguros que al momento se abria ancho paso; porque la muerte era segura para el que no hubiera huido delante de la terrible espada del conde Beauduin Brazo de Hierro.

III.

Si por la noche, alrededor del fuego del vivac, cuentan los soldados las proezas de un caballero; si golpean en su escudo diciendo: «La Vírgen le ayude! pues ninguno con mas derecho merece el nombre de esforzado:» estad seguros. hablan del conde Beauduin, Brazo de Hierro.

IV,

Un dia, desde la puerta de su tienda, hizo sonar el clarin y gritó é hizo repetir á sus heraldos: «Venid á oir á vuestro señor y amo, el conde de Beauduin Brazo de Hierro.»

V.

«Soldados y leales compañeros, dijo, Flandes es el condado mas hermoso de todos los condados.»

Los soldados respondieron: «Y el mas valiente de los condes Beauduin Brazo de Hierro.

VI.

«Compañeros, repitió, quien os parece digna de ser condesa de Flandes y de ser la esposa de vuestro señor y amo el conde Beauduin Brazo de Hierro?»

VII.

Unprolongado murmullo se oyó entre los soldados y todos decian: «Por la salvacion de mi alma! no hay ni una que sea digna de ser la esposa del conde de Flandes, Beauduin Brazo de Hierro.

VIII.

«Si. hay una! gritó Beauduin, Es jóven, bella, de un linaje tan alto que es imposible pedir mayor, lleva corona de reina. No es esta la que merece el conde Beauduin Brazo de Hierro?»

IX.

«La hija del rey Cárlos de Francia, la viuda del rey Eduardo de Inglaterra, Judit; decid todos el nombre de la hermosa viuda, viene del otro lado del mar para ir al lado de su padre. Cuatro mil lanzas le escoltan; tiene diez y ocho carros llenos de oro. Ahora pasará cerca de Mons. Queréis que sea vuestra condesa, la esposa del conde Beauduin Brazo de Hierro?»

X.

«Si, gritó el ejército como un mar furioso. Por Jesus! sí, queremos, la hermosa viuda para condesa de Flandes! para esposa del conde de Beauduin Brazo de Hierro!»

XI:

«Entonces adelante, apretad las correas de vuestras corazas, montad á caballo y venid á conquistar con la punta de vuestras lanzas una condesa para Flandes, una mujer para el conde Beuaduin Brazo de Hierro.»

XII.

«A las armas! A las armas.....» Una hora despues no quedaba ni un solo hombre de las cuatro mil lanzas inglesas. Un caballero, cubierto de sangre, abria la litera de Judit, la hermosa viuda de Inglaterra, y le decia; «Noble señora, aquí teneis un esposo, el conde de Flandes, el conpe Beauduin Brazo de Hierro.»

Fin de BEAUDIN, BRAZO DE HIERRO.

Universidad de Deusto
Biblioteca

MARIA MAGREAU.

1000.

En mi país, cuando un niño no quiere obedecer á su madre, cuando pataleando con furor enreda con sus diminutas manos su hermosa y larga cabellera, su abuela apoyando un dedo sobre sus septuajenarios labios le dice: «á pícaro! Maria Magreau va á venír para llevarte.»

Y el niño se calla y vuelve á sus infantiles juegos; porque en esta dichosa edad las emocionesson demasiado vivas para que duren mucho, los órganos demasiado nuevos para conservar mucho tiempo una impresion. La serenidad sucede súbitamente á la cólera, y algunas veces la sencilla boca que prorumpe en gritos de alegria está todavia húmeda de las lágrimas que no han tenido tiempo de secarse.

Saben ustedes quien fué esa terrible criatura cuyo nombre sirve de espantajo á los niños? ese nombre trasmitido desde épocas remotas hasta nuestros dias por medio de las tradiciones maternales?

Para contaros es necesario retroceder á tiempos olvidados. Venid, todos á mi alrededor; avivad el fuego que arde en la chimenea; reanimad la mecha del candil, que suspendido en el techo, nos dá una claridad vacilante. Bien! Ahora callando. La lluvia cae á torrentes, brama la tempestad y el rayo entra en los bosques; mejor es encontrarse abrigado en esta casa que andar errante toda la noche como lo hacia un peregrino, jóven, pálido y receloso.

Fué á tocar la puerta de una ermita edificada en las cercanías de los pantanos de Selles, y no lejos del barrio maldito que llaman *Agujero del Infierno*. Mas de una vez tuvo que tocar con el bordon antes de obtener una respuesta.

«Seguid adelante, no puedo abrir.» fué lo que le contestaron.

Al sonido de la voz que contestaba una gran emocion agitó la siniestra fisonomía del peregrino.

Este suplicó le concedieran un asilo y viendo que en vano se enronquecia, cojió un madero grueso que habia cerca de la puerta y empezó á dar golpes tan fuertes que el ermitaño se apresuró á abrir. «Ah! Ah! padre mio, dijo el jóven, de este modo acojeis á un peregrino que viene á implorar á Nuestra Señora de la Gracia de Cambray! Virgen Santisima! Asi cumplen los ermitaños con los deberes que les impone la religion para con los desgraciados!»

El ermitaño se escusó lo mejor que pudo, alegando lo peligroso que era abrir la puerta cuando los vagamundos andaban robando durante la noche.

Despues ofreció al peregrino algunos mendrugos negros y agua de una fuente vecina.

En lugar de comer el peregrino examinaba con mucha atencion la ermita, dirigiendo á todas partes miradas curiosas y sombrías. Estas miradas brillaron con una feroz alegria cuando descubrió en un rincon de la celda acostado un jóven que á pesar del desagradable capuchon parecia ser de una hermosura estraordinaria.

Disimulando la emocion que le agitaba sacó de su alforja un frasco y hechó unas gotas del licor que contenia en el vaso de madera del ermitaño.

«Tomad, le dijo, este es un filtro que fortalece y dá la calma á un cuerpo tan desfallecido por la austeridad como está el vuestro, y echando la mitad en un tosco cacharro, ofreció el resto al ermitaño, el cual bebió sin desconfianza.

Un momento despues el ermitaño dormia.

«Ahora eres mio, murmuró el peregrino, eres mio Santiago Magreau! Sí, tu me perteneces, porque me pertenece tu hija.»

Y sentándose cerca del jóven que dormia le colocó sobre sus rodillas y empezó á decirle al oido palabras amorosas.

Medio dormida la jóven, estendió sus brazos y con este movimiento cayó el capuchon que le cubria y largos y brillantes cabellos negros se estendieron por su espalda,

Hizo un movimiento de terror al verse en brazos de un desconocido y quiso escaparse, pero el peregrino entonces le abrazaba mas fuerte.

Al dia siguiente, cuando despertó Santiago Magreau se encontró solo en la celda. Maria ¡su hija! la única criatura á quien amaba en el mundo, Maria no estaba alli, habia huido con el peregrino.

Santiago se torcia las manos, gritaba, se pegaba y perdia el sentido. «Mi hija ¡Maria! Devolverme mi hija!»

Santiago salió á buscar á su hija, por todas partes preguntaba, pero nadie supo decirle lo que habia sido de Maria. Despues de seis meses de viaje no tuvo mas remedio que volver á su desierta celda.

Pocos dias despues de la vuelta de Santiago rodeó la ermita una banda de ladrones capitaneados por una mujer borracha, con los brazos desnudos, los cabellos despeinados; llevaba un puñal en la mano y amenazando con él derribó al suelo al infeliz ermitaño.

Santiago dió un grito horrible. La repugnante criatura que le pisoteaba era... Maria.

«Oh! viejo hipócrita, le decia, tu tienes oro escondido en tu celda: Tu me has dicho muchas veces que tienes una cantidad respetable, tu me lo has dicho cuando me tenias presa. Pronto, de parte del diablo! entrega el dinero, dí donde está, dilo pronto ó encontraremos un medio de hacerte hablar.

Maria¡ Maria! gritó el viejo sufriendo lo que nunca ha sufrido ninguna criatura, Maria, ese oro hija mia lo he gastado para encontrarte.

—¡Miente ¡Miente! hacedle hablar, hacedle que descubra. Echad haces de leña en el hogar... Una cuerda... Bien!... No le atais bien los pies! Dejadme á mi» Y ella ató los pies al ermitaño y le sujetó en el hogar.

«Ahora fuego, quema querida leña, quema lentamente, pero con muchos dolores, los piés de ese beato. Vamos, viejo avaro, tu oro!»

Y Santiago Magreau, gritaba y se agitaba pidiendo á su hija misericordia con palabras que hubieran enternecido al mismo diablo. Pero no consiguió nada, su hija seguia atizando el fuego.

Entonces entró el peregrino que ya conoceis. Apagó el fuego que quemaba los piés al ermitaño y haciendo separar á todos quedó con él á solas.

«Santiago Magreau, le dijo, te acuerdas del saqueo de Valenciennes en Hainaut ¿Tu eras un soldado implacable que no perdonabas á los hombres ni te compadecias de los viejos. Tu asesinaste á Juan Mau-

voisy, tu te atreviste á estrechar en tus sangrientos brazos la mujer del que acababas de matar en mi presencia,—su muier próxima á darme á luz. Mira, añadió, yo llevo un testigo eterno de tu crimen, un sello que Dios me ha puesto para que siempre me acuerde de la venganza!»

Y abriendo su jubon, le enseñó una mano ensangrentada impresa en el pecho por la misma naturaleza. «Santiago Magreau, tu has sufrido mucho, pero todavia no has llegado al final de tu tormento: verás como se venga el hijo de Juan Munvoisy.»

Y cumplió su palabra.

Tres dias despues, dos desconocidos entraron en la casa del ermitaño, le pusieron una mordaza, le vendaron los ojos y sin decirle una palabra le llevaron á la plaza de Coupe-Oreille, en Cambray, donde se hacian las ejecuciones de la justicia. Allí le dejaron en el suelo y desaparecieron entre la muchedumbre,

Se quemaba una hechicera, la mujer del jefe de los ladrones que en aquella época desolaba el pais; esta hechicera era María Magreau y Juan Mauvoisy habia descubierto su escondite á la justicia.

Y como si no fuera suficiente el haber perdido el alma y el cuerpo de la hija de Santiago Magreau, Juan Manvoisy en su sed de venganza recorrió el pais, diciendo que el alma de Maria venia del otro mundo, añadiendo que vagaba sin cesar alrededor de las madres para poner malos á los niños que tenian en el regazo y para devorar como un lobo hambriento á los que tardaban en ir á casa.

Este es el motivo por el cual el nombre de Maria Magreau es un nombre maldecido que hace palidecer de miedo á los niños.

Fin DE MARIA MAGREAU.

SIMON EL MALDITO.

—1137.—

Poco faltó para que la hija de monseñor Guy. señor de Villers-Outreaux, muriera en una enfermedad que le tuvo en cama desde el domingo de *Lœtare* hasta las fiestas de Pentecostés.

La hermosa Alix se salvó por las oraciones y el voto que hizo su noble padre, de tomar la cruz para ir á Tierra Santa, á pelear con los incrédulos, con el rey de Francia Luis sétimo.

El rey de Francia habia emprendido esta cruzada para espiar la profanacion qne habia cometido en lugar sagrado, haciendo quemar en una igelsia mil trescientas personas cuando el saqueo de Vitry en Pertois.

Dios tuvo misericordia del dolor paternal del Sr. de Villers-Outreaux, y por sus fervientes súplicas concedió á Alix la salud.

Cuando cedió la fiebre que consumia á la jóven, y volvieron á sonrosarse sus mejillas; el señor de Villers-Outreaux pensó, como buen cristiano, en cumplir su promesa.

Vendió al señor de Gonnelieu, por una gran cantidad. el hermoso bosque de veinte moyos que estaba cerca de su castillo, en medio del cual se encontraba la quinta de Revelon. Reservó un moyo que donó á la abadia de *Vaucelles*.

Con el dinero que recibió de la venta, que era casi la mitad de su patrimonio, armó Guy ocho hombres de armas confió su hija al viejo capellan Pedro Beaumetz, hombre que era tenido por un santo y leal á toda prueba. Despues fué á reunirse con el rey de Francia dirigiendo de vez en cuando sus ojos llenos de lágrimas á las torrecillas de su dominio, y diciendo: «Adios para siempre! Ya no volveré á ver á mi pequeña Alix! no volveré á ver el sitio donde yacen en paz los restos de mis abuelos!»

Hacia cuatro años que monseñor Guy de Villers-Outreaux se habia hecho cruzado y nada se sabia de la fortuna ó la desgracia del esforzado anciano.

Mientras tanto no iban muy bien las cosas en su castellania. Entre los señores de las cercanias andaban sin verguenza haber quien pillaba lo mejor de los dominios de un ausente á la herencia de una huérfana.

El capellan hizo su reclamacion á monseñor Alard el buen prelado de Cambray juraba castigar á los traidores como merecian; pero le faltaban los brazos para la ejecucion y los pillos seguian cojiendo de los dominios de Alix todo lo que se encontraba á su alcance que era lo que les agradaba.

Desesperando el capellan de poder guardar á su señor lo poco que le quedaba de la Castellania, resolvió poner á Alix bajo la proteccion del leal y poderoso Guillermo, señor de Cagnicourt, amigo antiguo y compañero de armas del señor de Villers-Outreaux.

Guillermo de Canicourt, despues de haber peleado mucho tiempo al lado de su soberano el emperador Federico primero, hacia un mes que habia vuelto al pais de Cambray; por esto el capellan no habia acudido antes á este protector.

Pedro Beaumetz llegó una mañana al castillo de Cagnicourt y conjuró á monseñor Guillermo para que viniera en socorro de la hija de su antiguo compañero de armas. En cuanto empezó hablar el sacerdote dijo el valiente señor que era preciso traer lo mas pronto posible al castillo de Cagnicourt á la jóven huérfana y abandonada.

«Por la salud de mi alma! juró, yo haré que no asolen los dominios de un cruzado; yo apoyaré tan fuerte la punta de la espada en la garganta de esos pillos, que entregarán en junto lo que han robado poco á poco.

«Id á buscar á vuestra señorita, bueno y digno sacerdote. Nuestra virtuosa esposa Isabel de Bethencoutr velará por ella como es justo que se vele á una hija de alto linaje cuyo padre combate en Tierra Santa. Que me tengan por un cobarde y por embustero si no la cuido como á mi propia hija!

El capellan Pedro Beaumetz, fué muy contento á dar tan buena noticia á la jóven que se puso inmtdiatamente en camino para Cagnicourt, tanto era lo que deseaba estar en lugar seguro.

Alix cabalgaba con gracia sobre una hacanea blanca, y con el velo le-

Universidad de Deusto
Biblioteca

vantado , tanto por causa del calor como para oir mejor los consejos sabios y prudentes del capellan , relativos á la conducta que era conveniente siguiese en el castillo de Cagnicourt.... De repente aparecen dos hombres á caballo al final de la calzada.

Alix de Villers-Outreaux bajó el velo y se cubrió la cara.

Los dos desconocidos se fueron parando para verla pasar mas á su gusto. El uno , parecia un jóven de alto linaje, á juzgar por sus espuelas de plata, sus costumbres desarregladas El otro llevaba la librea de montero.

No estando contentos con esta burla, empezaron á decir palabras descorteses, todas las que les venian á la boca.

El capellan les reprendió con la autoridad de anciano y de sacerdote.

A pesar de que él lo hizo, con dulzura y sin querar ofenderles, la cara del jóven señor se enrojeció de cólera y el montero preguntó desde cuando los clerijos chanflones hacian profesion de predicar á los señores de alto rango.

El capellan juzgó que era preciso terminar cuanto antes aquella peligrosa conversacion por lo que espoleó su caballo. «Pardiez! dijo entonces el montero, si yo fuera un señor de alto linaje, no se iria esta jóven sin pagar por rescate un beso en sus hermosos labios.»

No se necesitaba mas para escitar á su brutal amo. Agarrar las bridas de la hacanea y jurar que ni la dama ni el sacerdote darian un paso sin pagar el rescate que pedia; fué obra de un momento y se dispuso á tomar por fuerza tan indecente rescate.

Alix lanzó uh grito de terror.

El capellan quiso apearse para defender á su señorita; pero se enganchó un pié en el estribo y su agresor dió un latigazo al caballo que espantado partió á galope por el campo.

Durante algunos instantes se oyeron las quejas de Pedro Beaumetz; despues no se oyó mas que el galope del caballo y el ruido sords del cadáver que á cada momento chocaba contra las piedras y los árboles.

Alix se habia desmayado en los brazos del jóven que le comtemplaba con ojos centellantes, y ayudado por su montero , que iba con una horrorosa alegria, se la llevó.

Los vasallos de la señorita Alix que supieron su marcha repentina, quisieron ver otra vez á su buena ama, que tantas veces les habia socorrido en sus desgracias ; se reunieron para escoltarla como convenia á una dama noble y procuraron encontrarla antes que llegára al castillo de Cagnicourt.

Juzgad el dolor que los buenos vasallos sentirian al ver al capellan hecho pedazos en medio del camino!

Mientras que con el silencio del terror y la compasion contemplaban este horroroso espectáculo, oyeron gritos ahogados..... Era la voz de la señorita Alix.

Corrieron hácia el lado donde se sontian las voces. A la vista de esta muchedumbre, dos hombres montados á caballo huyeron, dejando maltratada y deshonrada á la pobre Alix de Villers-Outreaux.

En tanto que algunos vasallos perseguian á los culpables, otros se apresuraron á socorrer á la señorita Alix. Esta abrió los ojos, pronunció el nombre de la Santisima Vírjen, lanzó un suspiro, y entregó su alma.

—Venganza!.. sus! sus! matarlos! fueron los únicos gritos que se oyeron por todas partes. Unos corrian á tomar armas y otros se unian á los que perseguian á los asesinos. En el camino encontraron uno que no podia seguir porque se le habia aspeado el caballo. «Yo conozco, dijo, á esos que tan cobardemente han asesinado á vuestra ama y al capellan.»

—Sus nombres! sus nombres!.....

Matarlos! decian por todas partes.

—Es el jóven Simon de Cagnicourt y su infernal escudero Amalric.

—Matarlos!... matarlos!... Al castillo de Cagnicourt.

Estos gritos de venganza llegaron hasta los culpables, que, pálidos y muertos de pavor, huian ante unos pocos campesinos, que ya les habian alcanzado, y les cubrian de lodo, y les arrojaban piedras.

Al anochecer pudieron escaparse, y entraron en el castillo de Cagnicourt, donde al instante hicieron bajar y cerrar el puente levadizo y el rastrillo.

Sorprendido monseñor Guillermo por los gritos que sentia al rededor de su castillo, subió sobre la muralla, y se informó de donde venia el ruido.

Mucho tardó en saberlo, cuando vió dos cadáveres conducidos en unas parihuelas por varios campesinos y acompañados de antorchas.

Monseñor Guillermo, afligido de dolor mortal, hizo bajar el puente levadizo y con la cabeza descubierta, sin armas y pálido como un difunto adelantó entre las gentes de Villers-Outreaux. Todos se apartaron en silencio para abrirle paso.

Interrumpido por amargos sollozos dijo á duras penas, el desgraciado padre, estas palabras:

«Se ha cometido un gran crímen; yo lo castigaré, lo juro por mi fé de caballero! Si, se hará justicia ejemplar y satisfactoria! Id, buenas gentes, dejadme que les castigue.»

Monseñor Guillermo entró en su castillo y los campesinos de Villers-Outrcaux se fueron en procesion llevando los dos cadáveres y cantando oraciones por el descanso de sus almas. Ninguno dudaba de la promesa de Monseñor Guillermo; todos decian que castigaria á su hijo. Nunca habia mentido monseñor Guillermo y era tan severo para castigar los verdaderos crimenes como misericordioso para perdonar las faltas veniales.

Monseñor Guillermo entró en el castillo por la poterna, se retiró á la capilla y mandó que se presentara su hijo. Simon, para tener mas serenidad y por consejo de su montero, habia bebido una buena cantidad de vino.

Amalric le seguia y se escondió detrás de un pilar. Monseñor Guillermo, despues de un momento de silencio, estendió los brazos y dijo con voz solemne:

«Asesino y desleal, cobarde que no tienes valor mas que para matar sacerdotes y violentar mujeres, que huyes como un verdadero cobarde delante de un puñado de patanes; descalza tus espuelas de caballero, que te rasuren la cabeza y retírate á un convento de regla austera para que pases allí el resto de tus dias haciendo penitencia! Yo voy á hacer donacion de todos mis bienes á la abadia de Vaucelles para que dia y noche se reciten allí oraciones por la señorita Alix y su capellan..... Idos; os doy mi maldicion en este mundo y en el otro.

Simon, alentado por la embriaguez, adelantó hácia su padre y le dijo atrevidamente: «No hareis nada.»

Irritado el anciano por semejante desvergüenza, dió á Simon una bofetada en el rostro.

Fuera de si el jóven, sacó su puñal y dió á su padre una puñalada mal dirigida. Monseñor Guillermo cayó ligeramente herido.

Apenas habia caido al suelo cuando el montero Amalric se puso de un salto á su lado y de un hachazo le partió la cabeza.

Y apoyándose sobre su arma ensangrentada, preguntó á su amo: «Qué vamos á hacer ahora, señor de Cagnicourt?»

Simon creia agitarse en un horrible sueño.

«La noche está oscura, continuó

el montero: ninguno, escepto un centinela del cual yo me encargo, ha visto entrar á vuestro padre; arrojémoos á ese viejo en el foso esterior y mañana dirán qne los campesinos de Villers-Outreaux le han matado.

—Hagamos eso; si, hagamos eso,» dijo Simon con aire estúpido.

Amalric cargó sobre sus espaldas el cadáver, y Simon le siguió.

Franquearon el primer puente del cual Amalric habia hecho antes que se retirara el centinela, y cuando llegaron al abismo que habia bajo el segundo puente levadizo, hecharon el cadáver al agua.

Pero el cuerpo de monseñor Guillermo en vez de ir al fondo, quedó de pié y con los brazos estendidos, como si todavia maldijera á su hijo.

Simon quiso huir y se lanzó al puente, pero apenas lo habia franqueado cuando sin saber como se encontró de nuevo sobre el borde del fosoy delante del terrible cadáver.

Lo mismo le sucedió en las innumerables tentativas que hizo.

Cuando amaneció le encontraron pálido, los cabellos erizados y fijos sus feroces ojos en el cadáver de su padre, que seguia maldiciéndole.

Cuando vieron esta horrible maravilla huyeron todos los del castillo y permaneció desabitado mas de doscientos años.

Mucho tiempo despues de estos sucesos, y cuando casi se habian olvidado, el Sr. Santiago Le Baudion de Villers, heredero por sucesion de la castellania de Cagnicourt, quiso saber á que atenerse sobre las narraciones que se contaban del castillo abandonado y fué allí en compañia del prior de la abadia de Vaucelles.

Vieron muy claro en medio de un estanque, que se habia convertido en un pantano, el esqueleto de un hombre con los brazos estendidos.

Encima de la muralla habia otro esqueleto que parecia estar mirando al de abajo y en una actitud muy apurada.

El prior de Vaucelles recitó las oraciones por el descanso del alma de monseñor Guillermo de Cagnicourt. Despues roció los dos esqueletos con agua bendita.

Se convirtieron en polvo.

FIN DE SIMON EL MALDITO.

ARNALDO EL SIMPLE.

1072.

Ved como cuenta un viejo carmelita, en una historia de su convento, la leyenda de Arnaldo el Simple.

«Nobles señores y graciosas señoritas,

»Si ois alguna noche el triste gemido de alguna anciana que os pide un pedazo de pan y un rincon al lado de la chimenea á fin de no morirse de hambre y de frio, mandad á vuestros pajes, á vuestros criados bajen el puente levadizo. Si tardan mucho, obligarles con palabras, y si la ocasion lo requiere, abrid vosotros mismos la puerta de vuestro castillo.

»Mas todavia, id sin tardanza y abrir la puerta de vuestra habitacion, porque sino os podia suceder lo que sucedió al conde de Flandes, Arnaldo, conocido por el Simple.

«Oid, es una historia veridica y lamentable en la que se encuentra mucho bueno y nuevo para aprender Yo se la he oido contar á un hermano cuestor de la órden de carmelitas, el invierno último, época en que el hermano cuestor estaba mas á propósito para hablar que el doctor mas enropado de armiño.

»Ved como yo la he retenido en la memoria.

»Roberto, señor de Frise, á la muerte de su hermano monseñor Beaudin de Mons, conde de Flandes, tuvo que ser tutor de dos niños de este: monseñores Arnaldo y Beauduin, cosa que quiso impedir, Richilde, viuda del conde.

»Queriendo vengarse Roberto, á causa del agravio que la dicha señora le hizo, le persiguió y declaró una sangrienta guerra que puso el país de Flandes en confusion.

»Sin embargo de que era muy joven, Arnaldo el Simple, llamado así por la sencillez de su corazon y por la rectitud de su justicia, juró por Nuestra Señora, de tratar como merecia á monseñor Roberto el Frison, el cual, en vez de ser un buen tio, perseguia con la guerra á sus sobrinos.

»Al oir la proposicion del jóven, la señora Richilde se puso de rodillas bendiciendo á la Virgen y á los santos por haberle dado tal hijo, y fué á buscar la espada del difunto monseñor Beauduin de Mons, llorando amargamente.

»—Vete, le dijo, vete, querido hijo, que San Miguel te proteja y te bendiga, pues hoy me has dado una prueba tal que no espero otra mientras viva.»

«Para entonces, los señores que descendian del ducado de Flandes, al oir lo que acabamos de contar, acudieron de todas partes precipitadamente, con numerosos hombres

Universidad de Deusto
Biblioteca

el escudo en la silla y la lanza empuñada.

»Señores y vasallos cumplieron de tal modo que el desleal Frison perdió, en un mes, dos grandes batallas campales.

»Y se desanimaron los partidarios de Roberto mientras que entre los de Arnaldo todo era confianza y alegria.

»Nadie dudaba de la derrota de los Frisones casi espulsados del pais de Flandes.

»Y una tarde, Arnaldo conferenciaba con sus principales vasallos, preguntando á los mas sabios que convendria hacer con su tio Roberto, el cual sin duda se encontraria al dia siguiente en su poder, cuando una anciana se puso a llorar en la puerta de la tienda pidiendo un pedazo de pan para no morirse de hambre.

»En vez de compadecerse, Arnaldo ocupado en los asuntos de la guerra y la victoria, la maltrató, y al ver que ni se marchaba ni callaba, le pegó encolerizado con el plano de su espada.

»Y cayó la anciana á los piés del jóven señor diciendo estas palabras:

«—Sin descendencia, sin ducado, sin vida,» y murió.

«Al dia siguiente monseñor Beauduin el Frison, de pié en medio del campo de batalla, decia á los suyos: Mandareis hacer en la abadia de San Bertin, en San Omer, una magnífica sepultura para mi sobrino Arnaldo. Quiero que se haga una estatua de marmol con una espada en la mano, porque era un valiente caballero. Por milagro de Dios le he vencido, pero no ha sido milagro el que haya muerto en este dia atravesado de un golpe de lanza, porque siempre se encontraba en medio de la refriega.

»Yo soy ahora el conde de Flandes porque no queda mas que mi otro sobrino Beauduin y de este no tengo miedo; dentro de cuatro semanas el cambiará su corona de conde por una corona de fraile.

»Sucedió lo que monseñor Roberto el Frison habia dicho:

»Quién y que es la mujer que ha causado la pérdida de monseñor Arnaldo el Simple, era bruja? santa disfrazada con aquella miserable apariencia? ó real y verdaderamente una pobre mujer en la última miseria?

«Nadie lo sabe, nadie lo sabrá, pero es preciso sacar de esta verídica historia esta sentencia; que á los pobres y á los hermanos cuestores no se les debe tratar con dureza, ni mandarles sin limosna. Porque pueden llegar grandes males, sin contar con que se contradice los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo, que mandan dar de comer á los que tienen hambre, y de beber á los que tienen sed.»

FIN DE ARNALDO EL SIMPLE.

EL RELOJ DEL PASTOR.

1052.

Recuerdo que cuando era niño tenia de niñera una jóven flamenca. Tréa, era muy risueña, tenia dos hermosos ojos azules, unos dientes muy blancos y unas mejillas frescas y de color de rosa. Cuando Trea se ponia los vestidos del dia de fiesta, daba gusto verla, tan limpia, con sus pendientes largos, sus brazos desnudos segun la costumbre de Flandes, su grueso talle dibujado por un corsé muy estrecho cuyo color rojo resaltaba sobre el zagalejo de lana azul con rayas blancas. Los domingos ponia toda su atencion en el calzado, tenia un pie pequeñito. Todos preguntaban al pasar: « Quién es esa graciosa criatura que lleva de la mano un niño?»

Y yo con el amor propio de un niño de seis años, me alegraba y estaba orgulloso porque llamaba la atencion mi criada. Los dias que nos paseábamos juntos eran para mi dias de fiesta, que deseaba y esperaba con impaciencia.

Los domingos, despues de paseo ibamos á casa de una anciana ciega, madre de un tímido muchacho que le queria entrañablemente. Cuando llegábamos habia siempre dos abrazos para Trea y para mi algunas golosinas. Me parece que estoy viendo á Trea y al hijo de la viejecita ir á sentarse lejos, cerca de la ventana tan cerquita el uno del otro que se tocaban las dos sillas. Alli hablaban mucho en voz baja, formando innumerables proyectos, proyectos felices como los que se sueña cuando uno es jóven y que sólo se respira alrededor satisfaccion, confianza, haciendo ver la imaginacion un porvenir lleno de visiones puras y deliciosas.

Mientras tanto, la cieguecita me contaba alguna historia. Toda la vida me acordaré de su encanecido pelo cubierto con un pañuelo blanco, de sus ojos tiernos é inmóviles, de sus facciones que demostraban honradez, de sus flacos brazos que salian por debajo de un pañuelo encarnado. Ella me contaba apariciones maravillosas, leyendas fantásticas, aventuras infernales; tiernas tradiciones. Cuando llegaba á una situacion dramática, enderezaba su encorvado cuerpo, su voz seca tomaba una acentuacion mas fuerte y sus dos largas y descarnadas manos caian con fuerza sobre sus rodillas. Yo, sentado delante de ella en un banquito le escuchaba inmóvil, conteniendo respiracion con la mirada fija y abrasándome los carrillos. Cuando concluia el cuento, me ponia de mal humor y hubiera dado todo el oro del mundo porque continuára. Entre las curiosas leyendas que me contaba la que más impresion me hizo fué la del *reloj del pastor*.

«Hijo mio, me decia la buena anciana, habia en Cambray una iglesia como no harán hoy otra. Nunca se ha visto cosa mas hermosa. Se la

Universidad de Deusto
Biblioteca

hubiera examinado durante un año y aun se hubiera encontrado muchas cosas nuevas. Pero lo que mas valia, lo que mas llamaba la atencion á todo el mundo era el reloj, el reloj que tantas veces he mirado cuando era de tu edad, cuando iba á la escuela con el cestito bajo el brazo, cuando yo tenia Ah! dos buenos ojos.

« Este reloj era mas alto, mucho mas alto que este cuarto. Representaba una iglesia con su magnífica fachada y una airosa torre. Coronaba la torre un angel que, al dar la hora, llevaba la trompeta á la boca y tocaba una sonata. Entonces el angel Gabriel, que estaba colocado á la izquierda del reloj, meneaba un ramo de azucenas, como si dijera *Ave-María* á la Vírgen que estaba colocada á la derecha. La Vírgen se arrodillaba en su reclinatorio, unia las manos y movia la cabeza como si respondiese: *Que se cumpla la voluntad de Dios!*

«Se abrian enseguida las puertas de dos urnas donde se veian dos cabezas de muerto, y despues un libro cuyas hojas se volvian solas para que se pudieran leer pensamientos cristianos, Se oia un lastimoso repique de campanas y se veia pasar, por una galería, toda la pasion del Redentor, desde el momento en que le vendió Judas hasta que Jesus inclinando la cabeza entregó su alma á Dios.

«El angel tocaba otra vez la trompeta y todo desaparecia, quedaba inmóvil y silencioso.

«No es verdad, hijo mio, que todo era digno de verse y que te hubieras alegrado haberlo visto?

«Ahora voy á contarte cuando recibió la iglesia de Nuestra Señora de Cambray tan magnífico regalo.

«Hace mucho tiempo, un príncipe vino á poner sitio á Cambray; pero apesar de su numeroso ejército, de las grandes torres de madera, desde donde arrojaban piedras enormes, flechas, teas inflamadas, no pudo hacer nada. Una nube milagrosa se estendió alrededor de la plaza formando una nueva muralla; Nuestra Señora y los ángeles aparecieron en medio de la nube y rechazaban las piedras, las flechas y las teas encendidas que caian en medio de los sitiadores causándoles grandes pérdidas. El príncipe, furioso al ver la milagrosa proteccion, blasfemó cobardemente de la Santa patrona de Cambray. El príncipe recibió un tremendo castigo; quedó ciego. Entonces se humilló, hizo levantar el sitio, y ofreció á la iglesia de Nuestra Señora de la Gracia, darle si le devolvia la vista una corona de oro dentro de la cual pudiera galopar á su gusto su caballo.

«La Vírgen aceptó su arrepentimiento, le devolvió la vista, y con un cirio amarillo fué el príncipe á la iglesia á hacer penitencia. Tu comprenderás su alegría! No se desesperaria cualquiera si, como yo, no viera mas que oscuridad? No ver mas el hermoso azul del cielo, las nubes que vuelan como los pájaros, los verdes árboles, las pintadas flores! No atreverse á dar un paso sin miedo de tropezar, estar sentada todo el dia..... y además no poder ver á mis hijos!..... Noche, siempre de noche! Oh!.. desgraciado del que se encuentre ciego!

«El príncipe, transportado de alegría, dijo en voz alta que quisiera ofrecer á la iglesia otro regalo que fuera tan raro como rico, era el primero..... Cuando concluyó salió de entre la gente un pastor romano que dijo:

—«Yo lo haré. Dadme mil escudos de oro y catorce años de plazo y haré un reloj del cual se hablará en todo el mundo como se habla de las siete maravillas del universo. Lo juro por la salvacion de mi alma! Le llamarán la maravilla de Cambray.»

«Le pagó los mil escudos: trabajó

los catorce años dia y noche; hizo el magnífico reloj que os he descrito, y fué á encontrar al Gobernador, al cual le dijo:

«Voy á unirme en mi pais á mi pobre madre, que hace catorce años que no la he abrazado. Llevo dentro de este baston las mil monedas recibidas como salario. Dios y la Virgen sean alabados. Si el ángel de la Guarda me proteje en el camino, llevaré á mi buena madre lo suficiente para no tener miedo á la miseria.»

«El Gobernador de aquella época no era un buen cristiano, y pensó: — Si el pastor se marcha á otro pais, puede fabricar allí otro reloj que sea mejor que este, y entonces pierde el mérito el nuestro, y los peregrinos no vendrán porque no será el único sitio en donde puedan admirar un milagro del arte. Y quiso que el pastor quedase en Cambray, pero á cada promesa seductora respondia el jóven:

—Todo eso no vale tanto como mi madre.

—La haremos venir aquí, dijo el gobernador.

—Oh! no, respondió el pastor, moriria bajo este cielo húmedo y frío. Mi madre vive en la gran Roma; y aun cuando ella pudiera soportar la fatiga de un viaje tan largo, querria dejar la ciudad eterna, donde cada dia que encuentra al Papa le vale una indulgencia?»

«Entonces el gobernador quiso encarcelar al pastor como hechicero y hereje; pero tuvo miedo de que se indignasen los cambrayeses al ver semejante atentado.

»Se contentó con hacer que unos cuantos hombres desalmados esperaran al pastor en las afueras de la poblacion.... El pastor se defendió con mucho valor y no pudieron más que quitarle el baston donde llevaba encerrados los mil escudos de oro.

«Vuelvo á ser pobre, gritó despues de haberse escapado de los bandidos, pero me quedan los ojos y los dedos y con ellos sabré ganar por segunda vez otras mil monedas de oro.»

«El mal Gobernador, que supo lo que habia dicho el pastor, tomó una resolucion que solo pudo inspirarle el diablo. Mandó prender al pastor y le hizo quemar los ojos con un hierro encendido y cortarle los dedos de las dos manos.

«El pobre jóven murió muchos años despues en Cambray mendigando y no vió mas ni la ciudad santa ni á su madre.»

Concluido el cuento me llamó la atencion la conversacion de despedida de Trea y su amante.

La jóven se levantó, me cogió de la mano y fuimos á casa. Durante toda la noche oia en sueños la voz del viejo pastor que lloraba llamando á su madre y cuando me desperté á la mañana me pareció ver su sombra pálida que se apartaba de mi cama.

Anuque la leyenda hace remontar su origen al siglo XI, el reloj origen de esta leyenda se empezó á construir en 1338, siendo obispo Guy de Colleméde; se concluyó en 1397. Pedro y Ailly lo perfeccionó hácia mil cuatrocientos, y se restauró en 1542 y en 1602. Y últimamente se renovó casi todo el mecanismo en 1765.

El cuadrante indicaba los dias de la semana, la sucesion de los meses, los signos del zodiaco, las fases de la luna y los diversos aspectos del sol.

FIN DEL RELOJ DEL PASTOR.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA CENA DEL ARRENDATARIO.

1217.

Si se abre repentinamente vuestra puerta y sin que al parecer entre nadie en la habitacion, no os descuideis de decir en tono de burla «Adelante, sin cumplimientos, que seais bien venido.»

Tened cuidado, porque os sucederá lo que le sucedió al arrendatario Eustaquio Gosselin de Elincourt, el cual habia convidado á un gran festin á dos amigos.

Les habia invitado para que se sentaran á la mesa antes del mediodia, y repicaban á vísperas sin que ninguno de los dos hubiera acudido á la cita.

Eustaquio se paseaba en la sala, miraba por la ventana, renegaba porque no veia venir á nadie, se ponia otra vez en la ventana y miraba de nuevo.

Por fin juró como ningun cristiano se atreveria á hacerlo, juró que obligaria á sentarse con él en la mesa al primero que vendria, aun cuando fuera un verdadero diablo del infierno.

Se abre de par en par la puerta y no se veia á nadie que quisiera entrar.

Eustaquio Gosselin, que ya habia olvidado sus malos pensamientos, dijo creyendo que era alguno de sus amigos: «Entrad, y sereis bien hospedado, aunque, á la verdad, os habeis hecho esperar mas de lo permitido.»

Al oir estas palabras entraron tres desconocidos con jubon, calzones, botas y hasta el sombrero y penacho negros; hicieron muchas reverencias, aunque segun Eustaquio Gosselin, apenas podian contener la risa.

El arrendatario les hubiera querido enseñar á no burlarse de nadie en su propia casa, pero cuando incomodado iba á hablar, miró á los desconocidos, y sin saber por qué, le entró tal miedo que no pudo decir ni una palabra.

Los convidados rodearon la mesa, y sin decir una palabra, cogieron las sillas y se sirvieron entre ellos de los diferentes manjares que habia.

A ninguno he visto comer como lo hicieron los desconocidos.

Eustaquio Gosselin no sintió ningun ruido mientras duró la comida.

Cuando hubieron concluido se miraron unos á otros de una manera siniestra, y el arrendatario siempre inmóvil de terror no se atrevió á moverse ni á pedir socorro.

Nadie ha entrado desde este dia en la habitacion del arrendatario Gosselin, porque durante la noche aparecia en todas las ventanas de la casa una claridad rojiza, y en medio de esta claridad se veian sombras negras que parecia tenian en las manos platos llenos de viandas y los pasaban de una mano á otra con la lijereza y emocion de criados que estan sirviendo un gran festin.

Se oian carcajadas y horribles conversaciones. Un pastor viejo que lleno de agua bendita y reliquias dicen se aventuró á acercarse á la casa, vió al arrendatario Gosselin sentado, inmóvil y mirando la cena de los demonios.

Hacia muchos años que la casa de Eustaquio Gosselin se hallaba arruinada, y nadie queria entrar, apenas se atrevian á labrar los alrededores, por lo que aquellas ruinas se encontraban aisladas en medio de un gran campo.

Ya no existe nada; pero en ciertas épocas, los viajeros que se atreven á pasar por allí por la noche, ven todavia la claridad del infernal festin y oyen las risas de los terribles convidados.

Estad, pues, como buenos cristianos, siempre prevenidos contra las emboscadas del demonio; acordaos siempre de esta máxima.

«Si vuestra puerta se abre repentinamente y sin que aparezca nadie que quiera entrar, no os descuideis en decir en tono de burla: «Entrad, sin cumplimiento, que seais bienvenido.»

Tened mucho cuidado, porque os sucederá lo que sucedió al arrendatario Gosselin.

Fin de LA CENA DEL ARRENDATARIO.

LA JUSTICIA DEL PRÍNCIPE BEAUDOIN.

1113.

En los primeros años del siglo XII, bajo el episcopado de Wilbald, un gran número de flamencos ricos abandonaron el pais desolado por las lluvias, continuas á las que siguieron tres desbordamientos de la mar, el hambre y la peste. Además Flandes estaba infestado por partidas de bandidos que animaban el abandono en que se encontraba el condado, y la ausencia de Roberto II, apellidado el *Hierosolimitano*, porque sus votos de cruzada le detenian en tierra santa hacia muchos años. Todos los emigrados flamencos se refugiaron en Inglaterra, donde Enrique primero les dió una gran estension de terreno en medio de la parte oriental de su reino; llevando de este modo á su reino los estrangeros ricos que estaban mas adelantados que sus vasallos en las artes y en la

industria.

Esta miseria hacia tres años que existia en Flandes, cuando Roberto, de vuelta á Europa murió delante de Mantes, batiéndose por Luis el gordo, y dejó el condado de Flandes á su hijo Beaudoin VII.

El dia que Beaudoin supo la muerte de su padre se presentó, segun es costumbre, ceñida la corona de conde delante de sus vasallos y desde el alto de la *Bretéque* recibió los homenajes del pueblo.

Su mirada era severa, su postura grave, y la mano apoyada sobre el hacha.

Con voz clara dijo: Oid bien y no olvidar lo que voy á decir, desde hoy establezco y sostengo la PAZ COMUN Y SEÑORIAL.

«Yo la decreto y la hago publicar en mis ostados generales, y desde esta hora quiero que empiece á regir.

«Y si alguno me replica, dijo cogiendo su hacha que hizo relucir al sol, y al bajar hizo un ruido sordo sobre el mármol del balcon, desgraciado de él!»

Entonces un heraldo leyó la *Paz comun*.

1.° Que nadie entre á la fuerza en casa de otro durante la noche, bajo pena de muerte.

2.° Que nadie dé fuego ni amenace hacerlo, bajo pena de muerte.

3.° Que nadie lleve armas, escepto los bailes, los guardias de cuerpo y otros oficiales del príncipe, bajo pena de muerte.

4.° Que el autor de un asesinato ó de heridas justifique que se encontró en necesidad de defenderse, segun la regla de la justicia y lo pruebe por el duelo, por la prueba del agua, del fuego ó del hierro, bajo pena de muerte.

5.° Que los bailes y demas oficiales hagan justicia, bajo pena de ser castigados con la muerte.

6.° Que no imgongan multas escesivas, bajo pena de ser castigados con la muerte.

Y el conde Beaudoin tomó su hacha, la blandió y repitió:

«Si alguno me contradice, desgraciado de él!»

Al dia siguiente, despues de la misa, el conde Beaudoin volvió á subir á la *Bretéque*, seguido de una numerosa comitiva. El verdugo y sus ayudantes con las mangas remangadas llegaron al mismo tiempo y un heraldo dijo.

«El que quiera requerir justicia de monseñor el conde de Flandes; puede adelantarse y hablar sin temor.»

Una pobre anciana, haraposa y toda acardenalada, levantó las manos y con voz débil y temblorosa dijo:

«Yo requiero la justicia de monseñor.»

La muchedumbre le hizo sitio para que pasára.

«Monseñor, dijo la anciana, yo soy una pobre viuda que alimento tres huérfanos; su padre murio en Palestina, en el servicio de Dios y de vuestro señor padre. Mi única fortuna consistia en una choza y dos vacas. El caballero Pedro de Urscamp que está ahi. pasó ayer por delante de mi morada, hizo cojer una de mis vacas para sus soldados, y como yo le amenazase con que me hariais justicia, hizo demoler mi choza y me pegó poniéndome en el estado en que estoy.

— Verdugo, preguutó Beaudoin, la caldera de aceite hirviendo está preparada?

—Monseñor, respondió el ejecutor de la justicia, es necesario esperar algunos minutos para que esté en buen estado.

El conde con un movimiento de cabeza, mandó al heraldo que llamára una causa nueva, y la anciana se retiró, triste y arrepentida de su imprudente queja pues no le habia hecho Beaudoin justicia y la esponia á la vergüenza del poderoso Pedro de Urscamp.

Este último se sonreia con aire de triunfo y de desden mientras que un murmullo sordo de descontento corria entre la muchedumbre, y todos decian: «vé V.? el conde le perdona porque es un señor.»

Baudoin, sin descuidarse de los ruidos, escuchaba á dos que se quejaban y conciliaba sus diferencias imponiéndoles muchas concesiones.

Cuando les hubo despachado preguntó:

«Verdugo, está pronta la caldera de aceite hirviendo?

—Todavia no, monseñor.»

Aparecieron otros dos litigantes, fueron oidos, conciliados y despachados. Despues el conde hizo por la tercera vez esta pregunta:

Verdugo, está pronta la caldera de aceite hirviendo?

—Si, monseñor.

—Señor Pedro de Orscamp, adelantad.»

Al oir estas palabras salió el desgraciado pálido y sin fuerza, del grupo de señores en donde estaba. Baudoin, con una doble señal hecha con el dedo, señaló al verdugo, al caballero Pedro de Orscamp y la caldera.

El verdugo sorprendido, titubeó:

Baudoin puso la mano sobre su hacha, y arrojó una mirada de muerte sobre el verdugo.

Este, cojiendo al caballero, le arrojó segun estaba dentro de la caldera de aceite hirviendo.

El pueblo aplaudió y dijo:

«Viva Baudoin *Hapkman!*

—Si, respondió el conde: Roberto Hapkman acepto ese sobrenombre y haré por merecerlo.»

Dos años despues, Flandes, desembarazada de los ladrones que la infestaban y gobernada con una justicia recta y severa, llegó á ser poderosa, rica y dichosa. Los comerciantes estrangeros acudian seguros de encontrar proteccion y por medio de cambios establecieron en aquel pais, poco antes tan pobre, un comercio floreciente. Los labradores, seguros de poder cojer sus cosechas y de que no les robaran los frutos, esplotaban con actividad un suelo fecundo.

El pueblo llegó á llamar á Baudoin: *El buen señor del hacha.*

Pero si el pueblo estaba contento con aquel estado de cosas, no sucedia lo mismo entre los grandes vasallos del condado, reprimidos en sus rapiñas. Por esto formaron varias conspiraciones contra Baudoin.

Una de estas conspiraciones falló su buen éxito: en un gran festin que daba este príncipe, el dia de la Natividad de la Vírgen, patrona de Flandes, veintidos conjurados se arrojaron sobre Baudoin, que gracias á la pequeña hacha que constantemente llevaba en la cintura y á un jarron de plata que le sirvió de escudo, se defendió de los asesinos hasta que llegaron sus soldados; estos encontraron despedazados á los conspiradores, solo uno se habia salvado. Este era Roberto de Flequieres, sobrino del conde.

Roberto de Flequieres, aunque muy jóven, era un atrevido, libertino, gran bebedor y uno de los que mas se habian incomodado por la recta justicia que Baudoin habia establecido en Flandes. Habia sido uno de los primeros en fomentar las conspiraciones, y hacia mucho tiempo que odiaba á Baudoin mortalmente.

«Ahora, dijo Baudoin limpianda su hacha ensangrentada y llamando á su copero, para que le llenara de vino la larga copa que tambien le habia servido de escudo, levantad esos cadáveres, lavar esas mesas, quitar esa sangre y que vuelva á empezar el festin.»

Sus órdenes fueron inmediatamente cumplidas.

«Venid acá mi buen sobrino Roberto. Aquí al lado mio. Os habeis cansado y desearéis beber una copa.

—Teneis buen vino! respondió Roberto por echar una fanfarronada.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Bien! Voy á daros todo el tonel. Copero, subir ahora mismo el tonel de malvasia que está en la bodega.»

Obedeció.

«Este tonel es vuestro, Roberto: os lo he prometido y lo tendreis.

«Porque será vuestra ataud.

«Llenad ahí la copa. Agotadlo atrevidamente.

Cuando esteis ébrio, el verdugo os entrará en él. De este modo morireis dentro de un buen amigo.—Has que venga el verdugo.»

Roberto quiso pedir perdon; pero al levantar los ojos sobre Baudoin que le presentaba una copa llena, encontró la mirada inexorable de su juez. Tomó la copa y bebió todo el contenido,

Pero no pudo embriagarse.

Vació la segunda copa, la tercera, y otras muchas esforzándose por librarse del suplicio lento é irrisorio. Pero no podia embriagarse; permanecia sereno, el corazon apretado, el pecho ardiendo, y los labios secos.

«Vuestra hacha, gritó dirijiéndose al conde, vuestra hacha, por piedad!»

El inexhorable Baudoin le enseñó la copa que el mismo acababa de llenar.

Esto duró hasta que concluyó el dia.

Baudoin, fatigado de este juego cruel, hizo una seña.

El verdugo cogió á Roberto y le arrojó en el inmenso tonel.

Y el conde Baudoin se fué á acostar y dormir pacíficamente.

El siguiente pasaje de la *Historia de los condes de Flandes*. edicion 1620, dice de Baudoin lo siguiente:

«Despues de la muerte de su padre Roberto el Frison, y habiendo encontrado á Flandes infectado por los ladrones, cuyo número habia aumentado durante el viaje que hizo Roberto á Tierra Santa, Beaudoin se propuso librar al pais de tan perjudicial canalla; y como les castigaba con mucho rigor, le pusieron por sobrenombre *El Hacha*, en flamenco Hapkman, instrumento que servia á los ejecutores de la justicia para decapitar á los culpables; por eso le pintaban con un hacha pequeña en la mano, é hizo él que la pusieran en medio de sus armas.

»Baudoin tuvo mucho cuidado en apaciguar los altercados que se producian entre los nobles, y castigaba con rigor á los que abusaban de su poder para oprimir al pueblo. Empezó su reinado estableciendo la paz y la tranquilidad pública, que vulgarmente llamaban la *paz comun y señorial*, por que él la habia concedido y hecho publicar despues de prestado juramento y de hacerla jurar á los señores y al pueblo de que la guardarian inviolablemente.

»Era tan exacto para hacer cumplir sus órdenes como para publicarlas, y dió pruebas convincentes en la ejecucion que de varios Gentil-hombres hizo en la sala de justicia de Vinendale por haber robado á unos comerciantes extranjeros.

»Recorria á menudo las ciudades y aldeas de Flandes para hacer él mismo justicia sin excepcion de rico ni pobre; tenia gran cuidado en elegir jueces honrados é ilustrados, y los castigaba con mucha severidad cuando estaban convictos de haberse dejado sobornar. Decia que el príncipe que tiene cuidado en juzgar él mismo á sus súbditos tenia muchas ventajas, porque aprendia las leyes de un estado y se acostumbraba á ser justo en sus acciones. Que el príncipe conocia mejor á sus vasallos y que estos conocian al príncipe. Además que como á él le gustaba que sus súbditos le sirvieran ellos mismos sin poner á otros en su lugar, él tambien debia entender en sus asuntos lo más que pudiera, sin dejarlo á cargo de lugar-tenientes y subdelegados.

»Luis el gordo, rey de Francia, habiendo sido abandonado por casi todos los vasallos á causa de los artificios del rey Enrique de Inglaterra, que habia llevado hácia sí la mayor parte de los señores franceses, no tuvo mas que Baudoin, que abrazó su causa con calor.

»Llevó poderosos socorros y murió batiéndose delante de Rousselard en Normandía, herido de un golpe en la cabeza.

»En la abadía de San Bertin, en San Omez, en la capilla de la Santa Cruz, se vé su sepultura de mármol donde fué enterrado con hábito de la órden de San Benito, con el que se hizo vestir poco ántes de su muerte. Su piedad hácia Dios, su celo por el bien de su patria, el amor que tenia á sus súbditos, y la justicia que hacia á todos, han hecho que pasase su nombre á la posteridad.»

[Fin de LA JUSTICIA DEL PRINCIPE BAUDOIN.

LA FIESTA DE CABRON SAN NARTIN.

1140.

Aun cuando viviera mas de cien años, siempre me acordaré, como hoy, de la boda de Juan Saveux.

Yo salí muy de mañana de mi aldea, porque tenia que atravesar el bosque de Hesdin, pues mi tio me habia recomendado fuera á buscar á nuestro viejo compadre el pastor Nicolás Meuron, que tambien estaba invitado a la boda.

El pastor rehusó obstinadamente en acompañarme, diciendo que á él no le verán en aquellos esponsales aun cuando le pagaran cien doblas; pero nunca quiso decirme el moti- [illegible] eparado de su casa, como cuatro *Ave*, cuando corrió á mi lado para entregarme una botella pequeña, recomendándome lo menos veinte veces que no me separara de ella ni tampoco un minuto miéntras estuviera en Cavron-San-Martin, en casa de Juan Saveux.

Segun el decia, esta botella debia librarme de las emboscadas del mal espíritu, que no dejaria de hacer de las suyas.

Pardiez! que el pastor me habia dicho la verdad, como se verá por la continuacion de esta historia.

Yo no conocia al futuro de mi prima Margarita, y en cuanto le vi, me puse triste al ver que tomaba

por mujer una chica tan guapa. Era éste, debo confesarlo, un guapo chico; en sus ojos hundidos, bajo sus terribles cejas y su cara descolorida, habia algo que hacia daño á la vista.

En el lugar apenas le querian porque estaba orgulloso de su riqueza y nunca iba á reunirse con los demás en la taberna: habia semanas enteras que pasaba sin hablar con nadie. Esto dió lugar á muchos comentarios. Unos le creian perseguido por la fatalidad, y otros, al contrario, le tenian por un hechicero. Tanto era así, que apesar de los cuartos y de la hermosa quinta con tres granjas que llevaba en dote, habia muchos que afeaban á mi prima Margarita porque hacia aquel casamiento, y decian: «Margarita se casa con Juan Saveux: vaya que harán buenos casados!

Empezó la boda y todo fué bien hasta la hora del baile. Pues sucedió que el músico de Hesdin, el chistoso Matias Wilmart no fué avisado. Todos se lamentaban de este contratiempo, cuando se anunció al novio que queria hablarle un desconocido.

Juan Saveux, que hablaba y jugaba con su mujer con un humor tan bueno como nunca se le habia conocido, se levantó maldiciendo contra el importuno que venia tan á deshora..... Pero en cuanto vió al desconocido que en vez de esperar se tomó él mismo el permiso de entrar, se puso tan pálido como un difunto y faltó poco para que cayera al suelo.

«Espero que seré bienvenido? preguntó con frialdad el desconocido al novio.

—Teneis derecho para serlo, respondió Juan Saveux; pero la palidez de su cara y el temblor de su cuerpo, desmentian el buen recibimiento que se esforzaba en hacer al recien llegado.

Este no hizo caso. Se sentó con alegria en la mesa, lleno de cerveza un cuerno tan grande como una bota, y lo vació de un trago. Despues le sirvió un jamon y no dejó mas que los huesos, comió enseguida una infinidad de *tartas* muy grandes y bebió como era consiguiente. Jamás se habia visto sed tan grande ni tan voraz apetito.

Los convidados á la boda guardaban el mismo silencio que si estuvieran en una comida de entierro. El desconocido, que estaba á su gusto, y que la inquietud que á su llegada habia dado á todos le tenia sin cuidado, cruzó con mucho trabajo las piernas y desabrochando su jubon, que parecia le incomodaba para hacer la digestion, volvió la cabeza y vió á Juan Saveux de pie y mas pálido que nunca.

Eh! eh! camarada, le dijo con mucha familiaridad, todavia no me has enseñado tu mujer. Tendrás celos de mi? Vientre azul! En mis tiempos he sido tan gallardo como cualquier otro, he hecho pecar á mas de una jóven; pero, otros tiempos, otros gustos. Ya lo sabes: ahora, Juan Saveux, no son las chicas las que cojo en mis redes, no es verdad.

Juan Saveux tomó, contra toda su voluntad, la mano de Margarita, y la condujo delante del desconocido.

«Graciosa criatura! Has tenido buen gusto, Juan, escelente gusto. Por mi fé que es una desgracia que esta noche... por que es esta noche, añadió en voz baja y casi al oido de Juan, que temblaba horriblemente.

—Pero qué es esto? continuó el desconocido, sin hacer caso de la desesperacion del novio. Ved una boda singular; ni tan siquiera un violin.»

Alguno se atrevió á decirle que se habian olvidado de avisar á Matias Wilmart, apesar de que aun cuando se le hubiera avisado estaba lloviendo desde el mediodia y estarian impracticables los caminos de marga que circundan á Cavron-San-Martin.

«Voto á!..... Si por eso dejais de bailar, dijo el desconocido, yo tengo un violin, y sin que me precie de gran músico, espero que no echareis de menos á Matias Wilmart; vosotros me alabareis bien pronto.»

Salió y volvió con un violin. Esto me sorprendió, pues por casualidad le habia visto cuando tocó la puerta, y juraria por la parte que me corresponde en el paraiso, que no tenia violin ni en las manos ni debajo del brazo. Tampoco podia traer el instrumento en el zurron, porque no le traia.

Sea como quiera, el desconocido colocó una silla encima de una mesa, saltó sobre ella y empezó á tocar el violin como si esta hubiera sido su ocupacion durante su vida. Sin dificultad le hubieran tomado por un verdadero violinista de aldea, porque era un hombre pequeño y grueso, de cara alegre y burlona; llevaba el compás con los pies, gritaba y se agitaba y bebia como Matias Wilmart.

Todos ocuparon sus puestos, escepto el nóvio, que pensativo y taciturno estaba en un rincon y hasta queria impedir el que bailase su mujer.

El violinista lo notó:

«Qué significa esa conducta, Juan Saveux? preguntó con una risa burlona. Hoy es el dia mas hermoso de tu vida, y estas ahí como un buho! Vamos! alégrate, camarada, á tu sitio!»

Pero esta vez, Juan Saveux no quiso obedecer. El desconocido bajó de la mesa de un salto y colocó la mano sobre el pertinaz. De repente se apoderó de Juan un frenético transporte de alegría, y empezó á hablar, á saltar y á reir, pero todo de una manera tan siniestra, que mas le hubieran tomado por un endemoniado que por un hombre que dentro de media hora debia estar cara á cara de una esposa encantadora.

Y si he de decir la verdad, la música que tocaba el desconocido producia una alegria dolorosa que no he esperimentado hasta entonces. Yo sentia mientras el baile mil pensamientos singulares y culpables; estaba como borracho ó como poseido de un mal sueño. Además, el aire que se respiraba en la sala era pesado y ardiente, y de todas partes salia un olor fuerte, desagradable y sofocante como el que produce un hierro encendido que se introduce en agua.

Sonaron las doce: el desconocido colocó entonces el violin debajo del brazo, bajó de la silla, y acercándose á Juan le dijo:

—Ahora!

—Una noche! nada mas que una noche, suplicó Juan, cuyos miembros temblaban de una manera espantosa.

—No, respondió el desconocido.

—Al menos concédeme una hora! una hora!.....

—No, contestó una voz sorda é implacable.

—Un cuarto de hora! volvió á suplicar Juan de una manera lastimosa.

—No..... Me compadezco, dijo el desconocido, despues que gozó un momento en la desesperacion de Juan Saveux; que tu mujer firme esto y te concedo ocho dias.

Juan tomó de manos del desconocido un rollo de pergamino rojo con letras de oro..... pero lo arrojó horrorizado.

—Entonces voy á retirarme, y tu me acompañarás.

El hombrecito saludó á todos con mucha finura, y pasando amigablemente su brazo por la espalda de Juan Saveux:

—Adios, dijo á la novia, no os incomodeis conmigo por que me lleve á vuestro amante; no tardareis en volverle á ver.

No le vió hasta el dia siguiente; era un cadáver herido por el rayo. Así le encontraron despues de buscarle mucho, muerto al pie de un roble del bosque de Hesdin.

Cuando le llevaron á la iglesia, los cirios benditos se apagaron todos á una, y me han contado que la sepultura en donde entraron el ataud se encontró vacía al otro dia.

FIN.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

LÉHLOH.

TRADICION VASCONGADA,

POR

D. JUAN VENANCIO ARAQUISTAIN.(1)

¿Quién es aquel que entre las sombras de la noche, con la mirada triste y pálida la mejilla se encuentra sobre la desolada cumbre de Olearzo, envuelto entre los negros nubarrones que ruedan en torno suyo?

Como el robusto encino que rendido por el embate de la borrasca, arrastra lacio y desmayado por el suelo su espléndido ramaje, así él; sentado sobre un peñasco, dobla sobre la mano su frente cargada de tormenta!

¿Mas quién es?

¿Será acaso la sombra del gran Aitor, del venerando padre de la raza euskalduna, de ese indomable pueblo destinado á llevar al través de los espacios y los siglos á las razas que aun existen, su espíritu, su idioma, y su sangre?

¿Será tal vez el génio enemigo de Cantábria, que contempla con despecho la venturosa paz que reina en sus hogares, tras largos años de luchas y de horrores?

¡Más no. Aquel no es un Génio, ni tampoco una sombra!

Los espíritus no suspiran de ese modo, ni murmuran palabras de fuego como las que abrasan los secos lábios del desdichado guerrero!

¡Tampoco es la sombra de Aitor! gemir de dolor se agita radiante de contento, cuando ve como ahora á pues esa gloriosa sombra, en vez de los hijos de su raza, volver á las montañas entre cánticos de victoria,

---

(1) Léhloh. Hé aquí lo que dice M. Michel en su obra, *Le Pays Basque*, acerca de esta tradicion, examinando el canto de Lekovide.» La primera estrofa que parece estraña al resto del canto se refiere segun «M. Jauriel» á una antiquísima historia vascongada de una gran analogía con la de Agamemnon. Hubo segun esta tradicion un Jefe muy valiente y sobremanera querido, que se llamaba Léhloh. Habiéndose visto obligado este Jefe á ausentarse á país extrangero para una espedicion guerrera, un jóven llamado Zarah se aprovechó de esa ausencia para seducir á su esposa Tota. Habiendo sin embargo vuelto Lehloh á su país terminada la espedicion, los dos amantes concertaron matarle para deshacerse de él, y en efecto le mataron. Descubierto el crimen causó una inmensa sensacion y reuniéndose la Asamblea del pueblo, se decidió que los dos culpables fuesen arrojados para siempre del país. Al propio tiempo se acordó que para honrar la memoria de Lehloh, y perpetuar el sentimiento de su muerte, se encabezáran todos los cantos nacionales con una estrofa en que se lamentára su desgracia etc. etc.»

despues de pasear triunfante por tierras estrangeras el Lauburu invencible de la patria!

Es Léhloh, el ilustre Léhloh; el victorioso jefe de los guerreros de Cantábria, que se retira solitario y triste huyendo del amor y de las bendiciones de su pueblo, que grita al pié de la montaña.

«¿Dónde se esconde Léhloh? ¿A »dónde ha ido á ocultarse el »adorado jefe de los hijos de las »montañas..... el rayo de las bata»llas..... el orgullo de la patria? ¿Por »qué se niega á las caricias y á los »abrazos de sus hermanos? Bien sa»bemos que no hay bastante fuego »en nuestras palabras, ni armonías »en nuestros cantos para ensalzar »cuál merecen sus virtudes y su »grandeza! Pero ah! que no deseche »por eso los ruegos de sus guerre»ros! Pues lo que los lábios callan, »sienten estas almas que le adoran! »Lo que no dicen nuestros cantos, »revelan las lágrimas que bañan »nuestras mejillas! ¡Vuelve pues »Léhloh! vuelve al amante regazo »de tus hermanos; y deja que ciñan »á tu frente sus manos agradecidas, »la corona inmortal que te dedica la »patria, como al salvador de su exis»tencia, de su libertad, y de su glo»ria!»

Pero insensible el jefe á sus palabras, como la áspera cumbre de Olearzo al quejumbroso arrullo de las brisas marinas, se aleja á la soledad de los bosques, para abismarse en el tempestuoso mar de sus pesares.

¡Y cómo le amaban los cántabros! ¡Y cuán digno era de su amor y de su orgullo aquel héroe, á cuya voluntad obedecia la victoria como la enamorada esposa á la vez adorada de su dueño; á cuyo corazon jamás llegaba sombra alguna de resentimiento ó de envidia, y cuyo heróico espíritu ni abatia la desgracia, ni la fortuna engreia, elevándose siempre tranquilo y poderoso, sobre las borrascas y bonanzas de la vida!

Solo un amor alumbró sus dias, aparte del amor á la pátria que era la pasion de su raza! Solo una mujer logró prender fuego en su alma, despues que el hielo de cuarenta inviernos parecia haber apagado el calor de su sangre!

¡Gimió de rábia al verse prendido en sus lazos! Luchó y reluchó en desesperados esfuerzos contra aquel sentimiento que devoraba su corazon. y enloquecia su cerebro! Pero como las olas del Oceano que despues de batallar rugiendo contra los inmobles peñascos del Tricio, caen impotentes á sus piés rendidas de fatiga y gimiendo de rábia; así tambien el jefe, agotadas sus fuerzas y vencido en la lucha, entregó su corazon todo entero en brazos de la hermosísima doncella, que llenaba con su ternura todos los pliegues de su vida!

Cierto es que segun cantaba el *coblakari*, solo Tota, la mas pura y mas hermosa de las hijas de las montañas, podia ser digna esposa del mas querido y mas heróico de los guerreros de Cantábria!

Uniéronse pues..... y nunca palpitaron dos corazones, mas dichosos y ufanos, que el de Léhloh al estrechar en sus brazos á la hermosísima doncella que adoraba enloquecido, y que el de Tota, al caer ébria de amor y de orgullo entre los brazos del gallardo guerrero, por quien suspiraban las mas ilustres y mas bellas de las hijas de su raza!

Pero á las pocas lunas, resonó por valles y montañas, temeroso y terrible, el irrinzi de guerra; y los cántabros divididos en tres cuerpos, salieron á las fronteras á hacer frente á tres ejércitos enemigos. Y como si los destinos de Cantábria pendieran de los destinos del jefe, doquiera que él se lanzaba, corria tras él la victoria; donde quiera que él faltaba, faltaba la fortuna á sus armas!

Sin embargo, corriendo de campo

en campo, y acudiendo siempre al peligro, arrojó de su tierra al estranjero; y dejando las montañas, iba á llevar la guerra á las llanuras, cuando la falácia del enemigo y la temeridad de su pecho, le hicieron caer preso en sus manos!

Un triste y doloroso gemido resonó á tal nueva por todos los ámbitos de Cantábria; y al poco tiempo, los ejércitos estranjeros entrando á la vez por todos lados, se precipitaron por las montañas, como las aguas del torrente engrosadas por el deshielo de las nieves.

Tres veces con la rábia en el corazon, y la desesperacion en el alma, se arrojaron contra sus líneas de hierro los guerreros de Cantábria; pero agobiados por la muchedumbre que se renovaba de dia en dia tuvieron que ir cediendo, despues de dejar los valles y las montañas cubiertos con sus cadáveres y los cadáveres del enemigo!

Acosados desde entonces por todas partes, con sus mejores guerreros muertos ó heridos, y estenuados todos por el insomnio y el hambre, no les quedó mas recurso que sucumbir luchando, sin el consuelo siquiera de evitar con su muerte la perdicion, la verguenza y la esclavitud de su patria!

Pero los destinos de Cantábria son inmortales, y el espíritu protector de sus hijos, rompiendo las cadenas de Léhloh, le trajo al lado de sus hermanos, templando su heróica alma con el fuego de las batallas!

Y atacó á los enemigos por Oriente, y los ataeó por Mediodia, y los atacó por Poniente.... y por Occidente, Mediodia y Oriente, los vió el sol dispersarse á su empujé, como las hojas secas en estio al impetuoso soplo del ábrego rugiente!

Y luego precipitándose tras ellos, recorrió triunfante sus tierras; volviendo al fin cargado de botin y de gloria al dulce seno de la pátria amada!

¡Tal era Léhloh, el grande Lehloh, el heróico Jefe de los guerreros de Cantabria! ¿Cómo no amarle?

Y no era solo por su indómita bravura, ni por su salvadora prudencia; ni por la inquebrantable grandeza de su alma.... sino porque el cántabro en su supersticioso entusiasmo, creia ver en aquel constante trabajo de la fortuna, una intervencion sobrehumana, que transformaba á aquel mortal en el genio de la pátria, iluminado para su salvacion, por el soplo inmortal de Jaungoicua!

Por eso le amaban tanto! Y por eso se angustiaban todas las almas y se oprimian todos los pechos, al verle despues de su vuelta, ocultarse triste en los bosques, llevando impresa en su frente la huella de un dolor inmenso.

Por eso sus compañeros, que creian tener pendientes su fortuna y su vida, de la fortuna y vida de su Jefe, murmuraban afligidos.

«¿Qué negro espíritu ha encontra»do nuestro Jefe, sentado en el ho»gar de su cabaña al volver de sus »gloriosas campañas? Allí en el ex»trangero, aun hace muy pocas lu»nas, sus labios estaban siempre ri»sueños, sus ojos brillaban siempre »contentos, y á cada nuevo triunfo, »su corazon latía orgulloso, y venia »á cantar entre sus hermanos la *cant»zoa* de la victoria! Con el recuerdo »en su amada Tota, y toda el alma »en su recuerdo, suspiraba con im»paciencia por la vuelta, siendo el »primero que lanzó el *alayua* de jú»bilo al pisar la tierra de nuestros »padres. Y cuaodo al fin cargados de »gloria y de riquezas entramos en »nuestras cabañas... .... y descansa»mos en el amante regazo de los pe»dazos de nuestra vida..... y cuando »al fin despues de tantas fatigas y »sufrimientos, respirábamos los de»mas contentos y dichosos, nuestro »Jefe por el contrario principió á sen»tir en su alma la ponzoñosa sombra »de la tristeza, que hace gemir de »lástima al alma de sus hermanos!

«¿Qué le ha pasado á Léhloh? ¿qué »te sucede ¡oh Léhloh! dulce amor de »tus guerreros? ¡Ah! Escucha propi»cio sus ruegos, y vuelve Léhloh! »Vuelve á los leales brazos de tus »hermanos, y disipen las nubes que »cubren tu frente, el amor y el en»tusiasmo con que celebran sus la»bios tus heróicas hazañas!»

II.

Pero las horas pasan! Y como la blanca paloma que para dormirse, oculta la cabeza bajo sus alas; la tierra se envuelve tambien en su manto de sombras para entregarse al sueño.

Apáganse las hogueras, cesan danzas y cantos, y los Cántabros se retiran á sus cabañas mientras el espíritu del silencio acalla todos los ruidos para que nada turbe su sueño.

Léhloh! Solo Léhloh, triste con la luz del dia, triste con las tinieblas de la noche, continúa sumido en sus pensamientos sentado en los peñascos de Uleartzo.

Las horas corren volando, pero, ay! no arrastran con ellas los sombríos pesares que embargan el alma del héroe! Su mirada es cada vez mas triste, su frente cada vez mas ceñuda; y mas duro y bronco el aliento de fuego de su inflamado pecho!

A su pesar repiten de tiempo en tiempo sus labios, frases ardientes, que tal vez sus oidos no escuchan, pero que responden como un eco á los negros pensamientos que le acosan.

«¡Yo vivo!..... ¿y aun vive ella? »Respiro.... ¡y aun respira? ¿Qué ha »sido de tus fuegos alma mia? La vie»ron estos ojos! Estos ojos tantas ve»ces fascinados por el mentido hala»go de sus tiernas miradas, de sus »amorosas sonrisas! La vieron estos »ojos, abrasados por el llanto al con»templar la angustiosa amargura de »su última despedida, y cuya triste »imágen, me ha perseguido á todas »horas, ya en el furor del combate, »ya en al silencio de la noche! La »vieron.... ¿y aun duda el alma? ¡Oh »espíritu de la muerte! ¿Por qué has »respetado mis dias si habia de ver »tanta desgracia, si habia de sentir »esto, mi corazon desgarrado? ¡Oh »cuánto!.... me ha hecho sufrir! ¡In»fame! Pero no! Morirá! porque..... »debe morir! Ha faltado á su virtud, »á mi amor, á su patría; y al entre»gar así su alma á la vergüenza, ha »abandonado su vida á la muerte!

Calló por un momento; pero como el tímido niño que por miedo á las fantasmas de la noche redobla su paso y sus gritos por ahuyentar la reflexion que le llenaria de espanto, asi tambien Léhloh temiendo que en el silencio y la calma apagarian la voz de sus deberes, los recuerdos de su pasion ardiente, continuó diciendo con forzada vehemencia. «¡Debe morir..... Morirá! Si, morirá!» Pero irritado al fin contra su debilidad, y queriendo sacudir el poderoso sentimiento de ternura que subiendo desde el fondo de su alma, iba hablándole, enterneciéndole y dominándole á pesar de sus esfuerzos, se dió un golpe violento sobre el pecho, diciendo con rabia.

¡Oh corazon miserable! ¿Por qué »respondes donde tus abismos, á la »voz de mi deber, con gemidos de »lástima, y al grito de mi orgullo, »con la compasion y ternura? ¡Ay! »aquellos dulcísimos ojos que eran »tu alegria, derraman hoy su cariño »en los ojos de otro hombre! Aque»llas embriagadoras sonrisas que de»leitaban tu alma..... inunda ya de »ventura el pecho de tu enemigo! y »aquellas ardientos caricias que ena»genaban tus sentidos y enloquecian »tu espiritu, eran la venda traidora »con que cubria los ojos, para entre»garse libremente á Zárah! ¡Oh! «ánima mezquina! Levántate del fan-

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

»go..... arde en odio contra la adúl»tera infame que así ultraja tu amor »y vilipendia tu honra! ¡Odia alma »mia! odia.... y.... mata!

¡Pero ay! el corazon honrado que llegó una vez á entregarse con verdadero amor á una alma, podrá ser maltratado, escarnecido, hasta olvidado por ella, podrá tal vez sucumbir al peso de sus tormentos, pero no llegará á maldecir el nombre que bendijo un dia, no logrará aborrecer á quien adoró con todas las fuerzas de su vida!

Y así ocurria á Lehloh, y por eso doblando con mortal abatimiento la cabeza, murmuraba tristemente.

«¡Qué débil es oh cielos! qué dé»bil es ese hombre á quien llaman »los suyos el rayo de las batallas!

Pero al punto, del abismo sombrío de amargura en que se ahogaba su alma, brotó una luz que iluminó su mente, como el fulgor del relámpago la tenebrosa oscuridad del cielo!

Púsose en pié, y sacudiendo con satisfaccion su frente, tentó con siniestra fruicion la afilada punta de su atzcona y dijo:

«¡Esto lo arreglará todo! Bendito »el espíritu que me lo inspira! Si »el cobarde pecho no tiene alien»tos para herir á la mujer que »ama, los tendrá al menos para »herirse á sí mismo, y de ese mo»do, salvando mi honra, podrá en»trar cuando quiera en esa region »de las sombras, donde encontra»ré al fin la paz del olivo que no »puede darme ya el mundo!»

Así habló, y á la consoladora esperanza de hallar tregua á sus dolores, su corazon palpitó de alegria, y por primera vez desde su vuelta, vino á bañar su rostro un rayo de contento!

Empuñó con fuerza su hierro, levantó los ojos al espacio, y exclamó con voz vibrante de emocion.

«¡Pálida y misteriosa Hermana de la noche, benéfico Génio del silencio y de las sombras, Espíritu consolador de la Muerte... Oye mis ruegos! Tiende tus blandas alas sobre mi frente, imprime en mi corazon tus lábios frios, y dáme con tu beso de amores el bálsamo reparador del olvido! Oh! Escúchame y vén á mi lado! Tú que nunca abandonas á los que á tí se acojen, tú que jamás desoyes el desgarrador gemido del corazon que sufre; y que enjugando benigna nuestras lágrimas acompañas nuestros pasos hasta el borde de la tumba, pronta siempre á ofrecernos en tus brazos, un puerto seguro contra las borrascas de la vida! Oh amiga fiel del infortunio y del llanto, acoge, pues, benéfica mis deseos y ven á recoger amorosa en tu regazo con su postrer suspiro, el espíritu fatigado del Jefe de los Cántabros!»

Lehloh calló, y corriendo con siniestro gozo, aplicó contra su pecho la punta de su atzona, mientras los ecos de la montaña repetian dos y tres y cuatro veces, «del Jefe de los Cántabros, del Jefe de les Cántabros!» cada vez con espresion mas débil, cada vez con espresion mas triste.

Léhloh al escucharlo, sacudió la cabeza como si saliera de un sueño, y fué repitiendo maquinalmente sus últimas palabras, hasta que vuelto en sí, dirigió á todos lados miradas estraviadas murmurando con superticiosa emocion.

«¿Son lás fantasmas de la noche «quienes vienen á burlarse remedando mis palabras; ó será tal vez »el Espíritu de la patria que gime de »dolor, por la vergonzosa flaqueza »del Jefe de sus guerreros?

Calló por un momento y gritó luego con sarcástico acento.

«¡Digno Jefe por cierto de esa ra»za indomable, que ha llenado los »espacios con el ruido de sus haza»ñas! Haces bien en gemir, sombra »sagrada, al ver este cobarde Jefe, »que sin valor para castigar el crí»men, que sin aliento para luchar »con sus pesares, se atreve á entre»gar su vida á una muerte vergon»zosa!

Indignado entonces contra sí mismo asió con las manos crispadas de rábia la hacha de armas que colgaba de su cinto, y una corona pendiente de su escudo, y los arrojó lejos de sí, diciendo con los ojos ardiendo de coraje.

«¡Fuera de mis manos que la des»honran, esta arma gloriosa, sim»bolo de gratitud de una pátria, »que afrenta mi flaqueza!

»¡Fuera de mí, esta corona de »hiedra! La primera que han tejido »las manos de los Cántabros. y que »se dedican á su Jefe como espre»sion de sus mentidas flaquezas!

«¡Lehloh! ¿Qué ha sido de Léhloh? »¿Del hijo de la tempestad, del ter»ror de los enemigos, del salvador «de la patria?

Calló un momento, pero de pronto sacudiendo con orgullo su hermosa frente esclamó:

»¡Aquí está! ¡Aquí está Cantabria »mia! Ha flaqueado un momento... »pero como el espíritu de la borras»ca que se amansa por algunos ins»tantes para volver con nuevo brio »á la lucha, así tambien Léhloh »despues de esa corta tregua, vol»verá á ser lo que siempre ha sido, «el bravo y digno Jefe de los hijos »de las montañas!

III.

¡Ah! en vano vendrán el amor y las caricias de la tierna doncella á dar una vida fugaz á la flor que arrancó de su tallo; que tras su momentánea alegria llegará la tristeza, y volverá á doblar su frente mustia y desmayada! Y en vano tambien el alma manchada por la culpa se aturdirá en la embriaguez de la pasion y del deleite por algunos momentos, pues al apagarse el fuego de sus criminales deseos, se apresurará la conciencia á arrojar sobre ella negras sombras de amarga tristeza!

La paz, la alegria, la dicha, son blancas flores del árbol de la inocencia, que brotan en el alma al soplo de Dios, y que solo germinan al riego de la virtud!

¡Tota! ¡Zarah! víctimas infelices de vuestras locas pasiones! En vano querreis daros uno á otro con torpes caricias, la felicidad que soñasteis en vuestro delirio..... pues nadie dá lo que no tiene, y la ponzoña del crímen secó en vuestras almas el manantial de la dicha.

Las horas del placer son breves, las del infortunio..... tiernas! Y ¡ah! del que no encuentre en su conciencia la paz de la virtud, para descansar en ella tras las fatigas del deleite, tras la lucha de los pesares!

Tristes están los amantes; pero sobre todo ella; con la cabeza doblada sobre el seno, húmedas las mejillas, sombria la mirada, parece el espíritu del remordimiento que ha venido á llorar en la soledad, por los recuerdos de su inocencia perdida!

—¡Oscura está tu alma! dice Zarah, estrechándola en sus brazos; y esas lágrimas que llegan á tus párpados, caen sobre mi corazon como fuego!

—Si Zarah! responde ella, mi alma está triste porque en el silencio de la noche, ha escuchado hace poco voces de siniestro augurio!

—¡Qué engañan siempre mi Tota.....

—¡Ojalá que fuera cierto! Pero cuando las blancas gaviotas llegan á nuestras costas, y despiertan los ecos con siniestros y estridentes gritos..... no tarda la tempestad en llegar tras de sus huellas, por mas que el sol brille claro y limpio y esté sin nubes el cielo!

—Tu alma estaba alegre, Tota, hasta que volvieron los guerreros...

—Es verdad; pero desde entonces el sueño huye de mis párpados, y la

Universidad de Deusto
Biblioteca

paz de mi agitado espíritu!

—¿Temes que sospeche Léhloh?

—¡Oh! cuando á la vuelta de una larga ausencia el corazon del esposo huye de la mujer que adora..... cuando sus lábios se niegan á dar el beso de paz al entrar en su cabaña, y se aleja, en fin, de ella á los bosques taciturno y sombrío, es porque á la imágen de la que amaba, no sonríe como antes su alma!

—¡Ah! Si me hubieras dejado ir con ellos á la guerra, mi mano hubiera encontrado una ocasion en el desórden de una batalla para librarnos de él para siempre....

—Tienes razon, hice mal. ¿Y quién sabe si al fin tendremos que recurrir á ese medio para salvar nuestra vida? Pero la esperanza de que nunca llegaría á sospechar de su esposa.... el recuerdo del cariño con que siempre me ha querido, y hasta el dolor de mi patria, que quedaria en la horfandad con su muerte, ahogaron mis deseos! Y ahora....

Tota dobló la cabeza y lloró amargamente. Los ojos de Zarah, al verla, brillaron con el siniestro resplandor del relámpago en noche tormentosa; cogió entre las suyas sus manos, y dijo, apretándolas con ternura:

—¡Fuego de mi corazon y de mi vida! ¿Porqué dejas que la odiosa sombra de ese anciano altanero venga á turbar asi la paz de tu alma? ¿Crees que el brazo de Zarah no es bastante fuerte para detener su brazo y salvarte de sus iras?

—¡No olvides, Zarah mio, que en Cantabria, hasta los muertos se levantarian de sus tumbas por vengar la sangre de ese héroe!

—¡Aunque así fuera! ¡Primero darian con el rastro del buitre en el espacio que con la mano de Zarah si hiriera su pecho! No hay una alma en las montañas, si no es la suya, que conozca nuestros amores, y nadie por lo tanto les atribuiria ese golpe. Todos verian en él, ó un medio de alcanzar su puesto, ó la venganza de algun resentimiento de la última campaña; y como nadie ignora que Zarah jamás ha aspirado á ser Gefe, y saben que no ha estado en la guerra, será el último en quien recaerian las sospechas de su muerte!

—Aguardemos, sin embargo, otra luna. El alma de Tota no puede olvidar que el corazon de ese hombre ha reposado muchas veces sobre el suyo, y que ha partido largo tiempo bajo las alas de sus primeros amores, su cabaña y su lecho. Déjala pues Zarah, que le busque por vez postrera, y que entone en sus oidos la *cantzoa* de la enamorada esposa, que tantas veces ha escuchado con la alegría en los ojos y la felicidad en el alma! Si él, volviéndome la fé y la confianza de otros tiempos, aleja los peligros que nos amenazan, dejémosle la vida! Que viva para su patria, y vivamos nosotros, Zarah mio, para nuestra ternura y nuestra dicha! Mas si por desgracia hubiera.... abierto los ojos.....

—Luego los cerrará para siempre, y concluirán de una vez tantos temores! Cantabria, con un nuevo Gefe. olvidará muy pronto su memoria, mientras que unidos nosotros ante el cielo y los hombres, nos entregaremos á nuestros amores sin que venga á turbar nuestra ventura su aborrecido recuerdo!

Tota se pone en pie suspirando, y se hunde lentamente en la espesura del bosque para buscar á su esposo. Anda y anda, y al fin le encuentra dormido bajo un árbol que azota con su ramaje las aguas de un arroyuelo.

Esta espirando la noche, dulce y tranquila como el sueño de una vírgen que no ha abierto todavía su alma á la inquietud de la esperanza! La brisa gime doliente en el ramage del bosque, y las aguas resbalando entre la yerba, huyen al ronco Océano cantando sus amores! La luna pálida ya y sin brillo, tiende sus últimos rayos á los valles; y perfuman el ambiente, los aromáticos suspiros de las flores.

Léhloh entre tanto duerme.

Trás dos noches de insomnios y de borrascas se ha tendido fatigado bajo un robre, y benéfico el sueño, ha venido á dar tregua á sus dolores y reposo á su espíritu agitado.

Los guerreros que al pasar por su lado reconocen su adorado Jefe, detiénense un momento contemplándole con respetuoso cariño, y luego siguen su marcha diciéndose unos á otros:

—Léhloh duerme, hermanos mios! Silencio, no vengamos á turbar su sueño!

A su vez, las doncellas que abandonando antes del alba sus cabañas con la emocion de la fiesta, se encuentran con él de pronto, interrumpen á su vista sus cánticos y sus risas, y murmuran mirando con cariñoso interés su pálido y hermoso rostro:

—Léhloh, el gran Léhloh, duerme! Callemos, hermanas mias, y alegrémonos pidiendo á los espíritus amigos que hagan dulce y benéfico su sueño!

Y pasan así los guerreros, y pasan así las doncellas, y vuelven á reinar la soledad y el silencio en los bosques.

De pronto la hermosa Tota, pálida pero radiante de belleza, como el sol que al levantarse de las hondas sacude orgulloso su cabellera de fuego, sale lentamente del bosque y se acerca en silencio á su esposo. En seguida contempla con dolorosa expresion el fatigado semblante del héroe, se sienta á su lado, y acercando los labios á sus oidos, canta con un acento mas dulce que el arrullo de la tórtola que llama apasionada al compañero de su vida.

«¡Abre tus oidos, Léhloh! Abre »tus oidos al cántico de amores de »la triste esposa abandonada, y caigan en tu corazon sus palabras »como las aguas en el estío sobre el »seno sediento de la agostada tierra! »¡Ay! Ojalá que el lloro que las hu»medece, que los suspiros que las »perfuman, acierten á cicatrizar las »heridas sangrientas de tu pecho! »Léhloh! amado Léhloh! nombre »que abrasa los labios al pronun»ciarlo, que inunda el corazon en »lágrimas á la embriagadora me»moria de las venturas pasadas y al »temor pavoroso del porvenir som»brío! ¡Léhloh, dulce luz de mis »ojos, con cuyo amor llenó esta des»dichada todos los latidos de su co»razon, todos los pensamientos de »su vida! ¡Cómo se turba mi espíri»tu, cómo se levanta mi seno al »murmurar tu nombre! ¡Ay! Si los »espíritus enemigos de mi dicha han »podido hacerte dudar del amor de »tu Tota..... si tus ojos no han de »beber la alegría en sus ojos, y tu »alma el placer en su alma..... ¡oh! »no vuelvas mas, dueño mio, de ese »sueño que prolonga mi ilusion y mi »esperanza! Duerme aun, y siquiera »en sueños, escucha el canto de la »triste esposa, que se apaga al soplo »emponzoñado de ese mal sin nom»bre, de ese mal sin consuelo, del »mal de los amores! Dicen que soy »hermosa, Léhloh! Dicen que soy »hermosa, y que brillo entre mis »hermanas como la blanca luna en»tre las pálidas estrellas de la noche. »Dicen que cuando tu esposa reco»re contigo el campo de los guerre»ros, se levanta á su paso un sordo »murmullo con los tristes suspiros »de las almas que la aman en silen»cio. Y sin embargo.... siempre que »el fuego de su corazon arrastra á »Tota á tu lado, encuentre tibias sus »miradas, pálidas sus sonrisas y fria »su belleza. Y es que nada la parece »bastante para agradar al amado de »su alma! Ojos mios! ojos mios! »¿porqué al fijaros en los suyos no »ardeis con el fuego que abrasa mi »pecho enamorado? Labios mios! »labios mios! ¿porqué al sonreir á él

Universidad de Deusto Biblioteca

»no le inundais en la inefable deli»cia que enagena mi corazon al re»cibir sus caricias? ¡Oh triste esposa »del héroe, roba su encanto al alba, »y su perfume á las flores, frescura »á la aurora marina, y su pureza á »los cielos, para hacerte amar del »guerrero que cansa ya tu hermo»sura. ¡ Léhloh, adorado Léhloh! »Disipa las negras nubes que van »cubriendo tu frente, y vuelve á po»sar tus ojos en los ojos de tu Tota! »Estréchame con amor en tus bra»zos, deja que te abrace en los mios, »y..... ámame, Léhloh mio! dime al »menos que me amas, y ahoga des»pues si quieres en mi sangre el »dulce sueño de felicidad y de glo»ria con que he llenado mi alma!»

Tota calló, y se alejó algunos pasos, mientras el Jefe, abriendo los ojos, dirigia en torno suyo una mirada atónita y sorprendida. Luego murmuró, mal despierto todavía:

—¿Porqué vienen á turbar mi sueño los espíritus del engaño con recuerdos y palabras de mentidos amores que renuevan mis heridas?

—¡Ay! dice tristemente Tota, ¿porqué cierra su generoso corazon el Jefe á las dolientes quejas de la enamorada esposa?

Como el arco de la belleza encorvado por la fuerza, que salta con violencia al romperse la cuerda que lo sujeta, asi Léhloh, al oir las palabras de Tota, púsose en pie de un brinco, y dirigiéndose bruscamente á ella, dijo con acento pausado, pero amenazador y sombrío:

—¿Eran tus labios los que entonaban poco há el cántico de amores?

—¡Sí, murmuró Tota!

—¿Y no han observado tus ojos, que hoy la luna se esconde roja, y que el sol se asoma rojo como teñido de sangre?

—¡Léhloh!

—Las horas que vienen son tristes. No son frases de amores, sino cánticos de muerte los que píden mi honor y tu crimen. Prepárate pues, que antes de que el sol haga sombra con sus ramas, en las aguas de ese arroyo, irá tu espiritu á descansar con los espiritus de tus padres!

—Pero oigan.....

—¡Calla! Y para que no vuelvan á mancharse ni esos lábios ni mis oidos con inútiles mentiras, no olvides mis últimas palabras. Tres dias antes de que los guerreros volvieran á las montañas de vuelta del estranjero, el Jefe, con el corazon henchido de ternura y cariño, se adelantó á ellos y emprendió solo por los bosques, ansioso de dar el beso de amor cuanto antes, á la mujer infiel, que abrasaba su corazon y enloquecia su espiritu. ¡Cuán eternas le parecieron las horas, y cuán largo el camino que le separaba de ella! Pero en cambio, con qué embriagadora emocion latió su pecho, al descubrir los árboles que hacian sombra á su cabaña, y al verse entre los peñascos y las praderas y los arroyos de aquel valle, que renovaba en su memoria los inefables recuerdos de sus dias de ventura! ¡Insensato! ¡Insensato! Como el lobo devorado por el hambre que se arroja ciego sobre el cebo fatal que le oculta el lazo de su muerte, asi corrió el desdichado Jefe, ébrio de contento, á aquella cabaña que iba á revelarle el misterio de infamia que habia de desgarrar su alma!

La puerta se hallaba cerrada, pero él entrando por otro lado, se acercó en silencio y con el corazon palpitante al lecho de sus amores..... y como el misero amante que al abrir los brazos, en medio de la oscuridad, para estrechar enagenado á la mujer que idolatra, se encuentra de pronto con el hierro de su asesino que deslumbra sus ojos, helando con el frio de la muerte su corazon y su espíritu, así tambien el desdichado Jefe, quedó atónito é inmóvil, al ver dormida en brazos de un hombre, á la mujer traidora que tantas veces

le repitió bajo aquel techo sus juramentos de fidelidad y ternura!

Los amantes seguian durmiendo..... el esposo, amenazador y sombrio, estuvo contemplándolos un rato. De pronto, como saliendo de un sueño, desnudó el hierro y se aproximó al lecho; pero al fin dominando sus fuegos, dió un profundo suspiro y se retiró de su cabaña para unirse con sus hermanos. Anduvo algunos pasos, pero su corazon reventaba, faltóle aire para sus pulmones. y los árboles y las montañas, las estrellas y los cielos principiaron á correr ante sus ojos en fantásticos círculos, dando horribles vértigos á su espíritu, y agoviado al fin bajo el peso de sus dolores, de su vergüenza, y sus visiones, cayó exánime en el suelo, como el robusto castaño herido por el rayo.

Léhloh al llegar aquí calló un momento, y llevó una de sus manos al corazon para comprimir sus violentos latidos.

Despues dijo:

—El infame guerrero, que abandonó cobardemente sus banderas por deshonrar al que decia su amigo, se llama Zarah! La mujer que sacrificó á sus torpes liviandades el corazon de un esposo y la gloria de un héroe, es Tota! Y la víctima desdichada de tanta traicion, es Léhloh, el ilustre Léhloh, el adorado Jefe de las montañas de Cantábria!

Volvió á callarse; y ella se puso á temblar como las ténues hojas del chopo al soplo del húmedo cierzo.

Léhloh, con voz solemne, dijo señalando el arroyo.

—¡Mujer! Ya el sol ha principiado á hacer sombra en esas aguas con las ramas del roble. Prepárate, pues, que se acerca la hora de sangre!

Ella, con voz débil, contesta:

—Oigan propicios los oidos de mi dueño las palabras de su sierva! ¡Oh! no se impaciente tu alma, que no vengo á pedirte la vida, sino una trégua tan solo; pues la esposa del gran Léhloh no debe caer como una víctima oscura, sacrificada en la soledad y el misterio de un bosque.

Si ha cometido una falta... que la sufra! Pero déjala que ponga para ello, la fúnebre *meztidura*, déjala que entone su *cantzoa* de muerte; déjala en fin que caiga bajo la proteccion de sus padres, sobre el musgo que cubre las tumbas donde descansan! Para la hora en que el sol llegue á la mitad de su jornada, ella te esperará en aquel sitio, preparada para el sacrificio. Y de ese modo, cuando los coblakaris evoquen su recuerdo entre sus hijos, podrán decir de ella, que sino supo vivir como debia, supo al menos morir como hija digna de una raza de héroes, cual digna esposa del mas grande de los Jefes de Cantabria!

—Está bien, dijo él. A esa hora, te aguardará Léhloh, bajo el árbol que sombrea bajo las cenizas de nuestros padres!

—Pues á esa hora, tu esposa del Jefe entonará su canto de muerte para ir por siempre á unirse con los espíritus de sus mayores!

Tota, dando un suspiro se dirijió á su cabaña. Léhloh taciturno y sombrio se hundió en la espesura del bosque.

IV.

¿Qué anuncian los gritos de júbilo y de contento que resuenan en las montañas? ¿Qué significan las danzas y los cantares, y esa animada alegria que brilla en todos los rostros? ¿A qué han venido las nubes de mancebos y de doncellas que cubren esos valles, como la yerba de los campos en las primeras lunas de la estacion de amores?

¡Es que Cantabria está de fiesta!

El Batzarr de los ancianos ha dispuesto celebrar una gran funcion nacional en honra del ilustre Léhloh que ha dado con sus guerreros, la libertad y gloria á la patria, la paz

y la dicha á sus hijos.

«Léhloh está muy triste, se dije»ron, Léhloh está muy triste! Y »acaso el destino enemigo no pu»diendo cortar sus dias con el hierro, »derrama la ponzoña del dolor en »su alma para minar traidoramente »su vida! Hagamos, pues, grandes »fiestas, celebremos en ellas sus vir»tudes y sus hechos, y volvamos con »placeres y con honra, la alegria á »su espíritu, y la serenidad á su alma!»

«Asi dijeron todos, y fijaron para ello el primer del plenilunio de Setiembre; y habiendo hcho correr la nueva de valle en valle y de montaña en montaña, acudieron para el tiempo señalado, de todas las regiones de Cantabria millares de mancebos y de doncellas.

Las cumbres y las faldas, las praderas y los bosques se hallaban cubiertos desde la vispera, y antes de que llegára el gran dia, ensordecian el espacio los sonidos de la *vascatibia*, y de los *tunlunes*, los cantos de los *coblakaris* y las carcajadas, esclamaciones y murmullos de aquel mar de gentes.

A la hora indicada para ir á buscar al Jefe, que era el Mediodia, llegaron los ancianos; y reunidos con el pueblo, se dirijieron á su cabaña para traerle en triunfo al campo de la fiesta.

Rompian la marcha una nube de niños y niñas vestidos todos de blanco, seguidos de multitud de parejas de doncellas y guerreros, ellas con arcos de flores en las manos, estos con los hierros desnudos y orlados por guirnaldas de yedra y laurel. Iban tras ellos con paso lento, los ancianos de la patria, oprimidos y agoviados por la muchedumbre de hombres y mujeres que llenaban todas las faldas. Centenares de coblakaris y vasca-tibias esparcidos de trecho en trecho entre los grupos, hacian resonar los ecos con sus cantos belicosos, y sus estridentes sonidos.

Entre tanto Léhloh de pié y apoyado en el tronco de un roble, aguardaba la llegada de Tota, abismado en sus pensamientòs.

Su pecho se levantaba como la onda del Océano en que hierve la tormenta, cubria su hermoso rostro una sombra de inmensa tristeza, y las lágrimas que no dejaba llegar á los ojos, caian sobre el corazon abrasándolo con su fuego.

De pronto muévese alli cerca el ramaje, y él, empuñando su atzcona dirije por todos lados sus impacientes miradas.

Mas vuelve todo al silencio, y él, apoyándose de nuevo en el árbol, acaricia con los dedos la afilada punta de la atzcona murmurando con espresion sombría.

—¡Ay! qué pronto acabaria yo contigo mi verguenza y mis pesares! ¡Cantábria! ¡Patria adorada! ¡Cuán duro es el sacrificio que te hago al condenarme á la vida?

En seguida cruza los brazos sobre el pecho, y se hunde en el mar de sus amargos recuerdos.

Pero vuelven á ajitarse las ramas y los zarzales, y Léhloh dejando el árbol, recorre el próximo bosque, buscando en vano la causa de aquel ruido.

—Será algun jabali, murmura entrando de nuevo en el campo de los sepulcros, y añade luego mirando al sol. Sin embargo..... es la hora!

En aquel momento, sale de la enramada y preséntase á su lado Tota, envuelta en un manto negro, esparcidos los cabellos, y hermosa, á la par que triste, como la luna velada por el vapor de la mañana.

Léhloh se acerca á ella y tiende su mano para agarrarla; pero el hierro tiembla en sus manos, y sus miradas huyen del rostro de su esposa.

Tota conoce la emocion que le ahoga, y echándose á sus piés esclama con voz apasionada y triste:

—¡Léhloh! esposo adorado de mi alma! Oye las últimas palabras de tu esposa y apiádese tu corazon! Este seno que quieres abrir con tu hierro, es donde tantas veces ha descansado tu fatigada cabeza; estos lábios que vas á apagar, estos ojos que quieres cerrar, son los que han derramado por mucho tiempo el placer y la dicha en tu alma! Y en fin, esta desventurada mujer en quien tratas de ensangrentar las manos, es aquella Tota que con tanto delirio amaste y que tambien te quiso un dia! Léhloh! Léhloh mio! En nombre de tan dulces recuerdos, si no puedes darme ya la ternura, déjame al menos la vida, y sobre todo, que no caiga á tus golpes, la única mujer que has amado en el mundo!

Las palabras de Tota fueron despertando con todo su fuego en el corazon del guerrero los sentimientos de ternura, de lástima y de la insensata pasion con que la amaba todavia, y agitándole en revuelto oleage, subian y subian sobre su alma, como la creciente marea, estrechándola, inundándola y ahogándola entre sus olas!

Los latidos de su corazon eran cada vez mas violentos, sus ideas mas confusas, su respiracion mas penosa.

Haciendo, sin embargo, un esfuerzo, llevó la mano al pecho diciendo para sí.

Quieto corazon mio! Quieto! Estalla si quieres ahí adentro, mas no ablandes mi voluntad con afeminado aliento!

La voz de sus amores calló; pero el intenso dolor que desgarró el pecho del héroe á tan violento esfuerzo, hizo brotar de lo mas hondo de su alma, una lagrima que vino á caer sobre su mano como una gota de plomo hirviente.

A su contacto, enrojecidas de verguenza las mejillas, é inflamados los ojos, gritó con ronco acento.

—¿Qué es esto?

—Una lágrima Léhloh! murmuró con voz suplicante ella.

—Mentira! esclamó él, y como las aguas de un torrente que se desbordan por la montaña rompiendo sus diques, inundaron el corazon del héroe, sus sentimientos de orgullo ahogando sus amores.

Lanzóse sobre su mujer, y asiéndola fuertemente con una mano, levantó su hacha con la otra, diciendo:

—No es Léhloh quien te mata, mujer! Es tu crímen! ¡Cierra los ojos para recibir el golpe!

—Ya que no hay mas medio..... cúmplanse nuestros destinos! murmura Tota, dirigiendo las miradas á un lado del bosque.

Léhloh alza su brazo armado con el hierro, y antes que lo bajára, da un doloroso gemido, y cae atravesado por una atzcona dirigida por Zarah!

Entre tanto, por faldas y cumbres, por entre árboles y peñascos va apareciendo la multitud con músicas y danzas, y se estiende por todos lados, formando en derredor de los amantes un círculo de guerreros que los rodea y los encierra en su seno.

Los ancianos, despues de buscar inútilmente á Léhloh en su cabaña, venian á buscarle en el sepulcro de sus padres, entre las esclamaciones de los coblakaris y de los guerreros que cantaban en coro.

Gloria á Léhloh! Gloria á Léhloh!
al salvador de la patria,
al amor de los guerreros,
al rayo de las batallas!

Pero de pronto, como una bandada de calandrias, que sorprendidas en medio de una alegria por la siniestra presencia del gabilan carnicero, se tiran por todos lados dispersándose despavoridas; así tambien los cántabros al encontrarse bruscamente con el sangriento espectáculo de su Jefe moribundo, corren desconcertados de un lado a

otro, cambiando sus cantos de júbilo, en gemidos y sollozos.

Entre tanto Léhloh, luchando en las convulsiones de la muerte, sujetaba con brazos de hierro á Zarah contra su pecho, bañándolo con su sangre; sin que sus esfuerzos ni los de Tota, fueran bastantes para libertarle de ellos.

Al llegar los ancianos, cerraba el Jefe los ojos y soltaba su presa diciendo:

Adúlteros! Asesinos! La maldicion de Cantábria caiga sobre vosotros!

En cuanto hubo espirado, el desconsuelo y la desesperacion de los cántabros fueron sin límites

¡Léhloh ill! !Léhloh!
¡Léhloh ill! !Léhloh!
¡Léhloh! ¡Ah!

—

¡Léhloh ha muerto! Léhloh!
Léhloh ha muerto! !Lélhoh!
¡Léhloh! ¡Ah!

gritaban por un lado levantando al cielo las manos.

¡Léhloh! ¡Léhloh!
¡Léhloh! Zarahc ill
¡Léhloh! ¡Ah!

—

¡Léhloh ha muerto! ¡Léhloh!
¡Léhloh! Zarah ha muerto
á Léhloh ¡Ah!

respondian por otro, mesándose en su desesperacion los cabellos.

Y estos gritos corriendo de monte en monte y de garganta en garganta por todas las regiones de Cantábria, llevaron antes del nuevo sol hasta la última cabaña, la dolorosa nueva que sumergia en el llanto y el luto á los hijos de las montañas.

Entre tanto, como el indómito potro salvaje que despues del primer momento de sorpresa y estupor al sentir sobre su lomo el peso del bravo ginete, vuelve en sí, y humillado de su derrota, se revuelve contra él, relinchando de rábia y corage, asi tambien los Cántabros pasando de su dolor, de su abatimiento á la mas violenta desesperacion, se levantaron rugiendo de ira contra los odiados asesinos, pidiendo á gritos su sangre, para vengar la muerte de su adorado Jefe!

Sin embargo, los ancianos, formando un círculo con sus cuerpos en torno de los dos amantes, se oponen á su intento y convocan el *Batzarr* para que dicte sentencia contra ellos segun las leyes de la patria; sin que la enormidad del crímen, ni el sagrado carácter de la víctima, ni el duelo de la nacion, fueran causa bastante para privar á los acusados de los inviolables derechos que han heredado como Cántabros con la sangre de su libre raza.

Reúnense, pues, allí mismo todos los guerreros, presididos por el mas anciano de ellos, resto glorioso de una vida consagrada á la gloria de la patria. Pero apesar de su autoridad y del respeto á sus canas, estalla por todos lados en el momento que toma asiento sobre el tronco del roble, una tempestad de gritos y de imprecaciones pidiendo, ciegos de coraje, la muerte de los amantes como asesinos del Jefe y como traidores á la patria.

El prudente anciano guarda silencio, y espera con calma algunos momentos; y cuando vió apaciguarse algun tanto el desórden, púsose en pie y dijo:

«Nobles hijos de la honrada Cantábria, escuchen hoy propicios vuestros oidos las palabras de este decrépito anciano, que ha sido el compañero de vuestros padres y abuelos, y acojed sus consejos como la voz de esas generaciones que duermen bajo el musgo de esas tumbas de gloria. Hoy nuestra triste patria, grande por el valor de su raza, por su libertad sagrada, por la virtud de sus hijos, ha visto, roja de vergüenza, consumarse en su seno dos crímenes horribles, que ni tienen nombre en su gloria, ni precedente en la historia, ni pena en sus leyes, porque jamás se creyó en esta tierra que la infidelidad al tálamo sagrado y la traicion á la pátria, pudieran tener cabida en el pensamiento de sus hijos.

Si pues nuevo ha sido el delito, nuevo será el castigo; y á imponérseles el de muerte, como piden mis hermanos, confundiríamos con otros comunes ese horrible crímen que deshonra á la patria.

Déjeseles, pues, la vida, que no merecen tales mónstruos, ni vivir entre nosotros, ni reposar ya muertos en tierra tan sagrada. Libremos de su presencia á la patria, arrojándolos con su vergüenza al extranjero; y que de valle en valle, de montaña en montaña, sean perseguidos por el ódio y la execracion de todos sus hermanos como seres malditos por Dios y por los hombres.»

Así habló el anciano, terminando sus palabras en medio de los aplausos y de los gritos de aprobacion con que toda la asamblea acogia su pensamiento.

Despues de algunos momentos de silencio, volvió á levantarse, y dijo:

—¿Merece el castigo que proponen mis labios la aprobacion del Batzarr de la patria?

—Cúmplase! cúmplase! gritaron por todos lados.

Entonces el anciano, acercándose con paso lento, y deteniéndose ante los criminales amantes, esclamó con solemne acento:

—En nombre del Batzarr de los guerreros, que es la voz de Cantábria..... ¡Fuera de la tierra que habeis profanado! ¡Fuera de la patria que habeis vendido! ¡Fuera de la raza que habeis deshonrado! ¡Oiga mis ruegos el Espíritu inmortal de Jaungoicúa, y seque á vuestro paso la yerba, emponzoñe en vuestros labios las aguas, inficione á vuestro aliento el ambiente!; y mientras vuestros cuerpos se pudran insepultos como los de las fieras en el suelo extranjero, sean arrojadas vuestras almas de la region de los espíritus y vayan á animar los cuerpos de viles esclavos para vivir perpétuamente en la servidumbre y la infamia!

Diciendo así, se inclinó al suelo, recogió con la mano derecha un puñado de tierra, y arrojándola al rostro de los criminales, añadió:

—¡Paso, hijos de Cantábria, paso á los malditos de la pátria! ¡Haced paso, hermanos míos, no sea que os manche su contacto..... no sea que os empañe su aliento!

La multitud que llenaba la senda por donde emprendieron la marcha, abrió con instintivo horror libre camino á los desdichados amantes, que desaparecieron en los bosques entre los gritos de execracion y de ódio de sus hermanos, para llegar moribundos y espirar muy pronto en tierra extranjera bajo el terrible suplicio de sus remordimientos y sus pesares!

—

Entre tanto, el anciano presidente postrándose en el suelo, estampó con emocion sus labios en la frente helada del Jefe, y dijo con trémulo acento!

—¡Léhloh ha muerto, hermanos mios! El Jefe de los guerreros, el rayo de las batallas, el terror de los enemigos no existe ya! La fiesta preparada en su honra por nuestras almas, ha convertido el crimen en un duelo nacional! ¡Lloremos hermanos mios! pero acordémonos al mismo tiempo, de que la patria es eterna; y de que los ejemplos de los padres hacen grandes á los hijos! Enseñemos, pues, á los nuestros con lo que hacemos en este dia, que supimos amar las virtudes, que supimos odiar el crimen! Dejemos memoria eterna del dolor con que hoy lloramos el luto de nuestra patria, y para ello pido que de hoy mas, principien siempre nuestros cánticos de guerra, nuestros cánticos de muerte y hasta los cánticos de amores, con el recuerdo funesto de esta inmensa des-

gracia! ¡Que el nombre adorado de Léhloh vaya unido al odiado nombre de Zarah; que al ensalzar la gloria del uno, se execre la infamia del otro; y que se conserve de padres á hijos por siempre en el corazon de los Cántabros, la memorta de bendicion de la víctima con la memoria maldita del verdugo, diciendo como hoy nosotros, hasta las últimas generaciones.

Léhloh ill! Léhloh!
Léhloh ill! ¡Léhloh!
¡Léhloh! ¡Ah!
Léhloh ill! Léhloh!
¡Léhloh! ¡Zarah ill
Léhloh! ¡Ah!

—

Léhloh ha muerto! Léhloh!
Léhloh ha muerto! Léhloh!
Léhloh! ¡Ay!
Léhloh ha muerto! ¡Léhloh!
¡Léhloh! Zarah ha muerto
á Léhloh! ¡Ay!

La multitud prosternada ante el cadáver del malogrado Jefe, repetia con lágrimas en los ojos, y la voz erémula de emocion, esa lúgubre vstrofa que desde aquella época, ha venido encabezando todos los cantos vascongados; llegando en fin hasta nuestros dias, al través de la memoria de cuarenta generaciones y sobre las ruinas y revoluciones de mas de veinte sjglos!

(1) Al final de la columna primera de esta leyenda se antepuso la antepenúltima línea á las dos últimas.

FIN DE LEHLOH.

LAS TRES OLAS.

POR

D. JUAN VENANCIO DE ARAQUISTAIN.

Hácia fines de Junio de 1850, tuve que pasar por ciertos asuntos de familia, desde el puerto de Deva, al de San Sebastian; y como el viaje por tierra era largo y penoso en aquella época, por no hallarse abierta todavía la carretera que hoy une á ambos pueblos, me decidí á hacerlo por mar, fletando para ello una barquilla.

Tanto por aprovechar el terral de la noche, como por huir del calor que ya aquellos dias principiaba á apretar bastante, nos embarcamos antes del alba; y largando las dos velas que se hincharon al punto al soplo de la brisa del rio, la ligera embarcacion principió á hender graciosamente las aguas, como blanca gaviota que resbala en la corriente entre la espuma de las ondas.

Los marineros recostados perezosamente sobre los panèles, saboreaban con delicia el acre humo de su negro tabaco, engolfándose por milésima vez, en la inagotable relacion de los mil accidentes y lances de la última invernada.

Cierto es, que la pesca del besugo á la que se dedican en esa estacion, la mas borrascosa del año, ofrece tan graves y frecuentes peligros, que son raros los dias en que no vean entre angustias de muerte, abrirse los hondos abismos de ese horrible elemento, prontos á sepultarlos en su seno!

No es pues estraño, que las rudas sacudidas que agitan sus almas, y que conserva palpitantes la memoria, sean el objeto predilecto y constante de sus conversaciones.

¡Padrino! exclamaba un jóven, dirigiéndose al patron que era un anciano respetable, curtido por el sol y el aire. Padrino! En vano se ha mascado mucha mar..... El saber y los años podrán dar alguna seguridad y prudencia, pero la confianza y la audacia llenan el bolsillo! Asi mientras la lancha que V. manda, y tripulan los viejos de la cofradia, aferra la mayor y toma rizos al trinquete por cualquier nubecilla que mancha el horizonte..... nosotros los jóvenes, con todos los trapos al viento tragamos el espacio!

—Tanto peor hijo mio, tanto peor, repuso el patron.

—Tanto mejor, padre Tomás! Así llegamos á la cala cuatro horas antes que ustedes, y apenas bien despierto el besugo, se enreda en nuestros anzuelos, en tanto que al llegar ustedes, en vano calan los suyos, pues los animalitos despavilados ya huyen de ellos como de la cruz el diablo.

—Tanto peor repito, y asi no lo fuera! Dios haga que algun dia las playas de Deva, no tengan que llo-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rar desiertas y abandonadas, la pérdida de sus mas valientes hijos!

—Hace mucho que se habla de eso, y sin embargo vivimos, y..... ¿qué diablos? ¡aun viviremos!

—No te fies demasiado, que llevais mal camino para ello!

—La madera es mas dura que el agua, padre Tomás!

—Manejándola bien hijo mio! Y no hay que olvidarse de eso! Tú sabes asi como tus compañeros, que os quiero á todos como á unos hijos; pues he sido amigo, casi un hermano, de vuestros padres y hermanos. Por eso cada vez que miro á esa hermosa trópa de muchachos, todos jóvenes y gallardos, echarse locamente al mar, sin consultar para nada ni el celage ni el viento.... ¡oh! te aseguro que se me oprime de angustia el pecho y mis labios invocan á la Andra Mári de Iziar, que ha sido siempre la Protectora de los navegantes! Tambien nosotros hemos sido jóvenes, pero eramos mas prudentes!

—Ya, gritó con voz robusta otro marinero entrado en años, llamado Chánton;— es que los ballenatos de ahora arriesgan las algas en el charco, por nadar de largo en tierra!

—Bá! Bá! repuso el jóven; lo cierto es, que nuestra lancha ha venido siempre con muertos (1) hasta los toletes, y la de ustedes apenas ha necesitado un balde para limpiar la escama!

—Otro año traerá otro viento, replicó Chánton. Y por cierto que hace falta, porque despues de todo, tiene razon este chico.... Si en la última invernada no hubieran corrido en compañia las dos lanchas... la nuestra hubiera tenido que vender hasta los estrobos para pagar sus deudas.

— Con la edad se olvida el oficio, exclamó riéndose el jóven.

—No es eso solo, repuso con cierto misterio el viejo Chánton.

—¿Pues qué mas hay?

—La maldicion de alguna alma negra! contestó con acento irritado el viejo.

—¿Aún tenemos de esas? exclamó el jóven dando una gran carcajada.

—Ríete, ríete cuanto quieras, refunfuñó amostazado Chánton.

—Y de buena gana por cierto, que merece bien tu guiñada.

Luego dirigiéndose al patron añadió.

¿Y usted qué dice á todo esto padre Tomás?

Pero este haciéndose el distraido, volvió á otro lado el rostro, por ocultar la dolorosa emocion que revelaban sus alteradas facciones.

Chánton en cambio, picado por la burlona risita del mancebo, replicó diciendo.

—Vosotros jóvenes imberbes, os reis de nuestras rancias creencias, porque habeis tragado algunas millas mas que vuestros padres ; pero pregunta á tu buen padrino que ha sido un lobo de mar tan duro como un tiburon , si recuerda todavia sin espanto, la *historia de las tres Olas*.

—¿Habia tambien brujas en danza?

—Que te lo diga él!

—Vamos, pues, padre Tomás.....

—Lo que vas é hacer al punto, es tomar un rizo al trinquete, que viene refrescando el viento.

—¿Y despues?

—¿Despues? Callar, sin meterte en lo que no te importa; que el pez en el agua, y el secreto en el pecho.

Viendo luego que el jóven trataba de replicar, añadió con imperioso y severo acento.

—Te advierto, de hoy para siempre..... que mar adentro y en tierra firme, viro de proa ó suelto una andanada, cada vez que me toquen ese punto.

Nadie chistó; pues por el tono con que pronunció sus palabras, comprendieron sus compañeros, que serian inútiles sus ruegos.

(1) *Muertos*. Llaman asi los pescadores , á los grandes peces que tienen que matarlos con machetes al soltar del anzuelo.

Pero precisamente el interés que le inspiraba aquel asunto, y la penosa impresion que le causaba su recuerdo, era lo que excitaba mi curiosidad, no dejándome sosegar hasta conocer los misteriosos sucesos á que se referian.

Afortunadamente, el honrado marino habia sido en todos tiempos muy protejido de mi casa, de la que en mas de una ocasion habia recibido favores, que sabia yo recordaba con afectuosa gratitud, lo que me animó á manifestarle mis deseos, rogándole me refiriera la historia de que hablaba Chánton.

En efecto, apesar de lo que le contrariaba mi exigencia, se preparó á complacerme; y despues de algunos instantes que necesitó para reponerse de la dolorosa emocion que le causaban sus recuerdos, comenzó su relacion en los términos siguientes:

—«Tiene V. razon, mi amo, en creer que es algo rudo el sacrificio que me impone; pero como nada puedo negarle, lo haré con gusto por darle con él una corta prueba de la gratitud que le debo, solo que en atencion á la penosa impresion que me produce la memoria de tan tristes sucesos, me permitirá que sea en su relacion todo lo breve que pueda.

Hace cosa de cincuenta años que era yo *Onci mutilla* (1) de una de las lanchas pesqueras de Deva, en compañia de un muchacho conocido con el apodo de Bilinch. El tendria como unos quince años, y yo de diez y ocho á veinte.

El patron de la lancha, era un hermano de mi padre que me habia recogido á su casa, siendo aun muy niño, al verme huérfano y desamparado en el mundo, por la pérdida de mis padres.

Era un gran marino, y tan práctico en nuestras costas, que hubiera montado con los ojos vendados, todas sus barras, fondeaderos y calas.

Por lo demás, aunque un poco rudo y agreste como todo hombre de mar, tenia el corazon mas grande que puede imaginarse.

Habiéndose casado de vuelta de sus navegaciones por América, con una jóven á quien queria entrañablemente, tuvo de ella una hija bonita y buena como un ángel. Era de la misma edad que yo, poco mas ó menos, lo cual, unido á la costumbre de vernos y de tratarnos á todas horas, hizo que sin echarlo de ver siquiera, llegáramos á amarnos como dos pobres locos.

Poco tardó mi tio en apercibirse de ello; pero no debió desagradarle, á juzgar por las muchas bromas que en sus horas de buen humor nos daba á entrambos.

Cierto es que me queria como á un hijo.... y despues... nos veia tan felices!

¡Qué tiempos aquellos! continuó diciendo el viejo marino, exhalando al mismo tiempo un profundo suspiro. Si agoviado de cansancio llegaba de la mar, sin el consuelo siquiera de reparar con el sueño mis fatigas, por tener que arreglar las trezas para la siguiente mañana, la hermosa niña me obligaba á acostarme, mientras ella, sentándose á los pies de mi cama, pasaba las altas horas de la noche preparando mis enseres y arrollando mi sueño con dulces y melodiosos zortzicos.

Cuando azotados por la tormenta y ateridos por el frio llegábamos con trabajo al puerto..... mis ojos se encontraban con sus ojos, que reanimaban mi vida, indemnizándome de todas las fatigas.

Tambien es cierto que el primer pescado de la invernada era siempre para ella; y si alguna preciosa con-

(1) *Onci mutillac*. Llámase asi en Vascuence los dos más jóvenes de la tripulacion encargados del cuidado de la lancha.

cha ó una caprichosa *flor de agua* (1) se enredaba en nuestras trezas, llegaba por la noche á sus manos, pues todos me la cedian con gusto, bien persuadidos de la profunda gratitud con que me obligaban por aquel obsequio que era el mayor que podian hacerme. ¡Oh, mi amo! Las palabras de amor son frias en los labios helados de un viejo; pero puedo asegurar á V. que podria haber en aquel tiempo otros dos seres tan felices como nosotros, pero lo que es mas..., imposible!

Si alguna nube llegó á turbar tanta dicha, fué la desgracia que constantemente persiguió á nuestra lancha en la pesca de besugo el último año de aquellas relaciones.

En vano llegábamos antes que nadie á la cala; nuestras trezas se cargaban de miserables miesgas y papardos, en tanto que á nuestro lado, las demás lanchas se veian obligadas á alijar el lastre para hacer lugar á sus centenares de besugos.

Si con el fin de variar la suerte dejábamos que ellos calaran primero, los veiamos con vergüenza y pena izar los aparejos cargados á punto de romperse, mientras los nuestros subian bailando al soplo del viento.

Y eso un dia.... y otro.... y otro, sin que pudiera atribuirse á la carnada, que era inmejorable, ni á la torpeza de los marineros, pues eran los pescadores mas diestros que se conocian desde Machichaco á Higuer.

Era cosa de desesperarse!

Trabajábamos tres veces mas que todos nuestros compañeros, sin dejar banco ni valle de esa misteriosa cala del «Gran Canto» que mi tio conocia al dedillo, y á donde no abordaban todavia en aquel tiempo mas que algunos vasco-franceses.»

Al llegar aquí, el viejo Chánton, aprovechando una pausa que hizo el patron, se dirigió con aire de triunfo al incrédulo jóven, y le dijo:

—Sigue, sigue escuchando, que ahora empieza lo mejor.

«Una noche..... continuó el viejo Tomás dando un profundo suspiro, una noche, á eso de las doce, nos reunimos Bilinch y yo en el muelle de Maspe, y entramos en la lancha á fin de aviarla para la salida, que solia ser generalmente de dos á tres de la mañana.

En menos de una hora dejamos todo arreglado, y viendo que aun nos quedaba mucho tiempo, nos echamos á dormir.

Por mi parte, poco tardé en entregarme al sueño; y sabe Dios cuánto hubiera durado, á no despertarme mi compañero, sacudiéndome violentamente de un brazo.

Sorprendido por tan brusco llamamiento, iba á dirigirle alguna ágria reconvencion por su torpeza, cuando al levantar los ojos para mirarle, quedé helado de espanto, observando el terror que revelaban sus desencajadas facciones.

—¿Qué te pasa? pregunté con ansiedad.

—¿No las has visto? ¿No las has oido? balbuceaba él, con los ojos azorados. Eran ellas! Ellas!

Pero ¿quiénes? le volví á preguntar.

Tu Mari..... y la otra! Huye de ellas, Tomás... No vuelvas á verlas!

Alarmado por sus ininteligibles frases, iba á pedirle algunas esplicaciones, pero tuve que aplazar para otra ocasion, porque en aquel momento el reloj de la parroqula vino á anunciarnos la hora de la salida.

¡Vamos, vamos! gritó mi compañero al oir las tres campanadas. Pronto, Tomás, que estarán ya aguardando.

En efecto, soltamos la lancha y nos dirigimos con ella á Lavatáya, que era el punto en que se reunia y se embarcaba la tripulacion.

En el camino volví á acosarle con

(1) *Flor de agua*. Designan con ese nombre á las madréporas por la semejanza que tienen con las plantas.

mis preguntas..... pero en vano! Ni desplegaba los labios, ni levantaba los ojos clavados tenazmente en los paneles.

Cuando llegamos al embarcadero, encontramos á la tripulacion, que nos estaba aguardando.

Pero antes de que la lancha atracara bien al muelle, Bilinch pegó un salto, y echó á correr en direccion á la calle, atravesando por medio de un grupo de marineros. Mas al doblar la esquina, tropezó con el sotapatron, que venia en sentido opuesto, y fué tan rudo el encuentro, que el pobre chico cayó en el suelo gritando.... No puedo..... no quiero.... y no iré al mar!

—Hola! hola! replicó entonces el otro. ¿Tambien tenemos de esas? Y asiéndole de una oreja, le trajo al muelle, haciéndole entrar luego de un empellon en la lancha.

—¿Qué es eso? gritó mi tio al ver lo que pasaba.

—Nada, contestó el sopatron; que este arrapiezo quiere correr novillos.

—¿Es posible?

—Dice que le marea el agua salada y que deja el oficio. Por lo visto va á matricularse de obispo.

A todo esto, el pobre muchacho se retorcia desesperadamente á los pies del patron, pidiendo á gritos que le echáran á tierra.

Los marineros por su parte, no viendo en aquellos extremos mas que el empeño de gandulear á sus anchas, se burlaban sin piedad de él, quien preguntándolo si habia conquistado el corazon de alguna mayorazga, quién si estaba aguardando á algun tio de Indias.

Pero yo, que me hallaba desosegado y caviloso, por el recuerdo de las fatídicas palabrac que me dirigió al despertarme en la lancha, y que veia algo de misterioso en toda su conducta, me acerqué disimuladamente á mi tio, y le comuniqué mis temores.

Este, que á pasar de su rudeza, era un hombre razonable y bondadoso, impuso silencio á todos, y se dirigió á Bilinch, diciéndole con dulzura:

—Vamos, hijo mio, tranquilízate, y esplícame luego por qué no quieres, como otras veces, salir al mar con nosotros.

—¡Oh, mi amo, me es imposible! Pero juro á V. que hoy no debo, que hoy no puedo acompañarles.

—Pero eso no basta. Tú sabes que estas comprometido por todo el invierno, y que no puedes faltar ni un dia sin una razon que lo impida.

—Es que la tengo, señor, la tengo; y ojalá que así no fuera.

—Lo creo, pues lo aseguras; pero es preciso que la conozcamos todos.

—Se me ha anunciado que si hoy me embarco me he de ahogar sin remedio.

—Y ¿cómo?

—Naufragando.

—Perdiéndose en tal caso contigo la tripulacion entera?

—Así lo creo, y por eso debiais impedir que saliera hoy vuestra lancha.

—Chico, chico, eso va picando en historia! O tu te estas burlando sin conciencia de nosotros, ó sabes cosas cuyo conocimiento nos interesa á todos. Así, pues, vas á decirnos qué anuncios son esos de que nos hablas y cuáles los peligros que nos amenazan.

—Pero es precisamente lo que no puedo.

—Bueno! Querrá decir que correrás la misma suerte que nosotros.

—Por Dios, mi amo!

—Silencio, canalla! Supongo que no tendrás la pretension de creer que tu vida valga mas que la nuestra.

Dicho esto, púsose en pie, y asiendo el timon con mano fuerte, dió la órden de partir, esclamando con robusto acento:— *Arráun, mutillác!* (Remad, muchachos!)

A esta voz, treinta remos hen-

Universidad de Deusto
Biblioteca

dieron á la vez las aguas, y la barca, impelida por su impulso corrió con rapidez rio abajo.

Pero Bilinch se habia echado ya á los pies del patron suplicándole que se detuviera, pues que estaba pronto á referírselo todo.

En su vista, mi tio mandó parar, y los marineros suspendieron en alto los remos.

La lancha perdiendo entonces poco á poco la fuerza de su marcha, fué á detenerse en frente de Urazandi, balanceándose suavemente.

El patron se sentó, y dirigiéndose con bondad al chico que lloraba amargamente, le dijo.

—Vamos Belinch, serénate, y cuéntanos lo que te ha pasado.

—Lo haré mi amo; y quiera Dios que no nos venga ningun mal por ello.

Esta noche á eso de las doce, fui como siempre con Tomás, á preparar la lancha para la salida; y á las dos horas, la dejamos ya arreglada y lista del todo.

Viendo que sobraba tiempo, nos tendimos ambos junto al tamborete y á los pocos instantes, mi compañero quedó profundamente dormido.

No hubiera tardado por mi parte en imitarle, sino hubieran venido á desvelarme con estrépito y algazára, dos fantasmas en forma de mujeres, que cayeron á bordo como desprendidas de las nubes.

Fué tanta mi sorpresa, y tan grande mi susto, que quedé paralizado, mudo, y sin aliento para rebullirme siquiera. Esa fué mi fortuna; pues habiéndose inclinado para observarnos, y creyendo que tanto mi compañero como yo estábamos dormidos, continuaron en su algarabía, dando vueltas en derredor de nosotros.

Cuando se hubieron consado, la mas vieja de ellas, dirijiéndose á la otra dijo.—Duermen..... duermen! Es lo que necesitábamos; ahora no despertarán hasta que yo mande.

De pronto sentí que la barca subia y subia por el aire. Despues de andar bastante tiempo, fuimos bajando suavemente, hasta que al fin, nos detuvimos en la ancha copa de un enorme olivo.

Las dos mujeres se acercaron entonces, y mirándonos un rato, saltaron de la lancha y desaparecieron de mi vista.

Apesar del horrible miedo que me embargaba, era tanta mi curiosidad, que sin poder dominarme, abrí los ojos para echar una mirada hácia el punto, en donde debian hallarse, á juzgar por las voces y ruido que venian por él.

Al incorporarme, tropecé con una rama que estorbaba mis movimientos, y cortándola con el mayor cuidado, la oculté bajo los paneles, para que no la vieran á la vuelta. Miré entonces, y á pesar de la oscuridad; conocí que nos encontrábamos en un inmenso olivar, en uno de cuyos extremos, se me figuró ver algunos bultos que vagaban entre sombras.

¡Alguna danza de Lámias! dije para mi, y me acerqué á Tomás para despertarle; pero en aquel instante, sentí ruido como de pasos que se iban aproximando, y sospechando que serian las dos mujeres, volví á tenderme como antes.

Eran ellas en efecto; quienes despues de contemplarnos de nuevo un rato, entraron en la barca, que inmediatamente se puso en movimiento.

A los pocos instantes, llegamos al punto de partida, es decir, al muelle de Maspe.

Despues de atada la barca, la mayor de ellas dijo á la otra.

—Hija mia, despidámonos de ellos para siempre!

—¿Para siempre? No entiendo....

—Quiero decirte, que nunca volverás á ver esta lancha, ni tripulante alguno de ella; pues dentro de dos horas descansará con su gente en el fondo del mar.

—¡Pero si está como una balsa de aceite!

—¡Pues apesar de eso! Antes que doblen la punta de Arrangatzi, levantaré tres olas inmensas: la primera de leche, la segunda de lágrimas, y la tercera de sangre. Podrán librarse de las dos primeras, pero no hay poder que les salve de la última.

—Qué ódio les tienes!

—Es mi destino! Les he perseguido todo el invierno ahuyentando á su paso la pesca; pero como mi virtud sobre ellos concluye la próxima noche, quiero acabar tambien con ellos sepultándolos en las ondas!

—¿Y no habrá compasion para nadie?

Para nadie! Absolutamente para nadie! Y no lo eches en olvido. Nuestra mision es aborrecer á todos sin escepcion alguna; pero con mas vehemencia á quien mas nos quiera!

—Sigamos pues el destino. ¿Pero y si por cualquiera circunstancia dejáran hoy de salir á la mar?

—Calla maldita, eso es imposible. Todo les convida á ello. Saldrán y perecerán. Solo hay un medio, uno tan solo, en cuya virtud pudieran evitar su suerte, pero ni lo conocen, ni alcanzarán á conocerlo.

—¿Cuál es madre mia?

—Lanzar un arpon al seno de la última ola, es decir, á la de sangre; porque esa ola seré yo, yo misma que flotaré entre sus aguas, invisible á sus ojos. El golpe que éstas recibieran, heriria mi corazon de muerte, salvándoles á ellos.

—¡Oh madre si lo supieran!

—Pero es imposible, pues no hay mas que tú quien pueda conocer este secreto, y bien seguro es que no irás á publicarlo. Así es que serán mios! Todos mios! y no habrá en nuestra próxima fiesta nocturna, quien celebre un triunfo como éste!

Así diciendo, volvió el rostro hácia la barca, exclamando: «Podeis despertaros!» y enseguida desaparecieron ambas de allí, dando estrepitosas carcajadas.

En cuanto me vi solo, desperté á Tomás; y al ir á revelarle lo que ocurria, sonaron las tres y vinimos á Lavatáya.

El muchacho calló: pero figúrese usted mi amo (continuó el viejo Tomás dirigiéndose á mi) cómo quedaríamos al escuchar tan extraña relacion, y sobre todos yo, que por las incoherentes frases que oí á Bilinch al despertarme, entré en sospechas de quienes podrian ser las dos mujeres.

Era espantosa mi desesperacion, y me enloquecia á la idea de ser tan pérfidamente vendido, por la persona que mas amaba en el mundo!

Parecia que el corazon queria reventarse; y por cierto, que en aquel momento lo hubiera sentido bien poco.

Hubo sin embargo algunos que no dieron crédito á las palabras del pobre chico, otros que las esplicaron como efecto de una pesadilla, no faltando por último quienes echándolo á barato, principiáran á burlarse de él.

Pero éste por única contestacion, preguntó dirigiéndose con altivez á todos, si habia uno siquiera entre ellos, que conociera la existencia de un olivo en diez leguas á la redonda.

Todos respondieron negativamente; y entonces él separando apresuradamente los panales, sacó del fondo de la lancha, una rama. y exclamó con aire de triunfo.—Pues ahí teneis esto! Es la rama con que tropecé en el olivar, al levantar la cabeza, y la cual oculté en este sitio, á fin de que á su vista no comprendieran aquellas mujeres que era fingido mi sueño.

Ahora bien, si hay quien pretenda burlarse de lo que he dicho, debe primero citar un punto, de donde pueda traerse una rama de olivo fresca como la que yo enseño, en el corto espacio que ha durado el sue-

ño de Tomás, único tiempo de que he podido disponer para hacerme con ella; pues en cuanto al resto de la noche, bien sabe él, y puede deciros, que no me he separado ni un momento de su lado.

Nadie pudo resistir á prueba tan concluyente: porque la verdad es, mi amo, que en aquel tiempo no habia, ó no se conocia al menos en diez leguas al contorno, árbol alguno de esa clase.

La rama fatal destilando todavia sábia del punto en que habia sido desgajada del tronco, corria de mano en mano, helando de supersticioso terror á los mas incrédulos.

—Lámia! Lámia! murmuraban todos con indescriptible espanto.

Yo lloraba sin consuelo, pues mi alma destrozada me decia, cuánta era mi desgracia!

Despues de unos instantes de confusion, ocasionada por unos que opinaban por volver á tierra, otros que proponian que se evitara el Arrangatzi; y la griteria y las voces de todos, el patron se puso en pié, y empuñando con fuerza el timon, dijo en alta voz:

—¡Silencio!

En cuanto se hubo restablecido la calma, añadió dirigiéndose á mi.

—Tomás agarra el arpon y á la proa! Listo el ojo, firme el brazo, y á mi voz lánzalo al agua! Ahora los demás al remo! *Arráun mutillác.* (Remad muchachos.)

Sentí oprimírseme el pecho al escuchar sus órdenes.

No sospechaba el desgraciado, que el golpe que hiriera la ola, habia de cortar su vida!

Impelida por la fuerza de los remos, nuestra lancha abrió con rapidez la corriente.

La trémula claridad de la luna rielaba sobre la superficie de las aguas, que apenas rizaban ni un soplo de aire, ni el movimiento de una ola.

La barca corria y corria, y sin embargo, parecia que nos moviamos apenas; y que los brezos y los madroños de la orilla, huian de nosotros en vertiginosa carrera, tomando entre los vapores de la mañana, formas fantásticas y caprichosas.

Doblamos la punta de la Cruz, y nos acercamos á la barra, que aparecia á nuestros ojos tranquila y serena como la frente de una virgen que no ha despertado al amor.

En un momento llegamos á ella. Por ningun lado asomaba el menor peligro..... y sin embargo..... nadie chistaba!

De pronto y sin conocerse por dónde, se levantó á dos brazas de nosotros, una enorme ola, grande como una montaña, blanca como la nieve.

¡Gueldi! (Quieto) gritó el patron, dirigiéndose á mí. Yo cerré los ojos deslumbrado por la blancura de las aguas..... y acaso por el miedo!

—Era verdad! murmuró el patron con voz un tanto trémula. ¡La ola de leche!

—¡La ola de leche! repitieron todos en voz baja.

—*Aurrerá mutillác.* (Adelante muchachos) gritó el patron.

Los treinta remos volvieron á hundirse, y la barca resbaló sobre el agua, con la proa envuelta entre nubes de espuma; pero antes de la tercera palada, volvió á levantarse muy cerca, otra ola mayor que la anterior, exhalando de su seno diáfano y cristalino, un vapor que abrasaba los ojos.

Asi como antes, nos suspendió por un momento sobre el abismo, y corrió enseguida á deshacerse bramando en las negras arenas de Ondarbeltz.

¡La ola de lágrimas! balbuceó mi tio gritándome *Guertu Tomás!* (Listo Tomás!) Luego dirigiéndose á la tripulacion añadió: *Aurrerá mutillác.* (Adelante muchachos.)

La lancha corria y corria; y ya casi habia traspuesto la barra, cuando vino á cerrarnos de lleno el horizonte, la pavorosa ola de sangre que alzándose en mostruoso arco, nos arrastraba á su horrible seno con fuerza irresistible.

¡Oh mi amo! Seria imposible pintar á V. la terrible ansiedad, el temeroso espanto, que agarrotaba todos los ánimos en aquel solemne instante!

No se sentia en medio de tan lúgubre silencio, mas que la angustiosa respiracion de los marineros, al compás del uniforme movimiento de los remos.

Orrí gogor! (Firme á esa!) gritó mi tio santiguándose. Vacilé un momento... cerré los ojos, y lancé con mano trémula el arpon al fondo de la ola de sangre!

Un doloroso y triste quejido respondió á mi golpe, mientras aquella montaña de agua rojiza se abria en dos partes contra el tajamar de la lancha, y se precipitaba con furia á la costa, dejando la playa cubierta de una espuma sanguinolenta.

Aquel dia... continuó cada vez mas conmovido el anciano Tomás; aquel dia, nuestros brazos se cansaron en levantar los aparejos cargados de besugo, pudiendo asegurarse, que quedaron compensadas todas las pérdidas de la invernada.

Figúrese V. mi amo, si con tal motivo faltarian á Bilinch plácemes y enhorabuenas.

Todos estaban locos de contento, mientras yo devoraba en silencio lágrimas que caian á abrasar mi corazon destrozado!

Dimos rumbo para casa, y aunque tardamos poco en llegar, encontramos todos los muelles cuajados de gentes que habian acudido á presenciar la entrada, noticiosas ya de nuestra buena suerte, por otras lanchas que menos cargadas que la nuestra, pudieron anticipársenos fácilmente.

Pero en vano mi tio é yo dirigiamos las miradas de un lado á otro, buscando entre la multitud los dulces objetos de nuestro cariño! Ni la madre ni la hija aparecian por ninguna parte.

Mis ojos se encontraron con los del tio. No me fué difícil conocer en sus miradas la inquietud que le causaba su ausencia, pero bien seguro es que él no adivinó por las mias, la tremenda borrasca que rugia en mi pecho!

En cuanto saltó al muelle, preguntó por su esposa, y le dijeron que se hallaba indispuesta.

—Ya me lo temia, murmuró, y apresuró el paso.

Yo le seguia llorando.

Llegamos á casa, y nos dirigimos al cuarto de la enferma que en aquel momento se encontraba en cama, con el rostro vuelto hácia la pared.

Al sentirnos entrar, levantó bruscamente la cabeza, y fijando en su marido una mirada sangrienta impregnada de ódio, gritó con terrible acento.

—Maldito! maldito! maldito seas!

Y así diciendo, cubrióse el rostro con la sábana, y exhaló su último aliento en un horrible rugido.

El desventurado esposo se precipitó sobre su cadáver y lo estrechó contra su pecho, queriendo volverle á la vida á fuerza de abrazos y caricias.

Aquella escena me desgarraba el alma y salí de casa.

A los pocos pasos, me encontré con su hija. No puede formarse idea de la horrible transformacion que en tan poco tiempo habia sufrido su rostro de ángel.

Sus hermosísimos ojos que brillaron siempre con una expresion de irresistible dulzura, lanzaron al verme miradas rencorosas de desesperacion y venganza.

Un estremecimiento nervioso se apoderó de todo mi cuerpo, pero dominándome sin embargo, la dije con cariño.

—¿Qué es eso Mári?

—¡Maldito seas asesino! me res-

pondió con ronco acento, y desapareció para siempre de mi vista.

Al punto comprendí lo que pasaba: pero no obstante, por acariciar hasta el último extremo un resto de esperanza, tomé el camino mas largo que pude, para ir al muelle á verme con Bilinch.

Le encontré allí en efecto segun había pensado.

¿Quienes eran, le pregunté acercándome á él, las dos mujeres que viste anoche en el muelle de Maspe?

Mi compañero dobló la cabeza y guardo silenció.

—¿Quiénes eran? le volví á decir, con aire amenazador.

—¡Mári y su madre! contestó en voz baja.

—Ya me lo temia, murmuré yo, alejándome de aquel sitio.

—

Mi pobre tio cayó en cama, afectado profundamente por la soledad y el desamparo en que le dejaron la muerte de su mujer y la misteriosa desaparicion de su hija; y á los pocos meses de enfermedad, sucumbió agoviado de dolor y de tristeza!

Huérfano de nuevo, se me hicieron insoportables los sitios en que fuí tan dichoso, y que no ofrecian ya á mi alma, mas que la afliccion y el vacio en el porvenir, y recuerdos desgarradores en el pasado.

Así, en la primera ocasion, me ajusté en un buque que hacia rumbo para América, y no volví á estas playas hasta despues de veinte años.

Desde entonces..... jamás ha llegado la mirada de una mujer á reanimar mi alma muerta, ni ha alcanzado el fuego de la pasion á dar calor á mis labios frios! Y aun hoy mismo, mi amo, despues de cincuenta años de peligros y de fatigas, bajo esta piel curtida por el sol de dos mundos, mi viejo corazon se estremece rudamente, al recuerdo de sus primeros y únicos amores! ¡Dios me perdone por ello!

—

El honrado patron calló concluyendo su historia, y dobló la calva frente sobre su mano callosa, procurando ocultarnos dos lágrimas que surcaban sus tostadas mejillas!

Conmovidos tambien los demas en presencia de afliccion tan profunda, nos engolfamos poco á poco en esa vaga region de melancólicos sueños, que impregna el alma de triste y misterioso encanto.

Y así continuamos el viaje, hasta que la aguda voz del proél gritando Donostia! Donostia! nos volvió á las dos horas á la realidad de la vida; saltando pocos instantes despues en uno de los muelles de esa preciosa ciudad, que arrullan con sus amores, por un lado el ruidoso Océano, y por el otro el dulce Urumea! (1)

(1) A escepcion de los amores de Tomás, ni el detalle ni la circunstancia mas insignificante se ha añadido en la relacion de esta tradicion ó lo que sea. Aun viven en Deva gentes que conocieron y trataron á los personajes que intervinieron en ella; marinero existe todavia que asegura (y que jurará si se le aprieta un poco) que tuvo en su mano la rama de olivo, y que vió perfectamente las tres olas, y escuchó el quejido de la Lamia; y lo que es en cuanto á crédito, no hay hombre ni mujer del pueblo que no se lo dé tan completo, como si hubiera presenciado por sí mismo los sucesos á que se refiere.

TRES CUENTOS POPULARES,

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

PICO DE ORO.

I.

Trabajillo nos costará ahora que estamos en invierno el trasladarnos, aunque solo sea con la imaginacion á la ciudad de Burgos, dejando la benigna temperatura de las marismas de Vizcaya donde fructifica el naranjo y el limonero, porque la temperatura de Burgos es tan fria, que allí, cuando el termómetro de Reaumur señala el grado de congelacion, exclaman las gentes: «¡Qué! si tenemos una temperatura primaveral!» Pero ello no hay remedio; hemos de trasladarnos allá si hemos de oir al famoso Pico de Oro que va á predicar en la nunca bastante ponderada catedral de Burgos.

¿No saben VV. quién es Pico de Oro? Pues él muy nombrado es porque en las iglesias siempre está uno oyendo exclamar á las mujeres: »¡Jesus, qué Pico de Oro!»

No sé si habrá mas Picos de Oro que uno; pero el de mi cuento era un fraile dominico tan célebre en toda Castilla por su elocuencia en el púlpito, que en cuanto se anunciaba que iba á predicar en cualquiera parte, no quedaba pueblo alguno entre la cordillera Cantábrica y la Carpetana de donde no fuera gente á oirle.

II.

La buena, la religiosa, la caballeresca, la hidalga, la histórica, la monumental ciudad de Burgos estaba alborotada con la noticia de que el famoso Pico de Oro iba á predicar en su santa iglesia catedral, y con tal motivo, por toda Castilla la Vieja acudian las gentes como en romería á la ilustre *caput castellæ*, aunque, como de costumbre, hacia en Burgos un frio que ya, ya.

¡Para qué queria Burgos capitania general, ni audiencia, ni presidio, ni universidad, ni instituto, ni seminario, ni demonios colorados, si el famoso Pico de Oro fijase allí su residencia y echase aunque no fuera mas que un sermoncito cada semana!

Pero dejémonos de digresiones y vamos al asunto. El asunto era que habia llegado el gran dia, el dia en que el famoso Pico de Oro hiciese resonar su elocuentísima voz en la catedral de Burgos.

Veinte catedrales como aquella, y eso que no es floja, no hubieran bastado para dar cabida á la muchedumbre que se agolpaba á las puer-

tas del templo codeándose, estrujándose, apabullándose, despachurrándose, por entrar á oir al famoso Pico de Oro.

La catedral estaba ya tan llena que al papa-moscas le temblaban las piernas cada vez que salia á machacar en la campana temiendo que la catedral pegase un estallido.

Por fin el señor arzobispo se arrellanó en el sillon pontificio colocado en el presbiterio, y un ¡ahhh! de satisfaccion se exhaló de todos los gaznates al ver aparecer en el púlpito al famoso Pico de Oro.

III.

Como no es cosa de que yo vaya á encajar aquí entero el sermon del famoso Pico de Oro, me contentaré con dar á conocer su resúmen, que los adeptos á la última moda francesa llamarán análisis.

Despues de anunciar en el exordio que se proponia encarecer las penas del infierno, para lo cual imploraba la gracia del Altísimo, el predicador entró en materia y fué diciendo lo que en resumidas cuentas vamos á ver.

« Amados oyentes mios: los tormentos del infierno son tales que solo pueden concebir alguna idea de ellos los hombres de bien que se meten en pleitos, los pobres pundonorosos que se casan con ricas necias, los alcaldes de los pueblos divididos por las pícaras elecciones, los que en España viven del cultivo de las letras y las artes, los que están gobernados por gentes que han pasado la vida conspirando para cojer la sarten del mango, y finalmente, los españoles.»

El auditorio se estremeció de espanto al oir esto, y el orador continuó:

«Ya veis, amados oyentes mios, que en Búrgos hace un frio de doscientos mil demonos. Pues el frio que aquí hace es tortas y pan pintado comparado con el que hace en el infierno.»

El señor arzobispo pegó un respingo en su asiento, y el auditorio lanzó un grito de horror al oir que en el infierno hacia aun mas frio que en Búrgos.

«¿Veis, continuó el orador, los carámbanos de hielo que cuelgan de los canalones de esta santa catedral? Pues en el infierno, hasta en las alcobas hay colgaduras como esas.»

El señor arzobispo echaba al orador unas miradas que parecia querérsele comer vivo, y el público alzaba los ojos al cielo pidiendo al Señor misericordia.

«Sí, amados oyentes mios, continuó el famoso Pico de Oro, haceis bien en pedir al Señor que os libre de los tormentos del infierno, porque en el infierno es tan horroroso el frio, que hasta cuando se asan los pájaros hay que llevar una fundita en las narices, porque sino se le hielan á uno.

Al señor arzobispo un color se le iba y otro se le venía, y el público lloraba de terror y arrepentimiento dándose en el pecho cada puñetazo que se le hundia.

El famoso Pico de Oro proseguia:

«Para que no creais que exagero al encarecer los tormentos del infierno, os diré que allí, hasta cuando á uno le sirven el chocolate hirviendo, para tomarlo hay que romper con los nudillos de los dedos el hielo que le cubre.»

El señor arzobispo echó mano á la mitra para echársela á la cabeza al predicador; pero conteniéndose y no pudiendo aguantar mas en su sillon, se levantó y se fué á la sacristia á tomar un vaso de agua, porque parecia que le iba á dar algo.

En cuanto al auditorio, estaba tan arrepentido de sus pecados, que los confesaba á gritos y pedia á Dios que le librase de las penas del infierno.

IV.

El famoso Pico de Oro bajó del púlpito altamente satisfecho del saludable efecto de su oratoria; y al dirigirse á la sacristia, hubiera reventado de orgullo á no ser tan modesto, porque todo el mundo esclamaba:

—¡Jesus, Jesus, que Pico de Oro!

En la sacristia encontró al señor arzobispo hecho un veneno de santa indignacion.

—¡Amigo, exclamó su ilustrísima al verle, me ha dado V. un rato de padre y muy señor mio!

—¿Por qué, ilustrísimo señor? le preguntó Pico de Oro con mucha calma, tomando un polvo con permiso de su ilustrísima.

—¡Alabo la pregunta! exclamó el señor arzobispo indignado. ¿Con que se pone V. á decir que en el infierno hace frio, cuando precisamente sucede todo lo contrario!

—¿Y por eso está incomodada vuestra ilustrísima?

—¡No, que estaré bailando de contento!

—¿No ha visto vuestra ilustrima el efecto que mi sermon ha hecho?

—Y tres mas que lo he visto; pero por eso mismo me duele y hasta me indigna el que habiéndole dado á V. Dios tan asombrosas facultades oratorias, no saque de ellas todo el partido que debiera sacar. ¡Cuidado que me ha hecho gracia la ocurrencia de decir que hace frio en el infierno!

—Entendámonos, ilustrísimo señor. ¿Qué me propuse yo al dirigir la palabra al público burgalés?

—Lo que V. anunció en el exordio: inspirar horror al pecado que Dios castiga con el infierno, encareciendo los tormentos que en el infierno sufre el pecador.

—¡Ajá! Estamos conformes. Ahora digame su ilustrísima: ¿qué es lo que sobra en Búrgos?

—Frio.

—¿Y qué es lo que en Búrgos falta?

—Calor.

—Perfectamente. Pues siendo asi, dígase á los burgaleses que en el infierno abunda el calor que en Búrgos falta, y todos querrán ir al infierno; pero dígaseles que en el infierno abunda el frio que en Búrgos sobra, y no querrá ir al infierno ninguno.

El señor arzobispo alargó la mano al famoso Pico de Oro al oir esto, y esclamó sacando á su vez la caja del polvo y tomando uno de los mas morrocotudos:

—¡Dios de Dios, lo que saben estos padres dominicos! ¡Parece que han estudiado con los padres jesuitas!

TRAGA ALDABAS.

I.

El cuento que voy á contar, carece de la intencion moral y filosófica que deben tener los cuentos en estos tiempos en que ni siquiera hay niños á quien contar los que no la tienen, porque los niños ya no son niños, que son hombres pequeñitos. Le he recogido de boca del pueblo, el pueblo, y no yo, es su autor, y en este concepto, si hay alguna agudeza en él, probará que el pueblo es agudo, y esto ya es algo en unos tiempos en que se escriben y publican tantas cosas que prueban únicamente que sus autores son agudos como punta de colchon.

II.

Lesmes era pastor, aunque su nombre no lo haria sospechar á nadie, pues todo el que haya leido algo de pastores en los autores mas clásicos y autorizados, sabe que se llaman todos Nemorosos, Silvanos, Batilos, etc.

Si el nombre de Lesmes nada tiene de pastoril, menos aun tiene la persona, porque es sabido que todos los pastores como Dios manda, son guapos, limpios, discretos, músicos, poetas, cantores y enamorados, y Lesmes podia apostárselas al mas pintado á feo, puerco, tonto, torpejon para la música, la poesia y el canto, y el amor estomacal era el único que le desvelaba.

Lesmes tenia, sin embargo, algo de pastor, aparte, por supuesto, de lo de guardar ganado: era curandero. Nadie ignora que la flor y nata de los curanderos sale del gremio pastoril.

La voz del pueblo, que dicen es voz de Dios, decia que Lesmes triunfaba de todas las enfermedades; pero yo tengo una razon muy poderosa para creer que la voz del pueblo mentia como una bellaca, y por consiguiente, no es tal voz de Dios, ni tal calabaza: Lesmes padecia una terrible hambre canina, á la que debia el apodo de Traga-aldabas con que era conocido, y toda su ciencia no habia logrado triunfar de ella.

Un invierno atacó no sé qué enfermedad al rebaño de Lesmes, y en poco tiempo no le quedó una res viva. Esta desgracia fué doble para el pobre Traga-aldabas, porque al perder el ganado, perdió la numerosa clientela de enfermos. que le daba, si no para matar el hambre, al menos para debilitarla. El pueblo, que acudia á él en sus dolencias, dijo con muchisima razon: «Si Traga-aldabas no entiende la enfermedad de las bestias, es inútil que acudamos á él.» Y dicho y hecho: ya ningun enfermo acudió á consultar á Traga-aldabas.

Cansado este infeliz de luchar con el hambre por espacio de no sé cuantos dias sin conseguir hacerla la zancadilla, determinó llamar en su auxilio á la muerte, cosa que hacen los tontos cuando la tontería se les agrava cen la desesperacion.

—¡Señora Muerte! empezó á gritar ¡señora Muerte!

De repente descubrió á la Muerte, que salia de una taberna inmediata y se estaba divirtiendo en andar al rededor de una de esas pozas de agua estancada que suele haber en las aldeas á la puerta ó las inmediaciones de las casas.

—¿Qué se te ofrece, hombre, que tantos gritos dás? le preguntó la Muerte.

—Que haga V. el favor de quitarme cuanto antes de enmedio, á ver si acabo de padecer.

—¿Tenias mas que haber llegado á la casa de trato donde suelo estar? Pero vamos á ver lo que te pasa.

—Lo que me pasa es que estoy rabiando de hambre.

—¿Y por eso me llamas?

—Ya se vé que sí. ¿Y lo estraña usted.

—Si que lo estraño.

—¿Por qué?

—Por que en los hartos y no en los hambrientos, es en quienes por lo comun ejerzo yo mi ministerio.

—Si yo estuviera harto no la llamaría á usted.

—Cierto, porque vendria yo sin que tu me llamaras.

—En fin, no tengo gana de conversacion. Hágame usted el favor de sacarme de penas, dándome un golletazo con ese chisme que lleva usted al hombro.

—Cuál, ¿la guadaña?

—Si, señora.

—La guadaña es solo mi insignia heróica, y no mato con ella á nadie.

—¿Pues con qué mata usted?

—Con una porcion de armas mucho mas eficaces que este embeleco, con los médicos malos y con los curanderos malos y buenos, con los malos gobiernos y con los pueblos ingobernables, con el lujo, con los libros escritos por los malos y los tontos, con la indiferencia religiosa, con la vida de café, que va sustituyendo á la vida de familia, con los

dos ó tres mil bribones que en cada nacion pretenden monopolizar la cosa pública.

—Déjese usted de sátiras, y échemе pronto al otro barrio.

—Deseo complacerte, por que me has prestado muy buenos servicios mientras has sido curandero; pero si te he de decir la verdad, quisiera que permanecieras aun por acá á ver si vuelves á prestarmelos.

—Cualquiera diria que no es usted partidaria de la pena de muerte.

—Hombre, algo hay de eso.

—Si lo entiendo, que me ahorquen.

—Pues es fácil de entender: el servicio que me prestan los muertos es insignificante, por que la tufaradilla con que inficionan la admósfera desde que empiezan á corromperse hasta que concluyen, no vale nada comparada con el que me prestan los vivos. Casi, casi se puede asegurar que si no muriese nadie moriria mucha mas gente.

—Vamos usted me quiere volver tarumba con sus paradojas. ¿Me quita usted de enmedio, si ó nó?

—No.

—¿Pero no ve usted que entonces me voy á morir de hambre?

—Ya haré que no te mueras.

—¿Cómo?

—Comiendo.

—¿Y cómo voy á comer sino gano un cuarto?

—Yo haré que ganes cuanto quieras.

—¿De qué modo?

—Haciéndote médico.

—Pero sino entiendo de medicina.

—Pues esos médicos son los que á mi me convienen.

—¿Y dónde están esos?

—¿Dónde? No me conviene que sepa.

—¡Si digo que usted tiene ganas de volverme tonto!

—Ya lo eres.

—Pues entonces.....

—Entonces me conviene que seas médico y lo vas á ser.

—¡Espliquese usted con dos mil de á caballo!

—Me voy á esplicar. Así que una persona cae mala, me planto yo á su lado. Si el mal es de muerte, me coloco á la cabecera de la cama, y sino lo es, me coloco á los pies. Ya supondrás que cuando Dios me ha dado atribuciones para deshacer su predilecta hechura, que es el hombre, tambien me habrá dado algunas otras menos importantes.

—¿Y qué atribuciones son esas?

—Una de ellas es la de permanecer invisible.

—¿A los ojos de todos?

—Sí.

—¡Esa es grilla! ¡Mire usted si los médicos la verán á usted!

—¿Verme á mi los médicos? ¡Tú estás tocando el violon! Pero volvamos á tu medicatura.

—Dirá usted á mi curandería.

—¿Por qué?

—Porque no teniendo título, seré curandero y no médico.

—Lo mismo dá. Lo que no dá lo mismo es la ignorancia y la ciencia. Pues como iba siendo, yo soy invisible para todo el mundo y dejaré de serlo para tí. Entras á ver á un enfermo, y si me ves á la cabecera de la cama, dices que el enfermo no tiene remedio por haberte llamado tarde; el enfermo se muere, todos dicen: «Qué ojo tiene ese D. Lesmes! En echándole ese á uno el fallo ni toda la veterinaria le salva!» Pero si me ves á los pies de la cama, dices que tu respondes de la vida del enfermo, aunque le has escontrado ya medio muerto; le das cualquiera cosa para hacer que hacemos, y como el enfermo se salva, dicen todos: «¡Este D. Lesmes resucita los muertos!» y no tienes bastantes piés para visitar, ni bastantes manos para embolsar dinero. Con que ¿qué te parece mi proposicion?

—Me parece á pedir de boca. Pero me ocurre una duda.

—Vamos á ver qué duda es esa.

—Yo no puedo creer que me proteja usted por mi buena cara, y quisiera saber que mira se lleva usted en ello.

—En primer lugar, la de satisfacer una deuda de gratitud, porque ya he dicho que me serviste en grande cuando eras curandero, y en segundo, la de que vuelvas á servirme.

—¿Y cómo he de servir á usted?

—Te diré: los medicos de gran reputacion son los que á mi me convienen, con tal que su reputacion sea injusta, y de este número serás tú.

—No lo entiendo.

—Tu no entiendes nada y así me gustan á mi los médicos. Cuando hayas adquirido gran reputacion, te consultarán muchísimas gentes sanas y buenas y las pondrás enfermas á fuerza de hacer con ellas barbaridades.

—Está usted muy equivocado, que á todo aquel á cuyo lado no la vea á usted, le diré que no está enfermo.

—Guárdate de decirle tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque perderás reputacion y dinero.

—¡Zape! No echaré en saco roto el consejo.

—Aunque es de la Muerte, es consejo muy saludable.

—Ea, voy á ver si me sale por ahí alguna visita y saco la tripa de mal año. Con que hasta la vista, señora Muerte.

—Hasta luego, Traga-aldabas.

Lesmes tomó el camino de un pueblo, cuyo campanario se veia allá á lo lejos, y la Muerte se fué á otro á intrigar para que el médico y el boticario, que eran amigos suyos, fueran nombrados individuos de la Junta de Sanidad.

III.

Al llegar Traga-aldabas al pueblo, notó una gran consternacion en el vecindario, como que hombres, mujeres y niños lloraban como becerros.

Informóse de lo que ocurria y supo que toda aquella consternacion y llanto eran porque el alcalde del pueblo estaba desauciado de los médicos.

Y en verdad que el vecindario tenia motivos para idolatrar al alcalde y considerar como una gran calamidad el que Dios se le llevase, porque alcaldes como aquel entran pocos en libra.

Para ser elegido no habia tenido que emborrachar á los electores; no organizaba cada dia, en union de los concejales una comilona con cargo al capítulo de gastos imprevistos; no se embolsaba las multas despues de dar al alguacil los picos para que cerrase el suyo; no tenia los abastos del pueblo por medio de testaferro, y por último, no habia hecho depositario de los fondos municipales á un amigo suyo que le entregase todas las noches la llave de la caja. Digaseme, pues, en vista de estos informes, si no tengo razon para decir que alcaldes como aquel entran pocos en libra.

—¡Ya me cayó que hacer! dijo para sí Traga-aldabas. Visitaré al alcalde y si sale adelante en su enfermedad, me pongo las botas.

Y dirigiéndose á casa del enfermo pidió permiso para pasar adelante.

Es de advertir que el alguacil era la única persona del pueblo que no podia tragar al alcalde, y todo por la sencilla razon de que este no le daba los picos de las multas como su antecesor, porque sacaba pocas y cuando las sacaba las destinaba al fondo comun.

—¿Para qué quiere V. pasar? preguntó el alguacil á Lesmes.

—Para ver al enfermo.

—¡Eso es, para que le mate usted!

—¿Cómo que matarle?

—El que mata las bestias, de

juro ha de matar al alcalde.

—¡Deslenguado, exclamó Lesmes indignado del maligno sentido equivoco con que hablaba el alguacil, y penetró en la alcoba del enfermo, á lo que el alguacil no opuso gran resistencia por la razon que mas adelante veremos.

A la cabecera de la cama estaba un médico de los mas afamados en la comarca, y Lesmes temió por un momento que fuese la Muerte, por que habia oido decir que ésta se disfrazaba de médico muchas veces; pero muy pronto se convirtió su terror en alegría al dirijir la vista á los piés de la cama y ver allí á la Muerte.

—¿Qué trae usted por aquí? le preguntó la alcaldesa, que, entre paréntesis, tenia muy buenos bigotes.

—Vengo á dar la salud al señor alcalde, contestó Lesmes.

—El señor alcalde, replicó irritado el médico, solo debe ya esperar la salud de Dios y de la ciencia.

—Pues con la ayuda de Dios y de la ciencia se la voy yo á dar.

—Ciencia usted? dijo el médico con la risa del conejo.

—Ciencia yo, si señor.

Aunque la ocasion no era para risas, todos, incluso la alcaldesa, estuvieron á punto de reir á todo trapo al ver la estupidez de aquel zamarro que creia poder dar la salud á un moribundo deshauciado por los mejores médicos.

El alguacil se habia acercado á la alcoba, atraido por aquel altercado, y como tenia ganas de que cuanto ántes se llevase la trampa al alcalde y creia muy á propósito á Traga-aldabas para despacharle pronto, única razon porque no habia opuesto gran resistencia á la entrada del curandero, tomó la palabra en favor de este, diciendo por lo bajo á la alcaldesa, que repito tenia muy buenos bigotes.

—Señora, eche usted noramala á los médicos, que están matando al señor alcalde, resentidos de que apenas hay ningun enfermo en el pueblo desde que el hizo desaparecer los focos de infeccion que envenenaban al vecindario.

La alcaldesa era crédula como lo son generalmente las mujeres, cosa que nos tiene mucha cuenta á nosotros los tunos de los hombres, y creyó de buenas á primeras al alguacil.

—Yo opino, dijo al médico, que si Lesmes insiste en que él es capaz de sacar adelante á mi marido, debemos poner en sus manos al enfermo.

—Señora, exclamó el médico, asombrado de la credulidad de la alcaldesa, ¿está usted chispa ó se ha vuelto loca?

—Ni lo uno ni lo otro. Usted y sus compañeros han dado por muerto á mi marido, este hombre dice que él se compromete á resucitarle, y yo quiero probar si le resucita, que de todos modos de muerto no ha de pasar mi marido.

Oir esto el médico y tomar la puerta como si le hubiesen puesto un cohete en salva la parte, todo fué uno.

A la puerta de la casa habia muchas gentes esperando con terrible ansiedad noticias del estado del enfermo, y al ver salir al médico todos corrieron á preguntarle.

—Cuéntenle ustedes por muerto, que ya le está dando el cachete el bruto de Traga-aldabas, contestó el médico continuando la fuga.

El llanto del vecindario fué en entonces tal que partia las piedras, y en medio del general lloriqueo se oyeron gritos de: «Muera Traga-aldabas.»

Asi que salió el médico, Lesmes dirigió la vista hácia la Muerte como para preguntarle si lo hacia bien, y vió que la Muerte se habia alejado un buen trecho de la cama y le hacia señales de aprobacion con la cabeza.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Lesmes, cada vez mas alentado y contento, tocó la barriga del enfermo, cogió varias telarañas del cielo, se las puso en las cejas al alcalde, y éste, que hacia tiempo habia perdido el sentido dió poco despues señales de recobrarle.

—¡Ya tenemos hambre! esclamó Traga-albabas abrazando en el trasporte de su alegria, á la alcaldesa, que vuelvo á repetir tenia muy buenos bigotes:

En aquel instante el alcalde acabó de volver en sí diciendo;

—O tengo telarañas en los ojos, ó he visto abrazar á mi mujer.

Y como se llevase la mano á los ojos y notase que en efecto tenia telarañas en ellos ó sus inmediaciones, se volvió del otro lado y se quedó tranquilamente dormido.

Poco despues roncaba como un marrano, y el pueblo, conociendo en sus ronquidos que estaba ya fuera de peligro, lloraba de alegria y se apresuraba á tomar parte en una suscricion que se habia abierto para recompensar dignamente al que habia salvado al popularísimo alcalde, suscricion con que Lesmes se puso las botas, botas que autorizaron á Lesmes á anteponerá su nombre el don, y don que dió á Lesmes la respetabilidad de que no deben carecer los que se consagran al alivio de la humanidad doliente.

IV.

La cura del alcalde consabido habia dado á D. Lesmes una reputacion bárbara, y esta reputacion crecia como la espuma con las admirables pruebas de acierto que cada dia daba el expastor. Si D. Lesmes decia: «este enfermo se muere,» el enfermo moria, aunque su enfermedad consistiese en la picadura de una pulga; y si por el contrario decia: «este enfermo se salva» el enfermo se salvaba, aunque su enfermedad consistiese en la picadura de una culebra de cascabel.

El ojo de Don Lesmes era ya mas célebre que el del boticario de la pedrada.

Cuéntase (y por sabido lo callára yo, sino viniera tan á cuento) que cierto sujeto llamó á un médico y le dijo que estaba enfermo, sin saber cual fuese su enfermedad, pues no le dolia nada.

—Lo mas raro de este pícaro mal, añadió, es que tengo buen humor, buen sueño y buen apetito.

—Pues no le dé á usted cuidado, dijo el médico que ya le quitaremos á usted eso.

Y en efecto, á fuerza de cama y medicinas y dieta y sobaduras, le quitó todo aquello, es decir, el buen humor, el sueño y el buen apetito.

Don Lesmes era llamado con frecuencia por personas á cuyo lado no veia á la Muerte, lo que probaba que se le llamaba para curar un mal imaginario. A pesar del encargo que le habia hecho la Muerte de que se guardara de desengañar á tales enfermos, al principio los desengañaba porque proceder de otro modo le repugnaba mucho; pero pronto tuvo que abandonar tan laudable sistema. Los pretendidos enfermos á quienes no ponia en cura porque no le necesitaban, le echaban en hora mala diciendo que era un bruto que no entendia su enfermedad é iban á dar su dinero á otro médico á quien ponian en las nubes porque los jaropeaba de lo lindo.

En vista de esto, D. Lesmes se decidió á seguir el consejo de la Muerte, quitándoles, como el médico de marras, el buen humor, el buen sueño y el buen apetito á fuerza de cama, medicina, dieta y sobaduras.

Repito que la fama de D. Lesmes crecia como la espuma. A los médicos se los llevaba con razon el diantre, al ver que un intruso en su facultad no les dejaba ganar un cuarto, y rabiaban por acudir al subdelegado de medicina para que pusiese las peras á cuarto á D. Lesmes; pero era

la gaita que en aquel país no habia tal subdelegado ni tal cabeza, porque allí era enteramente libre el ejercicio de la medicina. Señor, que un enfermo era tan animal que llamaba á un albeitar en lugar de llamar á un médico y reventaba con la medicina que le daba el albeitar? En el pecado llevaba la penitencia. ¡Pues no faltaba mas que no se permitiera en un país civilizado y libre curar á los enfermos sin licencia del gobierno, cosa que se permite en la misma Africa tan atrasadota y tan bárbara!

Pero á pesar de su gran reputacion y su numerosa clientela, Traga-aldabas no ganaba lo bastante para satisfacer el hambre canina que siempre le habia devorado y que era cada vez mayor hasta el punto de parecer insaciable.

—Es tontería, decia para sí don Lesmes, para comer y beber como yo deseo, se necesita una renta de diez mil duros al año y no gano la mitad, aunque hago la infamia de no desengañar á los enfermos imaginarios. Está visto que como no tenga la suerte de que algun rey, príncipe ó señoron ó así, me nombre su médico de cámara, nunca me veré harto. Sucedió por aquel tiempo que el rey cayó gravísimamente enfermo, y por mas que los médicos de cámara se despepitaban por aliviarle, no lo conseguian.

La fama de D. Lesmes habia llegado ya á la córte, porque las famas inmerecidas tienen cuatro alas en vez de tener dos como las merecidas. No faltó quien aconsejase á S. M. que le hiciese llamar, cosa que puso hechos un basilisco á los médicos de cámara, porque decian con muchísima lógica. «Cierto que nosotros no podemos salvar al rey, pero si por casualidad ese hombre sabe mas que nosotros y le salva, ¡qué se dirá de nosotros!»

Cuando D. Lesmes recibió la noticia de que el rey le llamaba, temió morirse de alegría, pero no viendo por allí á la Muerte se tranquilizó y emprendió el camino de la Córte, diciendo:

—A la córte voy, y milagro será que allí no consiga matar el gusanillo, porque..... dejémonos de cuentos, porque para llenar la barriga no hay como el presupuesto de la nacion!

V.

Ya nadie daba un ochavo por la vida del rey cuando Traga-aldabas llegó á la córte. El rey era muy amado de su pueblo, pero la gente elegante (aunque no toda, por supuesto,) se puso de mal humor cuando corrió la voz de que acababa de llegar un médico que probablemente salvaria á S. M.; y era por que ya habia consentido en lucir sus ricos trages en el entierro de S. M. y en las fiestas de la coronacion de su sucesor.

¡Qué! ¿dicen ustedes que esto es inverosímil, que tengo muy pobre idea del corazon humano? Pues yo les contaré á ustedes un cuento que no lo es. Ustedes habrán oido hablar mucho y bien de la señora de Lopez, muy conocida en la buena sociedad de Madrid por su elegancia y sus caritativos sentimientos, de que hablan con frecuencia los periódicos. Pues una mañana que Madrid se despoblaba para ver apretar el gañote á un reo, operacion que debe ser en estremo ingeniosa y divertida cuando el pueblo que debe ser el mas culto de España gusta de presenciarla, supe, al llegar á la puerta de aquella elegante y caritativa señora, que el reo habia sido indultado por S. M., y como precisamente en aquel instante viese á la señora de Lopez bajar la escalera, deslumbradora de belleza y elegancia, me apresuré á decirla: «Señora, no se moleste usted en salir, que la reina ha perdonado al reo.» Y la señora Lopez, haciendo un gesto que pare-

cia quererse tragar á la reina, se volvio atrás esclamando: ¡Qué fastidio!

Cuando D. Lesmes penetraba en la cámara régia, las piernas le temblaban como campanillas, temiendo ver á la Muerte á la cabecera de la cama del augusto enfermo, en cuyo caso, como hay Dios. habia echado buen viaje!

Sus temores no eran infundados, porque apenas penetró, lo primero que se echó á la cara fué á la Muerte, que estaba agazapada á la cabecera de la cama para lanzarse sobre el rey como el gato que se agazapa junto al agujero para lanzarse sobre el raton.

El alma se le cayó á los pies á D. Lesmes al verla; pero repuesto un poco de su desmayo, tuvo de repente una idea luminosa de esas que inspira el hambre, su eterna compañera, y se decidió á ponerla en práctica.

—¿Cómo se siente V. M.? preguntó al rey.

—Mal, rematadamente mal, contestó el enfermo, hecho un veneno. Vaite puedes dar prisa á aliviarme un poco, porque sino va á haber aquí una catástrofe de mil demonios.

—Tenga V. M. un poquito de cachaza, que todo se andará si la burra no se pára. Por de contado, que vengan aquí cuatro mozos de cordel.

—¿Qué barbaridad vas á hacer conmigo, hombre? esclamó el rey sobresaltado.

—No hay barbaridad que valga. Que vengan cuatro mozos he dicho.

Cuatro mozos de cordel aparecieron inmediatamente en la cámara.

—Cojan ustedes esa cama, les dijo D. Lesmes, y colóquenla al reves, ó lo que es lo mismo, la cabecera donde están los pies y los pies donde está la cabecera.

Los mozos lo hicieron así, y la Muerte se encontró, sin saber cómo ni cuándo, á los pies de la cama en lugar de estar á la cabecera.

D. Lesmes miró con aire de triunfo á la Muerte, y conociendo en los gestos de esta que le decia «amigo, me has hecho una pillada que yo no esperaba de ti,» D. Lesmes, se llevo la mano á la barriga como contestándola: «señora, usted perdone, que el hambre aguza el entendimiento y endurece el corazon.»

La Muerte iba á mandar un recado á su jefe á ver si le permitia inutilizar la jugarreta de D. Lesmes volviéndose á colocar á la cabecera de la cama del enfermo, pero desistió de ello asaltada por una idea luminosa que á su vez tuvo cuando Traga-aldabas se tocó la barriga. Tambien el hambre inspiró aquella idea á la Muerte, que siempre tiene hambre de carne humana.

—¿Sabes, dijo el augusto enfermo, que me siento mucho mejor desde que me han vuelto al revés la cama? Es verdad que los reyes estamos ya acostumbrados á que nos lo pongan todo al revés.

—¿Pues qué, creia V. M. que yo no sé donde les aprieta el zapato á los reyes? Donde á los reyes les aprieta el zapato es en el pie de los calafates que les rodean.

—Y lo malo es que nosotros cojeamos y ellos andan tan campantes.

—Déjese V. M. de conversacion y que le traigan un ensopadillo de lonjas de jamon y medio cuartillote de buen Valdepeñas.

—¿Y crees tu que no me hará daño?

—¿Daño el jamon y el vino? Hombre no diga V.M. barbaridades. Para que V. M. se convenza de que estoy seguro de que no hace daño, voy á comer y beber de lo mismo.

—Sí, pero.....

—No hay pero que valga. Para probar que mis medicinas no son nocivas, me atraco yo de ellas antes que el enfermo, como voy á hacer ahora mismo, y estamos al fin de la calle.

—Pero como tú no estas enfermo.

—Cierto que no lo estoy; pero en cambio, V. M. solo va á tomar unas raspas de jamon y un sorbo de vino, y yó me voy á poner de uno y de otro como una pelota.

—En fin, venga el ensopadillo y el trago, sin necesidad de que tu lo pruebes antes....

—¿Cómo que no lo he de probar? Lo que yo prometo lo cumplo. ¡Pues no faltaba más, hombre! Con permiso de V. M., voy al comedor, y hasta que yó no me ponga de jamon y vino que lo alcance con el dedo, no consentiré que á V. M. le traigan su racion. Para que aprovechen las medicinas se han de tomar con fe; y para que V. M. la tenga en la que yó le he recetado, lo mejor es que vea lo provechosa que á mi me ha sido.

Traga-aldabas bajó al comedor, y tal se puso el cuerpo de jamon y vino, que todos pensaron iba á dar un estallido.

En seguida subió su racion al rey, que se la echó al coleto con tanta mas fe, cuanto que veia al médico mas alegre que unas páscuas y mas colorado que un tomate.

D. Lesmes se volvió á acordar en aquel instante de la Muerte, de quien se habia olvidado mientras comia, olvido en que incurren todos los glotones; y por mas que miró y remiró, no la vió en la real cámara, lo cual era prueba evidente de que el rey se habia salvado.

Pocos dias después, el rey estaba completamente restablecido de su grave enfermedad y señalaba á Don Lesmes una pension vitalicia de diez mil duretes al año, en recompensa del morrocotudo servicio que le habia prestado.

VI.

Con motivo de la asombrosa facilidad con que D. Lesmes habia salvado de la muerte al rey, que ya la tenia al ojo, á D. Lesmes le llovian las visitas, porque ¡cómo no habia de aprovechar á los vasallos lo que habia aprovechado al rey! La fuente del Berro es la peor que hay en Madrid y sus cercanías, como que sus aguas son tan duras que para dijerirlas se necesita tener estómago de perro ó estar acostumbrado á ellas ú otras semejantes, y sin embargo el público las tiene por las mejores de Madrid y sus cercanías, por la única razon de que son las que beben los reyes. Cuando Cárlos III vino á Madrid, como estaba acostumbrado á las aguas de Nápoles, que son gordas, le sentaban mal las de Madrid que son delgadas. Buscáronse aguas que se pareciesen todo lo posible á las de Nápoles, y como probase y le sentasen bien las del Berro, continuó bebiéndolas, y desde entonces aquella fuente ha surtido á Palacio, porque acostumbrada la familia real á sus aguas, le sientan al parecer bien. El público que vé todos los dias conducir á Palacio, en relucientes cántaros el agua de la fuente del Berro, cuya injusta reputacion prueba que en la córte la frescura y no el mérito es lo que priva, cree que la fuente del Berro es un prodigio, y el público que veia conducir todos los dias á palacio, en relucientes carrozas, á D. Lesmes, creia que D. Lesmes era tambien un prodigio de ciencia médica. A pesar de esto, las visitas no le daban á Traga-aldabas para matar el hambre que cada vez era mas devoradora.

—Está visto, decia para sí D. Lesmes, que no me veré harto hasta el dia que cobre la primera mesada de mi pension. ¡Lo que es ese dia, juro á brios Baco balillo que me he de poner bueno el cuerpo!

Lo que tenia inquieto á D. Lesmes era la Muerte, porque no era tan lerdo que no sospechase que aquella señora le preparaba alguna emboscada en venganza de la partida serrana que le habia jugado en Palacio.

Algunas personas que la vieron en

las fondas, tabernas, casas de juego, etc., etc., que eran los sitios que mas frecuentaba, notaron que se ponia hecha un veneno cuando le hablaban de D. Lesmes, y luego se sonreia siniestramente como diciendo:—Dejen ustedes por mi cuenta á ese Traga-aldabas, que no tardará en pagármelas todas juntas.

Por fin llegó el gran dia para don Lesmes. es decir, el dia de pescar la primera mesada de su pension.

Aquel dia se dió tal atracon, que reventó de lleno antes de levantarse de la mesa, y al cerrar por última vez el ojo, vió á su lado á la Muerte que le dijo con un tono capaz de matar á un caballo:

—¿Pensabas, pedazo de animal, que á los médicos les es lícito jugar con la muerte? Pues te equivocabas de medio á medio, que á los médicos solo les es lícito jugar con la vida.

La moral de este cuento en que la Muerte no desperdicia ocasion de morder á los médicos, es que los médicos como Dios manda hacen muy mal tercio á la Muerte y que por consiguiente son utilísimos á la humanidad. Con que, señores médicos, á ver si ustedes, á fuer de agradecidos, se esmeran en la asistencia del autor de este cuento, que es el pueblo. Por lo que á mi hace, declaro que si Dios me hubiera dado siquiera una pizca de la gracia y la malicia que se necesitan para cultivar la sátira, la emplearia en satirizar á los curanderos titulados, que son aun mas numerosos que los titulados curanderos.

LA COMPOTA.

I.

Este era un rey, pero no sé de dónde, pues la historia debe estar ya tan fastidiada de preguntas y respuestas, que no me he atrevido á preguntárselo. Lo único que sé es que se llamaba Perico, que estaba casado con una tal Mari-Castaña, y que se pasaba la vida pensando cómo se las habia de componer para formar un buen ministerio, y diciendo, al ver que todos los que formaba le salian malos:—¡No, pues cómo á mi se me hinchen las narices!...:.

La reina Mari-Castaña era una gran cocinera, y miraba con indiferencia la política. Entonces no estaban aun en íntimas relaciones la política y la cocina, porque á los ciudadanos de aquel tiempo, como eran todos unos barbarotes, no les habia ocurrido una cosa muy sencilla: que para fortalecer el corazon basta fortalecer el estómago, su vecino, y que para encender el fuego pátrio basta una media chispa.

El rey Perico estaba muy quemado con la indiferencia política de su mujer, y eran muy comunes entre sus majestades peloteras del tenor siguiente:

—¿Sabes, mujer, que voy á variar de principios?.....

—No hay dia que no varies.

—Estás muy equivocada, que no he variado nunca.

—¡Jesus qué hombre tan embustero! Pues apuradamente tengo yo poco cuidado de que nunca salga á la mesa dos dias seguidos un mismo principio!....

—Pero mujer, si se trata de otros principios.....

—Pues no puedo ponrrte otros, que en la plaza va todo por las nubes, y ya no sabe una de qué echar mano.

—¡Dale bola! Con tu pícara aficion á la cocina haces unas ensaladas.....

—Tunante, ¿qué tienes tú que decir de las ensaladas que yo hago? Ni el rey, con ser rey, las come mejor que la que has comido hoy.

—¡Vaya una pata de gallo!

—¿Qué, estaba malo el gallo en pepitoria?

—Mujer, óyeme y no me quemes la sangre.....

—¿Estaba quemada la sangre con cebolla que almorzaste esta mañana?

—No digo tal cosa. Lo que digo es que no hay modo de entenderse contigo, y te dejo antes que se me hinchen las narices.

Y la pelotera terminaba yéndose el rey á su despacho á ocuparse en los asuntos políticos, y la reina á la cocina á ver si espumaba el puchero.

Estos altercados daban muy pícaros ratos al rey Perico. El rey se tentó una mañana las narices, y pareciéndole que estaban un poco hinchadas, se decidió á prohibir formalmente á su mujer la entrada en la cocina; pero un suceso inesperado vino á hacerle mudar de parecer, y por consiguiente á probar que no habia tal hinchazon.

Como el rey salia pocas veces de palacio, y la reina salia todas las mañanitas á la compra, resultaba que quien recibia los memoriales dirigidos á sus majestades era la reina. Una mañana estaba ésta en la pescaderia, disputando sobre si la merluza habia de ser á tres ó á tres menos cuartillo, cuando se acercó un pobre cesante, que le dió respetuosamente un memorial y echó á correr.

El memorial estaba concebido en estos términos:

«Señor: el exponente es un súbdito leal de V. M., y por mas señas cesante, pues los pérfidos consejeros de V. M. le limpiaron el comedero para colocar á un burro, de la familia de uno de ellos. Así, pues, no puede menos de poner en conocimiento de V. M. que sus desleales ministros están amasando un gran pastel; y no dice mas, porque á buen entendedor, etc.»

—¡Qué osadia! ¡qué audacia! ¡qué iniquidad! exclamó la reina Mari-Castaña, bramando de cólera al leer este memorial. Haber en palacio quien quiera echarme la pata precisamente en lo que mas noble gloria me proporciona! Lo sabrá el rey inmediatamente, y si su majestad es tan calzonazos que no ahorca á esos traidores mas pronto que la vista, nos veremos las caras!

Y la reina echo á correr á palacio cada vez más furiosa.

—¡Perico! gritó á su marido, lee, lee ese memorial, y ve en lo que se entretienen tus pérfidos consejeros. Ahórcalos inmediatamente, no tengas misericordia con ellos, ó si no, el mejor dia en lugar de echarte sal en el puchero, te echo soliman de lo fino.

El rey Perico sospechó que el pastel de qué hablaba el memorial era mas indigesto de lo que la reina se figuraba, y empezó á hacer averiguaciones con la prudencia y sagacidad que requieren los negocios de Estado. De estas averiguaciones resultó, que el pastel que amasaban sus ministros, tenia por objeto nada menos que destronarle.

Presos los desleales consejeros, fueron sentenciados á muerte.

No hallando misericordia en el rey, á quien por primera vez de su vida se le habian hinchado un poco las narices, acudieron á la reina. Al saber la reina que el pastel de que eran culpables los ministros no era de los que ella hacia con tanta perfeccion, intercedió tan eficazmente con su augusto esposo, que á este se le deshincharon las narices.

—Ea, dijo el rey á su mujer, ya que te empeñas, les perdono la vida, y me contento con que salgan desterrados del reino. ¡Hay que confesar que para hacer pasteles te pintas sola!

Al oir la reina este elogio, se puso tan ancha, tan ancha, que desde aquel dia data la pícara invencion del miriñaque.

—¡Vean ustedes, pensó para sí el rey Perico, por dónde demonios la aficion de mi mujer á la cocina me

ha librado de una catástrofe! Si mi mujer no hubiera tenido la mania que tiene, hubiera envuelto la merluza con ese memorial, y yo no hubiera podido averiguar la que me estaban armando esos tunos. Hay que convenir en que Dios no hace las cosas á humo de pajas. Dejemos á mi augusta esposa que siga con la mania que Dios le ha dado. Pero ¿cómo demonches me las compondria yo para librarme de tanto y tanto y tanto pícaro como me rodea? Sucede que los malos corrompen á los buenos, y la corrupcion se va haciendo tan general, que á la vuelta de pocos años, si esto sigue así, no voy á tener un servidor honrado. La culpa me tengo yo por ser tan bragazas, pero canario, ¡cómo un dia se me hinchen de veras las narices?...

II.

El disgusto del rey Perico con la corrupcion que se iba apoderando de sus servidores iba en aumento, y en aumento iba tambien la aficion de la reina Mari-Castaña al arte culinario.

Ocasiones habia en que el rey daba al demonio esta aficion, pero muy pronto se conformaba con ella y hasta la aplaudida recordando lo del pastel, y pensando que si Dios habia dado á la reina aquella aficion, ya sabia Dios lo que se hacia.

Un dia se recibió en la córte noticia de que el rey de Jauja, aliado y pariente del rey Perico, se disponia á visitar á este último.

La alegria de la reina Mari-Castaña no tuvo límites con esta noticia, porque se le iba á presentar á la augusta señora ocasion de lucir sus dotes de cocinera.

—¡Cómo quien no dice nada, vamos á tener á comer al rey de Jauja, donde se come y se bebe y no se trabaja! exclamaba Mari-Castaña, saltando de gozo como una chiquilla. Un juez tan competente como ese, era el que yo necesitaba para que se apreciasen debidamente mis trabajos, cuyo mérito no comprenden paladares vulgares como el de mi augusto esposo. Necesito averiguar qué platos son los favoritos de S. M. jaujesa, y lo averiguaré, aunque me cueste el oro y el moro.

En efecto, la reina Mari-Castaña envió á Jauja con aquel importante objeto á un tal Cachano, sujeto de toda su confianza; pero pasaban dias y dias, y aunque la reina llamaba á Cachano con dos tejas, Cachano no volvia. Envió otro sujeto con la misma comision, y tampoco volvió. Envió el tercero, y tambien se quedó por allá.

Entonces no tuvo mas remedio que contar al rey lo que le pasaba, á ver si el rey adivinaba en qué consistia aquello.

—¡En qué ha de consistir! le contestó el rey, en que en Jauja se come y se bebe y no se trabaja.

—Pero esos canallas debieron haber recordado que yo soy reina de su patria.

—Pero han recordado que la barriga es reina del mundo.

—¡Así se les vuelva veneno!...

—No te dé cuidado, mujer, que yo daré instrucciones reservadas á mi ministro plenipotenciario en Jauja, para que averigue y me diga que manjares prefiere nuestro augusto aliado.

El rey Perico cumplió su promesa, y pocos dias despues recibió una comunicacion de su representante en Jauja, anunciándole que el manjar favorito de su magestad jaujesa era la compota de manzana.

La manzana era fruta rarísima en los Estados del rey Perico. Sin embargo, se logró reunir una cesta de ellas, y la reina las guardó siete estados bajo tierra, temerosa de que les metiesen mano los chicos, que eran el enemigo malo.

Al fin llegó el rey de Jauja, y hubo en su obsequio repique de campanas, novillo de cuerda, iluminacion y besamanos.

Y á propósito de besamanos, debo advertir que sucedia una cosa muy singular en la córte del rey Perico y la reina Mari-Castaña. Todos los vasallos de estos augustos monarcas se daban de pescozones por besar la mano á la reina, y se relamian los labios despues de haberla besado. ¡Lo que es tener con frecuencia la mano en el guisado!

Era la víspera del gran banquete en que el rey Perico y la reina Mari-Castaña iban á obsequiar á su majestad jaujesa.

El rey Perico estaba en su despacho pensando en dos cosas: primera, cómo se habia de componer para formar un buen ministerio; y segunda, cómo se las habia de amañar para celebrar con el rey de Jauja un tratado de extradicion de criminales, en que para evitar lástimas en sus Estados, se estipulase que los criminales se extrajesen ahorcados y todo.

En estas sérias cavilaciones estaba, cuando cate usted que viene la reina llorando como un becerro, y arrancándose los pelos á puñados.

—¡Ay, Perico de mi alma, que somos perdidos!

—Pues, ¿qué es lo que pasa, mujer?

—Una gran desgracia.

—Espliquese con doscientos mil demonios, que no me llega la camisa al cuerpo.

—Me he encontrado podridas todas las manzanas.

—¡Vaya una embajada! Pues échaselas á los cerdos.

—¡No estás mal cerdo tú!

—¡Mujer, no me urgues, que se me hinchan las narices!

Y así diciendo, el rey dió con la puerta en las suyas á la reina, que se retiró llorando sin consuelo, porque ya no podia hacer la compota de manzanas, en que fundaba sus mas legítimas esperanzas de gloria.

Preocupado el rey Perico con los graves negocios de Estado, no volvió á pensar en el conflicto en que se veia su mujer, y al dia siguiente, á la hora de comer, se sorprendió no poco al ver á la reina completamente tranquila, ó por mejor decir, alegre y satisfecha.

La gran comida empezó.

Al rey Jauja se le alegraron los ojillos al ver el primer plato.

V. M., le dijo el rey Perico, encontrará poco apetitosos los manjares de esta tierra, acostumbrado á los de Jauja, que en punto á manducatoria es el país que lleva la gala.

Cá, está V. M. errado. En Jauja sabe á demonios cuanto uno come.

—Pues hombre, si dicen que en Jauja se come y se bebe y no se trabaja.

—Justo y cabal.

—Pues entonces no comprendo...

—¡Jesus, qué torpe es V. M.! Como en Jauja no se trabaja, hay que comerlo todo crudo.

—¡Toma, y que tiene V. M. mucha razon! Pues no habia yo caido en eso. Hace mucho tiempo que ando dándole vueltas á un proyecto para la supresion del trabajo en mis Estados, pero le voy á dar carpetazo, porque si suprimo el trabajo, estará todo patas arriba.

—Como sucede en Jauja.

—Hombre, ¿por qué no trabaja V. M. para restablecerle allí?

—¿Que por qué no trabajo? porque allí no se trabaja.

—Y á propósito de proyectos y trabajos de Estado, quisiera que entre V. M. y yo celebrásemos un tratado de extradicion de criminales.

—No tengo inconveniente. Vaya V. M. apuntando sus condiciones.

—La primera que pongo es que mis súbditos se han de extraer ahorcados y todo.

—Eso no puede ser, amigo.

—¿Y por qué?

—Porque en Jauja no se trabaja.

—¡Pues es una gaita eso!

Universidad de Deusto
Biblioteca

En estas y otras conversaciones que nada tienen tampoco de inverosímiles, el rey de Jauja comia como un sabañon, y la reina reventaba de orgullo, y rabiaba por decir que ella era la autora de los guisos que tan á su gusto encontraba S. M. jaujesa, pero se contenia aguardando la verdadera oportunidad de abandonar el incógnito.

Esta oportunidad llegó al llegar á la mesa una magnífica compota de manzanas, que hizo dar al rey Perico un grito de sorpresa, y al rey de Jauja un grito de gula.

En un abrir y cerrar de ojos se embutió S. M. jaujesa un platazo de compota, y se dispuso á embutir otro.

—Parece, le dijo la reina, que la compota no le disgusta á V. M.

¡Qué me ha de disgustar, señora, si se come uno los dedos tras ella! En mi vida he comido cosa mas rica. Es cosa de gritar que salga el autor.

—El autor, dijo la reina, desfalleciendo de emocion y alegria, es esta humilde servidora de V. M.

—¡Bravo! ¡bravo! gritó el rey de Jauja con la boca llena. ¿Cómo demonio se las ha compuesto V. M. para hacer cosa tan rica?

—Le daré á V. M, la receta para que su augusta esposa....

—No se moleste V. M., porque en Jauja no trabajo, interrumpió el huésped á la reina, sirviéndose el tercer plato de compota, y desabotonándose el chaleco, para desahogar un poco la barriga.

La comida terminó alegremente, y mientras el rey de Jauja se retiraba á su cuarto á reposarla, la reina Mari-Castaña se retiraba al suyo con mas orgullo que una reina.

El rey de Jauja partió á la mañana siguiente, despues de besar la mano á la reina, relamiéndose los labios como cada hijo de vecino, y despues de honrar nuevamente á aquella augusta señora, pidiéndole para el camino los restos de la compota de manzanas.

—Pero oye, dijo el rey Perico á su mujer, ¿cómo te las compusiste para hacer la compota, que estaba diciendo comedme?

—Mira, ya sabes tú que por muy podrida que esté una cesta de manzanas, siempre hay muchas que tienen un pedacito sano que es muy riquísimo, como no puede menos de serlo, habiéndose conservado sano entre la general corrupcion. Pues separé todos los pedacitos sanos con muchísimo cuidado, y con ellos hice la sabrosísima compota que tan estrepitoso triunfo me ha valido.

¿Y qué hiciste con lo podrido?

—Lo eché inmediatamente al muladar.

—Pues vengan esos cinco, y adios que voy á ver si me doy tan buena maña como tú á hacer compota.

Al dia siguiente amaneció el rey Perico con las narices hinchadas como un tomate, y metiéndose entre sus vasallos, separó los pocos sanos de los muchos podridos, hizo con los sanos una riquísima compota de Ministros, Capitanes generales, Gobernadores, Magistrados, etc., y echó los podridos al muladar, ó séase presidio.

Suplico á los señores periodistas que reproduzcan este cuento siempre que haya crisis ministerial, y sobre todo, suplico á los señores reyes que cuando hagan compotas, tengan mucho cuidado de no echar á la compotera lo podrido y al muladar lo sano.

CAZA DE HISTORIAS TRISTES.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

I.

LA CALLE DE DIANA EN FONTENAY-AUX-ROSES.

El 1.° de setiembre de 1831 me convidó uno de mis mejores y mas antiguos amigos, empleado en el patrimonio real, á que asistiese en Fonteany-aux-Roses.

En aquella época era yo muy aficionado á la caza, y á fuer de buen cazador, era para mi de la mayor gravedad la eleccion del sitio donde debia verificarse cada año la apertura.

Generalmente íbamos á casa de un arrendatario, ó mas bien de un amigo de mi cuñado, en cuya compañía gané, matando una liebre, los primeros laureles en la ciencia de Nemrod y de Elzear Blace. La quinta estaba situada entre los bosques de Compiegne y el de Villers-Cotterets, á media legua de la preciosa aldea de Morienval, y á una de las magníficas ruinas de Pierrefonde.

Las dos ó tres mil fanegas de tierra que componen esta finca, forman una estensa llanura rodeada de bosques casi en su totalidad, y cortada en su centro por un valle delicioso, en que se ven hormiguear entre los verdes prados y los árboles de varios colores, muchas casitas escondidas entre el ramaje, y que se adivinan por las columnas de humo azulado que estrellándose desde su base en las montañas circunvecinas, suben al cielo verticalmente, hasta que, rebasando la altura de las cimas, empiezan á ondular á merced del viento, ensanchándose al desvanecerse como la copa de las palmeras.

A esta llanura y á la doble vertiente de este valle es adonde acude la caza de ambos bosques, como á un terreno neutral.

Así, pues, en la llanura de Brassoire se encuentra de todo: en las laderas del bosque, corzos y faisa-

nes, liebres en los llanos de las lomas, conejos en las cañadas, y perdices alrededor de la quinta.

Mr. Mocquet (así se llamaba nuestro amigo) sabia cuándo debiamos visitarle: nos esperaba, cazábamos todo el dia, y al siguiente volviamos á las dos á Paris, despues de matar entre cuatro ó cinco cazadores que íbamos 150 piezas, de las cuales nuestro amigo jamás quiso aceptar ni una siquiera.

Pero infiel á Mr. Mocquet, cedí este año á los ruegos de mi antiguo compañero, seducido además por un cuadro que me habia enviado su hijo, distinguido discípulo de la escuela de Roma, y que representaba una vista de la llanura de Fontenay-aux-Roses, con rastrojos llenos de liebres y perdices.

Pocos conocerán menos que yo los alrededores de Paris; nunca habia estado en Fontenay-aux-Roses. Cuando paso la barrera, casi siempre es para alejarme quinientas ó seiscientas leguas por lo menos. A cualquier parte donde vaya encuentro interés en todos los objetos.

A las seis de la tarde salí para Fontenay: asomado como siempre á la ventanilla del carruaje, pasé la barrera del Infierno, dejé á mi izquierda la calle de la Tombe-Issoire, y tomé el camino de Orleans.

Issoire es el nombre de un célebre bandido del tiempo de Juliano. Creo que fué ahorcado y enterrado en el sitio que lleva hoy su nombre, á poca distancia de las catacumbas.

La llanura que se estiende á la entrada del pequeño Montrouge tiene un aspecto singular. En medio de los prados artificiales, de los campos sembrados de zanahorias y de los cuadros de remolacha, se elevan una especie de fuertes cuadrados de piedra blanca, dominados por una rueda dentada, semejante al esqueleto de un castillo de fuego apagado. Esta rueda tiene en su circunferencia unos travesaños de madera, en los cuales apoya un hombre alternativamente uno y otro pie. Este trabajo de ardilla que imprime al hombre trabajador un gran movimiento aparente, sin que varie de sitio en la realidad, tiene por objeto enrollar alrededor de un cubo una cuerda, que al enrollarse hace subir á la superficie una piedra desde el fondo de la cantera.

Esta piedra luego, por medio de unos rodillos, es trasportada fácilmente al sitio que la está destinado. La cuerda vuelve á bajar á las profundidades, donde vuelve á buscar otra piedra, dejando un rato de descanso al moderno Ixion, á quien no tarda en anunciar un grito que tiene que volver á emprender su tarea.

Llegada la noche, el cantero tiene andadas unas diez leguas sin haberse movido de su sitio; si subiese en la realidad un escalon cada vez que coloca su pie en uno de los travesaños, al cabo de veinte y tres años habria llegado á la luna.

Al caer el dia, sobre todo, es decir, á la hora en que atravesaba yo la llanura que separa al pequeño Montrouge del grande, es cuando el paisaje, gracias al número infinito de ruedas movibles que se destacan vivamente sobre horizontes de llama, presenta un aspecto fantástico que recuerda los cuadros de Goya, en que unos hombres de aspecto siniestro se ocupan en arrancar los dientes á los ahorcados.

A las siete se paran todas las ruedas: el trabajo de aquel dia ha concluido.

Estas piedras, que luego forman grandes cuadrilongos de cincuenta á sesenta pies de largo y seis ú ocho de espesor, son el futuro Paris que va saliendo de la tierra. Cada dia son mayores estas canteras; son una especie de continuacion de las catacumbas, de donde ha salido el antiguo Paris; son los barrios de la ciudad subterránea que van ganando

sin cesar y que van estendiendo la circunferencia.

A cada paso se encuentra en la pradera de Moutrouge un abismo, una desigualdad del terreno, un valle en miniatura. El agua penetraba en la caverna por una hendidura, pero arrastrando consigo la tierra, y de aquí proviene el hundimiento del terreno.

El que no sepa esto, el que ignore que esas capas de tierra descansan en el aire, por decirlo así, desaparece al poner el pié, por una de esas grietas, lo mismo que en Montauvert se desaparece por las hendiduras del hielo.

Los habitantes de estas galerias subterráneas tienen su carácter y su fisonomia particulares. Como viven en las tinieblas, tienen los instintos de los bichos nocturnos, es decir, son taciturnos y feroces. Oyen á veces hablar de una desgracia, como por ejemplo, «se ha caido un puntal, se ha roto una cuerda, un hombre se ha reventado.» En la superficie de la tierra se cree esto una desgracia; treinta piés mas abajo se sabe que es un crímen.

El aspecto de los canteros es muy siniestro. Sus ojos no pueden sufrir la luz del dia; su voz es sorda y ronca. Sus cabellos caen en mechones sobre sus cejas; no se afeitan sino los domingos por la mañana; llevan un chaleco que deja ver las mangas de una camisa de estopa parda: un delantal de cuero blancuzco para el contacto de la piedra, y un pantalon azul. Llevan la chaqueta al hombro, y sobre ella apoyan el mango del azadon ó de la piqueta con que cavan la tierra seis veces á la semana.

Cuando hay algun motin, los hombres de que hablamos son los primeros que en él figuran. Cuando dicen en la barrera del Infierno, «ahí vienen los canteros de Montrouge,» los habitantes de las calles vecinas mueven á un lado y á otro la cabeza y cierran sus puertas.

Esto es lo que vi durante la hora del crepúsculo que separa el dia de la noche en el mes de setiembre: así que llegó la noche, me recosté en mi asiento, despues de ver lo que ninguno de mis compañeros habia visto seguramente.

A las ocho y media llegamos á Fontenay, donde nos esperaba una escelente cena, y despues de ésta un paseo en el jardin.

Sorrento es un bosque de naranjos; Fontenay un bosque de rosas. Todas las casas tienen su rosal sembrado al pié de la pared con el tronco encerrado en un cajon de madera á cierta altura; el rosal se ensancha en forma de abanico, embalsamando el aire que se respira á su alrededor; y cuando en vez de aire hace viento, derrama una lluvia de hojas de rosas que se esparcen por el suelo en torno del rosal.

Si no hubiera sido de noche, hubiéramos disfrutado de una vista deliciosa desde un estremo del jardin. Tan solo las lucecitas diseminadas acá y allá en el espacio, nos decian donde estaban los pueblos de Sceaux, Bayneaux, Chatillon y Montrouge: en lontananza se estendia una línea rojiza, de la que salia un rumor semejante al soplo del Leviathan. Este rumor era la respiracion de París.

Contra nuestra voluntad nos hicieron acostar, como les sucede á los niños. De buena gana hubiésemos esperado la venida del dia bajo aquel cielo tachonado de estrellas y alhagados por aquella brisa perfumada.

A las cinco de la mañana salimos á la cacería guiados por el hijo de nuestro huesped, que nos habia prometido el oro y el moro, y que nos habia ponderado la abundancia de caza en su territorio con una seguridad digna de mejor suerte.

Al medio dia habíamos visto un conejo y cuatro perdices. Mi compañero de la derecha dejo escapar el

conejo, y en cuanto á las perdices yo maté dos.

En Brassoire hubiera yo enviado á la casa á las doce del dia tres ó cuatro liebres, y quince ó veinte perdices.

Soy muy aficionodo á la caza, pero aborrezco el pasear mucho, y sobre todo el pasear por el campo. Así, pues, so pretesto de ir á esplorar un campo sembrado de alfalfas que se hallaba á mi izquierda, me salí de la línea y me dirigí al sitio indicado. Pero lo que habia en aquel campo de alfalfas, y lo que yo habia divisado con el ardiente deseo de marcharme que se habia apoderado de mi hacia dos horas, era un camino que me ocultase á las miradas de los demás cazadores, y que debia conducirme directamente por Sceaux á Fontenay-aux-Roses.

No me habia equivocado: al dar la una en el campanario de la iglesia, me acercaba á las primeras casas del pueblo.

Iba ladeando una tapia perteneciente, segun creo, á una posesion muy buena del pueblo, cuando al llegar al sitio en que la calle de Diana se cruza con la calle Grande, vi venir hácia mí un hombre de un aspecto tan estraño, que me detuve, y monté por instinto mi escopeta de dos cañones, movido por el sentimiento de conservacion personal. Pero este hombre pasó sin verme á mi lado, pálido, con los cabellos erizados, los ojos desencajados, el vestido en completo desaliño y las manos ensangrentadas. En su andar parecia que acababa de bajar una colina pendiente, y no obstante, su respiracion angustiosa mas bien revelaba estar poseido del espanto que rendido de la fatiga.

En la union de las dos calles, salió de la calle Grande para entrar en la de Diana, donde se hallaba la puerta de la casa por junto cuya pared habia yo pasado hacia cinco minutos. Esta puerta, que llamó desde luego mi atencion, estaba pintada de verde y tenia encima el núm. 2. El hombre estendió el brazo hácia el cordon de la campanilla mucho antes de que estuviera á su alcance, y cuando le tuvo en la mano le agitó con violencia, y casi al mismo tiempo se dejó caer sobre uno de los postes que se hallaban á cada lado de la puerta; una vez allí, inclinó la cabeza sobre el pecho y dejó caer los brazos.

Seguí al hombre, pensando que debia ser el actor principal de algun drama terrible y desconocido.

En ambos lados de la calle algunas personas, á las que sin duda habia causado la misma impresion que á mí, habian salido de sus casas y le miraban con un asombro semejante al que yo mismo esperimentaba.

Al sonido de la campanilla se abrió un postigo y se presentó en él una mujer como de cuarenta y cinco años.

—¡Ah! sois vos, Jacquemin, preguntó; ¿qué haceis ahí?

—¿Está en casa el señor alcalde? preguntó con voz sorda el hombre á quien dirigia la palabra.

—Sí.

—¡Pues bien! tia Antonia, id á decirle que he matado á mi mujer, y que vengo á darme preso.

La tia Antonia lanzó un grito, al cual respondieron dos ó tres esclamaciones que el terror habia arrancado á las personas que se hallaban bastante cerca para poder oir aquellas terribles palabras.

Dí un paso atrás y tropecé en un tronco de tilo, en el cual me apoyé.

En cuanto al asesino, desde el poste se habia caido al suelo, como si le hubiesen faltado las fuerzas despues de pronunciar las fatales palabras.

La tia Antonia habia desaparecido dejando abierto el postigo; sin duda habria ido á cumplir el encargo de Jacquemin.

Al cabo de cinco minutos se presentó en el dintel de la puerta el hombre á quien habia ido á buscar, seguido de otros dos individuos.

Aun me parece estar viendo el aspecto que ofrecia la calle.

Jacquemin se habia deslizado hasta el suelo como ya lo he dicho; el alcalde de Fontenay-aux-Roses, á quien acababa de llamar la tia Antonia, se encontró de repente cerca de él, dominándole con la altura de su talla, que era gigantesca. Al abrirse la puerta se presentaron otras dos personas, de las que no tardaremos en hablar detenidamente. Yo estaba apoyado en el tronco de un tilo situado en la calle Grande, desde donde descubria la calle de Diana. A la izquierda habia un grupo compuesto de un hombre, una mujer y un niño que lloraba porque su madre le apretaba en sus brazos. Detrás de este grupo un panadero asomaba su cabeza por la ventana hablando con su hijo que estaba en la calle, preguntándole si no era Jacquemin el cantero que acababa de pasar corriendo. Por fin, apareció despues en el dintel de la puerta un albeitar, negro por delante y alumbrado por detrás por la luz de su fragua, de cuyo fuelle continuaba tirando. Esto en cuanto á la calle Grande.

En cuanto á la calle de Diana aparte del grupo descrito, estaba desierta, y solo en su estremidad se percibian dos gendarmes que se acercaban tranquilamente sin sospechar nada de lo que sucedia.

En aquel momento daba la una y cuarto el reloj de la iglesia del pueblo.

II.

EL CALLEJON DE LOS SARGENTOS.

Al son de la última campanada del reloj, se escuchó la voz del alcalde.

—Jacquemin, dijo, supongo que la tia Antonia está loca, pues acaba de decirme de tu parte que has matado á tu mujer.

Es cierto, señor alcalde, respondió Jacquemin; conducidme á la cárcel y juzgadme.

Y al decir esto, trató de levantarse agarrándose al poste que habia á un lado de la puerta; pero volvió á caer desfallecido despues de hacer este esfuerzo.

—¡Vamos, estais loco! dijo el alcalde.

—Mirad, dijo enseñando sus manos ensangrentadas, y cuyos dedos se hallaban crispados horriblemente.

En efecto, la izquierda estaba teñida de sangre hasta la muñeca, y la derecha hasta el codo.

Además, de la derecha circulaban todavia algunas gotas de sangre, á causa, sin duda, de una mordedura que le habia dado la victima defendiéndose de su asesino.

En tanto, habianse acercado los dos gendarmes deteniéndose á diez pasos del principal actor de esta escena, y mirando desde sus caballos.

El alcalde les hizo una seña y echaron pié á tierra, entregando las riendas á un muchacho, cuyo traje indicaba que debia pertenecer tambien á la policia.

En seguida se acercaron á Jacquemin, levantándole por debajo de los brazos.

Al mismo tiempo llegaron el médico y el comisario de policia, á quienes se acababa de participar lo que pasaba.

—¡Oh! ¡venid, señor Robert: acercaos, señor Cousin! dijo el alcalde.

Mr. Robert era médico, y Mr. Cousin comisario de policia.

—Venid acá, iba á mandaros llamar ahora mismo.

Y bien, ¿qué hay, qué sucede? preguntó el médico con tono jovial. ¿un asesinato, segun dicen?

Jacquemin no respondió.

—Responded, Jacquemin; continuó el médico; ¿es cierto que habeis muerto á vuestra mujer?

Jacquemin permaneció callado.

—El mismo acaba de acusarse por

lo menos, dijo el alcalde. No obstante, yo creo que esa confesion sea hija mas bien de una enajenacion mental.

—Jacquemin, dijo el comisario, ¿es cierto que habeis asesinado á vuestra mujer?

Jacquemin continuó sin articular una palabra.

—Sea como quiera, pronto lo veremos, dijo el doctor Robert; ¿no vive en el *Callejon de los Sargentos?*

—Sí, señor, respondieron los dos gendarmes.

—Ea, pues, señor Ledru, dijo el médico dirigiéndose al alcalde, vamos al *Callejon de los Sargentos.*

—Yo no voy á ese sitio, esclamó Jacquemin, desasiendose bruscamente de los gendarmes con un movimiento tan violento, que si hubiese querido huir, de seguro se hubiera hallado á cien pasos antes de que nadie pensase en perseguirle.

—¿Y por qué no quereis ir? preguntó el alcalde.

—Porque no es necesario, una vez que he declarado que la he asesinado con aquella gran espada que tomé del Museo de Artillería el año pasado. Llevadme á la cárcel; mi presencia es inútil en cualquiera otra parte.

El doctor y Mr. Ledru se dirigieron una mirada.

—Amigo mio, dijo el comisario de policía, esperando como Mr. Ledru, que Jacquemin se hallaba poseido de alguna enagenacion mental; amigo, la confrontacion urge; además, debeis ir para guiar á la justicia.

—¿Y acaso necesita guia la justicia? dijo Jacquemin: en la cueva encontrareis el cuerpo, y junto á este la cabeza en un saco lleno de yeso.

—Es preciso que vengais, dijo el comisario de policía.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Jacquemin horrorizado. ¡Dios mio! si lo hubiese sabido.....

—¿Qué hubiérais hecho? preguntó el comisario de policía.

—Me hubiera dado la muerte.

Mr. Ledru movió la cabeza á un lado y á otro, dirigiendo una mirada al comisario de policía, que significaba: aquí hay algun misterio.

—Amigo mio, dijo al asesino, cuéntamelo todo.

—Sí, Mr. Ledru, á vos cuanto querais; ya podeis preguntarme.

¿Cómo es posible que habiendo tenido valor para cometer el asesinato, no lo tengas para verte en frente de tu victima? ¿Ha pasado alguna otra cosa que nos has ocultado?

—¡Oh! sí, una cosa terrible.

—Pues bien, cuéntala.

—No; creereis que falto á la verdad ó que estoy loco.

—No importa; ¿qué ha pasado? dímelo.

—Lo diré, pero á vos solo.

Acercóse á Mr. Ledru. Los dos gendarmes quisieron detenerle; pero el alcalde les hizo una seña y le dejaron libre. Además, aunque hubiera tratado de escaparse no lo hubiera conseguido, pues la mitad de la poblacion de Fontenay-aux-Roses obstruia el paso por la calle de Diana y por la calle Grande.

Jacquemin se acercó á Mr. Ledru.

—Mr. Ledru, dijo Jacquemin á media voz, ¿creeis que pueda hablar una cabeza separada ya del cuerpo?

Mr. Ledru hizo un esfuerzo.

—Sí, dijo, lo creo, lo creo.

—Pues bien, ya ha hablado.

—¿Quién?

—La cabeza de Juana.

—¿Qué dices?

—Digo que tenia los ojos abiertos, que no movió los labios, que miró, y que, al mirarme, me llamó «miserable.a

Al pronuciar estas palabras Jacquemin esteba espantoso.

—¡Oh! ¡oh! ¡qué cosa tan graciosa! esclamé el doctor riéndose; ha hablado una cabeza cortada, bueno, bueno!

Jacquemin se volvió hácia él.

—¡Cuando yo os lo digo!.... esclamó.

—¡Pues bien! dijo el comisario de policía; razon demas para que vayamos al sitio donde se ha cometido el crímen. Gendarmes, conducid al preso.

Jacquemin dió un grito diciendo:

—No, nó, no iré aunque me hagais pedazos.

—Venid, amigo mio, dijo Mr. Ledru. Si es que habeis cometido ese crímen terrible, del cual, por otra parte, os acusais, esto será una espiacion. Además, continuó en voz baja, es inútil que resistais; si no quereis de grado, ireis por fuerza.

—Bien, si es así, dijo Jacquemin, cedo; pero prometedme una cosa, Mr. Ledru.

—¿Qué?

—No separaros de mi mientras estemos en la cueva.

—Bueno.

—¿Me dejareis tener vuestra mano en las mias?

—Sí.

—Entónces, vamos.

Y sacó de un bolsillo un pañuelo, con el cual enjugó su frente bañada en sudor.

Todos se encaminaron hácia el *Callejon de los Sarjentos.* El comisario y el doctor iban primero, despues Jacquemin y los dos gendarmes. Detrás de estos venia monsieur Ledru, y los hombres que se habian aparecido al mismo tiempo que él en la puerta de su casa; y finalmente, toda la poblacion de la cual yo formaba parte.

Al cabo de un minuto llegamos al *Callejon de los Sargentos,* que era una callejuela situada á la izquierda de la calle Grande, que concluia en una casa con una puerta de madera carcomida, en la que habia un pequeño postigo. Al primer golpe de vista parecia que reinaba la tranquilidad en aquella casa. Junto á la puerta habia un rosal: mas allá estaba un gato rojo calentándose al sol encima de un banco de piedra.

Al llegar á la puerta que acabamos de describir, se detuvo Jacquemin.

Los gendarmes quisieron obligarle por fuerza á que entrase.

—Mr. Ledru, dijo volviéndose, me habeis prometido no separaros de mí.

—Aquí me teneis, respondió el alcalde.

—Dadme vuestro brazo.

Y al decir esto vacilaba como un hombre que no puede sostenerse.

Mr. Ledru se acercó, hizo una seña á los dos gendarmes para que le soltasen, y le dió el brazo.

Mr. Ledru no era ya un magistrado que persigue un delito, el crímen, sino un filósofo que trata de averiguar un misterio. Su guia en esta estraña averiguacion, era un asesino.

Entraron primero el doctor y el comisario de policía, despues Mr. Ledru, Jacquemin, y últimamente los dos gendarmes y algunos otros privilegiados, entre los cuales me hallaba yo.

La puerta se cerró para el resto de la poblacion, que se quedó gruñendo porque la dejaban fuera.

Nada hacia sospechar el terrible acontecimiento que acababa de verificarse; todo se hallaba en su sitio. En la alcoba la cama de terliz verde; á la cabecera un crucifijo de madera negra, coronado de una mata de boje verde de las últimas Pascuas. Sobre la chimenea un niño Jesús de cera recostado sobre algunas flores entre dos candeleros, que habian sido plateados en otro tiempo; en la pared cuatro estampas iluminadas con sus correspondientes marcos de madera negra, que representaban las cuatro partes del mundo.

Sobre una mesa un cubierto, un puchero en la lumbre y una artesa

junto á un reloj de cuco que apuntaba las dos y media.

—Pues lo que es ahora no hay nada de estraño en lo que se ve, dijo el doctor con su acostumbrado buen humor.

—Entrad por esa puerta de la derecha, murmuro Jacquemin con sorda voz.

Así lo hicieron, y se encontraron en una despensa, en cuyo rincon habia una trampa, por la que asomaban algunos resplandores que salian del fondo.

—Allí, allí, murmuró Jacquemin, agarrándose con una mano al brazo de Mr. Ledru, y mostrando con la otra la avertura de la cueva.

—¡Ah! ¡ah! dijo el doctor al comisario de policía con esa sonrisa propia de las gentes á quienes nada hace efecto, porque en nada creen; parece que Mad. Jacquemin ha seguido el precepto de maese Adam, y comenzó á cantar á media voz:

Si me muero que me entierren
En la cueva donde está.....

—Callad, interrumpió Jacquemin con el rostro lívido, los cabellos erizados y la frente bañada en sudor: no canteis aquí.

El doctor se calló, bajó la escalera, y así que llegó abajo, dijo:

—¿Qué es esto?

Y al mismo tiempo recogió una gran espada, cuya hoja era sumamente ancha.

Esta espada estaba toda teñida de sangre.

Tomóla el comisario de policía de manos del doctor, y dijo al preso:

—¿Reconoceis esta espada?

—Sí, respondió Jacquemin. ¡Andad! ¡andad! acabemos pronto.

Todos entraron en la cueva en el mismo órden que he dicho.

Despues de bajar el último escalon, esparció una mirada por la cueva, abarcando el terrible cuadro que voy á tratar de describir.

El primer objeto que llamaba la atencion era un cadáver sin cabeza, tendido junto á un tonel, por cuya llave abierta salia un chorro de vino.

El cadáver estaba tendido al lado de este tonel, y por un lado tenia la ropa levantada hasta la mitad de la pierna.

Se conocia que la víctima habia sido herida en el momento de llenar una botella que se hallaba á su lado.

Todo su cuerpo nadaba en un mar de sangre.

Sobre un saco de yeso, apoyado en la pared, veíase una especie de busto sobre su pedestal, una cabeza cuyo rostro se hallaba envuelto en los cabellos; un surco de sangre teñía el saco de arriba á bajo.

El doctor y el comisario de policía habian dado la vuelta al cadáver, que se hallaba frente á la escalera.

En medio de la cueva estaban los dos amigos de Mr. Ledru, y algunos curiosos que habian conseguido llegar hasta allí.

Jacquemin se habia quedado al pie de la escalera sin querer pasar adelante.

Detras de Jacquemin los dos gendarmes.

Detras de los dos gendarmes cinco ó seis personas, entre las cuales estaba yo, se agrupaban en la escalera.

Todo este lúgubre interior estaba iluminado por el vacilante resplandor de una vela colocada encima del tonel por donde salia el vino, y en frente del cual yacia el cadáver de la mujer de Jacquemin.

—Una mesa, una silla, dijo el comisario de policía, y empezaremos el sumario.

III.

EL PROCESO VERBAL.

Diéronsele al comisario de policía los dos muebles que pedia, aseguró

su mesa, se sentó delante de ella, pidió la luz que el mismo doctor le aproximó saltando por encima del cadáver, sacó del bolsillo un tintero, plumas, papel y demás adminículos, y dió principio al proceso verbal.

Miéntras que él formulaba el preámbulo, el doctor, escitado por la curiosidad, hizo un movimiento en direccion de la cabeza colocada sobre el saco de yeso, con el objeto de reconocerla sin duda; pero el comisario le detuvo.

—No la toqueis, le dijo este, la formalidad del acto antes que todo.

—¡Oh! eso es muy justo, le replicó el doctor, y volvió á ocupar su puesto.

Pasáronse algunos minutos en el mas profundo silencio, el cual era interrumpido solo por el ruído que hacia la pluma del comisario al deslizarse sobre la tosca superficie del papel sellado, y durante cuyo tiempo veianse suceder con una rapidéz admirable las líneas necesarias para redactar una fórmula de costumbre.

Despues de haber escrito unas cuantas líneas; levantó la cabeza y dirigió una mirada á su alrededor como quien busca algo.

—¿Quién quiere servirnos de testigos? preguntó el comisario dirigiéndose al alcalde.

¿Quién? dijo el Sr. Ledru, indicando á sus dos amigos que estaban de pié cerca del comisario formando un grupo. Me parece que podemos contar desde luego con estos señores.

—No hay inconveniente, replicaron estos. Y luego, volviéndose hácia donde estaba yo, continuó:

—Tambien puede servirnos este caballero, siempre que no tenga inconveniente en ver figurar su nombre en un proceso verbal.

—Ninguno absolutamente, le respondí yo.

—Entonces, que tenga ese caballero la bondad de aproximarse, dijo el comisario de policía.

A la distancia á que yo estaba, y á pesar de no escapárseme el mas mínimo de los detalles, me parecia, sin embargo, menos repugnante el acto, y aun la sombría oscuridad que nos rodeaba le daba en algun modo cierto tinte poético que no me desagradaba; pero tratando de acercasme al cadáver, fué tal mi repugnancia, que no pude menos de manifestarla al comisario, interrogándole sobre si era absulutamente necesario que me acercase.

—¿Qué decis? me contestó.

—Preguntaba si es absolutamente indispenaable que me aproxime al cadáver.

—No tanto que no podais permanecer donde estais si lo preferis.

Yo contesté con una señal afirmativa que á cien leguas, decia: «Gracias, porque me gusta mas este sitio.»

En esto el comisario se volvió al lado de aquel de los dos amigos del señor Ledru que estaba mas próximo.

—Vuestros nombres, apellidos, edad, profesion y domicilio, les preguntó el comisario con esa volubilidad tan propia de un hombre acostumbrado á hacer continuamente esta clase de preguntas.

—Juan Luis Alliette, respondió el interesado, conocido tambien por Etteille, letrado, y residente en la calle de la antigua Comedia, número 20.

—Se os ha olvidado decir vuestra edad, le dijo el comisario.

—¿Qué edad? contestó el hombre, ¿la que tengo ó la que me dan?

—¡Cómo la que teneis ó la que os echan! ¿pues hay alguien acaso que cuente dos edades distintas?

—Perdonad, señor comisario, ha habido ciertas personas, entre ellas Cagliostro, el conde de Sán German, el Judío Errante, por ejemplo, que...

—¿Y qué hay en todo eso? respondió el comisario frunciendo el ceño, como quien cree que se le burlan en la cara. ¿Sois acaso Cagliostro, el conde de San German ó el Judio

Errante?

No señor, pero....

—Setenta y cinco años, señor Cousin, poned setenta y cinco años, dijo el señor Ledru.

—Corriente, dijo el comisario, y puso setenta y cinco años.

—¿Y vos? continuó dirigiéndose al otro amigo del señor Ledru, y repitiendo las mismas preguntas que habia hecho el primero.

—Pedro José Moulle; de edad de setenta y un años, eclesiástico agregado á la iglesia de San Sulpicio, y residente en la calle de Servandoni, núm. 11, respondió con dulce acento el interrogado.

—¿Y vos; caballero? preguntó de nuevo el comisario dirigiéndose á mí.

—Alejandro Dumas, autor dramático, de edad de veinte y siete años, en Paris, calle de la Universidad, número 21, le respondí.

Al oir mi nombre el señor Ledru volvió la cabeza y me hizo un gracioso saludo, al que respondí con el mismo tono y lo mejor que pude.

—¡Ya está! dijo el comisario de policía concluyendo. Ahora, señores, tened la bondad de ver si está bien así, y si teneis algunas observaciones que hacer.

Y con ese tono rutinario y monótono tan propio de los funcionarios públicos, leyó:

Yo, el abogado firmado, comisario de policía de este departamento de Fontenay-aux-Roses, certifico y declaro: que habiendo llegado á mi noticia por el rumor público, que se habia perpetrado el crímen de asesinato en la persona de María Juana Ducondray, por el llamado Pedro Jacquemin, su marido, y que el asesino se habia refugiado á casa de señor Juan Pedro Ledru, alcalde del dicho departamento de Fontenay-aux-Roses, para acusarse espontáneamente y de propia autoridad de perpetrador y reo; y habiéndonos presentado en el domicilio de dicho Juan Pedro Ledru, calle de Diana, núm. 2, acompañados del señor Sebastian Robert, doctor en medicina, residente y avecindado en el referido departamento; y habiendo encontrado ya en poder y á disposicion de la gendarmeaia al referido Pedro Jacquemin, el cual se ha ratificado en su acusacion en nuestra misma presencia; por lo que, y habiéndole asimismo intimado á que nos siguiese al sitio en que se cometió el atentado, se resistió; pero habiendo accedido luego á nuestra demanda, á instancias del señor alcalde, nos dirigimos al Callejon de los Sargentos, sitio donde está situada la casa del Pedro Jacquemin. Una vez llegados á la casa, y despues de haber cerrado otra vez las puertas para impedir que el populacho y los curiosos la invadiesen, procedimos desde luego al reconocimiento de la primera habitacion, en la que nada indicaba que allí se hubiese cometido ningun crimen; en seguida, y á invitacion del mismo Jacquemin, pasamos á la segunda, en uno de cuyos ángulos encontramos una trampa abierta, que dá entrada á una como cueva, y á la cual hay que descender por una estrecha y pendiente escalera. Advertidos de que en el fondo de la cueva se hallaba el cuerpo de la víctima, nos decidimos á bajar la dicha escalera, en uno de cuyos primeros peldaños encontró el doctor Robert una espada de cruz, de hoja ancha y cortante, que el dicho Jacquemin nos ha asegurado haberla tomado él mismo del Museo de Artillería en la revolucion de julio, y la cual le sirvió para la perpetracion del crimen. Ya dentro de la cueva encontramos el cuerpo de la mujer de Jacquemin tirado en el suelo y nadando en un mar de sangre; y aproximándose mas aun, advertimos que el cuerpo yacia boca abajo, y que la cabeza, de que estaba separado el tronco, se hallaba colocada perpendicularmente sobre un saco de yeso que se sostenia contra la pared. Y habiéndose requerido al dicho Jacquemin, de si reconocia al cadáver y la cabeza de su mujer, declaró que sí, y se ratificó en presencia de Juan Pedro, alcalde del departamento de Fontenay-aux-Roses, del señor Sebastian Robert, doctor en medicina y vecino del dicho departamento, de Juan Luis Alliete, llamado Etteilla, letrado, de setenta y cinco años de edad, residente en París, calle de la antigua Comedia, núm. 20; del señor Pedro José Moullé, setenta y un años de edad, eclesiástico y agregado á la iglesia de San Sulpicio, y residente en París, calle de Servandoni, número 11, y de Mr. Alejandro Dumas, autor dramático, de edad de veinte y siete años, y residente en París, calle de la Universidad, núm. 21.

—¿Qué os parece, señores? preguntó el comisario dirigiéndose á nosotros con aire de satisfaccion.

—Perfectamente, lo respondimos todos á la vez.

—Pasemos ahora á interrogar al acusado. Y volviéndose hácia Jacquemin, que durante la lectura habia permanecido callado y sin respirar apenas, le dijo:

—Acusado, ¿vuestro nombre, apellido, edad, domicilio y profesion?

—¿Durará mucho esto? preguntó el preso con el acento de un hombre á quien las fuerzas le abandonan.

—Responded: ¿vuestro nombre y apellido?

—Pedro Jacquemin.

—¿Edad?

—Cuarenta y un años.

—¿Domicilio?

—Ya lo sabeis, puesto que en él estais.

—No importa, la ley exije que respondais á esta pregunta.

—Callejon de los Sargentos,

—¿Vuestra profesion?

—Cantero.

—¿Os confesais reo del crimen de que se os acusa?

—Si señor.

—Decidnos qué causa ha podido induciros á cometerlo, y la circunstancia ó el cómo lo habeis cometido.

—¿La causa que me ha inducido á cometerlo?.... es inútil esplicarla. Además, añadió Jacquemin, ese es un secreto que quedará siempre oculto entre esa desgraciada y yo.

—Sin embargo, no hay efecto sin causa.

—Pues ya os he dicho que no la sabreis. En cuanto á las circunstancias, como vos decís, es otra cosa. ¿Quereis saberlas?

—Sí

—¡Pues bien! os las voy á decir: cuando se trabaja, como nosotros los de mi oficio, tendido en tierra todo el dia y en medio de la oscuridad.... y cuando á esto se agrega un motivo de disgusto, se aburre uno, se desespera.... estais, y le asaltan á uno muy malas ideas....

—¡Hola! ¡Hola! interrumpió el comisario; es decir que confesais que hubo premeditacion.

—Es claro: ¿no he confesado ya lo principal? ¿qué mas quereis?

—Es verdad: continuad.

—Pues. como decia, la mala idea que me asaltó fué la de matar á Juana. Ya hacia un mes que me preocupaba esta idea..... El corazon luchaba con la cabeza..... hasta que al fin, una palabra que me dijo un camarada me decidió.

—¿Y qué palabra fué esa?

—¡Oh! eso es cosa que nada os puede interesar. Esta mañana le dije á Juana que hoy no iba yo á trabajar, quiero divertirme como si fuera dia de fiesta: iré á jugar á los bolos con unos amigos..... cuida de que la comida esté dispuesta para la una.

—Pero... me replicó.—No quiero contestaciones; á la una que esté la comida, ¿lo entiendes?—Está bien, me contestó Juana, y salió á comprar la puchera. Despues, en vez de marcharme á jugar á los bolos, cogí la espada que teneis ahí, la pasé pro

la piedra, bajé á la cueva y me oculté detrás de los toneles, diciéndome á mi mismo: « Ella bajará indudablemente á buscar el vino, y entonces, veremos.»

No sé lo que me pasó durante el tiempo que estuve allí: tenia calentura, mi cabeza ardia , y el corazon me latia con una violencia, que parecia querérseme salir del pecho, y una noche terrible cubierta de rojas sombras se presentó á mi vista..... Pensé renunciar mas de una vez á mi proyecto; pero oia en torno mio el eco de una voz que me repetia sin cesar la misma palabra que mi compañero me dijo ayer.

—Pero ¿qué palabra es esa? insistió de nuevo el comisario.

—No os canseis en vano, ya os he dicho que no lo sabreis jamás. En aquel mismo momento, sentí el ruido producido por el vestido de una mujer, cuyos pasos se iban aprrximando, veia la luz vacilante que traia y sucesivamente sus pies , su cuerpo y su cabeza..... ¡Oh! si, veia muy bien su cabeza.... Lleva la luz en la mano..... ¡Ah! perfectamente, me dije, y me repetia á mi mismo las palabras de que ya os he hablado. Ella iba aproximandose poco á poco, y por Dios, que al ver su aspecto cualquiera hubiera creido que sospechaba el golpe que le esperaba. Si, estaba temerosa, sus pasos eran vacilantes y sus miradas dulces é investigadoras; pero afortunadamente yo estaba bien oculto,sin respirar siquiera, y nada pudo ver. Algunos instantes despues se arrodilló delante del tonel, aproximó la botella y torció la llave. Entonces me puse de pié: ya os he dicho que ella estaba arrodillada.... El ruido que hacía el vino al caer en la botella impedia que advirtiese mis movimientos·.... Y al verla arrodillada como una criminal, inmóvil como una estátua.... levanté la espada¡ y zas!... no puedo deciros siquiera si lanzó un lastimero y penetrante grito ; lo que sé es que su cabeza rodó por el suelo. En el momento pensé huir y salvarme, y hasta quise hacer una fosa en la cueva y enterrarla; pero luego reparé en ese saco de yeso, y traté de servirme de él para ocultar la sangre. Entonces cogí la cabeza con mis propias manos , ó mejor dicho, ella me cogió á mi, porque mirad:

Y enseñó el pulgar de la mano derecha destrozado y con una profunda mordedura.

—¡Cómo! ¿la cabeza os ha mordido..... la mano? dijo sorprendido el doctor. ¿Qué diablos estais diciendo?

—Digo que me echó una buena atarazada, como lo estais viendo; y digo mas aun, que no solo me mordió, sino que luego no habia medio de que me soltara, en términos, que tuve que ponerla sobre el saco y hacer empuje contra la pared con la izquierda, con el objeto de desasir la derecha; al cabo de un rato de haber empleado este recurso inútilmente, la boca se abrió por sí súbitamente. Entonces retiré la mano inmediatamente, y puede que creais esto una locura, pero yo pienso que la cabeza estaba viva, á juzgar por sus abiertos ojos, cuya pupila se movia con una lijereza y vaguedad que horrorizaba; y tambien por sus lábios que he visto moverse, y á los que he oido murmurar con fúnebre y terrible acento:--*¡Miserable, soy inocente!*

Ignoro el efecto que haria á los demás esta declaracion; pero de mi sé decir que un copioso sudor bañó mi frente.

—¡Ah! eso no es posible, esclamó el doctor cada vez mas admirado.

—Escuchadme, señor doctor; como vos sois médico, no es estraño que seais incrédulo; pero os repito y aseguro de nuevo que esa cabeza que estais viendo, esa misma, me ha mordido con la boca y me ha dicho: ¡*Miserable, soy inocente*! Y la prueba de que me lo ha dicho es que quise huir despues de haberla asesinado, ¿no es verdad, Juana? Y

que luego en vez de escaparme he ido derecho á casa del señor alcalde para denunciarme yo mismo. ¿No es cierto, señor alcalde? responded.

—Es muy cierto, respondió el señor Ledru con la mayor calma.

—Reconoced la cabeza, doctor, dijo el comisario de policía.

—Aguardad á que me vaya, señor Robert; aguardad á que me vaya, esclamó Jacquemin.

—Imbécil, temes aun que te hable, dijo el doctor tomando la luz y aproximándose al saco.

—Por Dios, señor Ledru , dijo Jacquemin, convencedlos á que me dejen ir, os lo suplico, os lo ruego en nombre del cielo.

—Señores, dijo el alcalde haciendo un gesto que detuvo al doctor. Parécememe que nada podeis esperar ya de este desgraciado; y así si me dais vuestro permiso, lo haré llevar á su prision. Además, cuando la ley ordena la confrontacion, es porque ha supuesto de antemano que el acusado tendrá la fuerza de sostenerla.

—¿Y el proceso verbal? arguyó el comisario.

—Ya puede darse por finido.

—Pero es necesario que el acusado lo firme.

—Está bien, lo firmará en su prision.

—¡Oh! si, si, esclamó Jacquemin; allí firmaré todo lo que querais.

—Corriente, dijo el comisario de policía.

—Gendarmes, llevad á ese hombre, dijo el señor Ledru.

—¡Ah ! ¡gracias , señor Ledru, gracias ! esclamó Jacquemin con acento del mas profundo reconocimiento. Y agarrando él mismo por el brazo á los dos gendarmes, los llevó á remolque hasta la escalera.

Cuando aquel hombre salió, se dió fin al drama que tenia lugar en aquel recinto, sin quedar en la cueva mas que dos cosas repugnantes á la vista; un cadáver sin cabeza y una cabeza sin cuerpo.

Entonces me dirigí al señor Ledru.

—Caballero, le dije, ¿me permitireis que me retire, sin embargo de estar á vuestras órdenes en cuanto á la firma del proceso verbal?

—Como gustéis , pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que tengais la bondad de venir á firmarlo á mi casa.

—Con mucho gusto: ¿y cuándo?

—Dentro de una hora. Os enseñaré mi casa, que ha pertenecido á Scarron, y aseguro que os interesará la visita.

—Dentro de una hora estaré en vuestra casa y á vuestras órdenes, caballero. Saludé á todos los circunstantes y empecé á subir la escalera: al llegar á los últimos escalones no pude menos de echar una última mirada á la cueva, y ví que el doctor, con la luz en la mano, se ocupaba en separar con la otra los erizados cabellos que cubrian la frente de la mutilada cabeza..... el rostro, apesar de tener los ojos cerrados y los labios contraidos, revelaba cierto aire de belleza á través de su palidéz mortal, segun podia juzgarse á la distancia que yo me hallaba.

—Buen bruto está el tal Jacquemin, decia el doctor; ¡pues no se ha empeñado en hacernos creer que una cabeza cortada puede articular palabras!.... digo, como no haya inventado esa farsa con el objeto de fingirse loco..... ¡Oh! y si es así no va descamisado del todo, porque al menos es una circunstancia atenuante.

IV.

LA CASA DE SCARRON.

Una hora despues estaba yo en casa del señor Ledru, á quien la casualidad hizo que me le encontrase en el patio.

—¡Ah! ya os tenemos por acá, dijo viéndome llegar: me alegro mucho de que se me haya proporcionado el gusto de hablaros un rato antes de presentaros á nuestros convidados, porque espero que nos hareis el honor de acompañaros hoy á la mesa.

—Caballero, os ruego que me dispenseis; pero.....

—Nada; no admito escusas; habeis venido en jueves á mi casa, y habeis de saber que el jueves es mi dia predilecto, y que todo lo que en mi casa entra este dia, me pertenece de derecho. Despues de comer podeis permanecer ó iros, como gusteis. Si no hubiera sido por el funesto acontecimiento que nos ha ocupado esta mañana, me hubiéseis ya encontrado á la mesa, porque acostumbro comer á las dos en punto. Hoy por ser dia extraordinario, comeremos de tres y media á cuatro. Mirad, el pícaro de Pyrrhus, y me señaló un magnífico gato, se ha aprovechado de la emocion de la tia Antonia para apoderarse de la pierna de carnero que nos tenia preparada, y bien mirado, ha usado de su derecho, de modo que ha sido necesario mandar por otra á la carniceria; y creo que esto nos dará tiempo no solo de presentaros á mis convidados, sino tambien de daros algunas noticias de ellos.

—¿Noticias?

—Ó antecedentes, si quereis. Son todos personajes que, como los del *Barbero de Sevilla* y de *Fígaro*, es necesario que su conocimiento vaya precedido de cierta esplicacion ó prólogo sobre las costumbres ó el carácter particular; pero antes de todo empecemos por la casa.

—Si no recuerdo mal, creo me dijisteis habia pertenecido á Scarron.

—Precisamente; aquí fué donde la futura esposa de Luis XIV, creyendo que encontraria al hombre mas descontentadizo, prodigaba sus cuidados al pobrete de su primer marido. Ya vereis su habitacion.

—¿La de Mad. de Maitenon?

—No; la de Mad. de Scarron: no confundamos; la cámara ó gabinete de Mad. de Mantenon, está en Versalles ó en Saint-Cyr, no sé..... en fin, seguidme.

Y esto diciendo, subimos por una espaciosa escalera, al fin de la cual nos encontramos en un gran corredor ó galería que caia al patio.

—Aguardad, me dijo el señor Ledru; ahora os toca á vos, señor poeta: he aquí una muestra de lo mas puro del estilo elevado en 1560.

—¡Ah! si, el mapa del Teudro.

—Sí, señor; ida y vuelta, trazadas por Scarron y anotadas por la misma mano de su mujer. En efecto, miré y ví dos mapas colgados en el espacio que habia entre ambas ventanas, los cuales habian sido trazados con la pluma sobre una hoja de papel pegada á un carton.

—¿Veis continuó el señor Ledru, esa gran serpiente azul? pues ese es el rio del Teudro: esos palomarillos son los lugares, penas, billetes amorosos y misterio. He aquí la mansion del deseo, el valle de los placeres, el puente de los suspiros, y el bosque de los celos, poblado todo de mónstruos como el de Armida. En fin, en medio del lago y en el mismo sitio en que el rio tiene su origen, reparad y vereis el palacio del Perfecto-Contento, fin de la carrera y término del viaje.

—¡Diablo! ¿qué es lo que veo ahí? ¿es un volcan?

—Sí, y algunas veces suele poner en grandes conflictos al pais, porque ese volcan es el volcan de las pasiones.

—Pues no está en el mapa de madame Scudery.

—No; es una invencion que se debe exclusivamente á Mad. de Scarron.

—¿Y este otro?....

—Este otro es la vuelta. Ya veis; aquí el rio rompe su cauce, y crece, aumentando con las lágrimas de los que siguen sus orillas. Ved aquí los lugares del fastidio, la cabaña del sentimiento, y la isla del arrepentimiento.

—¿Tendres la bondad de dejarme copiar este mapa!

—Con mucho gusto. Ahora pasaremos, si quereis, á la habitacion de Mad. de Scarron.

—Sí, sí.

—Héla aquí. Y el señor Ledru abrió una puerta por la cual entramos, yo delante y él detras.

—En el dia este es mi gabinete, continuó el señor Ledru; á escepcion de los libros, de que está todo lleno, lo demás está lo mismo que en tiempo de su ilustre y antigua dueña; esa es la misma alcoba, la misma cama, los mismos muebles, hasta esos dos retretes donde se adornaba y vestía, se conservan lo mismo.

—¿Y el gabinete de Scarron?

—Está situado al otro estremo de la galería; pero lo que es ese, me dispensareis.... porque no es posible entrar..... es un gabinete secreto; el gabinete de Barba-Azul.

—¡Demonio!

—Como os lo digo. Tambien yo tengo mis misterios, á pesar de mi vara de alcalde y todo; pero si no os molestais continuemos y os enseñaré otras cosas. Y el señor Ledru echó á andar delante de mí. Bajamos la escalera y entramos en la sala principal.

La sala, como todo lo demás de la casa, tenia un carácter particular; y la luz, modificada allí por el tinte del papel que cubria sus paredes, y cuyo color era indefinible, acababa de darle cierto aspecto misterioso y estraño. Su adorno consistia en una larga hilera de sillones colocados simétricamente contra la pared y en toda su estension, á la cual precedia otra doble hilera de sillas colocadas en el mismo órden, todo de tapicería antigua; veianse de trecho en trecho mesas de juego y alguno que otro velador; pero lo mas notable de su deformidad, era una mesa-escritorio gigantesca, que cual otro Leviathan en medio de los peces del Océano, se destacaba en primer término á cerca de tres varas de distancia de la pared. Esta mesa estaba cubierta de libros, cuadernos y periódicos, entre los cuáles veíase el «Constitucional,» lectura favorita del señor Ledru.

La sala estaba desierta, mientras los convidados paseaban el jardin, cuyas frondosas alamedas se veian en toda su estension á través de las ventanas.

El señor Ledru fué en seguida á la mesa y abrió un inmenso cajon en que habia una infinidad de paquetes como de semillas, los cuales estaban rotulados.

—Mirad, me dijo el señor Ledru, aquí teneis otros objetos de curiosidad, que os llamarán la atencion infinitamente mas, sobre todo para vos, que segun tengo entendido estais por los estudios históricos. Todos estos paquetes que aquí veis son una coleccion de reliquias, y no creais que de santos, sino de reyes.

En efecto, cada paquete envolvia un hueso, cabellos ó las barbas de un monarca. Habia una rótula ó choquezuela de Cárlos IX; un pulgar de Francisco I; un fragmento de cráneo de Luis XIV; una costilla de Enrique II; una vértebra de Luis XV; pelos de la barba de Enrique IV, y cabellos de Luis XIII; cada rey habia pagado su tributo, pudiendo, á poco mas, formarse de todos aquellos huesos el esqueleto de la monarquía francesa, al cual, por otra parte, le faltaban las principales piezas. Habia tambien, y conservados con el miemo esmero, un diente de Abelardo y otro de Eloisa, que quizás en el tiempo en que estaban cubiertos por sus apasionados labios, se habian encontrado mas

Universidad de Deusto
Biblioteca

de una vez en sus momentos de delirio amoroso, al imprimirse mútuamente un amoroso beso.

—¿De dónde puede provenir este osario, y con qué objeto se conserva todo esto? hé aquí lo que yo me preguntaba á mí mismo: mas luego que supe que el señor Ledru habia presidido la exhumacion de S. Dionisio, y que habia tomado de cada sepulcro lo que mejor le habia parecido, no lo estrañé.

Despues de satisfacer mi curiosidad, el señor Ledru, viendo que yo me detenia á leer todos los rótulos:

—Vamos, me dijo, basta de muertos; ocupémonos ahora de los vivos.

Y me llevó hácia una de las ventanas que daban vista al jardin.

—¿Sabeis que teneis un delicioso jardin? le dije.

—Jardin á lo fraile, con sus tilos correspondientes, con sus dálias y rosales, y donde tampoco faltan parras y algunos albaricoques y melocotones. Pero ya tendreis tiempo de verlo todo; por ahora dejemos el jardin y pasemos á los que se pasean en él.

—¡Hombre! á propósito; decidme antes de todo qué especie de pájaro es ese Alliete conocido por *Etteilla*, que preguntó al comisario cual edad queria saber, si la que tenia realmente ó la que le echaban.

—Precisamente iba á empezar por él, me respondió Ledru. ¿Habeis leido á Hoffmann?

Sí.... ¿por qué?

—Porque ese hombre es uno de sus partidarios acérrimos. Toda la vida se la lleva echando las cartas y haciendo combinaciones numéricas en averiguacion del porvenir; todo cuanto tiene lo gasta en loteria, á la que empezó ganando un terno, y luego no ha visto mas ni un solo número. Ha conocido á Cagliostro y al conde de San German, y aun pretende pertenecer á sus familias, y haber conocido con ellos el secreto del elixir de la larga vida. Su verdadera edad son doscientos setenta y cinco años, de los cuales ciento, ó sea desde el reinado de Enrique II, hasta el de Luis XIV, ha vivido sin enfermedades ni achaques de ninguna especie; despues, gracias á su secreto, y á pesar de aparentar una existencia valetudinaria á los ojos del público, ha visto sucederse otras tres revoluciones de cincuenta años cada una: ahora empieza á contar la cuarta, y por consiguiente no tiene mas que veinte y cinco años..... porque los otros doscientos cincuenta no cuenta mas que como memoria, y así vivirá un dia tras otro hasta el del juicio final; al ménos así lo dice él; y está tan imbuido en sus ideas, que si hubiera vivido en el siglo XV cuando se quemaba á las gentes de esta especie, lo hubieran achicharrado y habrian perdido el tiempo: en el dia, que se contenta con amonestar, sucede lo propio. Alliette es el hombre mas feliz de la tierra. Para él no hay mas que cartas, suertes, sortilegios, ciencias egipcias de Thot y misterios isiacos: publica de vez en cuando algunos asuntos, de esos que nadie lee, pero para los que, sin embargo, no le falta un editor tan loco como él, que se los toma, y cuando escribe, usa del pseudónimo ó del anagrama *Etteilla*, y siempre lleva el sombrero lleno de manuscritos y cuadernos viejos. Mirad, en este momento acaba de quitárselo, y en lugar de dejarlo sobre el banco, lo lleva en el brazo temiendo que le quiten alguno de sus papeles. Reparad bien su figura; mirad qué cara, qué levita, y observad cuanta armonía se encuentra siempre en la naturaleza, y qué bien va el sombrero á la cabeza, el hombre al vestido, la ropa al molde, como diriais vosotros los románticos.

Ledru tenia razon. La levita de Alliette, mas que levita, era un mugriento andrajo, raido y lleno de manchas desde el cuello hasta los faldones: el sombrero abollado y cuyas alas, que se prolongaban desmesuradamente hácia arriba, parecian de hule, á juzgar por el lustre que tenian; y para completar la facha, llevaba un calzon de ratina, medias negras, ó mas bien pardas, y zapato de punta redonda; como se usaban en tiempo de los monarcas, bajo cuyos reinados pretendia haber nacido.

En cuanto al físico, figúrese el lector un hombrecillo pequeño y regordete, con figura de esfinge, trapiento y desgarrado, de gran boca, sin dientes, cabellos rojos y vueltos hácia atrás, como formando una aureola alrededor de la cabeza, y habrá formado una idea aproximada del aspecto general de nuestro hombre.

—Está hablando con el clérigo Moulle, le dije al señor Ledru: con aquel otro que nos acompañó á la espedicion de esta mañana, espedicion que, ahora que me acuerdo, quiero que volvamos á tratar de ella.

—¿Y para qué? me preguntó Ledru mirándome con cierta curiosidad.

—¿Por qué?.... Perdonad, pero me parece que vos admitís la posibilidad de que aquella cabeza haya hablado.

—¡Amigo, sois un fisonomista como pocos!... Pues bien, sí, lo he creido; y puesto que lo quereis, volveremos á hablar del asunto, porque estoy seguro que si os gustan las historias de este género, tendreis que contar con esta y habrá para que os quedeis tamañito; pero dejemos esto por ahora, y volviendo á mis convidados, pasemos al clérigo Moulle.

—Me parece, dije yo interrumpiéndole, que ese hombre debe ser de un trato bellísimo: cuando contestó á las preguntas que se le hicieron esta mañana, me encantó el dulce acento de su voz.

—Tambien habeis acertado en esto, amigo mio, me respondió Ledru. Moulle es mi amigo hace cuarenta años, y tiene sesenta; mirad si yo le conoceré; ya habreis observado que es el reverso de la medalla: ¡Moulle es tan limpio y aseado, como mugriento y sucio es Alliette: ¡oh! y es todo un hombre de mundo muy metido en la sociedad del barrio de San German; como que él es el que desposó á todas las señoritas y primogénitas de los pares de Francia; los continuos desposorios le presentaban á cada momento la ocasion de lucir su oratoria, pronunciando algunos discursos alusivos, que los contrayentes hacen imprimir, y que conservan como un objeto precioso para la familia; discursos que, por otra parte, le han valido una gran reputacion. Como que no hace mucho tiempo estuvo para ser nombrado obispo de Clermont. ¿Y sabeis por qué no se le nombró al fin? Porque habia sido amigo de Cazotte en otro tiempo; y como ya sabeis que Cazotte admite la existencia de la superioridad é inferioridad de los espíritus y del bueno y mal génio, hé ahí la razon. En lo único que se parece á Alliette, es en que, como aquél, Moulle tiene tambien su coleccion de libros, entre los que se encuentra todo cuanto se ha escrito sobre visiones, espectros, ánimas, sombras y aparecidos. Verdad es que fuera de sus amigos íntimos, con nadie habla estas cosas, que como veis, tampoco son completamente ortodoxas. En suma, es hombre que cree, pero discreto, y que atribuye todo cuanto sucede de estraordinario en el mundo al poder del infierno ó á la intervencion de las inteligencias celestes. Mirad con qué silencio escucha á Alliette. ¿Lo veis? parece que mira algun objeto que su interlocutor no percibe, y al cual parece responder por una contraccion de lábios ó una señal de cabeza. Veces hay que aun estando

entre nosotros, se queda como distraido, permaneciendo por momentos en una especie de éstasis, del que os es imposible sacarle. Entonces empieza á temblar y á rechinar los dientes, mueve la cabeza en todas direcciones, anda, hasta que para por algunos instantes. Cuando está así es preciso dejarlo, porque seria peligroso despertarlo; y digo despertarlo, porque yo creo que en ese estado padece somnambulismo; al cabo de un rato se despierta por sí solo, y entonces ya tendreis ocasion de verle, la reaccion es admirable.

—¡Oh! ¡mirad, mirad! le dijo entonces á Ledru; ¿no os parece que en este instante evoca á uno de esos espíritus de que acabais de hablarme? Y le señalé con el dedo á un verdadero espectro ambulante que acababa de juntarse á los dos paseantes, cuyas delgadas piernas y pié ligero apenas troncharian con su peso los tallos de las flores que habia al paso, aun cuando lo hubiese intentado.

—Ese es el caballero Lenoir, otro de mis mejores amigos.

—¿El fundador del museo de los Agustinos...?

—El mismo..... Está apesadumbradísimo con la disolucion de su museo. Digo él que, por conservarlo, se espuso á ser guillotinado, en 93 y 94 lo menos ocho ó diez veces. Despues la restauracion, con su buen sentido ordinario, lo mandó cerrar, mandó al mismo tiempo que los objetos que existian en él se devolvieran á los establecimientos y particulares á que pertenecian y que tenian derecho de reclamarlos. Desgraciadamente la mayor parte de estos establecimientos los destruyó la revolucion, y las familias se estinguieron; de suerte que los fragmentos mas curiosos de nuestra antigua escultura y por consiguiente de nuestra historia, se han perdido. He ah: como va desapareciendo todo lo que poseia nuestra antigua Francia; ya no nos quedaban mas que esos tristes fragmentos, y de esos fragmentos es probable que dentro de poco no quede nada. ¿Y quiénes son los que destruyen? Precisamente aquellos que debieran tener mas interés en conservar.

Y á pesar de ser el señor Ledru tan liberal como se decia en aquella época, no pudo menos de exhalar un profundo suspiro.

—¿Y son todos esos convidados? le pregunté á Ledru.

—Tambien es posible que tengamos al doctor Robert, le contestó: de ese no os diré nada, porque presumo que ya habreis formado vuestros juicios sobre él. Es un hombre que ha pasado toda su vida en esperimentos sobre el cuerpo humano, como pudiera hacerlos con un maniqui, sin cuidarse siquiera de que ese cuerpo tiene nervios, que se resiente del dolor, y alma capaz y susceptible de comprender y espresar la sensacion. No es mas que un buen vividor, que no deja de tener algunas muertes sobre su conciencia; pero felizmente para él tiene la ventaja de no creer en apariciones ni espectros: es una imaginacion no mas que regular, que se cree algo espiritual, porque es viva, y filósofo porque es ateo. En fin, es uno de esos hombres á quienes se recibe, no por gusto, sino porque no puede uno menos de recibirlos, y de los que se descarta uno con gusto en cuanto hay una ocasion. ¿Entendeis?

—¡Oh! sí, comprendo vuestro sentido perfectamente.

—Debiamos tener otro amigo íntimo mio, solo que es mas jóven que todos esos, contra los que sostiene muy buenas tésis; con Alliette sobre la cartomancia, con Moulle sobre la demonologia, y con Lenoir sobre las antigüedades; hombre que es una biblioteca viva, un archivo ambulante, un catálogo envuelto en la piel de un cristiano, y á quien quizás conocereis.

—¿El bibliófilo Jacob?

—Justamente.

—¿Y decís que no vendrá?

—Cuando ya no está aquí.... y como sabe que comemos á las dos, y van á dar las cuatro, no es probable que venga. Por cierto que ahora anda buscando no sé qué libro viejo impreso en Amsterdan en 1570, primera edicion, con tres faltas de tipografía, una en la primera hoja, otra en la sétima y otra en la última.

En este momento abrióse de pronto la puerta de la sala y apareció en ella la tia Antonia.

—Señor, ya estais servido, dijo la mujer.

—¡Señores, á la mesa! dijo Ledru, abriendo á su vez la puerta que daba al jardin, y dirigiéndose á los que se paseaban; á la mesa. Y luego volviéndose hácia mí:

—Ahora, me dijo, además de los convidados que ya conoceis, debe haber otro por ahí en algun sitio del jardin, del cual no os he hablado; y como es una persona completamente indiferente á las cosas de este mundo, y no debe haber oido el rudo llamamiento que acabo de hacer, y al cual acuden todos nuestros amigos, como veis, os encargo que la busqueis, pues á vos toca el hacerlo: cuando hayais encontrado su inmaterialidad, su trasparencia, *eine erchernung*, como dicen los alemanes, la direis vuestro nombre y tratareis de persuadirla de que conviene comer algunas veces, aunque no sea mas que por vivir: luego la ofrecereis el brazo y la conducireis adonde estamos: andad.

Obedeci inmediatamente al señor Ledru, persuadido que el espíritu encantador, que acababa de apreciar su valor verdadero, me tendria reservada alguna sorpresa agradable, y me interné en el jardin volviendo á todas partes la cabeza, y ñuscando el objeto que deseaba encontrar.

No duró mucho tiempo el escrutinio, pues al volverme sobre mi derecha encontré lo que buscaba.

Efectivamente, á la sombra de unos tilos estaba sentada una mujer, á la cual no pude ver la cara ni el talle; lo uno porque estaba de espaldas mirando al campo; lo otro porque estaba envuelta en un gran chal que la cubria casi completamente.

La mujer estaba vestida de negro: me aproximé algun tanto; pero continuó en la misma posicion, sin ejecutar el mas mínimo movimiento, y sin oir, al parecer, el ruido de mis pisadas siquiera: parecia una estátua: por lo demás, su aire era gracioso y distinguido.

Ya yo habia notado desde lejos que sus cabellos eran rubios, porque un rayo de sol que penetraba á través de las hojas de tilo y serpenteaba sobre su linda cabeza, dibujaba una aureola de oro que deificaba, en cierto modo, su contorno: me acerqué un poco mas, y ya pude observar distintamente que la finura estrema del cabello podia rivalizar con esos hilos de seda que las primeras brisas del otoño descienden del manto de la Vírgen. Su cuello, tal vez un poco prolongado, cosa que casi siempre es una gracia, si no es una belleza, su cuello torneábase para ayudar á la cabeza, la que sostenia con su mano derecha mientras que con izquierda, que dejaba caer perpendicularmente en toda la longitud del brazo, asia una rosa blanca, pronta á escaparse de entre sus puntiagudos y torneados dedos: su cuello de cisne, y sus brazos y manos eran del mismo blanco mate. Eran un mármol de Páros, sin una vena siquiera en su superficie: la sosa, que ya empezaba á marchitarre, tenia mas color y aparentaba mas vida que la mano que la asia.

Miré un instante á la mujer, y á medida que la miraba mas, mas me convenia de que no podia ser un ser viviente el que tenia delante de mis ojos, y dudaba que hablándola volviera la cabeza. Estuve dos ó tres veces á punto de hablarla, y otras

antas mi boca se cerró sin poder articular una sola palabra. Por último me decidí.

—Señora, le dije.

Al oir mi acenio se estremeció, volvió la cara, me miró como sobrecogida del mismo modo que el que despierta de un sueño profundo y trata de reclificar sus ideas.

En el primer momento fijó sus rasgados ojos negros en mí con una espresion estraña, permaneciendo ambos así algunos instantes, mirándonos sin hablarnos, ella contemplándome admirada y yo examinándola.

Rayaria apenas entre treinta y dos ó treinta y tres años, y á pesar de las ligeras lineas que empezaban á surcar su frente y de la estremada palidez que cubria sus mejillas, revelaba, sin embargo, que habia podido ser un tipo de estraordinaria belleza.

—Señora, la dije por segunda vez; el señor Ledru tiene la pretension que soy el autor de *Enrique III*, de *Cristina* y de *Antony*, me tendreis por presentado y aceptareis mi brazo gustoso para acompañaros al comedor.

—Perdonad, caballero, me contestó. Vos habeis llegado hace ya un momento, ¿es verdad? No he sentido venir, pero no podia volverme, esto suele sucederme algunas veces, sobre todo cuando voy á dirigir la vista hacia ciertos sitios. Vuestra voz ha desecho el encanto; dadme, pues, el brazo, y vamos.

Y diciendo y haciendo se levantó y enlazó su brazo con el mio: apenas me agarró sentí un peso cual si el brazo hubiera sido de hierro; lo que me estrañó tanto mas, cuanto que noté que ella casi no se apoyaba: así continuamos hasta llegar al comedor, donde nos tenian reservados dos asientos, uno á la derecha del señor Ledru destinado á ella, y otro para mi precisamente enfrente, sin que nos digiéramos ni una palabra mas en el camino.

V.

EL BOFETON DE CARLOTA CORDAY.

La mesa, como todo lo denás de la casa del señor Ledru, tenia un carácter particular.

Consistia esta en una gran tabla en forma de herradura, cuyos estremos se apoyaban en las ventanas del jardin, y en la cual podian estar con comodidad hasta unas veinte personas: á pesar de su magnitud, servíase en ella siempre la comida, lo mismo cuando habia uno, dos, cuatro ó veinte convidados, que cuando el señor Ledru comia solo; aquel dia éramos seis solamente, y por lo tanto no ocupábamos mas que una tercera parte de la mesa.

Por lo tocante á la comida era la misma todos los jueves, sin que hubiera la menor variacion: el señor Ledru tendria sin duda el convencimiento de que en los ocho dias de la semana sus convidados habrian tenido tiempo suficiente de variar de platos en su casa ó en la de los otros amigos en donde hubieran comido. De cualquier modo, lo cierto es que ese dia estaba uno seguro de encontrar la misma sopa que el jueves anterior, el filete de vaca, el mismo pollo frito, la indispensable pierna de carnero asada, menestra de judías y la eterna ensalada. No habia otra diferencia sino que el pollo se doblaba ó se multiplicaba segun el número de convidados.

El señor Ledru, lo mismo cuando tenia mucha gente, que cuando tenia poca, que cuando no tenia á adie, siempre se sentaba hácia un estremo de la mesa, en un gran sillon colocado allí hacia diez años, dando el frente hácia el pátio y la espalda al jardin. Alli sentado recibia, de manos de su jardinero, el tio Antonio, ademas del vino ordinario, algunas botellas de Borgoña

de lo añejo, que aquel le entregaba con un respeto casi religioso, y que él destapaba y servia á sus huéspedes con el mismo misterieso aparato.

La comida pasó como pasan todas las comidas; se habló de cosas indiferentes, recayendo la conversacion, como sucede siempre, en la cocinera, ponderando su habilidad y encomiando la bondad de los vinos: solo la jóven á quien yo acompañé no despegó sus lábios en todo este tiempo, ni tomó mas que algunas migas de pan y un vaso de agua, por lo que no pude menos de recordar á la glotona de las *Mil y una Noches* que se ponia á la mesa abarcándolo todo con la vista, y luego comia los granos de arroz con un mondadientes.

Despues de comer pasamos como de costumbre á la sala donde se tomaba café. Al levantarnos ofrecí el brazo á nuestra silenciosa compañera, la cual no esperé á que yo le diera la vuelta á la mesa para llegar á su sitio, sino que se adelantó para cogerlo, ahorrándome la mitad del camino; enseguida la acompañé hasta la butaca, en la cual se sentó, quedándose recostada y en la misma posicion poco mas ó menos en que la encontré en el jardin.

Es de advertir que durante la comida entraron en la sala dos nuevos personajes; el uno era el doctor Robert, y el otro el comisario de policía; este último venia con el objeto de que firmásemos el proceso verbal que Jacquemin habia firmado ya en su calabozo.

Me preparé á firmar, pues, pero al sentar mi nombre observé que en el papel habia una mancha de sangre, lo que me sorprendió en términos, que al concluir no pude menos de preguntar al comisario de dónde procedia aquella sangre.

—Es, me respondió éste, de la herida que el acusado tiene en la mano derecha, la cual está vuelta en-

do sangre continuamente, y aun cuando se ha procurado contenerla, cuantos medios se han empleado han sido inútiles, porque le sale cada vez con mas fuerza.

—¿Quereis creer, señor Ledru, dijo el doctor, que ese bárbaro persiste todavía en que la cabeza de su mujer le ha hablado?

—¿Vos creereis eso un disparate, no es cierto, doctor?

—¡Pues podia no!

—Entonces, tampoco creereis que haya podido abrir los ojos.

—Imposible.

—Decidme, ¿y no pudiera ser que detenida la sangre en su curso por el yeso, que ha debido obstruir inmediatamente las arterias y vasos principales, no podria suceder, repito, que esa sangre detenida instantáneamente y aun caliente, haya podido conservar á la cabeza un resto de vida y de sensibilidad?

—Yo no lo creo.

Decid lo que querais: pero lo que es hoy lo creo muy bien.

—Y yo tambien, dijo Alliette.

—Y yo, dijo el clérigo Moulle.

—Y yo, repitió el caballero Lenoir.

—Tambien yo soy de la misma opinion, añadí yo.

El comisario de policía y la blanca dama fueron los únicos que no manifestaron su parecer ni hablaron una palabra; el uno, sin duda, porque la cosa no le interesaba mucho; la otra, tal vez porque le interesaba demasiado.

—De modo, dijo el doctor, que si todos vais contra mí, habré de daros la razon; pero estoy seguro que si alguno de vosotros fuera médico.....

—Doctor, replicó Ledru, ya sabeis que yo casi lo soy.

—Pues bien; entonces debeis saber que no puede existir dolor donde no hay sensibilidad, y que la sensibilidad desaparece subitamente cuando se corta la médula que atra-

Universidad de Deusto
Biblioteca

viesa la columna vertebral.

—¿Y quien os ha dicho eso? esclamó el señor Ledru.

—¡Toma! la sola razon lo dice.

—¡Vaya una salida! ¡La razon! —¿Y no fué esa misma razon en la que se fundaron los jueces que condenaron á Galileo para probarle que la tierra era un punto fijo, y que el sol giraba en torno suyo, y sin embargo no era así? La razon es una bestia muchas veces, mi querido doctor. Y sino, ¿habeis hecho algunos esperimentos en cabezas cortadas de esa manera?

—Nunca.

—¿Habeis leido las disertaciones de Sommering, ó los procesos verbales del doctor Sué y las protestas de O'ldiu?

—No.

—Vamos, ¿entonces creereis con Guillotin que su máquina es el medio mas seguro, el mas rápido y el menos doloroso de quitar la vida?

—Ya lo creo.

—Pues estais en un error, amigo mio.

—¿De veras?

—Como os lo digo: y puesto que habeis recurrido á la ciencia, os voy á hablar su lenguaje, seguro de que todos estos señores me entenderán y aun tomarán parte en la cuestion, porque ninguno es absolutamente estraño en ella.

—Y aunque así no fuera, con tal de que vos comprendais, basta, dijo el doctor en tono de duda.

Todos nos aproximamos al señor Ledru, y especialmento yo escuchaba con la mayor avidez, porque la cuestion sobre la pena de muerte aplicada, ya por medio de la cuerda, del hierro ó el veneno, me habia preocupado mucho hacia bastante tiempo como cuestion de humanidad; y aun á mis solas habia hecho algunas investigaciones sobre la naturaleza de los diversos dolores que preceden, acompañan y siguen á estos diferentes géneros de muerte.

—Vamos, hablad, dijo el doctor á Ledru en tono de incredulidad.

—Para cualquiera que tenga, aunque no sea mas que una ligera idea del mecanismo y distribucion de las fuerzas vitales de nuestra economía, continuó el señor Ledru, es una verdad demostrada que la sensibilidad no se destruye absolumente con el suplicio; y siento este principio, doctor, porque está fundado, no en vanas teorías ni en hipótesis absurdas, sino en hechos.

—Veamos esos hechos.

—Dejadme continuar. Primero: la sensibilidad reside en el cerebro, ¿no es así?

—Sí, es probable.

—De modo que puede existir la conciencia del sentimiento, pudiendo funcionar tambien este órgano por sí mismo, á pesar de estar suspendida la circulacion de los vasos que le recorren, ó parcialmente destruida.

—Sí es posible.

—Luego, si el centro sensitivo reside en el cerebro, claro es que cuanto mas conserve este órgano su fuerza vital, mas conciencia tendrá el decapitado de su existencia, y por lo tanto mucho mas sentirá.

—¿Pruebas?

—Hélas aquí: Hallier en sus *Elementos de Física*, tomo 4.°, página 35, dice:

«Una cabeza cortada abrió los ojos y me miró de lado, á consecuencia de haberla yo tocado con el dedo en la médula espinal.»

—Sea, pues, lo que quiere Hallier, pero Hallier ha podido engañarse.

—Supongamos que así sea. Aquí tenemos otro autor, y vereis: Weycard, *Artes Filosóficas*, pág. 221, dice:

»He visto mover los labios á un hombre que tenia la cabeza cortada y unida al cuerpo por un solo punto.

—¡Bueno! pero de mover los lábios á hablar....

—Esperad, dup aun no hemos acabado. Ahi teneis á Sommering, esas son sus obras; mirad y os convencereis. Sommering dice:

«Varios médicos compañeros mios me han asegurado haber visto rechinar los dientes de dolor á una cabeza separada del cuerpo intantáneamente, y yo estoy instimamente convencido de que si el aire circulase por los órganos de la voz de una cabeza en este estado, *las cabezas hablarian.*» ¿Lo veis? Pues bien, doctor, continuó el señor Ledru palideciendo; todavia hay mas. A mí mismo me ha dirigido la palabra una cabeza separada de su cuerpo.

Al oir al señor Ledru todos nos estremecimos; y hasta la dama, que al parecer permaneció hasta entonces indiferente á la conversacion, se levantó de su asiento.

—¿A vos?

—Si señor, á mí: ¿me direis á mi tambien que estoy loco?

—¡Ya...! si me decís que os ha sucedido á vos mismo, ¿qué quereis que os responda? Sí, replicó el doctor con el mismo tonillo de duda.

—Si, señor, lo repito; á mi mismo me pasó el lance. Conozco perfectamente que ni aun esto os convence, y que no me tratais de loco en mi propia cara porque sois demasiado cortés conmigo; pero sé que lo direis para vuestro interior, y el efecto es el mismo para el caso.

—Vaya, pues; contadnos esa historia, que tal vez nos ilustrará algo en el asunto que tratamos, dijo el doctor.

—Sí, como si fuera lo mismo hacerlo que decirlo. ¿Sabeis que lo que quereis que os diga no se lo he contado nunca á nadie, desde hace treinta y siete años que me pasó el lance? ¿Sabeis que aun cuando quisiera, quizá me fuera imposible, porque mi razon se trastornaria tal vez como me sucedió cuando la cabeza me habló y clavó sus ojos moribundos en los mios, que caí al suelo redondo y sin sentido?

El diálogo se iba haciendo cada vez mas interesante, y la situacion mas y mas dramática.

—Vamos, Ledru, valor, y contadnos eso, dijo Alliette.

—Sí, si, contádnoslo, dijo tambien el clérigo Moulle.

—Animo y adelante, añadió el caballero Lenoir.

—Señor..... murmuró la pálida dama.

Yo nada dije: pero bien hubiera podido conocerse en la animacion de mi cara que no deseaba otra cosa.

—¡Qué cosas pasan en el mundo! dijo el señor Ledru sin contestarnos y como hablando consigo mismo. ¡Cómo influyen unos en otros los acontecimientos de la vida.....! ¿Sabeis lo que soy? preguntó Ledru volviéndose hácia mí.

—Sé que sois, le respondí, un hombre muy instruido, muy oportuno, que dá muy bien de comer á sus huéspedes, y que sois alcalde de Fontenay-aux-Roses.

El señor Ledru se sonrió y me dió las gracias con un signo de marcada bondad.

—No os preguntaba eso, continuó; os quise decir si conociais mi origen y el de mi familia.

—No señor; ignoro completamente tanto el vuestro como el de vuestra familia.

—Pues bien, escuchad, os diré algo sobre eso, y despues quizá venga la historia que deseais saber, como consecuencia de mi primer relato, si viniese bien; pero si no, no me pregunteis mas y dispensadme, porque consistirá en que me habrán faltado las fuerzas para continuar.

Al decir esto nos sentamos, situándose cada cual lo mejor y mas cómodamente que pudo, dispuestos á escuchar con la mayor atencion.

La sala, como queda dicho, tenia un carácter particular, y era la mas á propósito para destinarla á leyendas y cuentos fantásticos, si se

atiende á la sombría luz que la iluminaba, merced á las espesas cortinas que interceptaban su paso por la ventana, y á la hora, que iba avanzando ya demasiado, y que iba dejándolo casi todo en completa oscuridad, si se esceptúan los pequeños espacios que correspondian á las puertas y ventanas.

En uno de estos ángulos era donde permanecia la blanca dama sentada en su butaca, sin que la noche que la rodeaba permitiese distinguir otra cosa que su inmóvil cabeza recostada sobre el espaldar.

El señor Ledru empezó su relato.

—Yo, continuó, soy hijo del célebre Comus, físico del rey y de la reina; mi padre, á quien el burlesco mote que le pusieron hizo que se le conociera por uno de esos escamoteadores y charlatanes vulgares, era un sábio distinguido de la escuela de Volta, de Galbain y de Mesmer; fué el primero que en Francia se dedicó al estudio de la fantasmagoría y la electricidad, y dió lecciones de física y matemáticas á la córte.

La pobre Maria Antonieta á quien despues he visto mas de veinte veces, y que me tomaba las manos y me abrazaba mas de una cuando vino á Francia, es decir, cuando yo era un niño, Maria Antonieta lo queria, y lo distinguió muchísimo; hasta José II, á su paso en 1777, dijo que no habia visto en su vida una cosa mas estraordinaria y curiosa que Comus.

En medio de esto mi padre no descuidaba mi educacion ni la de mi hermano, iniciándonos en cuanto sabia en ciencias ocultas y en otra infinidad de conocimientos galvánicos, físicos y magnéticos, que ya hoy conocen todos, pero que en aquella época eran secretos privilegiados que conocian muy pocos; el título de físico del rey bastó para que prendiesen á mi padre en 93; pero gracias á algunas amistades que yo cultivaba entre los de la Montaña, se consiguió que le volviesen su libertad.

Entonces mi padre se retiró á esta misma casa, donde murió en 1807, á la edad de setenta y seis años; pero pasemos esto y volvamos á mí.

Yo os he dicho que yo cultivaba algunas relaciones con los de la Montaña, y en efecto me ligaban algunos compromisos con Danton y con Camilo Desmoulins. A Marat le conocia tambien, mas como medico que como otra cosa; pero, en fin, tambien lo conocia; y á pesar de esta pequeña relacion, no pude menos de asistir al suplicio de Carlota Corday el dia de su ejecucion.

Precisamente, interrumpí yo, iba á haceros mencion de esa lucha que la historia ha consignado en Carlota Corday sobre la persistencia de la vida, cuando vuestra discusion con el doctor Robert.

Pues justamente ahi vamos á parar, dijo Ledru: dejadme continuar. Fuí testigo ocular; por lo tanto podeis creer lo que os voy á referir. Eran las dos de la tarde, poco mas ó menos, cuando me aposenté cerca de la estatua de la libertad, y recuerdo que era una de las mas calorosas del mes de julio; el tiempo estaba bochornoso, el cielo cubierto y borrascoso.

Efectivamente, á cosa de las cuatro rompió la nube, precisamente en el mismo momento en que Carlota Corday montaba en la infame carreta.

La muerte, celosa de su víctima, parecia no querer que sobreviviese nada de lo que pertenecia á la hermosa jóven, ni siquiera su imágen, pues cuando fueron á sacarla, se encontró á un jóven pintor trazando su retrato, que no pudo concluir. Sin embargo, tenia bosquejada la cabeza sobre el lienzo, y ¡rara casualidad! cuando el verdugo entró en la prision el jóven diseñaba precisamente aquella parte del cuello que la

cuchilla debia herir.

El trueno retumbaba, los relámpagos se multiplicaban continuamente, iluminando con su siniestra luz aquel terrible cuadro; y aunque la lluvia se desprendia á torrentes, nada bastó á dispersar al curioso populacho; las calles, los puentes y las plazas estaban cubiertas por un manto de cabezas humanas; el rumor de la tierra apenas dejaba percibir el de los cielos. Aquellas mujeres desalmadas, á quienes se les dió el significativo nombre de vampiros de la guillotina la confundian á maldiciones, llegando sus rugidos hasta mi, cual pudieran los de una catarata. Mucho antes de que nada se apercibiese, empezaron las oleadas de la multitud; por último, al fin apareció la carreta, cual un navío fatal, cortando el oleaje, y entonces ví á la delincuente por la vez primera de mi vida.

Era esta una hermosa jóven de veinte y siete años, de ojos magníficos, nariz afilada y recta, y labios de una regularidad perfecta. Iba de pié, con la cabeza erguida, no tanto por dominar á la multitud, como porque sus manos atadas á la espalda la obligaban á ir de esta manera. La lluvia habia cesado ya; mas como la hubiera estado recibiendo sobre si durante la mayor parte del trayecto, sus ropas empapadas, ciñéndosele al cuerpo, nos lucian el divino contorno de una Venus: al contemplarla, cualquiera hubiera dicho que salia del baño; y aun la túnica roja que vestia, puesta por mano del verdugo, daba un aire estraño, un sinistro esplendor á su enérgica y arrogante cabeza. En el momento en que llegó á la plaza, cesó de llover completamente, y un rayo de sol que se abrió paso á través de dos nubes, vino á caer sobre su frente, iluminándola cual si hubiera estado rodeada de una brillante aureola. En verdad, que aunque detrás de la simpática hermosura de la jóven habia un asesinato, accion infame siempre, aunque vengue á la humanidad, y aun cuando yo no pudiera menos de recriminarla en conciencia, sin embargo, os lo juro por la fé de hombre honrado, no sé si lo que presenciaba era un apoteosis, mejor que no un suplicio. A la vista del cadalso, una palidez mortal cubrió su rostro; pero inmediatamente hizo un esfuerzo como para recuperarse, y se volvió frente á él mirándole con una sonrisa ligera.

La carreta paró, y Carlota puso el pié en tierra, sin permitir que nadie la ayudase á bajar; en seguida subió las gradas del patíbulo, que estaban resbaladizas con el agua, tan aprisa como se lo permitia la larga túnica que vestia y la falta de los brazos, que como ya he dicho los llevaba atados por detrás. Al sentir sobre su espalda la mano del ejecutor que le quitaba el pañuelo que llevaba al cuello, palideció segunda vez; pero al instante mismo una última sonrisa contrajo sus labios, y por sí misma y sin esperar á que la amarrasen á la infame báscula, ella misma pasó la cabeza á través de la terrible argolla en un ímpetu de sublime arrojo. La cuchilla cayó..... y la cabeza salió botando sobre la plataforma. Entonces fué, atended ahora bien, doctor, y vos tambien, señor poeta; entonces fué cuando uno de los ayudantes del verdugo, llamado Legros, agarro la cabeza por los cabellos, y por adular vilmente á la multitud, le dió una bofetada.....

Pues bien, doctor, al recibirla, se coloró toda la cabeza, lo ví; pero no creais que solo la mejilla que recibió el golpe, sino que toda la cara se enrojeció con un ardor igual, producido por la vergüenza de haber recibido una humillacion, por la que no se habia hecho pasar á Carlota estando presa. Lo que prueba evidentemente que aun duraba el sentimiento en aquella cabeza.

Tambien la multitud notó palpablemente su rubor, y se puso de par-

Universidad de Deusto
Biblioteca

te de la muerta y contra el vivo, de parte de la víctima y contra su verdugo, pidiendo su continente venganza de esta profanacion, é incontinente fué entregado el miserable á los gendarmes y conducido á una prision.

Aguardad, dijo Ledru, viendo que el doctor se disponia á interpelarle; aguardad que aun no he concluido, y continuó:

—Yo quise saber qué causa habia podido influir para llevar á aquel hombre á cometer una accion semejante, y no habiéndola podido averiguar entre los circunstantes á quienes les pregunté, me informé del sitio donde lo habian llevado con el objeto de saberlo por él mismo, y supe que estaba en la Abadía; solicité permiso para verlo, me lo concedieron, y me encaminé allá.

Acababa de ser condenado á suspension de empleo y tres meses de arresto por órden del tribunal revolucionario, no comprendiendo él cómo se habia podido dar semejante órden por una cosa tan *natural* como la que habia hecho.

Inmediatamente que me presenté á él le pregunté, porqué habia cometido semejante accion.

—¡Toma! ¡Pues me gusta la pregunta! me contestó con cierto desenfado: yo soy maratista; y como acababa de castigarla por cuenta de la ley, quise vengarme tambien por la mia.

—¿Pero no advertis, le repliqué, que habeis cometido casi un crimen faltando al respeto que se debe á la muerte?

¡A la muerte! esclamó Legros mirándome de hito en hito. Pues qué, ¿creeis que porque se les guillotine por eso mueren?

—¿Qué duda tienes?

—Bien se conoce que no os habeis lomado el trabajo de mirar al ceston donde se echan las cabezas, ni las habeis visto torcer los ojos y rechinar los dientes, lo menos cinco minutos despues de la ejecucion. Como que tenemos que renovar el cesto cada tres meses; porque lo destrozan todo á bocados. Es un monton de aristócratas que no hay quien la decida á morir de una vez, ¿me entendeis?..... Y no me cogerá de nuevo el que un dia salga una gritando: ¡viva el rey!

Una vez que sabia cuanto deseaba, salí de aquel recinto dominado por la idea de que esas cabezas podian vivir en efecto despues de la ejecucion, y von la firme propósito de rectificarla á la primera ocasion.

VI.

SOLANGEL.

Cuando el señor Ledru concluyó esta primera parte de su historia, ya era noche cerrada; de suerte que los habitantes del salon pareciamos sombras; y no así como se quiera, sino sombras mudas é inmóviles: tal era el temor que tenia cada cual de que Ledru cortase su relacion, tanto mas, cuanto que todos sabiamos que despues de aquella historia terrible, quedaba por referir otra mas terrible todavia.

Nadie se atrevia á resollar siquiera: solamente el doctor bostezaba de vez en cuando, y aun se disponia á tomar la palabra; pero yo le tomé una mano como suplicándole no nos interrumpiera, y al fin permaneció en silencio.

Despues de algunos segundos de descanso el señor Ledru continuó:

—Apenas salí de la Abadía y atravesé la plaza de Taranne, en direccion de la calle de Tournon, donde yo vivia, cuando oí la voz de una mujer que pedia socorro á voces: pensé primero si la estarian robando: pero no podia ser, porque aun no era temprano: serian las diez de la noche escasamente. Mas, como la mujer continuase dando gritos, me dirigí corriendo al ángulo de la plaza de donde partia la voz, y ví, á la escasa luz de la luna que salia de entre una nube en aquel instante, á una mujer que pugnaba por salir de en medio de una patrulla de sans-culottes:

Al verme y observar que por mi trage yo no debia pertenecer á la clase soez del pueblo, la infeliz mujer se vino á mi con los brazos abiertos, esclamando;

—¡Mirad, mirad! aqui viene justamente el señor Albert que me conoce, y os dirá si yo soy efectivamente la hija de la tia Ledieu, la lavandera.

Y al mismo tiempo la pobre jóven, pálida como la muerte y toda trémula, se asió de mi brazo, como el náufrago que se agarra á la última tabla de salvacion.

—Serás hija de quien quieras, hija mia, pero no llevas carta de ciudadana, y así tendrás que venir con nosotros al cuerpo de guardia.

Al oir el tono resuelto del jefe de la partida, la jóven se asió con doble fuerza á mi brazo, poseida de un pánico mortal. y como suplicándome no consintiese en dejársela llevar: comprendí perfectamente lo terrible de su situacion, y como ella me habia llamado por el primer nombre que se le ocurrió, yo tambien la bauticé con el primero que se me vino á las mientes.

—¡Cómo! ¿Sois vos, pobrecita Solangel? le dije: ¿qué os pasa, qué os sucede?

—¿Veis cómo os decia la verdad, señores?

—Bien podiais decir ciudadanos, le replicó el jefe de la fuerza.

—Perdonad, señor sargento. añadió la jóven; pero si me produzco así es mia la culpa: mi madre me enseñó á usar de este lenguaje desde muy chiquita, de modo que será una mala costumbre aristocrática, no lo niego; pero qué quereis, señor sargento, no la puedo desechar.

Y habia en esta respuesta, dada con una voz trémula y ahogada, cierta ironía, que solo yo comprendí. Mientras tanto, yo dudaba sobre quien podia ser aquella mujer, siéndome imposible, al menos por el pronto, resolver el problema. De lo único que yo tenia una certeza fija era de que aquella mujer no era la hija de una pobre lavandera.

—¿Qué me sucede? replicó la jóven. os lo voy á contar, ciudadano Albert. Figuraos que salí á llevar una ropa á una casa, que el ama habia salido, y que he tenido que esperar á que volviera para que me entregara su importe, lo que no dejo para otro dia, porque ya sabeis que en los tiempos que corre á cada cual le hace falta su dinero, Anocheció, y como no creí volver tan tarde á casa, no saqué mi carta de ciudadanía: me encontré á estos señores, quiero decir, á estos ciudadonos, y como no la traia conmigo, les contesté que no la tenia, y me querian llevar al cuerpo de guardia: empecé á pedir socorro, y al veros á vos, que me conoceis y que veniais á favorecerme, me tranquilicé un tanto; porque, dije para mi: como el señor Albert sabe que me llamo Solangel, y que soy efectivamente la hija de la tia Ledieu, la lavandera, el saldrá por mi: ¿no es verdad señor Albert?

—Ciertamente.

—¡Bueno! ¿Y de ti quién responde, señor currutaco?

—Danton, ¿Me parece que á ese no le desecharás por falta de patriotismo?

—¡Ah! Eso es otra cosa; si Danton responde de ti, no he dicho nada.

—Bien, pues vamos allá; precisamente hoy hay sesion en el club de los Cordelieres.

—Vamos, dijo el sargento; y volviéndose á su tropa: ¡Ciudadanos, gritó, de frente, marchen!

El club de los Cordelieres se reunia en el antiguo convento de San Francisco, calle de la Observance, por lo que fuimos en un momento.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cuando llegamos á la puerta saqué mi cartera, arranqué una hoja en la que escribí con lápiz unas cuantas líneas, y le supliqué al sargento se la entregase á Danton él mismo, mientras nosotros quedábamos custodiados por el cabo y la patrulla.

El sargento entró efectivamente y volvió acompañado de Danton.

¡Cómo! me dijo éste al llegar á la puerta; ¿eres tú el arrestado?... ¡Tú, mi íntimo amigo! ¡Tú, el amigo de Camilo!.... ¡Tú, uno de nuestros mas decididos republicanos!.... Y volviéndose al jefe de la patrulla, le dijo: ciudadano sargento, yo te respondo de este hombre; ¿estais satisfecho?

—Sí; eso en cuanto á él; pero y de ella ¿quién me responde? añadió el obstinado sargento.

—¿De ella?.... ¿Y quién es ella? replicó Danton con ímpetu.

—Esta mujer.

—Pues bien, de ella, de él y de todo cuanto tenga relacion con él, respondo. ¿Estás contento?

—Sí; pero lo que mas me ha contentado es el haberte visto.

—Pues hombre, ese es un gusto que puedes darte gratis; mírame cuanto quieras siempre que me tengas delante.

—Gracias; continúa defendiendo como hasta aquí los intereses del pueblo, y vive tranquilo, que el pueblo será reconocido al bien que por él haces.

—Así lo creo, le respondió Danton.

—¿Quiéres darme tu mano? continuó el sargento.

—¿Por qué no?

Y Danton se la tendió.

—¡Viva Danton! gritó el sargento.

—¡Viva! repitió toda la patrulla al marchar con su jefe á la cabeza, que á los diez pasos se volvia, y tirando al lado su gorro colorado, gritó otra vez: ¡viva Danton! cuyo grito fué á su vez repetido por su gente.

En tanto me disponia á dar las gracias á Danton, cuando su nombre, repetido en el interior del lub por una infinidad de ecos diversos, llegó hasta nuestros oidos. ¡Danton! ¡Danton! gritaban por todas partes. ¡A la tribuna!

—Perdona, amigo mio, me dijo; toma la mano, y permite que entre. Te doy la izquierda, porque he dado la derecha al sargento; y ¿quién sabe si el digno patriota tendrá sarna?

Y volviéndose á los de adentro.

—¡Aquí estoy! les contestó con aquella voz potente que aplacaba y sublevaba á su antojo á las masas de las calles. Aquí estoy, esperad un poco. Y se internó en el club, quedándome á la puerta solo con mi desconocida.

—Ahora, señora, le dije, decidme adonde quereis que os acompañe; estoy á vuestras órdenes.

—¡Toma! ya lo sabeis; á casa de mi madre, la Ledieu.

—Pero es preciso que me digais donde vive.

—Calle Ferou, núm. 24.

—Bien, pues vamos á casa de vuestra madre, calle Ferou, número 24.

Y esto diciendo, volvimos á bajar por la calle Fossés-Monsieur-le-Prince, siguiendo por la calle Fossés-Saint-Germain, la de Petit-Lion, y subiendo luego hasta la plaza de San Sulpicio, donde desembocaba la calle Ferou.

En todo este camino no se cambió entre los dos ni una palabra, y solo pude á la luz de la luna, que lucia entonces con todo su esplendor, examinar á la desconocida muy á mi gusto.

Era esta una muchacha de veinte á veinte y dos años, morena, ojos azules y melancólicos, nariz recta, dientes como perlas, manos de reina y piés de niño. Todo lo que, y á pesar del tosco vestido que llevaba, tenia cierto aire aristocrático, que no sin razon, en cierto modo, habia escitado la susceptibilidad del bravo

sargento y de su belicosa patrulla.

Cuando llegamos á la puerta de casa, ambos nos detuvimos y nos contemplamos un momento en silencio.

—Y bien, ¿á qué aguardais, mi apreciable señor Albert? me dijo la desconocida sonriéndose. ¿Teneis algo que decirme?

—Queria deciros, apreciable señorita, que para habernos visto por tan corto tiempo, valia mas no habernos encontrado nunca.

—Perdonad, amigo mio; pero yo creo lo contrario, porque á no ser por la oportunidad de vuestro encuentro, me hubieran llevado al cuerpo de guardia, hubieran visto que yo no era la hija de la tia Ledieu, y si hubieran descubierto que era una aristócrata, es mas que probable que me hubieran guillotinado.

—Con que os afirmais en que sois aristócrata.

—No; yo no afirmo nada.

—Pues decidme vuestro nombre al ménos.

—Lolangel.

—¡Oh! es el nombre que yo mismo os he dado á la buena ventura y por salir del paso; pero ese no es el vuestro.

—¡No importa? Me gusta, y desde hoy lo conservaré para vos, cuando menos.

—¿Y qué necesidad teneis de conservarlo para mí, si yo probablemente no os volveré á ver mas?

—Yo no digo eso: lo que os quiero decir es, que si por casualidad nos volviésemos á encontrar algun dia, seria tan útil el que vos supiéseis mi nombre, como yo el vuestro; yo os conozco por Albert, ¿no es así....? Pues bien, conservad ese nombre, como yo conservaré el de Solangel.

—Sea, puesto que así lo quereis. Pero escuchadme un momento, Solangel.

—Ya os escucho, Albert, me respondió.

—¿Sois efectivamente aristócrata, decidmelo?

—¿Y de qué serviria que yo os lo negára, si vos lo habiais de conocer al fin? Y en este caso ya veis que mi disimulo perderia su mérito.

—¿Y os persiguen tal vez por vuestra cualidad de aristócrata?

—Algo hay de eso.

—¿Y os ocultais por eludir las persecuciones?

—Calle Ferou, núm. 24, en casa de la tia Ledieu, cuyo cochero ha sido marido de mi padre. Ya veis que para vos no tengo secretos.

—¿Y vuestro padre?

—Ya os he dicho, señor Albert, que para vos no tengo secretos; pero es en cuanto á mí; pero en cuanto á los de mi padre ya conoceis que no me pertenecen. Por lo demás, tambien anda ahí oculto, hasta encontrar la ocasion de poder emigrar. Esto es cuanto puedo deciros respecto á él.

—¿Y vos qué pensais hacer?

—Partir con él si es posible, y si no dejarlo marchar, é irme á su lado cuando pueda.

—¿Veniais de verle tal vez cuando os prendieron esta noche?

—Sí.

—Escuchadme, querida Solangel.

—Ya os escucho.

—Ya habeis visto lo que ha tenido lugar esta noche.

—Sí; y eso me ha hecho conocer que teneis grande influencia.

—¡Oh! no; mi influencia no es mucha, por desgracia, pero tengo algunos amigos.

—Sí; he reconocido esta noche á uno de ellos.

—Y como habreis podido comprender, es uno de los hombres de la época.

—¿Y contais con su influjo para protejer la fuga de mi padre....?

—No; esa la reservo para vos.

—¿Y entónces mi padre....?

—Para vuestro padre tengo otro medio.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Otro! esclamó Solangel agarrándome las manos y mirándome anhelante.

—¡Oh! mi reconocimiento seria eterno.

Y pronunció estas palabras con una sublime espresion de reconocimiento anticipado. Luego, fijando en mi sus lángidos ojos con aire suplicante.

—¿Pero os bastará eso? me preguntó.

—Me basta, le contesté.

—¡Ah! no me habia engañado; teneis un corazon verdaderamente noble. Os doy pues, un millon de gracias en nombre de mi padre y en el mio, y estad seguro de que, aun cuando en adelante pudiéseis padecer un revés de fortuna, no por eso me consideraré menos obligada.

—¿Cuándo nos volveremos á ver, Solangel?

—¿Cuando tendreis necesidad de verme?

—Mañana espero tener alguna buena noticia que comunicaros.

—Pues bien, mañana nos volveremos á ver.

—¿Pero dónde?

—Aquí, si no teneis inconveniente

—¿Aquí... en medio de la calle...?

—¿Y por qué no? Ya veis que quizás de este modo estamos mas seguros: hace ya mas de media hora que estamos hablando á la puerta, y no ha pasado un alma en todo el tiempo.

—¿Y por qué no subir á vuestra casa, ó bien venir vos á la mia?

—Porque si viniérais á la mia seria esponerse á comprometer á las pobres gentes que me han dado un asilo, y si yo fuera á la vuestra os comprometeria.

—Vaya pues, quiere decir que os daré una carta de ciudadanía de una parienta mia.

—Si, para que guillotinasen á vuestra parienta, si por casualidad me arrestarán.

—Bien: pues entonces os haré poner una á nombre de Solangel.

—¡Magnífico! Ya vereis como Solangel concluirá al fin por ser mi único y verdadero nombre.

¿Y á qué hora vengo?

—A la misma que nos hemos encontrado hoy: es decir, á las diez, si no os parece demasiado tarde.

—Corriente.

—¿Y cómo nos encontraremos?

—No hay cosa mas sencilla; á las diez menos cinco minutos estád á la puerta, y á las diez en punto bajo yo.

—Pues hasta mañana á la noche, á las diez, querida Solangel.

—Hasta mañana á las diez, querido Albert.

Quise besarle la mano al despedirme; pero ella la retiro y me puso la frente.

El dia siguiente, á las nueve de la noche, ya estaba yo en la calle.

A las diez menos cuarto abria Solangel la puerta de su casa; los dos nos anticipamos á la hora convenida.

A los dos pasos me encontré junto á ella.

—Ya veo que debeis traer buenas noticias, me dijo sonriéndose.

—Escelentes: en primer lugar aquí teneis vuestra carta de ciudadania.

—Y de mi padre ¿no me decis nada? añadió estrechando mi mano.

—Vuestro padre se salvará si quiere.

—¿Si quiere decis....? ¿acaso es preciso que haga algo?

—Nada mas sino que tenga en mi una confianza ciega.

—Contad con ella.

—¿Lo habeis visto?

—Si.

—¿Tal vez os hayais espuesto?

—¿Y qué quereis? es preciso; Dios velará por nosotros.

—¿Le habreis dicho todo lo que hay de nuevo?

—Si; le he dicho que vos me salvásteis la vida ayer, y que quizá

mañana se la salvariais á él tambien.

—Mañana, si, justamente; mañana, si él lo quiere, puede quedar en salvo.

—¿Y cómo....? hablad, hablad; decídmelo..., ¡Oh! ¡qué feliz encuentro el mio si por él llega á conseguir todo esto!

—Solo que.., añadí yo con cierta reserva.

—¿Qué?

—Que vos no podeis marchar con él.

—¿Y qué importa? ¿No os he dicho ya que estoy resuelta á todo?

—Pasado algun tiempo tambien se os facilitará un pasaporte.

Si, bien; pero hablemos primero de mi padre; luego trataremos de mi.

—Pues bien; creo que os dije ayer que tenia algunos amigos ¿no es cierto?

—Si.

—Pues bueno; hoy he ido á visitar espresamente á uno de ellos.

—¿Y bien?

—Es un hombre, que solamente su nombre es una garantía, ya como un hombre de honor, como leal y valiente, y que vos debeis conocer, aunque no sea mas que de oidas.

—¿Su nombre?...

—Marceau.

—¿El general Marceau?

—Precisamente.

—Teneis razon. ¡Oh! pues si ese ha prometido, cumplirá, no lo dudeis.

—Pues bien, ha prometido.

—¡Oh! ¡Dios mio, cuán dichosa me haceis en este momento!...

¿Y qué? ¿qué os ha prometido? decid.

—Ha prometido servirnos.

—¿Pero, cómo?

—De la manera mas sencilla del mundo.... Mirad, Kleber acaba de ser nombrado general en jefe del ejército del Oeste, para donde partirá mañana á la tarde.

—¿Mañana á la tarde?... pero tan pronto no habrá tiempo de preparar nada.

Es que tampoco tenemos nada que preparar.

—No comprendo. .

—Si, él llevará á vuestro padre.

—Que se llevará á mi padre?

—Si, en calidad de secretario suyo: una vez que llegue á la Vendé, y despues de haber jurado vuestro padre al general Marceau no tomar las armas contra la Francia, bajo su palabra de honor, una noche cualquiera, protegido por la oscuridad, atraviesa el campo vandeano: de la Vandé puede irse á la Bretnña, y de allí á Lóndres. Cuando se haya instalado en Lóndres, os escribe; yo os proporciono el pasaporte que os he ofrecido, y marchais allá á uniros con él.

—¡Mañana!.... esclamó Solangel; ¿con que partirá mañana?

—Y mirad que no hay tiempo que perder.

—Pero no está prevenido.

—Pues avisádselo.

—¿Esta misma noche?

—Esta misma noche.

¿Pero cómo hacerlo á estas horas? es ya muy tarde.

—¿Y no teneis aquí vuestro salvoconducto y mi brazo además?....

—Teneis razon: dadme el salvoconducto.

Se lo dí y se lo guardó cuidadosamente en el pecho.

—Ahora dadme el brazo.

Se lo dí tambien y echamos á andar hasta la plaza Taranne, es decir, hasta el sitio en que yo la habia encontrado la víspera. Al llegar allí soltó mi brazo.

—Esperadme aquí, me dijo.

Yo me incliné un tanto y aguardé.

Ella desapareció como un rayo por la esquina del antiguo hotel de Matignon, por la que apareció de vuelta al cabo de un cuarto de hora cuando mas.

—Venid, me dijo, venid; mi padre quiere conoceros y daros las gracias por vuestra generosidad. Y volviéndome á coger del brazo me llevó á la calle de San Guillermo, enfrente del hotel Montemart.

Cuando llegamos sacó una llave del bolsillo, abrió con ella una puertecilla falsa, me cogió de la mano y me guió hasta el segundo piso, á cuya puerta llamó de un modo particular.

Inmediatamente nos abrió un hombre como de cuarenta y cinco años vestido de artesano, y con aspecto como de encuadernador de libros; pero no bien hubo hablado y dirigídome los primeros cumplimientos, cuando conocí que el gran señor se habia delatado á sí propio.

—Caballero, me dijo, la Providencia os ha enviado á nosotros, y así, pues. os recibo como un enviado de la Providencia. ¿Será verdad que podais salvarme, y sobre todo, que lo querais?...

Entónces le referí el cómo Marceau se habia encargado de llevárselo en calidad de secretario, sin otra condicion que su palabra de honor de no hacer armas contra la Francia.

—Os lo prometo de corazon y por la fé de caballero; y ratificaré mi uramento otra vez y otras mil si preciso fuera.

—Os doy las gracias en su nombre y en el mio.

—¿Y cuándo parte el general?

—Mañana.

—¿Será neeesario que me presente á él esta misma noche?

—Cuando gusteis, porque os espera á toda hora.

El padre y la hija cambiaron entre sí una espresiva mirada.

—Yo creo que sería mas prudente que fuerais esta misma noche, padre mio, dijo Solangel.

—Bien; pero ¿y si me prenden por no llevar la carta de seguridad?

—Hé aquí la mia, tomadla.

—Pero ¿y vos?

—A mi me conoce todo el mundo.

—¿Y dónde vive Marceau?

—Calle de la Universidad, número 40, en casa de su hermana, Mlle. Desgraviens-Marceau.

—Me acompañareis?

—No iré precisamente con vosotros, pero os seguiré á alguna distancia para acompañar luego á esta señorita.

—Y cómo, ¿os parece que me dé á conocer por vuestro recomendado con Marceau?

—Le enseñareis esta escarapela encarnada, que es la señal de reconocimiento.

—¿Y qué puedo hacer yo por mi libertador?

—Confiad á mi cuidado su salvacion, así como ella me confió la vuestra.

—Pues vamos.

Y esto diciendo, púsose el sombrero y apagó las luces.

En seguida bajamos la escalera á la débil luz de un rayo de luna que penetraba por una de las grietas de una ventana; ya en la puerta, tomó á su hija del brazo, y tirando á la derecha, tomó por la calle de Saint-Péres a la de la Universidad, parándose delante del número 40, donde llegamos sin haber encontrado en el tránsito ni una sola persona.

Entonces yo, que los seguia como á unos diez pasos de distancia, me aproximé á ellos.

—Esto marcha bien, le dije al aproximarme; ¿quereis ahora que espere, ó preferís que suba con vos?

—No, me contestó; demasiado os estais comprometiendo ya; aguardad aquí á mi hija, y ¡adios! continuó tendiéndome su mano: carezco de palabras que os puedan espresar el sentimiento que me inspira vuestra generosidad. Pero Dios querrá que llegue un dia en el que pueda demostraros mi agradecimiento.

Por toda contestacion estreché segunda vez su mano, y entré en la

casa seguido de Solangel, que tambien me dió su mano al irse.

No habrian pasado diez minutos, cuando volvió á abrirse la puerta; era Solangel que volvia.

—Y bien, ¿qué hay? le pregunté.

—Que vuestro amigo es el hombre mas digno de serlo vuestro que hay en el mundo, que nos ha prodigado las mayores atenciones, y que suponiendo que yo tendría una satisfaccion muy grande en acompañar á mi padre hasta el momento de la partida, no ha permitido que me vaya, y ha mandado á su hermana que me prepare una cama en su misma habitacion, y que mi padre estará fuera de peligro mañana á las tres de la tarde. De modo,que si creeis que el agradecimiento de una hija, á cuyo padre habeis salvado, valga la pena de molestaros, podeis ir á encontrarla mañana á las diez á la calle Ferou.

—¡Oh! iré sin falta. ¿Y vuestro padre, no os ha dicho nada para mi?

—Me manda daros las gracias por vuestra carta, que os entrego, suplicándoos cuideis de enviarme con él, tan luego como os sea posible.

—Cuando vos querais, Solangel, le respondí yo con el corazon oprimido.

—Pero falta todavía saber á dondo he de ir á unirme con mi padre, me dijo. Y luego con graciosa sonrisa: ¡Oh! todavia no os librareis de mí tan pronto, continuó.

Entonces la tomé la mano y la puse junto al corazon; pero como la vispera me presentó su noble frente!

—Ea, hasta mañana.

Y al posar mis lábios sobre su terso cutis, no fué solo la mano lo que estreché contra mi corazon, si no tambien su pecho palpitante.

Entré en mi casa gozosa el alma como no lo habia estado jamás. ¿Era este goce hijo de la conciencia satisfecha por la accion meritoria que acababa de hacer, ó seria quizá que yo empezaba á amar á la adorable criatura?

En esta alternativa de sentimientos, no sabia si lo que me pasaba era un sueño ó una ilusion de mi sentido: lo que sé es que todas las armonias de la naturaleza resonaban en mi corazon, que el dia se me hacia interminable y la noche eterna, que hubiera detenido al tiempo en su veloz carrera para no perder ni un minuto de los dias que aun me restaban por vivir.

Al otro dia á las nueve de la noche, estaba yo en la calle Ferou, y á las nueve y media apareció Solangel; al verme se arrojó á mi con los brazos abiertos y me abrazó.

—¡Se ha salvado, esclamó; mi padre se ha salvado, y á vos es á quien debo este beneficio!..... ¡Oh, cuánto os amo!

Quince dias despues recibió Solangel una carta en que se le decia que su padre estaba en Inglaterra.

Al dia siguiente de recibir la noticia, le dí un pasaporte, que Solangel tomó hecha un mar de lagrimas.

—Vos no me amais, me dijo.

—Os amo mas que á mi vida, respondíle; pero he dado mi palabra á vuestro padre de que iriais, y estoy obligado á no faltar á ella.

—Entonces faltaré yo á la mia. Si tu tienes valor para verme ir, Alberto mio, á mi me falta para dejarte, me dijo, y ¡ay de mí!..... se quedó.

VII.

ALBERT.

Al llegar aquí de su historia, detúvose el señor Ledru por segunda vez, quedándonos todos en el mas profundo silencio, silencio que ninguno nos atrevimos á interrumpir, porque todos sabíamos que la historia iba tocando á su fin, y el señor Ledru habia dicho que quizás le

faltarian las fuerzas al concluir su narracion.

A los pocos instantes continuó:

—Habian pasado ya cerca de tres meses desde la noche que se difirió la partida de Solangel, sin que en todo ese tiempo se hubiera hablado una palabra sobre separacion.

Solangel me manifestó deseos de vivir en la calle de Taranne, y le alquilé un cuarto con su nombre postizo, porque ya queda dicho que yo no la conocia por otro, así como ella tampoco á mi mas que por el de Albert; y para ponerla mas á cubierto de las pesquisas de la policía, que entonces eran mas activas que nunca, la decidí á entrar en clase de ayudanta en un instituto de jóvenes educandas.

Los domingos y los jueves, dias en que no tenian clase, los pasábamos en la habitacion de la calle de Taranne, desde cuya ventana veiamos la plaza en que nos encontramos por la vez primera.

Todos los dias recibiamos ambos una carta, ella á nombre de Solangel y yo al de Albert.

Os confieso que aquellos tres meses fueron los mas felices de mi vida.

Sin embargo de esto, no habia renunciado al designio que habia formado, á consecuencia de mi entrevista con el ayuda del verdugo. Así fué que solicité y obtuve permiso para hacer esperimentos sobre la persistencia de la vida despues del suplicio, y estos esperimentos me habian demostrado palpablemente que el dolor existia despues de la ejecucion, y que era un dolor terrible.

—He ahí precisamente lo que yo niego, esclamó repentinamente el doctor.

—Pero, vamos á ver continuó Ledru; ¿me negareis que la cuchilla hiere en la parte mas sensible de nuestro cuerpo, por hallarse en ella reunidos una infinidad de nervios? ¿Negareis que en el cuello están comprendidos todos los nervios de los miembros superiores, como por ejemplo, el simpático, el vago, y, en fin, hasta la médula espinal, centro del sistema nervioso y orígen de todos los demás nervios de la economía, tanto superiores como inferiores? ¿Me negareis que la rotura ó separacion de la parte huesosa de la columna vertebral, debe producir uno de los dolores mas atroces que la criatura humana puede esperimentar?

—Convengo, dijo el doctor, pero ese dolor no dura mas que algunos segundos.

Hé ahí lo que yo á mi vez os niego, arguyó Ledru poseido de una profunda conviccion; pero aun cuando efectivamente no dure mas que algunos segundos ¿dejará por eso de existir en ese corto tiempo el *sentimiento*, la *personalidad*, el *yo*? En mi concepto, una cabeza en ese estado, oye; vè, siente y juzga de la separacion de su ser; y ¿quién sabe si la corta duracion del sufrimiento físico será bastante á compensar la horrible intensidad del de la parte moral?

—Es decir, que segun vuestras doctrinas, ¿el decreto de la Asamblea constituyente sustituyendo la guillotina á la palanca es un error filantrópico, y que vale mejor ser ahorcado que no decapitado?

—¡Qué duda tiene!.... Y si no acordaos de cuantos casos se cuentan de ahorcados que han vuelto á la vida, y preguntad á cualquiera de ellos qué especie de sensacion han esperimentado, y os contestarán que la misma que puede esperimentarse en una apoplegía fulminante; ó lo que es lo mismo, la producida por un sueño profundo, sin esperimentar el menor dolor ni ninguna clase de agonía; os dirán que la sensacion que esperimentan es la que pudiera producir una llama que centellease delante de sus ojos, y que fuera cambiándose poco á poco de roja en azulada, hasta caer en el síncope. Y en efecto, doctor, vos sabeis eso mejor que nadie. A todo hombre á quien se comprime el cerebro con el dedo en el sitio en que le falta un casco del cráneo, en vez de producir dolor se le adormece. ¡Pues bien! lo propio sucede cuando la compresion es producida por un derrame ó por la aglomeracion de la sangre en el cerebro.

—Hasta ahí convenido, dijo el doctor; pero seguid con vuestros esperimentos, porque estoy deseando llegar á la cabeza de que nos habeis hablado.

Al concluir el doctor, me pareció oir un lijero suspiro del lado del señor Ledru; en cuanto á su emanacion me fué imposible notarla, porque era ya noche cerrada.

—Teneis razon, doctor, me separaba de la cuestion; pero volviendo á mis esperimentos, continuó Ledru, como atravesábamos aquella época mas sangrienta de la revolucion, en la que guillotinaban treinta ó cuarenta personas cada dia, no faltaban cabezas donde hacerlo, como podeis conocer; en fin, básteos saber que fué necesario practicar una fosa de tres piés de profundidad alrededor del patíbulo, con el objeto de que recogiera la sangre que antes caia á arroyos inundando la plaza; figuraos qué cantidad de sangre contendria, cuando un dia, un chico de ocho á diez años, puso inadvertidamente el pié en falso sobre una de las planchas de hierro que la cubrian. Cayó, y cuando acudieron á sacarlo, se habia ya ahogado.

Se me olvidaba deciros que me guardé muy bien de decir á Solangel en lo que ocupaba mi tiempo los dias que no iba á verla: por lo demás confieso que á pesar de mi afan por investigar, empezaba á repugnarme aquello que en cierto modo podria tenerse por profanacion de aquellos restos humanos, horrorizándome la idea de ocasionarles mas dolores, dado caso de que mi suposicion fuese una verdad. Pero últimamente, aunque mortificándome, me halagaba el sentimiento de que un descubrimiento de esa naturaleza redundaria tal vez en beneficio de la humanidad entera, atendido á que si yo llegaba un dia á hacer partícipe de mis convicciones á un poder legislativo, quizá se consiguiera abolir la pena de muerte, y esto tranquilizaba mi conciencia.

A medida que mis esperimentos íbanme dando resultados, los iba consignando en una especie de memoria, y al cabo de dos meses ya habia hecho cuantos esperimentos era posible hacer sobre la persistencia de la vida despues del suplicio; resolviéndome por último á llevar mas adelante aun mis investigaciones por medio del galvanismo y la electricidad.

Para esto solicité se me franquease el cementerio Clamart, lo que me fué otorgado, poniendo á mi disposicion todos los cuerpos y cabezas de los ajusticiados, convirtiendo en laboratorio de mi uso, la capilla del cementerio, situada en uno de sus ángulos. No os estrañará esto, porque ya sabeis que despues de haber echado al rey de sus palacios, se echó á Dios de sus templos.

En aquel laboratorio tenia yo una máquina eléctrica, y tres ó cuatro de los instrumentos conocidos con el nombre de *frotadores*.

Cerca de las cinco llegaba siempre el convoy ó carreton en donde venian los cuerpos todos unos encima de otros, y lo mismo las cabezas, con la sola diferencia de que estas las traian en un saco.

Elegí de entre todas á la casualidad dos cabezas y dos cuerpos, y los demás los echaron en la fosa, quedando aquellos que yo elegia para mis esperimentos para ser enterrados al siguiente dia con los nuevamente llegados. Mi hermano me ayudaba casi siempre á hacer

los esperimentos.

En medio de mi continuo contacto con la muerte, el amor que profesaba á Solangel iba aumentando cada dia, en lugar de estinguirse, y la pobre niña por su parte tambien me amaba con todo su corazon.

Mil veces habia pensado en darla mi mano, y otras tantas nos regocijábamos ambos á la idea de tan feliz enlace; pero para poder ser mi mujer, Solangel tenia que declarar su verdadero nombre; y su nombre, que era el de un emigrado, el de un aristócrata, el de un proscrito, iba unido al de luto y muerte.

Su padre le habia escrito varias cartas diciéndole que apresurase su viaje; pero ella, en vez de partir, le confesó nuestros amores, llegando á pedirle su consentimiento para verificar nuestro casamiento, el cual le acordó gustoso; de suerte que por este lado las cosas no podian ir mejor.

Sin embargo, entre los innumerables procesos que tenian lugar en aquella época aciaga, uno entre otros mas terrible que todos llamaba la atencion general, entristeciendonos profundamente á nosotros dos en particular. Era este el de la reina María Antonieta, el cual empezó el 4 de octubre y se siguió con una celeridad tal, que el 14 habia comparecido ya en presencia del tribunal revolucionario; el 16 á las cuatro de la mañana fué condenada, y á las once de la misma sentaba ya su pié sobre la plataforma del patibulo.

Esta misma mañana recibí una carta de Solangel, en la que me decia que no queria dejar pasar un dia tan memorable sin verme.

A las dos llegué á nuestra casita de la calle de Taranne, donde encontré á Solangel llorando amargamente, y aun á mi mismo me afectó terriblemente aquella ejecucion. La reina habia sido tan buena para mí cuando muchacho, que no podia menos de conservar en mi corazon este grato recuerdo.

¡Oh! me acordaré toda mi vida de aquel dia fatal; recuerdo que fué miércoles: Paris, no solamente estaba triste sino aterrado.

En cuanto á mí, sentia una estraña emocion como si presintiese una desgracia, que abatia mi valor, y me conocia completamente. Hacia cuanto podia por consolar á mi Solangel, que continuaba llorando entre mis brazos; pero en vano, porque sin saber por qué, para mi mismo no habia consuelo en mi corazon.

Pasamos la noche como de costumbre; pero lejos de aliviar nuestras almas con sus sombras, acreció mas nuestra tristeza, que contribuia á hacer mas insoportable los lastimeros ahullidos de un perro que habia encerrado en el cuarto de encima del nuestro.

Compadecidos del animal nos informamos, y supimos que su amo habia salido, dejándole encerrado; que lo habian preso en la calle; que en el mismo momento lo llevaron al tribunal revolucionario; y últimamente, que habia sido condenado á las tres y guillotinado á las cuatro. En esto llegó la hora de separarnos, porque las clases empezaban á las nueve, y la casa-pension donde estaba Solangel estaba cerca del Jardin de Plantas. Sin embargo; estuve dudando mucho tiempo si la dejaria salir, y á ella misma le faltaba resolucion para marcharse: pero era imposible dejar de ir á la pension dos dias seguidos sin dar lugar á las investigaciones, siempre peligrosas para Solangel.

Hice venir un coche y la acompañé hasta la esquina de la calle de Jossé-Saint-Bernard: al llegar allí me apeé, y la dejé continuar su camino. Durante el tránsito habíamos permanecido ambos abrazados sin hablar una palabra, y uniendo la amargura de nuestro acerbo llanto al dulce consuelo de nuestros besos.

Cuando bajé del coche, en vez de seguir por mi camino, me quedé como clavado en el mismo sitio, hasta perder de vista el carruaje; pero apenas se habia alejado á unos veinte pasos se detuvo, y Solangel sacó la cabeza por el vidrio, como si adivinase que yo me habia quedado á verla ir: entonces corrí á ella, volví á montar en el carruaje; eché las cortinillas y la volví á estrechar todavia una vez contra mi coranon. En esto dieron las nueve en San Estéban del Monte. Enjugué sus lágrimas, sellé sus labios con un último beso, y me lancé otra vez fuera del coche, alejándome de él á toda prisa.

Me pareció que Solangel me llamaba; quizás hubieran notado sus sollozos y sus lágrimas, y me dió el fatal valor para no volver.

Entré en mi casa desesperado, y pasé todo el dia escribiéndola, y por la noche le remití el cartapacio, pero apenas habia yo echado mi carta al correo, cuando recibi una suya, en la que me decia que la habian reprendido ágriamente, que le habian hecho una infinidad de preguntas de no muy buen carácter, y últimamente que la habian castigado con no permitirla salir el próximo domingo; pero Solangel me aseguraba que nos veriamos infaliblemente ese dia, aun cuando para eso hubiese de romper abiertamente cen la directora.

Yo por mi parte, insistia en lo mismo, seguro como estaba de perder el juicio si no la podia ver en siete dias, y tanto mas cuanto que Solangel me manifestaba en la suya cierta inquietud, por parecerle que le habian abierto una carta de su padre que acababa de recibir al llegar al colegio.

Pase muy disgustado aquella noche, y al dia siguiente escribí á mi Solangel, como tenia de costumbre; mas como este dia fué uno de los destinados á mis esperimentos, á las tres fui á buscar á mi hermano para que me acompañara á Clamart, pero no estaba en casa y hube de irme solo.

El tiempo estaba malo: los cielos contristados se deshacian en agua, en lluvia de esa fria y torrentuosa que anuncia la proximidad del invierno. Nada mas triste que el ronco eco de los cielos que pregonaban la lista de los condenados, que eran muchisimos, entre hombres, mujeres y hasta niños, y cuyos estentóreos gritos dejé apenas de oir en todo el camino. La sangrienta cosecha era abundante, y me prometia no careceria del objeto de mis investigaciones.

Los dias eran cortos, y aunque llegué á Clamart á las cuatro, ya era casi de noche.

El aspecto que presentaba el cementerio con sus infinitas sepulturas y nichos recientemente abiertos y sus árboles raros, que crujian al choque del aire cual si fueran esqueletos, era sombrío é imponente.

Todo lo que en su suelo se encontraba eran montones de tierra, cardos, ortigas y alguna otra yerba que hacia desaparecer frecuentemente la tierra casi continuamente removidá. Solo llamaba la atencion por su excesiva magnitud la fosa destinada á los condenados del dia que esperaba con tanta boca abierta su racion. Me acerqué á ella casi maquinalmente y vi que tenia agua; pero al aproximarme resbalóseme un pié, y poco me faltó para caer dentro: al ver mi pié mojado se me erizó el cabello en seguida, y casi tiritando de frio me dirigí con paso apresurado á mi laboratorio.

Este, como os he dicho, era la antigua capilla á cuyos muros y rincones se dirigian mis ojos sin querer, ávidos de encontrar en ellos un objeto de culto, ó bien sobre el apoyo que habia servido de altar en otro tiempo; pero las paredes estaban desnudas y el altar raso. En el sitio en que antes estaba el Tabernáculo,

Universidad de Deusto
Biblioteca

es decir, Dios, la vida, habia ahora un cráneo sin pellejo y sin pelo, es decir, la muerte, el polvo de la nada.

Un poco mas recuperado, encendí la luz; la puse encima de la mesa en que hacia mis esperimentos, la cual estaba llena de útiles é instrumentos de rara forma y de mi propia invencion, y me senté pensativo; ¿qué idea preocupaba mi imaginacion? La de haber visto la víspera conducir al infame cadalso en medio de las imprecaciones de todo un pueblo entero, á aquella infeliz reina, otro tiempo tan bella, tan dichosa y tan amada, y cuya cabeza acostumbraba á reposar bajo los dorados artesonados de las Tullerías, de Versalles y de Saint-Cloud, dormia ahora en el hoyo miserable de los pobres.

Mientras yo permanecia abismado en tan crueles reflexiones, el aire, redoblando su ímpetu, pasaba en fuertes ráfagas por entre las ramas de los árboles, imitando un lúgubre gemido, que fué á perderse en la inmensidad del espacio.

A este gemido se siguió otro no menos lúgubre, que anunciaba que el ensangrentado carro que venia de la plaza de la Revolucion, llegaba á Clamart.

Poco tiempo despues aparecieron en la puerta dos hombres chorreando agua y con un saco en la mano.

El uno de estos hombres era Legros, el ayudante del verdugo, á quien ya conoceis; el otro era un sepulturero.

—Tomad, señor Ledru, díjome el primero; aquí teneis esto, aunque esta noche no teneis por qué apresuraros, porque vamos á dejaros aquí toda esta gentuza, mañana de dia hay tiempo de enterrarlos, que á fe no se resfriarán por pasar una noche al aire.

Y poniendo el saco junto al ángulo de mi izquierda, próximo al altar, prorumpieron en sarcásticas y feroces carcajadas aquellos dos ministros de la muerte.

Despues salieron dejando abierta la puerta, por la que entraba el aire á grandes ráfagas que hacian vacilar continuamente la luz de la vela, que ascendia pálida y moribunda á lo largo de su negra pavesa.

Al poco tiempo oí que desenganchaban el caballo, cerrando el cementerio, despues de poner en un rincon el carreton lleno de cadáveres.

En el primer momento quise marcharme con ellos; pero luego, atraído no sé por qué fuerza superior que no podia dominar, permanecí en mi sitio, si bien temblaba como un azogado. Lo que sentia no era miedo, pero el susurro del viento, el ruido producido por la lluvia que caia á torrentes, el murmullo de los árboles y de los silvidos del aire que hacia vacilar la luz, todo parecia reunirse, produciendo en mí un espanto que me aterraba.

De repente me pareció que una voz dulce y lastimera á la vez, voz que parecia salir de aquel mismo recinto, pronunciaba el nombre de Albert.

—¡Oh! ¡entonces me estremecí!... Albert.....! Solamente una persona en el mundo podia llamarme así.

Mis ojos vacilantes buscaban por todas partes un objeto que no podian hallar, hasta que se encontraron con el saco que estaba próximo al altar, cuya tela ensangrentada indicaba desde luego su fúnebre contenido.

En el momento en que mis ojos se fijaron en el saco, la misma voz repitió el mismo nombre, si bien con acento mas débil y confuso todavía.

—Albert....!

Mi espanto llegó entonces á su colmo: aquella voz parecia como salir del interior del saco. Traté de asegurarme por el tacto de si estaba despierto ó si soñaba, y luego andando recto con los brazos tendidos, como un hombre de piedra, me dirigí hácia el saco y metí en él mi mano.

Poseido de ese grado de terror, en que el esceso del mismo terror nos dá valor, cogí una cabeza que coloqué sobre la mesa volviéndome á mi asiento, en el que me dejé caer como un plomo.

¡Oh.....! Al levantar los ojos lancé un grito terrible. Porque aquella cabeza, cuyos labios estaban aun calientes, y cuyos ojos estaban entreabiertos, ¡era la cabeza de Solangel.....!

Entonces, fuera de mi, cual si estuviera loco, grité tres veces:

—¡Solangel! ¡Solangel! ¡Solangel!

A mi tercera esclamacion sus ojos se abrieron enteramente, me miraron, vertieron una lágrima, y dirigiéndose hácia el cielo se cerraron para siempre.

Entonces me levanté loco, furioso, y quise huir; pero al levantarme me enganché en la tabla de la mesa, la tiré y con ella se apagó la luz, quedándome completamente á oscuras con mi desesperacion y mis lágrimas. Al dar el primer paso tropecé y caí; en mi delirio creí ver á la cabeza venirse hácia la mia..... un copioso sudor bañaba todo mi cuerpo; articulé un gemido y perdí el conocimiento.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana, me encontraron los sepultureros mas frio que las baldosas en donde estaba tendido.

Solangel, descubierta por la carta de su padre, habia sido presa, condenada y ejecutada en un mismo dia.

La cabeza que me habló, y los ojos que me miraron, eran los ojos y la cabeza de Solangel.

Vos sabeis, continuó Ledru dirigiéndose al callero Lenoir, que en aquella época fué cuando estuve á pique de morir.

VIII.

EL GATO, EL UGIER Y EL ESQUELETO.

El efecto que nos produjo el relato del señor Ledru fué tan horrible, incluso al mismo doctor, que nadie osó despegar los labios: solo el caballero Lenois contestó á la interpelacion que le dirigió Ledru, con una demostracion afirmativa, la pálida dama, que solamente habia levantado su cabeza en un momento de los mas interesantes de la relacion del señor Ledru, volvió á posarla sobre el cogin, sin dar otra señal de vida durante su continuacion que un lánguido suspiro: el comisario de policía, que no veia en todo esto materia para actuar, no despegó sus labios.

En cuanto á mi pesaba y rectificaba en mi imaginacion todos los pormenores de la catástrofe, por si acaso algun dia me daba el capricho de referirla, y por lo tocante á Alliette y al clérigo Moulle, estaba el hecho muy en sus principioos y creencias para que tratasen do rebatirle.

Por el contrario, Moulle fué el primero que rompió el silencio, y reasumiendo en cierto modo la opinion general:

—Creo muy bien cuanto acabais de referirnos, mi querido Ledru, le dijo: permitidme, sin embargo, que os haga una pregunta: ¿cómo os esplicais vos *ese hecho*, como le llamaria un materialista?

Es que yo no he tratado de darme esplicaciones, sino de referir lo que pasó.

—Eso es, eso es; ¿cómo esplicais ese fenómeno? preguntó el doctor; porque por mucha que sea la persistencia de la vida, y por mas que la admitais, me parece que no supondreis siquiera que una cabeza pueda hablar, mirar y moverse á las dos horas de haber sido cortada.

—De modo, querido doctor, que si me hubiera podido dar razon á mi mismo, no me hubiera granjeado una enfermedad como la que me costó aquel raro acontecimiento.

—Pues veamos como os esplicais vos, doctor; porque al fin, el caso

no es fábula inventada por Ledru para entretenernos, sino un hecho sucedido. Además, la enfermedad que esto le produjo es tambien un hecho material.

—¿Pues quien puede dudar que todo ello fué una alucinacion? Alucinado Ledru, ha creido ver y oir, y para él fué como si efectivamente hubiera visto y oido. Por otra parte, todo el mundo sabe que los órganos que trasmiten las sensaciones al *sensorium*, es decir, al cerebro, son susceptibles de perturbarse en sus funciones, segun que están sometidos á estas ó las otras influencias esteriores; y en ese caso trasmiten falsas percepciones, por las que se cree ver, y realmente no se vé, por las que se cree oir, y no se oye.

El frio, la lluvia, las tinieblas, preocuparon la ardorosa imaginacion de Ledru, y hé ahí esplicado el misterio: tambien un loco oye y ve lo que á él se le antoja, y la alucinacion no es otra cosa que una especie de locura momentánea, en la que se guarda la memoria y luego desaparece.

—¿Y cuándo no desaparece? preguntó el clérigo Moulle.

—Entonces la enfermedad entra en la clase de aquellas que se dicen incurables, y se concluye por la muerte.

—¿Habeis tratado alguna vez por casualidad esta clase de enfermedades, doctor?

—No; pero he conocido algunos médicos que las han tratado: entre otros un médico inglés que acompañaba á Walter-Scott en su viaje por Francia.

—¿Y eso os refirió?....

—Un hecho muy semejante al que acaba de contarnos nuestro amigo Ledru, y quizá mas extraordinario aun.

—¿El cual os esplicareis tambien por el materialismo, por supuesto? le preguntó el clérigo Moulle.

—Está claro.

—Y podríamos conocer ese hecho referido por el doctor inglés?

—¿Porqué no?

—¡Ah! pues entonces contad, doctor, contad.

—¿Si lo quereis?...

—Sí, señor, sí, esclamamos todos á la vez.

—Pues empiezo. Ya sabeis que el médico que vino á Francia con Walter-Scott, era el doctor Sympson, uno de los facultativos mas afamados de la facultad de Edimburgo, el cual, por consiguiente, estaba relacionado con todas las personas de mas consideracion de la capital.

En el número de estas se encontraba un juez del crímen, cuyo nombre nos ocultó, siendo este el único secreto que respeté en cuanto hacia relacion con la historia que me referia.

Pues señor, este juez, á quien el doctor visitaba, pero sin ninguna causa aparente de alteracion en la salud, de repente empezó á desmejorarse visiblemente; siendo uno de los síntomas principales de su enfermedad la sombría melancolía que se le habia apoderado. La familia habia interrogado al doctor sobre su estado de salud, y el doctor preguntaba á su vez á su amigo, del que no obtenia nunca sino vagas respuestas, que en nada satisfacian la ansiedad de su esposa, lo que probó al doctor que allí existia un secreto, pero secreto que el enfermo no queria revelarle.

En fin, un dia, el doctor Sympson insistió tanto con su amigo para que le dijese lo que sentia, que aquel, cogiéndole las manos y estrechándoselas entre las suyas, y con triste sonrisa:

—Y bién, sí, le dijo, me siento enfermo; y mi enfermedad, querido doctor, es tanto mas incurable, cuanto que toda ella está en mi imaginacion.

—¿Cómo en vuestra imaginacion?

—Sí, me vuelvo loco.

—¡Loco! ¿Y por qué? Vuestras miradas son naturales, la voz es clara y armoniosa:—y tomando su mano:—el pulso está bueno.

—Pues he ahí precisamente lo que agrava mi mal, querido doctor; que lo conozco y lo juzgo.

—Pues entonces ¿en qué fundais vuestra locura?

—Tened la bondad de cerrar la puerta para que no nos incomoden, y yo os lo diré doctor.

El doctor cerró la puerta y volvió á sentarse junto á su amigo.

—¿Os acordais, le dijo el juez, de la última causa que sentencié?

—Sí, recuerdo que era un bandido escocés á quien condenasteis á la horca, y que luego se ejecutó.

—Precisamente. Pues bien, en el momento en que me oyó pronunciar la sentencia, aquel hombre me miró con unos ojos que parecian querme tragar, y hasta me amenazó con la mano. No le hice caso, como os podeis figurar, porque ya sabeis lo frecuentes que son estas demostraciones entre los condenados. Al dia siguiente al de la ejecucion, el verdugo se presentó en mi casa, pidiéndome le perdonara por su visita; pero que creia de su deber advertirme de una cosa importante, por lo que pudiera acontecer: entonces me dijo que el reo habia hecho antes de morir una como invocacion en contra mia á los malos espiritus, añadiendo en el momento de espirar que al otro dia de la ejecucion, á las seis, tendria yo noticias suyas.

En el primer momento crei que se me dispondria alguna sorpresa por sus compañeros, ó que tratarian de vengarse de mí á mano armada, por lo que me encerré en mi gabinete antes de la hora con un par de pistolas.

Dieron por fin las seis en el reloj que habia sobre la chimenea, no pudiendo menos de ponerme en espectacion, preocupado como lo estaba con la revelacion que me habia hecho el ejecutor; pero no vi nada, ni sentí otra cosa que una especie de gruñido sordo que no sabia qué podia producirle, cuando al volver la cara me encontré con un gato, cuya piel era de manchas negras y color de fuego. ¿Cómo ó por dónde habia entrado aquel animal? he ahí lo que yo no sabia esplicarme: en el acto no podia ser, porque las puertas y ventanas de mi habitacion estaban perfectamente cerradas; luego era preciso que el animal estuviera allí desde mucho tiempo antes.

Como no me habia desayunado aun, toqué la campanilla y vino mi criado; pero no pudo entrar, porque como os he dicho, tenia cerrada la puerta por dentro; entonces me levanté de la cama y fuí á abrirle: le dije en seguida lo del gato negro y color de fuego, y nos pusimos ambos á buscarlo, aunque inútilmente, porque ya habia desaparecido.

Pasóse toda la tarde sin acordarme ya de semejante cosa; vino la noche, luego el dia, el cual pasó sin que ocurriese la menor novedad, cuando al sonar las seis sentí el mismo ruido que la vispera, y el mismo gato se presentó á mi vista; pero esta vez saltó sobre mis rodillas, y aun cuando nunca habia tenido antipatía á los gatos, sin embargo, aquella familiaridad me causó una impresion desagradable: lo eché al suelo; pero apenas lo retiré, cuando volvió á saltarme encima; lo eché segunda vez, pero fué inútil. Entonces me levanté y empecé á pasearme por el cuarto; pero el gato me seguia paso á paso, sin haber quien lo quitára de mi lado: impacientado ya de su tenacidad, toqué la campanilla y vino mi criado: al irle á abrir, el gato se metió bajo la cama, y aun cuando lo buscamos siempre fué en vano, porque una vez bajo de la cama, habia desaparecido como el dia anterior.

A la noche salí á ver á unos cuantos amigos, volviendo luego á casa,

Universidad de Deusto
Biblioteca

donde entré sin ser visto, gracias al picaporte que llevé conmigo.

Como no tenia luz, me vi en la precision de subir muy despacio por no darme con algo; cuando al llegar al último escalon oí que mi criado estaba muy metido en conversacion con la doncella de mi mujer.

Al oirles pronunciar mi nombre, me detuve, fijando mi atencion en sus palabras, y ví que mi muchacho le contaba á la chica la escena de la víspera y la del dia, añadiendo: te digo que es preciso que nuestro amo se haya vuelto loco; ¡cuidado, que empeñarse en que habia un gato negro y rojo en su gabinete, cuando estaba mas raso que mi mano, es buena aprension!

Aquellas pocas palabras me infundieron pavor: porque, una de dos; ó la vision era verdadera, ó era falsa; si verdadera, me hallaba sometido á la influencia de un poder sobrenatural; si era falsa, y yo creia ver cosas que no existian, segun decia mi criado, estaba loco, y en cualquiera de ambos casos estaba divertido.

Considerad, amigo mio, con cuanta impaciencia mezclada de pavor no aguardaria yo las seis del dia tercero; pero este dia, so pretesto de que arreglase el cuarto, detuve á mi criado hasta las seis, en que oí identico ruido y se presentó el inseparable animalito, sentándose á mi lado como tenia de costumbre.

Permanecí callado un rato, esperando que al ver al animal el muchacho me hablára primero, ¡pero nada! iba y venia en todas direcciones, sin advertir lo mas mínimo.

Viendo su indiferencia, pensé mandarle traerme algo que estuviese en la misma línea que el gato, á ver si pasando á su lado tropezaba con él ó lo veia.

—John, le dije, pon esa campanilla sobre la mesa.

Hizo lo que dije; pero al llegar al animal, éste dió un salto y vino á posarse sobre mis piernas sin ser visto de John, ó al menos aparentó no verlo.

Os confieso que entonces bañó mi frente un sudor frio, y que aquellas palabras de John: «es preciso que el amo se haya vuelto loco.» se presentaron en mi imaginacion de una manera terrible.

—Jhon, dije á mi criado; ¿no ves nada sobre mi rodillas?

Se me quedó mirando un instante, y luego, como un hombre que toma una resolucion definitiva:

—Si señor, me contestó, veo un gato.

Entonces respiré con mas libertad, y cogiendo al animal con mis propias manos:

—Pues mira, tómale y hazme el favor de llevártele, te lo suplico.

Efectivamente, sus manos chocaron con las mias, le puse el gato sobre el brazo, y luego se marchó á una seña mia.

Durante diez minutos estuve mirando siquiera á ver si descubria algun ser animal en torno mio, pero no vi absolutamente nada, quedándome tranquilo hasta el estremo de decidirme á ir á preguntar á John qué habia hecho del dichoso gato.

Salia de mi cuarto con la intencion de preguntarle, cuando al llegar á la puerta de la sala oí una estrepitosa carcajada, que salia como del gabinete de mi mujer. Me acerqué de puntillas por no hacer ruido, y conocí la voz de John.

—Amiga mia, le decia á la doncella; el amo no está para volverse loco, como le dije ayer, sino que lo está ya rematado; ya sabes que le ha dado la vena por estar viendo siempre un gato negro y rojo; pues hoy me ha preguntado si no le veia yo sentado en en sus rodillas.

—Y qué le has respondido? preguntó la doncella.

—¡Toma! ¿qué habia de responderle? Por no contrariar al pobre

señor, le dije que sí, que lo veia, ¡y á que no sabes lo que hizo luego?...

—¿Cómo quereis que lo adivine?

—Pues ha cogido al supuesto gato, y dándomele segun él creia, me dijo: ¡llévatelo! ¡llévatelo! Yo, entonces, hice que me llevaba al animal, y se ha quedado tan satisfecho.

—Pero, entendámonos: si te lo llevaste fuera, el gato existiria verdaderamente.

—¡Qué disparate! El gato no existia, ni ha existido nunca sino en su imaginacion, pero yo le he dejado en su tema: porque ¿qué conseguia con decirle la verdad?... ¿Qué se hubiera incomodado y me hubiera puesto en la calle?..., ¡No, diablo! que me va muy bien en la casa. Que dice que ve un gato y que quiere que yo le vea tambien, aunque no exista; corriente, lo veremos. ¿Qué me importa á mí todo eso, si me paga mis veinticinco libras por año? qué me dé treinta, y veré, no digo uno, sino dos, si así le place.

No tuve valor para escuchar mas; y me entré otra vez en mi gabinete exhalando un profundo suspiro: cuando entré no habia nada.....

Al otro dia á las seis ya estaba mi inseparable allí, donde permaneció hasta el otro dia por la mañana muy temprano, en que de súbito desapareció.

Pero, ¿qué mas podré deciros, amigo mio? continuó el enfermo. Durante un mes entero se renovó la aparicion continuamente, hasta el estremo de irme ya acostumbrándo á ver á aquel animal, cuando el dia que hacía treinta contados desde aquel en que tuvo lugar la ejecucion, dieron las seis sin que el gato volviese á aparecer.

Me volvia loco de alegria al verme libre de aquella atroz pesadilla; todo el dia siguiente lo pasé entre anhelante y humoroso, pero deseando sin embargo que llegase la hora fatal. De las cinco á las seis principalmente, mis ojos no se apartaron de la muestra, siguiendo sin pestañear siquiera, los acompasados movimientos de la aguja, que al fin llegó á la cifra XII: el ruido de atencion que precede á la hora se dejó oir; inmediatamente despues el martillete dió el primero, el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto golpe, y al sonar el sexto, la puerta de mi cuarto se abrió súbitamente..... dijo el desgraciado magistrado, y entró uno como ugier de cámara, vestido de uniforme como los de la servidumbre del lord lugarteniente de Escocia.

Lo primero que me ocurrió fué que quizá seria algun mensage que el lord lugarteniente me enviaba, é inmediatamente tendí la mano al desconocido; pero este no hizo caso de mi insinuacion, y sin hablar una palabra vino á colocarse detrás de mi butaca, de donde no tuve que levantarme para mirarlo, porque le veia en el espejo que habia enfrente. Me levanté por fin, y el hombre me siguió detrás algunos pasos; fuí á la mesa y llamé; vino el criado, pero pareció no darse por entendido tampoco de la presencia de aquel como ugier que estaba á mi lado; le mandé irse, y me quedé solo con el estraño personaje, á quien tuve ocasion de examinar detenidamente de los pies á la cabeza.

Estaba vestido de córte, con coleta, espadin atravesado por los riñones, y una especie de vesta bordada, apoyando el sombrero sobre el brazo.

A las diez me acosté, y él, tratando de pasar la noche lo mas cómodamente posible, se sentó en mi butaca, que colocó próxima á mi cama: entonces me volví del lado de la pared; mas como no pudiese dormir, volví la cara dos ó tres veces, y lo ví á la luz de la lamparilla, que continuaba sentado sin moverse, aunque tampoco él dormia.

Finalmente, al venir el dia, cuya

claridad penetraba á través de los intersticios de las persianas, volví la cara todavia una vez hácia mi hombre, pero ya no estaba; respiré entonces, quedandome libre de aquella fatal vision hasta la noche; aquella noche recibia el gran comisario de la parroquia, y á las seis menos cinco minutos llamé á mi criado, so pretesto de que me preparase mi traje de ceremonia, mandándole al mismo tiempo que echase el cerrojo á la puerta

Hízolo así; pero al sonar la última campanada de las seis, y en el momento en que yo no quitaba ojo del sitio, la puerta se abrió y entró mi ugier.

Inmediatamente me dirigí á la puerta, y la encontré perfectamente berrada con el cerrojo, como la hacia dejado mi criado; volvíme y me ví al ugier, como el dia anterior, de pie detrás de mi asiento, sin que John, que andaba arriba y abajo, hubiese notado que semejante hombre estuviese allí, por lo que no me quedó duda que pasaba con el hombre lo mismo que con el animal.

Empecé á vestirme, y entonces sucedió una cosa singular; lleno de atenciones mi nuevo ayuda de cámara, ayudó á John á vestírme, sin que él se apercibiese de tal cosa: si John tomaba la casaca por el cuello, él la suspendia por los faldones; cuando me liaba el calzon por la pretina, el fantasma lo sostenia por las piernas. En mi vida habia tenido criado mas oficioso y servicial.

En esto llegó la hora de salir, y entonces el ugier, en vez de seguirme, me precedia á salir por la puerta; bajó las escaleras y permaneció con su sombrero en la mano, mientras que John abria la portezuela del carruaje; y cuando lo hubo cerrado para ocupar su puesto en la trasera, él montó en el pescante, en el cual el cochero le hizo lado para que pudiera colocarse.

Cuando llegamos á la casa, bajó inmediatamente John para abrirme, pero el fantasma estaba ya detrás guardando siempre la misma posicion: apenas hube puesto el pie en tierra, cuando el fantasma echó á andar delante de mi, atravesando por entre la infinidad de lacayos que esperaban á la puerta, volviendo algunas veces la cabeza á ver si yo le seguia.

Entonces me ocurrió la idea de preguntar al cochero á ver si me sucedia lo que con John.

—Patrik, le pregunté; ¿quién es ese hombre que ha venido á tu lado?

—¿Qué hombre? me contestó el cochero.

—El que venía contigo en el pescante.

—¡Por nuestra vida! señor, no sé de quién me hablais, continuó Patrik mirando en derredor.

—Vamos, me habré engañado, le dije, y entré!

El ugier que vió que me habia detenido, se paró en la escalera con el objeto de esperarme. Mas luego que vió que yo seguia mi camino, siguió él tambien el suyo, entrando él delante de mi en la sala de recibo, como para anunciarme; una vez que yo entré, se volvió á la antecámara á ocupar el lugar que le competia á su clase.

Es de advertir que el fantasma era tan invisible para todo el mundo, como lo fué para John y para Patrik. Entonces, el doctor, degeneró el miedo en terror, y yo mismo me convenci que perdia el juicio, y desde esa noche precisamente es desde cuando todo el mundo empezó á notar la repentina variacion que se operaba en mi.

A la salida estaba el fantasma en la antecámara, el cual al verme echó á andar otra vez delante de mí, subió al pescante, volvió á casa, entró en mi habitacion detrás de mí, y se sentó en la misma butaca en que se habia sentado la víspera.

Entonces quise asegurarme de si efectivamente habia algo de real, y sobre todo de palpable en esta aparicion, y haciendo de tripas corazon, me dirigí de espaldas á la butaca con el objeto de sentarme y ver si sentia algo; pero ¡nada! no le sentí, y en cuanto me senté lo ví en el espejo, siempre de pié y detrás de mi.

Aquella noche me acosté tambien, aunque mucho mas tarde que el dia antes; y tan luego como me metí en la cama, el fantasma corrió á sentarse en mi puesto.

Al otro dia por la mañana desapareció, despues de un mes entero de estar apareciendo diariamente, escepto el dia 30 que faltó.

Como podeis conocer, ya no creí que la vision desapareceria completamente, como me sucedió la vez primera, sino por el contrario, que sufria alguna modificacion, tal vez mas terrible para mí, y en lugar de gozar de mi soledad, esperé conmovido el dia siguiente.

Efectivamente, al otro dia, al dar la última campanada de las seis, sentí un ligero rozamiento sobre la colgadura de mi cama, cuando al levantar la cara ví que habia un esqueleto precisamente en aquel sitio en que la flecha que sostenia las cortinas entraba en la pared.

El esqueleto estaba inmóvil, fijando en mí sus cóncavas y sombrías orbitas: me levanté al verle y empecé á pasearme por el cuarto como si nada hubiese visto; pero él seguia la direccion que yo tomaba, jirando su cabeza ya á derecha é izquierda, si bien el cuerpo permanecia siempre en su estática inmovilidad.

Aquella noche ya no tuve valor para acostarme y resolví dormir, ó mejor dicho, pasarla sin abrir los ojos, sentado en la butaca en que acostumbraba á pasarlas el fantasma: Al ser de dia desapareció el esqueleto: dí órden á John para que mudase la cama á otro sitio, mandándole que desenrollase bien las cortinas: pero en vano, porque á las seis en punto volvió á oirse el mismo rozamiento; la colgadura se agitó levemente y ví que dos huesudas mano separaban las cortinas del lecho, poniendo al descubierto el esqueleto entero, que conservaba el mismo sitio y posicion que el dia antes.

Ya en aquel caso, tuve valor para acostarme; entonces la cabeza, que como el dia anterior habia seguido todos mis movimientos, se inclinó hácia mi, como haciéndome una reverencia, y sus órbitas se fijaron en mi mas que nunca.... ¡Ya podeis conocer la noche que yo pasaria!..... Y ahora que ya conoceis la causa de mi mal, decidme si es comprometereis aun á emprender mi curacion, y si es posible encontrar un remedio.

—Hombre, probaremos á ver dijo el doctor.

—¿Y cómo? decid.

—Yo estoy firmemente persuadido que ese fantasma de que me habeis hablado no existe mas que en vuestra imaginacion.

—¿Y qué me importa que exista ó no, si al cabo yo lo veo?

—¿Quereis que haga una prueba á ver si yo lo atisbo?

—No deseo otra cosa.

—¿Y cuándo quereis que la haga?

—Cuando gusteis; cuanto mas pronto mejor. Mañana mismo.

—Corriente. Pues hasta mañana... entretanto os recomiendo el valor, dijo el doctor saliendo, y el enfermo se sonrió.

Al siguiente dia, á las siete de la mañana, estaba ya el doctor en casa de su amigo.

—¡Y bien! le pregunté; ¿y el esqueleto?

—Hace muy poco que ha desaparecido, le respondió aquel con voz débil.

—Pues vamos á ver si lo arregla-

mos de manera que no vuelva esta noche á incomodaros.

—¡Bien!

—¿Decís que se presenta al dar la última campanada de las seis?

—Sin falta.

—Pues empecemos por parar el reloj, dijo, y detuvo la péndola con el dedo.

—¿Qué vais á hacer?

—En primer lugar quiero evitar que midais el tiempo mientras llega la hora.

—Bueno.

—Ahora dejemos las persianas cerradas, y correremos bien las cortinas.

—¿Y para qué?

—Con el objeto siempre de que no conozcais la hora por el cambio de luz.

—Está bien, está bien; pero vamos á quedarnos á oscuras.

—No temais nada. A ver, John, continuó el doctor; encended esos candelabros, y tenednos preparado un almuerzo y una comida; en la inteligencia que queremos que nos lo sirvais, no á las horas de costumbre, sino cuando llamemos.

—¿Has entendido bien, John? añadió el enfermo.

—Perfectamente, señor.

—Ahora traed una baraja, los dados y un dominó, y dejadnos solos,

John dió al doctor los objetos que habia pedido y se retiró.

En seguida el doctor empezó á distraer á su amigo como mejor pudo, ya en conversaciones ó jugando, hasta que el enfermo le dijo que se sentia con algun apetito: entonces soltó el doctor las cartas y llamó:

John, que sabia para que se le llamaba, se presentó con el almuerzo.

Despues de almorzar continuó la partida comenzada, que no fué interrumpida sino por la campanilla que el doctor agitó segunda vez, y á cuyo eco respondio John sirviendo la comida.

Se comió con algun apetito, se bebió regularmente, se tomó el café de costumbre, y continuóse jugando. Pero el dia se hizo tan largo, que creyendo el doctor, segun sus cálculos, que la hora terrible habia pasado, se levantó esclamando:

—¡Ea, victoria!

—¡Cómo victoria? le pregunto el enfermo.

—¡Pues digo! ¡ya son las nueve cuando menos, y el esqueleto no ha venido!

—Paréceme que os equivocais, doctor; no puede ser tan tarde; si no, mirad vuestro reloj, que es el único que anda, y si efectivamente ha pasado la hora gritaré ¡victoria! con vos; pero hasta tanto no me fio.

El doctor miró su reloj y no dijo nada:

—Os habeis engañado, ¿no es cierto, doctor? dijo el enfermo: ahora serán las seis en punto.

—¡Y bien!... ¿Y qué?,..

—¡Qué!... Que ahí teneis el esqueleto que entra en este momento. Y el enfermo se recostó sobre su asiento exhalando un suspiro.

—Pero ¿dónde le veis? exclamó el doctor mirando á todos lados.

—En el mismo sitio de siempre, entre las cortinas de mi cama.

Al decir esto se levanto el doctor retiró la cama de la pared, se subió en ella y se situó en el mismo sitio que el enfermo designaba.

—¿Y ahora lo veis? continuó el doctor.

—No veo el cuerpo, porque el vuestro lo cubre enteramente, pero veo el cráneo.

—¿A dónde?

—Por encima de vuestro hombro derecho: parece como si tuviérais dos cabezas, una muerta y otra viva.

A estas palabras del enfermo el doctor se estremeció á pesar suyo, pero al volver la cara y ver que no habia nada, se bajó de la cama y volvió hasta su amigo, al que le dijo con aire de tristeza:

Amigo mio, siento mucho daros tan mala nueva; pero si teneis alguna disposicion testamentaria que hacer, no lo demoreis. Dijo, y salió del aposento enjugándose una furtiva lágrima.

Nueve dias despues, á los tres meses justos de ser ejecutado el bandido escocés, entró John en el cuarto de su amo, y se lo encontró muerto en la cama.

IX.

EL PANTEON DE SAN DIONISIO.

—Y bien, ¿qué tratais de probar con todo eso, doctor? preguntó el señor Ledru.

—Eso prueba que los órganos que reciben la sensacion y la trasmiten al cerebro, son susceptibles de alterar sus funciones segun que se ven sometidos á ciertas influencias, hasta el punto de ofrecer al espíritu un espejo infiel, en el que se representan imágines que no existen y sonidos que no se producen.

—Sin embargo, arguyó el caballero Lenoir, con la reserva propia de un sabio que habla de buena fé; sin embargo, hay algunas de esas, que vos llamareis supersticiones, que tienen su fundamento, y algunas profecías que se cumplen. ¿Cómo esplicariais vos, por ejemplo, que una vision haya podido revelar el destino, diez, veinte, y hasta treinta años antes de cumplirse su prediccion? ¿Será posible que lo que realmente no existe pueda augurar para el porvenir?

—¡Ah! ya sé, dijo el doctor; vos hablareis de la vision del rey de Suecia.

—No señor, hablo de una que yo mismo he visto cumplirse.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y dónde?

—En San Dionisio.

—¿Hace mucho tiempo?

—En 1794, cuando la profanacion de los sepulcros.

—¡Ah! es verdad, lo recuerdo; escuchad, doctor, escuchad, le dijo el señor Ledru.

—Vamos, ya escucho, hablad: ¿qué es lo que sucedió?

—Vais á saberlo. Pues señores, habeis de saber que conocedor el gobierno de mi estremada aficion á las bellas artes, me nombró director del Museo francés en 1793, con cuyo motivo asistí á la exhumacion de los cadáveres de la abadía de San Dionisio, teniendo que presenciar, bien á pesar mio, aquel acto de vandalismo, que mas tarde los ilustrados patriotas tuvieron la chavacanería de designar con el donoso título de *Franciada*. De suerte que, como veis, conozco perfectamente la historia y los detalles de aquella atroz profanacion, desde hace cuarenta años nada menos.

El ódio que se habia inspirado al pueblo contra el inofensivo Luis XVI, y que no bastó á aplacar el cadalso elevado el 16 de enero, alcanzó no solamente á él, sino tambien á todos los reyes de su raza: tratóse de perseguir la monarquía hasta su origen y á los reyes hasta en la tumba, arrojando al aire la ceniza de cien monarcas.

Sin embargo del anti-monarquismo que reinaba, es muy posible que la curiosidad de ver si los tesoros que algunos suponian enterrados en las tumbas se conservaban tan intactos como se decia, es muy probable, digo, que esta idea hubiera entrado por mucho al tomar aquella bárbara determinacion.

El resultado fué que el pueblo se arrojó amotinado sobre San Dionisio, y destruyó en solo dos dias cincuenta y un sepulcros; es decir, la historia de doce siglos nada menos.

Entonces el gobierno resolvió regularizar, digámoslo así, aquel desórden, mandando reparar las tumbas por su propio interés, con el ob-

jeto de heredar algo de la monarquía, á quien acababa de destruir por su base en le persona de Luis XVI, su último representante; pero una vez conseguido el objeto, tratóse de abolir hasta su nombre y su recuerdo: últimamente, pretendian hasta borrar de la historia sus cuarenta siglos de existencia. Pobres locos, que no comprendian que los hombres pueden tal vez disponer del porvenir.... pero jamas del pasado.

Habiase mandado preparar en el cementerio una fosa de grandes proporciones, igual á las de los pobres, en la que debian echarse como en un muladar los restos mortales de aquellos que habian hecho de la Francia una de las primeras naciones, desde Dagoberto hasta Luis XV inclusive, dando de esta manera satisfaccion al pueblo y regocijo á aquellos legisladores, abogados y periodistas codiciosos, especies de aves de rapiña, cuyos ojos deslumbraba la revolucion con su esplendor siniestro, asi como á sus hermanas, las nocturnas, las deslumbra la luz del dia.

El mayor gusto de aquellos que nada pueden ni deben crear, es siempre destruir.

Me nombraron tambien inspector de los trabajos de exhumacion, y como esto me proporcionaba los medios de salvar una porcion de preciosidades, acepté gustoso.

El sábado 12 de octubre, y precisamente cuando se instruia el proceso de la reina, hice abrir el nicho de los Borbones, por la parte que daba á las capillas subterráneas. empezando por estraer el féretro de Enrique IV asesinado el 14 de mayo de 1610, á la edad de 57 años.

En cuanto á la estátua del gran rey que estaba en el Puente Nuevo, una de las obras maestras de Juan Bo oña y de su discípulo, se habia fundido para hacer cuartos.

El cuerpo de Enrique IV se habia conservado de un modo maravilloso; las facciones del rostro, perfectamente distintas, eran las mismas que el amor del pueblo y el pincel de Rubens han legado á la posterdad. Cuando se le vió salir el primero de la tumba y aparecer á la luz del dia envuelto en el sudario, tan bien conservado, fué tan grande la emocion que produ o en todos los ánimos, que casi estuvo á punto de resonar bajo las bóvedas de la abadía el grito de ¡viva Enrique IV! tan popular en Francia.

Al ver esta muestra de respeto, podré decir, de amor, hice poner el cuerpo derecho contra una de las columnas del coro, á donde se dirigieron todos presurosos para poderlo contemplar á su sabor.

Su vestido, que se componia de la ropilla y la trusa de terciopelo negro, medias de seda tambien negras y zapatos de terciopelo de igual color, era en un todo el mismo que llevaba cuando vivia, y hasta el cabello entrecanoso que aun conservaba, y la blanca y poblada barba que cubria la mitad de su pecho, daban á su cabeza un aspecto bellísimo al mismo tiempo que severo.

Entonces cual si fuera una reliquia de un santo, las mujeres tocaban con las suyas las manos del buén rey; otras le besaban la ropilla, otras en fin, hacian arrodillar á sus hijos delante del cadáver y murmuraban por lo bajo:

—¡Ah! si él viviera no seria el pueblo tan desgraciado: á lo que hubieran debido añadir: ni tan feroz, porque lo que hace feroz á un pueblo es la desgracia.

Aquella especie de procesion continua duró todo el dia sábado 12, el domingo 13 y el lúnes 14; y aquel mismo dia, despues de la siesta, á cosa de las tres, empezaron de nuevo las escavaciones. El primer cadáver que salió á la luz en seguida del de Enrique IV, fué el de su hijo Luis XIII, que, aunque no estaba tan bien conservado como el primero, sin embargo, se le reconocia perfectamente por el bigote. En seguida Luis XIV, conocido á pesar de estar negro como la tinta, por aquellas facciones pronunciadas, que hicieron de su cara el modelo típico de los Borbones.

Despues fueron saliendo sucesivamente los cadáveres de Maria de Médicis, segunda mujer de Enrique IV; el de Ana de Austria, mujer de Luis XIII; el de Maria Teresa, infanta de España y mujer de Luis XIV; y por último, el del gran Del fin.

Todos estos cuerpos estaban en estado de completa putrefaccion, con la diferencia de que el dia del delfin la putrefaccion era líquida.

Las exhumaciones continuaron el martes 15, y el cadáver de Enrique IV permanecia aun contra la columna, presenciando impasible el atroz sacrilegio que estaba cometiéndose á la vez con sus predecesores y con sus descendientes.

Y el miércoles 16, en el mismo momento precisamente en que la reina Maria Antonieta entregaba su cabeza al verdugo en la plaza de la Revolucion, es decir, á las once en punto de la mañana, sacábase á su turno del nicho de los Borbones el féretro de Luis XV, el cual estaba colocado á la entrada, segun lo exigia el antiguo ceremonial de Francia, esperando á su sucesor, que ahora no iria ciertamente á reunírsele. Agarráronlo entre dos hombres, que lo condujeron al borde de la fosa, en donde se procedió á la apertura.

Al descubrir la caja de plomo que lo contenia, y como quiera que estaba perfectamente envuelto en el sudario y sujeto con grandes fajas, parecia que estaba entero y bien conservado; pero no bien se lo hubo despojado de aquella especie de envoltorio, cuando se presentó á la vista la imagen de la putrefaccion mas repugnante; siendo tal el hedor que de él se desprendia, que algunos echaron á correr á gran distancia tapándose las narices, teniendo que quemar una porcion de libras de pólvora para desinfectar la atmósfera y purificar el aire.

Inmediatamente despues arrojaron á la fosa lo que quedaba del héroe del Parque de los Ciervos, del amante de madama de Chateaurox, de Pompadour y de Dubarry, cubriéndolo en seguida con una capa de cal viva.

Yo me quedé en el cementerio uno de los últimos, con el objeto de hacer que quemasen las cajas y demás que no servia, cuando oí que gritaban en la iglesia: entré apresuradamente á ver qué podia causar aquel desórden, y ví que un trabajador se defendia en medio de un corrillo que formaban á su alrededor sus otros camaradas, al cual hasta las mujeres amenazaban.

El miserable habia abandonado su triste cometido para ir á presenciar un espectáculo mas triste todavia: la ejecucion de Maria Antonieta; y entusiasmado sin duda al volver á San Dionisio con los gritos que habia oido y con los que él mismo habria dado á la vista de la noble sangre de la reina derramada, se acercó al cadáver de Enrique IV, que permanecia aun apoyado contra el pilar, rodeado de curiosos ó mas bien de devotos, y,

—¿Con qué derecho, le habia dicho, permaneces tú aquí incomodándonos con tu presencia, cuando en este momento se corta la cabeza á los reyes en la plaza de la Revolucion?

Y diciendo esto le habia arrancado unos pelos de la barba con la mano izquierda mientras que con la derecha habia sacudido una terrible bofetada al cadáver real, que le hizo caer en tierra, produciendo un ruido semejante al que hiciera un saco de huesos que se hubiera caido de lo alto.

Al ver esto, un grito general de indignacion se levantó por do quier contra el aleve. A cualquiera otro monarca que se hubiera hecho la ofensa, nadie habria respirado; pero á Enrique IV, al rey popular, era un ultraje hecho al pueblo; y asi fue que á poco no lo matan si no llego tan pronto en su auxilio.

Conociendo él que en mí encontraria un apoyo, se puso desde luego bajo mi proteccion; pero aun cuando le evité los golpes que se disponian á descargar sobre él, no quise, sin embargo, aliviarle del peso de los remordimientos por tan villana accion, y así fue que dirigiéndome á los trabajadores:

—Hijos mios, les dije, dejad á ese miserable, porque aquel á quien ha tenido la audacia de insultar, que está indudablemente allá arriba, se encargará muy bien de obtener de Dios su condigno castigo.

Y quitándole el mechon de barbas que habia arrancado al rey, y el cual conservaba aun en la mano izquierda, lo eché á la calle anunciándole que quedaba despedido, saliendo en medio de los denuestos y amenazas de sus compañeros, que lo fueron persiguiendo hasta la calle.

Por evitar que estos ultrajes al cadáver del rey se repitiesen, mandé que lo condujesen á la fosa comun, donde fue conducido con el mayor respeto. Allí, en vez de tirarlo al regio pudridero como á los demás, fue cuidadosamente colocado en uno de los ángulos, cubriéndole despues con una piadosa capa de tierra.

Pasó el dia y los trabajadores se marcharon, quedando solamente el guardian, especie de centinela de vista que yo habia puesto allí con el objeto de evitar que entrasen por la noche, ya para profanar mas todavia aquel lugar sagrado, ó bien para robar: El guardian que, dicho sea de paso, era un hombre buenísimo, dormia por el dia y vigilaba por la noche, desde las siete, la cual pasaba hasta por la mañana de pie, y paseándose para no enfriarse, ó bien sentado junto á una pequeña hoguera que encendia junto á un pilar situado cerca de la puerta.

Todo en la basílica representaba la idea de la muerte, idea que hacia aun mas terrible la devastacion que se notaba dentro de su recinto. En efecto, las losas de los niños recientemente abiertas; sostenidas contra los muros de la iglesia; los pedazos de estátuas rotas y dispersadas por el suelo; los infinitos féretros entreabiertos, como pesarosos de haber restituido sus muertos, cuando tal vez no creyeron entregarlos hasta el dia del último juicio; todo, en fin, inspiraba allí al hombre de espíritu elevado á la meditacion; todo infundia terror al alma débil.

Felizmente el guardian era mas bien una materia organizada que un espíritu. De suerte que para él aquello era lo mismo que ver un bosque en tiempo de la poda ó una llanura despues de hecha la siega; sin ocuparse de otra cosa que de contar las horas de la noche, que repetia con sonido monótono el reloj, única cosa que anunciaba la vida en la desierta basílica.

Al dar las doce, y en el momento en que el eco repetia en las concavidades de la iglesia el sonido de la última campanada, oyó que daban voces que venian como del cementerio, voces que parecian lastimeros quejidos, dolorosos lamentos. Pasada la primera sorpresa se armó de un azadon y se dirigió hacia la puerta de la iglesia que comunicaba con el cementerio; pero al abrir la puerta y oir distintamente que los quejidos partian del hoyo de los reyes, volvióse piés atrás, y cruzando la puerta corrió á buscarme á casa.

A lo primero me resisti á creer en semejante clamoreo; mas como yo vivia precisamente en frente de la iglesia, y viera el guardian que

no habia medio de convencerme, abrió la ventana; y en efecto, en medio del tétrico silencio de la noche, interrumpido solo por la helada brisa del inviarno, parecióme que oia algunos quejidos distintos de los que miente el viento algunas veces.

Me levanté al fin y acompañé á la iglesia al guardian. Asi que entramos y cerramos la puerta, oimos mucho mas distintamente los lamentoa de que me habia hablado, siendo tanto mas fácil distinguirlos, cuanto habiendo cerrado mal la puerta de su salida, aquella se había abierto por si misma; por la que no me quedó ya duda alguna de que los lamentos existian y salian del cementerio.

Entonces encendimos dos hachones y nos dirigimos á la puerta; pero al llegar á ella la corriente del aire nos las apago por tres veces seguidas. Encendí cuarta vez los hachones, persuadido que una vez atravesado el estrecho no tendríamos que luchar ya con el aire, y para mas seguridad añadi una linterna. En efecto, pasamos por la puerta con mucha precaucion para evitar que se nos volvieran á apagar las hachas, que ya en el cementerio el viento respetó.

A medida que nos acereábamos iban cesando los clamores, hasta tal punto, que al llegar á la boca del hoyo ya no oimos nada absolutamente.

Sin embargo, aproximamos nuestras hachas á la boca de la fosa, y en medio de la cal y de la tierra que cubria el osario, distinguimos que un bulto, al parecer informe, se movia. Aproximamos mas luces, y ya el bulto nos pareció el de un hombre.

—¿Porqué os quejais y qué quereis? le pregunté á aquella especie de sombra....

—¡Ay de mi....! me contestó temblando; yo soy el miserable trabajador que pegó la bofetada al rey Enrique IV.

—Pero ¿cómo os allais en este sitio y en ese estado? continué.

—Sacadme primero de aquí, señor Lenoir, y luego os contaré lo que me ha pasado.

Desde el momento en qne el guardian se enteró de que era un vivo el que nos hablaba, perdió el miedo que le acosaba, y cogló una escalerilla de mano que se encontró tirada sobre la yerba, con la cual permaneció aguardando mis órdenes: le mandé que echase la escalera en el foso y dije al muchacho que subiera: en efecto, medio arrastrando y como pudo llegó al pié de la escalerilla; pero cuando trató de levantarse para subir por ella, se apercibió de que tenia un brazo y una pierna fracturados.

Entonces le echamos una cuerda con un lazo corredizo; se la pasó por la cintura, y entre el guardian, que bajó hasta la mitad de la escalerilla, y yo, que tenio la cuerda por el otro estremo, sacamos á aquel viviente de la morada de los muertos.

En cuanto salió del foso se desmayó, por lo que tuvimos que colocarle cerca del fuego sobre un monton de paja, mientras que el guardian fué á buscar un cirujano.

Volvió este por fin con un doctor; pero el herido aun no habia vuelto en sí, ni se recobró hasta despues de empezada la operacion.

Concluida la cura dí gracias al doctor, que se marchó; y como deseaba saber qué extraordinaria circunstancia habia podido conducir á la tumba de los reyes al profanador, hice salir tambien al guardian, el cual no deseaba otra cosa que acostarse y descansar, despues de las terribles emociones de noche tan tremenda:

Cuando me quedé solo con el herido me senté en una piedra cerca de él y enfrente de la hoguera, cuya trémula llama iluminaba la parte de

Universidad de Deusto
Biblioteca

la iglesia en donde estábamos, haciendo mas densa por lo mismo la profunda oscuridad que reinaba en el interior del edificio.

Pregunté entonces al herido, y hé aquí lo que me refirió:

Díjome que le habia importado muy poco que lo echara, porque como tenia dinero en el bolsillo y sabia muy bien que con dinero nunca falta nada, que se marchó en seguida á la taberna.

Que en la taberna pidió una botella, y que cuando llegaba á la mitad entró el amo y le dijo en tono brusco:

—¿Has concluido ya?

—¿Y por qué esa curiosidad?

—Porque he oido decir que tú eres el que dió una bofetada esta mañana al rey Enrique IV.

—¡Pues bien! sí, yo soy, dije con insolencia al tabernero. ¿Qué hay con eso?

—¿Qué? Que no quiero dar de beber á un tunante como tú, que me espone á que caiga la maldicion sobre mi casa.

—¡Tu casa....! Es que tu casa es de cualquiera, en pagando.

—Sí, pero no quiero que me pagues tampoco.

¿Y por qué?

—Porque ni necesito, ni quiero para nada tu dinero; y como no pagarás no estarás en tu casa, sino en la mia; y como no me acomoda verte en ella, tendré el derecho de plantarte en la calle. ¿Lo entiendes?

—Sí: pero eso será si puedes mas que yo, porque sino.....

—Si no llamaré á los muchachos, que te harán salir mas que de prisa.

—Pues bien, llama, llámalos y veremos quien lleva el gato al agua.

El tabernero llamó efectivamente á sus muchachos, los cuales, advertidos del lance por la conversacion que habian oido, se presentaron armados de garrotes, bue hicieron variar de resolucion al valenton, que se deslizó como pudo sin hostilizarlos para nada.

Despues de haber salido anduvo errante sin saber donde ir hasta la hora de comer, que entró en el bodegon donde acostumbraban comer los demas trabajadores camaradas suyos.

Apenas acababa de concluir la sopa, cuando los pobres jornaleros llegaban á comer; pero al verlo, sin pasar del umbral de la puerta, llamaron al amo, y todos á una voz le declararon quo no volverian mas á su casa si consentia que aquel hombre entrase en ella.

El bodegonero preguntó qué era lo que habia hecho aquel hombre para merecer la reprobacion general, y cuando supo que era el que habia abofeteado á Enrique IV:

—Entonces, ¡vete de aquí, gran pillo! le dijo echándole á la calle. ¡Y ojalá que lo que has comido te se vuelva veneno!

Aqui era mas imposible todavia resistir que lo fué en la casa del tabernero; por lo que nuestro hombre tuvo que salir con la cabeza baja, aunque jurándoselas á todos sus compañeros, que al salir se dispersaron, no por miedo, sino porque no los contagiase con su hálito.

Salió tambien de allí lleno de cólera, y no sabiendo ya donde ir y qué hacer, pasó la primera noche paseando la calle de San Dionisio, jurando y blasfemando. A cosa de las diez, cansado yo de andar, se dirigió á su casa; mas contra la costumbre ordinaria, la puerta estaba cerrada: llamó y apareció el patron en la ventana; pero como la noche estaba un poco oscura, el hombre no veia.

—¿Quién sois? preguntó. Y el obrero le dió su nombre.

—¡Ah! continuó el patron; ¿eres tú quien dió un bofeton Enrique IV? Pues espera.

—¿Qué es esperar? le respondió el obrero con impaciencia; y al mismo tiempo cayó un bulto á sus pies. ¿Qué habeis echado aquí? continuó.

—Todo lo que os pertenece.

—¡Cómo todo lo que me pertenece?

—Sí, y desde hoy puedes buscar donde alojarte, porque no tengo necesidad de que por causa tuya se me venga la casa encima el dia menos pensado.

El obrero furioso cogió una piedra y la tiró contra la puerta.

—¡Aguarda! le dijo el patron: ¡voy á llamar ahora mismo a tus compañeros y ya verás lo que te pasa!

El hombre, que conoció muy bien que de allí no podia sacar cosa que buena fuese, se retiró con sus honores, metiéndose en un portal que encontró abierto á cien pasos de allí, en el cual habia uno, á manera de cobertizo, donde habia mucha paja y se echó á dormir.

A cosa de las doce menos cuarto sintió que le tocaban en el hombro; despertóse, y se le presentó delante una figura blanca con formas de mujer, la cual le hizo señal para que la siguiese. Al pronto el pobre tonto creyó que seria alguna de esas infelices que tienen siempre un lecho y placer que ofrecer á aquel que quiera pagar el lecho y el placer; y como quiera que tenia dinero y preferia pasar la noche bajo cubierto y en la cama, mejor que no sobre la para, siguió gustoso á la mujer.

La mujer atravesó la calle y cortó luego por una callejuela que habia á la derecha, volviendo la cabeza y haciéndole señas continuamente para que la siguiera.

El obrero, acostumbrado á esta clase de lances nocturnos, y conocedor esperimentado de las callejuelas en que viven generalmente las mujeres de la clase de la que seguia, no tuvo la menor dificultad en continuar, y se internó en el callejon, el cual desembocaba en los Campos-Elíseos, por lo que creyó que viviria en una casa sola, y aun continuó; á los cien pasos atravesó detrás de la mujer una especie de brecha ó boqueron; pero no bien hubo levantado los ojos y reconocido el terreno, cuando se encontró delante de la antigua abadía de San Dionisio, con su mismo gigantesco campanario y sus mismas ventanas, apenas coloradas por el fuego que ardia en su interior, cerca del cual velaba el guardian.

Entonces miró en torno de si y buscó con la vista á la desconocida; pero infructuosamente, porque ya habia desaparecido.

Volvió á mirar de nuevo, y vió que estaba en el cementerio: quiso entonces salir por misma brecha que habia entrado; pero se lo impidió la sombra airada de Enrique IV, que con el brazo estendido y dando un paso hácia él, lo hizo retroceder cuatro ó cinco, hasta la misma fosa, donde faltándole el terreno cayó de espaldas.

Entonces le parecio que todos aquellos reyes predecesores y descendientes de Enrique IV se le acercaban, unos con sus cetros levantados sobre él, otros con la espada de la justicia, gritando: ¡Maldicion sobre el sacrílego! sintiendo al mismo que sus brazos se quebraban bajo el peso de sus cetros, pesados como el plomo, y de su justiciera espada, abrasadora como el fuego del cielo.

Hice cuanto estuvo de mi parte por consolar á aquel desgraciado; pero habia perdido la razon, y despues de un delirio que le duró tres dias consecutivos, murió esclamando: ¡Perdon!

—Disimuladme, amigo mio, dijo el doctor; pero permitidme que os diga que no veo la consecuencia de vuestra narracion. El accidente que acabais de referirnos, lo único que prueba es que aquel hombre, preocupado con lo que habia sucedido aquel dia, bien en estado de vigilia ó en el de sonambulismo, habia andado errante durante la noche; que tropezando acá y acullá, sin llevar punto fijó entró en el cementerio, y

que al mirar al cielo en vez de mirarse los pies, cayó dentro de la fosa, en donde naturalmente al caer, se rompió una pierna y un brazo. Además, si no me engaño, vos íbais á hablar de no sé qué prediccion que se habia cumplido; y lo que es hasta ahora no veo en todo vuestro relato nada que se parezca á semejante cosa.

—Tened la bondad de escuchar, doctor, dijo Lenoir; porque si como decis muy hien, lo que he rreferido hasta aquí no es mas que un incidente, él nos ha conducido derechos, sin embargo, á la prediccion de que he hecho mencion, y que por otra parte es un misterio.

—Veamos, dijo el doctor, y escuchó con atencion.

—Por los años de 1794, y como hacia el 20 de enero, despues de la demolicion del sepulcro de Francisco I, abrióse el ataud de la condesa de Flandes, hija de Felipe el Largo, único que quedaba por descubrir.

Sin embargo, habia otra última sepultura, aunque desconocida, y era esta la que pertenecia al cardenal de Retz, que segun se decia, habia sido enterrado en San Dionisio.

Los nichos de los Cárlos y Valois se habian vuelto á tapar, quedando todavia el de los Borbones, que debia cubrirse al otro dia.

El guardian pasó la última noche en aquella morada de la muerte, y no teniendo ya nada que guardar, pidió permiso para acostarse, el cual le fué otorgado; pero como á media noche despertóse en medio del ruido del órgano y de los cantos religiosos.

Al despertarse se frotó los ojos y miró hácia el coro, que era de donde salia el eco de los cánticos.

Entonces vió con asombro suyo que las sillas del coro estaban todas ocupadas par los religiosos de San Dionisio, y que un arzobispo oficiaba en el altar mayor; vió un catafalco perfectamente iluminado y cubierto con el gran manto de oro mortuorio con que se cubria el cuerpo de los reyes.

En el momento en que se despertó concluia la misa y empezaba el ceremonial del entierro.

Entonces los heraldos tomaron los cogines de terciopelo carmesí en donde estaban colocados el cetro, la corona y la mano de la justicia, y se los presentaron á tres príncipes, que los recibieron en la mano.

Inmediatamente despues se proximaron los gentiles-hombres de cámara, y temando el ataud sobre sus hombros, lo condujeron hasta el nicho de los Borbones, que como queda dicho era el único que estaba abierto.

Una vez allí, el rey de armas llamó á los heraldos, segun la fórmula, para que desempeñasen su mision.

Los heraldos, que eran cinco contando al rey de armas, fueron llegando por su turno, llevando en la mano cada cual lo que le estaba designado,

El primero llevaba las espuelas, el segundo el guantelete, el tercero el escudo, el cuarto el almete, y finalmente, el quinto la cota de armas. En seguida llamo al escudero que llevaba la bandera, al que siguieron los capitanes de suizos y arqueros de la guardia, y doscientos gentiles-hombres de casa.

Seguian de pues el primer escudero, llevando la espada real, y el gran chambelan, que llevaba la bandera de Francia, y en seguida el mayordomo mayor, por delante del cual iban pasando los demás, echando sus bastanes blancos en el nicho, y saludando á los tres príncipes que llevaban el cetro, la corona y la espada de la justicia, á medida que iban desfilando. Ultimamente, los principes á su vez lambien depositaron aquellos atributos de la magestad en el nicho.

Entonces el rey de armas gritó tres veces:

El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

El rey ha muerto. ¡Viva el rey! Grito que fué repetido otras tres veces por el heralde que estaba en el coro.

Ultimamente, el mayordomo mayor rompió su baston en señal de que la casa real habia concluido.

En este momento sonaron los clarines y trompetas, dejándose sentir entre el estrépito los acordes melodiosos del órgano.

Despues fué cesando el ruido poco á poco, los cirios se apagaban por sí solos, y al último gemido del órgano el cortejo fúnebre desapareció todo como por encanto.

Al dia siguiente el guardian, deshecho en lágrimas, contó como él, pobre y miserable, habia asistido al régio entierro, augurando que aquellas tumbas profanadas habrian de volver á ocupar su puesto algun dia, y que á pesar de los decretos de la Convencion y de la guillotina, la Francia volveria á ser monárquica, y sus reyes á ser depositados de nuevo en San Dionisio.

Este augurio le valió el ser arrestado y por poco guillotinado el pobre diablo, que treinta años despues es decir, el 20 de setiembre de 1824, recostado en la misma columna, junto á la cual habia tenido el sueño, me decia tirándome del faldon de mi levita:

—¿Qué tal, señor Lenoir? Me engañé cuando os decia que nuestros pobres reyes volverian algun dia á su panteon de San Dionisio?

En efecto aquel mismo dia se enterraba el cadáver de Luis XVIII con el mismo ceremonial que el guardian vió en sueños treinta años antes.

—¿Qué me decís á esto, doctor?

X.

EL VERDUGO Y EL JUSTICIERO.

Bien que se hubiera convencido, ó lo que es mas probable, pareciéndole la negativa mas difícil, el resultado fué que el doctor no contestó una palabra al caballero Lenoir, y como este silencio dejara el campo libre á los comentadores, el clérigo Moulle se lanzó á la arena.

—Todos esos ejemplos me confirman cada vez mas en mi sistema, dijo.

—¿Y qué sistema es el vuestro? le replicó el doctor, gozoso al ver que se entablaba de nuevo la polémica con personas menos temibles al parecer que Ledru y Lenoir.

—Mi sistema consiste en admitir la existencia de dos mundos invisibles, en los cuales vivimos, poblado el uno de espíritus celestes, y el otro de genios infernales; de modo que al nacer creo que dos genios, el del bien y el del mal, vienen á colocarse á nuestro lado, acompañándonos durante nuestra vida para inspirarnos bien el uno de ellos, y mal el otro; y que á la hora de la muerte, segun triunfe uno ú otro, podemos ser lo mismo despojo del demonio, que la herencia de un angel. Por ejemplo, en la pobre Solangel el buen genio triunfó, y el fué, señor Ledru, el que murmuró un adios por los helados labios de la jóven mártir. Por el contrario, en el bandido escocés, condenado por aquel magistrado, el que venció fué el demonio, y él era el que se aparecia al juez, ya en forma de gato, vestido de ugier, ó convertido en esqueleto. Por último, el ejemplo citado por el señor Lenoir me ha convencido de que no puede ser otro que el ángel de la monarquía el que ha vengado en la persona del sacrílego la terrible profanacion de las tumbas, el cual, presentándose como Cristo á los humildes, reveló al pobre guardian la restauracion venidera del realismo, con el mismo aparato y ceremonias que si hubiesen estado presenciando el reto los futuros dignatarios de la córte de Luis XVIII.

—Pero conocereis que todo siste-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ma debe estar fundado sobre una conviccion, señor.

—Sin duda alguna.

—Sí, pero no basta; es preciso que la conviccion esté fundada á su vez sobre un hecho.

—Pues en un hecho es donde se apoya la mia.

—¿Pero en un hecho que os ha sido referido tal vez por alguna persona digna de vuestra confianza?

—No, sobre un hecho que me ha pasado á mi mismo.

—¡Ah! eso es distinto ; entonces tened la bondad de referir el hecho, señor cura.

—Con mucho gusto doctor. En primer lugar, yo naci en esa parte de la Francia que fué herencia de nuestros reyes , que hoy conocemos con el nombre del departamento del Aisne, y que en otro tiempo se llamó Isla de Francia. Mis padres vivian en un lugarcillo llamado Fleury , situado en el bosque de Villers-Cotterets. Mis padres habian tenido cinco hijos, tres varones y dos niñas, antes que yo, pero todos se les habian muerto; de modo que deseosa mi madre de que se le lográra siquiera un hijo, luego que se vió en cinta de mi, ofreció dedicarme al culto de la Vírgen, y no vestirme sino de blanco hasta los siete años; y mi padre, por su parte, ofreció tambien hacer una peregrinacion á Nuestra Señora de la Alegría.

Ambos votos, tan naturales en gentes de provincia, tenian relacion entre sí, una relacion directa, puesto que el blanco es el color de la Vírgen, y Nuestra Señora de la Alegria no era otra cosa que la misma Vírger Maria.

Desgraciadamente, mi padre murió antes de que mi madre me diese á luz, y no pudo cumplir su ofrecimiento; pero mi madre, que era escesivamente piadosa se encargó de cumplir rigurosamente ambos , el suyo y el de mi padre. Al momento que naci me vistió mi madre de blanco de los pies á la cabeza como habia ofrecido ; y tan luego como estuvo en estado de andar, emprendió á pié la peregrinacion que mi padre habia ofrecido, y que ella se habia obligado á cumplir por él.

Afortunadamente, Nuestra Señora de la Alegría no estaba mas que á quince ó diez y seis leguas de la villa de Fleury, y en solo tres jornadas llegó felizmente al punto de su destino. Una vez allí, y despues de haber cumplido con la obligacion que se habia impuesto , se volvió trayéndome una medalla de plata que recibió de manos del mismo cura, y la cual me colgó al cuello en el momento que llegó.

Gracias á este doble voto, pasé mi juventud sin sufrir ninguna de las infinitas calamidades que la acosan, y al llegar á la edad de la razon, ya sea por la educacion religiosa que habia recibido, ya por la influencia de la medalla, el resultado fué que me decidí á seguir el estado eclesiástico, por lo que, y habiendo hecho los estudios necesarios en el seminario de Soissons, me ordené en 1780, y fui enviado de vicario á Etampes.

La casualidad quiso que de las cuatro iglesias que habia en Etampes, me agregasen á aquella que estaba ba o la advocacion de Nuestra Señora.

La iglesia es uno de los monumentos mas maravillosos que la civilizacion romana legó á la edad media: fundada por Roberto el Fuerte, se concluyó hácia el primer tercio del siglo XII, y aun todavia conserva magníficos vidrios, que antes de la reedificacion que sufrió nuevamente, debian armonizar divinamente con las pinturas y dorados que cubrian sus columnas y enriquecian sus capiteles.

Niño y todo como era todavía yo, contemplaba con entusiasmo aquellas maravillosas florescencias de granito que la fé hizo salir de la

tierra del X al XVI siglo, para cubrir el suelo de la Francia de templos dedicados al culto, cuando sus progresos, cuando aquella murió en los corazones, emponzoñada por el veneno infiltrado á través de sus fibras por Calvino y Lutero.

Cuando pequeño, iba siempre á jugar á las ruinas de San Juan de Soissons, y aunque sin reflexion, me deleitaba viendo aquellas molduras y relieves que parecian flores petrificadas; de suerte que, cuando vi á Nuestra Señora de Etampes, no pude menos de darme el parabien de que la casualidad, ó mas bien la Providencia, me hubiese deparado aquel asilo.

Así es que mis momentos mas felices eran los que pasaba en la iglesia; y no quiero decir que lo que allí me detuviera horas enteras fuera solo el sentimiento puramente religioso, no; era una sensacion de bienestar que puede compararse á la que esperimentaria un pájaro que, encerrado en la máquina neumática en el momento de hacer el vacío, se soltase en el espacio y se le diese la libertad. Mi espacio era el que mediaba entre la mampara y el cielo de la bóveda; mi libertad consistia en ponerme á meditar delante de un sepulcro, ó recostado contra una columna durante un par de horas.

¿En qué pensaba yo? Ciertamente no era en encontrar ninguna argucia teológica, sino en esa lucha eterna entre el bien y el mal que mortifica al hombre desde el dia del primer pecado; en esos angelitos de alas blancas, y en los rostros tostados de los diablos que á los rayos del sol se dibujaban en los vidrios, los unos resplandecientes por el celeste fuego, los otros alumbrados tambien, pero del rojo y siniestro color del fuego del infierno. Nuestra Señora, en fin, llegó á ser el punto de mi residencia contínua: allí pensaba, allí lloraba, allí vivia. En la casita que me habian dado en el presbiterio, no hacia mas que comer y dormir; y aun muchas veces no salia de Nuestra Señora hasta media noche; de modo que, como todo el mundo lo sabia, cuando alguien iba á buscarme á casa y no me encontraba, se iban á Nuestra Señora, donde estaba de seguro.

Encerrado como estaba en aquel santuario de la religion y de la poesía al mismo tiempo, nada de lo que pasaba en el mundo alteraba la tranquilidad de mi alma, ni ninguna noticia agradable ó funesta llegaba nunca á mis oidos.

Sin embargo, entre las que corrian, un dia entre otros habia una que interesaba á todo el mundo, grandes y chicos, clérigos ó seglares. Etampes y sus cercanías estaban consternados con las contínuas correrías de un rival de Carducho y el Pollero, dos célebres ladrones, el cual por su audacia parecia ser digno sucesor de sus predecesores. Este bandido, que se habia dedicado especialmente al robo de los vasos sagrados de todas las iglesias, era conocido por mal nombre por el Vasero.

Una de las cosas que me llamaba la atencion en aquel hombre, mas todavia que sus infames procederes, era que su mujer, que vivia en la parte baja del pueblo, era una de mis penitentes mas asiduas: buena é infeliz mujer, á quien los crímenes de su marido tenian en un contínuo remordimiento, y que creyéndose responsable de ellos ante Dios, como esposa, pasaba su vida confesándose y en contínua oracion, esperando que la impiedad de su marido se atenuaria con sus obras santas y meritorias.

En cuanto á él, como os acabo de decir, era un malvado de esos que no creen en Dios ni en el diablo, que decia que la sociedad estaba mal constituida, y que él habia sido enviado á la tierra para mejorarla; qu

Universidad de Deusto
Biblioteca

gracias á su intervencion, pronto se nivelarian las fortunas y se restableceria el equilibrio; que no se aterrasen, que él no era mas que el precursor de una nueva secta que apareceria un dia y predicaria lo que él predicaba, que era el principio de que los bienes deben ser comunes, con otra infinidad de atrocidades por el estilo.

Lo menos veinte veces le habian preso y metido en un calabozo; pero otras tantas se habia encontrado el calabozo vacio á los dos ó tres dias de estar en él, creyendo todo el mundo que el fugarse con tanta facilidad lo debia á haber encontrado la yerba que corta el hierro.

Habia en aquel hombre, sin embargo, un cierto todo, maravilloso, que interesaba.

Por lo que hace á mi, nunca me ocupaba de él mas que cuando su mujer venia á confesarse, á ponderarme su terror y á pedirme consejos.

Entonces, como os podeis figurar, le aconsejaba que usase de toda la influencia que pudiera tener con su marido, á fin de traerle á buena senda; pero desgraciadamente su influencia con él era ninguna, y la pobre mujer no tenia otro consuelo que abrir su corazon á Dios, é implorar su clemencia á los pies del confesor.

Las pascuas del año de 1783 se aproximaban, y con este motivo todo el mundo se apresuraba á cumplir con la iglesia cuando un dia, recuerdo que era jueves, despues de haber oido todo el dia á una infinidad de penitentes que acudieron, me encontraba tan sumamente fatigado, que á cosa de las ocho de la noche me quedé dormido involuntariamente en el confesonario.

El sacristan me vió dormido; mas como conocia mis usos y sabia que yo llevaba conmigo siempre la llave del postigo de la iglesia, y como quiera que esta vez no fué la única que aquello acontecia, no quiso despertarme y se marchó dejándome dormir.

Me encontraba en lo mejor del sueño, cuando creí oir de pronto un doble ruido; traté de cerciorarme, y efectivamente el uno era ocasionado por la campana del reloj que daba las doce, y el otro el producido como por los piés de una persona que anduviera en la iglesia.

Abrí entonces los ojos, y me apresuraba á salir del confesonario, cuando á la luz de un rayo que penetraba á traves de una ventana, me pareció ver á un hombre que pasaba, el cual, como anduviera con precaucion, mirando á todas partes y deteniéndose á cada paso que daba, me convenci desde luego no podia ser ni el bedel, ni el chantre, ni ninguno de los feligreses de la iglesia, sino algun intruso cuya intencion no debia ser nada buena.

El devoto nocturno se dirigio al coro. Cuando llegó allí se detuvo, y al poco rato oí el seco chasquido que produce el eslabon sobre el pedernal, acompañado del chisporroteo que es tan natural, y me convencí que mi hombre estaba echando yescas: efectivamente, asi que tuvo lumbre encendió una astilla de tea, y despues con la tea uno de los cirios que habia sobre el altar.

Entonces, á la luz del cirio, que lo alumbraba perfectamente, pudo ver que el intruso era un hombre de mediana estatura, de rostro malicioso y rufian, mas que perverso, y que llevaba colgado al cinto un puñal y un par de pistolas.

Despues de haber encendido el cirio echó una mirada escudriñadora en derredor de sí, como tratando de asegurarse, y quedando completamente satisfecho y tranquilo al parecer, despues de verificado este exámen.

En seguida sacó del bolsillo un llavero, no lleno de llaves, sino de

instrumentos destinados á reemplazarlas. Tomó uno de aquellos instrumentos; abrió el tabernáculo, y sacó sucesivamente primero un copon, vaso magnifico, cincelado, de la época de Enrique II; despues un viril ú ostensorio macizo, regalo de la reina Maria Antonieta, y por último, dos vinajeras de granate con guarnicion de oro.

Como ya no quedase mas dentro del tabernáculo, volvió á cerrarlo cuidadosamente, poniéndose de rodillas para continuar la estraccion en la especie de alhacenilla ó urna que habia debajo del altar, en la cual habia una imágen de Nuestra Señora, que tenia una corona de oro y diamantes, y una túnica toda bordada de oro y pedreria.

Aunque el ladron pudo estraer los objetos encerrados en la urna rompiendo los cristales, sin embargo, prefirió usar de otro instrumento parecido á aquel con que habia abierto el tabernáculo, y apresurábase á añadir la túnica y la corona al copon, al ostensorio y á las vinajéras cuando indignado ya de tanta alevosia y resuelto á impedir á cualquier costa que el robo se consumase, sal. del confesonario donde estaba y me dirigi al altar con paso firme.

Al salir yo del confesonario crugió la trampilla que lo cerraba, y el ladron se volvió sorprendido hácia donde yo estaba, mirando fijamente por si podia descubrir algo en medio de la profunda oscuridad que reinaba en la iglesia, la cual le impidió verme á la distancia que yo estaba, hasta que entré en el circulo determinado por la luz del cirio que ardia sobre el altar.

Al ver á un hombre cerca de sí, el ladron echo mano á una pistola, la montó y me apuntó al pecho; pero á pesar de la amenaza continué adelantándome hasta llegar próximo á las gradas del altar. Paseido como lo estaba en aquel momento del amor de Nuestra Señora, y teniendo en la mano mi medalla, estaba persuadido de que la pistola faltaria, ó la bala pasaria por mi lado sin herirme, si es que me hacía fuego.

Pero sea que por mi negro traje se persuadiera de que yo no era mas que un pobre é inofensivo clérigo, sin mas defensa que la fé, ni otra arma que la palabra, sea que un poder superior detuviera su mano, el resultado fué que la tranquilidad de espíritu del pobre vicario parecia conmover un tanto al infame ladron.

—¿Qué quereis aqui? me dijo con voz temblona, esforzándose por aparentar serenidad.

—¿Vos sois el Vasero, si no me engaño? le dije.

—Claro está. ¿Quien sino yo, me respondió, osaria entrar solo en una iglesia?

—¡Pobre y desventurado pecador que te vanaglorias de tu crímen! le dije. ¿Sabes, acaso, que al cometer estos delitos pierdes no solo el cuerpo, sino tambien el alma?

—¡Bah! ¡Bah! en cuanto al cuerpo lo he salvado ya tantaa veces, que espero salvarlo todavia muchas mas; y por lo que hace al alma...

—Y bien; ¿por lo que hace al alma, qué¿...

—Eso es cuenta de mi mujer; ella es muy devota, reza por los dos, con que ya se encargará de salvar mi alma al mismo tiempo que la suya.

—¡Ah! sí; vuestra pobre mujer es una santa, me consta, amigo mio; y se muy bien que se moriria de pesadumbre si supiera que habiais consumado el crimen que estábais en ánimo de llevar á cabo.

—¡Oh! y creis efectivamente que la pobrecilla de mi mujer se moriria de pesadumbre!

—Estoy seguro.

—¡Calla! entonces voy á quedarme viudo. ¡Qué lástima! continuó el bandido, riéndose y dirigiendo su

Universidad de Deusto
Biblioteca

vil mano á los vasos sagrados.

—No, nunca consentiré que cometais semejante sacrilegio, le dijé subiendo las gradas del altar y deteniéndole el brazo.

—¿Y quién me lo impedirá?

—Yo.

—¿A la fuerza? dijome con descaro, acariciando con el dedo el gatillo de su pistola.

—No; por la persuasion. Dios no ha puesto en la tierra á sus ministros para que usasen de la fuerza, que es un medio mundano, sino de la persuasiva, que es una virtud celeste. Amigo mio, no es por la iglesia, que puede procurarse otros ornamentos, por lo que trato de persuadiros, sino por vos que no podeis rescataros del pecado. No, amigo mio, no; no cometereis este sacrilegio.

—¿Pero, acaso, creis que sea este el primero que cometo, buen hombre?

—No; sé que lo habeis cometido ya, diez, veinte, treinta veces, si quereis; ¡pero qué importa! Vuestros ojos han estado cerrados hasta ahora á la luz de la razon y de la gracia, y quizá se abran para siempre desde esta noche. ¿No habeis oido decir nunca que ha existido un homhre llamado Saulo, que tenia las capas de los que apedreaban á San Esteban? Pues bien, aquel hombre, segun él mismo dice, tenia sus ojos cubiertos con grandes conchas, que no le dejaban ver la luz de la verdad; pero un dia las conchas se cayeron, sus ojos se abrieron, vió, y luego fué San Pablo.

—Decidme, señor cura; ¿y no murio ahorcado ese santo?

—Si.

—Bien; ¿y entónces de qué le servia el haber abierto los ojos?

—Sirvió para convencerle de que á veces la salud se encuentra en el suplicio. Hoy, como veis, S. Pablo ha dejado en la tierra un nombre que será siempre venerado, y goza al mismo tiempo en el cielo de la bienaventuranza eterna.

—¿Y á qué edad empezó á ver el señor S. Pablo?

—A los treinta y cinco años.

—Pues lo que es yo no puedo ya ver, porque tengo cuarenta.

—Siempre es tiempo de arrepentirse, hijo mio. Jesús dijo en la cruz al mal ladron: «Ora y te salvo.»

—¡Caracoles! ¿Sabes que defiendes tu joyería como un diablo?..... me dijo el bandido mirándome á la cara.

—Te engañas, descreido; tu alma es lo que trato de salvar.

—¡Salvar mi alma!..... ¿Crees lo que dices, ó te estás burlando de mí?

—¿Quieres que te pruebe que mi deseo está reducido á salvar tu alma? le dije.

—Sí, pruébamelo, siquiera para tener de que reirme un rato.

—¿En cuánto valúas el robo que ibas á hacer esta noche?

—¡Hombre!.... ps.... en mil escudos, me contestó el ladron, despues de tantear con ávida mirada las alhajas que tenia delante.

—¿En mil escudos?...

—Sé que vale bien el doble; pero se pierden siempre las dos terceras partes cuando menos. ¡Son tan ladrones esos demonios de judíos!

—Pues bien, vénte conmigo á mi casa.

—¿Ir á tu casa?

—Sí, está ahí cerca, en el presbiterio.

—Y para qué?

—Por que tengo mil francos, y te los daré á cuenta.

—¿Y los otros dos mil que faltan?

—¡Los otros dos mil?..... bien, hombre; yo te prometo á fe de honrado clérigo, que si no los tuviese iré á mi pais y venderé aunque sea dos ó tres aranzadas de tierra de mi madre para pagártelos.

—Sí. eso es; ¿para entretanto prepararme algun lazo y hacer que me cojan en el garlito?...

—Yo estoy seguro de que no crees lo que estás diciendo y que te fias de mi, le dije dándole la mano.

—Pues bien, sí, no lo creo. Pero dime: ¿tu madre es rica?

—No, que es pobre.

—Pero entonces la vas á dejar arruinada.

—No importa; cuando sepa que aunque á costa de su ruina he salvado un alma descarriada, me bendecirá. Ademas de que si se quedase sin nada, me la traeria conmigo y yo me encargaria de mantenerla.

—Pues bien, está aceptado el partido; vamos á tu casa.

—Corriente, pero mira.

—¿Qué?

—Antes vuelve á meter esos vasos sagrados en el tabernáculo donde estaban, y ciérralo con llave, que eso te servirá de mucho.

El bandido frunció las cejas, como hombre á quien invade la fé, mal de su grado, metiolos en el tabernáculo, y despues de dejarlo bien cerrado,

—Vamos, me dijo.

—Haz antes la señal de la cruz, le repliqué.

Quiso reirse; pero se contuvo por sí mismo, y se persignó.

—Ahora sígueme, le dije.

Salimos de la iglesia, y á los cinco minutos ya estábamos en mi casa.

Aun cuando la distancia era muy corta, sin embargo, el bandido, desconfiando sin duda de mi buena fé, venia mirando inquieto á todas partes, como temeroso de que le hubiera preparado alguna emboscada.

Cuando llegamos á mi casa, se quedó en la puerta sin querrer entrar.

—¡Vamos á ver! ¿Y esos mil francos? me preguntó.

—Espera un poco le respondí: luego encendi la luz, abrí mi armario, saqué el taleguillo donde tenia el dinero, y dándoselo:

—Aquí están; tómalos, continué.

—Bien: dime ahora cuando tendrás los otros dos mil.

Dentro de mes y medio.

—Bueno, te concedo el mes y medio de próroga.

—¿Y á quien los entregaré?

El bandido reflexionó un instante, y luego dijo con resolucion:

—A mi mujer.

—Está bien.

—¡Pero cuenta con que ella no sepa de donde vienen, ni como los he ganado!

—Ni ella ni nadie lo sabrá jamás; pero quiero que tú á tu vez me prometas que nunca atentarás contra nuestra Señora de Etampes ni contra ninguna otra iglesia que esté bajo la advocacion de la Vírgen.

—Os lo prometo.

—Bajo tu palabra.

—Sí.

—Pues anda con Dios, hermano, y no vuelvas á pecar mas, le dije; y le indiqué con la mano que podia retirarse ya.

Durante un momento estuvo vacilando; pero al fin, abrió la puerta con precaucion y desapareció.

Enseguida me arrodillé..... y empecé á orar por el alma de aquel hombre; pero apenas habia concluido mi oracion, cuando sentí que llamaban á la puerta.

—Adelante, dije sin moverme.

El que entraba, al verme orando y en aquella disposicion, se detuvo detrás de mí. Cuando acabé, volvíme y ví al Vasero inmóvil, de pié junto á la puerta, y con el taleguillo del dinero en la mano.

—Toma, me dijo: ahí tienes tus mil francos; te los vuelvo.

—¡Cómo!

—Sí; y tambien te perdono los otros dos mil que me debias.

—¿Pero, ¿me cumplirás, sin embargo, lo que me has ofrecido?

—Ya te he dicho que sí.

—¿Entonces te arrepientes?

—No sé si me arrepiento ó no; lo

qué sé es que no quiero tomarte ese dinero. Y diciendo esto puso el saco encima de la mesa; despues al tiempo de marcharse, se detuvo como para pedirme alguna cosa; pero conoci que no se atrevia.

—¿Qué queriais, amigo mio? le pregunté. Hablad; lo que acabais de ejecutar es una buena accion; no os dé vergüenza de continuar así.

—Me parece que tú eres muy devoto de Nuestra Señora, y que le tienes una particular predileccion.

—Efectivamente, es cierto.

—Tú crees que un hombre por culpable que sea, púede salvarse á la hora de su muerte, por su intercesion, ¿no es asi? Pues bien; en lugar de los tres mil francos que acabo de perdonarte, dame alguna reliquia, algun escapulario, en fin, alguna cosa de esas que yo pueda besar á la hora de mi muerte.

Entonces descolgué la medalla y la cadena de oro que mi madre me puso al cuello el dia que nací, y que no se habia separado de mi un momento siquiera en toda mi vida, y se la dí.

El bandido besó la medalla y se fué.

XI.

ED VASERO.

Pasó un año, y no volví á oir hablar mas del Vasero; sin duda habria resuelto continuar sus correrias en otra parte donde pudiera estar mas á cubierto de las pesquisas de la justicia.

En este tiempo recibí un dia carta de mi amigo y compañero el vicario de Fleury, en la que me decia que mi madre habia caido enferma, y que me pusiera en camino cuanto antes: efectivamente, pedí licencia y partí. Seis semanas enteras, en las que prodigué á mi querida madre cuantos cuidados exigia su estado, y mis continuas súplicas al cielo, la restituyeron completamente su salud; volviéndonos á separar despues yo feliz y contento de haber contribuido á su mejoria y ella buena, si bien triste por mi partida.

Cuando llegué á Etampes, que recuerdo fué un viérnes en la noche, observé que reinába en la poblacion cierta agitacion. Pregunté qué podia ocasionarla, y me dijeron que el famoso bandido conocido por el Vasero, habia sido preso ya hacia algun tiempo en las cercanias de Orleans, donde habia sido juzgado, condenado y mandado despues á Etampes para ser ahorcado, por haber sido este el teatro de sus principales fechorias, donde efectivamente tuvo lugar la ejecucion aquella misma mañana.

Hesta aquí lo que supe en la calle; pero luego que llegué al presbiterio supe tambien que una mujer que vivia en los arrabales habia venido á buscarme lo menos ocho ó diez veces desde el dia anterior por la mañana, ó sea desde el momento que el Vasero llegó á Etampes para cumplir su condena.

No me estrañó la persistencia de esta mujer, porque como yo habia escrito que marchaba inmediatamente, se me aguardaba de un momento á otro.

Yo no conocia en el barrio bajo de la poblacion mas que á la pobre mujer que iba á quedar viuda; pero sin embargo, me fuí allá derecho, sin limpiar siquiera el polvo á mis zapatos.

Del presbiterio al barrio bajo habia poca distancia; y aun cuando ya era algo tarde, como sabia la premura con que la pobre mujer habia ido á buscarme y el deseo tan ardiente que manifestó por verme, me fuí en la seguridad de que no la incomodaria con mi visita.

Me dirigí, pues, al arrabal, y pregunté por su casa, que me enseñó un pobre hombre conmovido y casi llorando, porque como todo el mundo la conocia y sabia que era una santa, nadie la echaba en cara los crímenes de su marido, ni la avergonzaba con su infamia; al contrario, todos sus vecinos la respetaban y la compadecian.

Cuando llegué á la puerta ví por entre la mampara de cristales que la pobre mujer estaba orando arrodillada al pié de la cama, y conocí que la ahogaban el llanto y los sollozos, por el movimiento especial de sus espaldas.

Cuando llamé, se levantó y vino á abrirme muy de prisa.

—¡Ah! ¡señor cura! esclamó al verme; cuando me he levantado á abriros, un secreto presentimiento me decia que érais vos; pero ya es demasiado tarde; mi marido ha muerto sin confesion.

—¿Pero ha muerto sin conocer siquiera sus errores?

—No, no; bien al contrario, estoy segura que el fondo de su corazon habia variado, y que ha muerto como un buen cristiano; pero declaró que no queria que le auxiliara otro padre que vos, que no se confesaba con nadie mas que con vos, y que si vos no le confesábais, no se confesaria con nadie mas que con Nuestra Señora.

—¿Dijo eso?

—Si señor; y al mismo tiempo besaba una medalla de la Vírgen, que enganchaba á una cadena de oro pendia de su cuello, encargado muy particularmente que no se le quitase aquella medalla, y asegurando que si se le enteraba con ella, no se apoderarian nunca de su cuerpos los malos espíritus.

—¿No os dijo nada mas?

—Si señor; cuando nos separamos y en el mismo momento de marchar al patíbulo, me advirtió que vendria.s esta misma noche, y que vendriais á verme tan pronto como llegaseis: hé ahí por qué os aguardaba.

—¿Con que os ha dicho todo eso? le pregunté á la mujer admirado.

—Si señor; y luego tambien me dejó muy encargado que rezára.

—¿Tal vez por mi?

—Si señor; me dejó dicho que á cualquiera hora que vinieseis os suplicase... ¡Oh, Dios mio? No me atreveré nunca á esplicaros eso.

—Decid, decid, buena mujer.

Pues bien: me dijo que cuando os viera os suplicase que fuerais á la justicia (1), y que allí, sobre su

(1) Así llamaban entonces al sitio en que se ahorcaba á los ladrones y asesinos.

mismo cuerpo, rezarais cinco *Padre Nueestros*, y otras tantas *Ave-Marías* por la salvacion de su alma, asegurándome tambien que no lo rehusariais.

—Y aseguró bien, porque lo cumpliré tal cual lo deseaba.

—¡Oh! ¡Cuán bueno sois, señor cura! me dijo la mujer, cogiéndome las manos y querlendo besármelas; lo cual no permetí.

—Ahora, valor, buena mujer, le dije.

Dios me lo suministra, señor cura; ya veis que no me quejo.

—¿No os pido alguna otra mas?

—No señor.

—¡Pues bueno! Si su alma no necesita para dormir tranquila mas que el cumplimiento de su último deseo, reposará en paz desde hoy mismo: os lo aseguro, le dije, y salí.

Serian las diez y media, poco mas ó menos, y como estábamos corriendo el mes de abril, la brisa era todavia bastante fresca. Sin embargo, el cielo estaba hermoso. y la luna, saliendo y ocultándose á cada instante entre un mar de vagas sombras, daba un aspecto magnífico y brillante á la noche y á la naturaleza.

Fuíme dando la vuelta á las antiguas murallas que rodean á la poblacion, hasta llegar á la puerta de París, qae era la única que permanecia abierta despues de las once de la noche.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El objeto de mi escursion se encontraba en una esplanada, que hoy como entonces, domina la pablacion. Para llegar á la esplanada, situada como está á la izquierda del camino, viniendo de Etampes, y á la derecha viniendo de Paris, era indispensable pasar al pié de la torre de Guinette, torreon antiguo, colocado allí como la centinela avanzada que guarda la poblacion.

Aquel torreon, que vos indudablemente conocereis, señor Lenoir, y que Luis XI intentó hacer saltar tres veces, y siempre en vano, abierto á consecuencia de la esplosion, parecia mirar como con la gran órbita de un ojo negro sin pupila á la infamante horca, de la que, sin embargo, no veia su totalidad: de dia servia de asilo á los cuervos, y de noche á los mochuelos y á las lechuzas.

Asi, pues, entre los silbidos de los unos y los ahullidos de los otros, seguia yo el camino de la esplanada, y que por estar cortado en la misma roca era estrecho, difícil y escabroso.

Os aseguro con franqueza que no tenia miedo. El hombre que cree en Dios y que fia en El, no debe tener miedo nunca, ni á nadie. Lo que sí estaba era triste y conmovido.

No se oia mas que el continuo tic-tac de un molino cercano, los silbidos de los mochuelos y lechuzas, y el ruido que hacia el viento al chocar con las malezas.

La luna pasaba por detrás de una negra nube, ciñéndola de una aureola de plata, y el corazon me latia con violencia, presintiendo que me esperaba, no ya lo que iba á ver, sino algo de mas estraordinario é inesperado.

Cuando llegué á cierto punto de la cuesta, empecé á distinguir la estremidad superior de la horca, que como sabeis se componia de tres pilares y del doble travesaño de encima, del cual pendia la cruz de hierro donde ataban á los ajusticiados.

Distingui, por fin, como una sombra móvil el cuerpo del desgraciado Vasero, que el viento columpiaba continuamente: cuando llegué al sitio en que se veia ya todo aquel aparato desde su estremidad superior hasta su base, me detuve creyendo descubrir una especie de bulto ó masa informe que se movia, y que segun las trazas me parecia un cuadrúpedo, si bien no distinguia á qué especie podria pertenecer, pues se me figuraba mayor que un perro y mas gordo que un lobo.

De repente se levantó sobre las patas de detras, cesando mi sobresalto al reconocer en él al animal de que Platon decia no era mas que un animal de dos pies y sin plumas, es decir, un hombre.

¿Qué objeto podia tener un hombre en estarse debajo de una horca, y mucho mas á aquellas horas, siempre que no fuera con corazon ferviente á orar, ó con idea de cometer un sacrilegio?...

Por lo que pudiera suceder me resolví á permanecer oculto y esperar.

La luna salia en este momento de entre la nube que la habia eclipsado un instante, y alumbrando de lleno la esplanada me dejó ver perfectamente al hombre, y cuantos movimientos ejecutaba.

Aquel hombre se ocupaba en recoger una escalerilla que habia tirada por el suelo; la puso junto á uno de los postes mas próximos al cadáver, y luego se subió en ella agarrándose al ahorcado formando con él un grupo tan estraño, que el vivo y el muerto parecian confundirse al darse aquel abrazo.

Inmediatamente despues se oyó un grito penetrante, y vi agitarse con violencia los dos cuerpos entrelazados, cayendo el uno de ellos al suelo como un plomo, mientras que el otro permaneció pendiente

de la cuerda, moviendo las piernas y los brazos.

Por mas que fijaba la atencion me fué imposible adivinar qué era lo que sucedia en la infame máquina; pero como quiera que fuese, lo cierto es que, obra del hombre ó del demonio, allí sucedia algo de estraordinario, alguna cosa digna de verse, á alguna persona que necesitaba auxilio cuando menos, por lo que me acerqué.

Al verme, el ahorcado redobló sus movimientos, mientras que el cuerpo que se habia desprendido de la cuerda permanecia inmóvil en tierra.

Entonces acudí, como era natural, primero al vivo, y subiendo las gradas del cadalso tan aprisa como me fué posible, saqué mi navajilla del bolsillo, corté la cuerda y el ahorcado cayó.

El otro cadáver continuaba siempre inmóvil; pero el nuevamente caido se deshacia en horribles convulsiones. Entonces, conociendo que lo que al pobre diablo le causaba las angustias era el nudo corredizo que lo estaba estrangulando, me tiré sobre él para fijarlo, y pude á duras penas desatarlo.

Durante aquella operacion, en que no podia menos de mirar al ahorcado muy de cerca, pude reconocer con grande asombro que aquel hombre que tenia tendido en el suelo, entre mis manos, era el verdugo.

Sus ojos ya casi fuera de la órbita, y su color amoratado; su cara toda contraida, y la dificultad con que el aire entraba y salia en su oprimido pecho, me demostraron bastantemente que hubiera perecido sin remedio á no haber llegado alguien en su ayuda.

Sin embargo, el aire empezó á dilatar poco á poco sus pulmones, y con el aire volvia la vida.

Yo le habia recostado la cabeza sobre una piedra, y al poco tiempo parecióme como que volvia en sí; efectivamente, recuperóse algo, tosió, y al toser volvió la cabeza y se me quedó mirando de hito en hito.

No fué menor su admiracion al verme, que lo habia sido la mia al reconocerlo á él.

—¡Oh! señor cura, ¿sois vos? me dijo.

—Si, yo soy.

—¿Y qué habeis venido á hacer aquí? me preguntó.

—¿Y tú?

Trató como de cordinar sus ideas, y luego, echando una mirada de terror en torno suyo, vino á fijarse en el cadáver.

¡Ah! díjome, intentando levantarse, ¡Vámonos de aquí, señor cura; vámonos de aquí por Dios!

—Idos vos si quereis, amigo mio; pero yo tengo antes que cumplir con un deber sagrado,

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Y cuál?

—Que ese desgraciado á quien habeis ejecutado hoy, me ha encargado venir aquí mismo á rezarle cinco *Padre-nuestros* y otras tantas *Ave-Marías* por la salud de su alma.

—¡Oh! no os tomeis ese trabajo, señor cura, porque será inútil..... ¿sabeis que es el mismo Satanás en persona?

—¿Cómo Satanás en persona?

—Si señor, pues qué ¿no habeis visto lo que acaba de hacer conmigo?

—¿Cómo lo que acaba de hacer contigo? ¿pues acaso ha hecho algo efectivamente?

—¡Canario! nada menos que ahorcarme.

—¿El? Pues yo creia que erais vos el que le habiais hecho ese servicio.

—Si señor ¡toma! y creí por mi, vida haberlo dejado perfectamente ahorcado; pero segun parece me he engañado. ¡Lo que me estraña es cómo no ha aprovechado la ocasion

Universidad de Deusto
Biblioteca

de escaparse cuando me dejó colgado!

—¿Pero como habia de escaparse un muerto? le dije examinando el cadáver del Vasero, que estaba tieso y frio como el mármol.

—¿ Qué está muerto decis.....? ¡Muerto....!

repitió el verdugo. Pues entonces es peor aun; huyamos, señor cura, huyamos; y se puso de pié.

Pero no, no; prefiero quedarme, continuó; quizá se levantará y echará á correr tras de mi. En ese caso, vos sois un santo, me defenderiais de él; ¿no es cierto, señor cura?

—Amigo mio, dije al ejecutor, aqui hay gato encerrado; hace un instante me preguntais qué venia yo a hacer á este sitio. Pues ahora os reguntо yo á mi vez; ¿qué es lo que buscais aqui?

—¡Ah! ¡señor cura! de todos modos debia esplicaros lo que me pasa: ya en la confesion ó de mi buena voluntad; con que prefiero contároslo de este modo...; Escuchad....

—¿Qué hay?

Crei que se movia alguien por ese lado.

—No temais nada: el desgraciado está bien muerto....

—¡Hum....! ¡qué se yo! ¿Pero qué importa! de todos modos quiero referiros cuanto ha pasado, y si miento lo autorizo para que me desmienta.

—Hablad.

—Empezaré por deciros que ese impio no permitió siquiera que le hablasen de confesion; solo de tiempo en tiempo preguntaba: « ¿Ha venido Moulle?—Todavia no.» Entonces daba un suspiro; se le ofrecia otro padre, pero respondió: «¡No! el padre Moulle.... ó ninguno.»

—Sí, ya sé que dijo eso.

—Al llegar á la torre de Ginette se para; mirad, me dijo, á ver si viene el padre Moulle.

—No, le respondí, echando á andar. Al llegar al pié de la horca volvió á pararse.

—¿Pero no viene el padre Moulle? me repitió por la quinta ó sesta vez.

—¿No os he dicho ya que no, ó sois sordo....? No hay nada mas pesado que tener que escuchar á una persona que nos repite una cosa continuamente.

—¡Cómo ha de ser! me dijo; y echándole la cuerda al cuello, é indicándole la escalerilla:

—Sube, le dije. Subió efectivamente, con el mayor aplomo y serenidad; pero así que hubo llegado á la mitad de la escalera, se paró.

Esperad, me dijo, que me asegure bien de que no viene ya el padre Moulle.

—Bueno, mirad cuanto querais, le respondí; eso no os está prohibido.

Entonces miró á la multitud, viendo que no estabais allí; exhaló un nuevo suspiro.

Crei que estaria ya resuelto definitivamente, y ya iba á ejercer mi oficio; pero al notar mi movimiento:

—¡Espera! dijome.

—¿El qué?

— Que quisiera besar antes de morir una medalla de Nuestra Señora que pende de mi cuello.

—¡Ah! es muy justo: bésala, le dije, y se la aproxime á los labios.

—¡Quieres algo mas! le pregunté.

—Quiero que me entierren con esta medalla.

—¡Hum! ¡hum! le dije yo receloso; amigo mio, no sé hasta qué punto podré complacerte en eso, porque ya sabeis que lo que traeis puesto me pertenece todo de derecho.

—Yo no tengo que ver con eso; lo que quiero es que se me entierre con mi medalla.

—¡Quiero! ¡quiero! ¡cómo si no hubiera mas que querer!

—Pues lo quiero, os lo repito, díjome con enfado.

Con esto acabó de apurarme la paciencia que me faltaba; todo estaba pronto; tenia ya la cuerda al cuello, la cual estaba hasta suspendida en el gancho por su estremo contrario.

—Anda al demonio, le dije, y le lancé al espacio.

¡Nuestra Señora y madre mia, tened piedad.....

Estas fueron las últimas palabras que pronunció, porque la cuerda estranguló á la vez al hombre y á la frase. En aquel mismo instante me monté sobre sus espaldas, como sabeis que se hace, le apreté bien el nudo y despaché mi comision. ¡Oh! yo os aseguro que no le hice padecer.

—Sí, pero todo eso no me esplica la razon de por qué has venido esta noche aqui.

—Es que eso precisamente es lo mas trabajoso de contar.

—Vaya, pues yo te lo voy á decir. Has venido á quitarle la medalla.

Pues bien; si señor, lo confieso; tuve esa tentacion. Yo dije para mi: quieres que te entierren con ella, y persististes: pues bueno, quédatela, que cuando sea de noche allá veremos: en efecto, en cuanto anocheció salí de mi casa, como si fuera á dar un paseo, viniéndome aquí por el camino mas largo que encontré, para dar tiempo. Cuando vi que ya no quedaba nadie en la esplanada, y que todo yacia en un profundo silencio, me acerqué á la horca, aproximé la escalerilla, subí, acerqué hácia mi el ahorcado, le quité la cadena que tenia al cuello, y....

—¿Y bien?

—Creedme, señor cura, en el momento que le quité la medalla del cuello, el ahorcado se agarró á mi, sacó su cabeza del nudo corredizo, me puso la mia en su lugar, y me apretó del mismo modo que yo lo habia hecho con él. Hé ahí lo que ha pasado.

—Imposible; eso no puede ser cierto.

—¿Como imposible? ¿Me habeis encontrado ahorcado, si ó nó?

—Sí.

—Pues ya veis que yo no me habia de haber ahorcado á mi mismo; y el caso es que si no llegais me ahogo, eso es lo que os sé decir.

—¿Y la medalla, dónde está? le pregunté, pensando sobre lo que acababa de decirme.

—Por ahí debe estar caida, porque cuando me senti estrangular, la tiré.

Me levanté á buscaala, y la encontré, merced á la luna tan clara que hacia; entonces la cogí y se la puse al cuello al yerto cadáver, el cual pareció estremecerse á su contacto y exhalar de lo profundo de su pecho un ahogado y apenas perceptible gemido, que hizo retroceder al verdugo mas de dos varas de distancia.

Mi espíritu se iluminó con aquel gemido, y me acordé de lo que dicen las Santas Escrituras respecto á los exorcismos y los gemidos que dan los diablos al salir del cuerpo de los poseidos.

El verdugo temblaba como la hoja en el árbol.

—Venid aquí y no tembleis, le dije.

Y aproximándose con miedo:

—¿Qué me quereis? me contestó.

—Es preciso que coloqueis otra vez el cadáver donde estaba.

—¡Yo!... ¡Bueno fuera! ¡para que volviésemos á las andadas.... no señor, de ningun modo.

—No temais nada, amigo mio, yo os lo aseguro.

—¡Por Dios, señor cura!

Venid, os digo. Y avancé algunos pasos.

—¡Hum!.... no me fio, murmuró.

—Pues hareis mal, porque mientras el cuerpo tenga su medalla no debeis temer nada.

¿Y cómo asi?

—Porque el demonio no se acercará á él. Figuraos que esa medalla le protege contra el enemigo, y que como se la quitásteis, en el mismo instante el espiritu malo volvió á apoderarse de su cuerpo, y ya sabeis los efectos que produce su influencia.

Universidad de Deusto Biblioteca

—¿Y entonces el gemido que acabamos de oir?

—Ha sido lanzado por él, al ver que se le escapaba el preso.

—Pues mirad, puede que sea verdad.

—Ya lo creo que lo es.

—Entonces voy á ponerlo en su puesto.

—Si, eso es; porque es preciso que la justicia siga su curso y que se cumpla en todas sus partes la sentencia.

—Pero, el demonio es que.... dijo el pobre diablo sin dejar de temblar.

Os repito que no debeis abrigar temor alguno.

—No importa, replicó el verdugo; por si acaso no dejeis de mirarme, ¿sabeis?.... y al mas mínimo grito, venid en mi socorro, ¿eh?

—Estad tranquilo que no necesitaris de mí para nada.

Entonces se acercó al cadáver, lo cogió por los hombros con la mayor delicadeza y lo llevó arrastrando hasta la escalriella, dirigiéndole la palabra como si el cadáver lo oyera:

—No tengas cuidado, Vasero, que no te quito tu medalla, le decia; y dirigiéndose á mi: estas ahí, ¿no es verdad, señor cura? preguntaba.

—Si, amigo mio; aquí estoy, tranquilizaos.

—No, no creas que trato de tomarte tu medalla, continuó el ejecutor dirigiéndose de nuevo al ahorcado con tono conciliador; puedes estar seguro, y puesto que lo deseaste se enterrará con ella. Pues teneis razon, señor cura, no se mueve.

—¿Lo veis?

—Pues si, te se enterrará con ella... Mientras tanto voy á volverte á tu sitio, á instancias del señor cura, ¿estás?..... porque lo que es yo..... no me he metido..... ¿comprendes?

—Si, si, comprende perfectamente; pero despachad pronto, le dije sin poder menos de sonreirme al verle tan precavido.

—Ya está, ¡gracias á Dios! dijo acabando de enganchar el cuerpo, y saltando al mismo tiempo de encima de la escalerilla.

Me arrodillé y empecé á recitar las oraciones que el Vasero me habia pedido le rezara.

—Señor cura, me dijo el verdugo arrodillándose á mi lado. ¿Quisiérais tener la bondad de decir alto la oracion para que yo pueda repetirla?

—¡Desgraciado! ¿Pues qué la has olvidado?

—No señor; es que nunca la he sabido.

Recé entonces los cinco *Padrenuestros y Ave-Marías*, que el verdugo repitió con la mayor religiosidad, palabra por palabra.

Cuando concluí me levanté, y dirigiéndome con voz alta al cadáver:

—Hijo mio, le dije, he hecho cuanto me ha sido posible para la salvacion de tu alma: ahora que la bienaventurada Nuestra Señora haga el resto.

—¡*Amen*! dijo mi compañero.

En aquel mismo momento un rayo de la luna que caia cual una cascada de plata, iluminó el cadáver: en esto daban las doce en Nuestra Señora.

—Vamos, dijo el ejecutor; ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Señor cura, me replicó el pobre diablo ¿sereis tan bondadoso que me acordeis una última gracia?

—¿Qué quereis? hablad.

—Que me acompañeis á mi casa; porque, os lo digo con franqueza, hasta que no esté en mi casa muy bien encerrado y á gran distancia de ese mozo, no estaré tranquilo.

—No tengo inconveniente, le dije; y salimos de la esplanada, no sin que mi compañero dejara de volver atrás la cabeza cada diez pasos que daba, á ver si el ahorcado continuaba en su sitio.

Llegamos, por último, á la poblacion y despues de dejar en su casa al ejecutor como lo habia ofrecido, me retiré á la mia, tranquilo el cuerpo y el espíritu.

Al otro dia, cuando me levanté, me dijeron que la viuda del bandido me esperaba en el comedor.

Fui á verla, y su cara demostraba tranquilidad y hasta alegria.

—Señor cura, me dijo: vengo á daros las gracias: mi marido se me apareció ayer al dar las doce en el reloj de Nuestra Señora, y me ha dicho:

—Mañana por la mañana vé á ver al padre Moulle, y dile de mi parte, que gracias á él y á Nuestra Señora, me he salvado.

ADVERTENCIA.

Alejandro Dumas dió su nombre á muchos centenares de volúmenes, una parte de éllos escritos por jóvenes que no buscaban mas gloria que la del dinero, y para alcanzarla, se acogian al nombre celebérrimo de aquel escritor. Tenemos noticias de que dos ó tres obras de Dumas, que tenian por objeto novelar las guerras del siglo XVII entre católicos y herejes, estaban incluidas en el Indice de libros prohibidos por la Sagrada Congregacion romana. Leimos con esta prevencion las precedentes narraciones y no encontrando en ellas cosa que nos pareciera contraria al dogma católico y las buenas costumbres y sí solo una disertacion amena en que se trataban algunas cuestiones científicas y psicológicas muy interesantes, les dimos cabida en nuestro *Leyendario*; pero un respetable sacerdote, suscritor nuestro, nos ha advertido con una caridad que de todo corazon le agradecemos, que están comprendidas en el Indice romano *todas* las novelas de Dumas padre é hijo, y como buenos católicos, suspendemos la publicacion de estas narraciones de carácter novelesco.

MARIA.

Historia de una artista.

Hay en el mundo ciertos lugares retirados del bullicio de las grandes capitales, y que sin embargo dejan dulces recuerdos en el hombre pensador que llega á visitarlos por casualidad. Uno de estos pasó algunos dias en uno de tales sitios, y conservó siempre como una reliquia, un ramo de adelfas cogidas en un sepulcro.

Seria muy vulgar contaros la causa que le obligó á detenerse en este lugar, pues los que viajan siempre están espuestos á volcar en la silla de postas, rompiéndose un brazo, ó á encontrar algun otro impedimento para continuar su camino; lo cierto es que Teodoro, tal es el nombre del héroe de esta historia, se alegró mucho de poder permanecer en una linda casita del solitario pueblo, donde le recibieron con agrado.

Fácil es concebir el rumor que

causaria la llegada de Teodoro, deshaciéndose todos en conjeturas acerca de quién seria y qué haria; llamándoles, sobre todo la atencion, un cofre alto y largo, que hizo colocar en su cuarto con el mayor cuidado.

Imposible es figurarse hasta qué punto llegó la curiosidad por saber lo que contenia aquel enorme cofre: unos decian que no podia llevar ropa, porque para eso hubiera escogido mejor un baul de forma regular, y este era ancho en su base é iba estrechándose poco á poco: otros afirmaban que era una caja para un muerto, como las que llevan las brujas que van de noche por los montes helados de los Alpes, para recoger los cadáveres de los viajeros enterrados en la nieve.....

El cofre de Teodoro fué el objeto de las conversaciones, dando cada uno su distinto parecer. Ultimamente convinieron todos en que era una victima encerrada en aquel horroroso ataud!!..... Lo que aumentó mas la fuerza de esta opinion, fué que el estranjero prohibió que de ningun modo se tocase á la caja. Apesar de esta prohibicion, cuando él salió á pasearse, dos mujeres mas atrevidas, no pudiendo contenerse, se acercaron al cofre, y moviéndole, preguntaron:

—¿Hay alguien aqui dentro?

Cuando las dos aldeanas hubieron meneado el cofre..,. ¡oh sorpresa...,. salió un gemido..... gemido triste y meliodoso á la vez..... último suspiro de un alma que se duerme con el sueño de la inmovilidad!

Las dos mujeres echaron á correr, dando gritos horrorosos, que pusieron en conmocion á todo el pueblo.

Cuando volvió Teodoro, encontró en su cuarto un soldado y un aldeano representando á la autoridad, que le dijeron:

—Es preciso abrir este cofre.

—¿Por qué?

—En nombre de la ley.

—No era preciso valerse para esto de la ley, respondió Teodoro; al contrario, me alegro poder pagar de algun modo la hospitalidad que recibo.

Y tocando un resorte, abrió el misterioso cofre, que contenia..... ¡un arpa! Corrió sus dedos por las cuerdas de oro del instrumento, dejando absortos á todos los que se hallaban presentes.

Solo uno no aplaudió á este concierto improvisado... era un anciano de blanca barba, que lloraba como un niño.

—¿Qué teneis, tio Juan? le preguntaron.

El viejo; entre sollozos, respondió señalando al arpa.

—¡María! ¡ah! ¡María!...

—¿Qué tiene ese pobre hombre? preguntó Teodoro con interés.

—No le hagais caso, le contestaron; el tio Juan habla siempre de María: tiene ochenta años, y á esta edad se chochea...

Iba anocheciendo y la gente se fué marchando, para dejar al estranjero que descansase... El anciano Juan no se separó de Teodoro, y cuando estuvieron solos, le dijo, besando las manos del artista.

—¡Oh! ¡tocais el arpa!

—¿Conoceis este instrumento?

—¡Oh! si; ¡venid!... y os enseñaré una.

—¿A dónde?

—A mi casa: seguidme, pero callad por Dios!

El anciano llevó á Teodoro á su casa que era una de las mejores de la aldea. Cuando llegaron al jardin, el anciano abrió un pequeño armario rústico, que sin duda á nadie habia llamado la atencion, y sacó de él un arpa pequeña parecida á una lira del siglo XVIII. Teodoro la cogió y le dijo:

—¿A quién ha pertenecido este instrumento?

—¡Chit! á ella!

—Y ¿quién es ella?

—¡Maria!

—¡Maria!... Contadme esa historia.

—Si, dijo el anciano; os marchais mañana, y nadie sabrá en este pueblo mi secreto porque quiero que aquí siempre se ignore. ¿Deseais que os la refiere en dos palabras, paseándonos á la luz de la luna?

—Sí: os lo ruego.

—¡Ah! no siempre he sido viejo y cascado como ahora, dijo el anciano. Tambien he tenido yo veinte años y el vigor de la juventud; pero era pobre, tan pobre que para regalar á Maria un ramillete, me veia precisado á componerlo de flores silvestres por no pedir á nadie..... ¡María! era tan linda!... En nada se parecia á sus compañeras. Siempre me decia: «Juan: tú y yo somos pobres; pero tranquilizate, porque tengo en Paris una madrina, que me ha ofrecido enseñarme un arte, y cuando le haya aprendido, nos casaremos...»

—¿La madrina cumplió su palabra?

—Sí; María partió recomendándome á su pobre madre. La prometí que la amaria como si estuviese ella y le prometi tambien no casarme... no querer mas que á ella..:

—Y ¿habeis cumplido vuestra promesa?

—¡Ah! no... no! El demonio me tentó... Tuve la desgracia de gustar á lo hija del mariscal; porque la habia salvado la vida de un lobo... Me amó en reconocimiento, y me propuso que nos casáramos... Era rica, y no tuve valor para resistir al interés...

—Y ¿qué os dijo la madre de Maria?

—¡Oh nada! Fl invierno fué muy frio; las plantas se secaron en nuestros jardines. La madre de Maria murió tambien..... estendiendo los brazos hácia el camino por donde se habia marchado su hija. Al cabo de algun tiempo, volvió Maria, alegre, porque venia á vernos y porque poseia lo bastante para mantenernos en el porvenir... ¡Habia aprendido á tocar el arpa! Venia á casarse para irnos despues con su madre á Paris, donde ejercia su profesion. ¡Ah! me encontró casado con otra!... ¡encontró á su madre muerta!

—Y ¿no os echó én cara vuestra falta?

—No: ni una palabra me dijo, pero no comia... pasaba las noches con esta arpa: llorando sobre el instrumento que debia haber constituido nuestra felicidad y que lo mismo que su talento, eran ya inútiles... Se acostumbró á ir todas las noches á orar á la tumba de su madre, y parecia consolarse algo con este piadoso ejercicio. Una noche no volvió... la encontraron al lado de un sepulcro, muerta al pié de una adelfa... mirad... de esa...

El anciano Juan se enjugó las lágrimas, enseñándole el cementerio á donde habian llegado. Teodoro se bajó llorando y cogió un ramo de aquella adelfa que florecia en este rincon de la Francia, sobre la tumba de una artista ignorada.

Al dia siguiente contó Juan á Teodoro el fin de su historia; el infiel habia sido muy desgraciado en su matrimonio, habiendo perdido su esposa; sus hijos, y todo lo que le animaba á vivir.

—Mi único consuelo, dijo Teodoro, es esta arpa que nadie en el pueblo sabe que tengo escondida. Este instrumento que ha pertenecido á María, me hace derramar continuamente lágrimas de espiacion y quiero que le entierren conmigo.

Algunos dias despues llegó Teodoro á Paris donde contó la chistosa ocurrencia de haber creido que la caja de su arpa era un ataud, y esta triste historia de la pobre arpista, muerta en la primavera de la edad y del talento.

Teodoro hizo que un amigo le

Universidad de Deusto
Biblioteca

hiciese una romanza sobre la historia de Maria, poniéndola él despues en música. Esta romanza se cantó en todos los salones de Paris.

El autor de la música de esta cancion era Teodoro, Teodoro el viajero, Teodoro el arpista, que es un instrumentista escelente, un compositor de primer órden y al mismo tiempo un buen escritor.

Esta cancion la hallareis en el «ALBUM DE TEODORO LABARRE.»

CASTIGADA EN SU DESEO.

LEYÉNDA MORISCA.

Por P. de O. (1)

LA CITA.

«Que dudas de mi cariño
»cuando temo, alma de mi alma,
»que el esposo que me cela
»lo traduzca en mis miradas!
»¿Nada mi llanto te dice?
»¿Mis hondos suspiros nada?
»¿Solo para ti son mudos
»los que para todos hablan?
»¡Abdalla, me pides pruebas!
»¿No son pruebas harto claras
»usar, de mi esposo en mengua,
»tus colores en mis galas
»y en mi faz el del rubor
»doquiera te encuentre, Abdalla?
»¿No son pruebas en tu pecho
»la por mi tejida banda,
»en mi ceñidor tus cifras,
»tu color en mi garganta?
»?No oiste mi agudo grito
»cuando en las últimas cañas
»tu adversario afortunado
»te desarmó la celada?
»¡Vieras entonces mi faz
»mas que la azucena blanca,
»vieras mis ojos, espejo
»en que se copiaba mi alma,
»y al ver en esta tu imágen,
»de mi afecto no dudaras!
»Mas ya, mi luz, que eres ciego
»á pruebas tan declaradas,
»otra he de darte que al par
»sea premio á tu constancia.
»Mañana cuando la luna
»esconda su faz de plata
»trasmontando la colina
»que frente á mi ajimez se alza,
»pendiente de este hallarás,
»ídolo mio, una escala
»á cuyo estremo te espera
»la que mas que á su honra te ama.
»¡Quizá verás de mi amor
»cumplida prueba en mi infamia!
»¡Quién me diera ver el tuyo
»en tu corazon, Abdalla!»
Tales frases conmovida
la seductora Moraima,
copiándolas de su pecho,

(1) Sentimos muchísimo que la profunda modestia del inspirado poeta vizcaino que ha escrito esta hermosa leyenda, que puede competir con las mejores de nuestro riquísimo romancero morisco, haga aparecer casi anónima la composicion con que ha honrado nuestro LEYENDARIO.

á una vitela confiara,
como fió la vitela
al instinto de una garza,
en cuyo nevado cuello
la prendió de una lazada.
—Garza, á quien mi alma confie,
la dijo antes de soltarla,
di al corazon del que adoro,
que el mio vuela en tus alas;
besó al ave, enternecida,
el duro pico de grana,
y, soltándola en el aire,
la siguió con la mirada
hasta que en el limpio cielo
se perdió con la distancia.
Moraima la seductora,
¡ah! son prendas harto caras
las que á una vitela fias
y al instinto de una garza!

LA CETRERIA.

De caza vá el buen Muley,
tal vez porque el caballero
debe en la paz adiestrarse
en ejercicios guerreros,
tal vez en las emociones
por distraer sus pensamientos,
ó poniendo en planta acaso
un tenebroso proyecto.
Solo un montero le sigue,
ó no comprende el montero
la distancia que de él guarda
y él conserva por respeto.
Ello es que mustio y ceñudo
rige el palafren soberbio
con mano dura y crispada
hasta ensangrentar el freno.
Lleva en la diestra un azor
descapirotado y suelto,
azor que no diera á cambio
de un arnés de fino acero.
Mas le lleva de tal modo
aferrado entre sus dedos,
que el rapante forcejea
espeluznado y violento,
sepultando el corvo pico
entre las plumas del pecho.
Dos veces amagó al puño
de su despiadado dueño,
y dos veces se contuvo,
sino por amor. por miedo.
Crispóse, empero, de pronto,
é hirguiendo nervioso el cuello,
dió paso á un ronco graznido
que á Muley volvió en su acuerdo.
Siguió la ardiente mirada
de su azor, fija en el cielo,
en cuyo diáfano azul
vió apenas un punto negro.
Estendió en su direccion
la diestra y con bronco acento,
—¡Súa! dijo, y soltó al rapante
que con poderoso vuelo
se perdió en el ancho espacio,
trazando un círculo inmenso.
Estrechando en espiral
el círculo, cuyo centro
formaba el punto que viera
Muley en el firmamento,
remontábase el azor
y tanto, que á los atentos
ojos escapó, por fin,
de Muley y del montero.
Seguia este con afan,
y, suspendido el aliento,
como cazador de ley,
los azares de aquel duelo,
pero en el rostro de aquel
se advertia un crispamiento,
que, mas que ansiedad pueril,
revelaba hondo despecho.
Con la rapidéz del rayo
que se desata violento
y, antes que su llama alumbre,
hiere estallando su fuego,
en confuso remolino
dieron consigo en el suelo
el azor y entre sus garras
de sus ansias el objeto,
Era una nevada garza
si bien el azor sangriento
tiñó sus cándidas plumas
en el carmin de su pecho.
Hizo el montero ademan
de apartarlos, mas el dueño,
saltando de su bridon,
le contuvo con un gesto.
Luego inclinóse anhelante
con escándalo del siervo
sobre el rapante y su víctima,
la que arrancó á los esfuerzos
de su sañoso verdugo
enguantándose primero.

Universidad de Deusto
Biblioteca

En una blanda mirada
de sus nublados ojuelos
le envió la garza una súplica,
sino su agradecimiento,
y conmoviéndose toda
en un postrer aleteo
dobló inerme la cabeza
sobre su rasgado pecho.
Examinola Muley
y pudo ver en su cuello,
prendido de una lazada,
y tintó en su sangre, un pliego.
Abriólo con torpe mano,
lo leyó de rábia ciego,
quiso hablar, pero no pudo,
que le enmudeció el despecho.
Por fin, tras un ¡ay! profundo,
dijo angustiado.—¡Era cierto!
Volvio á su asombrado esclavo
los ojos, cuyos espejos
dos lágrimas anublaban
que contenia soberbio,
y ya con robusta voz
dijo:—«A galope, á Toledo,»
y sin cuidar del azor,
con asombro del montero
subió múslio en su alazan,
que arrancó al sentir el hierro.

LA SOBPRESA.

Detras las celosias
de su ajimez de oro y nácar,
entre impaciente y medrosa
la seductora Moraima
fija en el cielo los ojos,
cuya luz radiante y clara
tal vez miran con envidia
las estrellas sus hermanas.
Pausadamente la luna
mengua su disco de plata
tramontando la colina
que frente á su ajimez se alza.
Moraima sigue impaciente
su curso, y con su mirada
dijérase que la empuja
y por ventura la atraiga.
La enhiesta cumbre del cerro
sobre la luna se marca
y segun su disco amengua
parece que el monte agranda.
Por fin oculta su cumbre
del astro la frente clara
y las tinieblas se estienden
batiendo mudas sus alas.
La hermosa mora, que espera
hora tal con ánsia tanta,
descorre las celosias
de la calada ventana,
y asegura en su pretil
el estremo de una escala,
mientras el estremo opuesto
á las negras sombras lanza.
Como quien comete un crímen,
huye luego desalada,
y de sí misma se asombra,
sin comprender cómo su alma
clame contra un atentado
que ella á cometer la lanza,
ya se adelanta dos pasos
en el fondo de la estancia
en direccion al ajimez
á donde su amor la llama,
ó ya la impulsa el rubor
que su delito la causa
y á retirar del pretil
la escala fatal se lanza.
De pronto con sobresalto
vuelve la vista turbada
á la puerta del estrado,
tras la que suenan pisadas.
—¡Muley! dice, y en sus venas
la sangre se agolpa helada.
Rechina en la cerradura
la llave, gira impulsada
la puerta, y del cortinaje
los amplios pliegues se apartan.
—Moraima, luz de mis ojes,
dice una voz, ¿por qué causa
está eclipsado este cielo
donde tus soles abrasan?
¿No me respondes, bien mio?
—¡Muley!
—Dó estás? ¡Hola, esclavas!
¡Luces aquí! ¿Qué me indican
estas tinieblas?
Soñaba
en tí, esperando tu vuelta.
—Bien, y mataste la lámpara
para vestir de ese modo
de tinieblas esta estancia,
porque consonára asi
con las que oscurecen tu alma?.....
—Que en tu ausencia viste luto,

—Gracias, ángel mio, gracias;
¿no me esperabas?
—No, á fe,
no adiviné dicha tanta;
y es que tardas harto mas
siempre que sales de caza,
—No á trasmano se hallan piezas
que el deseo satisfagan,
—¿Y hoy diste tal vez con una?
—Por Alá que es como braba,
—¿Tanto placer te ha causado?
—Tanto y mas.
—Qué es?
—Una garza.
¿Mas que rumor se percibe,
que á lo que creo, es de espadas,
al pié de tus miradores?
¿Te estremeces? ¡hola, esclavas!
Acudid á vuestra dueña,
que al parecer se desmaya,
mientras de aquese rumor
voy á investigar la causa.

EL AZOR Y LA GARZA.

Cayó moraima en los brazos
de sus esclavas llorosas,
y media hora estuvo su alma
en la región de las sombras.
—«Angel de la muerte,» dice
cuando la vida recobra,
creí que compadecido
de mi desdicha hororosa,
me acojias en tu seno,
dando fin á mis congojas.»
Entró en esto el buen Muley
quien sonriendo á su esposa,
—despejad, dijo á las siervas,
que obedecieron medrosas.
—No tiembles, alma de mi alma,
que las aceradas hojas,
que te alarmaran, están
envainadas á estas horas,
ni ha sido como otras veces
alguna algarada loca
de nazarenos la causa
del rumor que te impresionó.
¡Son los muros de Toledo
muy altos para intentonas!
Algo me han dicho de escala
y de un loco que blasona
de enamorado.
—¡Perdon,
oh Muley!
—¡Para él lo imploras?
Pues si generosa tu alma
á quien te ofende perdona,
la mia, á tu amor rendida,
no será menos piadosa.
Ya no sufrirá el menguado
su castigo.
—Gracias.
—Todas
las que pudieras pedirme
para las tuyas son pocas.
Por una de tus miradas,
por un beso de tu boca,
no al castigo de un belitre
que mi indignacion arrostra,
á las Huris renunciara
que me promete Mahoma.
Y mas esta fausta noche,
esta noche en que las horas
marcan el aniversario
de nuestra union venturosa.
¿Recuerdas? Yo era un guerrero
que, ganoso de mi gloria,
dí á la muerte mil cristianos
si dí cien á las mazmorras.
No se me alcanzaba tanto
como de tajos de trovas,
y mejor que el jáique airoso
ceñía la dura cota;
pero al verte, dueño mio,
rendí á tus pies mis victorias,
y soy mas feliz tu esclavo
con las cadenas de rosas
que me aprisionan, que fuera
libre y rey del Asia toda.
Nunca soy mas venturoso
que cuando arranco á tu boca
un deseo con que pueda
pagar lo que en tí me otorgas.
Hoy mismo en aquesta caja
te doy una prueba corta
de mi pasion. ¿Qué dirías
que contiene?
—¿Unas ajorcas?
—No las tuvieras en tanto
de oro y de piedras valiosas.
—¿Son, á dicha, brazaletes?
—Es alhaja mas preciosa.
—¿Tan rica es?
—Asi la estimo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¿Será acaso una garzota?
—Algo hay de garza en el caso,
pero no das en la joya.
—¿Qué quieres decir?
—Prefiero
que esta caja ventuiosa
en contener lo que anhelas
te aclare el enigma; tómala,
que mas viva tu sorpresa
será y tu dicha mas honda.
Así diciendo Muley
dejó con profunda sorna
en las manos de Moraima
la cajita misteriosa,
y, haciéndola una zalama,
que tuvo asomos de hirónica,
ganó el umbral sonriendo
con una espresion diabólica.

Conclusion.

Oculto tras el tapiz
de la puerta de la cámara,
Muley con avaros ojos
á su infiel esposa abarca,
como el tigre agazapado
de la fuente en la enramada
acecha al corzo sediento
que se acerca al son del agua.
La mora en tanto vacila
entre mil temores y ansias
de saber lo que contiene
la asaz misteriosa caja.
Ya advirtiera de Muley
la ironía al entregársela
y no le pasó por alto
la su sonrisa satánica.
Resolviéndose á dar fin
á las dudas que la asaltan,
hace giras la aurea llave
en la bruñida cerraja,
levanta la tapa ebúrnea
y con incierta mirada
de la caja por el fondo
sus ojos rápidos vagan.
En un lienzo de brocado,
que rico aljófar recama,
un bulto informe percibe
que de sangre coagulada
cubierto, de un corazon
el contorno oval amaga.
No comprende aquel presente
la sorprendida Moraima,
pero el enigma descifra
tropezando con su carta,
que al lado del corazon
descubre al fin arrollada.
No dá crédito á sus ojos,
la estraviada vista pasa
por la funesta vitela
y en estas frases se pára:
«¡Quizá verás de mi amor
»cumplida prueba en mi infamia!
»¡Quién me diera ver el tuyo
»en tu corazon, Abdalla!»
Como súbito un relámpago
las densas tinieblas rasga,
y ciega mas bien que alumbra
con su fosfórica llama,
estas frases deslumbraron
al mostrarla su desgracia,
la razon ya oscurecida
de la Mora desdichada,
No lanzó un solo suspiro,
no derramó ni una lágrima;
fijos los ojos, quedóse
inmóvil, yerta, pasmada,
Avanzó entónces Muley
desenvainando su daga.
—Esfa es,gritó enfurecido,
esposa infiel, mi venganza.
Tornó á él Moraima la bella
su enternecida mirada,
y sonriendo amorosa
corrió á su encuentro con ánsia,
—Abdalla, esclamó, al fin vienes,
ya perdia la esperanza,
He visto tu corazon
leyendo en él que me amas,
Soy tuya,
—¿Qué osa decir?
¿Está loca?
—En esta caja
puedes mirarlo. ¿Vacilas?
Pues lee entonces esta carta,
Tu corazon es sin duda
y en él mi imágen grabada,
—¡Loca! No debo verter
tu sangre.
—¿Qué?
—Es ya sagrada.
—¿Por qué me miras airado!
¿No ves que soy tu Moraima?
—No respondo de mi mismo
si sigo oyéndola.
—¡Abdalla¡
—Alá la protege, sea
su voluntad acatada.
Dijo,la miró en silencio,
y enjugándose una lágrima,
á pasos apresurados
salió huyendo de la cámara,
. . . . . .
Cuando aquella noche entraron
en la estancia las esclavas.
vieron á su hermosa dueña
sobre la alfombra sentada
con la caja en su regazo
y murmurando con pausa
¡Quizá verás de mi amor
cumplida prueba en mi infamia!
¡Quien me diera ver el tuyo
en tu corazon, Abdalla!

EL HIJO DEL COCINERO.

Por BERTHOUT.

1219

En mil doscientos cinco, hácia el mes de marzo y bajo el obispado de monseñor Juan de Béthune de Hainaut, murió el rey del *Juramento*, ó cofradía de los *Fabricantes de telas finas*.

Despues de muchas conferéncias y discusiones interminables, por que entre los comerciantes y aparejadores de telas batistas se suele encontrar algun amo rico que desea aparecer dignidad, eligieron para suceder al difunto, al maestro Eustaquio Dinault, que era tenido por buen compañero, de entendimiento claro y humor alegre.

Ya comprendereis cuántas francachelas siguieron á la eleccion, durante siete semanas.

Desde luego el rey de los fabricantes de telas finas, en honor de las tres personas, tres veces santas de la Trinidad, albergó tres dias seguidos á todos los miembros del *juramento* escepto á sus parientes, sus aliados, sus amigos y conocidos. Asi estaba consignado en los estatutos del *juramento*.

Además, como la costumbre habia constituido obligacion, los miembros mas ricos del *juramento* tomaron á su cargo el festejar como se merecian y cada uno á su turno á aquel á quien habian elegido para jefe de su cofradia.

Es imposible contar los escudos de oro que se gastaban en comprar víveres y los numerosos pellejos de vino que segun la chistosa espresion del alegre rey de los fabricantes de telas finas, *perdieron el alma*.

Será mejor decir sencillamente que los fabricantes se sentaban á la mesa hácia la hora de las vísperas y no se levantaban hasta cerrar la noche, y aun entonces cuando la campana tocaba la queda nos miraban: «ya!»

A estas horas y algunos dias despues de las fiestas de Pascuas, alguno de los miembros mas respetables de la corporacion de fabricantes, el maestro Bartolomé Le Bandain, acababa de despedir á sus convidados.

En la sala no habiau quedado mas que él y otros dos personajes muy diferentes: era el uno el canónigo Nicolás Watremetz y el segundo un personaje vestido con un jubon abigarrado y cubierto de cascabeles, cuyo argentino sonido se sentia al movimiento mas ligero. Este último apremiaba á los servidores dél canónigo, que se esforzaban en cinchar la mula de su señor, lo que no hacian pronto porque habian bebido con tan buena té en honor de su amo Eustaquio Dinault que apenas acertaban sus manos á atar bien las correas.

Le Bandain que vió esto mandó al hombre de los cascabeles que se llamaba Nicolás Parigault y tenia el oficio de bufon del *juramento* de los fabricantes de telas finas, que acompañara al canónigo hasta su casa, al palacio episcopal. Le recomendó muchas veces que fuera con una antorcha en la mano delante de la mula del canónigo, precaucion muy necesaria para llegar sin obstáculo mas allá de la *madriguera maldita* que estaba á mitad del camino.

Se conocia con este desagradable nombre el conjunto de la calle de los *Judios*, de la encrucijada de *Coupe-Oreille* y de la callejuela de *Belottes*, sitios frecuentados por incrédulos, ladrones y mujeres de mala vida. La vivienda del verdugo con su horca y el patibulo, se elevaba eneste sitio como una perpetua y saludable advertencia del castigo reservado á la gente de mal vivir.

La casa de Le Bandain estaba en la parte mas alta del monte de Mont-des-Boeufs, cerca de la iglesia de San Pedro y San Pablo. El trayecto hasta el palacio episcopal era por lo tanto muy largo. El bufon empezó á cumplir con su obligacion de distraer al rico canónigo favorito de monseñor el obispo, que no dejaria de remunerar el solaz que proporcionase al canónigo.

El bufon se puso á imitar grotescamente la borrachera de los criados y á asustarles con cuentos horropilantes.

El canónigo empezó á reir y animado con esto el hombre de los cascabeles redobló sus tonterias y ridiculizó á todo el acompañamiento del señor Watremets.

—Hermano, dijo el bufon pasando el brazo por debajo del de un criado muy grueso que apenas podia tenerse en pié de tanto como habia levantado el codo en el festin—viejo y esforzado amigo, haceis bien en persignaros por los ruidos que vienen de la *madriguera maldita*. Persignaos de miedo porque, ¡Dios nos ayude! el diablo en persona viene todas las noches á hacer el sábado en estos sitios que atravesamos. Tiene por sociedad los ahorcados que descuelgan del patíbulo él y los judios, esos incrédulos cuyo mayor regalo es el cuerpo de un niño cristiano. Ya se me ha puesto la carne de pollo solo de pensarlo.

—¡Por Santa Nitouche! ¿ois?.... ¿Qué figuras negras, negras se mueven allá abajo en la sombra?.... Ya no se siente nada..... no se vé nada. No vayais á creer que son miedosos que huyen en cuanto nos ven. Hermano, yo los he visto , son pálidos aparecidos, diablos del infierno de que Dios nos proteja!

Mientras se burlaba de este modo con gran placer del canónigo, el bufon tropezó inesperadamente, cayó con la cara contra el suelo y arrojó un angustioso grito, pero esta vez. se divertia porque dos belludas mamos le tiraban de los cabellos y acerados dientes le mordian la cara y las orejas.

—Señor canónigo, gritaba con voz lastimera, señor canónigo, estoy sufriendo el castigo de mis heréticas burlas! Miradme luchando con el diablo del infierno!

—Callaos, os lo mando, respondió el Sr. Watremetz con tono iracundo. Basta de esas bromas! No me parece prudente pararse en este sitio y despertar á la mala gente del barrio.

—Que el cielo tenga piedad de mi alma, dijo el pobre bufon agitándose con su estraño adversario. Señor canónigo, esto no es fingido, exorcisadme y me libraré del diablo.

—Marchad adelante, dijo Watremetz á un criado; adelante y dejad ahí á ese bribon, pues que tan mal escoje el tiempo para sus bromas.

Al oir el bufon esta órden dió tantas señales de desesperacion que el canónigo comprendió que no era fingido el espanto del pobre petate. Echó pié á tierra, porque ninguno de sus criados se atrevia á acercarse, cojió la antorcha, la volvió á encender y se acercó al bufon. El canónigo se asustó al verle cerca del ensangrentado cadáver de una mujer y agarrado con un tremendo mono, que al reflejo de la antorcha, se refugió sobre un tejado.

El Sr. Watremetz, helado de miedo, se preparó para continuar su camino y salir cuanto antes de semejante madriguera y dar aviso al preboste de la muerte que se acababa de cometer, cuando se oyó á los piés de su mula el lloro de una criatura. Sin duda habia ido rodando hasta allí, cuando cayó de los brazos de la mujer asesinada.

Compadecido Watremetz de la pobre criatura, la envolvió en su capa y la llevó consigo á su casa.

En cuanto llegó, su primer cuidado fué despertar á una hermana anciana que tenia, llamada Berta y que vivia con él hacia veinte años.

Berta, despues de refuntuñar, porque la habian despertado tan bruscamente en el primer sueño; despues de preguntar á su hermano con su mal humor de vieja que era lo que que queria que hiciese con aquel niño; despues de enumerar las penas, las fatigas, los cuidados y las vigilias que indudablemente le traeria la educacion de su protegido, la respetable señora empezó á cuidar al niño como hubiera podido hacerlo la madre mas cariñosa.

—Es una hermosa niña, dijo á la señora Cunegunda, su camarera y confidenta; mirad, es tan blanca como las columnas de alabastro de la capilla de la Vírgen.

—Trae corriendo un poco de leche, porque la pobre niña llora de hambre..... ¡Ah! qué pesada eres! Jesus, mi dulce salvador, dos veces hubiera yo estado de vuelta. Dios le dé á una paciencia!.... Mira, mira como se avalanza á la leche la pobrecita! Ahora que ha llenado la tripita se duerme el pobre angel de Dios. Voy á acostarla en mi cama para que me despierte en cuanto llore.

Sin embargo, la pobre niña no despertó en toda la noche, y cuando el canónigo fué á verla, le dijo Cunegunda que la niña y la señora estaban todavia durmiendo.

Cuando volvió el canónigo encontró á la señora Berta meciendo en su regazo á la niña vestida con mantillas limpias.

Despues de escuchar con paciencia las largas disertaciones de su hermana sobre el modo de criar los niños y sobre la superioridad de sus conocimientos en esta materia, Watremetz encontró ocasion para contar los resultados de la informacion hecha por el preboste con motivo del asesinato de la víspera.

La mujer asesinada en la *madriguera maldita* era una gitana, á juzgar por su tez negra y por su estraño vestido, que ganaba su vida enseñando un mono, al que hacia

saltar. Algunos malvados de aquel barrio maldito á donde ella habia ido á hospedarse, siguiendo la costumbre de la gente de su raza, la habian visto enseñar impradentemente una bolsa bastante repleta y no fué preciso mas para que los ladrones la matasen. Sus orejas, de las que la habian arrancado las arrecadas, no dejaba duda sobre el móvil del crímen.

Pero de donde procedia aquella mujer? ¿Seria madre de la niña encontrada? Nadie lo sabia. Las miserables mantillas de la criatura que no valian dos cuartos y una medalla que prendia de su cuello no daban ningun indicio.

—Sea de quien quiera, interrumpió Berta, que ya se cansaba de estar tanto tiempo sin hablar, nosotros no la abandonaremos nunca. Ademas es preciso bautizarla porque estoy segura de que no ha tenido este cuidado su madre. De seguro que no se te ha ocurrido semejante idea sin embargo de que eres sacerdote, y lo que es mas, canónigo.

El Sr. Watremetz dejó que hablara su hermana, que le miraba con aire de triunfo.

—Si, hermana, respondió. Tu la tendrás en la pila bautismal. En cuanto al padrino, ya le he buscado tambien.

—Pues yo no acepto tu padrino, dijo la señora Berta, porque he escojido para que lo sea al preboste de la catedral y no desisto de mi eleccion.

—Entonces voy á decirle al obispo que no quieres ser su comadre, dijo el canónigo con una sonrisa de satisfaccion, de importancia de malicia. Y fingió que se marchaba.

—Monseñor el obispo! monseñor el obispo, hermano!.... Pero es posible que se digne..... Y cómo ha sucedido eso? Cómo te lo ha ofrecido?.... Porque estoy segura de que tu no te habrás atrevido á pedirle tal favor. A ti el primer villano te hubiera parecido buen compadre para tu hermana. Con que el señor obispo..... Qué bondad, Dios mio! Le reconozco en tan magnánimo rasgo.

El señor Watremetz dejó que su hermana exhalára así su alegria , y despues dijo:

—Conté á monseñor mi aventura de anoche , y en cuanto concluí, me dijo que él mismo queria tener á la niña en la pila bautismal y asociarse de este modo á nuestra obra. Bien comprenderás que me he guardado bien de rehusar. Pero si el preboste se formaliza. entonces será mejor....

La señora Berta ensayó una sonrisa de buen humor, pero tan poco acostumbrada estaba á sonreir, que su ensayo solo dió por resultado una mueca.

Algunos dias despues de esto se efectuó el bautismo en la iglesia episcopal con tal pompa que Berta enderezó de orgulló lo menos dos dedos su encorbado cuerpo. A la niña se la puso por nombre Lidória.

El obispo dió despues del bautismo un banquete de etiqueta.

El canónigo Watremetz que era aficionado á los buenos platos, fué antes á visitar las cocinas á ver si la cosa marchaba en órden. Al llegar oyó llorar amargamente á un niño y al maestro Magalonffe, primer cocinero del obispo, reñir coléricamente á la criatura.

El señor Watremetz encontró al cocinero desgañitándose á reñir y pegando con un pavo real asado á su hijo de edad de seis á siete años. El pescuezo del pavo formaba en la mano del cocinero un látigo largo y flexisible , que sin embargo de no ser muy temible, no dejaba de causar mucho miedo al muchacho.

—Eh! eh! Magalonffe, exclamó el canónigo interponiéndose entre el que pegaba y el que recibia , ¿por qué maltratais así al pobre Severino?

—Señor canónigo, respondió el

cocinero, si no me ahogara de rabia, lloraria de desesperacion. Por santa Marta mi divina patrona , tengo los brazos rotos y maldigo por primera vez mi noble profesion de cocinero. Oidme y luego direis si tengo ó no razon. Nunca se ha echado á perder un pavo real mas hermoso , mas gordo ni mas magnífico que este. Desde ayer tarde, los ayudantes de cocina, los criados de escudillas, los espumadores de calderas y los muchachos de salsas trabajaban para el festin de hoy. Nunca, señor canónigo, habia yo dispuesto un banquete tan hermoso y digno como el de hoy!

Por no citar mas que los detalles mas insignificantes, porque gracias á Dios, la vanidad no es mi fuerte, mirad esos menudos de ciervo frito, ese cochinillo de leche asado, relleno y embalsamado con yerbas olorosas, ciruelas de Tours y uvas de Grecia. Mirad esta sopa dorada, no lo digo por jactancia, pero no hay en el mundo mas que dos cocineros capaces de hacerla, que somos Taiblavant , primer cocinero de su majestad el rey de Francia, y yo Santiago Magalonffe que la inventé con él, cuando estaba en las cocinas reales de París. No hay manos mas que las suyas y las mias que sepan la manera de cortar el *pan-primos*, embeberle en una masa de miel, de vino blanco y de yema de huevo, freirle y hacerle sobre nadar sin que se vaya al fondo en un jugo de agua de rosa espolvoreada con azafran y lentejuelas de oro impalpable.»

Durante esta larga digresion, se fué calmando la ira de Magalonffe, pero estalló de nuevo cuando la trajeron otro pavo real para reemplazar al que habia servido de látigo para sacudir al pobre Severino.

—Un festin como este debia atraerme los elogios de todos, dijo el cocinero temblando de indignacion y levantando la voz todo lo que podia. Maldicion! este condenado de chico me ha sumergido en un abismo de confusion y oprobio. Ya no me queda mas remedio que arrojar la varilla blanca de cocinero episcopal y colocarme vergonzosamente al nivel de la aldeana mas pobre , de la aldeana que una sola vez á la semana, el domingo, pone á cocer en un puchero de barro un pato ahumado.

«Al pavo real que veis á mis pies yo le quité el pellejo , sin pérdida de una sola pluma. Despues envolví su delicado pescuezo en cintas delgadas y yo mismo le puse en el asador, recomendando mucho á Severino que mojára de vez en cuando la cinta con agua muy fria para que la llama no quemára las plumas ni la hermosa cresta..... ¡Santa Marta me dé paciencia! El maldito del chico se puso á estudiar no se que demonio de pergamino, que le ha dado para desembrollar el capellan de Monseñor, y..... Juzgad de mi indignacion cuando creyendo poder aderezar mi pavo real, cubriéndole con su propio pellejo, me he encontrado... ¡qué infamia, señor canónigo....! me he encontrado con que estaban negros como el carbon, pescuezo y cresta!

—Es decir que sabes leer, Severino? preguntó el canónigo al niño que seguia llorando.

—¡Ay! si, señor canónigo, respondió el pobre chico saliendo del rincon donde estaba agazapado.

—¡Leer! gritó Magalouffe, leer!... Decidme, señor canónigo, y para qué le servirá eso?

—Para ser canonigo , respondió Severino. El mismo capellan me lo ha dicho.

—¿Canónigo? ¿canónigo? Oh.....: de esta vez pierde la cabeza de seguro.....

— Apaciguaos , queridos Magalouffe, y perdonad á Severino. Vamos que de algo ha de servir mi amistad.

Magalouffe hizo un saludo.

—Ya que vuestro hijo tiene escelentes disposiciones para el estudio, yo mismo quiero cultivarlas, y haremos

Universidad de Deusto
Biblioteca

de él, si no un canónigo, al menos un capellan con un buen beneficio.

—Ay! esclamó suspirando Magalouffe, un estraño y no mi hijo será el que reciba de mi mano moribunda la varilla blanca de cocinero episcopal!

Y se puso á preparar otro pavo real, con el corazon oprimido y los ojos húmedos por las lágrimas.

El se encargó de mojar por sí mismo la cresta y el pescuezo del pavo para que no se renovase la desgracia anterior.

Gracias al cielo, tantos cuidados no fueron infructuosos. Un murmullo de admiracion se oyó entre los convidados cuando Magalouffe sirvió el hermoso pavo, cubierto con sus doradas plumas, estendida la cola y el pescuezo derecho, de modo que parecia estar vivo.

El señor Watremetz cumplió su palabra, pues Severino fué desde el dia siguiente su discípulo, y discípulo aplicado.

II.

Dejémos pasar catorce años, y trasladémonos á 1233, bajo el episcopado de monseñor Godofredo de Montainé.

Severino se habia hecho un mozo tan honrado como laborioso. El canónigo Watremetz se admiraba de ver como estudiaba su discípulo la poco amena teología con un ardor y una perseverancia obstinadas. La piedad ferviente de Severino y su ardiente deseo, su idea fija de ordenarse, le allanaron las dificultades de su estudio.

La única distraccion que tenia Severino consistia en pasar dos ó tres horas al dia en copiar misales é iluminar su viñetas. Habia alcanzado, en este género de trabajo, una perfeccion poco comun, con la que hubieran estado orgullosos los pendolistas mas afamados. Al talento de Severino debia el señor Watremetz una biblioteca de catorce volúmenes, que en la época que describimos era un verdadero fenómeno, un tesoro literario.

Hacia cuatro años que la señora Berta se habia separado de su hermano para vivir al lado de otro pariente viejo y enfermizo que vivia en la castellanía de Marcoing. La digna señora habia llevado con ella á Lydoria, y muy rara vez se las veia en Cambray aunque su cariño á su hermano no habia cambiado por aspera que fuese su forma.

Cuando murió el anciano pariente de Berta y volvió á casa de su hermano, Severino esperaba el momento en que le seria concedido recibir las órdenes, época por la que él suspiraba con impaciencia, como objeto de sus deseos de toda la vida.

—Oh!, pensaba con emocion cada instante, bendito sea el Señor, bendita su inmaculada madre, cuya misericordia me ha concedido pasar el resto de mi vida entre los santos deberes y los dulces regocijos del sacerdocio!

La discípula de la señora Berta estaba muy lejos de recibir con la mansedumbre y la dulzura de Severino los exagerados arranques de mal humor y ternura de la que la habia educado. Era un verdadero diablillo, tan pronto caprichosa, dócil, alborotadora, taciturna, loquilla, tierna, colérica, y agradaba siempre, porque era imposible que una criatura tan hermosa no agradara á todos. El canónigo estaba chocho con ella; la señora Berta la reñia veinte veces al dia y otras tantas se la comia á besos.

Lydoria iba vestida como personita de calidad, y nadie se atrevia á desaprobarlo, porque ninguna muchacha era capaz de llevar con tanta gracia como ella el trage de moda en aquella época.

Todos los de la casa cedian á sus caprichos: los criados, el señor canónigo, la señora Berta, Severino,

todos en fin.

Un dia, en que por casualidad vió á Severino pintando un hermoso misal, se empeñó en ser ella tambien rubriquista, y Severino tuvo que enseñarle en el acto el modo de estender los colores y dorar la vitela.

En esta leccion fué necesario que mas de una vez guiase Severino con sus dedos los dedos de Lydoria, y esta, siempre loquilla y burlona, se divertia con las esplicaciones del profesor y para hacerle rabiar echaba en el márgen manchitas de púrpura ó negro con que le echaba á perder el trabajo, empeñándose enseguida en empezar de nuevo prometiendo poner mas cuidado.

Cuando Severino se retiró á su cuarto despues de esto, se puso á rezar; pero sin que pudiese remediarlo, el recuerdo de la leccion acudia á su pensamiento y no conseguia ahuyentarle.

Severino se afligió como si hubiera cometido un pecado mortal y se propuso no esponerse en adelante á semejante peligro.

Pero Lydoria le rogó con tal coquetismo y gracia que no abandonara á una discípula que ofrecia tan hermosas esperanzas, que Severino no pudo resistir su ruego.

Desde entonces pensamientos distintos de los de la devocion y el sacerdocio venian á ocupar su imaginacion. La vida sacerdotal empezó á parecerle severa y aislada, y su corazon se oprimia cuando veia algun seglar paseando con su esposa, mientras que á un lado su chiquitin cabalgaba en el baston del papá.

Tambien Lydoria encontraba muy corta la leccion, y la boqnilla de burlona é infantil, se volvió pensativa y grave. Sentada al lado de Severino, Lydoria se complacia en obedecerle con docilidad. Algunas veces leia Severino en voz alta algun hermoso pasaje de la Santa Biblia y su voz temblaba al paso que los ojos de Lydoria se llenaban de lágrimas, sobre todo cuando leia la página que cuenta los amores de Jacob y de Raquel.

Y casi todos los dias Severino abria el libro por el mismo sitio. Entre tanto habia pasado la fiesta de la Trinidad y llegaba con mucha lijereza el dia de la Natividad, época en que Severino debia recibir las primeras órdenes.

El pobre jóven lloraba amargamente al pensar en este dia cuya llegada tanto deseaba antes.

En el siglo décimo tercio se celebraban las fiestas de la Trinidad con una procesion de mucha pompa. Los autores antiguos pretenden que es preciso reconocer en esta costumbre el orígen de la procesion que hasta el año 1682 se hacia en Cambray en honra de la Santísima Trinidad.

Todos los *juramentos* de la ciudad asistian á esta procesion, y con las trompetas á la cabeza y las banderas desplegadas marchaban vestidos con los jubones que les distinguian.

Despues de la ceremonia, los *juramentos* acompañaban con honor al alojamiento de sus *reyes* las imágenes de los bienaventurados patronos que lo eran: Santa Pelagia, de los tejedores y mercaderes; San Fabian, de los ballesteros; San Sebastian, de los arqueros; San Mauro, de los panaderos, Nuestra Señora del Cármen, de los fabricantes de telas finas.

El año 1233, el lúnes siguiente á la Trinidad, despues que la procesion dió la vuelta por la villa, monseñor el obispo, despues de dar desde el puente levadizo la bendicion á los *juramentos*, entró en el castillo episcopal. Entonces se sintió un gran ruido de trompetas y de violas y por todas partes se oia repetir los gritos de las corporaciones: San Sebastian! San Mauro! Santa Pelagia!

Dominaba sobre todo el grito de los fabricantes de telas finas: Nues-

tra Señora! Nuestra Señora! porque en Cambray no habia *juramento* mas rico y mas numeroso, atendido que la preparacion y la venta de las telas finas producia grandes beneficios y ocupaba gran número de tejedores y prensadores.

El miembro de esta corporacion que mas se pavoneaba era nuestro antiguo conocido' Nicolás Parigault, el *bufon* de los fabricantes de telas finas.

Encajonado el talle en un caballo pequeño de madera sobre el que parecia estar montado, (porque una alfombra que llegaba hasta el suelo ocultaba con sus pliegues las piernas de Parigault y las del caballo de abeto), el *bufon* se dirigia á todos los que pasaban, y no faltaban pullas y bromas licenciosas inspiradas por el contínuo consumo de alcohol. Los fabricantes de telas finas acogian los dichos del *bufon* con carcajadas y aplausos, y esto le animaba y daba nuevos brios.

La señora Berta y Lydoria acompañadas de Severino, miraban cerca del puente del castillo el animado espectáculo que ofrecia la inmensa multitud, que hacia un momento estaba toda reunida y que entonces empezaba á desparramarse: el *bufon* conoció á la hermana del canónigo y fue á dar saltos á su alrededor para que le diera algunas monedas.

En valde dió saltos y mas saltos con su caballo, en valde saludó repetidas veces con su espada de madera; la señora Berta no le dió ni una dobla. Y no le dió nada porque la señora se habia olvidado de cojer su escarcela antes de salir de casa.

El *bufon*, que como hemos dicho, habia bebido mucho, y tenia la cabeza mas caliente de lo que convenia, se puso á ridiculizar á la hermana del canónigo en términos indecorosos.

Severino le suplicó que fuera mas circunspecto.

—Santa Nitouche, mi patrona! gritó Parigault, dirigiendo al jóven una estocada con su espada de madera. Santa Nitouche! Hijo mio, habeis faltado á mi honor y empañado el brillo de mi escudo. Es necesario que nos veamos en campo cerrado. Tomareis por casco un puchero viejo de vuestro padre el cocinero, y un beso de esa hermosa gitana será el premio del vencedor.

Al oir Lydoria estas burlas, el rubor cubrió sus mejillas y no pudo contener las lágrimas, porque allí habia mucha gente que se alegraba de la burla, en atencion á que la protegida de la señora Berta era, segun decian, un poco presumida y algunas veces trataba con dureza á la gente del pueblo.

Además, los vecinos la mayor parte del tiempo estaban en guerra abierta con los canónigos á causa de sus privilegios, que querian aminorarles, y ellos, al contrario, trataban de aumentar. Ya comprendereis cuanto se divertiria el pueblo bajo viendo escarnecer á la hermana y familiares de un canónigo.

Severino, deseando terminar aquella indigna broma, quiso atravesar por entre la muchedumbre para ir á casa; pero en vez de hacerle sitio, la gente se agolpaba mas, y el *bufon* abrazó con sus abigarrados brazos el talle de Lydoria y estampó en las mejillas de la pobre niña un fuerte beso.

Al ver esta afrenta, Severino tiró una estocada al *bufon*, que cayó con la cara ensangrentada.

Si hubiérais oido los clámores que salieron de todas partes cuando el popular bufon cayó, os hubiérais puesto pálidos de miedo. Todos los que allí estaban, sin calcular que Parigault habia recibido lo que merecia, empezaron á gritar: Ay! Ay! que nos asesinan! y se arrojaron sobre Severino. Los arqueros que guardaban el puente levadizo corrieron á socorrer al jóven y empezó una espantosa pelea.

Pero los vecinos que no tenian armas se encoutraban mal en este combate, porque las dagas de los arqueros cortaban admirablemente, mientras que ellos solo podian dar en cambio puñetazos y palos, que á la verdad los repartian con destreza.

Mientras reinaba este desórden, consiguió Severino que entraran la señora Berta y Lydoria, cosa difícil, porque la anciana se habia desmayado, y Lydoria no estaba mucho mejor.

No tardaron los arqueros en batirse an retirada porque á cada momento venian á asaltarles nuevos agresores. Gracias á su firmeza, salieron del paso á costa solo de algunas contusiones, y consiguieron levantar el puente levadizo sin que quedára ninguno de ellos en poder del populacho.

Las gentes de Cambray, viendo lo menos treinta hombres heridos, se apoderaron de las barreras de la ciudad á pesar del Gran baile y otras, corriendo á Sun-Gery y á la Magdalena, tocaron á rebato y amotinaron al resto del pueblo bajo.

En poco tiempo cuatro mil furiosos se apoderaron del castillo de Selles, que Roberto, Baile del capítulo, no tuvo valor para defenderse, ya prisionaron al gran vicario, pariente del señor Watremetz, que no recelando nada, volvia pacíficamente de la castellanía de Marcoing.

Robos y extorsiones siguieron á esto en algunos barrios de Cambray. De la abadía de San Aubert sacaron á la fuerza aun servidor que se habia refugiado allí y solo es soltaron mediante un fuerterescate. En fin, fueron ronbadas y saqueadas las casas del arcediano de Bruselas y las de varios canónigos.

Todos estaban consternados en el palacio episcopal. El obispo estaba en consejo para saber que hacer en circunstancias tan críticas; nadie proponia una solucion y en cambio todos renegaban del pobre Severino causa inocente de aquella revuelta.

Mientras tanto, los vecinos llevaban fuertes escalas para escalar las murallas y no habia medio de resistir su asalto; porque el haber poca gente de armas en el palacio episcopal y la toma de la fortaleza de Selles por los revoltosos, hacian casi imposible la defensa. Además no haba ivíveres mas que para dos dias y pasado este tiempo habia que entregarse á discrecion á menos que los señores que dependian del obispo no viniesen a atacar al populacho. Desgraciadamente poco se podia contar con la ayuda de estos señoruelos feudales, dispuestos mas bien á hacer causa comun con los revoltosos que á hacerles entrar en razon.

Gracias á Dios, cambió el aspecto de las cosas de repente.

Al *bufon* Parigault le habian conducido á su casa porque le creian medio muerto; pero no estaba mas que atolondrado por el golpe que le habia dado Severino y por la borrachera.

Cuando gracias á los cuidados de su mujer, volvió al conocimiento y supo lo que pasaba, el astuto *bufon* reflexionó con seriedad en las malas consecuencias que podrian resultar para él si dejaba correr las cosas como habian empezado.

—Será preciso, dijo, que los vecinos canten la palinodia, porque sino el verdugo les sacudirá rudamente las espaldas por el modo villano conque van á tratar al obispo. Sus fechurías se subsanarán con escudos de oro, pero yo, la causa de todo esto, yo pagaré con mi pellejo; y podria suceder que campeara en lo mas alto de la gran horca de Coupe-Oreille..... Ah! solo compensarlo se me cierra la garganta!

Parigault cogió con lijereza su caballo de madera, y corrió delante del castillo donde todos quedaron asustados y muy contentos al verle. Remedando entonces á un general,

Universidad de Deusto
Biblioteca

hizo tantas bufonadas, que todos empezaron á reir y se olvidaron de llevar las escalas y de apresurar el asalto.

Hay que añadir que los mas prudentes y ricos de los amotinados, entre los que se encontraban el señor Baudain y el señor Eustaquio Dinault, veian de mal ojo la revuelta, calculaban que su bolsa se enflaqueceria cuando viniera el emperador á vengar al obispo, á lo que no faltaría porque lo habia jurado por la salvacion de su alma, despues de la última revolucion.

Estos aplaudián el *bufon* y trabajaban para decirle en secreto que procurára poner fin á aquel tumulto, cuando la casualidad y la maliciosa destreza de Nicolás vinieron á servirles maravillosamente en su deseo de paz.

Ignorante de lo que habia ocurrido y suponiendo que solo las fiestas de la Trinidad habian reunido en los barrios próximos al castillo episcopal la inmensa muchedumbre que los obstruia, Magalouffe volvia tranquilamente y al paso de su mula. Dos ayudantes venian detrás y llevaban de la brida cuatro caballos cargados de provisiones de boca que el sabio cocinero habia ido él mismo á buscar donde se encontraban las mejores. Por su parte meditaba sobre la importaute cuestion de saber como aderezaria una magnífica trucha asalmonada que llevaba en la grupa, pues no quiero confiar á los cuidados de ninguno aquel pez, el mas hermoso que se ha pescado en el Escalda.

Acababa de tomar la resolucion de servir la trucha con una salsa de almendras, de vino viejo y de agraz, cuando de repente se ve detenido por el *bufon* que le gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:—Buenos dias y buena fortuna! Seais bien venido, hermano embajador del obispo!

Magalouffe rechazó con desden al bufon; pero este, redoblando sus brincos, encontró un medio de hacer creer que Magalouffe le hablaba al oido, cuando, si hemos de decir la verdad, el cocinero lo que hácia era solo quejarse y renegar de todo corazon.

Y, elevando la voz como si proclamase el resultado de esta conferencia, dijo el bufon:

—Oid, vecinos, oid! Monseñor el obispo, con deseo de acabar la buena y chistosa chanza que nosotros hemos empezado, envia un cocinero para tratar con vuestro *bufon;* no sin ricos presentes que veis sobre estos dos caballos.—Monseñor opina que las cosas han sido un poco mas jocosas que lo que debian haber sido; pero en favor de las fiestas de la Santisima Trinidad, no hará caso de lo ocurrido este dia. No sucederá nada: es cuestion arreglada entre nosotros dos.»

Cuando concluyó, se arrojó en los brazos de Magalouffe que desmontado se preparaba á responder, pero el *bufon* le cogió de tal modo y le apretaba tan bien que el cocinero no pudo hacer que le entendieran una palabra.

—Segun esto, cada uno á su casa, continuó Parigault, para que los hombres de armas del señor Esner, tan bien equipados, que van á venir pronto, no crean que vais de veras... Marchen! Os doy mi bendicion.

Y acompañó á estas palabras la mueca de bendecir á los vecinos, subiendo y bajando su baston de loco.

—Tiene razon! tiene razon! viva monseñor Godofredo! gritaron por todas partes.

Y todos se fueron precipitadamente á su casa, con mas deseos de cerrar su puerta con fuertes barras de hierro que de tomar por asalto el castillo episcopal.

Mientras tanto, Magalouffe conseguia, no sin mucho trabajo hacer

que bajasen el puente levadizo y esplicaba al obispo y á los canónigos lo que acababa de pasar. Estos señores estaban aturdidos al ver con qué silencio se habia marchado el populacho, poco antes tan endiablado y ansioso de revuelta y matanza.

Al dia siguiente, una diputacion de vecinos se presentó al obispo á pedirle perdon. Monseñor Godofredo de Fontaine, despues de una amonestacion, les concedió el perdon que solicitaban con las condiciones siguientes:

«Que el procurador de la ciudad, en presencia del magistrado y de cuarenta vecinos restituirian solemnemente todo lo que habian quitado en cada sitio donde se habia causado el daño;

»Que pagaseu dos mil libras tornesas por las cosas destruidas y estraviadas;

»Que fueran fiadores diez vecinos;

»Que cien vecinos en traje de encamisados dariau satisfaccion en la iglesia episcopal;

»Que para impedir al vecindario la reincidencia, se prohibirá con mucha severidad á todos el aparecer con los estandartes de la ciudad sin un mandato espreso del magistrado;

»En fin, que se apearia la campana de la Magdalena que era la que habian tocado para sublevar al pueblo.»

Varios señores habian venido con compañías de hombres de armas por lo que los vecinos tuvieron que aceptar las condiciones por duras que es pareciesen.

III.

Entre las habilidades que á Magalouffe recomendaban entre los cocineros mas afamados, se admiraba la de que antes de sentarse á la mesa los comensales ya estaba preparado con sus ayudantes de cocina, para servirla y nunca le sucedió el retardarse ni en un *ave*.

Si el intendente le hubiera preguntado: «Señor cocinero, estamos?» Magalouffe le hubiera contestado con fiereza y mal humor: «Nunca ha sucedido que se haya tenido que esperar la comida ni la cena desde que tengo la dicha de ser cocinero episcopal. Mientras monseñor tenga á bien conservarme en mi empleo y Dios me conserve vida, no sucederá nunca eso.»

Cuatro dias despues de los sucesos que acabo de contar, monseñor se sentó á la mesa y no pudo reprimir su sorpresa, porque en la mesa no habia mas que el pan cortado.

El intendente corrió asustado á las cocinas episcopales.

Magalouffe, como abrasado por el fuego del cielo, estaba tranquilo é inmóvil mientras que los ayudantes se esforzaban, aturdidos de la languidez de su jefe.

Se les oia preguntarse los unos á los otros en voz baja que tristeza podia abatir á Magalouffe de aquella manera y se respondian que debia ser grande porque el dolor no le habia hecho descuidar los deberes de su oficio, ni aun durante una hora, cuando murió su mujer á la que amaba entrañablemente.

Al oir la voz del intendente, salió sobresaltado de su delirio, dió á todos las órdenes tan pronto y tambien que la cena se encontró pronta incontinenti. Despues volvió á sus tristezas y empezó á llorar amargamente.

—El retardar una cena no es cosa para aflijiros, una vez es pecado de costumbre, le dijo al intendente. Además como suele decir monseñor citando las sagradas Escrituras, el sábio cae siete veces al dia.

—Oh! estoy malo, y tengo mucha razon para estarlo! Por Santa Marta! si hubiera quien pudiese llevar con la honra que yo la llevo, la varilla blanca de cocinero episcopal, yo se

Universidad de Deusto
Biblioteca

la daria, lo juro, y me marcharia á desempeñar el oficio de hermano cocinero en algun convento de carmelitas donde no se come mas que raices cocidas con agua.

El Intendente quiso consolar á Magalouffe; pero el pobre hombre esclamó con voz aun mas lastimera:

—¡Porqué Nuestro Señor, en su misericordia, no se ha dignado guardar en mi alma la voluntad que alimentaba de enseñar á mi hijo la noble ciencia que me vale tanto renombre? Instruido por Magalouffe, le hubieran alabado como á mi entre los mejores de su arte y despues como cocinero episcopal.

«Decidme, en conciencia, si hay en todo Cambray titulo mas hermoso que el de cocinero episcopal, el cual da asiento entre los veinticuatro *francs-fiéves* (1) y concede el poder de hacer derecho y de conocer en los asuntos feudales, civiles, criminales y otros de la jurisdiccion de monseñor el obispo?

«Malditos sean los beneficios del señor Watremetz! Acaba de reconvenirme el señor obispo diciendo que si el chico no se enmienda habrá que retirarle las órdenes religiosas ..... Sí, me ha dicho todo esto, á mí, á mi, Magalouffe, que he llegado hasta los setenta y cuatro años sin haber tenido nunca que bajar la cabeza por reprimenda dirigida á mi ó á los mios.... Oh! si el señor Watremetz no hubiera hecho salir de esta cocina á Severino, si no le hubiera instruido en locas ciencias, yo no hubiera pasado esta vergüenza, el nombre de Magalouffe permaneceria sin mancha!..... No he podido detener mis lágrimas, y monseñor se ha dejado enternecer, y acordándose de mis largos servicios, ha concluido por concederme el perdon de mi hijo y me ha prometido que pasado mañana le dará las primeras órdenes del sacerdocio. Gracias le sean dadas! He recibido un gran golpe, pero Dios querrá que me reponga de él.

El intendente consoló á Magalouffe lo mejor que pudo, le dirigió palabras afectuosas, y en seguida se marchó donde su deber le llamaba.

Magalouffe empezaba á reponerse un poco, cuando Severino, al que habia mandado á buscar, llegó pálido y abatido. Se puso de rodillas, siguiendo la costumbre, y pidió la bendicion á su padre. Despues preguntó modestamente, con los ojos bajos, para que se le llamaba.

Magalouffe se recogió durante algunos instantes. En seguida empezó á enumerar las quejas que de su hijo le habia dado poco antes el obispo.

Su voz, que procuraba fuese reposada y digna, se fue tornando en aguda y chillona, y luego por una súbita peripecia descendió hasta el tono mas grave, como la voz de un predicador que despues de haberse esforzado en la descripcion del infierno, termina su sermon por la palabra paraiso añadiendo á media voz la frase de costumbre: «que pido á Dios nos conceda á todos.»

Este cambio de voz era para anunciarle que monseñor, en su benignidad, concedia el perdon de las grandes faltas de Severino y consentia en conferirle las primeras órdenes sacerdotales dentro de dos dias.

—Yo no puedo ser sacerdote, dijo temblando el jóven.

Al pronunciar estas atrevidas palabras levantó los ojos, y esto le dió valor, porque vió que el semblante de Magalouffe no espresaba cólera.

—Yo no puedo ni quiero ser sacerdote, repitió con mas firmeza.

A cada palabra de Severino, una alegria inesplicable refrigeraba la sangre de Magalouffe. Oh! pensaba, Santa Marta se ha compadecido de las penas de su indiguo servidor y devoto, y ella es sin duda quien despierta en el alma de mi hijo el deseo tres veces noble de ser cocinero como su padre! Ya es un poco viejo, pero no importa! Pondré en ello tanto cuidado, que antes de cuatro años será el segundo cocinero de Cambray.

—Amo á una jóven, continuo Severino, y nos hemos prometido fe y amor en esta vida y en la otra.

—Te casarás te casarás!..... Oh, hijo mio, mi Severino, que no haria yo con la alegria que siento al verte renunciar á esas ciencias locas, para ser cocinero!

—No tengo necesidad de ser cocinero. Podré asegurarme una honrada existencia. Además de los beneficios del señor Watremetz, mi trabajo de rubriquista me permitirá vivir con desahogo cuando tenga por esposa, á la que amo, á Lydoria....

Segun iba hablando Severino, Magalouffe veia desvanecerse las ilusiones que se habia creado. Al oir el nombre de Lydoria lanzé un grito de desesperacion y de colera.

—Lydoria! Lydoria! una bastarda! una jitana!

La hija de una criatuaa reprobada por Dios y por los santos!..... Escucha; si me vuelves á hablar de ese infame proyecto; si repites el nombre de.... ese nombre que me mata, te lanzó mi maldicion!

Ni las lágrimas, ni las súplicas, ni la desesperacion ni las razones del pobre jóven, consiguieron aplacar al anciano. Irritado este con la resistencia que le oponia su hijo, concluyó por despedir á Severino, prohibiéndole para siempre aparecer á sus ojos.

Severino volvió á casa del señor Watremetz, con el corazon oprimido por una mortal tristeza.

En cuanto le vió, comprendió Lydoria las noticias que venia á darla y cayó sin conocimiento.

Y cuando los cuidados de Severino, que casi estaba en el mismo estado que ella, la hicieron volver en sí, empezó á llorar amargamente.

Habia para Severino en esta horrible crisis de desesperacion una dulzura inefable, porque Lydoria, le daba por vez primera los nombres mas dulces y le prodigaba las caricias mas tiernas.

Su linda cabeza reposaba sobre el hombro de Severino, y su mano estrechaba con dulzura la mano de su amigo. De este modo pasaron el resto del dia.

No se separaron hasta bien entrada la noche.

Severino, de vuelta á su cuarto, se dejó caer en la mayor postracion. Tenia que separarse de la habitacion del señor canónigo; no podria ver mas á Lydoria, y vivir sin verla le parecia mas duro que la muerte.

Morir!..... á esta idea, un deseo culpable, horrible vertiginoso, se apoderó del infortunado Severino.

Y en este delirio, en esta desesperacion cogió un cuchillo, se le hundió en el pecho y cayó dando un grito terrible.

Cuando volvió en sí, rodeaban su cama y lloraban, la señora Berta, el señor Watremetz y Lydoria; le habian encontrado sin conocimiento y bañado en su sangre y lo creian

(1) *Francs-fiévés*, en número de veinticuatro, eran el gran preboste de palacio, el jefe de los criados que sirven la mesa, el panetero, el escanciador, el *gran cocinero*, el gran montero, el botillero, el gran maestro de agua, dos escuderos cortantes, cuatro gentil-hombres de cámara, dos maestros de guardaropa, dos sumilleres, el maestro de ceremonias, el limosnero, el inspector y los secretarios

El gran Baile, llamado *Carpintero*, jefe de la alta córte del palacio, estaba encargado, cuando el caso lo exigia, de recibir el juramento de los veinticuatro francs-fiévés, para hacer derecho y conocer en los negocios feudales, civiles, criminales y otros concernientes á la jurisdiccion del señor.

muerto.

El señor Watremetz que conocia el arte de curar y reconocia con detencion la herida, anunció que no creia fuese la herida peligrosa, y que antes de una semana solo tendria el enfermo una gran debilidad ocasionada por la pérdida de sangre.

Tan bien se manejó Lydoria que aquella noche quedó sola á velar á Severino.

A la mañana siguiente, antes de separarse; le puso en el dedo un anillo de plata y le dijo:— Mientras guardes este anillo, Lydoria será tuya y te amará con amor verdadero y eterno.

El enfermo quiso contestar algunas palabras, pero ella se alejó.

Los pronósticos del canónigo, sobre la herida de Severino no tardaron en cumplirse.

Severino habia atribuido su herida á una casualidad que contó lo mejor que pudo y como el canónigo y su hermana, buena gente, sencilla y sin doblez, no sospechaban la ternura de los dos amantes, y aceptaron con candor esta version, Lydoria pasaba la mayor parte del dia en el cuarto de su hermano, que asi llamaba á Severino.

Sin embargo, una vez habia llegado la tarde sin que Severino la hubiera visto, y hacia el jóven las conjeturas mas tristes cuando apareció el señor Watremetz y fué á sentarse al lado del convaleciente.

—Severino, lo sé todo, le dijo con bondad. Tu padre me ha revelado vuestro amor y ahora comprendo qué voluntad y qué mano causaron vuestra herida. Pero si la misericordia de Dios ha permitido que no lleves á eabo semejante crimen, á mi que soy pecador como tu, tampoco me será permitido mostrarme mas severo que él. Escucha, hijo mio, he hecho varias tentativas para calmar á tu padre y no he podido conseguir nada. Por otro lado, monseñor el obispo está incomodado de tu negativa á recibir las órdenes. Además yo no puedo favorecer un amor ilícito, puesto que tu padre lo reprueba. Os es necesario, que te armas de valor, que aceptes por via de espiacion el dolor que te aqueja poniendo toda tu esperanza en la infinita misericordia divina. Aquí tienes treinta escudos de oro; guárdalos con cuidado. Mañana marcharás con mi hermano el gran vicario que por órden de monseñor el obispo vá á la ciudad de Reins cerca del arzobispo; mi hermano te buscará protectores en aquella ciudad, y allí con tu gran habilidad de rubriquista vivirás desahogadamente, hasta que nosotros hayamos conseguido aplacar á tu padre, cosa que no espero conseguir tan pronto. Vete, hijo mio, y acuérdate de los que te han educado, te quieren y ya no te volverán á ver porque son viejos, y Dios no tardará en llamarlos á su lado. Que se cumpla su voluntad! Vamos, querido Severino, á falta de la bendicion de tu padre recibir la de un anciano que te quiere!

Las lágrimas corrieron por las mejillas del venerable canónigo y abrazó á Severino que se habia arrojado en sus brazos.

Al amanecer del dia siguiente, cuando Severino abandonaba con tristeza la casa del canónigo, y al pasar por las ventanas de Lydoria, levantó los ojos buscando una vez mas á la que allí vivia. Un rollito de pergamino deslizado á traves de las rejas de la ventana, cayó á los pies del pobre jóven.

Se levantó con la emocion que es de suponer, y leyo estas palabras, que ya le habian dicho á Severino en su cuarto el dia en que habia querido suicidarse:

«Mientras guardes este anillo, Lydoria será tuya y te amará con amor verdadero y eterno.»

IV.

El discípulo del señor Watremetz

llegó sin obstáculo á Reins, donde muy pronto fué el favorito del arzobispo, gran aficionado á los buenos manuscritos y buenas pinturas de misales.

—Severino, amigo mio, le decia el prelado siempre que le veia, Severino, no quereis entrar en el sacerdocio? Llega el fin del año y sereis mi capellan con un gran beneficio, que os formaré á mi gusto.

Severino, sonriendo con tristeza, daba gracias al arzobispo y le respondia que no podia ofrecer al Señor su corazon porque estaba ocupado por un objeto mortal.

Dos años despues de la marcha de Severino, Lydoria, sentada en el alfeizar de una gran ventana, recordaba los sucesos de su vida y lloraba.

Huérfana de una jitana, recogida por caridad, tal vez obligada cuando murieran sus bienhechores á vivir pobremente con el trabajo de sus manos y además sin espearnza ya de ser de aquel á quien amaba ni aun de verle ni una vez, ni una sola vez!....

¿Qué jóven podia quejarse con mas motivo? Si Magalouffe se dejara enternecer! si se compadeciera de la ausencia de su hijo y del dolor de Lydoria!

Pero no; nadie domará nunca ni su fiereza, ni su desden; porque él es rico y si no desciende de alto linaje, al menos no tiene que ruborizarse por su madre.

Por qué á Lydoria no le ha concedido Dios, grandes tesoros y noble cuna? De seguro, si así fuese, no la cegaria la vanidad. Viviria el resto de sus dias al lado de Severino, al lado de su querido amigo. Mas vale amor que grandeza.

Mientras que la pobre jóven estaba entregada á estos pensamientos, vinieron á advertirle que la señora Berta la llamaba con mucha prisa. Obedeció á esta órden, enjugó precipitadamente sus ojos y bajó al salon donde encontró cerca de la digna señora y del señor Watremetz á un sujeto estraño que llevaba la esclavina de conchas y el bordon del peregriuo. El rostro pálido, los ojos hundidos, la barba gris en desórden y las largas y descarnadas manos del desconocido inspiraron á Lydoria un terror vago que la hizo acercarse al canónigo.

Las fisonomías de la señora Berta y de su hermano espresaban una gran emocion. El estraño lloraba, sollozaba y se golpeaba el pecho diciendo: «Señor, tened piedad de mí!»

Pasado algun tiempo, dirigió á Lydoria sus penetrantes ojos y la miró fijamente:—Es ella! no se puede dudar, es ella! Si aunque esta medalla de plata, encontrada en su cuello, no lo atestiguara, no hay mas que verla: es el retrato de su madre!

Al oir estas palabras del peregrino, un escalofrío recorrió todos los miembros de Lydoria que tuvo que apoyarse porque le flaqueaban las rodillas.

«Desgracia! desgracia! pensó, este peregrino es mi padre, es el marido de la jitana.»

Y parecia que le quitaban los dulces placeres y el bienestar de la casa del canónigo, para hacer lugar á una miserable vida de mendiga.

El peregrino dijo:

—Enseñadme la marca negra que debe tener en la mano derecha.

Despues de haberla visto, se puso de rodillas é inclinando la frente hasta el suelo, dijo:

—Noble condesa de Coucy, yo presto homenaje en vuestras manos y prometo, por los méritos de la Santa Cruz, ser hasta la muerte, vuestro fiel vasallo, como lo requiere mi deber. Yo soy muy culpable, pero concededme el perdon, no por mi;—yo no merezco mas que oprobio—pero si por la honra de nuestra familia. En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, muerto en una cruz

por los pecadores perdonando á sus verdugos, en nombre de los méritos de Nuestra Señora, tened misericordia de mi!

Lo que veia, lo que oia Lydoria le parecia un sueño, muy hermoso por cierto, pero que iba á concluir al menor ruido.

Y mientras permanecia en esta duda, el canónigo le contaba por qué medios providenciales sucedia aquello.

El peregrino arrodillado era el señor de Montroche tio de Lydoria. Cuando murió su hermano, él habia hecho desaparecer á su sobrina que era de poca edad y una jitana se habia encargado, mediante una gran cantidad, de llevarla tan lejos que jamás se oyera hablar de ella. Puso en un ataud y en lugar de Lydoria que él habia hecho creerque habia muerto de repente, un pedazo de madera. Este crimen le puso en posesion de las riquezas del conde de Coucy su hermano, señor de Moutroche.

Pero las gozó poco tiempo sin remordimiento. Perdió el sueño, y sintiéndose cerca de la muerte por una enfermedad de languidez, confesó su crimen. El sacerdote le mandó que fuera á buscar á su sobrina, que la restituyese sus dominios y que implorara de ella misericordia. Despues debia retirarse á un lugar solitario para hacer penitencia hasta el dia de su muerte.

No habia tenido que andar mucho para encontrar á Lydoria, porque habia oido hablar de la huérfana de Cambray, y desde luego sospechó que era su sobrina.

Lydoria levantó á su tio y le perdonó, despues de lo cual se retiró el penitente con el alma libre de un gran peso y prometió volver al dia siguiente á buscar á la condesa para conducirla á sus dominios y hacerla reconocer por sus vasallos como su legítima señora.

Cuando Lydoria quedó sola, se entregó á pensamientos embriagadores.

Condesa!:.... Condesa!... Rica!.... Estensas posesiones!.... Infinidad de criados!..... Hombres de armas que velan sobre el castillo!... Azafatas!... Adornos resplandecientes de pedrería!... El puesto de honor en los pasos de armas!.... Oh! ¿porqué Severino, en lugar de ser hombre de ciencia, no es un caballero diestro en manejar la lanza? Qué dichosa seria yo si pudiera darle el premio del torneo!

Estos pensamientos la tuvieron desvelada toda la noche.

Cuando en Cambray se supo que Lydoria era una señora noble y una de las mas ricas herederas de Vermandois, se apresuraron á felicitarla y adorarla.

Magalouffe siguió el ejemplo de los demás, congratulándose de tener por nuera una condesa de tan alto linaje. Sin embargo, es preciso decir que consideraba tan alta su profesion de cocinero episcopal, que este casamiento le parecia una felicidad; pero no una felicidad desmerecida, y de ningun modo un mal casamiento.

Adornado con su mejor trage, fue á poner en conocimiento de Lydoria que daba su consentimiento para que se casase con ella Severino. «Seria mejor, pensaba, seria mejor esperar que ella hiciera la peticion; pero tanto la he maltratado antes, que no querrá hablarme ahora. Tambien puede ser que por una soberbia mal entendida, resentimiento de mis desdenes de antes le impidan humillarse ahora. Hagamos algo por esos pobres chicos, con los que, no dejo de conocerlo, me mostré escesivamente severo.

Cuando entró Magalouffe, conversaba Lydoria con monseñor el obispo y con el sobrino del prelado señor Eustaqnio de Lenis, petrimetre agraciado y de agradable presencia.

El patrimonio, bastante pequeño,

de este caballero, lindaba con el condado de Concy. Así aquel jóven pensaba que reunir ambos señoríos y adornar su escudo con la corona de conde no era mal negocio. Pensando en esto, no dejó de la mano á su tio hasta que este le presentó á Lydoria.

Nunca habia oido la discípula de la señora Berta los requiebros y los dichos perfumados de los señores de alto linaje. Así la pobrecilla se dejó caer en la red de las lisonjeras palabras del señor Eustaquio, y no tardó mucho en hacer involuntariamente comparaciones entre Eustaquio y Severino, el cual, ah! estaba muy lejos de hablar con tanta elocuencia y tanta gracia!

A Eustaquio no se le escapaba ni uno de los progresos que hacia en la favorable opinion de Lydoria, y el empalagoso hablador concluyó de enredar á la pobre jóven, cuya cabeza era demasiado débil para soportar sin aturdirse el olor fuerte de semejante incienso. A creer lo que él decia, no habia sospechado siquiera el noble orígen de Lydoria: la primera vez que la habia visto se enteró del nombre de la doncella que veia en la ventana del señor Watremetz.

Lydoria, ruborizada y con la sonrisa en los labios, se complacia en semejantes adulaciones, tomándolas por buena moneda, cuando vino á saludarla Magalouffe.

Cuando vió á los nobles señores que rodeaban á su futura nuera, el inventor de la *sopa dorada* se sintió un poco embarazado; pero trató de ocultar su turbacion con una sonrisa de confianza.

—Severino estará muy contento, señora Lydoria, dijo yendo al grano, porque ya no hay obstáculos para vuestros esponsales. Para qué dia le mandaré estar dispuesto? Es tanta la prisa que tengo en comunicarle tan gratas nuevas, que voy á despachar al instante con ellas á un mensajero. Me costará dos escudos de oro, pero los daré por bien empleados.

—Hareis bien, Magalouffe, contestó Lydoria.

Un suspiro siguió á estas palabras.

—Por qué, pensó Lydoria, el padre de Severino será tan ridículo?

—De que habla ese babieca? preguntó el señor Eustaquio acompañando sus palabras con una burlona sonrisa?

—De un amigo de la infancia, contestó Lydoria.

No se atrevió á decir:—De mi amante.

Magalouffe, atribuyendo el frio recibimiento de su futura nuera al rencor que le guardaba, se acercó mas y la preguntó á media voz:

—Quereis que mande á Severino apresurarse, y que hagamos la boda por Natividad ó antes si se quiere?

—La boda! la boda! interrumpió el Sr. Eustaquio que tenia los oidos en acecho. Por los tres armiños de mi escudo, ya adivino! Vais á casar al hijo de este cocinero con alguna de vuestras doncellas?

Lydoria sonrió de modo que parecia decir al caballero que era verdad lo que habia sospechado.

Ay! Se avergonzó del amor de Severino!

Para que Magalouffe no la viera mentir tan descaradamente, le habia vuelto la espalda. El cocinero episcopal, indignado de un recibimiento tan descortés, se marchó meneando la cabeza y poniendo por testigo á Santa Marta de que la condesa de Concy no se casaria con Severino como con este no se habia casado la hija de la jitana.

Encolerizado con este insulto, se puso mas furioso cuando entró en las cocinas episcopales. Mientras él estuvo ausente, sus ayudantes y muchachos estuvieron divertiéndose y los asados estaban de tal modo quemados, que ningun patan hubiera tenido valor para presentarlos en

Universidad de Deusto
Biblioteca

la mesa.

En cuanto Magalouffe los vió, hizo una mueca terrible, quiso hablar, no pudo y cayó sin movimiento.

Cuando acudieron á levantarle, habia entregado su alma á Dios.

V.

Entretanto, los pensamientos de Severino, se trasportaban, lo mismo de dia que de noche, al hermoso país de Cambray.

Hecho rico y favorito del arzobispo de Reims, contaba con que la intervencion de su protector le ayudaria á vencer la obstinada negativa de su padre.

Pero si esto no se pudiera conseguir, él desafiaria su ira y aprovecharia una dispensa arzobispal que le permitiese casarse aun cuando hubiese impedimento paterno.

Mucho le costaba causar semejante dolor á su padre; pero por amor á Lydoria estaba resuelto á hacerlo.

Monseñor el arzobispo de Reins se interesaba tanto en preservar á su favorito Severino de un mal encuentro, que le dió dos hombres de armas para defenderle en el camino contra los ladrones ú otros peligros.

Severino partió y cabalgaba á grandes jornadas á pesar de estar en el rigor del invierno; pero iba á ver á Lydoria y le importaban poco la nieve, la escarcha y las heladas.

Despues de veinte dias de viaje llegó á la ciudad de San-Quintin. Era domingo; su primer cuidado fué ir á la iglesia principal á oir misa.

Allí se celebraban unos esponsales y al ver l osSeverino, latió su corazon apresuradamente; porque pensó que tambien él veria muy pronto á su amada y hermosa Lydoria con el traje de novia.

Jesús!... mi Salvador! esclamó, como se le parece!... Si sus vestidos no fueran de terciopelo y de seda, y no llevará corona de condesa, creeria que era Lydoria.

En su turbacion atravesó la multitud y se adelantó hasta cerca del altar. Las gentes de armas que guardaban el coro, juzgando por su resuelto paso que era uno de los oficiales de su señor (porque estaba vestido con la rica librea de rubriquista del arzobispo de Reims) le dejaron pasar.

Ah! la novia era Lydoria!... Severino no podia dudarlo.

Víctima de la angustia mas punzante que jamás ha sufrido ningun cristiano en la tierra, miraba aquel espectáculo que le parecia un sueño, cuando el sacerdote que celebraba el oficio dejó caer el anillo nupcial.

Séverino se presentó á recojerlo y se anticipó á todos.

Mientras le levantaba se encontró medio de poner en lugar de este anillo, el anillo de plata que el habia recibido antes de Lydoria.

Y cuando el celebrante le colocaba en el dedo de la desposada, Severino recitó con voz clara y burlona las siguientes palabras:

«Mientras guardes este anillo, Lydoria será tuya, y te amará con amor verdadero y eterno.»

Lydoria levantó la cabeza al oir las primeras palabras y llorando á lágrima viva, ocultó la cara con el hombro del señor Eustaquio.

—Bien dicho! hermoso ayudante del arzobispo de Reins, dijo Eustaquio que habia conocido la librea. Que recompensa pides por esas oportunas palabras?

Yo te la concederé, por la salud de mi alma!

Pero Severino se alejaba sin escucharle, y muy pronto nadie pensó en él; porque los vasallos de los dos esposos lanzaban gritos de alegria, y el señor Eustaquio de Leus apretaba con dulzura la mano de Lydoria, que no podia apartar de él sus lánguidas y amorosas miradas.

Todavía se vé en la iglesia de Reims entre los epitafios de los canónigos, una piedra en la que está gravado el nombre de Severino Magalouffe. canónigo, muerto á los veinticinco años de edad, seis meses despues de haber recibido el armiño canonical.

LA BUENA FAMA.

EJEMPLO.

Por FERNAN CABALLERO.

Habia una niña muy hermosa, criada por sus padres con mucho recato y temor de Dios, que muy jovencita tuvo la desgracia de perderlos. Vivia retirada, y no salia mas que á la iglesia por las mañanas temprano, ni iba á parte alguna, sino á casa ds una buena vecina, mujer muy honrada, que le proporcionaba costura con que mantenerse.

Pero las miradas de los hombres corrompidos y disolutos penetran mucho, y dañan cuanto alcanzan, como las de los basiliscos. Así fué que varios de estos inícuos que abundan en todas partes, se propusieron enamorar á la hermosa niña y sacarla de la buena senda; pero todo lo que hicieron al intento fué en vano; su corazon, sus oidos y su casa permanecieron cerrados á toda seduccion, como el Paraiso cuando lo guardaba el Angel.

Exasperado el mas audaz y mas malo de todos, la amenazó con que se vengaria si se mantenia en no darle oidos, y cuando vió que ni por temor á sus amenazas accedia la niña á sus ruegos, púsolas por obra, publicando por todas partes que era una hipócrita, y que él habia sido en secreto, y sin gran resistencia de su parte, su correspondido amante.

Como el mundo está siempre predispuesto á creer todo lo malo que del prógimo se dice, la pobre niña se quedó en poco tiempo completamente difamada.

Veia la inocente que los mismos que antes la querian bien y la saludaban, la miraban ahora con desvio y con sonrisa burlona; que las gentes honradas que antes la hablaban le volvian la espalda, y no podia atinar con la causa de estas mudanzas, hasta que por último su buena vecina se la manifestó, añadiendo que sentia, porque la queria bien, tener que decirle que en adelante no podia permitir la intimidad que con sus hijas tenia, porque aunque no fuera cierto lo que sobre ella decian, era el hecho que habia perdido su buena fama, y que la de sus hijas padeceria si se trataban con ella.

¡Un rayo no hubiera podido herir y anonadar en mayor grado á la pobre niña de lo que lo hicieron estas

Universidad de Deusto
Biblioteca

palabras! Retiróse á su aposento llena de dolor y de verguenza, y cayendo de rodillas, suplicó al Señor la llevase á sí, sacándola de un mundo en el que, como flor marchita por el hálito de una serpiente, no habia ya lugar para ella en el vergel de las gentes honradas. Y como si Dios hubiera accedido á plegaria tan honesta y justamente motivada, desde aquel dia empezó á enfermar aquella flor marchita por el vil guano de la calumnia que roia su corazon.

Vamos ahora á que el mal alma que habia robado á esta inocente su único bien, su buena fama, andaba tan descuidado viajando por esos mundos, y siguiendo su viciosa vida, como aquel que cree que no se ha de morir nunca. Sucedió que la capital, en que á la sazon se encontraba, fué súbitamente invadida por una espantosa epidemia.

Las epidemias, cuyas causas y orígenes no ha podido averiguar el hombre, que tanto sabe y tan comprensivo se cree que quiere esplicar á Dios, y no espone la causa de una dolencia de su cuerpo que á la vista tiene, las epidemias, digo, los terremotos, las tempestades y otras calamidades, son avisos que Dios envia al hombre para que entre en sí retroceda en la senda del mal. Muchos desatienden estos avisos, pero tambien á otros les sirven de gran provecho haciéndoles entrar en sí y echarse en brazos del que solo socorre y salva.

Uno de estos afortunados fué el calumniador, cuya conciencia despertó cuando se vió cerca de la muerte, y le puso patente ante los ojos, como un santo juez, la enormidad do su culpa; lo que le aterró tanto que, estando cercano á la córte de Roma, marchó á ella, se echó á los pies del Sumo Pontífice, y le confesó su pecado. Su Santidad le puso por condicion para absolverle, que remediase del modo que pudiese el daño que habia causado, y le dió por penitencia que entrase á orar en las iglesias que en su viaje de vuelta hallara á su paso.

Así lo efectuó sumiso el penitente.

Llegó á su pueblo en una hermosa noche de luna, y al pasar frontero á su iglesia, estrañó notar la puerta entreabierta y su interior alumbrado. En cumplimiento de la penitencia impuesta, entró á orar; ¡pero cuál no seria su asombro cuando vió en medio de la nave un féretro que alumbraban y custodiaban cuatro blandones, cuya luz grave, clara y serena cuando posa solemne sobre un cadáver, parece el alba del resplandeciente dia sin noche de la eternidad!

—¡Infeliz! pensó al divisar aquel abandonado cadáver, que no tuvo casa en que quedar depositado, y pidio á Dios la suya, que presta Su Divina Majestad á los desamparados. ¡Desdichado, que no tuvo parientes, deudos ni amigos que le velasen, y acudió á que lo hicieran estas luces de la iglesia, que del mismo modo honran y alumbran el cadáver de los poderosos que el de los míseros!

Acercóse al féretro y retrocedió aterrado. En el yacia el cadáver de la flor que su vil calumnia ajó, y que mataron dos roedores gusanos: el dolor y la vergüenza.

Huyó despavorido; pero encontro las puertas de la iglesia cerradas. Cada vez mas asombrado, trató de esconderse; ¿pero dónde que ante los ojos no tuviese aquel féretro colocado en medio del templo, en el centro del foco de luz que esparcian los blandones?

Sus ojos fijos y espantados no podian desviarse de aquel cuadro de terror y de irresistible atraccion.

Entonces vió que la muerta levantó su escuálida cabeza, y que, como si le faltasen las fuerzas, la volvió á dejar caer.

El infeliz, éstraviado por el espanto, huyó á otro lado, pero ninguno estaba tan desviado que no llegase á él la luz de los cirios, ni tan apartado que no alcanzaran sus miradas al centro.

Vió entonces que la muerta se incorporó y se sentó en su ataud; pero tambien esta vez parecieron faltarle las fuerzas, y volvió á caer en la caja. Finalmente, por tercera vez se incorporó, y saliendo del féretro, dirigióse con paso lento hácia él, que postrado de rodillas, las manos cruzadas, los ojos estraviados, empezó á decirle;

—¡Perdona, perdóname piadosa! ¡Sabe que he reconocido mi enorme delito; que me pesa, me pesa, me pesa!..... y que peregrinando venia con el cargo y la firme intencion de restituirte la buena fama que en mal hora te quité.

La muerta, con un gesto, le mandó que le siguiese. Encaminóse, seguida por él, á la pila del agua bendita, y llegado que hubieron á ella, le hizo seña de que la vaciase. Trémulo y desatentado, apresuróse él á cumplir con lo mandado. Cuando la pila estuvo vacía, le dijo la muerta con voz grave y serena:

—Recoge ahora el agua vertida y vuelve á llenar la pila.

Asombrado quedó el penitente de tan estraño mandato.

—¿No vés, esclamó, que no existe ya el agua..... que el suelo la ha absorvido, y que es imposible volver á recoger ni una sola gota?

A lo que la muerta repuso en tono solemne:

—La buena fama en el hombre es como el agua bendita en la pila: si una vez se derrama, no podra el que la derramó recogerla y restituirla.

A la mañana siguiente halló el sacristan, cuando entró en la iglesia, á un hombre accidentado junto á la pila del agua bendita. Vuelto en sí de su accidente, no pudo hablar ni dar noticias acerca de su presencia en aquel lugar, porque su lengua se habia secado.

Entró de lego en un convento, en que hizo una vida ejemplar y penitente, y donde murió en opinion de santo.

EL ECHECO-JAUNÁ DE AXPÉ,

El libro que con el título *Bosquejo de la organizacion social de Vizcaya* acaba de imprimir este Señorio, tiene por base una Memoria de igual título escrita por nuestro compañero D. Antonio de Trueba. De esta Memoria tomamos unas páginas que dicen así:

«Ya que hablamos del propietario rural, y procuramos dar á conocer la sociedad vizcaina, debemos decir que un tipo importantísimo de esta sociedad, sino ha desaparecido, se ha modificado notablemente. Al mismo tiempo que hagamos notar esta modificacion, mostraremos aquí una de las fases mas bellas de la sociedad antigua. Nos referimos á aquellos nobles caballeros que en esta tierra, solariega por escelencia, pasaban la vida á la sombra de un bosquecillo de castaños y nogales, en-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tre cuyo ramaje se descubria el negro techo de una ferrería, el blanco de un molino harinero y el rojo de una torre ó palacio ó casa armera, cuando no la pasaban sirviendo á la república en el consistorio municipal ó señorial, ó al señor rey en los campos de batalla, ó en los oficios del estado que dejaban sin pena para volver á su casa solariega, mas contentos con haber servido á la patria, que con haber adquirido el derecho de vestir el hábito de Santiago.

Nosotros todavía hemos conocido á aquellos caballeros: allá entre los recuerdos de nuestra infancia que terminan donde comenzó la guerra civil de los siete años entre isabelinos y carlistas, los vemos aun conversando bondadosamente con sus criados y jornaleros en la viña que estos cavaban ó en la heredad que layaban, recibiendo y pagando la vena y el carbon á las puertas de la ferrería; llevando cuenta del fierro que salia de su lonja; (1) con la escopeta al hombro en la cumbre de una colina llamando á los perros, cuyo lento y monótono ladrido se oia á lo lejos en las sombrías arboledas; atravesando el pórtico de la iglesia para ir á ocupar un banco cerca del presbiterio, por medio de los labradores que allí esperaban el último toque de misa saboreando sus pipas y hablando de sus yuntas de bueyes, y se levantahan y descubrian respetuosamente la cabeza al acercarse y dirigirles la palabra el bondadoso caballero; presenciando en el nocedal junto á la iglesia un partido de barra, ó bolos, ó pelota, ó la prueba de una pareja de bueyes; conversando con el cura y el cirujano de la aldea; y por último, subiendo á alguna de sus caserías para visitar al inquilino enfermo y enterarse de si necesitaba algo mas que salud.

De estos caballeros quedan ya muy pocos en nuestros campos por que la mayor parte de ellos se han trasladado á las villas y ciudades trocando su fisonomía tipico-local por la general de la clase media ó superior española. Al ver las casas solariegas de estos caballeros, desmoronándose de abandono y tristeza, muchas veces hemos exclamado: «El amor á la tradicion de la familia y el hogar paterno se va enfriando tanto, tanto, que no sabemos que va á ser de la sociedad humana cuando en los huesos de nuestros padres no veamos mas que huesos!»

Pero este arranque de tristeza y desconsuelo no era enteramente fundado por lo que respecta á la sociedad vascongada, porque aun tiene en ella, á Dios gracias, hondas raices y santo y fecundo calor el amor á la tradicion de la tamllia.

En la torre de Axpé, en la merindad de Arratia, vivia en el siglo XVII uno de los caballeros que hemos bosquejado rápidamente. Tenia tres hijos, y un dia en su hogar despidió con sus consejos y su bendicion á los dos menores que se ausentaban para emprender uno de ellos la carrera eclesiástica, y el otro la que ahora llamaríamos carrera diplomática. Pasaron muchos años, y aquel caballero era ya tan anciano, que solo el dia de fiesta abandonaba el patriarcal escaño de junto al hogar para ir á la iglesia cercana apoyado en el hombro de uno de sus nietos.

(1) Tan honrosas se han considerado aquí siempre estas ocupaciones, que ni aun las desdeñaban caballeros enlazados con familias reales. Pero Ruiz de Muncharaz que caso con una infanta de Navarra y moraba con su ilustre consorte en su palacio de Abadiano, administraba por sí propio, como los demás caballeros vascongados, la ferreria contigua al palacio solariego que creia ennoblecido con el negro color de humo de la ferreria.

Un dia habia gran alborozo en torno de la torre de Axpé, y era que tornaban á la casa paterna los dos mancebos, que siendo casi niños la habian abandonado, y su hermano mayor habia salido á recibirlos en la frontera de Vizcaya. Al fin asomaron á lo lejos aquellos á quienes se esperaba, y los nietos del anciano corrieron á dar á esta tan buena nueva. «Aquí los despedí, y aquí los he de recibir, les contestó el anciano; que para entregarse á las alegrías y las tristezas de la famiia, el hogar es el mejor sitio.»

Los recien venidos penetraron en la casa paterna temblando de dulce alegría, y se encaminaron al hogar. Uno de ellos volvia obispo de Palencia, y el otro embajador de S. C. en la corte de Saboya! El anciano se levantó de su escaño, los abrazó, lloró apoyada la venerable frente en su hombró, y luego dijo irguiéndose y descubriéndose la cabeza:—«El padre ha cumplido lo que debia á su corazon, y el cristiano va á cumplir lo que debe á su conciencia.» Y doblando la rodilla, besó el anillo episcopal de su hijo.

No hemos querido omitir aquí este rasgo histórico porque él por sí solo caracteriza la fisonomía moral de la sociedad vizcaina que precedió inmediatamente á la en que vivimos.

SANTA CECILIA.

«Hay, ha dicho un célebre escritor, un arte que reconoce y honra á Santa Cecilia como su patrona especial, siendo para los cristianos la reina de la armonia. El arte musical, poniendo sus inspiraciones bajo la salvaguardia de tan noble y bienaventurada virgen, ha querido proclamar que en todas las artes, el tipo de lo bello proviene de los cielos.»

De músicos, poetas y locos todos tenemos un poco, dice un proverbio vulgar. Todos somos algo músicos, y muy pocos sabemos pórqué Santa Cecilia es la Santa patrona de la armonia. Vulgaricemos este conocimiento dando á conocer la vida de la Santa.

Vivió Cecilia bajo el reinado de Septimio y de Alejandro Severo en la primera mitad del siglo III, contando entre sus ascendientes varias matronas ilustres como Caya Tanaquil, mujer del rey Tarquino el Antiguo, á quien el pueblo de Roma levantó una estátua en el capitolio para que sirviese de ejemplo á las romanas por sus grandes virtudes: Cecilia Metello, hija de Metello el Dalmático, y mujer despues de Emilio Scaurus, sacrificado por Sylla; y Cecilia Metella, hija de Metello el Crético y mujer de Crasso el Triunviro.

Largo seria enumerar todos los cónsules, dictadores, generales y pontífices, que bajo la república romana dieron lustre á los nombres

Universidad de Deusto
Biblioteca

de Cecilio y de Metello, uniendo al brillo de las armas el esplendor y la pompa de las mas altas magistraturas. Muchas veces bajo el gobierno de los emperadores, la antigua é ilustre familia de los Cecilios obtuvo los honores del consulado; y la dominacion de Vitelio y de Trajano, nos muestran las fases consulares en manos de Cneyus Cecilio Simplex, y Cecilio Clásico.

Empero ninguna de estas glorias podrá conservar recuerdos tan indelebles en la admiracion del género humano, como el nombre de Cecilia, vírgen y mártir, honrada por la Iglesia universal con el culto público.

La historia no refiere porque estraña casualidad, ó bajo que influencia, la jóven Cecilia abandonó el culto de sus mayores para abrazar la verdadera fé cristiana, y consagrarse á Dios con el amor de la pureza, en un siglo y en un país en que el desórden y desenfreno lo habian invadido y relajado todo; pero se cree que una abuela suya y la nodriza la iniciaron en los principios de la sublime religion, que cada dia iba tomando mas incremento en Roma, y contaba afiliados y discípulos hasta en el mismo seno de la imperial familia.

Sea por el amor y la ternura con que á Cecilia la miraban sus padres, ó bien por la indiferencia con que la criaban, es lo cierto que no se opusieron á que abrazase el nuevo culto; en el que, practicando los preceptos del evangelio enseñados en las criptas de los mártires, llegó á familiarizarse con el pensamiento del martirio, é hizo juramento á Hios de conservar siempre la pureza de su alma.

Determinaron sus padres y parientes casarla con un jóven llamado Valeriano, ciegamente apasionado de su hermosura, y la jóven Cecilia no opuso ninguna clase de resistencia á semejante determinacion.

Para este acto solemne, se presentó la noble vírgen vestida con una túnica de lana blanca cogida á la cintura por un cordon tambien de lana del mismo color: trage modesto de la antigua gravedad y pureza de las costumbres romanas, y glorioso recuerdo de la familia de los Cecilios, que significaba, segun la opinion de Plinio, las túnicas que tejia con sus manos la real matrona Caya Cecilia. Los cabellos de la desposada estaban divididos en seis trenzas, recogidas en la cabeza en forma de torre, imitando el peinado de las vestales, y ciñendo las sienes una corona de *mejoranas*, como último homenaje rendido á la virginidad.

Segun el uso romano, concluida la ceremonia nupcial, fue conducida Cecilia á la casa de Valeriano, y al entrar en el átrio, gran número de músicos entonaron al son de las flautas los versos llamados *Fecenínos*, cuyas alegres estrofas eran alabanzas á los dioses del himeneo. Interin estos cánticos, hiciéronla sentar sobre un almohadon de lana, presentándole una llave como atributo de la administracion interior que le iba á ser confiada; y ofreciéndosela su esposo Valeriano, en una bandeja de plata, algunas monedas de oro, como guardadora de su honor y su fortuna.

A esta ceremonia siguió un espléndido festin, al que asistieron los parientes y amigos de las dos familias, durante el cual un coro de jóvenes de ambos sexos entonraon cantos armoniosos, que de improviso fueron interrumpidos por la dulce voz de Cecilia, que cantó con una celestial melodía las palabras del rey David adaptable á su situacion: *¡Oh Dios mio! que mi corazon y mis sentidos permanezcan siempre puros, y mi pudor no sufra ningun atentado.* Palabras que la iglesia católica ha conservado para celebrar la memoria de la noble vírgen en el dia de su triunfo y hon-

rar el sublime concierto de Cecilia, inspirado sin duda por el hálito divino, y calificado como prodigio de armonía.

Cuando quedo sola Cecilia con su esposo Valeriano, quiso asociarlo á su religion como lo habia asociado á su destino, dirigiéndole estas sencillas y sentidas palabras: *Amigo mio, tengo un secreto que confiarte: júrame antes que lo guardarás fielmente.* Prometéselo Valeriana, y su esposa le manifiesta que es cristiana y ha jurado morir pura y sin mancha. Hablóle de la santa doctrina del Dios que reina en los cielos, y lo que espera al buen cristiano despues de la muerte; y tal fué la inspiracion divina que de sus palabras brotaba, — fuerza mágica que sobrepuja á toda la elocuencia humana, porque nace de la conviccion religiosa, — que conmovido Valeriano al escucharlas, y poseido de un sentimiento que no podia definir, consintió en abrazar una religion que tanta fe infundia á los que la profesaban, poniéndose bajo los preceptos del anciano venerable por Cecilia designado, que era el Papa Urbano, refugiado por las persecuciones del poder civil en las criptas de la via Appia.

Las solemnes é instructivas palabras del pontífice, acabaron la obra comenzada por Cecilia; é impuesto Valeriano en las verdades de la fé católica, recibió el agua santa del bautismo.

Tiburcio, hermano de Valeriano, sabedor del nuevo culto que acababa de abrazar éste por los consejeros de su esposa Cecilia, y convencido de la verdadera creencia, fué convertido tambien y bautizado.

La guerra contra los persas precisó á salir de Roma á Alejandro Severo en la primavera del año 230, dejando como gobernador de la ciudad á Turcio Almachius, enemigo cruel y perseguidor incansable de los cristianos, el que sabiendo la religion de Valeriano y de Tiburcio mandó cortarles la cabeza. En momento tan supremo, Cecilia se presenta al lado de los dos mártires, los exhorta, los sostiene con sus santas palabras recordándoles el premio eterno, y que pronto les seguiria á gozar de la mansion de los justos, y mueren como héroes, evocando el nombre sacrosanto de nuestro Dios.

Estas circunstancias dieron á conocer las creencias de la noble jóven, y fué llevada á la presencia de Almachius, entablándose entre éste y aquella el siguiente diálogo:

—¿Cómo te llamas?

—Cecilia; pero tengo otro nombre con el que mas me envanezca, que es el de cristiana.

—¿Tu maldicion?

—Romana, y de raza noble ó ilustre.

—La nobleza de tu familia es bien conocida: sobre tu religion es sobre lo que quiero interrogarte.

—Entonces preguntaste mal.

—¿De dónde proviene esa arrogancia con que hablas de tu superior?

—De una concienaia pura, y de una fé ciega en la religion cristiana.

—Basta: puedo perdonarte las injurias contra mi, mas nunca los ultrajes á nuestros dioses.

Terminado este pequeño interrogatorio, y no atreviéndose á condenar con pública muerte á una noble matrona romana, ordenó la condujesen á su casa, para hacerla morir en secreto, y la encerrasen en la sala de los baños calientes, en donde una parte del dia y toda la noche, respiró una atmósfera abrasadora que resistió con valor, escapando de la muerte milagrosamente. Dásele parte á Almachius de tan prodigioso caso, y manda á un lictor que le corte la cabeza. Trémulo y confuso éste al ver la belleza y resignacion de la noble jóven, hirió á su víctima con mano incierta, dejándola tendida en tierra y bañada en su sangre pero con vida.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Sabedores de tal suceso los cristianos, corrieron en tropel á casa de Cecilia, y en medio de ellos, y entre cánticos y alabanzas al Dios verdadero y único, dejó de existir tan sublime mártir en brazos del papa Urbano, al que, antes de espirar, le recomendó los pobres de quien habia sido madre cariñosa.

El pontifice Urbano, con los ministros y diáconos, presenció los funerales, é hizo depositar tan preciosos restos en el cementerio de la via Appiaentre los serenisimos pontifices y mártires.

A fines del siglo V y en los siguientes, estaba ya establecido el culto á santa Cecilia en Roma, en donde habia una iglesia bajo la advocacion de dicha santa; pero en ella no reposaban sus restos mortales, como algunos suponen, hasta que fueron trasladados por el papa Pascual I, que los encontró el año de 821 en el cementerio de S. Sixto, llamado *Pretextato*.

La iglesia de santa Cecilia que hoy existe en Roma, fué construida sobre el lugar que ocupó la morada de la noble mártir: la restauró y engrandeció al papa Pascual I, á principios del IX: en la época del renacimiento se embelleció: en 1740 hicieronse varias obras, y quedó terminada como hoy se encuentra, el año 1823.

Desde principios del siglo VI fué celebradísimo el culto á santa Cecilia en todas las iglesias de Occidente del mismo modo que lo hicieron y hacen las iglesias griegas y latina. Hoy en todas las capitales del mundo católico se celebra el dia de dicha santa con gran solemnidad el 22 de noviembre, y los profesores de música, con orgullo y entusiasmo, aclaman por su patrona á la noble virgen y mártir santa Cecilia.

LA MACHINADA.

RELACION hasta aqui inédita de las turbulencias ocurridas en el Señorío de Vizcaya en tiempo de Felipe V, con motivo del establecimiento de las Aduanas y de los excesos cometidos por los guardas.

El autor de la siguiente descripcion de la MACHINADA, cuyo nombre ignoramos, pero que se sabe ser un fraile, apenas se detuvo á averiguar y enumerar lo que produjo la terrible conmocion popular de 1718 y es conveniente que suplamos aunque sea sumariamente su omision.

Hoy los agentes del fisco ejercen por regla general su oficio causando las menos estorsiones posibles, pero nosucedia asi antiguamente. El autor de estos renglones recuerda haber visto, siendo niño, en las puertas de Castro-Urdiales á los guardas o carabineros abofetear á los aldeanos sin mas motivo que el de quejarse estos moderadamente de que registraban con poco decoro á las mujeres.

Trasladadas las aduanas de los límites del Señorio á la orilla del mar ó como entonces se decia, á la lengua del agua, la irritacion fué general en Vizcaya porque aquella traslacion era un enorme contrafuero. Como si ya esto no fuera bastante para irritar al pueblo, los guardas ó aduaneros registraban del modo mas indecoroso á las honestas aldeanas que venian al mercado de la villa, provocando con este proceder diariamente escenas tan lamentables como lo que vamos á referir.

Un aldeano de Zamudio venia á Bilbao con una hija suya, y un guarda que les salió al encuentro en el alto de Santo Domingo, se empeñó en registrar á la muchacha. Opúsose á ello el aldeano y como viese que el guarda osaba poner la mano en el pecho de su hija, dióle indignado un golpe con la *maquilla* ó palo. Entonces el guarda sacó una pistola y le dejó muerto de un tiro. Los hijos del aldeano que eran mozos resueltos juraron vengar á su padre y fueron los que mas trabajaron para amotinar y exaltar á las gentes de Zamudio y las repúblicas comarcanas.

Por otra parte habia grandes rivalidades en Bilbao entre la gente mayorazga y la mercadera, particularmente entre las señoras, y la prima acusaba á la segunda, por supuesto sin fundamento, de que contrabandeando habia provocado la traslacion de las aduanas á la lengua del agua, ó lo que era lo mismo la perdicion de la libertad de Vizcaya.

Persuadido el pueblo, crédulo y ciego, de que de Bilbao venia el mal que todos lamentaban, se lanzó sobre Bilbao ébrio de indignacion y

Universidad de Deusto
Biblioteca

cometió los crímenes, cuyo sumario relato vamos á leer.

Creemos que esta relacion histórica no está fuera de las condiciones ni el título de nuestro *Leyendario*, pues al dar á este el nombre que lleva, quisimos espresar un libro que contiene la relacion de sucesos mas ó menos fabulosos, sino un libro de lectura amena y variada.

Veamos, dicho esto, la triste y dramática narracion del religioso anónimo.

—

« Habiendo celebrado el dia 4 de »Setiembre de 1718 la república de »Begoña *cruz-parada* á toque de »campana sobre el punto de Aduanas, que plantificadas conforme á »la órden de S. M. despues de muchos debates y alteraciones que »tuvieron entre sí sobre el modo con »que se habia de extinguir esta nueva planta contraria á sus fueros, »resoivieron y formaron decreto que »en ninguna manera se permitiesen »aprestados para vivir segun sus »antiguas franquezas, á tumultar el »País, y principalmente obligar á »esta villa de Bilbao á hacer lo mismo. En esta conformidad, bajaron »á la posada del corregidor para que »le firmase su decreto, y habiéndose »rehusado á hacerlo con buenas palabras, con el fin de sosegarles; se »fueron inmediatamente á casa del »Diputado general del Señorío Don »Enrique de Arana, el cual avisado »de uno de los paisanos que se »adelantó á los demás, y le dijo »venian á matarles. A toda prisa, con »la mayor turbacion, dió modo como librar á seis niños de tierna »edad, hijos suyos, y él mismo pudo »escapar de tejado en tejado por las »casas de la vecindad, en que no le »querian admitir porque temian que »de cualquiera habrian de buscarle, »y que peligrarian sus dueños. Entraron en su casa á viva fuerza; saquearon, robaron y quemaron alhajas y papeles, en fin, cuanto encontraron.

»De allí pasaron á la casa del marqués de Vargas, y habiendo salido »un hijo de este caballero con una »criada á sosegarles, le hirieron malamente y persiguieron hasta la parroquia de San Anton, en donde le »recibieron algunos sacerdotes bastantemente maltratado. El Marqués, »su hija, su yerno y un canónigo de »Sevilla que casualmente se hallaba »aquí se refugiaron en la vecindad, »y salvaron sus personas. Subieron »á la casa los amotinados, y destrozando cuanto encontraron echaron »por ventanas y balcones alhajas, »papeles, sillas, escritorios, etc. que »quemaron en la calle pública.

«Con el mismo furor corrieron á »la casa de Don Nicolás Echevarría, »Caballero de la órden de Santiago, »quien peligró mucho, porque descuidado de tan improviso asalto »estaba echado sobre el balcon cuando le atropellaron, rompiendo las »puertas de la escelera de su casa; »pero en fin, aunque con mucho trabajo, libró su persona y la de su »mujer á beneficio de una criada que »les ocultó, é hicieron aquí el mismo incendio, quemándole todo el »menaje que era mucho y precioso. »Lo mismo hicieron en las casas de »D. Domingo de Gondra, D. Lorenzo de Sierralta, D. Antonio Ventura de la Riva, D. Manuel Bolivar y »D. Diego Allende. El corregidor y »el alcalde que se habian retirado al »Colegio de la compañía de Jesus, »enviaron los ministros á recojer »alguna gente para oponerse á los »ejecutores de tantas ruinas y destrozos; pero parecieron muy pocos »porque cada uno pensando que su »casa era la amenazada trataba de »ponerse en salvo, ó de cerrarse en »ella: con que por este medio fué imposible atajarlo; porque la justicia »se halló temerosa, sela, desamparada y sin fuerzas. Hizo el corregidor la demostracion de salir, »atravesando toda una calle de las »mas principales de Bilbao, pidiendo favor y ayuda al Rey y á la Justicia; pero sé le incorporaron tan »pocos que se hubo de volver al Colegio imposibilitado de remediarlo.

«Al tiempo que saqueaban la casa »y cuartos de D. Lorenzo Sierralta »salió del suyo D. Domingo de Zaldua o temeroso de aquella repentina invasion ó con ánimo de retirarse por no mirar tan lástimoso »incendio; y viéndole algunos paisanos le persiguieron como á culpado hasta encerrarse en una casa »cercana tras quien entraron en ella »y dándole muchos golpes le maltrataron de tal modo que una persona compasiva vino á toda prisa »al colegio de la compañía llamado »el P. Bartolomé de Jáuregui para »que le confesase; acudió dicho P. y »viendo la crueldad de estos hombres, les pidió diferentes veces de »rodillas que le dejasen siquiera confesarse, lo que con dificultad pudo »conseguirse de ellos; pero sin apartarse de su lado, y siempre con el »tema de que despues de confesado habia de morir.» Ofrecióles que dicho Zaldua podria descubrir á todos aquellos que ellos llamaban traidores á la pátria, y escribiendo en un papel á los que quisieron le obligaron á que les firmase, y en él cayó al tiempo de firmar mas sangre que tinta; y obligaron tambien al P. Jáuregui, y á otro sacerdote que se hallaba allí casualmente, á que le firmasen tambien y quedasen por fiadores de todo, con lo cual le dejaron y á su arbitrio dispusieron entregarle al P. Jáuregui para que como arrestado estuviese en su poder en el Colegio de la compañía, y sacarle siempre que se les antojase, y sino, ejecutar en el jesuita y sacerdote lo que pensaban de Don Domingo Zaldua, que por todas las circuntancias y serias se colegia que era matarle.

Sobre cuatro y cinco de la tarde anduvo una persona por muchas calles de la Villa gritando que todos estuviesen en casa, lo que se ejecutó, ó por temor de mayor alboroto, ó por miedo de que no se juntase mas gente hácia las partes donde andaba el tumulto. A esta hora con poca diferencia se dispuso salir con el Santísimo Sacramento, para ver si por este medio se podia conseguir que cesasen los incendios. Salió el Padre Rector de la Compañía con su comunidad, algunos sacerdotes y pocos seglares. Llegó el divino Sacramento al tiempo que habian empezado á subir á la casa de D. Diego de Allende, y allí con las lágrimas de los PP. fervorosas exhortaciones y frecuentes actos de contricion, en presencia de mucho pueblo, especialmente mujeres; muchas y muchos lloraban y se daban de bofetadas al mostrarles el Santísimo Sacramento que frecuentemente levantaba el Padre Rector, con lo cual se pudo contener la furia por espacio de media hora, y cuando se empezó que habia llegado el fin de las desdichas, llegaron otras dos tropas de gentes de las cuales la primera tambien se contuvo á la vista del Rey de los Cielos y Tierra; pero la segunda como leones desatados y furiosos se arrojaron á las puertas y ventanas amenazando á los Padres y á cuantos se les ponian delante, y aun al Padre Rector que tenia el Sacramento le atropellaron con implacable furor y con tal desenfreno, que sin duda hubiera sucedido un sacrilegio y espantoso desacato á no haberse retirado dicho Padre Rector y su comunidad con el desconsuelo que se deja conocer.

Acudieron tambien los PP. Agustinos y les sucedió lo mismo. Por último vinieron los PP. de S. Francisco que con ruegos y exhortaciones consiguieron de ellos queno quemasen las lonjas de D. Diego de Allende, engañándoles con la piadosa astucia que se reservaban pa-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ra misas y limosnas; pero destrozaron lo mas de la casa, y quemaron lo que quisieron. Despues los fueron sacando de la Villa poco á poco y con buenas palabras ya tarde, y mas cediendo ellos á su cansancio, que á los ruegos y lágrimas de los Santos Religiosos.

Esta misma tarde llevaron preso á Begoña, conducido por las calles á golpes y empujones á un clérigo llamado D. Francisco Zárraga que residia en casa del Diputado Arana, y atándole á un árbol le hicieron atrocidades y graves injurias de mil maneras para que les declarase quien habia tenido la culpa de las Aduanas, que era el tema que ellos tenian. Unos le querian quemar; otros matarle á golpes; otros mas piadosos en medio de tanta ceguera decian que este clérigo sabia mucho porque habian oido que era docto, y que sin duda sabria quienes eran los enemigos de la Pátria; y, en fin, le hicieron decir lo que ni él sabia, ni podia saber, oprimido por tan violentas extorsiones, y aun en medio de eso le quisieron matar; porque nada les contaba. Por último uno de ellos bajó á Bilbao, y buscando á D. Alonso Hurtado de Amézaga le rogó que subiese á Begoña, porque no matasen á aquel sacerdote. Sacrificóse D. Alonso con bastante peligro á este acto de caridad, y con ruegos y promesas y mejor con la discreta maña de este caballero, le sacó de entre ellos, harto maltratado, injuriado y quebrantado á golpes, y con esto terminó la furia del primer dia. Aquella noche consternada toda la Villa, se pasó con gran susto é inquietud, con la tristísima memoria de lo sucedido, y fatales consecuencias que se temian al dia siguiente. El Alcalde 1.° que era D. Juan José Larrigoiti anduvo á lo que dicen con sus ministros por las casas avisando á sus vecinos que se previniesen de armas para el dia siguiente, pero fué vana esta diligencia, sin saberse ahora la verdadera causa que la frustró.

DIA 5.

Vino la luz del dia 5, y con ella volvió á continuar el tumulto; porque las repúblicas de Begoña, Abando, Deusto, Gáldacano, Arrigorriaga, San Miguel de Basauri, Lezama, Echévarri, Erandio, Sondica y otras de la parte marítima volvieron á Bilbao á proseguir las hostilidades con mayor insolencia, sin que fuese posible atajarlo por ningun camino; siendo así que se tomaron diversos medios pero todos fueron ineficaces. Metieron por medio eclesiásticos, religiosos y muchos caballeros; tambien salió el Corregidor á sosegarles, y habiendo asentido á todos cuantos decretos se les antojaba cediendo á la violencia, no se contentaban con eso y tuvieron la osadia de publicar bandos con cajas y á voz de pregonero pidiendo por la muerte de muchas personas particulares, especialmente de las que el dia antes habian puesto en el papel que hicieron firmar á D. Domingo Zaldúa, y de quien quedó fiador el Sr. Jáuregui.

Dividiéronse por toda la villa los aldeanos, unos á unas partes y otros á otras; en frente del atrio de la compañia se quedaron muchos; otros desfilaron hácia el Arenal con el corregidor de este Señorio que se llamaba D. Cárlos de Zaracoiz y Ayala, para que así á ellos como á otras repúblicas que venian de aquella parte les firmasen los decretos que derogaban las aduanas y otros papeles que formó su duro y tenaz capricho. El corregidor trabajaba y andaba por sosegarles sin poder traerlos juntos jamás á términos de ajuste, en medio de que les firmaba cuanto ellos querian, y en fin, nada se hizo, porque cuando tenian leon una cosa salian con otra diferente, y todo era confusion; por lo cual,

desesperado el corregidor de aquietarlos, se salió de entre ellos por temor y porque no le perdiesen el respeto. Pidieron que saliese el diputado D. Enrique de Arana á firmar sus decretos, y en medio de que ya lo habia hecho en el colegio de la Compañia en donde estaba retirado, no se contentaron con eso porque decian que aquellas firmas no eran suyas y que le habian de ver firmar; prometieron no hacerle daño, con lo cual vinieron á sacarle de dicho colegio debajo de este seguro algunos de los principales, pareciéndoles que por este medio se conseguiria el sosiego tan deseado; no faltó quien al llegar á la porteria del colegio les representase lo arriesgado de la salida del diputado porque era fiarle á un pueblo amotinado y furioso que dificultosamente cede; pero ellos siempre constantes en que no se atreverian á llegar á él, sacaron á D. Enrique que quiso sacrificarse, como él mismo lo dijo al salir, al público sosiego. Luego que salió le tomó la espalda una numerosa tropa de aldeanos; y los que habian venido por él no pudiendo seguir por el tropel de tanta gente le dejaron solo. El corregidor se retiraba á este tiempo del Arenal, y encontrándose con el diputado en frente del Hospicio de los Carmelitas descalzos le dijo: «Sr. D. Enrique, no vaya V. que le han de matar.»—¿A mí, por qué?—respondió el buen caballero, y el corregidor replicó:—«Señor, no hay razon que valga con esta gente.»—Luego abrió el mismo provincial de los carmelitas la puerta que tenia cerrada, y el corregidor se metió dentro y queriendo hacer lo mismo D. Enrique, no pudo, embarazado del numeroso gentio que le rodeaba y le fué preciso seguir la calle con estos malos anuncios, hasta desembocar en el Arenal que es un sitio bastantemente espacioso, muy ameno, á vista de la ria. Cuando llegó D. Enrique al Arenal estaban ultrajando á D. José de Castaño su tio, caballero del hábito de Santiago, á quien unos y otros maltrataron injuriosamente, y lo mismo hacian con D. Juan Antonio de Jaureguibeitia, síndico general del Señorio; pero con la venida del diputado pudieron escaparse ayudados de algunos que les defendian, pues toda la turba cargó sobre el diputado, cercándole por todas partes, teniendo solamente de su parte al abogado D. Cárlos de Aguirre y Zalduendo, quien le acompañó por amistad. Aquí fué la mayor nunca vista ni oida confusion, porque cuando el buen caballero firmaba y firmaria cuantos decretos á ellos se les antojaba, era tal el alboroto que ni ellos mismos sabian lo que se habia de firmar, porque unos uno, otros otro, sin entenderse á si mismos, voceaban con suma destemplanza. Ni el diputado sabia de sí otra cosa, que mirarse dentro del sumo peligro sin amparo ni defensa.

En este infeliz estado se veia, cuando por encima de las cabezas de muchos le sacudieron con un palo en la suya y le hirieron con los chuzos en el rostro: algunos le defendian, pero tan flojamente, que mas parecia miraban á no matarle tan apriesa para saber de su boca lo que intentaba averiguar su malicia. Dijeronle que habia sido el principal influyente al establecimiento de aduanas, y que esto lo habia de firmar de su nombre. Muchos que no sabian lo que era aduana, decian les queria hacer pecheros, otros que habia dicho no habria de parar hasta que comiesen yerba: tales fueron las intimaciones diabólicas con que influyeron con ellos muchos malvados para obligar á los aldeanos á las horrendas atrocidades que cometieron; pero todo muy ageno de la prudencia, buen modo y virtud angelical de D. Enrique que ni aun habia tenido tiempo para ta-

Universidad de Deusto
Biblioteca

les invenciones en solo un mes y cuatro dias que habia que era diputado, y contra su voluntad, como se esplicó sériamente y todos cuantos tienen juicio dicen á una voz y han dicho despues de su muerte: finalmente levantaron la especie infernal que la noche del 4 habia despachado volante á la Córte pidiendo 10,000 hombres para sujetarlos, y luego todos como fieras rabiosas le atropellaron furiosamente ejecutando en él horrores y destrozos. El abogado D. Cárlos de Aguirre y Zalduendo que vió esta inaudita crueldad, le cogió por un brazo á ver si podia sacarle de la multitud con el fin de ponerle dos pistolas en las manos de cuatro que llevaba y los dos probar por ventura á escaparse; pero no pudo conseguirlo, y ellos irritados de esta sola accion, empezaron á sacudir golpes y palos á D. Cárlos y trató de defenderse así huyendo con dos pistolas para abrirse camino entre la chusma, y habiendo bastante distancia hasta el convento de San Agustin pudo seguido de ellos romper por innumerable gente y llegar bien cerca de dicho convento sin que nadie se le atreviese sino solo uno, que dejándole pasar le apuntó con una escopeta por la espalda; pero volvió el rostro D. Cárlos al fuego de una pistola que no prendió, y el otro disparó su escopeta con que acertándole en el muslo se embarazó el movimiento, y pudieron todos los que le seguian alcanzarle y le dieron tantas cuchilladas y palos que los mas de ellos le dejaron por muerto muy cerca de San Agustin, y algunos religiosos le metieron dentro de su iglesia y encerrarónle en la capilla de San Patricio, pero vinieron otros en busca, y mal satisfechos de que hubiese muerto entraron á la capilla y arrastraron al herido y á un religioso que por amor de Dios les pedia que le dejasen, hasta el umbral de la puerta para arrojarle á la ria.

A este tiempo habia acudido ya el P. Rector de la Compañia llamado para confesar, y con sus benditas palabras y especialmente á ruego de los PP. Agustinos que entendian bien su lengua, puestos de rodillas ante los malhechores, le volvieron otra vez á la capilla, de donde se esparció la voz que habia muerto ya, y para disimularlo mejor abrieron la sepultura y cantaron sobre ella los religiosos un responso, y con esta industria, muy mal herido, le transportaron dentro del convento salvándole la vida, y aun con todo esto volvieron á entrar en la iglesia y clavaban las espadas y chuzos por la sepultura, ó rabiosos, ó mal satisfechos de su muerte.

Mientras esto pasaba estaban encarnizados con el diputado D. Enrique en quien se dice ejecutaron cuantos géneros de sevicia les dictó la crueldad, haciéndose increible entre cristianos las cosas que se refieren; en fin, le mataron y por todas las circunstancias arriba espresadas se colige evidentemente que le entregaron al sacrificio como á inocente cordero. ¡Justos juicios de Dios! Creo que estaba sazonado y que fué lo que le convino: el dia de su muerte se confesó antes de salir y el dia antes lo habia hecho tambien y comulgado. Fué caballero que siempre vivió cristianamente; pero en especial era el ejemplo desde la cuaresma en que hizo ejercicios con mucho fruto, y confesaba y comulgaba cada semana dos veces estando largos ratos de rodillas en la iglesia con grande abstraccion de cuanto podia servir de algo á la voluntad en un lugar delicioso como este.

Este dia pareció el del juicio porque furiosos corrian los amotinados toda la villa, destrozando y tomando lo que les daba gusto trayéndoles de una parte á otra cualquiera muchacho, cualquiera mugercilla que gritase «aquel tiene la culpa» «el otro fué la causa» y ellos tan ciegos que se dejaban gobernar de tan leves y viles instrumentos. Entraron en casa de D. Fernando de Barnechea y abrasaron lo que habia en ella, hicieron lo mismo en casa de D. Juan Antonio Jaureguibeitia, síndico general del Señorio y de esta casa llevaron mucha plata que dicen se ha restituido. Lo mismo ejecutaron en casa de D. Juan José de Josué, Martin de Ugarte y Antonio de Alzaga, y á este último persiguieron mucho para matarle; pero libró su persona. Entraron en la casa de un tal D. Juan Cárlos, de nacion frances, quien huyó disfrazado en traje de eclesiástico.

Todo era gritería, ruinas y destrozos, y cada instante de los de este fatal dia se aumentaban las voces de que se iban á quemar esta casa, á matar al otro, y todos se refugiaban consternados; muchos no hallaban donde, porque las comunidades religiosas estaban llenas de gente y mal seguras, puesto que las mujercillas que atizaban el fuego en todas partes unas aclamaban al colegio de la Compañia donde están los picaros: otras decian á S. Agustin; otras á la Encarnacion, la Cruz y S. Francisco. Todo ardia en fuego y confusion.

El Corregidor abandonado se volvió al Colegio; el amenazado y temeroso no parecia; los religiosos y eclesiásticos predicando por las calles no sacaban fruto alguno, antes todo parece contribuia á enfurecerles mas: Unos en San Agustin querian dar fuego al convento y de hecho le pusieron por cuatro veces y una de ellas empezando por el retablo pero se pudo embarazar: otros corrieron furiosos y apresuradamente á la Encarnacion pidiendo á los traidores quo estaban refugiados en el Hospicio de los PP. Dominicos que está pegado al convento de las religiosas. Allí procuraron estos santos religiosos templarles; pero sirvieron poco porque les entraron en la casa á viva fuerza y algunos que estaban dentro huyeron saltando ventanas, otros peligraron mucho y mataron cruelmente á D. Miguel Orobio, caballero de Agreda, que habia tres ó cuatro meses que vino á Bilbao á casarse con una hija del Marqués de Vargas, con tan horrible impiedad que querian se confesase á voces, y con tanta inhumanidad que puesto de rodillas implorando misericordia ya mal herido le segaron la cabeza á golpe de un rústico instrumento.

El otro que murió fué el Secretario de la ronda de los guardas Don Juan Angel Garcia de Antezana con quien hicieron escesos de crueldad porque dicen le llenaron la boca de tabaco y con una gran cantidad que habian sacado, teniéndolo por denunciado, le dieron fuego y se chamuscó bastantemente el cadáver.

Saquearon todo el hospicio de dichos religiosos sin dejarles ni los breviarios; entraron por tres veces en el convento de las religiosas sin dejar oficina que no registrasen, no bastando las lágrimas y clamores de estas señoras á conseguir de ellos remision en su implacable furia. Pusieron fuego á las casas cercanas á este convento que servia de parada á los guardas y se abrasaron enteramente. El convento de las religiosas estuvo tan amenazado de incendio que ya las religiosas estuvieron puestas con sus mantos y velos en la porteria de órden del P. Prior para sacar el Santísimo Sacramento de la iglesia y venirse en procesion á la parroquia de Santiego; pero Dios quiso por su misericordia librarnos de esta última ruina. Este dia se armaron algunos vecinos de la villa, y embarazaron no pocos desordenes y estragos que infaliblemente hubieran sucedido. El ayuntamiento de la mismo nombró una comision de dos individuos para seguir con el ramo del armamento y dió disposicion

Universidad de Deusto
Biblioteca

al vecindario se surtiese de pan, con el trigo de la alhóndiga.

Por la noche incendiaron muchas caserías de la campaña y entre ellas el palacio del Patron de Begoña que servia de adorno y lustre á la vista de este insigne santuario; y toda ella se pasó en Bilbao en un continuo susto porque muchos de los aldeanos se quedaron en la villa y la tuvieron consternada toda la noche. A los Padres Agustinos les molestaron hasta las dos de la mañana, aunque no padecieron especial injuria que pueda notarse como las referidas.—En nuestras casas cometieron diferentes hostilidades, y entre sustos y rumores llegó la luz del dia.

Dia 6.

Hubiera sido muy fatal para Bilbao este dia, porque el intento era saquearle todo y ponerle fuego por cuatro partes y por el centro, lo que hubieran conseguido indudablemente si estos naturales no hubiesen tomado las armas para defender sus casas, vidas y haciendas, porque poco despues de amanecido ya se dejaban ver por los cercanos montes innumerables, multitud de tropas de ellos en mucho mayor número y con mas armas que los dias antecedentes á ejecutar su designio, pero tuvieron respeto ó miedo á las armas con que se les esperaba con la firme resolucion de jugarlas contra ellos si hubieran proseguido en sus intentos y volvieron las espaldas y aunque una y otra república entró en la villa, viendo como se les esperaba, pasó de largo sin cometer la menor insolencia menos alguno que otro que se quedó y puso fuego á tal ó cual casa que se atajó presto: á otros cogieron en algunos hurtos, y todos se pusieron en la cárcel por órden del corregidor; y se les hubiera ajusticiado si la sazon del tiempo lo hubiese permitido. De aquí provino que por el ayuntamiento de esta villa se hubiesen tomado disposiciones para asegurar la casa-galera que servia de cárcel, y en la cual se encerraron muchas personas en calidad de presas.

Todo este dia 6 pasó sin novedad, y los demás hasta el mes de Octubre en que todavia prosiguieron puestos sobre las armas los vecinos de Bilbao, habiendo tomado las providencias de cerrar con tablas las avenidas de la villa poniendo puertas para que á menos costa y con mas seguridad se pudiese guardar, de que los aldeanos mal satisfechos tuvieron de ello mucho recelo prosiguiendo en el tema de que en Bilbao estaba la traicion, como si en solo un año no perdiese mas esta villa con las aduanas que ellos en ciento. Así fué que detenian las balijas para reconocer las cartas y representaciones al Gobierno que ellos se sospechaban.

Muchas repúblicas no se movieron, como Durango y su merindad, Lequeitio, Arratia, Orozco y la Encartacion; solo la villa de Portugalete tumultuó contra algunos de sus vecinos y les quemaron las alhajas de sus casas arruinándoselas tambien. Los incendios de las haciendas importan muchas cantidades que han perdido sus dueños, quedando casi imposibilitados al reparo de ellas.

A la villa de Guernica la insultaron las repúblicas de Busturia, Mundaca y otras y obligaron con amenazas al teniente Corregidor á que les guiase como jefe, no obstante innumerables protestas que hizo reprobándoles su temeraria resolucion, buscaron al diputado general Don Miguel Antonio de Castaños y Ariz, y fué fortuna que no se hallase allí, porque sin duda hubiera padecido la última ruina como su compañero D. Enrique de Arana; pero quemaron las alhajas de su casa, sin perdonar las del oratorio; hicieron lo mismo en la casa de Mezeta y en-

traron en el convento de Sta. Clara, é hicieron tantas hostilidades, que aseguran que las religiosas estaban para salir de la cláusura gritando por las calles y pidiendo misericordia; pero ellos, no contentos con esto, pidieron al Teniente y le convidaron para la funcion de Bermeo, que fué la mas lastimosa tragedia que se ha visto; para lo cual vinieron el dia 10 de Setiembre una hora antes de amanecer, con las mismas amenazas que el dia 9 habian hecho. Al Teniente le sacaron de su casa para que les condujese hasta Bermeo paliando con el nombre y representacion de la justicia sus atroces desafueros; y aunque dicho Teniente hizo diferentes protestas y les pidió con lágrimas que desistiesen de sus depravados intentos, no sirvieron sino de amenazarle y enfurecerse mas.

A la entrada de Bermeo les salieron á recibir la villa, el cabildo eclesiástico y la comunidad de S. Francisco; y preguntándole qué intento y resolucion traian, respondió el Teniente: «Yo, señores, no traigo intento alguno, sino que esta gente me trae á mi, muy contra mi voluntad.» Pero ellos, no haciendo caso de representaciones ni súplicas, se enderezaron á la plaza, donde está la cárcel, en la cual los mismos vecinos de Bermeo habian puesto á D. Martin Antonio de Escoiquiz, alcalde 2.° que era de la villa de Bilbao, á su mujer, que por firmeza le acompañaba, á D. Juan Tomás de Escoiquiz, hermano de aquel, y á D. Gregorio de Esterripa; y habiéndoles antes sacado de la sacristía de una parroquia violentamente, no obstante que se les escribió antecedentemente, y aun dió auto el Corregidor para que no llegasen á las personas, no quisieron obedecer, y concurriendo con las repúblicas á este lamentable sacrificio, subieron furiosamente á la cárcel y los mataron á sangre fria sin piedad alguna ni darles tiempo para que se confesaran, tocando tambien esta fatal suerte á Doña Manuela Laso de la Vega, mujer del D. Martin Antonio, que quedó muerta abrazada con su marido. Los cadáveres los arrojaron por una ventana á la calle con crueldad espantosa, menos el de D. Martin Antonio, que lo arrastraron por la escalera.

Al estruendo de estos alborotos se alteró tambien la provincia de Guipúzcoa, especialmente la villa de Vergara con los lugares de aquellas cercanías, é incendiaron en ella varias casas y alhajas de particulares, obligando á muchos hombres y mujeres á salir arrebatadamente con mucho peligro. Entre estos padecieron el marqués de Rocaverde y Don Antonio Recalde, que miraron á salir del que tenian en sus casas: fueron presos por los vecinos de Ochandiano y ejecutaron en ellos horribles crueldades, matándolos y cortando con toscos instrumentos parte de sus cuerpos.

Estos son los sucesos que hemos visto en el Señorio de Vizcaya, cuyas circunstancias estan tan llenas de horrores, que no dejan lugar á contar otras muchas de menos monta que en otras ocasiones serian dignas de especial reflexion.

Pasados los primeros dias del tumulto que empezó en Bilbao, se vió con menos turbacion la Villa aunque apenas hubo dia que no sucediese accidente capaz de alterar los ánimos. Dos meses duró estar los vecinos sobre las armas para la defensa; en cuyo tiempo se solicitó por varios medios en que hizo los últimos esfuerzos el Gobierno de la Diputacion que se compusiesen las cosas con suavidad; pero el ministro de Madrid sacó de diferentes piazas de España cerca de 3.000 hombres incluso un regimiento de caballería mandando D. Blas de Loya, mariscal de campo, ayudante general de guardias de Corps, y con ellos entró en Bilbao por la parte de Bal-

Universidad de Deusto
Biblioteca

maseda el dia 11 de Noviembre con gran quietud y silencio, sin haberse disparado ni aun por casualidad un fusil; todos debidos á la buena órden que se dió en esta Villa para admitir las tropas del Rey á cuyo fin se pespachó una comision por el Ayuntamiento á Balmaseda para cumplimentar al general de las tropas y á los dos jueces pesquisidores.

Entró pues, Loya de cuya sagacidad se temia antes alguna noticia y bien la mostró pues á los primeros dias se portó con blandura dando á entender que no habia aduana aunque no todos creyeron ni se fueron de ello; pero á poco tiempo descubrió la triste idea que era de ponerlas otra vez, como lo hizo y ahora mas embarazosas que lo que estuvieron á los principios; porque fuera de los derechos que se pagaban á la lengua del agua impuso un 7 por 100 por la habitacion.

Esta es la Constitucion que nos ha dejado Loya no habiendo hecho mal su negocio con el sobre-hueco de haber formado una estacada de la parte de San Francisco, fortificacion muy débil; pero coronada de siete piezas de artillería enfiladas á á la plaza y á la ria despues de haber tambien deslucido el edificio de la casa de la Villa cerrando la mayor parte de sus arcos con pared perfilada de estacas y por la parte inferior puestas tres piezas de artillería; las dos mirando á la plaza, y la tercera á una calle principal. Para estas fortificaciones se han mantenido algunas tropas con mucho gasto de la Villa hasta que finalmente el 23 de junio de 1719 ha llegado órden de evacuar de todo el pais.

Con el Sr. Loya entraron dos garnachas; el uno fiscal del consejo de Castilla que se llamaba D. Tomás Melguerejo y Gamboa y el otro el Juez mayor de Vizcaya que reside en Valladolid y se llamaba D. Francisco de Boeda y Giron, los cuales castigaron con penas de muerte dándoles garrote en la cárcel á diez y seis hombres, parte de Ochandiano, parte de Bermeo, y otros de Abando y entre ellos hubo uno de distincion vecino de Portugalete, llamado Don Francisco de Otañez, sindico de dicha villa.

Ahora está quieto el país, gracias á Dios, aunque muy gastado, ya por las tropas, ya por el servicio que acaba de hacer al Rey de un regimiento de infantería de 700 hombres.

(Lo precedente es copia literal del manuscrito antiguo; y lo siguiente se adicionó en vista de documentos fidedignos en años posteriores)

Fernando de Olazabal y Juan José de Goicoechea, cabo y guarda de la falúa del resguardo que habia en Bermeo, fueron asesinados en dicha villa, juntamente con los dos hermanos Escoiquiz y demas de quienes habla la relacion precedente.

El administrador de la Aduana de Bilbao, cuya conducta se tachó de imprudente por permitir á los guardas el registro de las mujeres y otros actos que se consideraban como excesos y vejaciones, se llamaba Don Miguel de Arizcain.

Las tropas al penetrar por Balmaseda se fortalecieron en el castillo de la Piedra que subsistió junto á aquella villa hasta la guerra civil entre carlistas é isabelinos.

El Sr. D. Felipe V de feliz memoria concedió indulto y perdon general á todos los complicados en el tumulto, por real carta dada en Madrid á 22 de Diciembre de 1726, y las aduanas se volvieron á sus antiguos puntos. Estas relaciones se sacaron de los autos de pesquisa.

Lista de los reos de esta asonada que fueron ajusticiados y sus cabezas colgadas en varios pueblos de este Señorio.

—

José Bazan, vecino de Ochandiano, Francisco Sanz Uribe, de Escoriaza, Juan de Ajuria y Guerra de Ochandiano, Blas de Guereño, de Ochandiano José Zaldivar, de Ochandiano, Miguel Eguren, de Vergara, como ejecutores de las muertes alevosas dadas en Ochandiano al marqués de Rocaverde y á Don Juan Antonio Recalde, vecinos de Uerga,

Antonio de Gandia, de Abando, Antonio de Madariaga, de Abando, Blas de Landa, de Abando, Juan Recalde, de Galdácano, Martin de S. Martin, de Baracaldo, Pedro de Uribarri, de Lezama, por los excesos cometidos en Bilbao y otros pueblos del Señorio.

José de Arana, vecino de Murueta, Domingo Alday, de Murueta, Bautista de Acharica, de Busturia, por los asesinatos cometidos en Bermeo.

Francisco de Otañez, síndico de la villa de Portugalete, por lo ocurrido en dicha villa de Portugalete.

EL GENERAL MANDUCA.

CUENTO POPULAR

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Esto sucedió á fines del siglo pasado, en un Estado de Europa cuyo nombre calla la historia porque esta señora cantó las glorias de la dinastía reinante y así que cayó aquella dinastía, se dedicó á cantar las glorias de su sucesora, resultando de esto tal embrollo, que nada podemos sacar en limpio los que no queremes mancharnos.

Por aquellos tiempos estaban de moda los filósofos y sino que se lo pregunten á Voltaire, Rouseau, Catalina II de Rusia, y Federico II de Prusia que florecieron en aquellos tiempos y pasaban por la flor y nata de la filosofía. Asi nadie estrañara que en el Estado Anónimo (llamémosle así para que nos entendamos) hubiese un general que pasaba por filósofo. Tambien calla la historia el nombre de este general porque la muy tunanta de tanto como sabia, parecia que no sabia nada; pero

yo le llamaré el general Manduca, nombre compuesto de las locuciones *mandar* y *estar como un duque* que son atributos esenciales de un general que llega, como llegó éste, á presidente del Consejo de Ministros.

II.

El general Manduca tenia ideas muy singulares acerca de la organizacion y disciplina del ejército de su digno mando.

El general Manduca no queria ver ni pintados soldados voluntarios: todos habian de ser forzosos y así era que en aquel reino el reemplazo del ejército se verificaba en su totalidad por medio de quintas, con la particularidad de que no se admitia substituto alguno y de que como el general en jefe supiese que algun quinto se alegraba de que le hubiese tocado cojer el chopo, hacia que diariamente le rompiese el cabo una vara en las costillas á fin de que ansiase volver á su pueblo á destripar terrones.

El general Manduca tenia empeño en que los soldados prestasen el servicio todo lo mas lejano posible de su pais natal, y no se diga que lo hacia para que le olvidasen porque, todo al contrario, procuraba que se acordasen continuamente de su pais y de su familia encareciéndoles este recuerdo como una de las mayores virtudes del hombre.

El general Manduca procuraba que supiese á rejalgar el rancho de la tropa y que el uniforme de la misma fuese tal que los pobres soldados se helasen en invierno y se asasen en verano, por supuesto echando la culpa de ello, así como quien no quiere la cosa, al pícaro gobierno.

Y por último, el general Manduca, á pesar de que ponia siempre muy buena cara á los soldados las pocas veces que le tocaba encararse con ellos, hacia que los oficiales, sargentos y cabos les pusiesen siempre cara de Neron y los tratasen á baqueta.

Así era que en el ejército del reino Anónimo no habia un soldado que no dijese: Caramba, daria la mitad de la vida que me queda por echar con doscientos mil de á caballo el chopo é irme á mi tierra á destripar terrones y comer un puchero de patatas en paz y gracia de Dios con mis padres y mis hermanos.

iII.

El general Manduca parecia que habia nacido de pié: lo menos veinte veces desde que mandaba el ejército se habia pronunciado contra el ministerio ofreciendo á la tropa algunos añitos de rebaja, y siempre habia tenido la suerte de que la tropa secundase con el mayor entusiasmo su patriótica empresa y de que el nuevo gobierno aprobase su oferta y premiase al general libertador con un nuevo entorchado, un título de nobleza ú otra fineza por el estilo.

El general Manduca determinó hacer la gorda porque, segun decia, no se podia ya tolerar lo que pasaba en el reino Anónimo. Y dicho y hecho: una mañana se alzó, no ya como otras veces á la voz de abajo el ministerio y la camarilla, sino á la de abajo la dinastia que nos deshonra, ofreciendo á la tropa yo no sé cuantos años de rebaja.

El general Manduca tambien tuvo esta vez la dicha de que todo el ejército secundase con el mayor entusiasmo y decision su heróico grito de libertad.

Y la dinastía cayó y huyó á reino estranjero mas que á paso y el general libertador ocupó el trono vacante con el nombre de Manduca I, aclamado como tal por el ejército y el pueblo que esperaban la regeneracion.

IV.

El mando del ejército del reino Anónimo se confió por S. M. Manduca I.ª al general Gazuza nombre muy espesivo pues compuesto de la inicial de *gana* y del verbo *azucar*, significa la gana de comer me azuza.

Este ilustre general que naturalmente anhelaba un par de entorchaditos mas, un título de nobleza, una cartera de ministro y si era posiblo encasquetarse la corona de Manduca I. vió el cielo abierto al ver en la *Gaeeta* el siguiente real decreto:

»Manduca I. por la gracia de Dios y la voluntad nacional, rey del reino Anonimo etc.

Considerando que el ejército de una naeion es institucion demasiado noble para que sea siquiera medio decente el que se componga de hombres forzados como se componia en tiempo de la corrompida tiránica dinastía que nos ha precedido en el trono de San Acá y San Allá;

Considerando que las quintas son lo mas cargante que uno se puede echar á la cara por cuanto roban los mejores brazos á la agricultura y el mas legitimo apoyo á la ancianidad, y que desde el momento en que el ser soldado sea una ganga, habrá soldados voluntarios á porrillo;

Considerando que tener al saldado alejado de su pais nativo y su familia es una crueldad que solo se concibe en gobiernos sin corazon como el pasado, y que este alejamiento solo puede servir para debilitar el amor á la tierra natal y al hogar, fuente de las virtudes mas augustas del hombre;

Considerando que al soldado se le debe dar un rancho como Dios manda y traerle abrigadito en invierno para que no se constipe y fresquito en verano para que no le dé una sofocacion que se le lleve Pateta;

Y considerando, en fin, que al soldado no por que sea soldado le han de poner sus jefes cara de semana santa, sino por el contrario, cara de pascua florida, hemos venido en decretar lo siguiente:

Artículo I.—Quedan para siempre abolidas las quintas, y el reemplazo del ejército se verificará únicamente con soldados voluntarios, que los habrá como pinos de oro si se saben buscar.

Artículo II. — Se procurará en cuanto sea posible que los soldados sirvan durante el tiempo de su empeño en su pais nativo, y si esto no pudiese ser, se les darán licencias temporales para que de higos á brevas puedan dar una vueltecita por su pueblo para ver á sus padres y su novia, farolear un poco luciendo el uniforme y contar cada mentira como una casa.

Artículo III.—El rancho de la tropa será en lo sucesivo tan bueno que esté diciendo comedme, y el uniforme de paño fino de puntapiés á cabeza.

Artículo IV y último.—Los cabos, y quien dice los cabos dice los de ahí arriba, se guardarán muy bien de poner mala cara á los soldados, y mucho mas de cascarles las liendres.

Tenedlo entendido y disponed lo conveniente para su cumplimiento, porque sino nos veremos las caras, etc. etc.

V.

Cuando el ilustre general Gazuza leyó este real decreto, dijo para su casaca:

—Doscientos mil demonios me lleven si comprendo la filosofía de S. M. Manduca I.! Vamos, este pobre hombre se ha empeñado en hacerme el caldo gordo! Pero, señor, cómo no le ha ocurrido á este majadero que si el ejército hacia lo que él queria sirviendo de mala gana, trayéndole mal comido y peor ves-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tido y tratándole á baqueta, mucho mejor hará lo que quiera yo sirviendo á sa gusto, comiendo y vistiendo como un señor y tratándole con mucho mimo? Ahora si que estoy seguro de calzarme muy pronto los tres entoregados y de atrapar un titulo y una cartera y quizá de pescar la corona que S. M. Manduca I se ha encasquetado.

El ilustre general Gazuza se apresuró á cumplir en todas sus partes el real decreto de S. M. Manduca I; y cuando el ejército estuvo organizado y tratado con arreglo al nuevo sistema, se decidió á armar la gorda.

Al efecto formó el ejército con pretesto de revistarle su general en jefe; y este, despues de dirigirle una calurosa alocucion encareciendo la necesidad de derrocar á la dinastía reinante, dió el grito de ¡Abajo Manduca I y toda su descendencia! distribuyendo al mismo tiempo á las tropas una proclama en que se le prometia si secundaba el grito libertador:

1.° La licencia absoluta á unos soldados y una rebaja gradual á los demás.

2.° Tener á cada cual de guarnicion en su pueblo.

3.° Mantenerlos á qué quieres boca, y vestirlos como unos señoritos.

4.° No dirigirles nunca sus jefes la palabra sin hacerles antes una carantoña y llamarles monos mios ú otra cosa por el estilo.

Leer las tropas el primero de estos artículos y prorrumpir en gritos de ¡Muera el traidor que quiere contrariar nuestra vocacion militar y mandarnos á destripar terrones! todo fué uno.

El general Gazuza fué inmediatamente arrastrado y hecho tajadas por la soldadesca furiosa, y desde entonces acá en el reino Anónimo ni una sola vez se ha sublevado el ejército porque los que viven de pronunciamientos y saben que sin ellos la carrera militar es muy pesada, no han conseguido restablecer las quintas y demás barbaridades que elevaron al trono á la augusta dinastía de S. M. Manduca I.

OÑACINOS Y GAMBOINOS.

POR

LOPE GARCIA DE SALAZAR.

Saben las personas algo instruidas que Lope García de Salazar, insigne caballero que floreció en el siglo XV y era cabeza de su ilustre linage, escribió en 1471 en su castillo de San Martin de Muñatones en el valle de Somorrostro, una obra muy notable titulada «Libro de las buenas andanzas e fortunas» que trata de Historia y de genealogías y sobre todo que dá noticia de las guerras de bandería entre oñacinos y gamboinos, guerras en que el mismo Lope habia tomado gran parte. Esta interesanie y curiosa parte del libro de Lope es la que hoy empezamos á incluir en nuestro *Leyendario*. Corren muchas copias manuscritas del «Libro de las buenas andanzos e fortunas» pero no sabemos que hasta ahora haya visto la luz pública la relacion sumaria de las guerras de bandería que además del interés histórico, tiene el de dar á conocer las costumbres de los últimos siglos de la Edad Media en que desgraciadamente pasaba en toda España y aun en el extrangero lo que en las Provincias vasco-cántabras: las guerras de bandería lo desolaban todo y todo lo cubrian de ceniza y de sangre.

ORIGEN DE LOS BANDOS GAMBOINOS Y OÑACINOS Y LAS BATALLAS QUE ENTRE SÍ DIERON.

En la tierra de Alava y Guipúzcoa que antiguamente fueron del reino de Navarra, habia hermandades ó cofradías y ibanse juntos todos los años el primer dia de mayo, y llevaban cirios y candelas de cera de peso de dos y tres quintales á la iglesia de Ulibarri en Alava. Conduciánlas en andas por el mucho peso, celebraban misas, hacian ofrendas, y comian juntos. El diablo que siempre trabaja de poner enemistades y disturbios entre los que se aman, para que cesen en el servicio divino, hallando ocasion oportuna entre estos cofrades, les suministró á unos en la imaginacion que debian llevar los cirios, en alto, ó en hombros, y á otros por bajo, ó en manos, aquellos gritaban gozan-biiya, y estos lo contrario, oñes-biiya; y sobre no querer ceder en su parecer unos á otros, se trabó pendencia junto á Ulibarri y murieron algunos; y por lo sucedido en esta villa se llamó despues Ulibarri de Gamboa; principales que hubo en esta pelea eran de una aldea de Guipúzcoa lla-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mada Múrua y de la parcialidad de Gamboinos, cuyo caudillo era señor de la casa de Guebara, y de los oñacinos el de la casa de Mendoza en Alava.

(Iturriza añade á estas noticias de Lope García: «Sobre el orígen de estos bandos han escrito varios autores diversos pareceres.

En la formacion de los fueros y usos antiguos dados á la provincia de Alava por el rey D. Sancho, y D.ª Urraca su mujer en las Kalendas de enero. Era de mil que es año de 962 consta que habia estos bandos y enemistades en Alava; y dice que los desafios y desagrabiamientos que acostumbraban hasta allí, los hagan é puedan hacer en adelante en el Somo del Otero de Estibaliz en los dias primeros de mayo despues del sol salido fasta sol entrado y no dende mas adelante hasta otro dia primero de mayo venidero.

Otros son de parecer que tubieron principio estas enemistades entre los bascongados en el siglo 6.°, otros en tiempo de las guerras de los Romanos contra los Cántabros.

Otros en tiempo del conde D. Vela en el siglo 11.° y así no es fácil de averiguar la verdad sobre el orígen como cosa antigua.»)

En Usurbil el primer homicida que hubo entre los Gamboinos y Oñacinos fué Martin Lopez de Murga, que era el mayor del bando Oñez, pelearon fuertemente en Usurbil, sobre la villa de Orio en Guipúzcoa, y murieron muchos, entre ellos el dicho Martin Lopez, herido en la cabeza de una saeta, y como le vieron los suyos muerto, echaron á huir.

El año de 1390 cercó la casa de Unzueta, en Orozco, Juan Lopez de Gamboa con todos los gamboinos de Ibarguen de Durango, y envió Gomez Gonzalez de Butron en socorro de ella á su hijo Gonzalo Gomez, que era mozo de quince años, y á Ochoa Perez de Bruton, su hermano con todos los del solar de Butron, y llegados al cerro de Arandia que es sobre Unzueta tuvieron fuerte batalla y fueron vencidos los gamboinos, murió Juan de Ibargüen que era el mayor de los de Ibargüen y otros muchos, dejaron los vencidos calderas llenas de carne, armas, acémilas y toda la artilleria.

El año de 1390 se levantaron las hermandades en toda Vizcaya con el Dr. Gonzalo Moro (fué este el primer cogidor de Vizcaya, y debe de estar equivocado el año); por mandado y favor del rey D. Enrique Tercero, y durando esta hermandad, se levantó Vizcaya y las Encartaciones, no queriendo pagar las Encartaciones al rey si no venia á jurar los fueros á Guernica y Bermeo, segun hicieron los reyes pasados, y tuvieron mucha contienda con Juan de Abendaño, Juan Alonso de Múgica, Gonzalo Gomez de Butron y Martin Ruiz de Arteaga porque tomaron libramiento en su tierra del rey, y hubieron convencion en uno de ayudarse á tomar, y fueron desamparados de todos los parientes: de manera que Juan Saenz de Billela y Martin Ochoa de Labiero, que eran dos hombres entendidos gobernaban todas las hermandades, y allegábalos el dicho Moro corregidor mucho habia, y eran alcaldes del fuero, y de todos estos fué mas aquejado Gonzalo Gomez de Butron porque él comenzó á prender el primero, y en tanto estrecho le pusieron que no quedaron con él mas que trece hombres de su casa y linaje, y sobre todo los perseguia Juan Saenz Billela; el año de 1393 mataron entre Gonzalez Gomez de Butron y su hijo Gonzalez que era mozo de veinticinco años á Juan Saenz de Billela en Larrauri porque este aquejaba mucho á dicho Gonzalo con las hermandades con el dicho Dr. Corregidor y un dia yendo con sesenta hombres prendió á un criado de Go-

tu que era Gobernador mayor, y con él los alcaldes de Busturia, y barréaronse allí. Llegó el Doctor Gonzalo Moro con toda la gente, y Juan de Abendaño con todos los parientes segun la voluntad, como á contra de enemigos, y dió el primero encima de un caballo en ellos y todos los vasallos con ei dicho Doctor, y como era comunidad fueron luego desbaratados, muriendo Martin Ortiz de Marteartu, un alcalde de Busturia y otros cincuenta y ocho hombres, entre heridos y ahogados, en el pasaje de Luchana.

QUEMA JUAN DE ABENDAÑO

LA VILLA DE OCHANDIANO, PELEA Y MUERTOS QUE HUBO EN ELLA.

Este mismo año de 1415, y por el mss de mayo hubo discordias y contiendas entre Juan de Abendaño, y Juan de Mugica, y la causa fué, que habiendo muerto Juan Alonso de Mugica su abuelo, ganó Juan de Abendaño la alcaldia de Albina, y habiendo llegado á Ochandiano Juan de Abendaño con todos sus parientes y con el Ocha de Butron, con otras familias y escuderos de esta casa, y estando aposentados cada uno en sus barrios, llegó Juan Perez de Gamboa abuelo del citado Abendaño con todo el poder gamboino, y hubieron su acuerdo, que por cuanto por armas no podian sacar los de la villa, que le pegasen fuego, y con él los sacarian y matarian antes que los vecinos viniesen, y habiendo pegado fuego, hubieron de salir, y fueron muertos Juan de Butron hijo bastardo de Gonzalo Gomez, Juan Saenz de la Renteria y otros quince hombres peleando, y fué herido Jnan de Mugica de una saeta por los piés, recogiéronse á un cerro que tenian atrincherado sobre la villa, y se defendieron hasta que el inmediato dia llegaron los oñecinos con gran pesar de no haber llegado á tiempo, y habiendo hecho treguas, se aparecieron, porque los ganboinos, y Juan de Abendaño estaban en una casa fuerte de la villa, y los de Mugica estaban en el campo con los oñencinos por no poder acercar á la dicha casa.

Hasta aquí Lope Garcia de Salazar que no debe pasar mas adelante en una coleccion de la índole de esta. Para conocer algo de las gueras de banderia de los últimos siglos de la Edad media y algo del libro de Lope que tanto se nombra y tan pocos conocen, basta esto. Obras como el libro del buen caballero de San Martin de Muñatones son oro fino en manos del arqueólogo, pero en manos de los estraños á la ciencia arqueológica—historia literaria son escoria vil. Para que á todos agraden y á todos sean útiles es necesario desentrañarlas, comentarlas, expenerlas, modernizarlas, en una palabra hacer algo parecido á lo que hizo nuestro compañero Trueba con el mismo *Libro de las buenas andanzas ó fortunas* en sus *Capitulos de un libro* describiendo la vida de los principales Salazares.

Volvamos á las leyendas y cuentos pdpnlares sin pesjuicio de que mas adelante demos cabida á algun trabajillo histórico mas comprensible que las narraciones de Lope Garcia.

Universidad de Deusto
Biblioteca

CUENTOS POPULARES.

POR

FERNAN CABALLERO.

JUAN HOLGADO Y LA MUERTE.

Pues señor, han de saber Vds. que habia una vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, porque el pobre no tenia mas que la mañana y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad.—Pero en cambio tenia un celemin de hijos con unas tragaderas como tiburones.

Dijole un dia Juan Holgado á su mujer:—Esas criaturas son un hato de tragaldabas capaces de engullirse las estopas del óleo: no tomaria mas sino comerme una liebre solo, á mi sabor, y sin estos alanos que de la boca me lo quitan.—Su mujer, que era una bendita. (mejorando lo presente), por no verlo rabiar con los hijos, vendió una docenita de huevos que le habian puesto sus gallinas, mercó una liebre, la guisó con caldo de empanada, y al dia siguiente por la mañana le dijo á su marido:—Ahí tienes en el hato una liebre guisada y media hogaza de pan; véte á comértelas al campo, y bueu provecho te hagan.— No se hizo el sordo Juan Holgado, sino que cogió el hato, y echó á correr que no veia la vereda. Despues que se hubo metido legua y media debajo de los pies, se sentó al pié de un olivo mas satisfecho que un rey, se encomendó á Nuestra Señora de la Soledad, sacó del hato la ollita con la liebre y el pan, y se puso á comer.—Pero cate V. que, sin saber ni cómo ni por dónde, vio de repente sentada enfrente de él una vieja vestida de negro y mas fea que un voto á Dios; era mas amarilla y mas descarnada que un pergamino de Simancas; tenia los ojos hundidos y amortecidos como candil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto á nariz, aquí estuvo: no habia nada, ni memoria, perdone V. por Dios.— Maldita la gracia que le hizo á Juan Holgado aquella compaña llovida del cielo; ¿pero, qué habia de hacer?— Como que no era ningun bárbaro, la dijo que si gustaba comer.—¡Toma! como que la vieja no queria otra cosa, le contestó que para no ser descortés admitia el favor: se sentó y empezó á comer.— ¡Caballeros! aquello no era comer, sino devorar. —¡Qué agallas, cristianos!—En dos por tres se metió la liebre entre pecho y espalda.

—¡Por via del dios Baco, que es el dios de las vacas— decia para sí Juan Holgado; — ¿pues no hubiese sido mejor que se hubiesen mis hijos comido la liebre, que no esta vieja del demonio? Está visto, al que no tiene fortuna nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado, que ni el rabo de la liebre dejó, dijo:

—Juan Holgado, me ha sabido muy bien la liebre.

—¡Ya lo he visto!— suspiró Juan Holgado.

—Quiero pagarte la fineza — dijo la vieja.

—Viva V. mil años — contestó Juan Holgado con sorna al ver el pelage de la vieja.

—Si haré—respondió esta;—algunos mas tengo; pues has de saber que yo soy la muerte en propia persona.

Juan Holgado pegó un repullo que fué flojo. en gracia de Dios!

—No te descuajaringues, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio te voy á dar un consejo: métete á médico, que por mi la cuenta que no ha de haber por esos mundos otro mas afamado y que mas pesetas gane.

—Señá muerte, yo me contento con que no se acuerde su mercé de mi en una buena parvada de años; en lo demás, eso de médico no es para mi.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque yo no he estudiado lo fino.

—No le hace.

—Señora, yo no sé ni latin, ni *Diego* (1).

—No importa.

—Señora, si no sé siquiera la *hora fria* (2).

—Eso no quita.

—Señora, si no sé contar mas que la *humildad* (3).

—Lo mismo tiene.

—Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso; ni leer, que me estorba lo negro.

—¡Dale, bola, dale!—dijo la muerte, que se la iba llevando el demonio con tantas dificultades. — ¡Caramba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza á prueba de bomba! ¿No te estoy diciendo que no importa, que no importa, desde una hora? Te digo que me da un pito del saber de los médicos: yo no voy ni vengo por que ellos me llamen ni me sapeen; hago lo que me da mi real gana, y me rio de los médicos, que cuando se me antoja cojo á uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no habia médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los metusalemes. Serás médico y tres mas, y si te niegas, te llevo conmigo mas fijo que el reló— Ahora atiende, y chiton. En tu vida de Dios, has de recetar agua de la tinaja; ¿estás?

Bien está, contestó Juan Holgado, que estaba con la muerte que trinaba y con mas ganas de darle una guantada que de escucharla.

Si cuando entres en una alcoba me ves sentada á la cabecera del enfermo, dí resueltamente que se muere, que no tiene remedio, y que lo preparen.—Si por el contrario yo no estoy allí, asegura que no se muere. y receta agua de la tinaja.

Con eso se despidió la feisima señora, haciendo una cortesia á la francesa.

Buena señora, le dijo Juan Holgado, no quisiera despedirme de usted con aquello de *hasta mas ver*, y espero que su mercé tampoco abrigará el deseo de visitarme, porque no siempre tengo yo liebres con que regalarme, y esta fué una, y se la llevó el gato.

—No tengas cuidado, Juan Holgado, contestó la muerte; mientras no veas tu casa desconcharse, no aporteré por allá.

Juan Holgado se volvió á su casa, y le contó á su mujer cuanto le habia pasado, y su mujer, que era mas lista que él, le dijo, que cuanto le habia dicho la vieja lo podian creer,

(1) Griego.
(2) Geografía.
(3) Unidad.

Universidad de Deusto
Biblioteca

porque nada habia mas verídico y cierto que la muerte.—En seguida echó por ahí la voz que su marido era un médico de los pocos, y que no tenian mas que mirar á un enfermo á la cara para saber si se moria ó si vivia.

Un domingo que estaban una porcion de mozalejas á la puerta de una casa mas alegres que unas sonajas, acertó á pasar por allí Juan Holgado.

Ahí viene Juan Holgado, dijo una de ellas, que al cabo de sus años se nos la viene echando de médico.—¡Pues mire usted que salir ahora con esa sopa de ensalada al cabo de Ramos Pascuas, parece cosa de juego!! —Si se habrá imaginado ese vegestorio que tiene unas luces como un eslabon de madera, que no hay mas sino él decir, y las gentes creer, y no es mas sino pura fachenda y para que le digan *Don Juan*, y el *Don* le sienta como á un burro un sombrero de copa alta; y todas se pusieron á cantar:

Don Juan Holgado
Allí en la esquina
Parece un ramo
De clavellinas.

¿Vamos á darle un chasco á ese presumido? dijo una de las muchachas: me finjo mala, ¿y á que se lo cree?

Dicho y hecho. Las muchachas dejaron plantada una canasta de higos de tuna que estaban comiendo, y en un decir Jesús estaba la que discurrió la guasa metida entre palomas, dando cada ¡ay! que llegaba al cielo. Fueron las otras corriendo á llamar á Juan Holgado comiéndose la risa.—Acudió este, y al entrar notó en la puerta de la calle un rimero de cáscaras de higos de tuna tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de narices fué con su convidada la muerte, que estaba sentada á la cabecera de la cama mas seria que un ajo porro. Muy mala está, dijo entonces Juan Holgado y se vá.—¿Pues que es lo que tiene? preguntaron las muchachas que á duras penas podian contener la risa. Tiene, respondió éste, una atraquina de higos de tuna, y los higos de tuna son como las mugeres en misa, entran una á una y quieren salir todas á la par. Fuése Juan Holgado, y á las dos horas estaba la muchacha con Dios. Dejo á la consideracion de ustedes, caballeros, la fama que esto dió á Juan Holgado.

No habia por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese á ellas Juan Holgado, que ganaba pesetas á manos llenas, que ni sabia que hacer con ellas: compróle á los hijos un Usia y unas placas que se colgaban por delante y unas llaves que se colgaban por detras. En cuanto á él, no quiso colgajos sino pasarlo bien: así fué, que se puso tan gordo, tan desarrollado, y tan despelotado, que daba gusto el verlo; tenia mas cara que el sol de Dios, mas popa que una cerca holandesa; las piernas como columnas; las manos como embuchados y la barriga como la media naranja de la iglesia.

A todo esto Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le habian hecho de chicos algun descostrado, le habia hecho su padre en castigo, uno en sus pellejos. Siempre tenia en ella un albañil que pagaba por años, reparándola, recordando lo que le habia dicho la muerte, de que mientras no se desconchase su casa no aportaria por allí.

Pasaron los años, que cada vez corren mas, como piedra que rueda por una cuesta.

Los últimos venian de mala vuelta. Juan Holgado les ponia muy mal gesto, y ellos en venganza, el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas (1), otro le encorbó el espinazo que parecia una hoz, y el otro le obsequió con una cogera.—Un dia se puso malo, y la muerte le mandó memorias con un murciélago lo que no le hizo á Juan Holgado maldita la gracia. Otro dia le acometió la pituita y la muerte le mandó á decir con una lechuza que pronto lo visitaría; Juan Holgado le dijo á la lechuza que se fuese á freir monas. Otro dia le dió un accidente, y la muerte le mandó á decir con un perro que se puso á aullar á la puerta que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la muleta al perro y lo mandó á un *asta* (digo *asta* por no gastar una voz muy cruda, pues sé ante quien hablo, y aunque basto, pues entre matas me crié, sé crianza, que mi padre la enseñó con una cartilla de acebuche). Se empeoró el enfermo, y la muerte llamó á la puerta. Juan Holgado mandó atrancar, y asimismo que no le abriesen; pero la muerte se coló por una rendija. Señá muerte, le dijo Juan Holgado con muy mal gesto, me digisteis que no vendriais mientras mi casa no se desconchase; así es que á pesar de los recaditos, yo no aguardaba á su mercé. Y qué, respondió la muerte, ¿no te se han ido las fuerzas? ¿no te se han caido los dientes y el cabello? tu cuerpo, ese es tu casa. No sabia tal, señora, dijo el enfermo, así es que fiado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoge.

Peor para ti, Juan Holgado, respondió la muerte, puesto que al que está siempre prevenido nunca le sobrecoge ni turba mi venida, pero vosotros ciegos estais, cuando no conoceis que naceis para padecer, y moris para descansar.

(1) Dientes.

LOS CINCO SORDOS.

CHASCARRILLO.

Vivia un matrimonio sordo con su madre sorda, y tenian una hija y un hijo sordos. Iban mal sus asuntos, y no habiendo pagado el alquiler de su casa por muchos meses, el dueño de la finca los mandó mudar. Una mañana que iba el marido á la plaza, se dió de manos á boca con el amo de la casa. ¿Qué tal le vá á V. en su casa nueva? le preguntó este al verlo.

¿Qué, me vá V. á embargar por lo que le adeudo? esclamó asustado el sordo. No, hombre, no, no digo eso. ¿Que hoy mismo? tornó á esclamar el sordo estremecido, y echó á correr que bebia los vientos hácia su casa, á la que llegó desalado. Su mujer estaba mala: mujer, la gritó al entrar, manda fuera de casa las cosas de mas valor, que hoy nos van á embargar. Tu padre dice que no se halla el jarabe de malva loca blanca, que es el solo que me alivia el pecho! dijo la pobre enferma á su hija. Madre dice que no me puede coser la chaqueta; sin ella no puedo salir, conque cósemela tú, dijo el hijo á su hermana. Su hermana se echó á llorar y le dijo á su abuela: mi hermano dice que José le habla á Petrola!! Siempre pensé que ese mal nacido nos hacia cara á las dos.— ¿Conque al fin se ha sabido que fué el monacillo quien le robaba las velas á San Pancracio? me lo sospeché y se lo dije al sacristan, contestó la abuela.

El lector. ¿Esto es lo que llaman los andaluces un chascarrillo? confieso que no le hallo ni chispa, ni sentido.

Fernan. Lo poco nunca dió mucho, Señor; pero no deja de ser este chascarrillo un proverbio puesto en accion, y es el de: *cada uno trata de lo que mata*, y suele ser sordo á apuros agenos.

EL CONVIDADO,

EJEMPLO.

Habia dos hermanos, de los cuales el uno era pobre y el otro era rico. Muchas veces pedia el necesitado socorros á su hermano el rico. Un dia este impacientado, porque tenia

Universidad de Deusto
Biblioteca

malas entrañas y no le gustaba dar, le tiró la moneda á su hermano á la cara; este que era bueno y humilde la recogió, se la llevó á su mujer y le dijo: Toma ese dinero que será el último que le pida á mi hermano. Compra pan y lo que fuese menester para poner una ollita. Ya que será la última que comamos, voy á convidar á Nuestro padre Jesus Nazareno á que la venga á comer. En seguida se fué á la iglesia, se arrodilló ante el Señor y le dijo: Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada, y á pesar de eso os vengo á rogar en ella entreis para santificarla; bien poco tengo que ofreceros, Señor, pero quien dá lo poco, daria lo mucho si lo tuviese.»

Al oirlo, inclinó el Cristo la cabeza en señal de que otorgaba la súplica, y el pobre se volvió á su casa con un gozo tan grande en el corazon, que no podia hablar de alegria, y solo podia llorar, tanto que parecian sus ojos dos fuentes. ¡Jesus! mi dulce Jesus vendrá á la mesa del pobre! le dijo á su mujer cuando pudo hablar: prepara la casa, sobre todo que esté limpia.

La mujer se puso á arreglar y asearlo todo en su propia casa. Antes de medio dia llamaron á la puerta; era un pobre que pedia limosna y tenia necesidad. Nada tengo, dijo la buena mujer; pero la comida está lista, poca hay, pero quiere decir que le dare mi parte á este desvalido. Agarró en seguida el pan, le cortó un canto, sacó un plato de comida de la olla, y se lo dió al pobre, que lo comió y la bendijo.

Cuando vino su marido, viendo que la hora de comer se habia pasado, y que Jesus Nazareno no venia, se fué á la iglesia, se arrodilló y le recordó al Señor la promesa que le habia hecho. Fuí á tu casa le respondió Jesus, en ella me acogieron y dieron de comer, y la he bendecido.

El hombre se volvió tan glorioso á su casa y le contó á su mujer lo que el Señor le habia dicho. Desde aquel dia en la casa bendecida por el Señor, todo prosperó, todo fué felicidades.

Su cuñada que era muy envidiosa, deseaba saber el origen de la prosperidad del hermano de su marido, y se fué á visitarlos, haciéndoles mil carantoñas, y acabó por preguntarles lo que saber deseaba. Como sus cuñados tenian buena fé y sinceridad, le contaron como habian convidado á Jesus Nazareno á su casa, y como este Senor misericordioso habia venido á ella y la habia bendecido.

Cuando la cuñada supo lo que saber queria, se lo dijo á su marido, y tan luego prepararon un suntuoso festin y en seguida fué el marido á convidar á Jesus que no rehusó, porque á nadie rehusa el Señor. Mientras lo estaban aguardando, llegó un pobre á la puerta y pidió una limosna; se la negaron, y como insistiese una y otra vez, la mujer cogió una vara y le dió con ella en la cabeza, y tan fuerte que lo hirió. El pobre se fué.

Viendo que Jesus no venia, se fué el marido á la iglesia y se arrodilló ante el Señor: notó entonces que tenia una herida mas en la cabeza.—Señor, le dijo, ¿no me habiais prometido venir á mi casa? —Y fuí, respondió el Señor, pero no habeis querido recibirme, me habeis echado de ella, y me habeis herido.

El hombre se fué desesperado:—al llegar á su casa, no halló si no escombros; á la casa se le habia prendido fuego y todo lo habia consumido.

LOS CABALLEROS DEL PEZ.

> En fait de bêtises, les plus grosses sont les meilleures.
>
> (Axioma francés.)

Erase una tierra en que hicieron tantos caminos de hierro, tantos canales y barcos de vapor, tantos globos aereostáticos, que las gentes llegaron á no andar nunca á pié, de

lo que resultó una bancarota general de todos los zapateros y remendones.—El equilibrio social es como el de la tierra: si por un lado viene la mar con sus grandes tragaderas y se engulle un terreno, por otro lado lo suelta; lo que tiene es que lo vuelve bien digerido y mas seco que un esparto.—Como hace el mar, habia hecho la civilizacion al apoderarse de todas las vias de comunicacion: habia abandonado á los zapateros remendones, s cos como esparto, á su triste suerte!

Uno de estos infelices victimas de los locomotores, tiró indignado sus hormas al primer tren de wagones que se echó á la cara; sus lesnas al mas arrogante barco de vapor; su mandil al globo mas finchado; compro una lanchilla y una red y se metió á pescador. Cada vez que pasaba un vapor cerca de su vetusta lanchilla, se ponia el dueño á cantar á gritos, apropiando al caso una cancion de Arriaza:

En su lancha con valor
un remendon á sus solas,
como la roca á las olas,
así burlaba al vapor.
No pretendas, no traidor,
que te doble la rodilla:
siempre será mi barquilla
mi solo locomotor.

Asi cantaba nuestro pescador; pero en cuanto á pescado, no cogia ninguno: su desaforado canto y las paletas de los vapores los ahuyentaban todos; y habia en la mar tan pocos peces, como en la tierra zapatos rotos. El remendon pensó tirarse al mar de corage, haciendo esta reflexion:—«si yo no puedo comer pescados, ellos me comerán á mi: váyase lo uno por lo otro.»—Pero la mar tenia aquel dia tan mala cara, estaba tan verdi-negra, tan toscona y groserota en sus movimientos, que nuestro zapatero de viejo difirió su desesperado intento para mejor ocasion. Tornó á echar la red, y al sacarla la sintió pesada. —¡Ola! pensó: ¡bien hice en diferir la zambullida!—Tiró de la red y sacó de ella un pez de San Pedro.

Haremos aquí una reflexion: el campo de las reflexiones es un baldío: cada cual puede pasearse por él á su sabor, sin que nadie se lo estorbe. Tenemos un amigo íntimo que cada vez que salimos con esta reflexion se pone á bostezar. Pero no nos intimida por eso: — nuestra intrepidez en punto á reflexiones está á prueba de bostezo.

Llamóse el mencionado pescado por las gentes de mar *de S. Pedro*, á causa de dos manchas redondas, negras, que como la impresión de los dedos del santo, conserva la especie desde el milagro de los panes y peces. — Si bien la etimologia de este nombre no encierra en sí ningun devoto sentimiento religioso, ni tampoco una bella idea poética, como suele suceder en estas inspiraciones populares, prueba al menos una cosa, y es que los españoles que califican las sociedades biblicas inglesas de ignorantes en materias religiosas, saben de memoria el Santo Evangelio, y podrian ir á enseñárselo de viva voz á Jhon Bull.

Volvamos á nuestro cuento. Conforme tuvo en su mano el remendon al hermoso pez, le dijo este (que por lo visto no era tan callado como suelen serlo los de su especie): — «Llévame á tu casa; córtame en ocho pedazos, y guisame con sal y pimienta, canela y clavo, hojas de laurel y yerba-buena. Dale á comer dos pedazos á tu mujer; dos á tu yegua; dos á tu perra, y los otros dos los sembrarás en tu jardin.»—El remendon hizo al pie de la letra cuanto dijo el pescado, tal fué la fé que le inspiraron sus palabras. De esto se deduce y confirma un hecho eminentemente antiparlamentario (harto sentimos no poder disimularlo), y es que los que hablan poco inspiran mas fé y confianza en sus palabras que los que hablan mucho. A los nueve meses parió su mujer dos niños, su yegua dos potros, su perra

Universidad de Deusto
Biblioteca

dos cachorros, y en el jardin nacieron dos lanzas que por flor llevaban dos escudos, en los que se veia un pez de plata en campo azul. Medró todo esto en amor y compaña maravillosamente, de manera que andando el tiempo salieron de en casa del remendon dos gallardos ginetes montados sobre dos soberbios corceles, seguidos de dos valientes sabuesos, con dos erguidas lanzas y dos brillantes escudos. — Eran los hermanos tan en estremo parecidos, que dieron en llamarles *el caballero doble*, y queriendo cada cual, como era justo, conservar su individualidad, determinaron separarse y campar cada uno por su respeto, por lo que, despues de abrazarse estrechamente, dirigiéronse el uno al Poniente y el otro á Levante.

Despues de unos dias de marcha llegó el primero á Madrid, y halló á la coronada villa mezclando las amargas aguas de sus lágrimas con las duras y dulces de su querido Manzanares. Todo el mundo lloraba, hasta la Mariblanca de la Puerta del Sol. Nuestro bello mancebo preguntó cuál era la causa de aquella desolacion, y supo que todos los años, un fiero dragon, hijo de una infernal vieja, se llevaba una bella jóven, y que aquel año infausto habia tocado la suerte á la princesa, buena y bella sin segunda, hija del rey.— Preguntó en seguida el caballero que dónde se hallaba la princesa, y le contestaron que á un cuarto de legua de distancia esperaba á la fiera, que aparecia al caer las doce, para llevarse su presa. Fué el caballero á cerciorarse al punto indicado, y halló á la princesa hecha un mar de lágrimas y temblando de pies á cabeza.

—¡Huid! gritó la princesa al caballero del pez cuando lo vió llegar; ¡huid, temerario, qne va á venir el mónstruo, y si os vé, pobre de vos!

—No me iré, contestó el bizarro caballero, porque he venido á salvaros!

—¿Salvarme? ¿cómo, si esto no es posible?

—Allá veremos, contestó el valiente campeon: ¿hay aquí alemanes?

—Si, señor, respondió con estrañeza la princesa; ¿á qué es esa pregunta?

—Ya lo sabreis.

Y echando á escape su caballo, partió para la desolada villa, volviendo á breves instantes con un inmenso espejo que habia comprado en una tienda de aleman. Apoyólo contra el tronco de un árbol, lo cubrió con el velo de la princesa, puso á esta delante, advirtiéndole que cuando estuviera cerca la fiera descorriese el velo y se escondiese tras el espejo: dicho lo cual hizo el otro tanto detrás de un vallado cercano.

No tardó en aparecer el fiero dragon y en acercarse lentamente á aquella beldad, mirándola con tal insolencia y tal descaro, que solo le faltaba el lente para igualar á otro culebron menos temible que él. Cuando ya estaba cerca, la princesa, segun le habia prescrito el caballero del pez, descorrió el velo, y pasando detrás del espejo desapareció á los enamorados ojos del fiero dragon, que quedó estupefacto al hallar dirigidas sus miradas á un dragon como él. Frunció el gesto.—Su igual hizo lo mismo.—Sus ojos se pusieron rojos y brillantes como dos rubís:— no se quedaron en zaga los de su contrario, que se pusieron como dos carbunclos.— Aumentóse con esto su furor y herizó sus escamas como un puerco espin sus puas,—las del otro dragon hicieron otro tanto.— Abrió una tremenda boca, que hubiese sido única en su especie á no haber sido porque el amenazado, léjos de intimidarse abrió otra identica.—Furioso se abalanzó el dragon contra su intrépido contrario, dándose tal calamachazo en la cabeza contra la luna, quedó aturdido, y como habia roto el espejo, y en cada pedazo vió una de las partes de su

cuerpo, infirió de esto que con el golpe se habia hecho él mismo pedazos.—Aprovechó el caballero este momento de mareo físico y asombro moral, y saliendo instantáneamente de su escondite con su fiel perro y su buena lanza, le quitó la vida, y le hubiese quitado ciento que hubiera tenido.

Déjase pensar el júbilo y algazara de los madrileños, que son gente alegre, cuando vieron llegar al caballero del pez trayendo á ancas á la princesa mas contenta que unas pascuas y al dragon atado á la cola del brioso corcel, que tiraba de él tan ancho y donoso, como si hubiese sido la cola de un manto de una órden de caballería.

Colegiráse tambien que tal hazaña no se podia pagar al caballero del pez sino con la blanca mano de la princesa; que hubo boda, que hubo banquete, que hubo toros y cañas y que yo fui y vine y no me dieron nada.

Vamos ahora á que el esposo le dijo á la esposa algunos dias despues de casados, que queria ver todo el palacio que era tan grande que ocupaba una legua de terreno.—Hízose así, y echaron tres dias en verlo.— Al cuarto subieron á las azoteas.— El caballero se quedó admirado ¡qué vista, amigo! jamás has visto tu una igual ni yo tampoco.— Se veia toda España y hasta los moros, y al emperador de Marruecos, que estaba llorando por el dragon su amigo.

—¿Qué castillo es aquel, preguntó el caballero del pez, que se vé allá á lo lejos tan solo y tan sombrío?

—Ese es, respondió la princesa, el castillo de Albatroz, el que está encantado, sin que nadie pueda deshacer el hechizo, y ninguno de los que lo han intentado ha vuelto de allá.

El caballero calló al oir estas razones: pero como era valiente y emprendedor, á la mañanita siguiente, sin que le sintiese la tierra, montó su corcel, cogió su lanza, llamó á su sabueso y se encaminó hácia el castillo.

Estaba el tal castillo que daba espeluznos mirarlo.—Mas sombrío que una noche de truenos, mas engestado que un facineroso y mas callado que un difunto, Pero el caballero del pez no conocia el miedo sino de cidas, y no volvia la espalda sino á los enemigos vencidos: asi pues tomó su corneta ó clarin y tocó una sonata.

Al toque despertaron todos los dormidos ecos del castillo y de las peñas, que repitieron en coro, ya mas cerca, ya mas lejos, ya mas suave, ya mas hueco, los sonidos de la sonata.—pero en el castillo nadie se movió.

—¡Ah del castillo!—gritó el caballero, ¿no hay quien atienda á un caballero que pide albergue? ¿No tiene este castillo alcaide, escudero, anciano, ni page mozalvete?

—¡Vete!—¡vete!—¡vete! — esclamaron los ecos.

—¿Que me vaya? dijo el caballero del pez. ¡Yo no retrocedo en mis empresas por cuanto hay!

—¡Ay!—¡ay!—¡ay!—gimieron los ecos.

El caballero empuñó su lanza y dió un fuerte golpe contra la puerta.

Abrióse entonces el rastrillo y asomóse la punta de una larga nariz que sentaba sus reales entre los hundidos ojos y la hundida boca de una vieja mas fea que el mengue.

—¿Qué se ofrece, imprudente alborotador? preguntó con voz cascada.

—Entrar, contestó el caballero. ¿No puedo acaso gozar aqui algun descanso en esta tarde de estío? Si ó nó.

—No—no—no—digeron los ecos.

Habia levantado el caballero su visera porque era fuerte el calor; y al verlo la vieja tan bien parecido, le dijo:

—Pasad adelante, bello doncel, que sereis atendido y bien cuidado.

—¡Cuidado! — ¡cuidado!— advirtieron los ecos:

Universidad de Deusto
Biblioteca

Pero el caballero entró diciendo: yo no temo sino á Dios.

—¡Adios!—¡adios!—¡adios!—suspiraron los ecos.

—Vamos, madre anciana.....

—Me llamo Doña Berberisca, interrumpió la vieja, muy amostazada al caballero; y soy señora de Albatroz.

—¡Atroz! — ¡atroz! — le gritaron los ecos.

—¿Quereis callar, malditos vocingleros? esclamó con corage Doña Berberisca; soy vuestra servidora, prosiguió haciendo una cortesía á la francesa al caballero; y si quereis seré vuestra esposa, y vivireis aquí conmigo como un bajá.

—¡Ja!—¡ja!— ¡ja! — ¡ja! — rieron los ecos.—¿Que me case con vos, que teneis cien años? — Esta es loca, y tonta tambien.

—Bien—bien—digeron los ecos.

—Lo que quiero, prosiguió el caballero, es registrar el castillo é irme despues que haga ese exámen.

—¡Amen!— ¡amen! — suspiraron en latin los ecos. Doña Berberisca, picada hasta el corazon, echó una torva mirada al caballero del pez, é intimándole que le siguiese le enseñó todo el castillo, en el que vió muchas cosas; pero no las pudo referir porque la pícara Berberisca lo llevó por un callejon oscuro en que habia una trampa, en la que cayó y desaprreció en un abismo, y su voz se fué con los ecos, que eran las voces de otros muchos bizarros y cumplidos caballeros que la pícara Berberisca habia castigado de la misma manera por haber despreciado sus venerables hechizos.

Vamos ahora al otro caballero del pez que habia seguido viajando y que vino á parar á Madrid.—Al entrar por las puertas de esta córte, los soldados se formaron, los tambores batieron marcha real, y muchos criados de palacio le rodearon diciéndole que la princesa se deshacia en lágrimas al ver lo que se habia prolongado su ausencia, temiendo le hubiese acaecido alguna desgracia en el maldito castillo encantado de Albatroz.

—Preciso es, pensó el caballero, que me tengan por mi hermano, á quien parece que tan buena suerte ha cabido:—callemos, y veamos en qué vienen á parar estas misas.

Llevaronlo casi en triunfo al palacio, y facil es hacerse cargo de los cariños y obsequios de que fué objeto por parte del rey y de la princesa —¿Conque fuiste al castillo?— preguntaba este.

Si—si—contestaba.

—¿Y qué viste?

—No me es permitido decir una palabra sobre ello hasta que vuelva allá otra vez.

—¿Piensas acaso volver á ese maldito castillo, tu, único y solo que jamás haya vuelto de él?

—¡Me precisa!

Cuando se fueron á acostar, puso el caballero su espada en la cama.

—Por qué haces eso? preguntó la princesa.

—Porque he hecho promesa de no acostarme en cama hasta que vuelva otra vez de Albatroz—y al dia siguiente montó su bridon y se encaminó hácia el castillo encantado, temiendo que alguna desgracia le hubiese sucedido á su hermano.

Llamó al castillo y se asomaron luego al rastrillo las fieras narices de la vieja que parecia un pez espada. —Pero apenas hubo visto la vieja al caballero, cuando sus narices se pusieron lívidas, porque la pareció que los muertos resucitaban y huyó invocando al objeto de su devocion, Belzebut, haciéndole promesa de comer cuantas peras y manzanas le presentase si la libertase de aquella vision de carne y hueso salido de la mansion de los muertos.

—Señora senectud, le gritaba el recien llegado, ¿no ha venido por acá un caballero que viste asi?

Si—si—si—respondieron los ecos.

—¿Y qué haheis hecho con ese caballero tan cumplido, tan rematado?

—¡Matado! ¡matado!-gimieron los ecos. Al oir esto y al ver á la vieja que huia, el caballero del pez no fué dueño de sí, corrió tras ella y la atravesó con su espada de parte á parte quedándose sujeta en la espada, y como hacia mucho viento y era la vieja muy delgada y ligera, se puso á girar dando vueltas en la punta de la espada como un cohete volador.

—¿Dónde está mi hermano, vieja traidora y falaz, hechicera del diablo?—preguntaba el caballero.

—Yo os lo diré, respondió la bruja; pero como voy á morir y estoy mareada de las vueltas que doy mal mi grado, no lo diré hasta que me hayais resucitado.

—¿Y cómo he de hacer yo ese mal milagro, pérfida bruja?

—Id al jardin, respondió la vieja. Cortad siemprevivas eternas, moco de pavo, y sangre de dragon; haced con estas flores un cocimiento en la caldera, preparad con él un baño en el que me metereis—y diciendo esto la vieja, se murió sin decir Jesus.

Hizo el caballero todo como se lo habia prescrito la bruja, la que efectivamente resucitó, y mas fea que antes, porque sus narices, que no cupieron el el caldero, se quedaron muertas y tan blandas que parecian un colmillo de elefante.—Díjole entonces al caballero dónde estaba su hermano. Bajó al abismo, en que halló á este y otras muchas víctimas de la pícara Berberisca, y las fué metiendo una tras otra en el caldero, y todas iban resucitando, y conforme resucitaban venia alegre el eco que era su voz, tomando posesion de sus gargantas, y lo primero que decian era:—¡maldita vieja! ¡Berberisca sin piedad! ¡malvada sin entrañas!—Lo que hizo con estos hidalgos, hizo el caballero con muchas bellas jóvenes que se habia llevado el Dragon, que era hijo de la vieja, y cada cual de ellas daba gracias al caballero del pez, y su mano á uno de los hidalgos resucitados; y la pícara Berberisca, al ver esto, se acabó de morir de envidia y de corage Marcháronse en seguida todos á Madrid, donde fué tal la alegria general al verlos llegar, que todos los madrileños se pusieron a bailar un galop en amor y compañía, sin distincion de categorias ni de opiniones, sacando á bailar con mucha atencion el *Heraldo á la Nacion*, *el Clamor à la España*, *el Pueblo á la Epoca*, *el Popular á la Esperanza*; porque la pícara vieja que se murió de rabia era la *discordia*, y el dragon que mató nuestra héroe, hijo de ella, era la *guerra civil*.

Era de ver con qué noble y coreográfico ímpetu arrastraba *el Clamor* en sus brazos *á la España*, que llena de pudor y de decoro se sonrojaba y sonreia aristocráticamente.—Con qué furor terpsicoreano revoleteaban unidos como la Fuoco y la Guy *el Heraldo* y *la Nacion*! ¡Qué vueltas tan simultáneas y airosas daban *el Popular* y *la Esperanza*, *el Pueblo* y *la Epoca*! ¡Qué cortesías á la francesa hacia *la Patria* al *Católico*. que correspondia á la finesa ofreciéndole un polvo de rapé! —Al ver este encantador espectáculo, los ingleses abrieron los ojos y la boca mas de lo necesario para estar bonitos.—Los franceses llenos de envidia, esclamaron *cest incroyaaable*.—Los prusianos se entusiasmaron tanto, que se tiñeron sus rubios bigotes de negro para parecerse á los españoles.—El Austria, de gozo y simpatía dió un brazo al gran turco.—Minerva, que vió su culto olvidado y desatendido en Europa, renacer bajo los auspicios del de Terpsícore. declaró á los españoles sus hijos predilectos, y colorin colorado, cate V. mi cuento acabado.

———

UN QUID PRO QUO.

No contamos un cuento: referimos un hecho en toda su sencilla verdad, la cual salió de la boca del editor responsable, que es un boyero. Aquel á quien asuste la fuente,

el chorro y el recipiente, esto es, el boyero, su relacion y el trasladante que va á poner en letra de molde lo que recogió, que no lea, puesto que si supiéramos que ibamos á ser leidos con prevencion, se tornaria la ligera y ágil pluma que tenemos en la mano en un pesado é inamovible barron.

Hay en uno de los pueblos de Andalucía, que alza sus blancas casas bajo un cielo que crió Dios solo para cobijar á España desde Despeñaperros hasta la ciudad que defendió Guzman el Bueno, un convento, abandonado como todos, gracias *al progreso de las ruinas*. Situado sobre una elevacion del terreno al fin de una ancha y solitaria calle, á la que dió su nombre de San Francisco, es hoy mas propiamente que nunca, la última casa del lugar. Eleva el convento su grandiosa puerta hácia el pueblo, y esticnde su huerta en el campo. Hubo en esta huerta muchas palmeras; hay ancianos que las recuerdan; pero solo quedan dos, unidas como hermanas. Hubo en el convento muchos religiosos; pero ya no queda sino uno solo! Las palmas se apoyan una en la otra: el religioso en la caridad de los fieles. Todos los martes viene á decir una misa en aquella magnífica iglesia abandonada, que ya no tiene campana para llamar á los fieles. ¡No hay voces con que espresar los sentimientos que inspira el ver en este suntuoso templo al venerable anciano ofrecer en silencio y soledad el augusto sacrificio! No puede uno menos de figurarse que aquel sagrado recinto está lleno de espiritus celestes, entre los cuales solo el sacrificante está visible.—La iglesia es de una altura portentosa. y tan apaciblemente alegre que parece que solo se edificó con el fin de que en ella resonase el sublime himno del *Te Deum* y el no menos sublime cántico del *Gloria*.—El altar mayor, primorosamente esculpido en el género Churrigueresco, deslumbra con la multitud de flores, frutas, guirnaldas y cabezas de ángeles dorados, que ostenta con tal profusion y tal brillo, que prueba que al labrarlo, no entraron en cuenta ni el tiempo ni el gusto.—¿Para qué sirve el oro hoy en dia? ¿para qué el tiempo? ¿empléase mejor? El que nos afirme que si, tendrá el lauro de convencernos de que fué acertada la supresion de los conventos. Mientras no, lloremos sobre aquel grandioso coro, aquellas ricas capillas, aquel soberbio tabernáculo, frio y vacío como el corazon del incrédulo. ¡La incredulidad! Ella es el gran triunfo que logra la materia sobre el espiritu, la tierra sobre el cielo, el ángel apóstata sobre el ángel de luz.

La plazuela que separa el convento de la ancha calle que á el conduce, está cubierta de yerba: allí sueltan los carreteros sus bueyes en horas de descanso. Al entrar en el compás, en lugar de escalones, se sube una pequeña cuesta terraplenada; á los lados sostienen la tierra unos poyos de mamposteria, al frente está la puerta de la iglesia; á la derecha una capilla de la órden de los terceros; á la izquierda se sigue para buscar la porteria.

Lector, si eres afecto á las cosas de nuestra vieja España, acude á aquí. Aquí aun está en pié la iglesia; aun vejetan sin cultivo las dos palmas; aun existe un fraile franciscano, que dice misa en la escueta iglesia: aquí aun hay boyeros que refieren sucesos, en los que se aparea lo religioso y lo festivo con esa buena fé y sanidad de corazon de niño que juega con las veneradas canas de su padre, sin creer por eso que le falta al respeto. Pero acude pronto, porque antes de mucho desaparecerá todo esto y habremos de llorar sobre ruinas, á las que lo pasado prestara toda su mágia, como para vengarlas.

El tercer dia de la semana brillaba puro y alegre, ignorando sin duda la calidad de aciago que le prestan los hombres, y muy ageno de que un refran su enemigo le quiera privar del placer de ser testigo de bodas y embarques. Un martes, pues, ageno de toda influencia ó mira hóstil, como si fuese un domingo subia la calle de San Francisco una señora, que es la que nos ha referido lo que vamos á contar. Se dirigia al convento vacío para oir la misa de los martes, en la que Dios iba á llenar aquel templo abandonado con su augusta magestad. Cuando llegó, aun no habia venido el sacerdote, y la iglesia estaba todavía cerrada. Sentóse en el compás sobre uno de los poyos de mamposteria, entre tanto que llegaba el padre. La mañana estaba tan fresca que hacia dulces los rayos del sol. Al frente de ella veia descollar las palmeras como dos nobles gemelas que llevaban sin doblarse ni humillarse su persecucion y abandono. Los bueyes tendidos en la plazuela rumiaban pausadamente, y tan inmóviles que se posaban los pajarillos en sus astas. Las lagartijas se paseaban por las paredes de que eran dueñas absolutas, en un vergel de alcaparras, de rosadas flores y de parietarias, mirándolo todo con sus grandes é inteligentes ojos. En el esmalte del cielo... (mal decimos: ¿quién hace un esmalte que se parezca á ese cielo?) vagaban blancos y ligeros celages, como el humo de un puro sacrificio en gloria del Altísimo. Era una mañana en que era dulce el vivir: tanto hacia olvidar la naturaleza los estrechos circulos en que nos agitamos con afan, y en los que el vivir es una fatiga.

Dos boyeros se sentaron en el mismo poyo que la señora. Un andaluz no se corta nunca: el sol puede eclipsarse: la serenidad de un andaluz no se eclipsa en la vida de Dios. El sultan Harum-Aralschid, si hubiese reinado en Andalucía, hubiera podido ahorrarse los disfraces de que usaba para mezclarse entre su pueblo y sin imponerle cortedad. No es debido esto á que menosprecie las superioridades este pueblo, no: es que si bien se quita el sombrero ante una superioridad, no agacha la cabeza. Asi fué que aunque esa señora era una de las principales del pueblo, y aunque habia otros asientos, aquel les pareció el mas bonito y en aquel se sentaron á *platicar* sin cuidarse de ser oidos.

En los paises del norte la gente del campo es perfectamente buena y perfectamente estúpida: piensa poco y habla ménos; pere en Andalucía el pensamiento vuela, y la palabra le sigue: pueden quedarse estas gentes sin comer y sin dormir dos dias sin mayor molestia; pero callados dos minutos eso no puede ser. Si no tienen con quien hablar, cantan. Hombre, le dijo el uno al otro, no puedo mirar aquella capilla de los Terceros sin acordarme de mi padre que era hermano, y cuando yo era muchacho me traia aqui todas las noches á rezar el rosario que á la oracion rezaban los hermanos—¡Cristianos! y qué hombre era tu padre! ¡ya no los hay en aquella cantera!

—¡Qué ha de haber! Los hombres hoy por hoy son un hato de haraganes, sin mas devocion que la de San Rorro, patron de los borrachos.—Decia mi padre (en gloria esté) que desde la guerra de la guillotina del francés se torció el carro.—Pero vamos al caso: me contaba su merced un suceso acaecido en este convento.—Acudia toda la gente de este barrio á los frailes para que asistiesen á bien morir.—Hoy en dia mas de cuatro se van al otro mundo como perros ó judíos.—Quedábase pues, todas las noches un padre velando, y listo por si lo requerian, é iba eso por turnos. Una noche que le tocó la vez á un padre muy conocido y bien quisto en el pueblo, que se llamaba el padre Mateo, vinie-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ron á llamar tres hombres á la portería, requiriendo á un religioso para que fnese á auxiliar á uno que se estaba muriendo. El portero avisó al padre Mateo, que bajó tan luego. Pero apenas se habia cerrado la puerta del convento, los tres hombres le dijeron que era preciso que á buenas ó á malas se dejase vendar los ojos. Al padre le hizo aquello una gracia como si le sacasen las muelas; pero ¿qué habia de hacer el santo varon sino agachar las orejas? Porque aunque era un moceton cómo un trinquete, que tenia buenos puños para defenderse, aquellos eran tres, era gente de bronce y venia armada. Además, tampoco podia su merced desatender á su ministerio, y solo Dios sabia cuáles eran las intenciones de los que lo llamaban. Asi fué que se dejó vendar y dijo: ¡A Roma por todo!

Nadie puede saber las calles que le hicieron andar: por esta me entro por estotra me salgo, hasta que llegaron á un casucho, lo subieron por una escalera, lo empujaron en un cuarto y lo encerraron. Quitóse la venda, pero todo estaba oscuro como boca de lobo; oyó entonces un gemido hácia un rincon de la estancia. ¿Quién se queja? preguntó el padre Mateo. Señor, yo soy, contestó una voz lastimera de mujer, aquí me tienen esos malvados. que me quieren matar despues que me haya puesto bien con Dios. ¡Esto es una iniquidad! Padre, por María Santisima, por la sangre de Cristo nuestro Señor, por los pechos que lo criaron, padre, sálveme V.

—Hija, y ¿cómo podré yo salvarte? respondió el padre Mateo. ¿Qué puedo yo, solo, contra tres hombres, armados y sin conciencia?

—En primer lugar desáteme V., dijo acongojada la mujer.

El padre Mateo se puso á tientas, y como Dios le dió á entender, á desatar los nudos de las cuerdas que le ataban á aquella infeliz las manos y los piés; pero estaban apretados, no se veia, y el tiempo corria como si un toro corriese trás él.

Llamaron á la puerta. ¿No ha despachado V., padre? preguntó uno de los hombres.

¡Ea! No dar prisa, contestó el padre, que tenia el corazon bien puesto; pero que no acertaba cómo salvar á aquella infeliz que temblaba como una azogada y lloraba como una fuente. ¿Qué hacemos? decia el pobre señor condolido y asombrado. Como las mujeres son capaces de discurrir tretas hasta con un pié en el hoyo, discurrió esta esconderse debajo de los hábitos del padre Mateo, que como ya dije era un hombron que no cabia por esa puerta. Mal medio es, dijo su merced; pero á no haber otro, preciso es valerse de él, y salga el sol por Antequera!

Púsose cerca de la puerta, llevando á la mujer debajo de sus hábitos...—¿Acabó V., padre? preguntaban los desalmados aquellos.—Acabé, contestó el padre Mateo, al que no llegaba la camisa al cuerpo.—Señor, no me desampare V.! gemia la muger, mas muerta que viva.—Calla! Encomiéndate al Señor de los Desamparados, y sea lo que Dios quiera! contestaba este.—A vendarse, y ligero! dijeron los hombres, volviendo ó cubrirle los ojos; y cerrando la puerta con llave, bajaron los tres custodiando al padre, no fuese que intentase quitarse la venda y conocer el paraje en que se hallaban.

Despues de dar las mismas vueltas y revueltas, se hallaron en la calle de San Francisco; entonces los tres á la vez echaron á correr y desaparecieron como por ensalmo. Apenas se hubieron ido, cuando le dijo el padre Mateo á la muger:—Eh. ahora, hija mia, pon los piés en polvorosa, y vé donde te escondes, que yo no puedo llevarte al convento. No me des las gracias, sino á Dios que te ha librado; no te detengas, que aquellos foragidos, conforme se

hallen que voló el pájaro, van á venir á alcanzarme. Dicho esto, ella echó á correr, y el padre en tres zancadas se plantificó en su convento. Conforme entró se fué á la celda del padre guardian y le contó cuanto le habia pasado, añadiendo que aquella gente preciso era que viniese al convento á preguntar por él.

No bien lo hubo dicho, cuando se oyó llamar á la puerta del convento. El guardian fué el que bajó y se presentó.—¿Qué se ofrece, caballeros? preguntó.—Acá venimos, contestaron, en busca del padre Mateo, que estaba ahora poco confesando á una mujer. No hay tal: el padre Mateo no ha confesado esta noche á ninguna muger.—¿Que no? ¡pues si se la ha traido aqui por mas señas!—¿Qué estais diciendo, deslenguados? ¡Una muger al convento! ¿cómo se entiende quitar de esa manera la estimacion al padre Mateo é infamar al convento?—No, no, señor, no lo decimos con esa intencion, sino que...—¿Sino qué? preguntó cada vez mas enojado el guardian. ¿Qué motivo honrado puede acaso haber para traer de noche una muger al convento? Los hombres se miraron unos á otros.—Bien te dije yo, murmuró el uno, que esto no era cosa natural, sino milagrosa.—Sí, sí, dijo otro: esto es obra de Dios ó del diablo.—Del diablo no, porque no se mete á impedir lo que le tiene cuenta.—Id con Dios, mal hablados, dijo en voz campanuda el guardian, y guardaos de acercaros á los conventos con malos fines, ni tender lazos ni levantar calumnias á sus pacificos moradores, que como el padre Mateo descansan tranquilamente en su celda; que nuestro Santo Patrono vela sobre nosotros.

—No te quede duda, dijo el mas sobrecogido de los tres: ha sido el mismo San Francisco que ha venido con nosotros para salvar con un milagro á aquella muger.

—Padre Mateo, dijo el guardian cuando se hubieron ido; se han sobrecogido mucho y os han tomado por San Francisco. Mas vale asi, pues son gentes temibles: están furiosos.

—Mucho me honran, contestó el padre Mateo; pero deme vuestra paternidad permiso para marcharme esta madrugada á un puerto de mar, y de allí en el primer barco que salga á las Indias, no sea que lo piensen mejor y me cuelguen á mi el milagro de San Francisco.

Universidad de Deusto
Biblioteca

EL TIO INTERÉS.

CUENTO POPULAR,

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA. (1)

I.

Hace cosa de diez y seis años, caminaba yo en una galera de Medina del campo á Valladolid, y entre los viajeros que me acompañaban, iba una mujer que se quejaba amargamente de que no se le habia hecho justicia en un pleito que estaba á punto de resolverse en segunda instancia en la audiencia de Valladolid, donde temia que tampoco se la hiciese justicia.

Con tal motivo se dijeron allí perrerías de los tribunales, y el que mas benévolamente los juzgó fué un señor cura de aldea, que se limitó á decir que los jueces tienen ojos y no ven. Yo quise tomar la defensa de la justicia, porque esta señora de vidas y haciendas es muy respetable; pero sea que el auditorio estuviese poco dispuesto á dejarse convencer ó sea que la santidad de la causa que yo defendia no diese la suficiente elocuencia á mi palabra de suyo poco persuasiva, es lo cierto que tuve que callarme porque creí que mis compañeros de viaje me comian vivo.

—No saben VV. el cuento del tio Interés? preguntó un labrador gordo, alegrote, malicioso y decidor, que era de los que mas parte habian tomado en la disputa animado sin duda por las frecuentes caricias que tras un «VV. gustan?» hacia á una enorme bota que asomaba en sus alforjas.

—No señor, le contestamos todos.

Y yo, que doy á los cuentos populares la importancia que se les da en todos los paises cultos donde se los recoje, imprime y estudia profundamente como documentos preciosos para conocer la historia y el espíritu popular, uní mis ruegos á los de mis compañeros para que el labrador contase el cuento del tio Interés, que en efecto nos contó sustancialmente en estos términos:

(1) Cuando califico de popular un cuento, ha de entenderse que le he recogido de boca del pueblo. La idea del presente me parece mas *artística* que *popular* y, sin embargo, por popular le doy porque se le he oido á un hombre del pueblo.

II.

«En un pueblo de Castilla cuyo nombre no viene á cuento, vivian tres sugetos muy conocidos por la singularidad de su carácter que bastarán á dar á conocer los apodos con que eran conocidos y uno de los rasgos mas característicos que se atribuian á cada uno de ellos.

Del tio Interés se contaba que cuando el sastre le tomaba medida para hacerle ropa, se encogia conteniendo el aliento para que se necesitase menos tela.

Del tio Justicia se aseguraba que siendo alcalde del pueblo, se prendió á si mismo y se tuvo una porcion de dias en el cepo.

Y por último, del tio Buenafé se decia que á las sociedades de crédito se le daba.

III.

El tio Interés, el tio Justicia y el tio Buenafé se encontraron un dia en la calle y travaron conversacion.

—Cómo va, tio Interés, cómo va con estos tiempos?

—Cómo quiere V. que me vaya, tio Justicia, sin ganar un cuarto con las bárbaras cosechas que hay todos estos años?

—Qué, las buenas cosechas le perjudican á V.?

—No me han de perjudicar, hombre! Cuando las cosechas eran malas tenia uno á porrillo labradores á quienes prestar dinero al ciento por ciento de interés; pero desde que son buenas, ni sin interés hay quien tome un cuarto.

—Hombre, me alegro de que le suceda á V. eso, porque es justo que los labradores cojan el fruto de su trabajo, y es una picardía que los usureros como V. engorden con su sudor.

—Soy de la misma opinion que V., tio Justicia, dijo el tio Buenafé.

—Vayan VV. al cuerno con sus escrúpulos de monja! esclamó el tio Interés muy quemado.

—Tio Interés, no se enfade V. hombre, le dijo el tio Justicia, que en este mundo todos debemos desear el bien de los mas y sentir el mal de los menos.

—Y además, añadió el tio Buenafé, cuando Dios da para Vicente da para el vecino de enfrente. ¿Cómo V., que estudia con el enemigo malo para sacar partido de todo, no ha encontrado medio de sacarle de las buenas cosechas que hay estos años?

—Ya le he encontrado. pero para eso se necesita mas capital que el que tengo.

—Espliquese V., que quizá le podamos ayudar el tio Justicia y yo, pues gracias á Dios nos quedan algunos miles de reales de lo que heredamos de nuestros padres aunque hemos perdido mucho, el tio Justicia por no querer pasar por injusticias y yo por fiarme de pícaros.

—Pues el medio que yo encuentro de sacar partido de las buenas cosechas que hay estos años, consiste en dedicarse á comprar granos en Castilla, donde abundan, y venderlos en Andalucia, donde escasean. Con que ¿qué le parece á V. la idea, tio Justicia?

—Que la acepto con tal que procedamos en todo con rectitud.

—Y á V., tio Buenafé?

—Que tambien estoy conforme con tal que la buena fé sea la base de nuestra especulacion.

IV.

El tio Interés, el tio Justicia y el tio Buenafé se asociaron para comerciar en trigos.

Las bases de la sociedad fueron las siguientes:

1.ª El capital habia de ser de 60 mil reales, poniendo cada uno 20 mil.

2.ª Cada socio habia de tener un distrito fijo en Castilla para la compra de trigos y otro tambien fijo en Andalucia para la venta, á cuyo efecto se dividia á Castilla en tres

Universidad de Deusto
Biblioteca

distritos y á Andalucia en otros tres.

Y 3.° Al cumplirse el año, los tres sócios se habian de reunir en Madrid y repartirse por partes iguales los fondos que resultase tener la sociedad, hubiese disminuido el capital ó hubiese aumentado.

Constituida asi la sociedad, cada sócio tiró por su lado, y.... manos á la obra, á comprar trigo barato y á venderlo caro!

V.

Espiraba el año, y el tio Interés, el tio Justicia y el tio Buenafé tomaron el camino de Madrid para repartirse por iguales partes los fondos de la sociedad y dar esta por disuelta.

El tio Interés llegó el primero ansioso de embolsarse su parte, que creia seria grande suponiendo que sus consocios habian realizado ganancias aun mayores que las suyas, apesar de que las suyas eran enormes.

Impaciente al ver que sus consocios no llegaban, determinó salirles al encuentro.

En las llanuras de la Mancha encontró al tio Justicia y le hizo dos preguntas.

—Qué tales son las ganancias de usted?

—Hombre, regularcitas.

—Y dónde queda el tio Buenafé?

—Muy atrás debe quedar aun.

El tio Interés siguió su camino hasta dar con el tio Buenafé.

Encontróle á la banda de allá de Despeñaperros y se apresuró á preguntarle qué tal venia de ganancias.

—Malisimamente, contestó el tio Buenafé. Por fiarme de todo el mundo y proceder como Dios manda, no solo no he realizado ganancia alguna por mas que me he matado á trabajar, sino que he perdido la mayor parte del capital que he manejado.

El tio Interés se puso hecho un toro al oir esto, pero aparentó tranquilizarse, y emprendió la vuelta con el tio Buenafé.

Conforme caminaban, el tio Interés decia para sí:

—Con arreglo á lo convenido, en Madrid haremos un monton del dinero que llevamos los tres socios y lo repartiremos por partes iguales, de modo que la misma cantidad me tocará á mi, que he duplicado la parte de capital que he manejado, que á este estúpido de tio Buenafé, que lejos de ganar, ha perdido! Esto no puede quedar asi.

Y faltándole del todo la paciencia con estas amargas reflexiones, al pasar por el despeñadero que dá nombre á aquella cordillera, porque es donde en tiempo de los moros se despeñaban voluntariamente los que no creian en Dios, calificados muy propiamente de perros por los mismos moros, cogió por la embragadura al pobre tio Buenafé, y despues de arrancarle la mermada bolsa, ¡cataplun! le lanzó al precipicio, donde se hizo pedazos.

VI.

El tio Interés llegó á Madrid y se dirigió á la posada donde esperaba á sus consocios el tio Justicia.

—Qué, viene V. solo? le preguntó este admirado al ver que no llegaba con él el tio Buenafé. Y el tio Buenafé dónde queda?

—El tio Buenafé no solo no ha ganado nada, sino que ha perdido la mitad de los fondos que ha manejado, y como con razon se le cae la cara de vergüenza por su mala suerte ó mejor dicho por su tontería, me ha dado el poco dinero que trae y dice que renuncia su parte y ni aun quiere presentarse á nuestra vista. Conque ea, vamos á reunir todos los fondos y á repartirnoslos entre los dos, que asi nos tocará á mas.

—Eso no lo consiento yo! esclamó muy incomodado el tio Justicia. Al tio Buenafé, haya perdido ó haya ganado, le corresponde igual cantidad que á cada uno de nosotros.

—Hombre no sea V. tonto....

—Hombre no sea V. injusto!

Que si ha de ser, que si no ha de ser, en estas y las otras el tio Interés sacó con mucho disimulo la navaja y le tiró al tio Justicia un navajazo que le echó un ojo fuera.

El tio Justicia echó á correr y viendo que el tio Interés le perseguia navaja en mano, le arrojó la bolsa y á esto debió su salvacion, pues el tio Interés se bajó á cojerla y asi pudo escapar el pobre tio Justicia.

VII.

Al llegar aqui el labrador, sacó la bota y la dió un beso tan prolongado que no pude menos de preguntarle impaciente:

—Y qué ha sido del tio Interés y del tio Justicia?

—Hace pocos dias pasé por un pueblo y acordándome de ellos, hice esa misma pregunta á una mujer que estaba lavando ropa en un arroyo.

—El tio Interés, me contestó, bien rico y bien bueno y bien gordo está. En cuanto al tio Justicia, alcalde del pueblo es ahora.

—Pero está bueno?

—Le falta, con perdon de V., un ojo.

Y queriendo sonsacar á aquella buena mujér qué se opinaba en el pueblo acerca del crimen de Despeñaperros,

—No hay en este pueblo, le pregunté, un sujeto llamado por mal nombre el tio Buenafé?

—Buenafé... contestó procurando recordar, Buenafé..... ah! ya no existe!

Calló el labrador, callamos todos por un instante y el señor cura interrumpió al fin el silencio diciendo:

—Ese cuento prueba que si el pueblo pagano tenia simbolos y mitos para representar sus vicios y sus virtudes, tambien el cristiano pueblo de Castilla los tiene.

ANGELA.

CUENTO, POR DON MARIANO DE LA TORRE Y RESPALDIZA.

Una de las cosas por las que mas aficion he tenido siempre, han sido los viajes.

Viajar, verlo todo, examinarlo todo detenidamente, preguntar hasta la historia de las cosas mas insignificantes; este es mi vicio favorito.

Pero en mis viajes dejo con gusto la bulliciosa Paris, la nebulosa Albion y todos esos grandes centros donde unida á la etiqueta va la degradacion, el vicio y la mentira; prefiero las aldeas.

Me gusta, sentado á la puerta de una cabaña, escuchar las consejas del pueblo, contadas por un anciano pastor cuyos blancos cabellos caen en desórden al rededor de un robus-

Universidad de Deusto Biblioteca

to cuello, y asistir junto al hogar á la lectura de esos libros piadosos ó instructivos, tan necesarios en las aldeas, con los que el padre de familia hace menos pesadas las frias noches del invierno.

En uno de mis viajes por la pintoresca Galicia, llegué á la linda villa de X..... situada á la orilla del mar sobre una colina. X... estaba de fiesta, los cohetes hendian el espacio, las campanas elevaban al cielo sus metálicas voces y las gentes ataviadas con sus mejores galas se dirigian á la iglesia.

Ansioso de saber la causa de tanta alegria, me dirijí tambien al templo del Señor.

La iglesia estaba magnificamente iluminada, una sencilla pero agradable orquesta ejecutaba una sinfonia.

Pregunté el motivo y me contaron la siguiente historia.

Cuando nuestra nacion estaba empeñada en la fratricida guerra de los siete años, llegó á este pueblo un escuadron de caballeria mandado por un jóven oficial. Este se enamoró perdidamente de una bella jóven de 16 años de edad.

Angela, que asi se llamaba la jóven, dió oidos á las amorosas declaraciones del oficial.

A los pocos dias Angela y Enrique eran dos cuerpos y un alma.

Enrique participó á los padres de Angela sus propósitos, al mismo tiempo que escribió á los suyos participándoles su deseo de contraer matrimonio y pidiéndoles su consentimiento.

Los padres de Enrique, dejándose llevar de las preocupaciones que han tenido y aun tienen algunos nobles, no consintieron en que su hijo se uniera con la hija de unos pobres pero honrados labradores.

Habian pasado algunos dias desde lo que acabamos de contar; Angela y Enrique se querian cada dia mas.

Una mañana, tal vez aquella en que mas risueños proyectos hacian los dos jóvenes amantes, recibió Enrique un pliego de su coronel en el cual se le ordenaba se incorporase al regimiento con su compañia.

Era necesario dar una gran batalla y por lo tanto toda la fuerza era poca.

Enrique enseñó la órden á su novia.

El corazon de los jóvenes estaba traspasado de dolor.

Se querian y no los dejaban casarse, pero al menos se veian todos los dias.

Pero ¡ah! la órden recibida por Enrique les quitaba hasta este consuelo.

Iban á separarse y quizás para siempre: tal vez el plomo enemigo quitaria la vida á Enrique.

El jóven oficial propuso á los padres de Angela un casamiento secreto, en lo que no quisieron consentir de ninguna manera.

Enrique, desesperado por tener que separarse de Angela, propuso á esta la huida de la casa de sus padres pintándole su amor desesperado y suplicándola consintiera en que la robara aquella misma noche.

Angela, indignada con semejante proposicion, se separó de Enrique sin decirle una palabra.

Llegó la hora de marcharse y Enrique no pudo despedirse de su amada.

Angela no podia soportar la ausencia de su amante.

Despues de la marcha de Enrique todo habia cambiado para ella.

Su rostro palidecia.

Ya no era aquella alegre jóven que cantaba á la puerta de su casa mientras haciá las labores domésticas.

Angela palidecia, pero á su rostro daba mayor hermosura su palidez.

Su amor la mataba; amaba, era correspondida; pero la proposicion que Enrique le habia hecho antes de su marcha, resonaba siempre en sus oidos y la atormentaba mucho.

Habian pasado algunos años.

La guerra habia terminado en los campos de Vergara.

Los guerreros habian dejado el fusil y la espada para empuñar la azada y el arado.

Era una magnifica tarde de verano.

Al sofocante calor del dia habia sucedido la fresca brisa de la tarde.

A la puerta de la casa de Angela, estaba ésta sentada con su familia.

Su padre leia un pasaje de la Sagrada Escritura.

De repente sienten galopar de caballos, miran hácia donde se siente el ruido: pero una densa nube de polvo les impide ver lo que ella envuelve.

La nube se acerca, ya se distinguen mejor los objetos y Angela conoce á Enrique en medio de aquel torbellino de polvo.

La jóven se levanta para entrar en su casa, pero ya no tiene tiempo.

Enrique habia saltado del caballo y estaba de rodillas á sus pies.

—¡Perdon! esclamaba Enrique jadeante de cansancio y con voz entrecortada por la alegria y la vergüenza.

¡Perdon, Angela!

Hubo un dia en que te propuse la huida de la casa de tus padres; tu comportamiento hizo que despues meditase lo que te habia dicho y conocí cuanto valias y cuán bajo habia sido mi proceder.

Al principio crei no podria alcanzar tu perdon y espuse mil veces mi vida en los combates.

Pero aun no habia llegado mi hora!

Las balas me respetaban y en vez de la muerte, encontraba elogios y distinciones.

Hecha la paz y despues de muchisimo trabajo, pude conseguir de mi familia el consentimiento para que se efectuara nuestra union.

Pedí permiso á mi general para venir á verte y me lo concedió; añadiendo, que él nada niega á los valientes, que el dia de nuestro casamiento seria el padrino si tu le concedias esta honra.

¡Perdon, Angela! lee en mi corazon y verás en él cuanto he sufrido.

Angela, ébria de gozo, con una sonrisa angelical, le tomó una mano, le hizo levantar y despues de un rato de silencio le dijo.

—Enrique, nada tengo que perdonarte.

A los tres dias de la llegada de Enrique, se efectuaba el casamiento de éste con la hermosa Angela en medio de la alegria de todos los de la villa.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LAS VECINAS (1).

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

¡Atencion y mano al boton!..... Ahora van ustedes á oir una de las conversaciones que suelen tener desde ventana á ventana la señora Isidra y la señora Rita, mujeres las dos como Dios manda, mejorando lo presente. No es menester dar pelos y señales de ellas, porque todos tedes las tienen vistas y revistas. Con estas advertencias, y con decir que las ventanas á donde se asoman dan al patio y están una en frente de otra, estamos al fin de la calle.

—¡Chiquirritito! ¡Hermoso! Si tu âma no te cuida, nadie se acuerda de ti.

—Buenas noches, señora Isidra.

—Señora Rita, buenas noches. No la habia visto á usted. Voy á entrar este animalito, porque las noches se van poniendo frescas, y no sea que le haga daño el sereno.

—Hija, hace usted bien en cuidarle. Lo que ese animalito de Dios ha cantado hoy no es para dicho.

—Si, señora, es una alhaja. ¡Chiquirritito de su ama! ¡Mire usted, mire usted, como aletea de gozo! En cuanto alguno de casa se acerca á la jáula, el pobrecito se deshace. Señora, los animalitos, fuera del alma, son como las personas: toman ley al que los trata bien.

—¡Ay, señora Isidra, cuántas personas hay que no hacen otro tanto!

—Mi pariente se muere por los bichos: así que entra en casa, ya se sabe, lo primero que ha de hacer siempre es ir á dar un vistazo al pájaro. ¡Pues no digo nada mis chicos!

—Ay, hija, no se parece á mi pariente! El año pasado teníamos la casa perdida de ratones, y me dió la gana de pedir un gato á la señora Antonia. ¡Creerá usted que apenas vino mi pariente y le vió, cogió al animalito del rabo y le estrelló contra la tapia!

—¡Ave Maria purísima, qué judiada!

—El otro dia se entró en casa un perrito de aguas, tan limpito y tan mono que daba gloria de Dios el verle. Pues, hija, nunca hubiera entrado el animalito, porque apenas le vió aquel, le tiró un badilazo que le rompió una pata.

—¡Calle usted, por Dios, señora, que da coraje el oir eso. ¡Bendito sea Dios, que le ha dado á una un marido, pobre, eso sí, pero con un corazon de oro!

—Ay, señora, qué dichosas son ustedes! De soltera está una con el pio pio de casarse; se casa una, y entonces es cuando empieza Cristo á padecer:.... Hija, le aseguro á usted que yo daria un ojo de la cara por verme soltera, aunque tuviera que volver á servir, que no se me haria tan cuesta arriba como ántes de casarme. Es verdad que hay que sufrir, porque los amos al fin son amos. Que los señores gruñen porque quieren que una haga las cosas al vuelo; que la señorita compromete á una poniéndola de centinela mientras habla con el novio; que el señorito se propasa con una; que el aguador va con los chismes á la señora cuando una ahorra uno, dos ó medio en la compra; que pasa una la pena negra para meter al novio en casa; pero, hija, eso de tener asegurado el pan nuestro de cada dia, y dormir á pierna suelta sin mas que cumplir con su obligacion, es muy hermoso!

—Tiene usted razon, señora; pero cuando se da con un hombre como mi Paco, ya es harina de otro costal.

—Ya que habla usted del señor Paco, ¿ha venido ya?

—¡Toma, pues podia estar á estas horas fuera de su casa un hombre de obligaciones! ¡Hace poco que vino en gracia de Dios!

—Pues, hija, obligaciones tiene el mio, y aun está por allá.

—¡Qué me dice usted, señora!

—Lo que usted oye.

—Pues ya las doce de la noche no han de dar.

—¡Déjeme usted por Dios, hija, que me está llevando el demontre! ¡En llegando el sábado es cosa de desesperarse una!

—Pues, hija, ustedes se tienen la culpa.....

—Calle usted por Dios, señora, que estoy harta de predicarle, y saco lo que el negro del sermon.....

—Si hiciera usted lo que yo.....

—Pero, señora, ¿no está harto de ver que así que Dios anochece no para una de dar cabezadas, cansada de lavar, de coser, de la cocina, de lidiar con esas criaturas, que son e enemigo malo?

—S! no es eso, señora, si no es eso! Lo que usted debe hacer los sábados.....

—Hija, créame usted, yo no puedo hacer mas que lo que hago. Los sábados y los domingos, y todos los dias de la semana le estoy sermoneando: «¡Mira, Juan, que te vengas á casa cuando salgas del trabajo! ¡Mira que no estamos para bromas de taberna! ¡Mira que las cosas se van poniendo por las nubes! ¡Mira que esas criaturas están en cueritos vivos! ¡Mira.....

—Pero oigame usted, señora. Lo que debe usted hacer los sábados es.....

—Si le digo á usted que no puedo hacer mas que lo que hago.....

—¡Canario, déjeme usted hablar, que no soy costal!

—Hable usted, señora.

Lo que debe usted hacer los sábados es lo que yo hago: irse hácia el taller á la hora de la cobranza y coger fresquito el jornal de la semana. Hija, ya sabemos lo que son los hombres por buen aquel que tengan: si una no les tira de la rienda, en cogiendo el jornal se juntan cuatro malas cabezas, y que vamos á echar unas copas, que ya podias convidarme á buñuelos, que á que no eres hombre de jugar conmigo un cuarto de cabrito, se gastan la mitad de lo que una está esperando como el santo advenimiento, y luego para nosotras son los apuros, porque á ellos hay que dárselo cocido y amasado. Luego, hija, los jornales son cortos y las necesidades de una casa son largas: que la compra por la mañana, que el carbonero, que el aguador, que el casero, que el cuartito de especia, que el hilo, que el tabaco, que el traguillo de cuando en cuando, porque al fin el que trabaja y no va á la taberna, no ha de beber siempre agua.... Se gasta una un sentido, y por mas vueltas que le da no le sale la cuenta.... Ya ve us-

(1) Desde que empezó á publicarse el LEYENDARIO POPULAR, está recibiendo el autor de este cuento instancias para que le incluya en esta coleccion. Retraiale de hacerlo la circunstancia de ser muy conocido el diálogo de *Las vecinas*; pero al fin hoy se decide á darle cabida, teniendo en cuenta que aunque carezca de todo otro mérito, tiene el de encerrar una gran moralidad *practica*.

ted, señora, qué milagros puede hacer una con ocho reales que gana mi Paco...

—Señora, diez y seis gana el mio, y aquí nos tiene usted, á él sin mas que lo puesto, á mi descalcita de pié y pierna, y á los chicos poco menos que como su madre los parió. Luego el casero y el carbonero y qué sé yo cuántos mas no dejan la ida por la venida; porque, hija, ¿qué han de hacer los hombres, si hace un siglo que no ven un cuarto? Y por remate de fiesta, ni una noche siquiera nos acostamos en paz y gracia de Dios. De modo que me voy quedando sequita, porque ni como, ni duermo, ni sosiego. Le digo á usted, señora, que se podia sacar una novela con lo que á mi me pasa.

—Pero, hija, por qué no hace usted lo que digo? ¿Por qué no se va usted hácia el taller el dia de cobranza?

—¡Calle usted por Dios, señora! ¡Buenas pulgas tiene mi pariente para eso! Puede que me reventara de una patada.....

—Ave María! ¿Le habia de pegar á usted, señora?

—¡Ay!, hija, bien se conoce que no sabe usted de la misa la media! Mañana hará ocho dias me puso el cuerpo á golpes mas negro que ese vestido....

—¡El Señor nos asista! ¡Jesus, qué picaro de hombre! Y no hay un presidio.....

—Señora, poco á poco, que mi marido no ha robado nada á nadie! El tiene mala cabeza, eso sí, y se deja llevar de otros calaveras, pero hombre de bien á carta cabal, lo es.

—¡Calle usted, calle usted por los clavos de Cristo, que se necesita ser pan candeal para sacar todavía la cara por el! ¡Ay, señora, si es verdad, como dicen los confesores, que en el platillo donde pesa las almas el bendito San Miguel se ponen las lágrimas que una derrama en esta vida, ¡cuánto tenemos ganado para con Dios las mujeres de los pobres!

—Es verdad, señora Isidra, y sobre todo las que no hemos dado con un hombre como el de usted.

A la señora Isidra se le saltan de alegria las lágrimas, que enjuga con el cabo del delantal. No teniendo á su lado á su marido ni á sus hijos para desahogar en ellos su ternura y su dicha, acaricia con la mano al pajarito, y esclama:

—¡Bendito sea el Señor, que tanta dicha me ha dado sin merecerla! Mi Paco, señora Rita, vale mas dinero que pesa. El no entiende de letra ni de nada; pero le sale de dentro el ser bueno, y lo es; porque lo que él dice: los hombres y las mujeres se casan para llevar juntos las penas de este mundo, que son carga muy pesada para uno solo, y el hombre, que es el mas fuerte, tiene que arrimar el hombro al lado que mas pesa la carga, y á mas de eso, sostener á la mujer cuando vacila, y darle la mano cuando cae. Un dia fuimos al campo mi pariente y mis chicos y yo, y cate usted, hija, que un señor de gaban y todo, no se sabe porque, principia á dar bofetadas á una pobre señorita. Mi Paco, que no puede ver hacer daño á una mosca, y que se pelea con el lucero del alba viendo una cosa asi, va allá con mi chiquitin de la mano, y le dice al caballero:— Caballero, aunque usted perdone, ¿le parece á usted que seria una mala partida el que usted ó yo principiásemos á bofetadas con esta criatura? — Ya se ve que lo seria, contestó el caballero.— Pues ha de saber usted, dijo mi pariente, que tan mala partida es pegar á una mujer como pegar á un niño, porque las mujeres son niños grandecitos, y Dios ha criado á los hombres para amparar á los niños, que no para maltratarlos. Hija, á mi un sudor se me iba y otro se me venia, pensando que el caballero lo iba á tomar por donde quema; pero figúrese usted cómo nos quedariamos todos cuando le vemos alargar la mano á mi pariente, saltándosele las lágrimas y

diciendo:— Tiene usted razon, y la leccion que usted me ha dado no se me olvidará en toda mi vida. La señorita, que ve esto, alarga la mano al caballero, como perdonándole; se marchan de bracero tan contentos como unas pascuas, y nosotros nos quedamos que ni en la gloria. ¡Hija, si no es porque habia gente delante me como á besos á mi Paco!

La señora Rita se echa á llorar esclamando:

—¡Ay, señora, señora! qué poco talento tenemos la mayor parte de las mujeres, queremos á los hombres por la cara, y no por la buena alma!

—¡Eh, señora! Usted no tiene la culpa de lo que le pasa. Esas son cosas que Dios hace, y hay que armarse de paciencia, que mas pasó su Divina Majestad por nosotros. Pues lo que yo hago los sábados, que á eso iba, es irme á la caidita de la tarde hácia el taller, asi como quien no quiere la cosa, para salir al encuentro á mi Paco, y venirnos juntos á casa, porque por lo mismo que él es mas bueno que el pan, hay que evitar qne le distraigan cuatro picaronazos, que, como dijo el otro, quien quita la ocasion quita el peligro. Eso no, ir yo á coger el dinero en casa del maestro, no lo hará jamás Isidra Martinez, que eso seria poner colorado á mi Paco, y la mujer, honra ha de dar al marido, que no se la ha de quitar. Pues, señora, nos venimos juntitos á casa viendo las tiendas, y gracias á eso no llega descabalado el jornal de la semana, porque, hija, á mi Paco todo se le antoja para su mujer y sus chicos. —Mira, ¿quieres que le compremos una pelota de esas á Juanito?— No, que ya le hice yo el otro dia una de paño que bota hasta el techo.—Mujer, ese pañuelo que llevas á la cabeza está ya hecho una criba; ¿quieres que compremos uno de esos que hay en este escaparate? Hijo, dejate de pañuelos, qué este está casi nuevo.—Vamos, golosita, que no te vendria mal un par de bollitos de estos.—No, hijo, que en esta bollería cuecen mal las pastas.—Mira que alfiliteros tan preciosos hay aquí. Espérate, que voy á tomar uno para la Pepita.—Déjalos, hombre, que yo le daré uno de los mios, que son mas fuertes. — ¿Quieres que entremos en esta horchateria á beber un baso de limon? — No, hijo, que me he atracado de agua esta tarde.— Asi me traigo á casa á mi Paco; ¿pero sabe usted lo que hacemos antes de subir? Tomamos media libra de escabeche y media docena de huevos, y mientras hago yo una tortilla que se comeria usted los dedos, baja la chica por una botella de vino, y cenamos como unos príncipes. Asi es que mis chicos toda la semana me están preguntando: madre, ¿cuándo es sábado? madre, ¿cuándo es domingo? El domingo nos levantamos todos temprano, se mudan mi Paco y mis chicos.... Eso no, galas no llevan, porque, hija, de donde no lo hay, no se puede sacar; pero han de ir siempre remendaditos y limpios como el sol de Dios. En seguidita se va todo el mundo á misa; luego preparamos una cazuelita de arroz con lomo ó bacalao, y nos vamos á comerla al campo, como hicimos mañana si Dios quiere hace ocho dias. Hija, ¡estan aquel San Antonio de la Florida, y aquella fuente de la Teja, que da bendicion de Dios ir por allí! ¡Lo que mis chicos corrieron por aquellas praderas! ¡Lo que su padre loqueó con ellos, como es tan padrote y tan....! ¡Los dichos que se le ocurrieron á mi Paco, como es tan decidor! ¡Lo que hizo reir con esa gracia que Dios le ha dado, aunque me esté mal el decirlo, á unos buenos señores que estaban á nuestro lado! ¡Lo que yo misma rei y salté y brinqué en aquel campo! Hija, vergüenza debiera darle á una el loquear asi á su edad, que ya no es una ninguna chiquilla; ¡pero qué se le ha de hacer, hija! Cuando el gozo

Universidad de Deusto
Biblioteca

le brinca á una en el cuerpo, hay que brincar tambien. A la caidita del sol, compramos naranjas á los chicos, mi Paco y yo nos agarramos del brazo como unos enamorados, y tomamos el camino de Madrid, mis chicos rodando las naranjas, y mi Paco y yo cantando mas alegres que unas pascuas floridas.

—¡Esa, señora Isidra, esa es la dicha, y lo demás es cuento! ¡Eso es vivir como Dios manda, y no como nosotros vivimos!

—¡Hija, lo que dice mi Paco: bastantes penas y trabajos da Dios en el mundo sin que una los aumente con riñas y tonterías. El hombre y la mujer no se casan para aumentar las penas, que se casan para disminuirlas. Señor, ¿que hay un apuro cualquiera? Vamos á hacer por salir de él en paz y gracia de Dios, poniendo cada uno lo que esté de su parte.... Pero, hija, á todo esto, es mas de media noche, y yo me estoy aquí charlando como una cotorra, sin recordar que mañana domingo tengo que madrugar para arreglar la familia menuda ¡Mire usted, mire usted, qué d s abilado está este animalito de Dios! ¡Chiquirritito! ¡Mire usted cómo se deshace! Lo que deciamos antes, hija: los animalitos, fuera del alma, son como las personas.

—Ay, no, señora Isidra! ¡Los animalitos toman ley á las personas que los tratan bien, y todas las personas no hacen eso!

Paco dice desde la cama con acento cariñoso:

—¡Isidra! ¿Qué haces al sereno, hija? ¿No ves que vas á coger un resfriado?

—¡Allá voy, querido, allá voy! ¡Tú no sabes estar sin mi! ¡Hijo, eres lo mas maridote!....

Juan llama á la puerta de la calle echando cada *pecado* que tiemblan las carnes, y su mujer, la señora Rita, le contesta:

—Voy á abrir al instante.

—Yo si que te voy á abrir á ti en canal de una patada. Abre, hija de una.... Abre, grandísima.....

Anton el de los cantares, que por si ustedes no le conocen, es un pobre ciego que vé algo, se arrodilla en su triste habitacion despues de haber oido la conversacion de sus dos vecinas y esclama con lágrimas en los ojos:

—¡Oh santo arcángel Miguel! ¡Si, si, echa en el platillo de los descargos las lágrimas de dolor de la mujer del pobre brutal y malo, y echa tambien en el mismo platillo las lágrimas de alegría de la mujer del pobre delicado y bueno!

LA LIMPIA DE BURGUILLOS,

QUE LAVA LOS HUEVOS AL FREILLOS,

POR D. J. GIMENEZ-SERRANO.

Una mujer algun tanto reñida con el agua, y que no gasta á menudo sendas libras del jabon de Lucena ó de las jaspeadas barras de Málaga, es el finiquito de lo desagradable, el rigor de las desdichas para un marido, descoyunta las ilusiones de un amante, y pone párrafo aparte entre sus amistades más íntimas.

La hembra que se espanta del agua clara, como los burros, gasta caireles en las uñas, rastras en el vestido, arambéles en la nagua y torba amarillenta en el nácar de sus dientes, aunque tenga un palmito como pino de oro, cara de rosa y garbo de clavelito primaveral, es un ramo de flores marchitas, una granada ácida, uno de esos hermosos pajarracos de plumas verdes y doradas que pican lo que huele, y no á ámbar.

¡Bendita sea la tierra, gloria del mundo, mapa de lo perfecto, donde veo, la luz al levantar por primera vez mis párpados, que allí se ponen las casas enjabelgadas como palomas, se aljofifan los suelos de búcaro, se bruñen con zumo de oliva las puertas y agua corre y salta en hilos de plata y aljófar por todas partes, convidando á juguetear con ella!

Dios crió las nubes para que se bañasen los espíritus puros del aire como decian mis abuelos los árabes, y puso el agua en la tierra para que las mujeres se purificasen antes de ver á su amado: que la limpieza del cuerpo es espejo de la pureza del alma y dá contento á los corazones y soltura y garbo á los torneados miembros.

Venid acá las desaliñadas y entecas, las perezosas y sucias: ¿No habeis visto más de una vez que á pesar de vuestra empañada belleza os ha dejado el galan que ya empezaba á piquar el cebo, por seguir el vientecillo fresco de unos bajos como el ampo de la nieve que pasaban murmurando de un modo provocativo y suave?... ¿Dónde está el intringulis y el item del aura popular que gozan las floreras, las floristas, las ribeteadoras, las costureras y bordadoras, con toda la graciosa pléyada de aguja fina?... En esas caras frescas y limpias como la propia rosa primaveral, en aquellos dientes que bruñe el modesto pan quemado, en los rizos lustrosos hechos sin aliño y tan sentados como el raso, en el pañuelo que ostenta los pliegues de la plancha, y rivaliza en blancura con lo que deja ver y adivinar, en las randas de almagro y las puntas de feston, color de espuma, que las revueltas del garbo descubren, y en fin, en aquellas medias inglesas blancas, á la manera del vellon y del armiño que parece están diciendo arriba está la gloria...

—Bueno es lo bueno: ponga contera á su panegírico, que mis razones tengo y por esperiencia hablo.

Así me interrumpió un mi compadre y paisano, hombre de buen humor en sus tiempos de libre albedrío, pero asustadizo y meditabundo

desde que inclinó la cabeza para sufrir la coyunda matrimonial.

—¿Compadre, cómo tal, le dije: pues no es su esposa modelo de las del pueblo en esto de pulcritud?,.. —Quieto el perro, buen amigo, que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y será V. capaz de hacerme saltar por los cerros de Ubeda.

—Si entiendo un ardite de su intempestivo mal humor que me enmelen.

—Al fin le diré, que me salta del pecho y me revolotea en la lengua, como bocado que quema. Oígame usted en confianza y por Cristo que no lo haga merienda de la botica. Encendamos un cigarro y derramaré el costal de mis cuitas.

—Tome V. el sillon.

—Soy todo oidos.

—Pues, señor, V. sabe que juntos pasamos los primeros años y juntos hubiéramos seguido, á no haber usted tomado con mi hermano Frasquito el camino de la Univessidad para gastar la mitad del caudal en traer cuatro papelajos y muchas ínfulas de Madrid, lo digo por mi hermano...

—Adelante.

—Me quedé al frente de la labor. En cuidar de la hacienda, domar potros, tentar toros y matar reses pasé el tiempo que ustedes, bien lo decia mi padre, empleaban en aprender de buena tinta que nosotros éramos unos bárbaros, porque no tomábamos café, ni jugábamos al billar, ni nos emborrachábamos con rom. Yo agenciaba lo que el mayor jugaba y trabajaba con entusiasmo mientras él hacia otras cosas que lo tienen enclenque.

Murió el abuelo y todo siguió lo mismo: no aprendí nunca lo bastante para llevar los bigotes como Frasco, ni para ser diputado, y me alegro, pero él no comeria si yo no anduviese dando sombra de amo á sus tierras, ni crecerian sus rentas, ni gritaria tan alto contra los ministros en aquel salon para parlar si este cura no prestase trigo á los electores para salir de la cimienza, ó no pagase los trimestres de todo el pueblo para cobrar ó no cobrar en el agosto... mas al cuento volvamos: con veinticinco años á la cola, buena hacienda, humor alegre y mano franca; andando de feria en feria, de romería en romería pasaba la mejor vida del mundo; y Frasquito me envidiaba, porque eso sí, nos queremos como las alas al corazon.

Dióme una mañana la atencion de casarme, nunca hiciera tal, y tropiezo, al poner los piés en la calle, con la hija del administrador de rentas.—Todos dicen que Sofía es un ángel...

—Y dicen la verdad.

—Pues á mi me pareció la reina del imperio celeste: la miré, me miró, la seguí, la hablé, consintió, y me casé.

—Compadre, eso fué un relámpago.

—Asi salió ello. En los primeros meses todo iba bien; pero luego llegó la tragedia. Siempre ando en el campo ó en mis tratos y contratos, mas los ratos cortos que paso al lado de mi mujer valen por cien siglos de infierno. Como no tiene que hacer y se halla á qué quieres boca, le ha entrado la pulcritud, la limpieza y el arreglo con tal fuerza que las entrañas se me achicharran.

—Compadre, no puedo creer...

—Oigame V. hasta el *laus deo* y juzgue:—En mi casa se friegan y aljofifan suelos, puertas, poyos y ventanas todos los dias: y cáteme usted doblado con dolores reumáticos. El piso alto se bruñe con cera: se puede uno mirar la cara, eso sí; pero es menester entrar con el óleo á la espalda.—La semana pasada me resbalé y se me dislocó la muñeca izquierda, pues mas se asustó y conturbó mi mujer porque desordené las sillas que por verme tendido á la larga y con los huesos molidos. Dijo que era castigo de Dios por no

haber avisado para que segun costumbre viniese detrás una criada con plumero y cepillo limpiando las huellas que en el rojo encerado dejan mis zapatos de campo.

Si la traigo un manojo de rubias espigas, un tallo de oliva escarchado de trama, un apiñado agrumo de las primeras cerezas, un ramo de flores frescas y esmaltada con el rocío temprano para que bendiga á Dios conmigo viendo tanta hermosura, paga mi cariñosa memoria con un grito nervioso, manda á una criada quitar al momento las frutas ó las flores de la mesa, y me llena de improperios y viene el carpintero á barnizar de nuevo la tabla de caoba.

Fumar en su presencia es un sacrilegio y cuenta que yo los gasto de la Habana; al venir del campo me he de enjuagar con un brebaje infernal si ha de consentir que la hable. Escupir es necesidad desterrada en mi domicilio; mas de una vez he tenido tentaciones de hacerlo en la cara de mi suegra que es lo único negruzco y puerco que allí se encuentra.

¿Subir sin mudarme la ropa de la calle? ¡Qué si quieres!... ¿Sacar un pañuelo de mi cómoda, aunque la destilacion me riegue? ¡Boberia! —Una tarde empecé á arrojar sangre por las narices y tiré de un cajon con violencia trastornando alguna cosa de lo guardado; pues, entró Sofía y le dió tal patatus que abortó á los dos dias y cáteme V. sin heredero.

Jamás toca con sus delicadas manos las llaves del granero, ni las de la bodega, y todo anda en poder de esos ladrones domésticos que llaman criados. El frutero, la despensa y la cocina, parecen teatro de una merienda de negros; pero en cambio mis zapatos viejos guardan correcta formacion en sus roperos y se hallan cubiertos de blanquísimo paño, cual si fueran hojuelas moriscas ó bolas de requeson fresco de mayo.

Maldito si lleva cuenta alguna con lo que entra ni lo que sale en una casa de buque como la mia, mas numera rigorosamente guiñapos y retales que despreciaria un trapero. Por conducto de una criada, que ha de lavarse despues, muda los libros de asiento de la labor, y confinados los tiene á sitio donde perderse pueden, mientras que guarda, cose y empapela los periódicos que nos envia Frasquito.

No oye misa, ni cumple con sus amigas por arreglar los chineros, las baratijas de las consolas y las cortinas: se afana en coser flecos y necesito que me envie Frasco camisas de Madrid, porque la ropa blanca que una vez se me descose no hay quien le ponga coto con media puntada.

De la comida no hablemos: come lo que vé cocinar, el pan lo guarda en su baul; los manteles se estienden siempre de un mismo lado para que no se pongan los platos sobre lo que pudo estar en contacto con la mesa que es de mármol blanco. La confitería no trabaja para ella: huevos han de ser de sus gallinas, y lavados; leche, ni verla. La fruta se ha de cortar por una de sus criadas de confianza y recibir en paño limpio. Ya no toma el brazo de nadie, ni aun el de su madre. Y hasta ha perdido el gusto que tenia para vestir, porque cuida menos de su persona desde que tanto arregla los alrededores.

—Compadre, repuse entonces con cierta malicia, pues está V. fresco.

—Con decirte, esclamó ofuscado, que para darla un beso necesito poco menos que sacar los lábios por un agujero para que no se manche con mi contacto. Vea V. si tengo razon para quejarme de la pulcritud.

—Eso no es mas, amigo, que el consentimiento.

—Bonito génio ha descubierto con las pulcritudes: hace á cada hora que me acuerde de Antoñuela la Corsaria.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Cuidado, hombre.

—Aquella al menos, segun dice un cuento, era ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama... (1).

—Ponga V. remedio y aparte tan negros pensamientos y tan infames memorias.

—No hay pararayo para semejante tormenta.

—Mujer mia habia de ser, y perdonen sus mercedes el que me meta donde no me dan vela, pero he oido sin querer lo que pasa á mi amo y como lo veo con estos ojos que ha de pudrir la tierra y somos hermanos de leche tambien, tengo roido el hígado.

Con estas ó semejantes razones nos interrumpió un mayoral de mi compadre que venia á traerle un mandato del cortijo.

—¿Y qué harias?

—Un remedio casero.

—Algun ensalmo de brujas.

—¡Cá!... la esperiencia dice que no falla.

—Pues te juro que lo he de ensayar si...

—Mire su merced, con un chupon de olivo como este, y cimbreaba el campesino una verdasca capaz de poner en gobierno á doce potros cerriles, se pone la señorica como una malva. Por probar: dele su merced dos tomas esta tarde y por la noche una en el bodegon por darle gusto y fume virginia aunque se marce y trasiegue las madres del vinagre mañana y mida pasados los turbios.

—Se ofrece á V. la receta del sainete Los DESEOS: es ocurrencia peregrina.

—Vete y no digas bestialídades. ¡A Sofía que es tan delicada! ¡A mi mujer!...

—Búrlese su merced cuanto quiera; pero porque es señorica y delicada le sentará mejor: apuesto á que engorda y se pone como un clavel verano niego.—Aparaditamente el remedi tiene las propiedades de la yerb betónica que cura á todo el mundo y todas las enfermedades. Por la mesma mesmedad le habia de venir á las mil maravillas, pues no estará hecha á salvas. Mi Basilisa era un basilisco; pero con mi prudencia y un solfeo ya no me sirve el látigo mas que de respeto y autoridad, y lo que es el aperador tiene á la *Culebra*, mas blanda que las natillas. En fin, su merced ha de besar la vara y la señorica tambien.

Mi compadre oia atentamente y reflexionaba.

A poco salió acompañado del mayoral.

Quedéme filosofando sobre las piedras. Ello es lo cierto que todos los estremos son viciosos y que las mujeres exageran lo malo como lo bueno y todas son *muy* superlativas en sus acciones, sin que jamás topiecen en el medio.

Voy á concluir este articulejo y de seguro, lector, que quisieras te dijese antes si mi buen amigo y compadre aplicó el pararayos de olivo á la pulcra Sofía, y cuál fué el efecto de las diversas tomas de tan heróica medicina.

Misterio hubo en el lance: de parte de noche sintióse turbacion (segun las comadres de la vecindad) en la casa solariega de mi paisano, La suegra salió desmelenada y sin mantilla, vino el administrador de rentas con un baston muy grueso y quiso desafiar á su yerno; pero temiendo Sofía quedarse huérfana tomó partido por su esposo, que estaba gallardo en su actitud de cólera, y despidio á su padre con cajas destempladas.

Llegaron á poco las cuñadas, la dieron consuelos murmurando de mi compadre á quien no podian tragar porque siendo el partido del pueblo nunca les dijo, de soltero ó casado, ahí te pudras. y Sofía conociéndoles la intencion, se conformó

(1) *Cervantes* en LA TIA FINGIDA.

con la estension que al dominio marital habia dado mi amigo, trazó de él un brillante panegírico y concluyó con esta banderilla de fuego: —«En fin, mas vale sufrir *un rasgo de mal humor, que todo es cariño en quien tiene buen corazon*, que no andar hecha una pelafustrana y tener un Juan-lanas al lado: yo me entiendo. «De cuya posdata nació una soberana tormenta que produjo la espulsion de la suegra y cuñados del esposo.

No quiero creer (por miedo á mis lectoras) que la medicina del retoño de olivo haga milagros contra antojos y manías, pero ello es lo cierto que Sofía desde entonces sale asida cariñosamente del brazo de su marido y en el campo y el hogar se recuesta vuluptuosamente en su hombro: monta á caballo con brio y buen parecer, caza, tiene la llave de graneros, bodegas y pajares, gobierna la casa con la majestad de una reina y la gracia de un niño, come en el campo sobre el cesped cuando la ocasion llega, y bebe á bruces las puras linfas de los nacimientos, cuida mucho del órden en los gastos de la casa, y no tanto de los chineros y de la sala: trabaja menos y con mayor provecho, se hace adorar de los criados que la aborrecian por sus dengues, se adorna con gusto y riqueza y ha conquistado á todas sus envidiosas. Tiene un hermosisimo color, sus ojos arden, sus lábios provocan y hacen perder el juicio al mas sensato si se sonrien, sus formas han tomado la belleza de Niobe, y aun sospecho que mi amigo está con esperanzas fundadas de tener un heredero.

Se supone que le rebosa la alegria por todos los los poros y suele aconsejarse en ocasiones contadas y graves con el mayoral médico.

El barbero, insigne bellacon, sostiene haber visto en la sala de estrado una vara de olivo con seda y flores vestida cual si fuera mano de santo ó respetuoso monumento de gloriosas hazañas.

Nada sé mas, lector carísimo, y me lavo las manos: lo que acabo de escribir es un sucedido y no pura invencion mia: si haces *aplicaciones* con tu pan te lo comas y no caiga sobre mi la indignacion de tu *cara mitad*.

Universidad de Deusto Biblioteca

TIPOS PROVERBIALES DE ESPAÑA,

POR D. ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

LA CASA DE TOCAME-ROQUE,

INQUILINOS.

El de ene.—El de Marras.—El otro.—El P. Cobos.—Pero Grullo.—Juan Lanas.—Pedro Botero.—La Marimorena,—Juan de las Viñas.—Juan Portal.—El tio Lilailo.—Cribas.—Villadiego.—El tio Peranzules.—El rey que rabió.—Calainos.—La tia Marizápalos.—Mariquita la pelona.—Perico el de los palotes.—La tia Gandonga.—Periquito entre ellas.—Juan Fernandez.—La tia Pendanga.—La Rabicortona.

El reloj del Buen Suceso señalaba las ocho de la noche, y las melancólicas vibraciones de su campana eran interrumpidas por un murmullo prolongado que se parecia á la gitada respiracion de la Puerta del Sol. Cuando el invierno sacude sobre Madrid la blanca cabellera de Guadarrama, los habitantes de la coronada villa no andan, no corren por sus aceras, sino que se deslizan como sombras. Tienen algo del lagarto en los piés: suben y bajan por los planos inclinados con la mayor velocidad. El frio, ese duende obstinado y malicioso que despierta á los médicos en alta noche, en nombre de una pulmonía aguda, hace del hombre un ser ambiguo entre mono y pájaro. El habitante de Madrid, durante las noches de invierno, no pasea, salta; no habla, gesticula; no escucha, adivina. Cuando vá solo, tampoca salta, vuela (volvemos á decirlo), vuela como las alondras sobre el tomillo, vuela á grandes plazos. Es una falsificacion humana con dos zancos cubiertos con un pantalon corinto que terminan en un sombrero ladeado. La cintura, las manos, la barba, la cara, son objetos para ser vistos en las noches de verano: durante el invierno los sacos, las mangas locas, y las pieles de chinchilla suprimen hasta las habitaciones estás particularidades del cuerpo humano.

La inmovilidad de la Puerta del Sol es un contrasentido... Hasta los puestos de los fosforeros varían de posicion segun se acerca la hora de entrada en los teatros ó de salida en los cafés. Los cesantes conjuran el frio detrás del mostrador de una tienda ó de los cristales de un café, con el estoicismo de la desgracia aceptada como un nuevo merecimiento, lo alejan con un cigarro, y lo rechazan con la aproximacion de diez semblantes cuyos lábios exhalan bocanadas de calor mezcladas con principios de política dacional. Diez bocas hablando de política en el pequeño círculo de un corrillo, equivalen á una estufa.

En la noche á que llevamos la atencion de nuestros lectores, distinguimos en medio de la Puerta del Sol un desconocido envuelto en su capa, con el reposo y la inmovilidad de una estatua. Acercámonos á él, instigados por la curiosidad, y sorprendimos en su fisonomía una mirada investigadora.—Es un inglés, murmuramos y volviamos á seguir por la calle de Alcalá, cuando pasaron dos jóvenes por delante de ámbos, diciéndose mútuamente:

—Mañana á las siete en las tapias del cementerio de Fuencarral.

—*Ahora lo veredes*,—dijo el desconocido á media voz.

¿Los conoceis?—le preguntamos para conocerle mejor.

—Son dos locos: se batirán por una mujer.

—Tal vez á muerte...

—*Ahora lo veredes*.

—Será á pistola.

—O... á café!

—No os comprendo.

—*Ahora lo veredes*.

—La policía evitará...

—Que se sepa, pero nó que se haga.

—¡Quién sabe!

—*Ahora lo veredes*.

—Os habia tomado por un inglés, pero ahora me pareceis *Agrages*.

—Ni lo uno ni lo otro: yo os conozco y vos no me conoceis. Sois periodista, escritor ó literato. Cualquiera de esos nombres que representan entre nosotros al hombre de letras, y vos me tomais por *Agrages*. Voy á revelaros mi nombre y á esplicaros mi vida. Despues me hareis justicia. Me llaman *el de ene*: vivo en la casa de *Tocame Roque*, ó mejor sea dicho, duermo en esta morada, porque vivo en la calle. Soy el primer guarismo con que se forma aquella suma tan grata para los empresarios de teatros cuando se llama *público*, y tan terrible para los gobiernos cuando se llama *pueblo*. Soy el hombre calendario. Hace cincuenta años que asisto á una misa de hora en Santo Tomás y que ocupo el mismo número de grada en la plaza de toros. A una hora señalada paso por una calle durante veinte ó treinta años, y al cruzar por su acera, siempre ha de tener lugar algun suceso. El carro que coje á un niño; el ratero que se guarda un pañuelo contra la voluntad de su dueño; una riña de aguadores, un albañil que se cae de un andamio, un caballo que se desboca, un entierro que pasa, un tiesto que cae de un balcon, la visita de cárceles, el desfile de la parada, todo lo veo, todo lo presencio, todo lo observo. No soy individuo de ninguna sacramental, y lo parezco en todas las iglesias: el sacristan me halla durante las *minervas* el primero, siempre formando ó concluyendo el gentio. En los aniversarios presencio el arreglo del catafalco, ó la primera misa de la madrugada. En la puerta de San Pedro tropiezo con dos novios que van á recibir la bendicion matrimonial. En la calle de colon encaro con el Capitan general de Madrid que vá á pasar una revista de cuarteles, y en la puerta de Atocha me desvio para que no me atropelle el caballo de un posta, del cual aún no tiene noticia el mismo gobierno. Si llego á un pésame, he de subir la escalera cuando la bajan ó se la hacen bajar al difunto; si voy á dar dias, he de entrar en la sala cuando sale la señora del gabinete, ya vestida por la doncella; si *hago pié* en el tresillo, he de sentarme cuando se acaba de *poner una puesta* y he de llevarla cuando *le estaba dando* con fortuna al que tiene que *darme la mano*... ¿Saludo á un amigo? ¿Paso á la acera de enfrente para oprimir su mano amistosamente? En este momento iba á cruzar hácia donde yo venia para ver á un agente de negocios que le interesaba hablar antes de perderle de vista. ¿Vuelvo la esquina de la calle? Encuentro á la bella Marcelina que desea llegar á la iglesia de Santiago, donde la espera su amante. Soy amigo de la casa, y la acompaño á la iglesia, á una tienda de blondas, al despacho de su padrino, al pasage de la villa de Madrid... á todas partes. El aman-

te se desespera, y la joven se inquieta, porque no se hablan á la salida de la misa como se habian prometido desde la víspera.

—Ahora recuerdo—le interrumpimos—que cada uno de nosotros tiene en esta vida su testigo providencial, su estorbo, su paréntesis misto de acreedor y espia, personage misterioso entre observador y convidado de piedra..... verdadero parásito de las calles.

—Ahí estoy yo.., uno de esos polizontes de la providencia... el de siempre... *el de Ene*. Si el frio no hubiese entumecido mis piés helados, os revelaria los misterios de mi existencia. Me retiro; voy á mi casa.

—Os acompañaré.

—Enhorabuena... No creais que la casa de *Tócame-Roque* es el hospedaje de los rateros y de los truanes. Os equivocais. Allí vereis la armeria viviente de los siglos pasados: es una nacion bajo el techo de una casa.

Dominados por el carácter original y aventurero de esta visita nocturna á la flor y nata de las casas domingueras de Madrid, á la casa de *Tecame-Roque*, ofrecimos nuestro brazo al desconocido, y tomamos por una de las aceras de la calle de Alcalá.

Llegamos á la plaza del Rey, y la proverbial animacion de la Puerta del Sol fué reemplazada por un sepulcral silencio. Entramos en la calle del Barquillo, y largos paredones se levantaban como las tapias de un cementerio. Los faroles colocados de trecho en trecho, bajo la penumbra de una noche oscura, parecian una hilera de hachas mortuorias. Preocupada nuestra imaginacion con los diversos pensamientos á que daba lugar la representacion fantástica de aquella hilera paralela de luces simétricas, nuestro *Cicerone* nos oprimió el brazo diciendo;

—Aqui teneis la casa de *Tócame-Roque*.

Levantamos los ojos, y en el fondo oscuro de una puerta angosta y desigual, distinguimos algunos rayos de una luz vacilante que salia de las rendijas de los cuartos, como los fuegos fátuos de un pantano.

De pronto una confusa gritería rodó por el pavimento del portal, como la esplosion de un pistoletazo.

—Bien, perfectamente,—esclamó nuestro acompañante,—encontramos la casa revuelta.

¿Corremos riesgo?

—Adelante.

Y al pronunciar estas palabras salió de lo interior del patio una mujer de pequeña estatura, pálida, desmelenada, sacudiendo los brazos con mal disimulado enojo y golpeando el suelo con los piés.

Ocultámonos en la sombra, y aquella fantasma, alumbrada por la claridad que salia de su habitacion entreabierta, llamó á todas las puertas, subió y bajó las escaleras, porfió con los unos y riñó con los otros, volviendo á su habitacion con aire risueño y orgulloso, y escurriéndose entre las diversas personas que habian salido de sus cuartos como una comadreja perseguida.

—¡Travesuras suyas!

—¡Mujer original!

—Es una viuda histérica,—repuso nuestro *Cicerone*;—padece jaqueca en invierno y tercianas en verano. Es menester hablarle siempre de su mal... sobre todo permitirle que riña. Para su carácter, la riña es una especie de espectoracion: es su tos, su deshago.

—¿Cómo se llama?

—*La Marimorena*. Observad á su derecha... ¿No veis un hombre que atraviesa el patio con sigilosa majestad?..... Ese es mi hermano.

—¡Vuestro hermano!

—Sí: el hombre-*souvenir*: el hombre de ayer. nunca de hoy; es la autoridad de lo que sucedió... personaje filosóficamente visible y materialmente invisible en todos los acontecimientos públicos y privados. Hijo de aquel anciano que con la cabeza inclinada al suelo y el brazo apoyado en la manga de aquel Padre, sube ahora por la escalera; es una especie de anteojo humano... ve desde lejos. Me esplicaré. ¿Observásteis cómo no salió de su habitacion hasta que la *Marimorena* se retiró á la suya? Pues bien, dentro de algunas horas recorrerá los cuartos de la vecindad, y será el primero que revele alguna circunstancia ó repita algunas palabras que habian pasado desapercibidas para los demás. Todo lo esplica. Yo frecuento los espectáculos, él los observa; y véalos ú obsérvelos, él los juzga. Viene despues nuestro padre y aplica una sentencia, una máxima, un refran, un proverbio. De esta manera, cuando se habla de un suceso dudoso y de un acontecimiento increible, todos responden de su existencia porque hubo un mortal que lo observó. Lo dijo él, y es menester creerle. Se preguntan despues unos á otros dónde aconteció, como sucedió, quién lo vió... ¡Y qué habia de suceder!... *¡el de marras!* Y todos callan.

—Abusarán tambien de su nombre....

—Entonces viene nuestro Padre, y con un proverbio, un equivoco, una sonrisa, llega en auxilio de una idea mal recibida ó de un suceso desgraciado. Nuestro Padre tiene por esta circunstancia un nombre.... de relacion.

—Se llama....

—*El Otro*. Este o aquel pueden equivocarse; pero el de mas allá, el que está lejos, el que nadie vé, el que no habla con nadie, la sombra del suceso... *el Otro*.... ese es infalible. La filosofía tiene *el Otro*; la observacion *el de Marras*; la casualidad *el de Ene*. Nuestro Padre es el hombre-refranes. Una palabra, una mirada, una ambiguedad suya, son recogidas y aplicadas por los vecinos, mañana, pasado mañana..., cualquiera dia. ¿Se casan dos amantes?... Como dijo *el Otro*, ¡ello habrá de ser! ¿Se encuentran dos vecinos reñidos por un desaire? Como dijo *el Otro* ¡quién sabe! Con el tiempo maduran las uvas. ¿Hay eclipses de sol?... Como dijo *el Otro*—esclaman los vecinos asomados á las ventanas—el que está arriba todo lo puede.—Algunas veces—para haceros ver la autoridad de sus paladras—terminan los inquilinos de esta casa un duelo ó una boda diciendo: «como dijo *el Otro*....» y aunque nada se repite, todos se convencen de la razon de un presagio alegre ó triste, porque aunque no se dice lo que dijo *el Otro*, este nunca debió decir una simpleza.

—Y el Padre que le acompaña será tal vez su consejero.

—Mejor dirias su rival. Es el *Padre Cobos*: el observador malicioso y zumbon de la vecindad. Pesado y rebuscador, tarda ocho dias para soltar una gracia que no es suya. Hace largas visitas, registra las habitaciones, husmea los secretos de familia, y descubre los quebrantos de los demás. Es el egoista á los cincuenta años: indolente, gloton, avaro. Mira á las personas como un anticuario á sus monedas: con las cejas fruncidas y los lábios prolongados. Despues de *sus tiempos* todo merece su censura. Dice una gracia en un duelo, y pronuncia un sermon en una comida de campo. Goza con aguar la agena satisfaccion, y cree una vulgaridad, cree que nadie le conoce cuando la vecindad ya llama á la imprudencia *indirecta del Padre Cobos*. Considerad cuál podrá ser el aprecio y la estimacion que tiene entre los inquilinos de esta casa, cuando el mismo *Pedro Botero* varió de habitacion por no vivir á su lado:

—Entonces *Pedro Botero* será el vice-versa del *Padre Cobos*.

—Debian vivir pared por medio. Se parecen en el color, pero se dis-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tinguen en las líneas. Cuando el *Padre Cobos* vá de lado, *Pedro Botero* cruza por enfrente. El primero se parece á la culebra porque se adelanta rastreándose por el suelo: el segundo se asemeja al javalí porque marcha en línea recta sin que nadie pueda pararlo en su carrera. *Pedro Botero* es el perdona-vidas de la casa. Embustero y trapalon, hay que creerle bajo su palabra, y se le debe dejar la derecha en la escalera, aunque baje en camisa, trage que no puede reclamar la consideracion de sus vecinos. A juzgar por lo que habla, se cuenta con él para todo, cuando nadie se acuerda de él; se temen sus revelaciones cuando nada sabe, y se respetan sus presagios cuando sobre nada reflexiona. Se levanta temprano y se acuesta tarde. Vive hablando de sí y de sus enemigos. Por lo regular tiene, segun él, muchos enemigos cuando ni aun cuenta con amigos..... Solo puede tener indiferentes, y se apropia entonces una numerosa clientela. Habla de todo, comenzando de esta suerte: *¡si yo fuera!..... ¡si yo estuviera en lugar de!....* Es el D. Quijote de la vecindad: en sus célebres *ealderas* bien puede cocer nabos de Fuencarral y palominos de la plazuela de San Ildefonso.... Ahora bien: ya conoceis algunos inquilinos de la casa; subid conmigo y observareis despues el vecino mas original y sorprendente que podeis representaros en la imaginacion.

Subimos la escalera principal y encaramos con una puerta cuya cerradura permitia reflejar en la pared de enfrente un boton de oro esmaltado por la luz que salia por el ojo de la llave. Aplicamos el semblante á la cerradura, y distinguimos un personaje escuálido, macilento, de ojos hundidos y prolija barba, sin movimiento en las pupilas ni articulacion en las manos. Vestia un holgado capisayo de lienzo, corona de laurel en la cabeza, y calzaba sandalias.

—¿Es un comediante?

—Es *el Rey que rabió*.

—Entonces será el primer rey constitucional.

—Observad á su derecha.....

—¡Oiga!..... á juzgar por su trage y su apostura parece un hermano del *Rey que rabió*.

—Es su amanuense, su secretario particular; es *Calainos;* es el hombre-crónica. Vive en todos los siglos menos en el presente. Presenció el diluvio, dirigió la inscripcion del obelisco de Luxor; Longino y él disputaron en Egipto sobre el tratado de lo sublime; se hartó de dátiles en las costas de Africa en compañía de la reina Dido; tuvo en las manos la loba disecada que dió de mamar á Rómulo y Remo; conserva la primera muela que le cayó al emperador Augusto despues de cerrar el templo de Jano; fué escribiente de Ataulfo; condiscípulo de S. Isidoro, maestro de Alonso X, consejero de Cristobal Colon, revisador de las cuentas del Gran Capitan.... De Napoleon no refiere ningun acontecimiento.... porque aun no cree en su existencia, porque no llegó á él..... Por ahora está apostado en la era MCCCCCLXVIII (1).

—Será inmortal.

—Lo fué, porque Calainos no existe. Su vida es una cosa pasada: es es un ser privilegiado que solo vé lo que aconteció. Así, pues, no tiene un libro, un pergamino, un monumento, un relieve, una medalla: su historia no está escrita ni es hablada; es una historia suya, propia, original, esclusiva: una historia soñada. La vecindad se rie con sus relaciones, y ha dado en llamar á todo lo irrealizable é inverosimil *las eoplas de Calainos*,

—Siento pasos, y no estaremos muy seguros de que atraviesen el corredor sin descubrirnos.

—¡Bah!... son *Pero Grullo*, *Juan Portal*, *Juan Lanas*, *Juan Fernandez* y *Juan de las Viñas*: los amigos inseparables de la vecindad. Cada cual se cree dichoso con la consideracion que se merece entre los inquilinos de esta casa: *Pero Grullo* como filósofo, *Juan Portal* como amigo, *Juan Lanas* como marido, *Juan Fernandez* como amante, y *Juan de las Viñas* como particular. Si *Pero Grullo* dice una trivialidad, *Juan Fernandez* toma una mirada de *Mariquita la Pelona* por la sincera y pura espansion del amor. Al encontrar *Juan Lanas* en su casa el sombrero de Villadiego, no se imagina que *toma una de las suyas*, temeroso de ser sorprendido al lado de su mujer, sino que cree en una nueva gracia de su provocativa jovialidad. *Juan Portal* es, segun la vecindad, un hombre que no le vá ni le viene nada. Es amigo de todos porque es un viviente que se encoge de hombros á tirios y troyanos. Los sentimientos humanos son distracciones para él: la ingratitud, la repulsa, el desprecio no existen, no pueden existir; porque no representan para él ningun objeto conocido. Solo cree en las debilidades humanas cuando acaba de escuchar algunas máximas y sentencias de *Pero Grullo*; pero aun asi comienza y acaba las conversaciones con el *quién sabe*. *Juan de las Viñas* toma las maliciosas miradas de los vecinos por el curioso reconocimiento de sus bellas proporciones y la muda admiracion de su privilegiada suerte. Es el hombre-escrúpulo: esclavo irresoluto del *qué dirán*. Reunidos estos amigos entre si, forman un corrillo mugeriego y enredador: al pasar algun vecino por delante de ellos le abruman con sus gestos, sus codeos insinuantes, sus reticencias y sus palabras al oido. Cualquiera creerá que se burlan, pero ni aun consiguen reirse: su conversacion es como la baba de los caracoles: señala su paso y esplica su pesadez. *Pero Grullo* es su director espiritual y temporal, su maestro, su oráculo. Lo que dice *Pero Grullo* lo repiten los otros, y lo que es peor, lo repiten mal. Los vecinos ya llaman á sus agudezas y travesuras..... *perogrulladas*. El inquilino que mas les zumba y aburre es *Villadiego* con sus chillidos y piruetas, sin que puedan alcanzarlo, aunque se apostaron repetidas veces en los rincones de la casa.

—Será el diablo-cojuelo del barrio.

—¡Oh, no!.... es el pillastre de la vecindad. Es Proteo. Hoy parece un jóven juicioso en la habitacion de *Calainos*; mañana llega al cuarto de *latia Candonga* como un muchacho atravieso y voluntarioso. Es á la vez astrónomo, poeta, abogado, medico, ingeniero de minas, literato, prestidigitador. albeitar.... toda lo que sea la persona con quien habla. A cada persona la dice su profesion; á cada inquilino le revela las debllidades de su vecino. Galantea á la una, requiebra á la otra, dá palabra de casamiento á ésta, desprecia á aquella: ya es D. Juan Tenorio; ya es el lináo D, Diego. Desafia y no parece; cita y no viene. Vá á sorprendérsele y escapa; parece que volverá mañana á la misma hora que hoy, y no sale de casa. Su aparicion y desaparicion es proverbial entre la vecindad; de suerte que cuando uno marcha antes de tiempo ó no viene á la hora señalada, dice *que tomó las de Villadiego*.

Seguimos por el corredor del piso principal, y llegó á nuestros oidos una confusa griteria que debia salir de la última habitacion de la casa.

—Es la tertulia de confianza del *tio Peranzules*, dijo nuestro acompañante al comprender nuestra muda interrogacion.—Enfrente vive la mala lengua de la casa: la *tia Candonga*.

—Mala compañia para vecinos pacíficos.

—Y sobre todo para la tertulia donde se reunen el *tio Peranzules*, su mujer la *tia Marizápalos*, sus hijos *Mariquita la Pelona* y *Perico el*

(1) Año de J. C. 1520.

Universidad de Deusto
Biblioteca

de los Palotes y el compuesto y aficionado *Periquito entre ellas*.

—Jugarán á la lotería antigua.

—Hablan, ó mejor sea dicho, charlan. Unicamente el dia de cumpleaños ó del patron de la parroquia bailan unas boleras despues de ir al campo á la pradera del canal. El *tio Peranzules* es el hombre pundonoroso, reservado cuando no le importa y charlatan cuando no le viene á cuento. La mejor alhaja de su cuarto es un grande espejo con el que consulta sus gestos y movimiento. La vecindad le califica por esta circunstancia de... *muy mirado* en sus acciones. Para su familia es el tipo de la honradez, pero los inquilinos le llaman un infeliz, un santo varon. No es el amo de la casa; allí cambia de sexo la cabeza doméstica; *el marido* es *la mujer*. La *tia Marizapalos* es hacendosa, uraña, cuentera, quisquillosa, lleva y trae. rezadora en los dias feriados y murmuradora en las noches de labor. Su hija, *Mariquita la Pelona*, es el correveydile de la vecindad: empieza por ser envidiosa y casquivana; y segura de que su padre no la reprenderá, dominado por el carácter gruñon y descontentadizo de su mujer, hace burla de los viejos y se familiariza con los jóvenes. La *tia Marizápalos* ve por los ojos de su hija; la consiente que alborote la casa, que amenace a su padre por detrás, que vaya mal acompañada á los lavaderos de la Vírgen del Puerto..., es la chiquilla desvergonzada que la espera mas tarde un puesto de fósforos en la plaza de Lavapiés, ó un cesto de naranjas cerca de San Juan de Dios, ó lo que será peor, el mismo San Juan de Dios. Su hermano *Perico el de los Palotes* es el gracioso de su familia; perezoso, indolente, dominguero: toca por cifra la guitarra y juega á la barra en el portillo de Embajadores. No tiene oficio: pasea. Los vecinos le llaman un *acerero*. Es un mixto de pretendiente y observador. Anda: hé aquí su oficio. Asiste á las paradas militares: hé aquí sus hechos de armas. Lee los carteles de toros: hé aquí sus estudios. Silva por los corredores: hé aquí su educacion. Dice siempre que va de prisa por la calle, y se detiene en las tiendas de blondas, en las lonjas de géneros ultramarinos, en los almacenes de cristales, en los pasages, en las obras que se construyen, en las puertas de los teatros, en las afueras de Madrid, é insensiblemente vuelve á su casa, despues de describir repetidas espirales por las manzanas de la coronada villa.—Ahí sale *Periquito entre ellas* que va á la habitacion de la *tia Candonga*. Este inquilino es el hombre-neutro: no tiene sexo. Borda, escribe, canta, lee, cose zapatos, baila, revuelve un guisado, lava un jubon, se afeita el bigote y deja crecer las patillas, se viste de mujer por el Carnaval y acompaña sin guardian á las muchachas del barrio. Es ave que nunca lleva en el pico alguna rama para su nido. Ni pesca, ni caza, ni ama; las mugeres de mundo le llaman *un espantajo*; las jóvenes le toman por *una pantalla*. Se sospecha que sea hombre; solo se sospecha de su sexo. En cambio la *tia Candonga* es un huracán: viva como la centella y ruidosa como la pólvora comprimida. No habla, grita;—es poco—vocifera. Pone sobrenombres á los vecinos, se brinda á ocultaciones maliciosas, seduce á los incautos, insulta á los pacíficos y rechaza á los prudentes. Vive con el barullo y el escándalo. Busca las ocasiones donde herir de nuevo á sus vecinos, y con los brazos en jarras espera para salir de su cuarto que rechine la cerradura de la habitacion del *tio Peranzules*, le mira de reojo y cantando con aire malicioso, deja entornada la puerta para observar la desazon de su enemigo.

El interés y la curiosidad crecian en nuestra fantasía al escuchar la relacion de nuestro *Cicerone*, y nos

resolvíamos á seguir por un estrecho corredor que desembocaba al lado del cuarto del *Tonto de Coria*, el pupilo sin voluntad del desalmado *Cribas*, cuando la luz de un farol reflejó en la pared de enfrente la sombra agigantada de un personaje desconocido.

—Retiraos, esclamó nuestro acompañante, porque si os reconocen, sois perdido. De seguro os mantearia *Pedro Botero*, el cual siempre está de semana voluntariamente para registrar la casa... Deseaba hablaros de la tia *Pendanga*, del tio *Lilaila*, de... pero corre de mi cuenta el volver á buscaros.

—No acertaremos á salir... guiadnos.

—Enhorabuena... Mañana, pasado mañana os encontraré en el cementerio, en la iglesia, en los toros, en palacio, en las Córtes, en el Prado, en el café, en vuestra redaccion... en vuestra misma casa si os place.

—La ignorais.

—Os seguiré desde la calle.

Y golpeando nuestras espaldas con humilde familiaridad, nos acompañó hasta la puerta de la casa de *Tócame Roque*.

Respiramos el relente de la calle, y á la media hora ocupábamos una silla en el café Suizo, donde acudian los *dilettantis* cansados de aplaudir á la Persiani y á Ronconi, y los jóvenes elegantes que se preparaban para las *soirées* de buen tono. Por nuestra parte, aún creíamos reconocer algunos Inquilinos de la casa de *Tócame-Roque*.

LA LEYENDA DEL GANGES,

POR D. AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

(DE UN LIBRO INÉDITO.)

I.

No siempre se hallan conformes la ciencia y la tradicion en sus apreciaciones acerca de un mismo punto. La ciencia todo lo reviste con la severidad propia de los hechos positivos, mientras que la tradicion, mas sensible y acomodaticia, prescinde con frecuencia de la verdad desnuda, y en el risueño campo de la fantasía busca detalles y adornos que sirven de rica vestidura á sus creaciones.

En este supuesto, no habremos de estrañar el doble carácter que ofrece el famoso rio del Asia, el *Ganges*, cuyo título *sagrado* revela cierto misterio de que vamos á tratar.

El Ganges, pues, afecta una dualidad notable; el geógrafo le considera bajo un punto de vista distinto del que le presta la leyenda india, al esplicar su historia y sus virtudes.

Geográficamente estudiado, el Ganges es un magnífico rio de 2580 kilómetros de longitud, que riega el Indostan; se halla formado por la union del Bagbirathi y del Alakananda que salen del Himalaya y se reunen en Devraprayaga. Atraviesa las provincias de Delhy y de Agra;

fertiliza á Farravkabad , Benares, Mirzapur, Ghazipur y Patna,y llega á Bengala, dando origen á un delta con multitud de brazos que desembocan en el golfo de aquel nombre.

Los principales de esos brazos son el occidental, llamado Hugli, que pasa por Murched-Abad, Chandernagor y Calcuta con un raudal suficiente á la navegacion, y el brazo oriental, mayor que el precedente y que confunde sus aguas con las del Brahmaputra, conservando su título de Ganges.

Hemos mencionado el Himalaya, cuna de este rio, y natural parece añadir que esta cadena de montañas es considerada como la primera del globo. Se estiende principalmente del Indostan á China. y tiene cumbres tan elevadas que alcanzan á 8840 metros.

Ahora bien, ¿qué dice la leyenda india acerca del célebre rio?

Veámoslo.

II.

El Himalaya,rey de las montañas, tenia por esposa á la diosa Mena, bellísima y adornada de todas perfecciones.

Fueron sus hijas el Ganges ó la Ganga y Ouma divinidades en quienes hallábanse reunidos encantos sin límites.

Los Inmortales solicitaron por esposa al Ganges, y para responder al deseo manifestado, la entregó su padre á los amadores.

Siva, tercera persona de la Trinidad India, casó con Ouma y esta ninfa adorable consiguió por sus penitencias y maceraciones llegar á la cima de las virtudes.

El Ganges, esposa de los dioses, fué llevado al cielo; pero sus aguas debian mas tarde servir para la purificacion de los mundos y un dia, por una série de acontecimientos mavillosos, abandonó las alturas para rodar sobre la tierra.

III.

Habia un rey llamado Sagara, justo como la misma justicia, el cual gobernaba en Ayandhya, ciudad del Indostan, conocida despues con el nombre de Ouda.

Sagara carecia de hijos y solicitaba de los dioses como un favor especial, tener sucesion. Estaba casado y sus mujeres eran Kesini, virtuosa hija de un rey, y Soumati no menos perfecta que Kesini.

La familia reunida subió á la montaña Bhrigon donde vivia un anacoreta célebre, que dió su nombre á aquella altura, y una vez en el retiro, Sagara y sus mujeres consagraron su vida á la penitencia durante muchos años.

Un dia Bhrigon habló estas palabras al príncipe:

—¡Oh rey! tus mortificaciones serán recompensadas; tendrás una posteridad gloriosa; una de tus mujeres dará á luz un hijo y la otra sesenta mil hijos.

—Señor,preguntaron entonces las esposas radiantes de alegria, ¿cuál de nosotras dará á luz un vástago, y cuál sesenta mil?

—La eleccion os pertenece, repuso el venerable anacoreta.

—Yo, dijo Kesini, quiero uno.

—Yo sesenta mil, añadió Soumati.

Vueltos los esposos á la ciudad, y transcurrido algun tiempo, Kesini vió cumplido su deseo y el recien nacido recibió por nombre Assamandjas.

Soumati dió á luz una verde calabaza, que rota en segnida dejó ver los sesenta mil pequeñuelos.

La numerosa prole fué colocada en urnas llenas de manteca clarificada, y allí permaneció hasta la adolescencia.

IV.

Assamandjas, abandonó á instancias de su padre la ciudad, porque dotado de un carácter violento promovia disturbios entre los habitantes.

Una vez fuera del reino tuvo un hijo, llamado Ansoumat, que creciendo en edad y sabiduría,fué estimado de todos.

Sagara trataba de hacer un sacrificio y llamó á su nieto Ansoumat para que le acompañase.

Subieron juntos á una montaña, llevando un caballo destinado á servir de víctima, y cuando llega el instante de la ceremonia, aparece una serpiente que con su cuerpo oculta el de aquel animal.

La serpiente se retira y observa Sagara que el caballo ha desaparecido

Su pesar y su indignacion son terribles. El virtuoso rey no puede terminar el sacrificio comenzado, pero resuelto á cumplir dignamente con el precepto religioso, convoca á sus sesenta mil hijos y les manda buscar por toda la tierra la víctima perdida.

Los descendientes del monarca se apresuran á cumplir la órden; todo lo devastan, penetran por todas partes y hasta tal estremo llevan sus indagaciones que los séres vivientes se quejan á la Divinidad, padre de la Creacion.

El caballo está en poder de esa misma Divinidad.

Los hijos de Sagara vuelven desolados á su progenitor, que los envía á las regiones infernales para seguir nuevamente sus averiguaciones.

De pronto ven en su camino el caballo que pasea cerca de Vishnu, (segunda persona de la Trinidad India), y antes de darse cuenta de la alegria que sienten, un soplo de aliento del poderoso Dios reduce á débil monton de cenizas los hijos de Sagara.

V.

Inquieto Sagara con la tardanza de sus vástagos,llama á su nieto Ansoumat y le ordena que busque á sus tios y los traiga en union del caballo.

Velóz parte el héroe y antes de mucho halla las cenizas de sus tios y en las inmediaciones el animal codiciado.

Aquellos despojos fúnebres enternecen su corazon; quiere celebrar en honor de los sesenta mil hermanos la ceremonia de las aguas lustrales, pero en vano busca un manantial, una fuente.

En semejante situacion se le aparece el tio materno de sus tios, Garouda, monarca de las aves y caballadura de Vishnu, que le dice.

—No te aflija la muerte de los hijos de Sagara: ellos serán glorificados en los mundos, mas para que suban al cielo es preciso que sus cenizas sean purificadas con las aguas del Ganges: á la tierra. Ahora monta en ese caballo y vuelve á tu casa; porque bien mereces llevar á término el sacrificio de tu abuelo.

El sacrificio termina en efecto. Sagara triste, con la pérdida de sus hijos,muere al fin y su nieto Ansoumat es elegido rey.

VI.

Ansoumat tiene por hijo á Dilipa: le entrega el gobierno y se retira al Himalaya, donde consagra su vida á la oracion y la penitencia, implorando de la Divinidad que el Ganges descienda á la tierra.

Sus votos no son escuchados. Exhala el último suspiro y sube al cielo.

Dilipa, imitador de Ansoumat, termina su existencia sin ver colmada aquella santa ambicion.

Bhagiratha, su hijo, retirado á una montaña, hizo horribles penitencias y un dia vió aparecer á Brahma (primera persona de la Trinidad India) que le dijo:

—Te concedo la gracia que pides.

—Si estás contento de mi,respondió humildemente el monarca, haz que los hijos de Sagara reciban la ceremonia de las aguas lustrales y que se laven y purifiquen sus cenizas. .

—Sea; pero como la caida del Granges no puede ser soportada por la tierra, es menester que ruegues á Siva para que sostenga la gran

Universidad de Deusto
Biblioteca

catarata que ha de formar el rio.

Brahma desaparece y Bhagiratha alentado con las palabras de la Divinidad, permaneció en el retiro un año, á cuyo fin le dijo Siva.

—Estoy satisfecho de tí.

Y dirigiéndose al rio, añadió:—¡baja!

El Ganges, abandonando la morada celestial, cayó, estendiéndose sobre la cabeza de Siva á la manera de una magnífica fuente de muchas millas de diámetro.

Un año vagó el caudaloso rio en torno del Dios hasta que merced á los ruegos de Bhagiratha consintió Siva dar libertad á sus ondas que escaparon en tres grandes lechos.

Todos los Inmortales presenciaban la magnifica bajada. El rio avanzaba por la tierra con ondulaciones inciertas, ya rápido, ya reposado. El cielo habiase vestido como de relámpagos. La atmósfera estaba llena de espuma. Las aguas caian sonoras al suelo y volvian á subir en multiplicados torbellinos.

Aquellos á quienes la maldicion habia arrojado del paraiso, tocaban la corriente y recobrando en seguida la pureza, tornaban á la celeste mansion.

El Ganges seguia las huellas de Bhagiratha. Este piadoso rey llegó á las orillas del mar; pasó de aqui á las entrañas de la tierra, al sitio hollado por los hijos de Sagara, y cuando llevó el Canges al Tartaro donde gemian los manes de sus bisabuelos, hizo correr sobre sus cenizas las aguas del rio, á cuyo contacto los sesenta mil hermanos se revistieron de cuerpos divinos que volaron al cielo, donde Bhagiratha gozó tambien de la gloria infinita, como justo premio á sus virtudes.

VII.

Hé aquí la poética tradicion del Ganges; tradicion que descubre una filosofía y una religion admirables.

Es la lucha del hombre sobre la tierra, ante la esperanza de un porvenir luminoso, de un *mas allá* que engrandece y purifica.

Respetemos las creencias; pero tengamos presente que cualquiera que sean las que poseen los distintos pueblos, en todas se vislumbra como símbolo constante la *fé*, pedestal sublime de las civilizaciones que lo mismo alcanza á la vida comun, que á la recóndita existencia del hogar.

EL LITERATO CASADO,

POR P. DE C.

Créese generalmente que la vida del literato es una senda de laureles, y sin embargo, para que el hombre que se halla animado por una vocacion verdadera pueda alcanzar algunas glorias, ¡cuántos disgustos y cuántas penalidades tiene que soportar! ¡cuántas injusticias que sufrir! ¡cuántas obras que perder! ¡cuántas intrigas que combatir, y cuántas criticas que desdeñar!

Si despues de grandes afanes y de constantes vigilias se ha alcanzado una honrosa posicion, en la que el éxito premia el trabajo, y los sufragios del público indemnizan de las injurias groseras de los envidiosos, no vaya á creerse que los dias del literato correrán en una bonancible quietud; no vaya á creerse que con toda comodidad podrá, en el retiro de su gabinete, entregarse á los trabajos que forman el encanto de su existencia. Multitud de importunos, de petulantes y de locos, que se aficionan á ser la pesadilla de las bien adquiridas reputaciones, cercan al predilecto querido de las musas; el hombre de alguna nombradía les oye, zumban en torno suyo, como las avispas zumban cerca de la flor cuyo jugo codician, y si un autor emprende la publicacion de una obra tiene que escuchar por fuerza mil proposiciones de hombres casi tontos que pretenden obtener en ella su colaboracion. El modo con que espresan su argumento, sea de palabra ó por escrito, es tan original y tan raro, que no hay persona que les comprenda, porque acaso tampoco ellos mismos se comprenden; pero si se desairan sus ridículas y atrevidas indicaciones, correrán por las calles y los cafés, diciendo que el autor les ha robado las ideas.

Despues de esto entran los álbums en la consideracion del fastidio del literato.

El hombre de reputacion brillante, está seguro de encontrar en la portería un álbum siquiera, cada vez que sale ó entra en su casa. El álbum es el coco del artista y del literato; el álbum le persigue sin cesar en el campo, en el teatro, en la tertulia, en el fondo de su estudio, en el centro de sus glorias; el álbum vá en su pos, como el fiel mastin sigue las huellas de su señor. Y no hay que dejar pasar muchos dias sin servir á los dueños importunos de estos originales libros, porque aún cuando no tenga la menor franqueza con el escritor ó el artista, no cesarán de enviarle cartas para que se tenga presente su álbum, como si el autor poseyera su tiempo precioso para desperdiciarle en tales bagatelas.

Yo conozco mucho á un sábio, que cansado ya de devanarse los sesos en escribir cosas diversas para los albums, ha determinado poner en adelante á todos ellos una composicion idéntica; y si todos adoptasen igual sistema, era cosa muy sencilla satisfacer esta obligacion del hombre de reputacion literaria.

Penetrad con nosotros al estudio de estos séres privilegiados, vamos con preferencia á casa de un hombre

Universidad de Deusto
Biblioteca

de letras casado; porque si bien el himeneo es un lazo encantador, las barahundas caseras no pueden acomodarse de ningun modo con las exigencias de las musas.

Un chiquillo que grita ó una mujer que canta, son parte cada de por sí suficiente para alejar á las favoritas de Apolo de aquel que creyéndose habitante de una region celeste, tiene que convencerse á cada paso de que solo es un pobre mortal.

Mr. G. es un escritor de mérito; está casado con una mujer hermosa, y tiene dos lindísimos niños, á quienes ama con delirio. Entremos con él á su gabinete donde se introduce á las once de la mañana.

Mr. G. se sienta delante de un pupitre, y esclama con aire satisfecho:

—Trabajemos..... hoy me siento inspirado.... veamos qué hora es.

El literato echa mano al reloj, y hace un gesto desagradable; luego continúa:

—¡Las once ya!.... Hemos almorzado demasiado tarde, y no es estraño.

Veinte veces tengo dicho á mi esposa que queria estar á las diez en mi cuarto; pero no hay quien pueda persuadir á una mujer de que cuando se tiene la cabeza llena de las ideas de un argumento, y la imaginacion exaltada anhelando producir á borbotones sus conceptos, sea necesario adelantar ó atrasar la hora de comer. Cuando mi compañera dice: «La sopa está en la mesa»; ó «el almuerzo se enfria», es absolutamente preciso abandonarlo todo, romper las cuerdas de la lira, que acaso en aquel momento pulsa uno con toda la dulzura y armonía de que es capaz, y truncar en lo mas interesante una accion que es necesario sostener con viveza, y que despues solo puede desempeñarse con toda la monotonía y pesadez propia del genio debilitado por una transicion material de gastronomía.

Mr. G. toma un manuscrito que se halla sobre la mesa.

—¿Qué es esto? Desconozco la letra.... Algun manuscrito que mi esposa habrá recibido durante mi ausencia. ¡Cuántas veces la habré dicho que no tome ninguno de esos malditos cuadernos con que me vuelven loco todos los dias! ¡Cáspita!... No hay medio de que uno consiga ser obedecido en su propia casa!

El literato hojea el manuscrito.

—¡Qué letra!... ¡Qué ortografía!... Estos escritores debian comenzar su carrera aprendiendo á ser escribientes... . ¿Qué casta de obra será?..... ¡Diablo!.... *El gran tureo enamorado, ó el puñal, ó el veneno.* ¡Bravo!.... Esto promete!... «Drama en cinco actos con dos prólogos, tres episodios y un epílogo.....» ¡Voto á tantos! Debe ser cosa curiosa.

Mr. G. deja el manuscrito.

Seria muy agradable pasar dos ó tres horas descifrando ese mónstruo dramático. Si uno se tomara el trabajo de reconocer esas enciclopedias de disparates, era necesario dejar de trabajar y pasar el tiempo con obras ajenas..... Afortunadamente me he acostumbrado á mirar estos papelotes con la mayor sangre fria, y no leo otra cosa que el título..... Sin embargo, volveré á reconvenir á mi mujer, porque ha recibido este manuscrito apesar de mis repetidas advertencias. Veamos ahora mi poemita sobre la felicidad doméstica..... hoy pienso trabajar en él muchisimo, porque me encuentro con buen humor.....

El literato revuelve sus papeles como el que no puede atinar con el que busca.

—¿Pero donde se hallarán mis borradores? ¡El diablo anda siempre en mi despacho!.. Las malditas mujeres para limpiar el polvó, me revuelven y mezclan las cuartillas unas con otras!.... ¿Quién ha de dar ahora con los borradores del poema? ¡No basta decirlas terminantemente

que no se limpie el bufete; es necesario fastidiarle á uno y volverle loco!..:. ¡Por vida de!..... ¡Constancia!.... ¡Constancia!....

Madama G. entra en el cuarto envuelta en un peinador, y con una linda papalina en la cabeza.

—¿Qué quieres, amigo mío?

—¿Porqué me has trastornado los papeles de la mesa?...

—¿Yo? ¡Qué disparate! No he tocado tus papeles.

—Pues habrá sido la criada, porque yo no he dejado las cosas como ahora las encuentro; todo me lo han desarreglado; y estoy esperando que el mejor dia me lleven un capítulo ó una escena interesante para envolver alguna chuleta á la papillot, ó para cogerse los rizos!..... Mil veces lo he dicho, y ahora lo repito, ¡canario! que no se me vuelvan á tocar mis papeles; sobre todo que no se quite el polvo á mi bufete, porque de otro modo me enfadaré muy deveras.... Yo no me meto en vuestras cosas, y quiero que dejeis en paz las que me pertenecen.

—Bien, muy bien, no griteis tanto, porque la cosa no merece la pena... ¡¡Vaya!—¿Pero qué le parece mi papalina?

Mr. G. continúa revolviendo sus papeles de mal humor.

—¿Dónde estará mi poema? Ayer lo he dejado aquí mismo, y hoy no le encuentro...

—¿Me sienta bien?

—¿Y las obleas?... estaba la caja llena, y ahora solo tengo unas pocas... ¡Voto al diáblo.t.

—En cuanto á las obleas echa la culpa á nuestra hija, que te las coge para jugar: pero ¿qué me dices del color de la cinta?

—¡Ah! sí es mi hija, es otra cosa pero que no se las coma, porque la harán daño... ¡Ah! ¡qué fortuna! ¡he encontrado mi poema! ¡Gracias á Dios!...

—Ya ves que no se habia perdido y que no merecia la pena de regañarme el no hallarle desde luego... ¿Te gusta el color de la cinta?

—Si, sí, es encantador, precioso, divino... estás muy bien... pero déjame trabajar... véte, me harás en ello un favor grandísimo.

—¡Vaya un humor que gastas! ni siquiera me diriges una mirada... A propósito... ¿sabes que nos han enviado un salmon?

—Corriente.... estoy enterado.... ¿qué me importa á mi el salmon? ¡Véte! Déjame trabajar con mil diáblos.

—¡Qué galantería!... ¡luego me tendrán envidia porque soy esposa de nn hombre de talento!... ¡Qué nécios!... Seguramente la amabilidad de un literato se asemeja á la suavidad de un cardo. Ahora que me acuerdo, ¿has visto ese manuscrito que trajeron ayer?

—Le he visto, si; le he visto, pero no quiero ver otro semejante sobre mi pupitre... has hecho muy mal en recibirlo...

—¡Qué humor!

—Tú quisieras que yo empleara mis preciosos momentos en hacer caso de las obras de esas gentes que se dispiertan con la idea de hacer una novela ó un drama, y vienen á aburrir á uno pidiéndole sus consejos, amoscándose cuando se les desengaña de que han hecho una barbaridad. Eso no puede ser, amiga mia; te lo repito por centésima vez.

—El que trajo ese cuarderno era jovencito tan fino... tan elegante, y me ha suplicado con tal rendimiento, y que yo no pude menos de recibirle su manuscrito.

—Asi sois las mujeres; para juzgar y servir á los hombres, solo mirais si el que os necesita es rubito, elegantito, monito; esto solo os basta para interesaros por ellos.

—Y tú, ¿qué es lo que haces cuando alguna mujer linda viene á verte con el pretesto de algun manuscrito? ¡Oh!... entonces sabes perfectamente hacerlas entrar en tu despacho, y cerrar la puerta por dentro

para estar con ellas las horas muertas.

—Eso consiste en que muchas veces la timidez de una señora no la permite espresarse delante de testigos...

—Vea usted que timidez la de una mujer que no tiene inconveniente en dejarse encerrar con un hombre...

—Oyes, Constancia; ¿quieres hacerme un gran favor?

Desde luego. ¿Qué es lo que deseas?

—Que te vayas.

Repito que eres tan fino como un cardo... ¡Ni siquiera ha mirado mi linda papalina!...

Mad: G. sale entonces de mal humor, el literato coge un poema; lee con entusiasmo; toma la pluma y declama llevando el compás con la mano derecha, y accionando con la izquierda:

Bello es el interior de una morada
Cuando el placer y el celestial cariño,
Dulce pareja fiel enamorada
Agrupa en torno del naciente niño:
Arrulla la mujer entusiasmada
Entre goces fantásticos de armiño
Las amorosas prendas de su anhelo.....

El poeta se da una palmada en la frente, y esclama:

—Falta el último verso de la octava... Con tal que salga como los dísticos anteriores, quedaré satisfecho..... Veamos.

Mr. G. se frota las manos, toma la pluma, y declama con el mayor entusiasmo:

—Las amorosas prendas de su anhelo... de su anhelo... su anhelo... ¡Por vida de!... su anhelo...

El literato fija los ojos en su tintero, mordiendo el estremo de la pluma con un aire abismado en una reflexion que al parecer debe salir precisamente de aquellos objetos que contempla con avidéz.

De pronto dirige al papel su mirada ardiente; escribe una palabra, vuelve á tacharla; suelta la pluma... se levanta; dá algunos pasos declamando los siete versos anteriores, y concluye la estrofa añadiendo como pié de la octava real...

Que es ángel, la mujer, de nuestro suelo.

Corre entonces Mr. G. á su bufete, coge de nuevo la pluma para trasmitir al papel su inspiracion, pero en aquel momento, suaves y redolbados golpes se oyen á la puerta. Las ideas se marchan al poeta; huye su memoria el dístico que acaba de componer, y mientras se duplican los golpes, hace violentos esfuerzos para recobrarle.

—¡Es ángel la mujer!... ¿Pero quién arañará la puerta?... lo hacen á posta por no dejarme trabajar... jamás puedo tener un momento tranquilo... veamos si me acuerdo... La mujer es un ángel...

Los golpes se redoblan con más fuerza, y el poeta, echando un terno, exclama:

—¿Quién anda ahí? ¿Qué diablos de ruido es ese?...

Una vocecilla tierna y gimplona contesta:

—Soy yo, papá; llamaba poquito porque mamá me ha dicho que no te incomode...

—¿Cómo?... ¿eres tú hija mia?... dijo Mr. G., suavizando gradualmente su voz: ¿eres tú la que te atreves á venir á incomodarme? Eso no se puede resistir...

El literato abre la puerta, y una lindísima niña de seis años, penetra llorosa en la estancia con una trompetilla en la mano y diciendo sin tomar aliento:

—Mi hermano me está haciendo siempre mucho mal... ¡hi!... ¡hi!... Misa me ha roto la trompeta porque no se la he querido prestar... ¡hi!... ¡hi!...

—¡Hola? ¿con que Leon hace esas cosas? No tengas cuidado, hija mia, yo le castigaré.

—Ya le amenazé con que fe lo diria, pero se burló de mí, diciendo que no le importaba... ¡hi!... ¡hi!... y despues me hizo un gesto sacando la lengua...

—¡Caracoles!... ¡el pillito ese se atreve á hacer esas cosas!... yo le ajustaré las cuentas; calla, hija mia y ahora, vete... déjame trabajar.

—Compónme la trompeta, papá.

El literato con suma paciencia, compone el juguete de su niña, y se lo devuelve diciendo:

—No soples demasiado fuerte, porque se volverá á hechar á perder. Mira, de este modo se debe tocar.

Y el literato dió á la niña una leccion de trompeta que no habia más que pedir.

—Ea, hija mia, vete; dí que no me distraigan.

Gracias, papá; un beso...

Mr. G. dió este placer á la niña, y empujándola con cariño, la empujó fuera del gabinete, volviendo á cerrar la puerta.

Despues tornó á sentarse, tomó la pluma y frotándose las cejas, comenzó á declamar nuevamente.

—Las numerosas prendas de su anhelo.,.. ¡Ah!... ya reeuerdo.... La mujer es el ángel....

Abreso la puerta en aquel momento con la mayor violencia, y un chiquillo de ocho años entra brincando y riendo en el estudio de Mr. G.

—¡Qué tal, papá!...,. Yo sé abrir la puerta, ¿no es verdad? como que soy mas grande que mi hermana, y alcanzo mas que ella....

—¡Voto á brios!....! ¿Qué es lo que viene usted á buscar aquí? Es mucha osadia atreverse á incomodarme... ¡Trastuelo!..... Salga usted pronto, y cuidado con volver á tomar los juguetes de su hermana ni hacerla burla, sacando la lengua, porque llevará usted una felpa. ¡Vamos! largo de aquí, bribon.,.. vaya usted á estudiar la cartilla.

El chiquillo, cuyo rostro varió completamente de espresion, dobló la cabeza sobre el pecho, se iba á volverse tristemente sin proferir una palabra, cuando su padre, suavizando considerablemente su voz, le dijo:

—Venga usted acá... Veamos qué es lo que usted venia á buscar aquí.

—¡Oh! no quiero enfadarte; me quieres mal.... dijo Leon con el corazon oprimido.

—Ven acá, picarillo. ¿Por qué rompes los juguetes de tu hermana? Eso es muy mal hecho; eres de mas edad y debias ser mas amable con ella.

—Ya veo que mi hermana no te ha dicho que me ha hecho pedazos el teatrito, y que ha roto las decoraciones.... Yo queria hacer comedias como tú.. ¡hi... ¡hi!.. ¡hi!... ¡y ya no puedo!...

—Pobre niño, esclama el literato abrazando á su hijo con la mayor ternura; ya te compraré tambien las decoraciones necesarias... Por ahora consuélate, hijo mio; toma ese trozo de azúcar candi, y limpiate las lágrimas, pobrecillo.

—Gracias, papá...., ¿Quieres hacerme un polichinela en un papel?

—No tengo tiempo.

—¡Ah!... si.... papá; hazme un polichinela con una pluma, luego le cortaré con las tijeras.

—Eres tan tenaz como tu madre... Vamos... toma el polichinela.... vete ya.

Mr. G. vuelve á cerrar la puerta, despues de haber hecho salir á su hijo; luego esclama:

—Qué bello es Leon!... ¡Y va á ser un hombre de talento! Quiere hacer comedias.... Pero veamos si acabo esta endiablada octava; ahora no volverán á incomodarme... Una mujer es un Dios de este suelo... No puede ser.... Es muy largo..,. como que puede medirse con estadal; por otra parte, el concepto está disparatadamente espresado.... Es un astro... Tampoco es eso; yo habia imaginado otra cosa... ya se ve, le distraen á uno cuando se halla en la fuerza de la inspiracion. La mujer... Que la mujer es un amor... ¡Amor!... Ni por esas... Angel... ¡Calla!... creo que es eso... si.

Entreábrese la puerta, y Mad. G.

Universidad de Deusto
Biblioteca

destruye la idea del poeta, esclamando muy bajito.

—Esposo mio...

Descarga el literato una puñada sobre la mesa, y grita con voz aterradora....

—¡Caramba!,.... ¡esto es demasiado!..... Voy á clavar la puerta.

—¡Jesus!.... lo siento mucho; yo no queria incomodarte, por eso he abierto la puerta con cuidado, y te he llamado despacito; ese jóven de que te he hablado viene por el cuaderno....

—¡Que vaya el diablo con su enamorado gran turco!..... ¿Es posible que no ha de haber medio para poder uno trabajar en su casa?.... Dale el manuscrito y que me deje en paz.

—Aqui lo tienes, justamente; de este modo puedes por ti mismo contestarle lo que te parezca...., Entre usted caballerito..... este es mi esposo.

Mad. H. se aleja despues de haber introducido al jóven, el cual vestido con modestia suma se quedó junto á la puerta, haciendo profundos saludos al literato. Este, fingiendo compadecerse de la timidez del principiante, se dirige á él con la mayor cortesanía y le suplica que se siente cerca de su mesa.

El recien venido toma lánguidamente la palabra:

—Caballero; yo soy el autor del drama *El gran turco enamorado*, que han debido entregar á usted; deseo tener la honra de que, tomándole bajo su proteccion, lo haga poner en escena. No es ese el único que he escrito, tengo otros cinco de grande efecto que los traeré para que los examine.

—Ruego á usted que no se tome ese trabajo, y que se vuelva á llevar el manuscrito que ha enviado; me es imposible interesarme por ninguno.

—Es que si no ha agradado á usted esa obra, podrá encontrarse en las otras que....

—He tenido el honor de decir á usted que me es imposible servirle.

—A lo menos tendrá usted la bondad de manifestar su opinion acerca del mérito de mi drama.

—Por de pronto su título me ha asustado.

—Sin embargo, *lazo, puñal y veneno*, es cosa que promete....

—Si, promete horrores disparatados, á los que no soy aficionado.

—El drama exije situaciones violentas y fuertes omociones.

—Estoy conforme..... pero es necesario que nazcan de los afectos tiernos, y que sean producto de sentimientos verdaderos. El drama de horrores y de sangre no se ve dos veces con gusto, porqué á poquísimos agrada horripilarse; mas el drama de los pensamientos tan comunes como la verdad, jamás nos cansa, y tenemos una prueba en *Misantropia y arrepentimiento*, argumento eminentemente popular y comun, que nunca vemos sin conmovernos tiernamente.

—¿Y qué haré de mi *Gran turco*?

—Lo mejor que le parezca. Ahi le tiene usted, y dispénseme si no puedo detener por mas tiempo el curso de mis negocios.

—Yo siento haberlos interrumpido, y dejo á usted para que continúe su tarea.

—Mil gracias.

—Ahora que recuerdo, tengo mas de dos docenas de sainetes, y versifico muy bien....

—No lo dudo:

—El otro dia hice una composicion acróstica á los dias de mi tio; me la aplaudieron con frenesí en la mesa, y voy á recitarla para que usted pueda juzgar.

—Repito que siento infinito no poder escuchar á usted por mas tiempo.

—¡Ah!... en ese caso beso á usted la mano.

Dirigióse el jóven á la puerta, la abre con gran satisfaccion del sábio; pero vuelve de repente, diciendo:

—Caballero, no por eso estoy menos satisfecho de haber tenido la honra de conocer á usted.

Mr. G., marchando hácia la salida, y llevando al jóven por delante, le echó fuera, cerrando la puerta y contestando á la vez:

—Yo tambien siento igual satisfaccion.

Volvióse entonces nuestro escritor á su bufete, echando pestes contra los necios importunos, y especialmente contra su mujer que le proporcionaba tales disgustos; pero serenándose poco á poco, tomó la pluma por vigésima vez, diciendo:

—A ver si ahora puedo dar fin á mi poema sobre la felicidad doméstica; conozco que es mi obra magna..... ya se vé, soy tan inteligente en el asunto de que se trata.... Veamos. Una mujer es ángel que vela... No es eso.... Es un ángel celestial..

Un campanillazo terrible se deja oir, y otros dos le suceden con mas fuerza; Mr. G. se levanta furioso, arroja la pluma, y grita:

—Vaya al diablo la campanilla. Mi mujer habrá salido con los niños, despues de haber enviado á la criada á algun recado; pueden, pues, echar la puerta abajo, porque no la abriré al mismo Papa.

El literato vuelve á declamar:

La mujer es un ángel.... No puedo vaciar la idea que me he propuesto... yo quisiera espresar que la mujer es un ángel que nos colma de los cuidados mas delicados, acariciando á su esposo, proporcionándole placeres, y evitando que los amargos disgustos acibaren su existencia preciosa; pero no es posible decirlo en el último pie de una octava real; concluiré esta como mejor pueda, y despues en la siguiente acabaré de hacer el retrato de la mujer..... de esa angelical criatura, de esa creacion hermosa que en el mar de la tribulacion....

Los campanillazos se duplican con fuerza estraña.

Mr. G. suspende tan bello panegirico, grita que va á romper la narices al cuadrúpedo que llama con tan escasa prudencia; sale, abre la puerta de la escalera, y vuelve á entrar en su gabinete, seguido de un caballero alto, seco y amarillo, como el andante de la Mancha, vestido de negro, caladas las gafas, pechera súcia y manos mucho menos limpias, que penetra con desenfado en la habitacion, diciendo:

—Bien sabia yo que habia gente en la casa; el portero me lo dijo al entrar; y como estaba persuadido de ello, si usted no hubiera abierto, no cesaria de llamar hasta romper la campanilla.... me parece que eso estaba en el órden.

—Pues yo creo que no era ese un motivo para tanta energía.

El escuálido recien venido avanzaba siempre por la estancia, llevando siempre por delante á nuestro escritor, que retrocedia de espaldas poco á poco, costándole mucho trabajo ceder el terreno; pero aquel marchaba pisando los pies á su antagonista, y este acabó por abandonar el pavimento á unas plantas tan terribles.

—¿Es Mr. G. á quien tengo la honra de hablar?...

—Ciertamente.

—Pues estoy satisfecho de hallarme en su presencia, porque ya he venido un centenar de veces, y no he podido conseguir verle hasta este momento muy dichoso para mí.

—¿Tendrá V. pues, la bondad de decirme en qué podré serle útil?

—Vengo á proponer á V. una especulacion, para lo cual es necesario que le ponga al corriente de algunas ideas preliminares.

El literato, no columbrando ningun manuscrito entre las manos del hombre largo, piensa que puede escucharle algunos momentos y le manda tomar asiento.

El zanguilargo se coloca con toda la comodidad posible, arrellenándose en una magnifica poltrona, y estendiendo sus piernas sobre dos ta-

Universidad de Deusto
Biblioteca

buretillos, saca del bolsillo una tabaquera y rompe el silencio:

—Soy hombre que gasto poquísimas palabras en balde.

—Así me gusta...

—Marcharé, pues, directamente á mi objeto.

El esqueleto presenta á Mr. G. su tabaquera, diciendo:

—¿Gusta V.?

—No lo uso, contestó con impaciencia el literato.

—¡Es cosa muy rara en un hombre de letras! Un polvo á tiempo despeja la cabeza, destierra el mal humor, hace prodigios en nuestra obtusa organizacion; y por más que diga Aristóteles con toda su clientela el tabaco es una cosa divina. Yo me acostumbré á él con motivo de una fluxion de ojos que me acometió y de la cual no estoy curado todavía.

—Vamos á la cuestion.

—¡Oh! espondré la cuestion en pocas palabras, aún cuando tengo grandes cosas que decirle, porque yo he viajado muchísimo... Figúrese V que á consecuencia de aventuras prodigiosas, cuyas particularidades seria largo de contar, me encontraba cierta mañana de invierno en el centro del Aponino... ¡del Apenino nada ménos! allí no hacia calor; pero...

—Permítame V. le diga que se aleja demasiado de la cuestion, á no ser que ésta se dirija á contarme su peregrina historia.

—En España tambien me he encontrado años despues, hospedándome en Madrid en el cerrillo de San Blas... ¡Oh! ¡es una montaña prodigiosa! El clima no es muy benéfico; dominado siempre por un calor intenso, es muy difícil habitar allí sin que el cútis se curta y ennegrezca; ya vé V. mi rostro que amoratado está; pues consirte en el fuego abrasador bajo cuya férula he vivido allí por los años de...

—Me parece que eso no puede interesarnos por ahora á la cuestion.

—¿Gusta V.?

—Hé dicho que no es de mi uso...

—Luego por el camino de Nápoles me dirigí á Milan; pero como por efecto de circunstancias prolijas de manifestar, llevaba las botas agujereadas...

—Es cosa de volverse loco con este hombre...

En otra ocasion volcó conmigo la diligencia; salí por la portezuela, y lo mas particular fué, que á pesar del porrazo que recibí, no se aplastó una manzana que llevaba en el bolsillo para regalar al rey de Noruega.

—Si usted no acaba de decirme en dos palabras su pretension, no podré escucharle porque los momentos son para mí demasiado preciosos.

—Tome usted un polvo...

—Repito que no es de mi uso.

—Por el bosquejo que acabo de hacer, se conoce perfectamente que soy hombre de mundo y de aventuras... Cuando se ha viajado por espacio de treinta años sin parar...

—Cada vez se aleja usted mas de la cuestion.

—Al contrario; justamente me hallo en su centro.

—Y qué tiene que ver...

—Mucho.

—Oigamos, pues.

—Yo vengo á hacer la fortuna de usted, y la mia al propio tiempo.

—¿De qué modo?

—Es una cosa sencillísima, usted escribe dramas y novelas; lo he sabido viajando por el Indoustan y pues bien, vendo á usted mis aventuras; cómpremelas usted, y de este modo tendrá materia para escribir un tomo semanalmente. Yo no soy ambicioso, partiremos las utilidades por igual; y en cuanto á la gloria de la invencion se la cedo para que sin ampacho ponga su nombre al frente de la obra.

Mr. G. se levanta, y esclama ahogado por la cólera:

—Si yo hubiera sabido que se trataba de tales disparates, no hubiera permitido que la visita de usted se dilatase tanto. Yo no compro aventuras de nadie.

—¡Cómo! ¿Es posible que no sea de su agrado una especulacion tan ventajosa? Considere que mis aventuras són altamente graciosas é interesantes; las tengo románticas y sarcásticas... ¡Oh!... es imposible que la imaginacion pueda inventarlas de un mérito tan prodigioso. Por la noche se las iria contando á usted, y durante el dia...

—Repito que no quiero comprar los cuentos de nadie.

—Lo siento mucho; pero ya que no le acomoda, ¿quiere usted prestarme un duro? Hé olvidado el bolsillo...

—Mr. G., contentísimo de terminar la cuestion por este medio, dió al zanquilargo aventurero una moneda de cinco francos.

—Gracias, mil gracias, contestó aquel al tiempo de tomar la puerta para salir á la calle; devolveré á usted este dinero cuando pase por la calle dentro de breves dias.

El literato cierra con fuerza la puerta de su gabinete, y sudando á mares, vuelve á sentarse al bufete ahogado por las situaciones violentísimas que le habian privado de concluir su poema.

—Esto es insoportable, decia el literato, apoyando los codos sobre la mesa, y cubriéndose el rostro con las manos; siente un dolor de cabeza terrible.... ¡Qué dia! Pero vamos á ver si acabo mi poema.... La mujer es un Dios... Un tesoro... Un... lucero... No sé lo que me digo; tranquilicémonos un poco; ya me acordaré de lo que es la mujer.

Mad. G. abre la puerta muy quedito, y adelanta un poco la cabeza. diciendo en voz baja;

—Solo quiero decirte dos palabras....

—Una mujer es un Dios...

—No me contestas?

—¿Que quieres?... ¿Se ha prendido fuego á la casa?... ¿Se muere alguno de los niños?

—¿Quieres comerlo con aceite o con salsa?...

El literato descarga un segundo porrazo sobre la mesa; se levanta, vuelve á sentarse con desesperacion, y esclama:

—Es horroroso tener una mujer como tú; merecias ser esposa de un mozo de cordel...

—Le comeremos con aceite en ese caso.

Y al decir esto, la mujer vuelve á salir con la mayor sangre fria. El literato permanece un cuarto de hora sin poder ahogar su agitacion; despues se pasea y vuelve á declamar; y cuando iba á sentarse para escribir el octavo verso de su estrofa, entra la criada y esclama con una vozarrona desagradable:

—Son las seis de la tarde, y la sopa está en la mesa.

Mr. G. rasga entonces todos los manuscritos del poema, diciendo:

¡Escribo sobre la felicidad doméstica!...! ¡Pardiez! ¡debia hacerlo sobre la desgracia del hombre casado!... ¡Malditas mujeres!.... ¡Todos estos disgustos me los proporciona Constancia! Vaya al diablo el poema,... no quiero escribir mas mientras tenga mujer que inutilice mis ideas..,..

El poeta arroja el tintero por la ventana y en pos los restos del poema; sale de su gabinete, y se dirige á comer, acaso para que las viandas se le vuelvan veneno en el estómamago, y entrega al diablo su trabajado espíritu, llevando al panteon la pesada y armoniosa lira que Apolo le confiara en el mundo.

Hé aquí la jornada de un hombre de letras.

Universidad de Deusto
Biblioteca

EL CAZADOR SUIZO.

Pura y brillante alzaba el alba su frente y el sol doraba las cumbres de los Alpes rompiendo sus rayos sobre los nevados campos de la Suiza. A cuatro kilómetros de Lausana, veíase una sencilla y agreste quesera, aislada en medio de aquella rica vegetacion. Inmóvil en el dintel estaba una doncella: sus rasgados ojos negros, llenos de candor y de espresion, vagaban con inquieta curiosidad por el camino que venia de Lausana, cruzaba por delante de la quesera é iba á perderse en la montaña.

—Kelty! Kelty! repitió la brusca voz de un anciano que salió de lo interior andando con dificultad. Kelty tres veces te he llamado; qué haces que no respondes?

—Padre, esclamo Kelty, como si no hubiese oido estas reconvenciones y palmoteando alegremente, ya viene Bantz.

—Bantz! Bantz! murmuró el Montañés enojado, adentro Kelty, bien sabe solo el camino de la quesera.

Bajó la jóven la cabeza y siguió á su padre sin contestar; pero apenas se hubo éste sentado sobre su vieja poltrona de cuero, y fué ella á apoyarse dulcemente en sus hombros, con aquella espresion de malicia y zalamería esclusiva de las mujeres en general. Estampó Kelty un beso en la arrugada frente del anciano:

—Padre mio, dijo con la mas dulce y cariñosa voz, en otro tiempo queriais mucho á ese pobre Bantz.

—Ya se vé qué sí, dijo el montañés con impaciencia, le queria..... porque Bantz es un buen chico, un cazador intrépido... Es hijo de mi mas asiduo compañero de peligros... Pero Bantz ha dado en la flor de amarte, Kelty...

Y qué tiene eso de malo? padre, si vos mismo confesais que es honrado, valiente...

—Sí; pero no posee otro bien que su escopeta.

—Y qué mas necesita un montañés?

—Qué mas? un pedazo de pan que poder dejar á su mujer y á sus hijos, si por desgracia se le va un pié en los barrancos... así murió delante de mi su pobre padre... yo le ví rodar al abismo de donde nunca se vuelve!... y si Bantz...

—Oh! padre...

—Bien puede suceder. La mujer de un cazador de gamuzas debe encomendar siempre á Dios á su marido cuando marcha á las montañas: porque hay mas probabilidades de que anochezca con Dios que con ella... y no quiero...

Calló el anciano porque Bantz acababa de presentarse en el dintel de la quesera.

Era Bantz un gallardo montañés, de facciones muy marcadas y robusta musculatura: su cuerpo tenia toda la fuerza y soltura de las generaciones primitivas: todo su continente ostentaba aquel noble orgullo del hombre libre, independiente y fuerte á quien no han degradado viles y miserables pasiones. Sus ojos negros, llenos de fuego y audacia tenian inesplicable dulzura, cuando miraban á Kelty; y su voz, robusta siempre y penetrante, adquiria dulcísima armonia al dirigirse á la doncella. Por eso Kelty le correspondia con todas las fuerzas de su alma; dulce y modesta flor de la montaña, jamás habia sentido ahogado su pecho bajo la pesada atmósfera de las ciudades; jamás habia aprendido á distinguir el bien del mal, el valiente del cobarde. Pero su corazon la guiaba y la decia que Bantz era el mas noble de todos y el mas digno de ser amado.

Acompañábale con la vista hasta que el tortuoso sendero se le ocultaba; le aguardaba por la tarde, palpitante de esperanza y de inquietud, y cuando llegaba, ocupaba un escabelo á pocos pasos de él, contemplándole con las manos cruzadas y sumida en mudo éstasis.

Cuando referia sus peligros, su valor y serenidad en el momento critico, su destreza para la peligrosa caceria, se animaban las miradas de la doncella; ante la admiracion desaparccia el temor y el gallardo montañés le parecia mas que un hombre, era su Dios.

Al principio consintiera gustoso Rusthein, el padre de Kelty, en que Bantz se sentase á su mesa y participase de su frugal sustento. Pareciale el cariño del hijo un reflejo de la antigua amistad del padre y se complacia con las narraciones de Bantz que le transportaban á los tiempos de su juventud. Hasta la edad de cuarenta y cinco años habia sido Rusthein el primer cazador del canton y nunca habia equivocado su vista la distancia de la gamuza, ni temblado su mano. Pero una vez, estraviado en la montaña, habia pasado dos noches sobre los ventisqueros, medio enterrado en la nieve. Afortunadamente fué hallado vivo aun, pero baldado, con las piernas heladas y desde entonces le fué imposible volver á la montaña. Con frecuencia solia contestar á los relatos de Bantz.—Mas que eso he hecho yo. Pero tener vista segura, mano firme y estas malditas piernas....

—Eh! eh! respondía Bantz con ruda franqueza, vos sois viejo y yo jóven, cada cual tiene su turno. Mañana contaré mi espedicion, y podreis figuraros que habeis asistido á ella.

—Anda, hijo mio, y el cielo te guie.

Apretaba cordialmente la mano del cazador, y éste, como siempre, clavaba en Kelty una mirada llena de amor y de esperanza, que le daba fuerza para continuar sus peligrosas correrías.

Todo marchó bien durante algun tiempo; pero un dia descubrió Rusthein el amor de los jóvenes por una conversacion que sorprendió; y de repente mudóse el trato del anciano: recibió á Bantz friamente y miró á Kelty con severidad, hasta que ésta provocó una esplicacion.

Como vimos, calló Rusthein de pronto al aparecerse Bantz, pero una rápida mirada de éste le puso al corriente del objeto de la conversacion, y despues de dejar en un rincon la escopeta, y en la mesa el morral con pan, queso y una calabaza llena de agua, se acercó á Rusthein ofreciéndole la mano. El anciano fingió no advertir este movimiento.

—Buenos dias, Bantz.

—Buenos los tengais, tio Rusthein, repuso Bantz algo desconcertado con tan frio recibimiento. Pero tomando una resolucion repentina, se sentó delante del montañes y dijo con voz firme.

—Tio Rusthein: hace mucho tiempo que quiero hablaros... entre las gentes honradas se vá derechamente al asunto... así pues, yo amo á Kelty y ella me corresponde... sabeis que soy honrado, firme, y que no me asusta el peligro.,, sabeis que he mantenido á mi madre con el producto de la caza. Pero mi pobre madre ya murió, y confieso que al verme solo en el mundo me faltan las fuerzas. Trabajar para mí solo, arrostrar mil peligros sin llevar en el corazon un solo pensamiento de ventura, esponer mi vida veinte veces cada dia, sin poder decir: «esto que hago es por una mujer á quien amo, á quien puedo hacer feliz;» triste cosa en verdad, pero si

Universidad de Deusto
Biblioteca

consentís en que Kelty sea mi esposa podré alimentar estos pensamientos.

El viejo le escuchaba silbando de un modo que nada bueno presagiaba al pobre pretendiente; de pronto dijo al jóven:

—Bantz, á seiscientos pasos de aquí, posees una miserable quesera, muy pobre, muy mezquina, ¿y qué más tienes?

—Nada más, tio Rusthein.

—Nada más, eh? ni una tierra, ni un rincon que cultivar cuando no sea tiempo de caza. ¿Cómo piensas mantener á tu mujer y á tus hijos?

Bantz se sonrojó y replicó con vehemencia:

—Tio Rusthein. se pregunta á un montañes que tiene buenos brazos, buenas piernas, veinte años y valor, cómo mantendrá á su mujer? Sea mia Kelty, y antes de dos años, se habrá ensanchado la quesera y habrá tierras y ganados. Veinte gamuzas hacen falta para todo esto, y ya sé yo dónde hallarlas.

—Veinte gamuzas.... bien, repuso Rusthein; pero Kelty es jóven, tu tambien y teneis tiempo de aguardar. Mata pues las veinte gamuzas, traeme el dinero y Kelty llevará una suma igual. Pero hasta entonces, ni una palabra de matrimonio escucho.

—Cómo! pretendeis?...

—Silencio! el montañés no tiene mas palabras que una: anda, hijo mio, el dia está escelente y puedes comenzar tu caceria.

Bantz no contestó: conocia demasiado el carácter firme de Rusthein para intentar contradecirle: cogió la carabina y el saco, miró con ojos llorosos á Kelty y dijo con voz ahogada:

—Tio Busthein, haré por obedeceros para merecer á Berta... quiera el cielo protejerme porque de dos hijos que podiais tener quizá os quede solo uno..... Adios, Kelty; reza por mí!

—Qué dice? murmuró el anciano turbado.

—Padre, esclamó Kelty sollozando, un presentimiento le anuncia que no volverá á vernos; y si el muere, muero yo tambien.

—Y por que se va así el loco? llámale.

Kelty se lanzó fuera de la casita; mas era tarde. Con paso rápido se encaminaba Bantz á la montaña, y no llegaron á sus oidos las voces de su amada: por un momento creyó este que le oia, porque volvió la cabeza; pero fué para hacer señal de despedida, y desapareció.

—Se ha perdido! murmuró Kelty con desesperacion, cayando de rodillas.

Bantz hondamente afiigido con la cruel firmeza de Rusthein, se habia dejado dominar por una profunda tristeza, pero poco á poco reanimó su valor. Veinte gamuzas! si tenia la suerte de dar con algunas manadas, la caza seria pronta y fácil. Su destreza era proverbial; no habia ventisquero que no conociese perfectamente: preveia todos los peligros y con calma y serenidad estaba seguro del triunfo cuyo premio era su adorada Kelty. Animáronse sus rasgados ojos negros, asomó la risa en sus lábios y continuó su camino murmurando una preciosa cancion suiza. Se encamino hácia el Paseo de Anzin, y allí cesaron sus cantos. Por espacio de una hora siguió un estrecho sendero, cuya vista solo aterraria nuestros mas temerarios cazadores: tenia á lo mas 70 centimetros de anchura. A la izquierda la montaña elevada, recta, unida á la derecha un abismo insondable... pero este peligroso pasage no era nuevo para Bantz, seguia andando sin tener un vértigo, pero cada vez se estrechaba mas la senda y frecuentes hundimientos obligaban á saltos peligrosisimos que Bantz no titubeaba en dar. De repente le faltó paso, pues habia una cortadura de catorce ó quince piés: se paró un

momento y se sonrió burlándose del obstáculo: una rama de enebro salia de una hendedura de la roca, formando un puente natural con el otro estremo de la cornisa: púsose Bantz á caballo sobre este puente y se deslizó hasta el borde opuesto: temblaban sus piernas en el vacio: si se rompia la rama ó perdia el equilibrio, ay de él! Empero Bantz era diestro y valiente y á costa de un esfuerzo casi sobrenatural se vió de pié sobre la orilla contraria, sonriéndose de un obstáculo que á tantos otros habria detenido y que él superaba por amor de su dulce Kelty. Continuó su escursion, haciendo el menos ruido posible y evitando que su sombra avisase á las gamuzas de su presencia. Detiénese de pronto: pendiente sobre un pico de la roca, á treinta pasos encima de él, una gamuza rumiaba la yerba. Bantz lo apuntó, salieron los dos tiros y cayó la gamuza con dos balazos en la cabeza.

—Bien, dijo, tengo buena puntería, la mano es segura y mi buena carabina no me ha faltado jamás. Dios me ampare!

Y el venturoso montañés sintió latir su corazon de alegria y de esperanza.

Eran poco mas de las nueve de la mañana y podia aun aprovechar el dia: coloco Bantz la gamuza debajo de unas piedras, dejó una señal y continuó su marcha.

Cien pasos diera apenas cuando se detuvo y se inclinó hácia el suelo montuoso. Halló una huella de un pié demasiado ancho para ser de gamuza. Una cabra montés ¡murmuró, será mia. Una cabra montés vale dos veces mas que una gamuza y es mas dificil de sorprender.

Subió, trepó, siguiendo la presa que codiciaba. No se acordaba del tiempo que volaba: no sentia frio, ni hambre, ni fatiga. Todos sus pensamientos estaban concentrados en el objeto de sus pesquisas: do quiera hallaba el indicio cierto del paso de la cabra montés. Crecian sus esperanzas, ora siguiendo una estrecha cornisa, ora encontrando una ancha senda que los hielos y las nieves endurecidas hacian unida y fácil. Aparecia en la cumbre de una roca, ó desaparecia tras una pirámide de hielos: su carrera era prodigiosa por lo atrevida y peligrosa.

En estas alternativas pasó el dia entero, perdiendo y recobrando la anhelada huella. deteniéndose á cada paso, conteniendo el aliento, escuchando con inquietud y sin oir mas que el ruido debilitado del torrente que rodaba en su estrecho lecho é iba á perderse en la garganta de las montañas. A las ocho horas de marcha, agoviado de fatiga, habia perdido las huellas de la funesto cabra, y como el viajero que se estravia de noche en seguimiento de un fuego fátuo, Bantz tambien se habia perdido!

Sí, el hijo de la montaña se habia desorientado en aquel dédalo de hielo. El atrevido Bantz, que creia haber registrado todo el ventisquero, habia llegado á un punto que no conocia: en vano quiso averiguar donde estaba; por todas partes le rodeaba el abismo ó la roca sin fin, que se alzaba ó bajaba caprichosamente, rompiéndose de pronto y ofreciendo una boca pronta á tragar á los imprudentes. Ninguna señal conocida descubrió Bantz: tendia sus miradas inquietas sobre los pelados montes, sobre los centellantes picos..... pero nada.....: nada mas que la montaña.

Descansó un momento, comió un poco de pan, bebió el agua helada que henchia su calabaza y prosiguió el camino. El astro de luz desmayaba, y Bantz aceleró el paso en cuanto lo permitian los estorbos del camino. Trepó y bajó las rocas con inconcebible osadía, impelido por la fatalidad: al fin puso los pies en una cornisa que creyó conocer: cobró ánimo, mas pronto cesó y le fué imposible avanzar.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Estremécese Bantz y se detiene: tiende una rápida mirada y descubre mas abajo una especie de plataforma, otro camino sin duda que conduce á Lausana, cuya direccion le indica el sol poniente. No titubea, se lanza y cae sobre el llano!

Oh! quién pintára su rábia y su desesperacion! palidece y se apoya temblando en la roca: tendria á lo sumo el terreno tres piés cuadrados, la roca en que se sostiene alza al cielo su cresta erguida y recta: ni á izquierda hay un camino tan solo, en cuyo fondo muge sordamente el torrente. Todo concluyó: cruza los brazos sobre el pecho y murmura: La muerte! en efecto un paso mas allá está el precipicio, detrás la montaña, y ni una hendedura. ni un pico donde agarrarse y buscar la salvacion. Permanecer allí inmóvil durante la larga noche, es entregarse á una muerte segura, el frio le traspasará y no volverá á despertar! Si resiste al frio, el hambre, el hambre horrible con todo su séquito de horribles torturas... oh!... es forzoso morir!

Morir con tan espantosa muerte, cuando hierve aun tanta vida en su corazon! cuando la sangre juvenil, ardiente circula por las venas! morir amando y siendo correspondido!

Morir sin dejar rastro alguno! sin que su amigo pueda llevar á la que el idolatra, el último adios, la postrer palabra de amor!

Dejar la vida y ese cielo tan radiante y ese sol que al desaparecer dora las cimas y estiende franjas de fuego sobre la nieve!

Renunciar eternamente á las riquezas de natura, á los embelesos del amor! morir á los veinte años! Oh! este pensamiento horrible heló la sangre de Bantz y dirigió al cielo una mirada de desesperacion: empero este desaliento duró un instante no mas, y Bantz intentó luchar contra su fatal destino. Un medio único de salvacion le quedaba aun, y era volver á encaramarse á la cornisa que con tal imprudencia abandonara: pero no tenia apoyo alguno, la carabina le estorbaba y estuvo á punto de sepultarla en el abismo: mas no, pudo resolverse á abandonarla: consiguió echarla sobre la roca, y en seguida emprendió la peligrosa subida. Tres veces se soltaron sus manos ensangrentadas! tres veces las desolladas rodillas le obligaron á renunciar á su imposible empresa y tres veces cayó lanzando un sordo gemido de rábia y de dolor.

La cuarta vez, sacando fuerzas de su misma desesperacion y espuesto á hacerse pedazos si caia, se lanzó sin buscar apoyo para las rodillas. Con las manos convulsivamente asidas á la roca, jadeando, pálido herizados los cabellos, se levanta.... llega su pecho al nivel de la cornisa... otro esfuerzo no mas y se salva... Fero Dios no quiere! el pedazo de roca que le sostiene cediendo á las sacudidas que ha llevado y al peso de su cuerpo se desprende... y hombre y piedra ruedan juntos al torrente!

Oyóse un grito horrible, y despues nada! nada mas que el débil chapuceo que producia un guijarro en un lago.

Quince dias despues otros cazadores hallaron una carabina en el borde del abismo, y adivinaron la tumba del valeroso Bantz.

Un mes despues se habia cumplido la prediccion de este. Al anciano Rusthein de dos hijos que podia tener, no le quedaba ninguno. Uno solo, Kelty, la suave flor de la montaña dormia bajo de la tierra cubierta de nieve.

LOS HUESOS DE CEREZA.

Un dia del mes de Setiembre de 1835 almorzaban alegremente varios jóvenes en una sala de la fonda de Comercio en Madrid.

Segun lo avanzado de la hora (eran las dos y media) y la cantidad de botellas que lucian sus desnudos vientres en una estremidad de la mesa, la broma habia sido grande y borrascosa. El apetito estaba satisfecho, pero las imaginaciones hervian mas que nunca al compas de las copas de champagne.

El héroe de la fiesta daba el ejemplo apurando los vasos sin cuidado y sin temor. Era un jóven de hasta veinticinco años. Un bigotito negro lijeramente retorcido daba á su rostro pálido, pero animado, aquel carácter de atrevida resolucion, agradable un oficial que ostenta en su pecho las cruces ganadas con su sangre: Todos los convidados eran militares tambien, del mismo grado, del mismo regimiento, pero de edad distinta, y el objeto de la reunion era mojar, como suele decirse, las nuevas charreteras del anfitrion promovido al grado de capitan en la toma de Peñacerrada.

Cárlos Laurel era uno de los pocos oficiales que hicieran la campaña con fidelidad, revelando un mérito precoz y un valor que sin la guerra se hubiera oscurecido siempre. Algunos lances de honor en que desplegára tal intrepidez como generosidad, le habian proporcionado esa reputacion de valor tan envidiada por los hijos de Marte, y su inteligencia, su viveza y su ambicion le auguraban un porvenir venturoso. Empero un defecto capital en la carrera de las armas, afeaba su escelente natural. Cárlos era fanfarron, vicio que no es incompatible con la verdadera bravura, y que acompaña siempre á los pocos años. Verdad es que á los pocos momentos de haberse escedido, soltando el insulto, se arrepentia de su falta, detestaba su funesta inclinacion, y de buena gana habria pedido perdon si la susceptibilidad del pundonor militar se prestase á tales reparaciones.

El dia en que vamos hablando estaba mas templado que de ordinario, y los brindis, la zambra y el alboroto iba calentando las cabezas á pasos agigantados: todo era bullicioso y animacion y vida; empero de pronto Laurel, mas sério que un tribunal, dejó de tomar parte en el báquico regocijo de sus compañeros. Con el codo apoyado en la mesa y la mano en los cabellos, se ocupaba en disponer en monton á manera de balas de cañon una razonable cantidad de huesos de cerezas.

—Qué diáblo haces? preguntó uno de los convidados asombrado de no oir la voz de Laurel.

Pero éste, sin contestar, prosiguió tranquilamente el geométrico alineamiento de los globitos rojos.

—¿Qué significa ese aparato? dijo otra vez: tratas de esplicarnos algun sitio?

La única respuesta de Cárlos fué volver los ojos lentamente hácia uno de los ángulos de la sala, y siguiendo la direccion de sus miradas, divisaron sus compañeros, frontero de una botella de Málaga, un hombre chato, regordete, fornido de hombros y bajo de estatura. Recostado sobre la mesa, sostenia con ámbas manos su enorme cabeza armada de una erizada peluca rubia. La inamovilidad de su continente y los rasgos de su rostro, en mitad del cual se distinguian dos ojillos redondos y vidriosos, formaba singular contras-

Universidad de Deusto
Biblioteca

te con la animacion de los calaveras que él observaba en silencio.

Una carcajada general celebró el descubrimiento del exótico personaje; pero Cárlos y el desconocido permanecieron impasibles, fijando uno y otro la más escudriñadora mirada, cual si hubiesen adivinado el secreto pensamiento que los agitaba interiormente.

El oficial fué el primero que perdió la paciencia.

—Ira de Dios, exclamó; yo haré bajar los ojos á ese descarado arlequin.

Y el capitan Laurel cogió un hueso de cereza entre el índice y el pulgar, alzó la mano derecha á la altura del ojo, mientras el otro brazo puesto perpendicularmente sobre la mesa, á guisa de punto de apoyo, aseguraba la exactitud del tiro. Despues de apuntar cuidadosamente:

—Al ojo derecho del mónstruo, dijo, y partió el proyectil.

Arrugóse ligeramente la frente del desconocido: se pasó la mano para borrar la mancha roja que dejara el humo: recogió este y se le guardó gravemente en el bolsillo del chaleco. En seguida recobró su primera actitud como si no diera importancia alguna á lo que acababa de suceder.

Todos los espectadores se miraron con asombro.

—Buen tino! esclamaron los oficiales en coro.

—No, he apuntado muy alto, respondio Laurel con afectada calma: veremos otra vez.

De varios puntos de la sala salió un murmullo de desaprobacion, pero el capitan impertérrito renovó la prueba con la mayor tranquilidad. El golpe dió en el carrillo poco mas abajo del ojo, pero el desconocido no pestañeó. Recogiendo el hueso como el anterior, se apresuró á guardarle en el mismo sitio.

—Ese hombre es un hipopótamo, dijo uno de los oficiales. Te aconsejo que mudes de calibre.

—Si especulará el viejete en huesos de cereza? añadió otro.

—Veremos, replicó Laurel, yo tengo hecha provision de frutas y de paciencia.

Cuatro veces se repitio el mismo esperimento con la misma insolencia perseverante de una parte é insensibilidad aparente de la otra. Habia llegado á su colmo la indignacion de los testigos de aquella escena: pero el amenazador ademan de los oficiales y sobre todo la mirada imperiosa y firme del desconocido, les habia impedido tomar eficazmente su defensa. Muchas veces habia sido tocado en la cara y el chaleco, cuyo fondo blanco estaba marcado de puntitos rojos como manchas de sangre. A la sesta prueba votó el hueso en medio de la sala: el paciente se levantó para recogerle, y en seguida dijo al capitan:

—Caballero, no sois muy certero y espero que me permitais daros algunas lecciones: creo que bastará con seis y podremos comenzar desde mañana si os parece.

—Como gusteis, respondió Laurel impávido. Estoy á vuestras órdenes.

—Elegid padrino: cualquiera de esos señores me hará el obsequio de acompañarme.

Pagó en seguida su gasto y salió saludando á la reunion con caballerosa cortesanía.

Al dia siguiente por la mañana el capitan Laurel con su padrino aguardaba en el campo de Guardias cuando llegó un carruaje del cual se apearon tres personas.

Caballero, dijo el adversario de Laurel, perdonad mi tardanza. Tengo la costumbre de almorzar antes del combate y no es estraño que uno se descuide algun tanto en la amable compañía de este caballero.

El desconocido señalaba á su padrino.

—Por lo que toca á este otro amigo, añadió señalando al segundo acompañante; ya me alegraría

yo manejar la pistola como él maneja el bisturí y la lanceta.

Arregladas las condiciones, medido el espacio, cupo al capitan la suerte de tirar primero: la serenidad é irónico ademan de su adversario le habian aturdido y su bala raspó el hombro del desconocido.

—No habeis apuntado bien, dijo éste. A ver si yo tengo el pulso más seguro. Cuidado con moveros, quieto, porque os importa la vida. A la oreja derecha!

Ora fuese terror ó indiferencia, Laurel se estuvo quieto como una estatua.

Silvó la bala, hizo el capitan un movimiento... colgábale sobre el hombro la oreja derecha mutilada, si bien el cirujano declaró que la herida no ofrecía gravedad.

Hubiera sentido, dijo el desconocido acercándose, privaros de una oreja. Otro dia continuaremos... Os devuelvo uno de los huesos y no hecheis en olvido que aún me quedan cinco.

Dos años trascurrieron despues del suceso que acabamos de referir y con frecuencia recordaba Laurel la dura leccion que recibiera y la promesa de las sucesivas. Si cumplia su palabra, bien podia darse por muerto antes de la sesta prueba.

No era cobarde el capitan Laurel, pero hubiera preferido asaltar veinte reductos y trepar á una brecha, mejor que esponerse cinco veces al fuego del impávido tirador. Desde entonces se verificó una reforma notable en su carácter: se hizo más reservado, más modesto, y sin perder ninguna de las dotes que honran á un militar, adquirió otras que no le hacen ménos apreciable.

Empero con el tiempo se le borró de la imaginacion la memoria de su percance y la perspectiva de los que podian subseguir.

Mudó de guarnicion su regimiento, y Cárlos Laurel se estableció en Zaragoza, tierra clásica del heroismo y cuyos muros amasados con la sangre de sus moradores encierran tantas riquezas y preciosidades. Una tarde que volvia de una torre, asi se llaman por allí las casas de campo, descubrió el capitan un grupo de muchachas sentadas á la sombra y que á su aproximacion huyeron como pájaros asustados. En el desórden de la fuga olvidó una de ellas el pañuelo y Laurel que no era lerdo en materias amorosas, se dió prisa á recogerle y seguir á las fugitivas con el plausible objeto de restituir la perdida prenda: de esta suerte trabo conocimiento con la aragonesa mas linda que viera nacer el Ebro, conocimiento que se familiarizó por dias y que al fin como todas las relaciones de esta especie degeneró en amor.

Una mañana estaba citado por su amada y se habia levantado al amanecer para acicalarse y vestir el mas brillante uniforme; pero ¡oh instabilidad de las cosas humanas! llamaron á la puerta y entró un hombre: era el aficionado á los huesos de cereza!.

«Acabo de llegar á esta ciudad, dijo el estupefacto general; parto mañana al amanecer, y sabedor por casualidad de que os hallábais aqui de guarnicion, no he querido perder la ocasion de ofreceros mis respetos y recordaros.... que soy vuestro deudor.

—Me hareis el obsequio de diferir el viaje: por hoy es imposible!...

El desconocido miró friamente al capitan.

—El negocio que me obliga á partir, replicó, es grave y no permite demora. Tan contado teneis el tiempo?.... con cinco minutos..... A qué hora es vuestra ocupacion?

—A las doce....

—Oh! son las ocho, tenemos cuatro horas por nuestras. Podemos no perder un momento: mi criado aguarda abajo con las pistolas, y en cuanto á padrinos, para maldita de Dios la cosa nos hacen falta.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Media hora despues recibió Cárlos laurel un balazo en el brazo y en el paraje mismo donde poco despues debia ver á su amante.

—Caballero, le dijo su adversario, sacando de una bolsita un hueso de cereza: aun quedan cuatro: os los ofrezco en pago de mi deuda y en memoria de mi cortesia: Adios...

Cárlos curó felizmente de la segunda herida y se vió libre para siempre de la presencia y lecciones del temible confesor; pero no volvió á ver á la señora de sus pensamientos, porque el regimiento mudó de guarnicion durante la convalecencia.

UNA PARTIDA DE ECARTÉ.

Vernuil y Juvegny habian hecho desde la infancia un pacto de amistad; nada mas comun. A los 25 años lo observaban aun con una fidelidad escrupulosa; ya esto es algo mas raro.

En el colegio donde los mismos estudios los habian unido constantemente, y en el 6.° regimiento de húsares donde servian con el grado de teniente los habian llamado, y los llamaban aun Castor y Polux, Orestes y Pylades, Damon y Pitias.

Un dia, tendrian como unos 15 á 16 años, edad en que todo es ingeniosamente exagerado, Verneuil y Juvigny se habian dicho el uno al otro:

—Seremos amigos hasta la muerte.

—Y juremos que en todo iremos á medias, que dividiremos entre nosotros los placeres y los disgustos la fortuna y la miseria.

Pero, ¿y si llegamos á desear á un mismo tiempo algo que sea imposible de repartirse entre los dos?

—Ah! entonces renunciaremos ambos á ello.

—¿Por qué privar á uno de nosotros de uno que seria para el otro un motivo de alegria?

—Tienes razon. Convengamos en que entonces decidirá la suerte.

—Bien, pero no la suerte en su ceguedad..... jugaremos si quieres el objeto en cuestion.

—Me parece buena idea, una partida de ecarté decidirá el asunto.

—Aceptado. De este modo nunca habrá disputa.

—Nunca se enfriarán nuestras relaciones; un objeto te conviene y me conviene tambien: inmediatamente al juego de cartas, y el que gana se apodera de su conquista; se presenta otra circunstancia semejante, otra vez al juego.

Un juramento solemne selló este convenio estravagante.

¡Estravagente! así lo parecerá á muchas personas; pero despues de 10 años de esperiencia lo mirarian en conciencia como el resultado de una inspiracion del cielo. A los 25 años, Verneuil y Juvigny, gracias á un sinnúmero de partidas de ecarté habian evitado muchas disputas capaces de romper la amistad mejor cimentada.

Hasta entonces todo habia marchado á las mil maravillas.

No hay tratado por muy hábil que sea su combinacion, en la cual no se descubra tarde ó temprano alguna imposibilidad que no se haya previsto, lo que prueba que no es dado al entendimiento humano llegar en nada á su perfeccion.

Despues de la gloriosa campaña de Italia, el 6.° regimiento de húsares se hallaba de guarnicion en Grenoble; los oficiales festejados, acogidos como héroes se entregaban á los placeres con tanto ardor como el que habian manifestado algunos meses antes cuando arrostraban los mayores peligros delante del enemigo.

Grenoble llegó á ser para nuestros amigos una morada tanto mas agradable cuanto que en esta ciudad vivia el padre de Delbois, capitan de su regimiento, con quien tenian una gran amistad. Mr. Delbois contento con tener á su lado á su hijo por algun tiempo, no perdonó medio de obsequiar á él y á sus hermanos de armas festejándolos como se merecian.

Una buena mesa, donde reinaba la franqueza y la cordialidad, salones donde se reunia todo lo escojido del pueblo, y las jóvenes mas lindas eran mas que suficientes para justificar la presencia asidua de Verneuil y Juvigny en casa de Mr. Delbois; pero es preciso convenir que un encanto mas poderoso que el placer era lo que los atraia.

En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de una jóven italiana que hacia seis meses que habia llegado. Mr. Delbois (padre) la habia presentado en todas partes como la hija de un antiguo corresponsal de su casa, y decia á las personas curiosas, que se la habian confiado á fin de sustraerla de los horrores de la guerra que desolaba su pais. Sin que nos detengamos en hacer el retrato de Blanca Micherely que era el nombre de la italiana, únicamente diremos que la primera vez que se presentó en lo círculos de Grenoble llamó la atencion de todos los hombres y mereció el aborrecimiento de todas las mujeres disfrazado bajo el esterior de una amistad íntima.

Muchos adoradores habian pedido la mano de Blanca; pero estas solicitudes habian sido acogidas por otras tantas negativas: y todos habian creido, lo que parecia muy verosímil, que esta mano era un tesoro guardado por el dichoso Delbois. Sin embargo, cuando se vió dar vueltas al capitan como una mariposa al rededor de todas las jóvenes, sin hacer gran caso de Blanca, que por su parte parecia pagar bien esta indiferencia, principiaron desde entonces á atribuir las repulsas á la poca habilidad de los que habian pedido la mano de Blanca. Los amantes comenzaron á animarse y la hermosa italiana se vió de nuevo siendo el blanco de todos los amores y de todas las ambiciones.

Como no hay un corazon mas vehemente que el de un oficial de húsares, llegó esto á ser una especie de emulacion entre todos los amigos de Delbois; los mas enamorados, pero tambien los mas tímidos, fueron Verneuil y Juvigny.

Mas, ó no habia llegado á Blanca la hora de amar, á su corazon encerraba un misterio que le importaba ocultar; porque amable con todos, no daba á ninguno el derecho de creerse preferido; sabia detener de un modo admirable en los labios una declaracion; y coqueta ó no, habia llegado á adquirir una reputacion de tal. Sin embargo, no disminuye por esto el número de sus adoradores.

Una mañana el capitan Delbois fué á convidar á todos sus amigos á un gran baile.

—Este dia es para mi un dia de felicidad; quiero que vengais á conocer los motivos de mi alegria y á tomar parte en ella.

Ninguno de los oficiales faltó á la funcion: como es natural Verneuil y Juvigny fueron los que mas prisa se dieron. Nunca habia estado Blanca mas seductora que aquel dia; sus facciones tenian una espresion de alegria y de contento que aumentaba el brillo de su belleza, y le daba un podér irrisistible. Habia tambien en su aire y en sus maneras una es-

Universidad de Deusto
Biblioteca

pecie de gracioso abandono que segun la interpretacion que se le queria dar podia inspirar confianza al mas tímido y aun hasta cierta temeridad.

Este fué el efecto que produjo desde un principio en Verneuil, que aun no se habia atrevido á pasar los límites de los galanteos. Sacó á bailar á Blanca, y se propuso no dejar concluir la contradanza sin dar un golpe decisivo declarando su muda pasion. Durante la primera figura habló con miradas; en la segunda se aprovechó de la cadena inglesa para aventurar algun apreton de manos; apenas concluyó la tercera, cuando manifestó tartamudeando á su linda compañera el deseo de hacer una confianza.

Blanca se puso muy seria y le respondió:

—Señor de Verneuil, yo tambien tengo que haceros una confianza: despues del baile sabreis cuál es; esperad hasta entonces, os lo suplico.

En seguida volviendo á tomar su aire alegre tendio la mano diciendo:

—A nosotros nos toca.

Y principió la cuarta figura.

Verneuil no supo al principio qué pensar, pero despues de reflexionar encontró en la respuesta que acababa de darle Blanca mas motivo de esperanza que de temor. En fin, se puso tan contento que si no hubiera sido por los testigos que allí habia, se hubiera entregado á todas las locuras de una alegría inmoderada.

Concluida la contradanza, Juvigni se acercó á Blanca para recordarle la promesa que le habia hecho de bailar con él. Verneuil dejó la sala, bajó al jardin donde solo los árboles y las flores son comunmente los confidentes favoritos de los amantes.

Dios sabe á qué grado de ridiculez habian llegado ya las hipérboles y los arrebatamientos de Verneuil, cuando Juvigny se halló delante de él en un estado de fiebre no menos violenta y cuya causa era absolutamente la misma.

La alegria por su naturaleza es escesivamente charlatana; nuestros dos oficiales que quizá por amistad no se habian comunicado una pasion, cuyo éxito era dudoso, se alegraron sobremanera de encontrarse allí solos para comunicarse sus esperanzas.

—Verneuil, esta es la noche en que he fijado mi destino.

—Puedo, mi querido Juvigny, servirme de las mismas espresiones para lo que tengo que decirte.

—Figúrate un ángel, amigo mio, capaz de hacerle perder á uno el juicio.

—Temo haber perdido tambien el mio. Nunca habia imaginado tantas gracias unidas á tanta hermosura.

—Estás enamorado?

—Quién no lo estaria al verla? Ojos negros, una gracia encantadora, la sencilez de la inocencia unida á todas las seducciones de la voluptuosidad, y una sonrisa que brilla en el alma como una esperanza! hé aquí su retrato.

Mientras que hablaba Verneuil, Juvigny esperimentaba un sentimiento vago de inquietud.

—Ah! es cosa decidida, continuó el primero con entusiasmo, mi vida será de Blanca Micherely, de la hermosa italiana.

—Blanca Macherely! esclamó Juvigny, pues esa es á la que yo amo!

Hubo un momento de un silencio terrible: Verneuil fué quien lo rompió.

—Escucha, Juvigny, nuestra rivalidad no debe romper la amistad que nos une; Blanca es quien ha de decidir.

—Bueno que Blanca decida... Verneuil, siento afligirte, pero debo prevenirte que segun las apariencias, no puede existir lucha entre nosotros. Despues de la buena acogida que he tenido esta noche tengo la esperanza, aun casi me atrevo á decidir la certidumbre de ser correspondido.

—Ah! Juvigny, te engañas de medio á medio, y siento verme obligado á declararte la verdad; sí, á mi es á quien Blanca ha dado la preferencia; tendré esta noche la prueba de lo que te digo; escucha y juzga tu mismo.

—Escúchame antes, y te convencerás de tu error.

Y cuando en medio de la discusion que se animaba mas y mas se hubieron contado enteramente lo que Blanca habia dicho á cada uno de ellos, se quedaron confundidos tratando de dar una esplicacion razonable de esta estraña aventura.

—Ya me lo figuro lo que es, dijo Verneuil despues de haber reflexionado un rato: la confianza que Blanca debe hacernos tiene otro objeto que anunciar al uno su triunfo, al otro su derrota.

Entonces cambió de direccion el curso de sus ideas; despues de haberse atribuido ambos la victoria, se reanimaron mutuamente creyendo cada cual ser el amante desdeñado y temiendo ver en su adversario el rival afortunado. En seguida cuando se les vino á la mente la idea de que seria renunciar á sus quimeras, hubo una esplosion de cólera y de rábia.

—No, jamás, esclamó Juvigny jamás te cederé á Blanca.

—Y yo juro, que mientras viva, no serás dueño de Blanca.

—¡Eso lo veremos!

Los ojos de Verneuil brotaban fuego.

—¿Luego quieres romper nuestra amistad y faltar á nuestro juramento? dijo este último.

—Nuestro juramento ¿y lo cumplirás tú, Verneuil?

—Sí, sí, y exijo ahora mismo la ejecucion de nuestro convenio.

—Y si la suerte me es favorable, ¿consientes en retirarte francamente y sin intencion de volver á acercarte á Blanca?

—¿Consientes si yo soy el afortunado en no dar un paso para saber el secreto que debia confiarte esta noche?

—Acepto.

—Pues bien, que el juego sea nuestro juez.

Verneuil y Juvigny se tenian por jugadores de primer órden y por consiguiente cada cual esperaba salir vencedor.

Ya los tenemos sentados en una mesa de juego: cinco ó seis personas los consideran con admiracion porque la espresion de su fisonomía tenia algo de estraño... lo que no impidió á los espectadores hacer tranquilamente sus apuestas.

Habia pasado media hora y la partida marchaba con mucha lentitud.

Es que en efecto, los dos jugadores hubieran dado cada uno la mitad de su existencia por conocer inmediatamente, por saber pronto cuál seria el vencedor; se conducian como si quisiesen retardar esta solucion hasta la eternidad, espiaban mútuamente sus miradas, cuando tocaban una carta temblaban como un azogado, y no la echaban sino despues de haber estado vacilando algun tiempo; en fin, cada uno tiene cuatro puntos; principia el golpe decisivo y corre el sudor por su rostro.

Verneuil ha alzado dos veces, otras tantas alzó Juvigny; palidos y sin hablar una palabra dejan caer su última carta; dos dieces de oro están sobre el tapete, y los jugadores se echan á reir.

Uno de estos dice:

—Esta partida es nula, es preciso volver otra vez á principiar.

—No, esclamó Verneuil; esto no puede sufrirse dos veces.

Y habiéndose levantado, se marchó bruscamente.

Juvigny le siguió.

Fuera de la sala se pararon.

—Es preciso una decision, y sobre todo pronta.

Una mirada y un gesto concluyeron la esplicacion.

—El juicio de Dios, exclamaron á la vez...

Y se fueron hacia el jardin, un hombre se puso entre los dos y los detuvo; era Mr. Delbois que habia asistido al fin del juego y los habia seguido.

—No puede cumplirse vuestro proyecto cruel, les dijo; no rehusareis á mi ruego. En recuerdo de la amistad que os ha unido hasta este momento, os exijo el sacrificio de un desafío cuyo motivo es quizás imaginario.

—¡Imaginario! á la verdad que tú no puedes comprender esto, Delbois; porque eres incapáz de apreciar, como de sentir una pasion intensa.

—Tal vez, amigo mio, dijo Delbois sonriéndose, pero juro por mi honor que no os batireis ahora: podeis hacerlo mañana temprano, si es que vuestra animosidad no ha tenido tiempo de calmarse, hoy quiero que nos acompañeis.

Y cogiéndolos del brazo, los hizo subir á la sala: acababan de sentarso todos á la mesa. Mr. Delbois, (padre) se adelantó, llevando de la mano á la más linda de las bailarinas, les dijo:

—Os presento á Blanca Mychereley, esposa de mí hijo, con quien se casó en Italia, y cuyo casamiento hemos tenido necesidad de ocultar por razones de familia.

. . . . . .

Verneuil y Juvigny quedaron confusos cuando tuvieron que apretar la mano de Delbois para felicitarlo. En cuanto al desafío, no se volvió á tratar de esta cuestion.

LA GONDOLERA,

POR

MOLÉ GENTIL-HOMME Y CONSTANT-GUEROULT.

I.

Hay cierto dia en el año que todo napolitano saluda con júbilo. Este es el 8 de setiembre, en que se celebra la famosa procesion de *Santa Maria di Piedigrotta*. El entusiasmo del pueblo por esta solemnidad es tal, que la mayor parte de los habitantes de la campiña se comprometen solemnemente en los contratos matrimoniales á llevar á sus mujeres á Nápoles todos los años en semejante dia.

Toda la poblacion de Nápoles, desde el principe hasta el *lazzaroni*, estaba en conmocion el 8 de setiembre de 1785. La ciudad en masa habia invadido el magnífico paseo de la *Chiaia* y el inmenso espacio comprendido entre este muelle, el mar y el Platamonte; la playa estaba cubierta por un pueblo alegre é indolente, y el paseo con sus céspedes, fuentes y naranjos, por la nobleza y la clase media. Las ventanas que daban á aquel sitio se hallaban colgadas con magnificencia, y cubiertas de elegantes y hermosas damas que agrupadas en aquellos vetustos edificios se asemejaban á las flores lozanas que suelen nacer en las quebraduras de las peñas como para ocultar sus cicatrices. El mar estaba tan tranquilo que parecia un inmenso espejo, y en él se veian girar engalanadas todas las barquillas y demás buques pequeños en que pasea continuamente por matar el tiempo, una porcion considerable de habitantes de aquella voluptuosa ciudad. Hácia el lado del Platamonte, en las inmediaciones de la iglesia de Piedigrotta brillaban las armas y los vistosos uniformes de seis mil soldados que cubrian la carrera que habia de llevar el rey. Un sol hermosísimo alumbraba esta escena, cuya magnificencia no hay pluma capaz de describir.

Dos horas antes de ponerse el sol, anunciaron las bandas militares la llegada de S. M. Apareció este en trage de etiqueta en medio de su familia, rodeado de una brillante córte, precedido de doce soberbias carrozas y rodeado de sus guardias. Las aclamaciones del pueblo, miles de miles de pañuelos que se agitaban en toda la carrera y una descarga general de la artillería de mar y tierra, hicieron tan vistosa como imponente la aparicion del soberano en aquellos sitios.

Era éste el momento supremo de la fiesta, y no se hubiera hallado un napolitano que la hubiese abandonado en aquel instante, aún cuando hubiese visto arder su casa. Un solo hombre, y por cierto bien jóven, se apartaba de aquella bulliciosa multitud, dirigiéndose hácia la casa de la reina Juana, palacio abandonado que se eleva á orilla del mar, á la estremidad de la Chiaia. Su rostro era de aquellos que no pueden verse sin fijar en ellos la atencion, no por la belleza de sus facciones, sino por la nobleza que en ellos se distingue á primera vista. Su traje, sin ser de una elegancia exajerada, anunciaba mucho gusto en el vestir, y en toda su persona se notaba cierto aire distinguido.

Apenas llegó á la casa de la reina Juana, cuando echó una ojeada á su alrededor como si buscase alguna persona; pero no vió otra cosa que unas veinte barquillas abandonadas. Conociose en su rostro lo mucho que le contrariaba aquella soledad; y ya se disponia á volver al sitio de la fiesta, cuando el sonido de una voz argentina que salia de aquellas barcas que habia creido solas y que le llamaba por su nombre, le hizo volver precipitadamente la cabeza hácia el lugar de donde habia salido.

En el mismo instante descubrió una linda jóven que levantó un largo velo con que estaba cubierta para libertarse de los ardientes rayos del sol. Tenia éste un hermoso talle, ojos negros y centellantes, una dentadura hermosísima, y aunque algo tostada por el aire del mar, su rostro rebosa vida y salud.

—¿Buscais un barquero para dar un paseo por el mar? le dijo con una gracia igual á la que se notaba en toda su persona.

—Sí, hija mia, pero ¿cómo sabes mi nombre?

—¿Os figurais, señor, que Zanatta es alguna idiota? ¿Quién no conoce en Nápoles al ilustre Antonio, el cantor mas afamado de toda Italia?

—¡Pues bien! ya lo ves, pobre niña, dijo Antonio sonriéndose, el cantor mas afamade de Italia no encuentra ahora un gondolero que le lleve á dar un paseo por el mar.

—Ne uno, cincuenta hallareis á lo largo de la Chiaia; pero no habrá ninguno entre todos ellos que consienta en alejarse diez minutos de la fiesta, aun cuando le ofrezcais por ello diez cequíes.

—Ya lo sé, querida, por eso renuncio á mi paseo.

—Pues yo no quiero que renuncieis y voy o conduciros yo misma, caso que nos arreglemos en el precio.

—Sea en buen hora... veamos... ¿Te creerás suficientemente recompensada con dos cequíes?

—En cualquier otro dia del año

Universidad de Deusto
Biblioteca

eso seria pagar mi trabajo veinte veces mas de lo que vale; hoy no es eso dinero suficiente. Pero, yo no quiero ni dos, ni cuatro, ni diez cequíes, quiero otra cosa que vale mas para mí... Así es, que exijo de vos y no quiero otra paga, que cuando estemos mar adentro me cantes un aria de aquellas tan preciosas que vos sabeis cantar, para que pueda yo tener el orgullo de decir que el ilustre tenor de San Cárlos ha cantado una vez en su vida solo para Zanetta la Gondolera.

—Acepto, dijo Antonio; marchemos.

Al decir esto, salió á la góndola, Zanetta hizo la vela, se puso á remar, y al cabo de diez minutos estaban ya á dos millas del puerto. Antonio, de pie, parecia altamente distraido; jamás habia aspirado con mas embeleso los húmedos perfumes del mar; jamás habia comprendido tan perfectamente la maravillosa belleza de aquella ciudad mágica que se ostenta radiante y dejada cual una hermosa hija del Oriente, sobre las colinas en que plugo á Dios colocarla; jamás, en fin, se habia visto el alma del célebre cantor tan preocupada de la armonía sublime que existe entre la ciudad y el vistoso panorama de que se halla rodeada.

Contemplados á cierta distancia el azulado Océano que va á lamer sus pies, y al cielo del mismo color, que la sirve de espléndido dosel, se confunden admirablemente con aquellos sitios, que forman el rico y vistoso cinturon que la rodea, y cuya variada magnificencia no hay pluma capaz de describir: por el lado del Norte se descubre una corona de montañas, y la estremidad de aquella *terra di labore*, á la que los romanos dieron el nombre de *compania feliz*; por la de Oriente el palacio de Portici, el Vesubio y el Herculano; por la de Occidente el Pausilipo y la gruta del Perro. ¡Qué tiene de estraño que al ver tanta grandiosidad bajo un cielo tan puro, delante de un mar tan hermoso, y en medio de una atmósfera tan despejada y dulce, olvide el napolitano sumergido en las dulzuras del *dolce far niente*, el Vesubio, cuyas entrañas hierven á corta distancia, y que es capaz con un desborde de su lava de aniquilar tantas bellezas en un abrir y cerrar de ojos!

Antonio dió una mirada en derredor suyo, y vió que estaba completamente solo, sin que en cuanto la vista alcanzaba se distinguiese barca ni otra cosa que una ola azulada que los rayos del sol hacian aparecer como esmaltada en cien distintos parages. Aquella soledad completa en medio de un espacio inmenso, la profunda calma y la serenidad imponente que, por decirlo así, se mecia sobre el magnífico panorama de Nápoles y sus alrededores, el aire vivo y los miasmas penetrantes del mar, todo contribuia admirablemente á abrasar el foco de poesía que la naturaleza habia colocado en el alma del celebérrimo cantante. Permaneció pensativo y silencioso un buen rato, absorbiendo, permítasenos la frase, todo el esplendor y toda la armonía que deslumbraban su vista encantando al mismo tiempo sus oidos: despues de este momento de embeleso, su voz se elevo sonora, grave y melodiosa en medio de aquel majestuoso silencio.

El pedazo de ópera que escogió fué un aria de la *Armida de Gluck*, cuya austera belleza se hallaba en perfecta armonía con el grandioso teatro en que se cantaba: así es que la voz de Antonio se elevó á un grado de espresion y de suavidad cual jamás se habia elevado, y cual no volvio á elevarse en lo sucesivo. Habia llegado para el músico aquella hora suprema de éstasis y de arrebato, que Dios envia una sola vez en la vida al artista y al poeta como para recompensarle de una existencia de fatigas y de angustias; hora

que jamás vuelve por segunda vez, y en la cual el alma traspasa todos los límites en que se habia visto contenida hasta entonces, y toca al de una perfeccion consumada.

Apenas habia salido de sus lábios la última nota, que aun vibraba en los aires, cuando Antonio sintió que le cogian la mano. Volvióse, y no fué poco su asombro al ver á Zanetta arrodillada á su lado vertiendo un torrente de lágrimas.

—¡Pobre niña! la dijo sentándose y haciéndola que se sentase á su lado, ¿por qué lloras?

—¡Ay de mí, señor! respondió la joven, yo misma no puedo deciros la causa de este llanto, que es mi mas dulce consuelo. Al oiros, he sentido dispertarse en mí ciertas emociones que me eran enteramente desconocidas: mi cabeza ardia, mi corazon se hinchaba y creia que iba á volverme loca... en fin, sin saber por qué, me he arrodillado á vuestros piés prorumpiendo en llanto. La felicidad me sofocaba. ¡Ah!... señor, habeis cantado de una manera...

—Cual no volveré á cantar en mi vida, al ménos ú lo temo, y á fé que es lástima, porque entonces sería yo realmente, como tú decías hace poco, el primer cantor de Italia... Dime, hermosa, ¿quién te ha hecho formar ese concepto de mi voz?

—¿Quién? Mi corazon y mis oidos, señor.

—Segun veo, me has oido cantar en el teatro.

—He ido cuantas veces me ha sido posible, sin otro objeto que oiros; pero jamás, Antonio, jamás vuestra voz ha producido en mí el efecto que acaba de producir ahora mismo.

—Segun eso, quedarás contenta sin otra paga.

¡Ah señor!... Casi tengo remordimientos de que hayais cantado tan bien para mí nada más.

—Tranquilízate sobre ese punto, porque cantaba para dos: para tí y para mí; además, mi felicidad igualaba á la tuya en aquel momento, ó quizá la sobrepujaba; pero con una paga de esta naturaleza, ni podrías comprar las cosas que necesitas, ni tampoco te sería posible ir al teatro á oirme, si te dá alguna que otra vez esa idea... Acepta estos dos cequíes y vámonos al puerto.

Zanetta se negaba á recibir aquel dinero.

—Tómalos, dijo Antonio, si quieres que demos otra vez un paseo por el mar.

La jóven los tomó sin replicar una palabra, y volvió su góndola que se deslizó á toda vela hácia el puerto. Cuando tocó á la playa el sol se ponia por detrás del Pausilipo, y el magnífico paseo de la Chiaia resplandecia con miles de hachas colocadas ya en las ventanas, á pesar de no ser todavia de noche. Despidiéndose entonces de Zanetta, que se quedó en pié, inmóvil como una estátua, hasta que le hubo perdido de vista. Antonio se alejó de la playa rápidamente, y fué á confundirse entre la multitud que inundaba los cafés de la Chiaia.

Andaba buscando nuestro héroe con la vista algun amigo en medio de aquella Babilonia, cuando de repente se vió acometido por un individuo pequeño y rechoncho, de rubia cabellera, y de facciones grotescamente pronunciadas. Sus ojos, pequeños y centelleantes, giraban de un modo espantoso, y su empolvada peluca estaba en el mayor desórden; en una palabra, en su persona se notaban todas las señales de una tempestad pronta á estallar en cuanto se le presentase ocasion. Este hombrecillo era el Sr. Benedetto, empresario del teatro de San Cárlos.

—¡Ah, *caro amico*! esclamó, dando un grito desaforado, y poniéndose de puntillas, para poder alcanzar con la mano al hombro de Antonio. ¡*Mio caro amico*! ¡Aquí estais viendo á un hombre desesperado, que no le queda otro recurso que morir!

—¿Qué es lo que os pasa? contestó Antonio, sin casi dignarse mirarle, y con la mayor serenidad del mundo.

—¡Qué me sucede!... esclamó el hombrecillo, cruzándose de brazos y mirando á todos lados como un furioso. ¡Qué me sucede!....., ¡Sabed que no me queda otro recurso que incendiar mi teatro, y en seguida arrojarme al mar! ¿Os parece esto una friolera?

¡Me asustais, señor Benedectto, dijo Antonio , con una sonrisa burlona. ¿Qué motivos os inducen á tomar una resolucion tan desesperada?

—Voy á esplicároslo, y no podreis menos de convenir conmigo, en que en toda Italia no hay un empresario mas desgraciado que yo. Ya sabeis, mi querido señor Antonio, cuántos gastos he tenipo que hacer para presentar la *Armida* con todo el aparato que requiere esta obra maestra del arte.

—Lo sé.

—La primera representacion estaba anunciada para el 15 de setiembre: cantores, cantatrices, coros, orquesta , todo estaba preparado, todo marchaba admirablemente; vos, sobre todo , *caro amico* , ¡porque vos cantais el papel de Arnoldo de un modo!... en fin, no habia el menor obstáculo para que la fiesta fuese completa. Esta mañana estaba yo reflexionando sobre esto, y entrevia que iba á quedarme una ganancia regular..... cuando de pronto veo abrirse la puerta de mi cuarto y entrar por ella hecha una furia á la *signora* Minella.... mi Armida!.... que me declara terminantemente que va á abandonarme para irse á cantar á Milan.¡ Juzgad de mi desesperacion al oirla!.... Súplicas, amenazas , hasta ponerme de rodillas delante de ella, todo ha sido inútil, porque ha permanecido inflexible en su primera resolucion. Al ver esto, me he levantado de repente del suelo y con acento indignado la he dicho. ¿Con que quereis asesinarme? El efecto que han producido estas palabras, han sido hacerla prorumpir en una carcajada tan estrepitosa cual no creo haber oido otra en toda mi vida. Poco á poco se ha ido serenando y me ha dicho:

—No señor; yo no trato de asesinaros; y hasta consiento en quedarme en vuestro teatro, con tal de que canteis el papel de Arnoldo en la ópera nueva, en vez de Antonio.

Este necesitó hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo para no echarse á reir del empresario en sus barbas.

—¡Diablo! esclamó el hombrecillo siguiendo su narracion, solo una operista puede tener caprichos de esta naturaleza. En fin, *mio caro*, como veis, ya no tenemos Armida; y por consiguiente, yo estoy arruinado sin que me quede otro recurso como he dicho antes , que el pegar fuego á mi teatro por los cuatro costados.

Antonio no pudo menos de conocer que la desesperacion del empresario no carecia de fundamento; le prometió en cdnsecuencia , que al dia siguiente iria á ver á la Mi ella, y que haria todo cuanto de él dependiese para que renunciase á aquel capricho tan funesto para el pobre Benedetto. Este le dió uu millon de gracias por sus buenos deseos y se fué á contar sus cuitas á otra parte.

La fiesta fué magnífica y duró hasta el amanecer, pero Antonio no aguardó á aquella hora para retirarse y se fué á su casa á las dos de la mañana.

II.

En tanto que el desventurado empresario contaba su historia á cuantos querian oirla, la cruel Minella, csusa única de sus angustias , recibia en su casa la visita de dos individuos, euya desesperacion igualaba á la de Benedetto. Eran estos el caballero Orsini y el baron de Palluzzi,

que ambos se encontraron á la puerta de la casa de la *virtuosa*, conducidos allí por un mismo sentimiento.

—¡Cómo! esclamó el baron al entrar en el cuarto, arrellenándose al mismo tiempo en una butaca. ¿Será cierto lo que se dice por ahí, hermosa Minella?

—¡Hola! ¿con que se dice alguna cosa? preguntó la prima donna en un tono que contrastaba estraordinariamente con las desencajadas facciones de sus adoradores.

—¡Vaya si se dice! contestó el baron; y una cosa tan estraña, que yo no he querido creerla.

—¡Ah!... ¿con que es tan grave?

—Clarito! se asegura que habeis roto la escritura que teniais con Benedetto, y que vais á abandonar á Nápoles para trasladaros á Milan.

—Pero ¿qué es lo que teneis, señor baron? dijo Minella abanicándose al propio tiempo. Os habeis puesto pálido como un difunto!....

—¡Querida Minella!..... hacedme el obsequio de responder á lo que os he preguntado, y no querais matarme con esa cruel indiferencia. ¿Es cierta la noticia? ¿qué debo pensar de estas habladurias?

—Debeis pensar que Benedetto es un majadero de primera clase.

—¿Con que es cierto que habeis rifado con él?

—Completamente.

—¿Y qué, os vais á Milan?

Es cosa resuelta.

¿Quereis que yo muera desespeaado, ni querida Minella?

—¿Habeis resuelto que la ciudad entera quede de luto con vuestra ausencia? añadió el cabaliero cuyo carácter tímido no le permitia hablar de sí mismo.

Una estrepitosa carcajada de la cantatrfz, probó á sus dos interlocutores que todas aquellas exclamaciones hablaban poco en el corazon de le bella.

—¡Minella! ¡Minella!... exclamó el baron con un tono verdaderamente trágico.

—¡Señora! dijo el caballero herido de su amor propio.

—¡Señores! contestó Minella con cierto aire de impaciencia, os juro que vuestra desesperacion es verdaderamente cómica. A vuestra edad denota una sencillez que me permitireis que os diga que es soberanamente ridícula.

—¿Qué quereis decir con eso, Minella?

—Quiero decir que jamás me ha pasado por la imaginacion el jugar tan mala pasada á eso imbécil empresario, y que mi más ardiente deseo al ménos en este momento, es el no moverme de Nápoles.

—Sin embargo, acabais de decirnos que habeis roto con Benedetto.

—Y así es la verdad' péro no por eso estoy ménos resuelta á continuar en su teatro.

—Entonces... no os comprendemos...

—Pues de esa sencillez es de la que yo me rio. Toda esta farsa consiste en que yo tengo que imponerle una condicion harto dura, y para obligarle á que me conceda lo que quiero exigir de él, le he annnciado de repente que me iba á Milan, en vísperas de una primera representacion, atendiendo á que el precio de un tesoro no es conocido hasta el momento en que uno se vé espuesto á perderle.

—¡Bravo! esclamó el caballero, la treta no puede ser mas ingeniosa.

—Sobre todo, es infatigable, repuso Minella, porque siendo yo edorada de los napolitanos, estos no se consentirán jamás que otra me reemplace en el teatro de San Cárlos.

—Y por otra parte, dijo el baron, ¿dónde se hallará una actriz que pueda competir con la Minella?

—Aun suponiendo que se hallara, replicó esta, seria preciso aguardar á que cumgliese ei término de su escritura, y para Benedetto aguardar, es sinónimo; ya veis, se-

ñores, que en esta empresa estoy segura del éxito.

—¿Os dignareis confiarnos vuestro secreto, dijo Orsini?

—Si porque necesito el apoyo de vosotros dos.

—Decid, ¿en qué podemos seros útiles?

—Necesito que me redacteis una escritura por la cual se comprometa Benedetto á darme diez mil florines por la temporada, en vez de los cinco mil que me ha dado hasta aquí.

—¿Lo habeis pensado bien, Minella? Jamás se han dado á ninguna cantatriz mas de cinco mil florines por célebre que esta haya sido.

—Esa es precisamente la razon porque yo quiero ganar diez mil, quiero que llegue un dia en que pueda decirse que á la Minella se la pagaba el doble de lo que hasta entonces se habia pagado á los mas ilustres cantantes de Italia.

—¿Es decir, que quereis arruinar al pobre Benedetto?

—¿Y por qué no? Esa seria la prueba mas convincente de mi gran talento musical. Los directores no se arruinan jamás sino por las notabilidades.

—Esa pretension es altamente injusta, Minella, mucho temo que en vez de ganar, os haga perder, y por consiguiente, os aconsejo que renunciеis á ella. Si estais empeñada en tener cinco mil florines mas al año, los tendreis. ¿Qué os importa que estos salgan de la gabeta del empresario ó de cualquiera otra?

—Pues precisamente eso es lo que mas me importa. Cinco mil florines salidos de vuestra caja, son cinco mil florines y nada mas, señor baron; en tanto que esa suma, procedente de la caja de Benedetto dobla mi reputacion artistica.

—¿Y si se niega á daros lo que le pedis? dijo Orsini.

—¡Creia haberos probado que eso era imposible, caballero!

—Sin embargo, dijo el baron...

—Basta, interrumpió Minella, cortando la conversacion con un tono imperioso; quiero que se haga como os he dicho, y se hará. Por otra parte, sin más que deciros una palabra, vosotros mismos, señores, convendreis en que mis pretensiones son moderadas hasta más no poder. Yo quiero suponer, mi querido baron, que mañana fuéseis vos el empresario del teatro de San Cárlos, en cuánto estimaríais la adquisicion de la Minella?

¡Ah! yo no hallaría ningun sacrificio suficiente para poseer semejante tesoro.

—¿Y vos, caballero?

—Yo, señora, me avergonzaría de no ofrecerle diariamente más que la mitad de lo que produjese el teatro lleno.

—Segun lo que vosotros mismos acabais de decir, diez mil florines os parecerian una bagatela para una persona de mi talento.

—Así es.

—No cabe en ello la menor duda.

—Luego, como dos hombres de un gusto tan delicado como el baron de Palluzzi y el caballero Orsini no pueden equivocarse sobre el verdadero mérito de una cantatriz, dedúcese, en consecuencia, como acabo de deciroslo, que mis pretensiones no son nada exajeradas.

Imposible era negar lo lógico de este raciocinio; así es que los dos caballeros confesaron que no tenian razon, y que la Minella, lejos de mostrarse exigente, era en cierto modo hasta generosa con Benedetto, no exigiendo de él sino la insignificante de 10.000 florines por unas cuantas representaciones.

—Ahora que estais convencidos de la razon que me asiste, dijo la prima donna, redactadme una escritura en los términos que os he dicho y vamos corriendo á llevársela á ese pobre Benedetto si queremos hallarle todavía vivo; solo Dios sabe las veces que habrá estado á punto de pegarse un pistoletazo desde que yo le he dicho que iba á abandonarle para irme á Milan.

—¡Pobre Benedetto!.... ¿con que vamos á volverle á la vida con este paso?

—¿Quién lo duda?

El caballero se puso á redactar la escritura, y á los pocos minutos la puso en manos de la señora Minella.

—Perfectamente, dijo esta despues de haberla leido. ¿Teneis ahí vuestra carroza, señor baron?

—Aguardando vuestras órdenes, señora.

Pues no nos detengamos, vamos en seguida á casa de Benedetto, por que no quiero retardar ni un minuto mas el darle tan feliz nueva. ¡Es tan dulce ejecutar una buena accion!

III

La luna, palida y radiente á la vez, en medio de un cielo tachonado de estrellas, derramaba sus misteriosos resplandores; Antonio se dirigia lentamente hácia su casa, por aquellas calles medio iluminadas por el astro de la noche, é iba reflexionando en los apuros en que iba á verse el infeliz empresario si la Minella se obstinaba en su capricho, cuando al pasar por el puente que une la calle de Santa Lucia con el castillo del Huevo, hirió sus oidos una voz admirablemente delicada.

Inmóvil por la sorpresa, se paró de repente á escuchar..... Aquella voz era de mujer, y su timbre cual jamás habia oido otro el célebre tenor, reuniendo en grado superlativo las cualidades mas raras y distintas; suavidad, estension y brillo. El trozo que estaba cantando era uno de los mas bellos de los *Oracios* de Cimaresa, y la cantante acometia las notas mas difíciles, con una seguridad de que Antonio no pudo menos de admirarse. Reconociase en la que cantaba, una garganta rica, un sentimiento profundo, y el método mas sabio que es dado imaginar. Antonio apenas se atrevia á respirar, y dudaba si estaba ó no despierto: ¡tan sobrehumanos eran aquellos acentos!.... ¡tanto era su temor de que cesasen de repente!....

Asi sucedió, entonces el tenor fué acercándose hácia la miserable cabaña de donde habia salido aquel cántico maravilloso, decidido á emprenderlo todo hasta dar con aquella mujer á cuyo lado la Minella no podia pasar sino por una aficionada. Iba ya á llamar á la puerta, cuando notó que esta estaba entreabierta, empujóla, pues, con suavidad, y se introdujo en la modesta habitacion sin meter ruido. Al principio no vió nada, pero acostumbrándose al cabo de un rato á aquella lobreguez, pudo distinguir en el rincon de un cuartito, cuyo mueblaje consistia en dos bancos de pino, y un monton de yerba del mar muy seca, una mujer cuyo cuello estaba iluminado por un rayo de la luna, y el resto del cuerpo oculto en la oscuridad. Estaba templando un bandolin; sus negros cabellos caian en desórden sobre aquel instrumento, hácia el cual tenia inclinada la cabeza, instrumento que Antonio volvió á oir con indefinible placer despues de un momento de silencio.

De pronto, aquella mujer levantó la cabeza, sacudió su hermosa cabellera de ébano, y se volvió hácia el lado donde estaba Antonio, de suerte que su rostro medio oculto hasta entonces, en la sombra, se halló iluminado de lleno por el rayo de luna que hemos dicho ya penetraba en la habitacion. El tenor tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre si mismo para contener un grito de admiracion al reconocer en aquella jóven cuya soberbia voz le habia entusiasmado tanto, á Zanetta la barquera. Supo sin embargo contenerse, y se pegó por decirlo asi, á la pared, viendo que se disponia á cantar de nuevo. En efecto, despues de un lijero preludio en el bandolin, volvió á vibrar su voz, con tal brillantez, agilidad y

espresion, que denotaban una organizacion privilegiada para la música. Antonio estaba oyéndola con cierta especie de embelesamiento de que jamás habia tenido ni aun idea; aquella voz le revelaba sentimientos que hasta entonces le eran desconocidos, hasta aquel momento no habia conocido sino el gozo orgulloso de exaltar y conmover á las dos mil almas que iban todas las noches á pedirle nuevas emociones; por primera vez esperimentaba él mismo el encanto que habia sabido comunicar á los demas; por primera vez sabia dilatarse su corazon y humedecerse sus párpados, al contacto de una voz humana.

En cuanto Zanetta acabó de cantar, dejo el bandolin en el suelo y se recostó enteramente preocupada, sobre el mismo banco en que se habia sentado.

Inmóvil, y con la vista en el cielo, cuya cúpula descubria por una abertura practicada en el techo de la cabaña, parecia estar arrobada en delicioso éstasis. Un ardiente beso que sintió en su mano derecha, la hizo salir de él, púsose en pie asustada, y no es posible describir su asombro al ver arrodillado á sus pies á aquel mismo Antonio á cuyas plantas se habia prosternado ella pocas horas antes.

—¡Vos en este sitio, señor! esclamó, ¡vos de rodillas á los pies de la infeliz Zanetta!..... ¡Qué chanza tan cruel, Dios mio!...

—Tú si que te chanceabas cruelmente burlándote de mí, cuando te inclinabas ante mi talento. ¡Mi talento!... habia creido efectivamente en él hasta ahora; pero desde que te oido, Zaneta, conozco que en toda mi vida he sabido lo que era cantar.

—Basta, señor, dijo la pobre muchacha interrumpiéndole, y resentida de lo que ella tomaba de buena fe por una chanza pesada.

Antonio comprendió lo que pasaba en el interior de la hermosa gondolera.

—Zanetta, la dijo, tú ignoras lo que vales. Tú no sabes que si los napolitanos te oyesen cantar una sola docena de notas al lado de esa Minella en quien idolatran, ni siquiera la querrian en adelante para corista.

La jóven, cogiendo la mano de Antonio, le dijo:

—Me asegurais bajo vuestra palabra de honor que estais hablando con formalidad?

—Te lo juro, Zanetta. En toda Italia no hay una cantatriz que pueda competir contigo.

—Maffio, el pescador, me lo habia dicho ya muchas veces, murmuró Zanetta a media voz; pero yo me reia de su ignorancia. Dadme una prueba, señor, de lo que acabais de decir.

—La tendrás mañana.

—Segun eso, yo podia cantar con vos en el teatro de San Cárlos y alcanzar tambien una parte de vuestros triunfos?

Antonio se estremeció al oir esto, y soltando la mano de Zanetta la dijo con una alteracion marcada:

—Puedes quitármelos enteramente, Zanetta.

Esta volvió á apoderarse de la mano de Antonio, y estrechándola suavemente:

—Si yo creyese causaros el menor disgusto, le dijo, preferiria vivir perpetuamente en la oscuridad en que he nacido. Hasta el dia he sido feliz, y dejaria de serlo en el momento que llegase á hacer la desgracia de cualquiera que fuese. Decidme lo que bien os parezca, que yo prometo conformarme con vuestra decision, ¿quereis que vaya á cantar con vos al teatro de San Cárlos, ó preferis que siga en el estado en que me encuentro, y que os lleve otra vez á dar un paseo por el mar? Hablad; uno y otro partido me son indiferentes, y yo no deseo otra cosa que lo que vos mismo deseeis.

Antonio guardó silencio por algunos instantes sin saber á qué decidirse, presa de un tormento atroz. Por el efecto que habia producido en él la voz de Zanetta, calculaba el que debia producir en el público, y se estremecia al considerar que su talento, tan admirado hasta entonces, iba á ser mirado como mediano, y quizá menos comparado con el de la bella gondolera. En este estado permaneció un buen rato, hasta que al cabo esclamó:

—No, seria un crimen que un talento tan estraordinario permaneciese mas tiempo en la oscuridad. Adios, Zenetta, hasta mañana.

Dijo: y lanzándose precipitadamente fuera de la barraca, tomó en seguida el camino de la Chiaia, en donde estaba seguro de hallar todavía al señor Benedetto.

IV.

Antonio se habia engañado; Benedetto, espansivo en su desesperacion, habia recorrido uno tras otro todos los cafés de la Chiaia, en donde ya tomando un sorbete, ya apurando una copa de marrasquino, contaba á cuantos querian oirla su triste y lamentable historia.

Empezábale á contar de nuevo por vigésima vez; adornándola con mil esclamaciones sobre la desgraciada suerte de los empresarios, salpicando su narracion de cuando en cuando con algunos anatemas contra las primeras donnas caprichosas, cuando Antonio se presentó.

—¡Ah *caro amico*! exclamó interrumpiéndole en el paso más patético de su elegía, ¿qué viento favorable es el que vuelve á conduciros aquí? ¿Habeis discurrido algun medio de ablandar á la cruel é implacable Minella?

—Mejor que eso, he hallado el de sacaros de todos vuestros apuros.

—¿De veras?

—¡Por mi fé!

—¡Ah!... *per pieta*, pronto, pronto... decidme cuál es el medio, esclamó Benedetto juntando ambas manos y dispuesto á echarse á los piés del tenor; si éste que vió la accion no se lo hubiese impedido.

—Dejaos de estremos, le dijo, y escuchadme: mi medio es el más sencillo del mundo, Sr. Benedetto. Desde luego empezareis por cerrar vuestro teatro.

—¡Eh!

—Y luego estais una semana sin dar funcion.

Poco faltó para que el infeliz empresario se diese de calabazadas contra la pared al oir esta especie de sentencia de muerte. Sin embargo, ni siquiera se atrevió á enfadarse, temeroso de enojar al eminente artista cuyo mérito le parecia cuadruple de lo que era en realidad, desde el momento fatal en que Minella le habia plantado. Así fué que se contuvo, pensando, y con razon, que debia conservar á toda costa el único recurso que le quedaba en el mundo, es decir, su tenor, que representaba cuando ménos las tres cuartas partes de la suma que producia una llena del teatro. Por esta razon, arrancando de su afligido corazon una sonrisa forzada, le dijo:

¡Ah señor Antonio! ¿por qué os burlais de ese modo de un pobre infeliz que no sabe ya á qué santo incomodarse, y que vé otro medio, ni más recurso para él, que arrojarse al mar?

—Si quereis convenceros, Sr. Benedetto, de que en lo que menos pienso es en engañaros, prestadme atencion por dos ó tres minutos nada más.

—Ya os escucho, dijo el empresario un poco más tranquilo.

—La Minella os planta, continuó Antonio. ¿Qué remedio tiene? Las más deliciosas sirenas se cansan de encantar siempre unos mismos oidos, y estas deserciones caprichosas no son raras en los teatros. Todavia es ménos rara la torpeza de la mayor parte de vuestros colegas, cuando les sucede un contratiempo de esta naturaleza. ¿Cuál es el remedio invariable á que suelen recurrir en semejantes casos? Por lo general, el

Universidad de Deusto
Biblioteca

ir mendigando el favor y la proteccion de todos los cantantes, comprendidos los coristas, y pedir á cada uno de ellos, poco ménos que de rodillas, que no les abandonen en el apuro en que se encuentran... La misma noche del dia que les sucede tamaña desgracia, empieza á ensayarse otra ópera en que no entre el papel correspondiente á la prima donna que se desierta, y á los dos ó tres dias se pone en escena la pieza, que siempre se ensaya con precipitacion, y ménos de lo que debiera ensayarse. ¿Qué resulta de todo esto? Que el público sale descontento y hecha efectivamente de ménos á la que le ha abandonado en medio de la temporada; que empiezan á ser cada dia menores las entradas, y finalmente, que el empresario se arruina por su poco tino. Si todos estos inconvenientes no os asustan, adelante: dad funcion mañana, pasado mañana, el otro y el otro: en cuanto al público...

—¡Es público!... si yo hago eso no asistirá una alma al teatro.

—Pues por eso os digo que no deis funcion, aunque no sea mas que por ocho dias.

—Veo que teneis razon.

—¿Con que os decidís á seguir mis consejos?

—Sin duda... es decir, veremos... pero permitidme señor Antonio, que os haga una observacion, sin que os ofendais por ello; me parece que dentro de ocho dias no estaré mas adelantado que hoy.

—Dentro de ocho dias, mi querido Benedetto, anunciareis en letras muy gordas para la nueva apertura, *Armid*, la incomparable *Armida* del célebre Gluch.

—Pero, supuesto que la que nos falta, es nada menos que la misma Armida...

—Fiaos en mí, que me encargo de traeros una en ese tiempo.

—¡En ocho dias! no es posible, señor Antonio: yo mismo, yo Miguel Benedetto, que sin que sea vanidad soy el empresario mas hábil de toda Italia, he tardado diez y ocho meses en descubrir á la Minella.

—Pues yo, sin ser tan hábil como vos en esa materia, os digo que ya tengo una que pueda reemplazar con ventaja á la que se nos marcha.

—Pasmado el director al oir una cosa que le parecia tan maravillosa, hubiera estado hablando dos horas para enterarse de como podia obrarse aquel milagro, si Antonio no le hubiese impuesto silencio, haciéndole reparar en varios grupos de curiosos á quienes la voz chillona de Benedetto habia atraido á su alrededor, y dándole á entender con una seña, que para que la cosa saliese bien era condicion indispensable el proceder con discrecion guardando una absoluta reserva.

—Despues de haber hablado un poco, sobre el precioso hallazgo en cuestion, sobre el cual se negó Antonio rotundamente á dar ningun género de esplicaciones, iban ya á separarse artista y empresario, cuando pasó por delante del café un elegante carruaje tirado por dos soberbios corceles, y precedido de dos lacayos á caballo, que llevaban unos hachones para alumbrar su paso. Pasó tan cerca de los dos interlocutores, que el polvo que levantaban los caballos envolvió á Benedetto que empezó á vomitar injurias contra los grandes del mundo, que tanto incomodan á los que tienen la desgracia de ir toda su vida matando hormigas. El coche se paró, dejóse ver una hermosísima cabeza en la portezuela, y al mismo tiempo se agruparon en aquel sitio una porcion de jóvenes que esclamaron á una voz.

—¡La Minella! ¡La Minella!

En efecto, la bella prima donna en persona era la que se habia asomado para mandar á su negrito que abriese y bajase el estribo.

No lo necesitaba, pues de un brinco se hallo en el suelo. Detrás de ella salieron dos hombres del carruaje; uno jóven, elegante y de ojos vivos, que era el caballero de Orsini, preferido por la *virtuosa*; el otro, viejo, obeso, de empolvada peluca y ridículamente apretado dentro de un corsé invisible; este era el baron de Palluzzi, adorador ciego de aquella deidad, encargado de satisfacer todos sus caprichos por costosos que fuesen.

—A vos es precisamente á quien busco, dijo la Minella, dirigiendo la palabra á Benedetto, que aun estaba sacudiéndose con el pañuelo el polvo de que estaba cubierta.

—¿A mí? contestó este en un tono entre complaciente y desdeñoso.

—¡Sí, mi querido, á vos... al ilustre Benedetto!... Se me habia olvidado que con motivo de la fiesta de *Santa María de Piedigrota*, no habia hoy funcion, y he ido al teatro por si tenia la incomparable dicha de hallaros allí. Entonces me han informado de la afliccion en que os hallabais desde esta mañana de que estabais á punto de perder el juicio, y de que yo, la bárbara é inexorable Minella, era causa de tamaña desgracia.

Al oir esto me ha remordido tan fuertemente la conciencia, que me he lanzado al gran galope en direccion de la Chiaia, afanosa por secar las lágrimas que he hecho correr de vuestros feísimos ojos, porque, aquí donde me veis, tengo un corazon muy tierno...., Ved ahí por qué razon, carísimo director, invirtiendo los papeles de Orfeo y Euridice, he volado en busca vuestra. Hablando mas claro, vengo á cenar con vos, y al mismo tiempo á haceros una proposicion que ha de ser de vuestro agrado.

—¡Una proposicion! repitió Benedetto, mirando de reojo á su tenor.

—Siempre puede oirse con gusto una proposicion, sobre todo delante de una buena cena, dijo magistralmente el tenor sin mirar siquiera á Benedetto.

En frente del café habia un casino perfectamente iluminado á la sazon, y en él fué donde entró toda la comitiva. Benedetto, ufano con las promesas que le habia hecho Antonio, declaró solemnemente que él no aceptaba la idea de la cena, sugerida por Minella, sino con la precisa condicion de ser él el Anfitrion. Al oir esto, el obeso baron reclamó, diciendo que á él tocaba esclusivamente pagar todo el gasto que se hiciese; y como su físico era cual lo requeria su estado, todo el mundo convino en que tenia razon, y en que debia concedérsele lo que pedia sin objetar nada á una súplica tan justa y puesta en órden.

No era el baron hombre que dejase pasar una ocasion semejante sin justificar plenamente su fama de gastrónomo: dejemos, pues, al lector adivinar los deliciosos bocados de todas clases que se ofrecieron al escelente apetito de la mayor parte de los convidados.

El baron Antonio se distinguió sin embargo por su sobriedad, y ambos tenian razones poderosas para obrar así. El primero, gastrónomo delicado, queria saborear los placeres de la mesa, y comprendia los miramientos que exigia su estómago en una como la suya; el segundo no hacia sino observar.

Iban á dar principio á la cuarta botella de vino de Chio, cuando Benedetto, vaciando la copa, se dirigió bruscamente á Minella diciendo:

—¿Y vuestra proposicion, *cara mia*? ¿Habriais renunciado á ella, *signorina*?

—No por cierto, dijo Minella; yo soy muy buena muchacha, y siempre que se me ocurre hacer una obra de caridad, no renunció á ella sino por motivos muy graves..... Ahora que hemos cenado perfectamente, y con la mayor alegria, es el momento mas apropósito para que yo os dé

Universidad de Deusto
Biblioteca

una buena noticia, despues de haber apurado otra copa de este precioso licor, que estoy segura que desciende en línea recta de la copa plantada por el patriarca Noé.

¡Ah! ¿Teneis que darnos una buena noticia? dijo Antonio.

—¿Qué me interesa á mi? dijo el empresario con una sonrisa tan dulce como fingida.

La Minella hizo una señal afirmativa con la cabeza.

¡Oh! *gracie, signorina, gracie.* ¡Cuánto necesito de algun consuelo!

—Me he compadecido de vos señor Benedetto.

—¡Boca de oro! dijo Antonio medio entre dientes.

—Y vengo á anunciaros, querido empresario, que estoy dispuesta á rescindir mi contrato con los Milaneses si consintis en firmar cierto documento que el señor baron lleva en el bolsillo, y en el cual no teneis mas que poner vuestro nombre y una rúbrica, salvo, no obstante el que os hagais cargo detenidamente de cierto articulillo contenido en él que no deja de ser de alguna importancia.

—Si, el de los honorarios, dijo el baron con una gravedad enteramente cómica.

—Que está redactado en términos muy razonables, añadió el caballero combiando con la Minella una mirada de inteligencia.

—¡*Corpo di Baco*! esclamó Benedetto vaciando su vaso. ¡Si yo esperaba alguna dicha, seguramente que no era la que tan generosamente me ofreceis!.... A ver; señora, dadme ese pedazo de papel á fin de que yo pueda ver en él escrita mi fortuna en letras de oro.

El baron se apresuró á sacar el precioso documento. y se lo entregó al empresario; que fingió apoderarse de él con afan.

—Vais á volverle loco de gozo, dijo Antonio á la Minella en voz baja. Nada hay que sea tan funesto á la salud, como esos cambios repentinos de una gran desesperacion á un esceso de felicidad.

—Mas vale loco que muerto, replicó el caballero; y, se asegura por todo Nápoles, que el pobre Benedetto habia pensado formalmente en atentar á sus dias.

—Asi es, dijo Antonio; yo estaba temiéndome una catástrofe antes que vosotros llegaseis, y no me hubiera sorprendido verle arrojarse de cabeza al mar.

—Eso se comprende, dijo el baron con una seriedad glacial. El que ha tenido la dicha de oir cantar una vez á la Minella, no puede menos de desear oirla toda la vida. Si se hubiese ido á Milan, yo hubiese ido tras ella, y la seguiria aun cuando fuese á Pekin.

—Y yo hasta el cabo del mundo, dijo el caballero, desocupando su vaso de un sorbo.

—¡Y bien!..... querido director, dijo la Minella que empezaba á impacientarse al ver el efecto que producia aquel escrito en el ánimo del empresario.

—¿Será capaz da poner dificultades? dijo el baron, dirigiendo al mismo tiempo á la hermosa artista una mirada de fuego, en la que aquella no reparó siquiera.

—Asi Dios me salve, dijo Antonio, como yo creo que ese hombre en vez de leer, no hace sino reposar tranquilamente su vino de Chio.

—Permitidme, dijo al fin Benetto como un hombre que acaba de despertarse, permitidme que os diga que no comprende muy bien lo que dice este escrito.

—Yo lo creo, contestó Antonio, cómo habeis de ver claro con dos botellas de vino griego en el estómago, y cuyos vapores son capaces de enturbiar la vista al mismo Baco.

—Pues echadme otro vaso que ayude á bajar los que he bebido ya. ¡Quizá se me aclarará la vista con esto!

—El caballero se apresuró á satisfacer el deseo de Benedetto, y este se

yo el culpable de todo lo que ha sucedido; ese loco de Antonio fué quien me declaró que habia descubierto una maravilla... yo le creí bajo su palabra... y hoy es el dia en que él es el primero que echa de menos á la ilustre Minella. Veamos *signorina*, ¿cuánto era lo que pediais el otro dia por año?

—Mi querido Benedetto, no puedo responderos hasta mañana por la noche, despues de haber oido la primera representacion de la Armida.

—¿De veras?

—Habeis oido mi *ultimatum*.

—Entonces ya sé el único partido que me queda... tirarme de cabeza al mar.

—Por fortuna, dijo riéndose la Minella, estais ya acostumbrado á las muertes violentas, y saldreis sano y salvo del gran charco. Sabedlo de una vez para siempre, Sr. Benedetto, todas vuestras súplicas son inútiles. Por cien mil escudos no quisiera yo privarme del placer de oir vuestra ópera de mañana. Venidme á ver, sin embargo, al dia siguiente, y me hallareis dispuesta á escuchar todo cuanto os sirvais proponerme.

Benedetto comprendió entonces que aquella mujer se vengaba y que no pararia en esto su venganza; asi es que salió del cuarto mas muerto que vivo.

A los diez minutos entraba en casa de su tenor, á quien encontró poco menos desesperado que él.

—Y bien, mi querido Antonio, esclamó... ¿Le habeis dicho á esa chicuela?...

—¡Ay de mí! Si; la he dicho con todas las consideraciones que me ha sido posible hacerlo, que todavía no ha tenido la firmeza, ni la práctica que se necesitan para reemplazar á una prima donna tal como la Minella que para reemplazar en el teatro de San Cárlos á una artista tan locamente idolatrada de los napolitanos, era preciso, no solamente igualarla sino eclipsarla por medio de una brillante superioridad...

—¿Y qué os ha contestado?

—¡Nada!... ha permanecido constante en su propósito, diciendo que teniendo su escritura de ajuste firmada por vos, estaba resuelta á usar de su derecho.

—Pero vos debiais haber insistido en la comparacion humillante para ella, que el público no dejará de hacer, y tal vez...

—Tampoco la asusta esa comparacion. Cuanto mas elogiaba yo á la Minella, tanto mas conocia que se aumentaba en ella el deseo de salir á la escena.

—¡Estoy perdido, vamos á hacer un *fiasco* cruel, vos teneis la culpa de todo esto!

—Harto lo siento. Pero ¿cómo diáblos habia yo de adivinar que una timidez infantil iba á convertir una voz magnífica, sonora y fuerte en una vocecilla chillona, débil, indecisa y sin el menor brillo?

—¿Y adonde demonios fuisteis á pescar esa alhaja?

—Ya os he dicho que quiere guardar el mas riguroso incognito hasta el momento de entrar en escena.

Aqui llegaban en su conversacion, cuando se abrió suavemente la puerta y compareció en el cuarto una linda jóven, descalza de pié y pierna, morenita, de hermosos ojos y con el cabello partido en trenzas y caido sobre sus hermosísimas espaldas, tambien bastante descubiertas. Llevaba en la mano un cestito de mimbres en el cual saltaban una porcion de pescados, cuyas escamas parecian de plata. Esta era la Zanetta.

—Señor, dijo, dirigiéndose á Antonio, aquí os traigo unas soberbias lampreas que acabo de pescar espresamente para vos.

—Gracias, hija mia, contestó el tenor con una sonrisa en que se veia marcada la mas profunda tristeza.

—¿Qué es lo que teneis, señores? dijo Zanetta, mirando alternativamente al tenor y al empresario cual-

quiera diria al veros, que os ha sucedido alguna gran desgracia.

—Y no se engañaria el que tal dijere, hermosa Zanetta, esclamó Benedetto, ¡una desgracia y grande!... ¡inconmensurable! ¡Tengo en mi poder una mina de oro; la obra maestra, la incomparable *Armida* del del maestro Gluck, y por no tener quien desempeñe el principal papel, voy á sufrir una silba horrorosa!

—¿Es decir que os falta precisamente una *Armida*?

—¡Ojalá fuese así! No hija mia, no, ¡tengo una, pero es detestable!... en fin, me resigno hasta mañana.... pero atiende á lo que voy á decirte: el primer dia, en vez de lampreas, hallarás preso en tus redes el cadáver del desgraciado Benedetto. Adios, Antonio.

En cuanto hubo salido el empresario, Zanetta se quedó pensativa, conociéndose que alguna grave idea la preocupaba. Antonio comprendió cual podia ser el motivo de aquella distraccion,

—¡Y bien! la dijo.

—¡Y bien! contestó Zanetta, vengo á deciros que mañana me presento infaliblemente en escena.

—¿Lo habeis reflexionado bien, Zanetta? ¡Hasta ahora la insignificante presencia de unos cuantos oyentes ha sido bastante para paralizar todos vuestros medios haciéndoos perder vuestra hermosisima voz, y mañana habreis de arrostrar la de miles de espectadores apasionados por la Minella, y que con razon ó sin ella, están prevenidos contra toda persona que se atreva á reemplazarla!

—Todo lo que acabais de decir me lo he repetido yo misma cien veces; he reflexionado otras tantas sobre lo crítico de mi posicion, y sin embargo estoy decidida á presentarme en escena... Sí, vos me habeis revelado el secreto de mi fuerza, ¡soy superior á la Minella y la reemplazaré!.... Mañana vereis de lo que es capaz mi voluntad. Por otra parte, hace ocho dias que llevo sobre mi un talisman que me garantiza el buen éxito de mi empresa.

—Un fuego divino, brillaba en los ojos de Zanetta al pronunciar estas palabras. Antonio la contemplaba absorto y sin poder atinar la causa del gozo que animaba el semblante de la jóven.

—Ahora, quedaos con Dios, señor, añadió Zanetta con una encantadora sonrisa; aceptad este pescado: es el último que os traigo.

VI.

El 15 de Setiembre de 1785, el inmenso teatro de San Cárlos estaba lleno media hora antes de que se levantase el telon; todo lo mas notable que contaba Nápoles, tanto en nobleza como en bienes de fortuna, se hallaba reunido allí, y las bellas napolitanas adornadas con toda la elegancia de la época, redoblaban el brillo de aquel cuadro verdaderamente encantador. Nadie hubiera querido faltar á una primera representacion en que iba á juzgarse del mérito de la obra de un gran maestro, y á oir á una prima donna, sobre la cual corrian los rumores mas estraños y contradictorios.

No habia uno entre los concurrentes que no supiese que la nueva cantante habia asistido constantemente á los ensayos con la cara tapada, y que á escepcion de Antonio nadie, incluso el empresario, habia podido ver su rostro, ignorando todos igualmente su condicion, lo cual era mas que suficiente para dar márgen á las suposiciones mas absurdas. La opinion general era que Zanetta pertenecia á una de las familias mas distinguidas de la ciudad, y que si habia tomado tantas precauciones para que no se trasluciese quién era, lo habia hecho con objeto de evitar los obstáculos que hubieran podido impedir su salida á las tablas, peligro que desaparecia una

vez dado el escándalo de presentarse en ellas. En cuanto esta presuncion llegó á mirarse como una realidad, el auditorio pasó una escrupulosa revista á todo el teatro y las sospechas recayeron sobre varias señoritas de algunas familias nobles, que faltaban en la reunion.

Sola una localidad estaba vacia en todo el teatro: uno de los palcos de frente al escenario, adornado con el gusto mas esquisito. Esta singularidad chocó bien pronto á todos los espectadores, que creyeron ver una relacion misteriosa entre el palco vacío y la jóven que debia presentarse en escena por primera vez. En fin, cuando el director de la orquesta iba ya á dar la señal de empezar, el palco en cuestion se abrió con estruendo, y entró en él, radiante de hermosura y de elegancia, una linda jóven acompañada de cinco ó seis caballeros tambien jovenes, y todos ellos de las primeras casas de Nápoles Al verla, fué saludada con un grito unánime de:

—¡Viva la Minella!

En efecto, era ella, mas seductura que lo hubiese estado jamás, porque resplandecia en su semblante toda la alegria de una mujer que está convencida de que va á obtener un triunfo infalible, y á presenciar la humillacion pública de otra mujer bastante insensata, para intentar el arrojarla de una escena donde habia mandado como reina. Al ver el entusiasmo con que era recibida, su gozo no conoció límites, saboreando ya en su interior la nueva ovacion que iba á recibir en cuanto se reconociese la inferioridad de la que osaba sustituirla. Aun tenia otra causa para gozar en aquel momento : la venganza que iba á tomar del empresario , que , despues de haberse burlado de ella insolentemente, iba á verse forzado á entregársele á discrecion al dia siguiente, dispuesto á sufrir cuantas condiciones quisiese imponerle, por humillantes que fuesen.

No estaba sin embargo tan embelesada en su idea , que no saludase con mucha gracia y haciendo mil monadas, á aquel público que la hacia concebir tan halagüeñas esperanzas.

—Y bien, *bello Narciso*, dijo la prima donna dirigiendo la palabra á uno de sus acompañantes, cuyo delicado talle justificaba perfectamente el apodo con que le bautizaba ; ¿os engañé cuando os dije que mi entrada en el teatro seria un verdadero triunfo?

—El público, señora, no hace mas que ser justo con vos, respondió el interpelado lleno de vergüenza y de despecho; pero hacedme el favor de imitar su ejemplo con respecto á mi , y servios recordar que se me conoce en todas partes por el príncipe Ranuccio.

—No se me olvidará; pero silencio, *Narciso* mio, porque veo que va á principiar la funcion.

El jóven volvió á ruborizarse;pero esta vez fué de alegria , porque el epigrama habia ido acompañado de una mirada llena de ternura, capaz de hacer perder el juicio al hombre mas estóico del mundo. El caballero de Orsini miró con una sonrisa burlona al pobre baron de Palluzzi, que estaba pálido de dolor y de resentimie to al ver la predileccion con que la Minella miraba á aquel lindo Adonis.

El nuevo personage que presentamos en escena, era el mas furioso melo - mano que haya puesto jamás los pies en un teatro. Para él no habia sino una profesion á la que pudiera darse el nombre de arte, la música; en una mujer, por bella, por elegante que fuese, nunca consideraba sino una cosa, la voz. Todo desaparecia á su vista ante esta cualidad; el rango, las gracias, lo ilustre del apellido, todo esto no era para él de ningun valor en comparacion de un trozo de ópera bien cantado. Dos años hacia que el príncipe recorria la Italia, frecuen-

tando todos sus teatros, escuchando á todas las cantantes, comparando religiosamente su mérito, y resuelto á ofrecer su mano á la que sobresaliese sobre todas las demas por su voz y por su estilo, sin dársele el menor cuidado sobre su origen, y hasta decidido en caso necesario á no hacer ninguna averiguacion escrupulosa sobre su conducta anterior, por poco interesada que estuviese la que resultase preferida en ocultarla. Ahora bien, despues de haber oido á las mas célebres cantatrices de Italia, el príncipe se habia presentado el 14 de setiembre en casa de la Minella, cuya puertas se la habian abierto de par en par.

—Señora, la habia dicho, vos sois hermosa, y yo soy príncipe; vos cantais como un ángel, y yo tengo cien mil florines de renta: ¿no os parece que el cielo nos ha criado el uno para el otro?

—Príncipe, respondió la Minella, que no adivinando la pureza de las intenciones de aquel, queria darle á entender con maña, que una querida de su clase era objeto de mucho valor, veo que hablais sin rodeos y voy á tratar de imitaros, siendo tan clara y tan concisa como vos. En Nápoles hay un cierto baron de Palluzzi, de quien habreis oido hablar...

El príncipe hizo una señal afirmativa inclinando un poco la cabeza.

—Hace diez y ocho meses que el baron suspira por mí, y puedo aseguraros que si no tiene cien mil florines de renta, al ménos se ha conducido en este tiempo como si tuviese mucho más.

—Es decir, replicó el príncipe sonriéndose, que si yo quiero ser el preferido, es necesario que ofrezca alguna ventaja más que el baron.

La Minella fué quien inclinó entonces la cabeza, como acabó de hacer Ranucio un momento antes.

—Permitid, señora, que os haga presente, que entre nuestros dos títulos hay una diferencia bastante marcada, y seguramente que esta diferencia no está en perjuicio mio.

La Minella se sonrió.

—Convengo, le dijo, en que un título tan ilustre como el vuestro es alguna cosa, siempre que se lleve con...

—¿Qué opinion habeis formado de mí, señora? ¿Me suponeis tan pervertido que fuera á ofreceros mi fortuna, sin que fuese unida á ella mi mano y mi título?

—¿Hablais con toda formalidad, príncipe?

—Sería agraviarme el suponer lo contrario.

—En ese caso, señor...

—Y bien, señora, en ese caso...?

—Os ofrezco, mañana, un asiento en mi palco.

Al cabo de una hora, el caballero de Orsini y el baron tenian ya conocimiento de esta sorprendente nueva, pero el caballero fué enteramente indiferente; mas no así para el baron que tomó la cosa tan á pechos, que por primera vez quizá, en toda su vida, no reparó siquiera en los platos que le pusieron en la mesa.

Guardóse bien, sin embargo, de romper con la Minella que, compadecida de su desesperacion, le admitió tambien en el palco que habia alquilado para la primera representacion de la *Armida*.

Si la primera salida de Zanetta escitaba muchas pasiones en el auditorio, fácil es comprender cuantas ansiedades causaria en el interior del escenario. Vestida ya, segun requería su papel, aunque tapada siempre con la careta, estaba sentada en un rincon, inmóvil y absorta en sus reflexiones, en tanto que Antonio en pié y muy desanimado, repasaba á su lado su papel, aguardando una noche borrascosa. Al mismo tiempo que compadecia á Zanetta por la terrible prueba porque iba á pasar, no podia ménos, el pobre tenor de pensar tambien en sí, y de sentir en el alma perder los

aplausos que hubiera recibido al cantar con la nueva prima donna, si esta hubiese cantado cual él se habia prometido que debia hacerlo.

En cuanto al pobre empresario, recorría el teatro en todos sentidos, gesticulando, hablando solo, como si hubiese perdido la cabeza, ofreciendo un polvo indistintamente á todo el mundo, saludando hasta á los espaviladores y pasando veinte veces la mano por su empolvada peluca, que sobre un rostro encarnado por las emociones que esperimentaba, le daba el aspecto de una langosta en salsa blanca.

De pronto se dirigió á Zanetta.

—Hija mia, le dijo, vá á levantarse el telon, y ya es hora de que me enseñeis la cara; al ménos quiero tener el consuelo de saber si sois suficientemente bella para que el público os escuche con alguna indulgencia. Hacedlo, niña mia, y esto me tranquilizará quizá un poco.

—No, Sr. Benedetto; ya os he dicho que no me quito la careta hasta el momento de entrar en escena.

Benedetto iba á replicar, pero la sinfonía se habia concluido y el telon iba subiendo majestuosamente, por lo cual el empresario no tuvo más remedio que tener paciencia.

El primer acto se abrió con un coro, al cual el público prestó poca ó ninguna atencion. Se esperaba con damasiada impaciencia la salida de la nueva prima donna para que nadie fuese á reparar en el mérito de aquel. Acabóse el coro y Armida se presentó en escena. Entonces, cual si hubiesen sido movidas por un solo resorte, todas las cabezas se adelantaron, y Zanetta pudo ver inmóviles y fijas sobre su persona todas las miradas de los tres mil espectadores que ocupaban el teatro. Al pronto hubo un buen rato de silencio, despuas se levantó un murmullo sordo que hizo estremecer á Benedetto, pero cuya verdadera significacion comprendió con orgullo Zanetta, iluminada por aquel lazo misterioso que se establece de repente entre el público y el artista.

En efecto, todos habian creido hallar en la nueva cantante una jóven tímida, sin escuela, torpe y avergonzadada al presentarse por primera vez en público, pero quedaron agradablemente sorprendidos al ver, en vez de lo que se habian figurado, una *Armida* de ojos negros y centelleantes, y cuya presencia y continente respiraba seguridad, nobleza, modestia, y al mismo tiempo otros mil atractivos seductores. Consistia este cambio en que Zanetta, trémula é intimidada sobre algunas tablas apenas iluminadas, ante un empresario prevenido contra ella por su natural desconfianza, y en presencía de una porcion de mujeres envidiosas, habia sentido inflamarse su alma de repente, al verse delante de un teatro soberbiamente iluminado cubierto de diamantes y de ramilletes, y palpitante de pasion. Consistia asímismo, en que cuando hubo contemplado el imponente espectáculo de tres mil almas reunidas en aquel mágico recinto, solo por ella, las cuales iban enseguida á darla el triunfo ó á insultarla, sintio saltar el corazon dentro del pecho, y subir las notas á su garganta, á la manera que el pintor busca sus lápices al aspecto de un sitio pintoresco. Renunciamos á describir el asombro de los concurrontes, cuando en aquella mujer tan hermosa, tan noble, y cuya mirada serena y pura denotaba tanto poder, reconoció á Zanetta la gondolera, á aquella que tantas veces habia visto, quizá el dia anterior, arrojando sus redes en el golfo. El hecho era tan estraordinario, que no querian creer los concurrentes á sus mismos ojos, cuando una voz que pronunció indistintamente su nombre, vino á poner término á aquella indecision general.

—*Per Dio*, exclamó la Minella sin poder contenerse, esa Armida,

Universidad de Deusto
Biblioteca

señores, no es otra que Zanetta la gondolera, estoy impaciente por saber como tómarán los napolitanos esta mistificacion del Sr. Benedetto. Veo que á esa muchacha la han enseñado á presentarse en escena; por lo demás, es imposible que haya aprendido á cantar en ocho dias, vamos á pasar una noche de las más divertidas.

El nombre de Zanetta corrió de boca en boca por todo el teatro, hasta llegar á los oidos de Benedetto que en aquella ocasion los tenia tan finos como un tísico.

—¿Qué es lo que dicen? le preguntó á Antonio que estaba más muerto que vivo.

—¡Qué han de decir! que reconocen en Armida á Zanetta la batelera.

—¡*Corpo di Baco!* ¿Qué es lo que decís, mi querido Antonio?

—La verdad pura, *caro* Benedetto.

—Pero eso es una atrocidad. La Italia entera va á reirse de mí.

—Silencio, ya empieza á cantar.

Benedetto, pálido, se puso á oirla; al poco rato se volvió hácia el tenor, absorto, atentado con la sorpresa é incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

Aquel hombre que tanto temia hallar en su improvisada Armida una voz débil, sin brillo ni vigor, oia por el contrario una voz magnífica, de timbre fresco y sonoro, flexible, fuerte, en una palabra, cual jamás se habia oido hasta aquella noche en San Cárlos. Asi es, que apenas habia cantado Zaneta la cuarta parte del ária, cuando todo el teatro, no pudiendo contenerse por mas tiempo, empezó á palmotear, quedando interrumpida la funcion por un buen cuarto de hora, en cuyo tiempo llovieron sobre el escenario, y fueron á parará los piés de la hermosa *prima donna*, los miles de ramilletes que habian llevado los espectadores para ofrecerlos, en caso de hallarla digna de tan magnífica ovacion. «¡Bravo Zanetta! ¡Bravo hermosa Zanetta!» fueron los únicos gritos que se oian y que parecia no habian de acabar en toda la noche.

La Minella estaba livida de furor y de desesperacion; inmóvil, y como paralizada, miraba fijamente al escenario, cual si una fuerza superior la hubiera impedido dirigir la vista á otro punto. Parecia que una vision terrible iba adelantándose hácia ella, y que su alma estaba helada de espanto. En fin haciéndose superior al horror que aquel espectáculo la causaba, se volvió á los jóvenes que la acompañaban, esperando hallar en ellos algunas palabras de consuelo. Estos aplaudian como todo el mundo, y la Minella notó que hasta el mismo príncipe Ranuccio, en medio de su entusiasmo, habia arrojado á Zanetta el ramillete que Minella le habia dado para que se lo guardase. A esta afrenta, y sobre todo, á esta prueba irrecusable de la inmensa superioridad de su rival, dió la Minella un grito de dolor, y las lágrimas empezaron á correr de sus ojos. Nadie oyó este grito, nadie se apresuró á enjugar aquellas lágrimas; todas las emociones, todos los pensamientos, eran para Zanetta, para ella tambien todas las flores y todas las coronas.

Zanetta se figuró por un momento que el gozo iba á matarla, y la fué necesario hacer esfuerzos sobrehumanos, para no prorumpir en sollozos y en lágrimas de alegría.

Esta puso todavía en peor estado al Sr. Benedetto, que medio accidentado, pálido, trémulo y sin saber lo que le pasaba, apenas tuvo conocimiento para apoyarse en el hombro de Antonio, sin cuyo auxilio hubiera caido redondo en el suelo.

Antonio mio, decia á media voz y casi sin poder respirar, creo que voy á perder el juicio; me dan ganas de salir á la escena y echarme á los pies de la *signorina* Zanetta.

—Casi estoy tentado por hacer otro tanto, contestó Antonio que se hallaba poco menos estasiado que el empresario.

Volvióse en fin á restablecer el órden en la sala, y Zanetta pudo continuar. Este habia reservado hábilmente para el fin toda la potencia de sus medios y la maravillosa flexibilidad de su garganta; asi es que los aplausos empezaron con nuevo furor, en cuanto hubo cantado la última nota. El entusiasmo de los espectadores se habia convertido en verdadero delirio, y parecia que el teatro de San Cárlos estaba lleno de locos enteramente rematados.

Siguió luego el duo de Renaldo y Armida, desempeñado por Antonio y Zanetta. Exaltado el tenor por la admiracion y la grandeza de la lucha que tenia que sostener, desplegó con buen éxito todos los recursos de una voz magnífico, y de un escelente método. Sostenido por la fiebre de la inspiracion se atrevió á mil temeridades quo todos le saljeron bien, y acabó su duo sin sobresalto, porque su conciencia de artista le decia en alta voz que jamás habia cantado con tanta perfeccion. Al final del duo parecia que el teatro iba á venirse abajo con tantos aplausos. Los *bravos* salian de todas partes con el mismo ímpetu que en la primera ovasion; pero en vano aguardó Antonio que su nombre fuese pronunciado por los espectadores; el de Zanetta únicamente era el que resonaba aquella noche en S. Cárlos. Nuestro tenor aguardó oirle siquiera una vez, convencido de que tambien le llegaria á él su turno; pero las tres mil voces del público callarron en cuanto se hubieron cansado de gritar con toda la fuerza de sus pulmones.—*Bravo*, Zanetta!

Antonio se estremeció al oir esto, y una sonrisa amarga asomó á sus lábios.

A pesar del profundo dolor que le agitaba en este momento, notó que el último ramillete que habia caido en el escenario, habia sido arrojado allí por un hombre del pueblo, que era aquel pescador Maffio de quien hemos hablado, y tambien notó que Zanetta parecia mas sensible á este obsequio que á todos los demas que se le habian tributado.

La representacion se concluyó para Zanetta del mismo modo que habia comenzado. Toda ella fué un triunfo continuado, un *crescendo* de entusiasmo á cada nuevo trozo que cantaba.

Antonio manifestaba á las claras en su semblante el tormento interior que le consumia.

Benedetto, por el contrario, parecia arrebatado al sétimo cielo.

La Minella sentia en sus entrañas un fuego devorador que la abrasaba.... En cuanto se concluyó la funcion, se levantó precipitadamente, resuelta á hacer pagar cara á sus adoradores la admiracion que les habia causado su rival, pero recibió un desengaño cien veces mas cruel que todos los demás que habia sufrido aquella noche. Estaba sola en el palco, y no se la ocultó que sus inconstantes admiradores del dia antes estarian entre bastidores ofreciendo sus homenajes y cumplimentando á la nueva maravilla.

Echóse su chal y se escapó avergonzada de aquel sitio, por no presenciar el último triunfo de Zanetta á quien miles de voces llamaban á un mismo tiempo á la escena para victorearla de nuevo. Levantóse el telon, y al inclinarse Zanetta para saludar al público, se la desprendió del cuello un medalloncito de metal, y fué á caer entre toda aquella multitud de flores y de coronas. Volvió á bajar el telon sin que nuestra heroina reparase en la pérdida del medallon; pero al volverse á meter entre bastidores, y cuando estaba respondiendo á un diluvio de cumplidos que se le dirigian por todos lados, entre los cuales sobresalia con su voz chillona el insigne Benedetto, echó maquinalmente la

mano á su cuello, movimiento que era en ella habitual, y de repente palideció exhalando al mismo tiempo un doloroso y agudo grito de desesperacion.

—¿Qué es lo que os sucede? dijo Antonio sumamente afectado.

—¡Dios mio! dijo Zanetta á media voz, sin oir lo que la habia dicho Antonio. ¿Si lo habré perdido?

En aquel mismo momento, un hombre se abrió paso por en medio de todas aquellas gentes, y entregó á Zanetta el medallon: este hombre era el pescador Maffio.

—¡Ah! esclamó Zanetta tomándolo y besándolo con cierta especie de frenesi.

—¡Eres tu quien lo ha encontrado!

Y en el esceso de su dicha, se arrojó al cuello de Maffio, á quien besó en la frente tres ó cuatro veces seguidas.

—¿Puede saberse, señora, la dijo Antonio con voz algun tanto alterada, qué objeto tan precioso es ese que se os habia estraviado?

—No, señor, respondió Zanetta con un tono grave y con una voz en que se descubria una grande emocion; á nadie puedo decírselo, pero á vos mucho menos que á ningun otro.

Antonio se retiró de allí precipitadamente al oir estas palabras, y los elogios y parabienes comenzaron á zumbar de nuevo en los oidos de Zanetta.

A la media hora, los grupos que habia alrededor del teatro hablando con calor sobre el acontecimiento de aquella noche, fueron dispersándose poco á poco en distintas direcciones, reemplazando un silencio sepulcral al bullicio que habia habido en aquel sitio una gran parte de la noche.

VII.

La gondolera se habia convertido en prima donna. La pescadora de ayer era la reina de hoy.

En vez de una pobre cabaña, sin otro adorno que unas paredes blanqueadas con cal, y cubiertas simplemente con unas cuantas tejas, Zanetta vivía en un palacio elegante, aunque pequeño, á donde acudian, cual enjambre que muda de colmena los párasitos y los cortesanos. En aquella época era ya el talento musical una especie de aristocracia.

Zanetta, pobre niña abandonada el dia anterior al soplo del vienio que hubiese querido arrebatarla, veia abrirse ante ella las puertas de la vida, girando sobre goznes de oro. Todo la sonreia, las flores se deshojaban por sí mismas para que las pisase, respiraba un ambiente de felicidad; en una palábra, era la criatura mas dichosa de todo Nápoles. Este inesperado cambio no varió en lo mas mínimo el corazon de nuestra jóven. Los nuevos amigos no la hicieron olvidar los antiguos; y mas de una vez el pescador Maffio fué admitido en el elegante salon, templo voluptuoso de la *diva*, con preferencia al mismo principe Ranuccio. Séanos permitido decir de paso, que entre los fiamantes adoradores del nuevo ídolo, empezaban ya á notarse el baron de Palluzi y el caballero de Orsini, dos ingratos que volvian la espalda al astro eclipsado para doblar su rodilla ante el sol naciente.

Cierto es que estos dos personajes tenian un pretesto honroso para cohonestar su infidelidad.

Veianse obligados á acompañar allí á la Minella, que, haciendo de tripas corazon, como vulgarmente se dice, y con un semblante risueño en el que respiraba la mas seductura amabilidad, habia fingido ceder al sentimiento general, y echóse en la apariencia la mejor amiga de su victoriosa rival. Este sublime esfuerzo de generosidad la habia atraido la admiracion de todo el mundo.

En efecto, iba diariamente á visitar á Zanetta, y con el concierto triunfal con que era obsequiada cada noche la nueva *prima donna* en cuanto se levantaba el telon, no era la Minella la que menos *bravos* la prodigaba, teniendo gran cuidado en que su voz sobresaliese por cima de las otras.

¿Qué vínculo unía á estas dos mujeres, cuya antipatía debia ser mortal?

Ello es, que la mayor parte del dia se las hallaba juntas en la deliciosa morada que el señor Benedetto habia hecho adornar para su nueva pensionista, declarando solemnemente ante todo el que queria oirle, que no habia nada que fuese ni demasiado elegante ni demasiado bueno para tan eminente artista.

Sentada un dia Zanetta frente á su tocador, estaba arreglándose el pelo, incomparablemente mas negro y hermoso que el de las vírgenes mas bellas del Ticiano.

Recostada la Minella en un divan que estaba colocado detrás del sitio que ocupaba Zanetta, se entretenia jugando con un falderito, regalado aquel mismo dia á la *diva* por el príncipe de Ranucio.

—Si, hermosa mia, decia la destronada reina á su competidora, anoche habeis estado admirable cual nunca. ¿Pero podreis decirme qué es lo que tenia Antonio?

Al oir este nombre, Zanetta, que hasta entonces habia sostenido sin ninguna emocion aparente el diluvio de elogios que la prodigaba su rival, no pudo menos de estremecerse ligeramente.

—¿Con que vos tambien lo habeis notado? la dijo.

—Yo y todo el mundo, respondió la Minella. Antonio estaba triste, confuso. Parecia que aquel teatro tan lleno le intimidaba. En una palabra, ha cantado menos bien que de costumbre, aunque es cierto que nunca puede hacerlo mal.

—¿Creis que ha cantado peor que otras veces? dijo Zanetta con marcada inquietud.

—Si, sobre todo en el gran duo del segundo acto. ¡Oh!... vos le estais perjudicando sin intencion, querida mia. En efecto, añadió la Minella, con amarga sonrisa, qué voz habrá que no quede deslucida al compararla con la vuestra?

Zanetta, en vez de responder, inclinó tristemente la cabeza.

—¡Hola!.... tambien vos pareceis afligida, dijo la Minella cogiendo á Zanetta por la mano y llevándola á su lado: ¿qué es lo que teneis?

—Nada.

—¡Nada y estais llorando!

—¿Yo?... no.

—Pero, ¿por qué temblais?

—No es nada, me ha dado un vahido, pero esto se pasará en seguida.

Hubo entonces un momento de silencio. La Minella se acercó todavía mas á Zanetta y abrazándola por la cintura:

—Veamos, querida Zanetta, la dijo, fiad en mí, y contadme todas vuestras penas.

—No tengo mas que una, señora; la de haberme atraido el ódio de Antonio. Estoy segura de que me aborrece.

—¿Y eso, qué tiene de particular? replicó la Minella dando á su voz el acento mas dulce que le fué posible. ¿No le habeis arrebatado los aplausos del público, cosa que constituye la felicidad, y en la que hace consistir todo su orgullo un artista?

—¡Oh!..., eso no puede ser... nadie ignora en Nápoles que todo lo que yo soy se lo debo á Antonio esclusivamente... Aplauden al maestro en la discípula, hé aquí todo el misterio, señora.

—El profesor de música podria enorgullecerse con ese triunfo en cabeza de su discípula, dijo la Minella; pero la cosa varía mucho de aspecto en lo que concierne al cantante... y la prueba es que Antonio se ha negado á salir *en el Carnaval de Venecia* que se representa esta noche por primera vez, y en

Universidad de Deusto
Biblioteca

donde el papel del tenor, aunque muy bonito, queda eclipsado por el vuestro.

—Es verdad... dijo Zanneta á media voz. ¿Podeis comprender en qué consiste que no haya asistido ni aun solo ensayo? ¡Dios mio!... ¡Faltará tambien esta noche!... Yo no me he atrevido á decírselo, pero me asusto al pensar que voy á cantar sin que él me acompañe.

—¿Y por eso os apurais? Asi estarán de vuestra parte todos los oidos y todos los corazones: ¿triunfar sola, no es triufar dos veces?

Zanetta arrojó un doloroso suspiro. En aquel instante pasaron recado de que habia varios caballeros en la antesala que solicitaban el honor de ser admitidos á su presencia. Zanetta preguntó a su lacayo el nombre de aquellos caballeros.

—Hay varios, señora, contestó inclinándose profundamente, pero entre ellos solo he conocido á mon señor el príncipe Ranuccio, al señor baron de Paluzzi y al caballero de Orsini.

La Minella palideció al oir estos nombres, y un momento despues su rostro parecia de fina grana.

—Tambien está ahí, prosiguió el lacayo, el pescador Maffio, pero este ha llegado el último.

—Sin embargo, será el primero que entre, contestó Zanetta, decidle que le estoy aguardando.

—¿Es ese hombre el preferido de vuestro corazon? dijo la Minella con nna sonrisa de desprecio casi imperceptible.

—No el que debia recibir mi mano y mis juramentos al pié del altar. cuando viviamos de nuestro trabajo contestó Zanetta.

—¿Y ahora?

—Ahora no es si no mi amigo, él solo, el único á quien conozco por tal, dijo la ex-gondolera alargando al mismo tiempo su mano á Maffio, que acababa de entrar en la habitacion.

Dirigiéronse ambos jóvenes algunas palabras amistosas, y Zanetta no podia ocultar cuán dichosa era en ver un rostro y oir unos acentos que no respiraban sino cordialidad y franqueza. El corazon no se engaña nunca sobre el valor de un elogio, y un grito de admiracion escapado al sencillo entusiasmo de Maffio, era de mas precio á los ojos de la prima donna, que las alabanzas exageradas que le prodigaban sin cesar sus aduladores.

Entretanto el número de los cortesanos iba en aumento, y el lacayo volvió á entrar en la habitacion para advertir á Zanetta que si tardaba mucho en recibirlos, llegaría el caso de que no cupiesen en el cuarto ni de pié. La Minella que sin duda no queria contar entre las figuras de aquel brillante cuadro luminado por su rival, suplicó á esta que la abriese la puerta de una escalerilla secreta por donde pudiese salir sin ser vista. Zanetta lo hizo así, y se despidió de ella en voz baja, diciéndola: Adios, señora.

—Hasta la vista, querida mia, contestó la Minella, con una efusion de ternura á la cual, para ser edificante, no le faltaba otra cosa que ser sincera.

Dejemos á Zanetta rodeada de sus adoradores, y digamos únicamente de paso, que sus ojos, en vez de manifestar el orgullo que era consiguiente al ver á sus pies lo mas selecto de la noblezr napolitana, estaban llenos de lágrimas, dispuestas á salir al menor motivo, y que se dirigian con ansiedad hácia la puerta, como buscando alguna persona que no se presentaba en sus umbrales.

La Minella habia bajado precipitadamente la escalera y vuelto á subir con igual lijereza en el carruaje que la habia conducido al palacio de Zanetta.

Su rostro, cubierto un rato antes de una fingida alegría, se habia puesto sombrío de repente, y sus ojos negros brillaban como los de la hiena al divisar su presa. Todo el

ódio que habia comprimido tan largo rato estaba próximo á estallar. El barreno estaba cargado y una chispa era suficiente para verificar la esplosion.

Una casualidad hizo que esta tuviera lugar bien pronto.

Al pasar por delante del hermoso paseo de Platamonte, vió á Antonio que estaba paseándose por una calle de árboles.

En seguida hizo parar el carruaje y un instante despues se hallaba ya al lado del tenor, de cuyo brazo se apoderó sin cumplido. Si en el semblante de la Minella se veia retratada la ira, en el de Antonio se veia marcado el más profundo dolor. Difícil era no echarse á reir al ver el despecho de la *prima donna* destronada, imposible casi el no esperimentar cierta compasion al reparar en el semblante afligido de Antonio.

—¡Sois vos, Minella! ¿Cómo es que estais sola á estas horas en los jardines de Platamonte? ¿Sin duda que el baron de Palluzzi y el caballero de Orsini estarán á corta distancia de aquí?

—No, mi querido Antonio, ni el baron ni el caballero me acompañan. ¿Pero de dónde salis vos para hacerme una pregunta semejante? ¿Hay acaso en Nápoles quien nos adore á nosotros, pobres astros desterrados del cielo? Nosotros no somos sino unas estrellas, ha salido la Aurora y hemos desaparecido.

—¡La aurora! ¿qué aurora? preguntó Antonio distraido. No entiendo una palabra de lo que estais diciendo.

—Eso consiste en que habeis perdido el juicio, querido Antonio; la aurora de que yo os hablo es la misma que vos habeis hecho aparecer en el horizonte.

—¡Ah, ya os entiendo!... Zanetta.

Al pronunciar este nombre, un estremecimiento nervioso contrajo los labios del tenor.

—Sin duda, dijo Minella, Zanetta la cantante, ó por mejor decir, la reina Zanetta, en cuyo tocador acabo de dejar lo mas selecto de la nobleza napolitana; ahora mismo está dando audiencia á sus infinitos vasallos..... ¡he dicho mal, á sus imbéciles esclavos..... ¡Oh!.... desempeña su papel á las mil maravillas... ¡Si la viéseis!..... ¡hay para morirse de risa!.... ¡La pobre simple lo convierte todo en sustancia, y cree que los que alaban su talento, sienten realmente todo lo que dicen!.... Y á la verdad, que no es estraño que lo crea así, al ver á todos esos señorones á la puerta de su habitacion, mendigando una mirada, una seña, una palabra, de la linda pescadora de ayer..... ¡Cuántas locuras hacen los hombres, querido Antonio, pero entre todas ellas, ninguna mas digna de risa que la de ese amor repentino por todo lo nuevo!...

Encantada la Minella, con esta conclusion filosófica, empezó á abanicarse, dirigiendo lánguidas miradas á los paseantes, que al verla se ponian á hablar al oido y pasaban de largo.

Antonio apenas habia oido las palabras de la Minella.

—De suerte, dijo, que vos habeis visto á Zanetta en todo su esplendor y en medio de sus triunfos?

—¡Que los sufre con una resignacion heróica!..., replicó maliciosamente la Minella.

—¿Y es efectivamente esta noche la primera representacion del *Carnaval de Venecia?*

— Indefectiblemente. ¡Oh! esa funcion va á ser lo que nunca se ha visto. Benedetto se lo dice así en alta voz á todo el que quiere oirlo, y esta misma mañana me aseguraba con la mas cómica gravedod que es posible imaginarse, que no cambiaria su nueva prima donna por diez Antonios.

El tenor se puso pálido al oir esto.

—Con el ganaba mucha plata, continuó la Minella, achacando es-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tas palabras al empresario; ¡con Zanetta mi cosecha serán espuertas de oro!

—Tiene razon Benedetto, repuso friamente el tenor; Zanetta es una artista incomparable, y el juicio que forma hoy de ella ese hombre, lo habia formado ya desde el primer dia que oí su voz.

La Minella estuvo mirando un rato á Antonio sin hablar palabra.—Al fin, no siéndola posible contenerse.

—En verdad, le dijo, que me causais mucha lástima al ver la santa humildad con que bajais la cabeza ante esa muchachuela; yo no sé cómo no comprendeis que nadie hace ya caso en Nápoles ni de vos ni de mí, y que ese ciego entusiasmo del público por todo lo que es nuevo y estraño no tiende á nada ménos que á echar por tierra nuestra fortuna y nuestra reputacion artistica? ¿Quereis que os diga francamente todo lo que hay en esto? Pues bien, el bran mérito de Zanetta es el haber estado arrojando sus redes al mar para mantenerse antes de presentarse en el soberbio teatro de San Cárlos. El público ha hallado muy chistoso el colocar la diadema en las sienes de una pobre barquera, destronando al efecto á vos que hasta hoy habíais sido su rey y el alma de todos sus placeres; y á fé mia que es preciso confesar que á más de destronaros ha querido hacerlo sin tener con vos ninguna consideracion.

Las mejillas de Antonio se cubrieron de carmin al oir esto, y un ardor febril se apoderó de todo su cuerpo.

—Y yo os aseguro por mi parte, dijo Antonio, que no es á un entusiasmo pasajero á lo que Zanetta debe sus triunfos. Hay en esa mujer cierta superiodidad eléctrica, que se comunica por encanto á todo el salon, y del cual no puedo yo mismo libertarme, cuando me hallo á su lado, pues á pesar mio, me hace temblar como un niño. Si ando, parece que mis pier as se han entumecido y que no puedo andar..... Si canto, la voz se me queda pegada á la garganta, sin que pueda salir de ella ni una sola nota. Por mas que me mortifique esta superioridad que me agobia, yo no puedo menos de reconocer que en esa mujer hay algo mas que talento, ¡hay genio! El alma de Zanetta, amiga mia, es una chispa de fuego celestial, y yo no puedo esplicarme esta fuerza sobrenatural, sino atribuyéndola á una pasion misteriosa, esclusiva y desconocida, que el tiempo nos dará quizá á conocer.

—En efecto, esta pasion existe, respondió solemnemente la Minella, Zanetta ama.

—¿Ama? repitió maquinalmente Antonio, estremeciéndose al propio tiempo.

—Si. He sorprendido este secreto de su corazon..... es decir..... ella misma me lo ha confiado.

Antonio miraba á la Minella, de manera que se conocia hubiese querido ver cuanto pasaba en su corazon.

—¡Oh! prosiguió aquella, la delicadeza de su gusto se revela ha ta en la eleccion que ha hecho. Veiase rodeada de artistas afamados, poetas, de príncipes tan nobles como el rey de Francia, en una palabra, de todo cuanto la iuteligencia y la riqueza reunidas pueden ofrecer al capricho de una mujer, aun cuando esta mujer fuese una reina. ¡Pues bien! todo esto, no era bastante grande ni bastante espléndido para ella.. su amor no podia contentarse con tan poca cosa.... No, lo que necesita esta soberana de Nápoles, es un hombre que pase los dias pescando para mantenerse. ¡Hé aqui el Adónis á quien ella ha hecho dueño de su corazon!

—¡Maffio! ¡siempre Maffiio! dijo el artista entre dientes.

El mismo.... Maffio entra inmediatamente en el templo á hacer sus ofrendas á la *diosa* en tanto que

ba las manos dirigiendo tristes miradas al cielo.

—Señor Benedetto, dijo al fin pegándole en el hombro la persona que movia todo aquel ruido.

—¡La Minella! dijo el empresario, que no podia concebir aquella aparicion repentina.

—Sí, contestó aquella; la Minella, que viene anunciaros una gran desgracia.

—Por grande que sea, ¿podrá compararse á la que me está sucediendo en este momento? ¡Mirad á mi prima-donna que ha perdido el compás, y que empieza ya á desafinar!...

—Entonces es una doble catástrofe, replicó la Minella, porque al fin si Zannetta os faltaba, al menos os quedaba aun Antonio...

—¿Y bien?...

—¡Y bien!... No hay que contar tampoco con este recurso, porque nuestro pobre Antonio...

Aquí la Minella levantó espresamente la voz para que pudiesen oirla todos los que estaban en escena...

—¡Acabad, por Dios!... Deciais que nuestro pobre Antonio...

—Ha muerto.

—¡Muerto!... Eso es imposible.

—Ahora mismo se le ha visto trepar por una roca, desde la cual se ha arrojado al mar.

Zanetta no sabia ya en dónde estaba ni lo que hacia: aquel círculo inmenso de palcos que tenia ante sus ojos, y en donde se agitaban tantas manos llenas de preciosos ramilletes, se le presentaba como una faja de mil distintos colores, y el ruido de la orquesta llenaba á sus oidos como el zumbido de una colmena, que habiendo perdido su maestra anda errante y sin órden por el espacio, sin saber en donde fijarse. Detúvose inmóvil y con la mano en disposicion de accionar, la voz se ahogó en su garganta, y con ojos desencajodos dió un paso hácia atrás y perdiendo su cuerpo el equilibrio, hubiese dado con el en el suelo, si no hubiesen acudido á socorrerlo inmediatamente. A duras penas y casi á rastra pudo llegar al bastidor mas inmediato, mas á penas estuvo allí, cuando lanzó un profunds suspiro, desmayándose en seguida.

Entonces una tempestad espantosa agitó aquel océano de espectadores, hasta aquel momento indulgentes y atentos á lo que se habia cantado. Aquella desercion de la prima donna en uno de los parajes mas importantes de su papel, fué considerada como una confesion tácita de su impotencia; y los escépticos que se obstinaban en poner en duda el mérito de Zanetta, obtuvieron un triunfo completo, con aquella derrota sin combate. Todo el mundo acudió á socorrer á aquella infeliz.

La Minella era la que parecia mas afectada por aquella súbito contratiempo y la que sé mostraba mas solícita en asistirla en el deplorable estado en que se hallaba.

Respecto á Benedetto, parecia que la muerte que con tanta frecuencia invocaba en las circunstancias difíciles, habia por fin atendido á sus súplicas. Trémulo y pálido como un difunto, cualquiera hubiera creido que iba á exhalar el último suspiro.

Lleváronse sn seguida á Zanetta á su casa, anunciose al público el accidente de que se habia visto acometido repentinamente, y en un instante quedó desierto el teatro.

En toda la noche no se habló de otra cosa en los paseos y cafés de Nápoles que del *fiasco* que habia hecho la célebre cantante, y del lastimoso fin del desgraciado Antonio, que todos convenian en que se habia ahogado á corta distancia del palacio del Huevo.

IX.

Poniase el sol por detrás del Pausilipo, tiñendo con cien distintos y maravillosos colores, una multitud

de nubecillas agrupadas en el horizonte. Semejábanse estas á una escuadrilla, cuyas banderas y gallardetes fuesen de púrpura y oro, y que estuviese vagando por un mar de fuego. Una luz de color de sangre y de un efecto espléndido y terrible á la vez, parecia abrasar el magnífico anfiteatro que forma la ciudad de Nápoles y se reflejaba sobre el mediterráneo, cuyas azuladas aguas centelleaban á trechos, pareciéndose á una sarta de záfiros colocados sobre un fondo encarnado.

Sentados ó acostados indistintamente sobre el terraplen de las Camaldulas que forma el punto culminante de la ciudad, un grupo de *lazzaroni* de ambos sexos se apiñaba en torno de un improvisador, y escuchaba con religioso silencio los versos del Taso, aspirando la brisa penetrante que subia del mar, y con la vista fija en el cuadro magnífico que hemos tratado de bosquejar.

Exaltado por la magnificencia del golpe de vista que dominaba por todos lados, el bardo napolitano mezclaba de vez en cuando sus inspiraciones á las estrofas de la *Jerusalen libertada*, y aquellos arranques le salian siempre bien, tratándose de un auditorio cuyo espíritu ávido de novedades, reparaba poco en el mérito de los versos. Era el trovador un pescador joven en cuya hermosa cabeza se veian retratadas á un mismo tiempo la inteligencia y la pasion, así es, que su verbosidad fué creciendo cuando llegó á cantar los amores de Clorinda y Tancredo; entonces el ardor de la juventud le inspiró acentos verdaderamente poéticos, y cuyo efecto obró con bastante fuerza sobre aquel indolente auditorio para hacerle prorumpir en algunos ¡bravos! No parece que disgustó al improvisador este efímero triunfo, pero como empezaba ya á cerrar la noche, calló, saludó al público y se retiró de las Camaldulas.

Bajó por la ciudad hasta llegar al fin de la solitaria calle de Santa Lucia, y se detuvo delante de aquella pobre choza contigua al puente del palacio del Huevo, en la cual hemos introducido á nuestros lectores en el primer capitulo de esta historia. Antes de entrar en ella dirigió una mirada al mar. Este elemento habia variado de aspecto con los pálidos resplandores de la luna, revistiéndose de cierto carácter imponente y melancólica, que convidaba al alma á la meditacion. No se veia ni una vela que atravesase aquel inmenso espacio; tampoco se distinguia en el cielo ni la más pequeña nubecilla, las aves no cruzaban ya su region, y ninguna voz humana interrumpia el majestuoso silencio de aquella noche serena.

Las olas eran las únicas que se levantaban acompasadamente cual el seno de una virgen dormida, dirigiendo aquellas contínuas quejas que el mar envia constantemente á las playas que no le dejan pasar mas allá de los límites que el Supremo Hacedor le impusiera.

El Vesubio se levantaba á lo lejos como un fantasma, que completaba la impresion misteriosa y grande á la vez de aquella magica escena.

Al poco rato parecióle al jóven que veia una ave acuática que volaba al ras de la superficie de las aguas, pero observando su movimiento con mas atencion, vió que era una barquilla que entraba en el puerto á toda vela adelantándose hácia el palacio del Huevo, dirigida por un hombre que iba envuelto en una capa. Este incidente le sacó de la profunda meditacion en que se hallaba sumido, por lo cual, volviéndose de pronto hácia la derecha fué á llamar á la puerta de aquella modesta choza, cuya entrada se le franqueó en cuanto se dió á conocer.

—Buenas noches, Maffio, le dijo una voz tan jóven como sonora.

—Buenas noches, Zanetta, contestó el pescador.

Desde el dia inmediato al en que empezó á divulgarse la muerte de Antonio habia abandonado Zanetta su palacio, para volver á habitar bajo el pobre techo en que pura y alegre habia corrido su infancia; asimismo, habia dejado sus brillantes y lujosos trajes, volviendo á ponerse el de simple pescadora. Desesperado Benedetto al saber una resolucion tan estraña, habia corrido á echarse á las plantas de la humilde batelera para suplicarla que volviese á presentarse en las tablas; pero el pobre diablo habia oido el *no* mas terminante que hubiese herido sus oidos acostumbrados por otra parte á desaires de esta naturaleza. El empresario, sin embargo, llegó á formalizarse y habló de hacer valer sus derechos, y de obligar á Zanetta á presentarse á desempeñar el papel de Armida, toda vez que habia contraido con él un compromiso formal que debia durar dos años; apurada nuestra heroina por aquel hombre, se vió en la prccision de decirle clarito, que desde que habia sabido en el teatro la muerte de Antonio habia perdido enteramente la voz, pues por mas que habia ensayado repetidas veces, no le habia sido posible cantar acorde, ni hacer que saliese la voz de su garganta.

Aterrorizado el desgraciado Benedetto al oir esta nueva, insistió en que Zanetta cantase delante de él, para convencerse de que era cierto lo que aquella decia; pero apenas habia abierto la boca para complacerle, cuando el infeliz echó á correr fuera de la choza, tapándose los oidos para que no volviesen á resonar en ellos los desagradables acentos de Zanetta.

Este contratiempo, del cual no tenia ya la menor duda, ponia al malhadado empresario en una situacion deplorable: en efecto, perdiendo á Zanetta, despues de haber perdido á Antonio, no le quedaba otro recurso que pasar bajo las *horcas candinas* de la Minella, que no dejaría de aprovechar la ocasion de vengarse completamente de las humillaciones que Benedetto le habia hecho sufrir.

No se engañaba el empresario al discurrir de este modo; pues al cabo de tres dias de negociaciones, y aceptando todo cuanto la Minella quiso exigir de él, pudo únicamente lograr que esta volviese á desempeñar el papel de Armida, pero sin más compromiso por parte de la cantante, que el del dia; así es que ajustándose de nuevo cada vez que tenia que salir á las tablas, tenia enteramente á su disposicion al pobre empresario, al cual podia dejar plantado para la funcion del dia siguiente si la ocurria hacerlo.

La vuelta de Minella al teatro de San Cárlos, no produjo en el público todo el efecto que se habia prometido.

Aunque cantaba perfectamente, no fué muy aplaudida en aquella ópera, porque el recuerdo del modo con que Zanetta lo habia desempeñado, hacia que la Minella perdiese mucho en aquella comparacion. Llena de despecho, se vengó del desaire del público en Benedetto, haciéndole pagar por cada representacion una suma casi igual á la que producian las entradas.

Pero volvamos á Maffio.

Este, despues de un momento de indecision, se dirigió á Zanetta diciéndola:

—Supuesto, amiga mia que ya no puedes pensar en volver al teatro, y puesto que te has resignado á abrazar tu antigua profesion, me parece ya hora de que recuerdes los planes que habiamos formado, y que debian llevarse á cabo dentro de muy poco tiempo cuando sobrevino aquel cambio tan repentino en tu posicion. En una palabra, yo era entonces tu prometido esposo, ¿qué razon hay para que me niegues hoy esa mano que tanto tiempo há estoy suspirando?

—Voy á decirtela, Maffio. Desde

Universidad de Deusto
Biblioteca

nuestra infancia siempre se nos ha visto correr, ó descansar juntos sobre la verde yerba; desde que tu estuviste en disposicion de guiar una barca, todos los dias nos hemos abandonado en ella al capricho de las olas; hemos pasado juntos muchas horas, enteramente solos y muy distantes de toda mirada humana en medio del mar, sin otros testigos de nuestras acciones que el azulado cielo y las olas del Mediterraneo. Nada tenemos que echarnos en cara en medio del abandono y de la absoluta libertad en que nos hemos visto. Puros como las brisas matinales, nos hemos mecido en las aguas, sin que ningun pensamiento bastardo viniese á turbar la dulce alegria de nuestros sencillos é inocentes corazones. ¿Has reparado en mi la mas pequeña turbacion? ¿Has visto que mi frente se cubriera de carmin cuando tu me mirabas, ó que mi mano temblase al contacto de la tuya? No, por que jamás he sentido por ti otro afecto que el de una hermana hácia un hermano querido. Sin embargo, ignorando completamente el verdadero estado de mi corazon, y no sospechando siquiera que existiese otro sentimiento mas vivo que el que tu me inspirabas, me tenia por dichosa en llegar á ser un dia tu esposa... ¡pero hoy!....

—Qué es lo que sucede hoy? dijo Maffio sobresaltado.

—Que sé lo que entonces ignoraba, contestó la jóven.

—Esplícate, Zanetta.

—El dia de la fiesta de Piedigrota estaba yo recostada en nuestra barquilla, pensando en mil cosas, y sobre todo en un hombre cuya voz me habia encantado muchas veces, cuando de repente oigo aquella voz y veo á aquel hombre de pié á pocos pasos de mi. Queria este dar un paseo por la mar; yo me ofrecí á conducirle, y partimos. Entonces fué cuando yo conoci un sentimiento que nadie habia sido capaz de inspirarme hasta aquel dia. Apenas me miraba aquel hombre, y yo temblaba y me estremecia de gozo solo por hallarme á su lado. La dicha, una dicha inmensa, y que no me es dado espresar, subia á torrentes de mi corazon á mi cabeza; en una palabra, la alegria me sofocaba, y las lágrimas se asomaban en tropel á mis ojos.

—¿Y quién era ese hombre, Zanetta?

—A los ocho dias cantábamos juntos en el teatro de San Carlos.

—¡Antonio!....

—El mismo. Pero tú que vives á mi lado desde la infancia, tu, Maffio, que siempre me has conocido tranquila é indolente, ¿cómo no has comprendido al verme desafiar, impávida, sobre las tablas á un público tan exigente como el de Nápoles, que era preciso que, para esponerme á su critica, se hubiese obrado en mi una revolucion completa? ¿Cómo no te has preguntado á ti mismo cuál podia ser la causa de que Zanetta, hoy sencilla é ignorante hija del pueblo, hubiese hallado de repente tanta energia y tanta pasion? ¿De dónde procedia aquella nobleza en sus ademanes, aquel encanto en su voz, aquel fuego en sus miradas? ¿Cómo no has adivinado que aquella alma nueva que se habia suscitado en ella, era una creacion del amor; que su brillo, su poder y sus inspiraciones la venian de Antonio, de aquel Antonio de quien solo una palabra de aprobacion la era mas dulce que el entusiasmo y las admiraciones de un público tan respetable como el que asiste diariamente á San Carlos? Nada te ocultaré, amigo mio; yo estaba orgullosa de escitar la admiracion de los napolitanos, y sus aplausos me hacian esperimentar un gozo inefable; pero, por satisfactorios que fueran para mi los triunfos que obtenia cada noche, una sola palabra, una simple insinuacion de Antonio que hubiera denotado que aquello no era de su agrado, hubiese sido suficiente á decidirme á renunciar á ellos para siempre.

—¡Zanetta!.... dijo Maffio sumido en el mas profundo dolor.

—Maffio, te he hablado con tanta claridad, porque era preciso que comprendieses, sin que pudiera quedarte el menor género de duda, que desde hoy en adelante yo no puedo ser respecto á tí, sino una hermana, una verdadera y tierna amiga.

—Pero Antonio ha muerto, dijo el jóven.

Siempre vivirá en mi corazon, y vivirá solo en él, contestó Zanetta.

Maffio se levantó y estrechando dulcemente la mano de Zanetta.

—Adios, la dijo, cuenta siempre con su amistad, supuesto que es el único vinculo que puede existir entre nosotros.

—Adios, Maffio, hasta mañana.

—Hasta mañana contestó maquinalmente el pescador y se salió de la cabaña.

En cuanto Zanetta se vió sola empezó á templar su bandolin como para disponerse á cantar; mas un recuerdo sumamente triste la hizo arrojar el instrumento lejos de si, quedando sumida en una distraccion profunda. Los rayos de la luna penetraban en aquel momento por la ventana de aquella rústica habitacion, iluminando completamente las facciones de la linda batelera. Su mirada revelaba la profundidad y la elocuencia que dejan en el alma las angustias de la pasion; su cándida frente revelaba igualmente la multitud de ideas que rodaban en su imaginacion, y la antigua franqueza de su sencillo rostro habia sido reemplazada por una espresion triste y grave á la vez, que daba á toda su fisonomía cierto aire de nobleza y de elevacion que no habia tenido hasta entonces.

—¡Muerto! dijo al cabo de un rato, muerto mi pobre Antonio!... No, yo no puedo hacerme á esta horrorosa idea; y todas las noches cuando me veo sola en esta cabaña iluminada por la claridad misteriosa de la luna, me parece que va á presentarse á mis ojos como aquel dia que me sorprendió cantando; me parece que aquella voz tan pura y armoniosa va á llegar á mis oidos cantando aquella misma ária que se cantó para mí sola, en medio del mar... ¡Pobre de mi, he perdido enteramente el juicio!...

Dijo y quedóse silenciosa, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Al instante se oyo á muy pocos pasos de allí, una voz dulce, suave, y penetrante, y cuyos acentos no respiraban sino amor. Zanetta se estremeció y se puso á escucharla con una alegría mezclada de terror. por lo parecida que era á la de Antonio, y porque precisamente cantaba el ária que tan vivamente le habia impresionado el dia de la fiesta de la *Piedrigotta*. Cuanto más iba desarrollándose aquella voz, tanto más se iba aumentando la emocion de Zanetta; solo Anotnio poseia aquel timbre poderoso y limpio; solo él era capaz de cantar con tanta perfeccion.

De repente calló la voz... Entonces la puerta de la cabaña se abrió con suavidad y entró por ella un jóven...

Zanetta dió un grito y se arrojó en los brazos de Antonio, pues no era otro el que habia penetrado en aquel asilo de la inocencia y del puro y casto amor.

En cuanto Zanetta se repuso un poco, preguntó á su amante si era cierto que se hubiese arrojado al mar, como se creia generalmente en Nápoles, en donde hacía ocho dias que se le tenia por muerto.

—Si, mi amada Zanetta. contestó el tenor apretando con efusion la mano de la jóven, si he intentado el suicidio, y no puedo menos de ruborizarme ahora de ello, cuando pienso uuán bajo era el sentimiento que me inducia á quitarme la vida.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Antonio! ¡Antonio!:.. ¿Cómo es posible que vos, que sois un verdadero artista y que por consiguiente debeis creer en Dios y en la divina mision del alma, hayais podido pensar ni un momento en el suicidio, en ese *ultimatum* de la desesperacion, en ese recurso á que no apelan sino los incrédulos y los ateos? ¿Cómo habeis podido olvidar, que Jesus, vuestro divino maestro y el mio, recomienda ante todo á sus hijos el valor y la resignacion en los trabajos de esta miserable vida? ¡Ay de mi! ¿Por qué me habeis ocultado tan tenazmente vuestros padecimientos? ¿Por qué no me habeis confesado desde el primer dia, que aquel talento que tanto habiais admirado y que era enteramente obra vuestra, se habia convertido para vos en un suplicio insoportable? En el momento en que me hubieseis dicho esto, yo hubiera aborrecido mi voz, y nadie hubiera vuelto á oirla jamás.

—No useis conmigo ese lenguaje, Zanetta, porque, cuanto mas noble y mas desinteresada os veo, tanto mas me averguenzo de mi debilidad; pero está visto que en todo habeis de llevarme ventajas, y que habeis de ser tan superior á mí en generosidad como lo sois en talento.

Oidme con atencion, Zanetta, si yo abrigase en mi corazon aquella detestable y baja envidia que os he confesado, no me hallaria á vuestro lado en este momento; pero sucede raras veces que el alma que ha visto la muerte cara á cara, no se haya regenerado con tan horrible prueba. Cuando volví en mí, despues de un largo desmayo, comprendí todo el egoismo y toda la abyeccion que habia en aquel sentimiento por el cual me habia dejado dominar, y resolví vencerlo, volviéndome á presentar con vos en el teatro de San Cárlos. Despues de ocho dias de enfermedad, y hallándome ya bastante fuerte, he abandonado la choza hospitalaria del pescador que me libertó de las olas próximas á devorarme, y he tomado su barca para venir á atracar al lado del puente que está aquí inmediato. Iba á pasar sin detenerme por delante de esta choza, cuando me ha parecido que oia hablar dentro; me he acercado, me he parado á escuchar y.....

—¿Y qué? preguntó Zanetta turbada.

—Fácil es adivinarlo, Zanetta; ¡el que antes aborrecia en vos el talento de un rival, no pudo menos de adorar la voz de la mujer de quien era amado!.....

—¡Antonio!..... esclamó la pobre muchacha, cuyas megillas se cubrieron de carmin.

—Desde que os vi, prosiguió Antonio, empecé á ver con mas claridad el verdadero estado de mi corazon; conocí, á no dudarlo, que á la envidia del artista se habian unido los celos del amante. Sí, Zanetta mia, reconocí con orgullo, con una alegría que no me es dado espresar, que en lo sucesivo vuestros triunfos me serian tan satisfactorios como me habian sido crueles cuando creia que vuestro corazon era de Maffio, cuando ignoraba que me amabais y que yo tambien os amaba con un amor, cuya existencia me habeis revelado vos misma.

—¿Con que vos me amais, Antonio?..... dijo Zanetta incapaz de disimular el esceso de su felicidad en aquel momento.

—Desde el dia que os ví por primera vez, Zanetta; pero hace una hora no mas que he sabido que os amaba. Ya os he dicho que todo lo he oido; sin embargo aun me queda cierto escozor, Zanetta; no puedo olvidar; por mas que hago, aquel talisman que vos misma me habeis dicho apreciábais tanto como vuestra existencia, aquel medallon, en fin, que Maffio os recogió el dia de vuestra primera salida, y que nunca quisisteis enseñarme.

—Ahí le teneis, dijo Zanetta, quitándoselo apresuradamente del cuello.

Antonio le abrió y halló dentro dos zequíes.

—¿Qué es esto? preguntó admirado de una cosa tan rara.

—Esos dos zequíes, respondió Zanetta con una sonri a angelical, son un recuerdo de mi antigua condicion. Un dia que yo me hallaba sola en la playa, se me presentó un hombre que queria dar un paseo por el mar, y yo....

—¡Zanetta!..... ¡Adorable Zanetta!..... esclamó Antonio fuera de sí.

Hubo entonces un rato de silencio.

Antonio besaba con ardor la mano de la jóven, cuyo corazon latia con tal violencia, que parecia iba á saltar del pecho.

—Antonio, dijo al fin Zanetta, haciendo un grande esfuerzo sobre sí misma, por qué hemos de esponernos otra vez á los caprichos del público volviendo á presentarnos en escena? Pensad, amigo mio, cuán cruel seria para vos el haberos engañado respecto á mi mérito artístico, y contentaos con la conviccion que de él teneis en el fondo de vuestro corazon, sin querer esponerme á nuevas pruebas.

—Querida Zanetta, respondió Antonio sonriéndose al ver aquella desconfianza: vos me habeis visto preferir la muerte á la oscuridad: ¡pues bien! aquella sed de gloria que yo alimentaba entonces, la tengo ahora tanto ó mas fuerte, con la diferencia de que solo la ambiciono para vos; aquellos aplausos que tanta envidia me causaron, deseo que se os prodiguen á vos sola... Quiero asistir á vuestros triunfos, oir brillar vuestra encantadora y admirable voz en el teatro de San Cárlos, ver el escenario tapizado de flores en cuanto os presenteis en él. Hé aquí mi único pensamiento, mi sueño dorado, el voto mas ardiente de mi alma. La misma desesperacion que se apoderó de mi al ver que me era preciso renunciar á los aplausos del público, volver á esperimentarla hoy, mas cruel y mas violenta quizá, si no hubiera de volver á ser testigo de aquel frenesí con que se os acogia cada noche, y que tanto me ha hecho sufrir.

—Mucho siento destruir tan halagüeñas esperanzas, dijo Zanetta despues de un momento de reflexion; pero al volverme á hallar aquí, en este traje, ¿no habeis adivinado que todos vuestros sueños eran irrealizables?

En efecto, dijo Antonio examinando detenidamente á Zanetta; yo no habia reparado en vuestro traje.

—Ya veis que no es el que conviene á una prima-donna, y tambien comprendereis ahora que haya dejado las tablas para volver á mi primitivo oficio.

—¿Habeis abandonado el teatro?

—Sí, amigo mio.

—¿Y quién os ha reemplazado?

—La Minella.

—¿Qué motivos os han impulsado á adoptar tan estraña resolucion?

—La necesidad.

—No os entiendo, Zanetta.

—Yo estaba en escena cuando la Minella dió la noticia de vuestra muerte, de modo que la oí distintamente. Mi voz se alteró de repente, mezcláronse los sollozos con las notas que salian de mi garganta, oyéronse algunos silvidos, y yo caí desmayada. De vuelta á mi casa quise cantar algunos trozos del *Carnaval de Venecia*, óproa nueva que la Minella debe estrenar mañana; mi voz se parecia al graznido del cuervo, lo cual me hizo conocer que no me quedaba otro recurso que renunciar para siempre al teatro.

Antonio palideció al oir estas palabras.

—¿Es cierto lo que me estais diciendo, Zanetta?

—Demasiado cierto, mi querido

Universidad de Deusto
Biblioteca

Antonio; ¿pero eso que importa? Aun cuando un accidente no me hubiese quitado la voz, yo hubiera renunciado á esa ventaja, de la que hubiera reputado como un crimen el aprovecharme despues de muerto vos. Ahora que ha resucitado milagrosamente el hombre de quien yo me creia separada para siempre, ahora que sé que soy amada de aquel de quien me creia aborrecida, ¿qué otra cosa puedo apetecer que el ir á oir su voz en el teatro de San Cárlos? ¿Qué mas puedo yo desear? ¿No soy mas feliz de lo que es posible serlo en este mundo?

—¡Zanetta, vos no sois una mujer, sois un ángel!... ¡Cuanto mas os oigo, tanto mas culpable me considero!

—¡Culpable!... no, Antonio, esa palabra no puedo admitirla. Vos no habeis sido sino desgraciado...

—Pues bien, Zanetta, voy á serlo aun cien veces mas, porque en este momento mi alma tiene sed de vuestra voz, como la tiene el avaro del oro, y esta voz se ha apagado; porque el teatro no volverá á oirla; y si es preciso que yo renuncie á ver á Zanetta, á esta Zanetta que es mia y á quien amo con todo mi corazon, aparecer á los ojos de los napolitanos, y deslumbrarlos con el esplendor de su talento, la desesperacion va á apoderarse de nuevo de mi corazon y á roerle continuamente hasta dar fin con mi mísera existencia. Yo, amor mio, que quisiera veros radiante, sublime é idolatrada, no podré consolarme al ver que por mi culpa os hallais confundida entre la multitud; que no sois la reina de las almas y de los corazones, cual Dios habia dispuesto lo fueseis, á no ser yo un miserable envidioso, un hombre digno de la ira del cielo.... Bien veis, Zanetta, que esta vez mi desgracia es completa, eterna, irreparable.

Dicho esto, ocultó el rostro entre sus manos, permaneciendo un buen rato inmóvil y sumido en la tristeza mas profunda.

Zanetta se levantó del rústico banco en que se hallaba sentada, y poniéndole la mano en el hombro.

—¡Antonio! le dijo, ¿no amabais en mí sino á la artista envidiada y aplaudida del público.

—No me habeis comprendido, Zanetta, yo os amo con aquel amor puro, ardiente.... sano.. .. que ningun accidente esterior es capaz de alterar, pero esperimento una aflicion que nada es basbante á mitigar al ver el talento que se ha perdido en vos. Lloro aquella voz tan magnífica, aquellas inspiraciones sublimes, aquellos acentos tan patéticos y apasionados; sí, lloro la pérdida de todo esto, cual podria llorar un pintor al ver un cuadro de Rafael arrastrado por el lodo y perdido para la posteridad. No me cansaré de repetirlo, Zanetta, el recuerdo de aquella voz ha quedado en mi alma radiante y encantador como la imágen de la patria para el corazon del desterrado; y así como este arriesga su vida por volver á ver el techo de la casa paterna, del mismo modo no hay sacrificio que yo no fuese capaz de hacer por oir una vez, una sola vez.... aquella voz tan limpia y penetrante que derramaba sobre mi alma torrentes de vida y de luz. Pero no tiene remedio. ¡Ay de mi!..... ¡aquella voz ha deparecido para siempre!.....

Zanetta estaba tan conmovida, que no pudo hablar en un largo rato.

—Escuchad, Antonio, dijo cuando hubo vuelto algun tanto en sí. Mañana iremos juntos á oir á la Minella en el *Carnaval de Venecia*; segun dicen, ha hecho en ocho dias unos adelantos sorprendentes; se asegura que me iguala, y no falta quien crea que me aventaja; quizá su voz producirá en vos el encanto que aguardabais de la mia...

—¡Imposible!..... ¡Vos os estais chanceando, Zanetta!..,

—Haced la prueba, Antonio; iremos juntos, por mas doloroso que me sea ver que la Minella me aventaje á vuestra vista....

—¿Y eso á qué conduce?

—Deseo que hagais lo que os digo.

Despues, tomando de repente un tono afectuoso y grave á la vez:

—Quiero que vayais, le dijo, haciéndole al mismo tiempo una seña para que se retirase.

X.

La Minella habia reconquistado efectivamente toda su popularidad, cual habia dicho Zanetta. Bien porque se aprovechase de la reaccion que se obraba en su favor, bien porque el abatimiento de su rival hubiese servido para ensalzarla mas, ello es que Benedetto veia reproducirse los hermosos tiempos del teatro de San Cárlos, yendo en aumento cada dia las entradas desde la reaparicion de la Minella. Esta tenia para los napolitanos el atractivo de la novedad.

El caballero de Orsini, carnero de Panurgo de aquella ingrata multitud, se habia apresurado el primero á recobrar su puesto á los piés de la bella. Esta no habia sido tan generosa, que no se hubiese vengado del transfugo, dejándole confundirse entre las últimas filas de sus esclavos, y prefiriendo á él y al baron de Pelluzzi, al principe Ranuccio, aquel generoso y un tanto estrambótico, punto de mira de todas las primas donnas, quisquillosas hoy como en aquel tiempo, respecto á todo lo que puede halagar su orgullo.

Solo Benedetto habia conservado cierta inquietud en medio de tanta prosperidad. La esperiencia le habia hecho desconfiado, y las últimas vicisitudes que habia sufrido, le habian enseñado que jamás debe uno dormirse en el triunfo presente, sin haber tomado antes todas las precausiones posibles para evitar los contratiempos que pueden sobrevenir con el tiempo.

¿Cuál era el porvenir que le aguardaba? ¿A dónde le conducia su destino?

Cierto es, que por lo pronto no tenia motivo de quejarse; ¿pero sabia él lo que le aguardaba mañana? ¡Mañana!... hé ahí el fantasma que le hacia temblar; este mañana presente á toda hora en su imaginacion, era la espada de Damocles que, colgada de un hilo imperceptible, estaba siempre suspensa sobre su cabeza: porque la Minella, como mujer que sabia tomar la revancha, habia usado del derecho que la daba el abatimiento del empresario, para conservar toda su libertad y dictar las mas humillantes condiciones. Ella se habia dignado retardar por algunos dias su marcha á Milan, pero se habia reservado la facultad de trasladarse á aquel punto en el momento que se le antojase hacerlo. Como ya hemos dicho, no habia querido comprometerse sino por una representacion, de suerte que todos los dias se veia espuesto el pobre empresario á quedarse solo, abandonado, sujeto á los caprichos de su prima donna, y colocado continuamente, segun su lenguaje acostumbrado, entre la desesperacion y la muerte.

Una esperanza, sin embargo, habia brillado siempre á sus ojos, como una estrella de salvacion. Habíase persuadido que la retirada de Zanetta no podia ser sino momentánea, y que el cisne no habia cantado aun por última vez.

Por desgracia, sus reiteradas visitas á la jóven no produjeron ningun resultado; siempre le habia dicho esta, que su voluntad no podia ser mejor, pero que apesar de haberlo intentado varias veces, no habia podido volver á cantar una sola nota con limpieza, y que las lágrimas habian hecho desaparecer su voz en términos, que ya no guardaba ni la mas remota esperanza de que el ruiseñor volviese á entonar sus gorgeos.

En tanto que la temida borrasca

Universidad de Deusto
Biblioteca

estallaba sobre la cabeza del pobre Benedetto, las cosas marchaban del modo mas satisfactorio que es dado imaginar. Iba á darse por setima vez *El Carnaval de Venecia*, y aquella noche estaba el teatro de bote en bote.

—Vamos. dijo Benedetto, mirando por uno de los agujeros practicados en el telon de la boca, ¡la Providencia se ha dignado compadecerse tambien esta noche de su pobre servidor!...

En seguida se metió entre bastidores para asegurarse de que cada cual se hallaba en su puesto, y de que todo estaba preparado para que saliese bien la funcion.

Algunos minutos antes de levantar el telon, uno de los palcos bajos; que aun estaba desocupado, se abrió y entraron en él dos personas cuyos rostros no pudo nadie distinguir por ir el de la mujer cubierto con un velo, y el hombre embozado, de suerte que no se le veia sino los ojos. Todos conocieron que aquella pareja no queria ser conocida, y se convencieron mas de ello al verles colocarse en un rincon del palco, como si temiesen llamar demasiado la atencion del público.

—¿Creeis que no haya habido quien me conociese, Zanetta? preguntó el hombre á su compañera.

—Estoy cierto de ello, Antonio; era tanta la gente que se agrupaba á la entrada del teatro, que nadie ha reparado en nosotros. contestó la interpelada.

—Habeis exigido que viniese á juzgar por mi mismo de los progresos de vuestra rival, y he venido. Si lo que me habeis dicho es cierto, si realmente os aventaja ya la Minella, no sabeis vos, Zanetta, lo que voy á sufrir.

Zanetta alargó la mano á Antonio.

—Aunque el interés que me manifestais hoy, le dijo, me sea absolutamente estéril, supuesto que aquella voz que hacia toda mi gloria ha desaparecido para siempre, no podeis figuraros, sin embargo, lo reconocida que quedó á lo que acabais de decirme.....

Mientras decia estas palabras, Antonio notó que la mano de Zanetta estaba helada, y que temblaba convulsivamente dentro de la suya.

—Estais menos tranquila de lo que aparentais, la dijo este. La emocion que afectais dominar...

—¡Silencio! dijo Zanetta, ¡escuchad!... ya va á principiar la funcion.

En efecto, la orquesta habia preludiado, y un silencio solemne reinaba ya en todo el teatro.

Ya hemos dicho que la ópera del *Carnaval de Venecia* empezaba por un coro. Antonio apenas escuchaba. Pensabá este únicamente en la salida de la Minella que, vestida como hija de un noble patricio, debia presentarse en medio del baile con la cara tapada, como si buscase á un jóven proscrito á quien amaba, el cual se esponia por el gusto de hablar con ella un minuto á la tortura y á la muerte, pues el sarao se celebraba precisamente en el palacio de su mas cruel enemigo.

No se habia terminado aun la primera escena, cuando Zanetta le dijo á Antonio al oido:

—Amigo mio, mucha razon teniais cuando me deciais hace poco que la emocion que aqui me aguardaba era superior á mis fuerzas..... conozco desde ahora que me seria imposible soportarla. Dentro de un instante la Sra. Minella va á comparecér y... y el público va á llenarla de aplausos... no, yo no podria resistir semejante espectáculo y conozco por primera vez todo el terror de semejante suplicio..... permitid que me retire...

—Vámonos juntos, mi querida Zanetta.

—No, no, es necesario que vos os quedeis, vuestra mejor amiga os lo suplica.

—¿Y por qué me imponeis ese martirio, cuya sola idea me espanta?

—¿Por quë? porque quiero saber de vós mismo si hay algo de exageracion en lo que se dice de la Minella, porque solo vos podeis decirme si despues de haber perdido yo los aplausos del público, debo renunciar tambien á su estimacion.

Antonio quiso contestar, pero Zanetta habia desaparecido ya. No tuvo otro remedio que permanecer en el palco, y, á decir verdad, no le pesó de ello, pues su curiosidad era grande. Su vista se clavó en la escena, y sus ojos brillaron como los de un hombre devorado por la fiebre.

Diez minutos, poco mas ó menos, duró el coro, y los cantantes fueron aplaudidos, porque el público estaba muy complaciente aquella noche.

Por fin salió la Minella, y el corazon de Antonio se oprimió.

Aun no habia abierto la boca, cuando fué saludada por un palmoteo universal.

La Minella brillaba á los ojos petrificados de Antonio como una divinidad en la dorada nube de una apoteosis.

En efecto, estaba interesantísima con aquel trage negro; y apesar de la careta que le cubria la mitad del rostro, parecia que se adivinaban bajo el gró aquellas facciones que revelan el genio, y que se notaba en ellas al mismo tiempo el brillo precursor del triunfo.

Por fin, cantó.

La atencion de Antonio, rebelde en un principio, cedió bien pronto á los encantos de aquella voz sobrehumana. Esta conmovia las mas recónditas fibras del corazon, y derramabo en él aquellos torrentes de armonia que caen sobre el alma como los rayos del sol ardiente de la canícula. Su voz era celestial, hablaba al entendimiento, penetraba el corazon, y deslumbraba el espíritu.

No le dejaron concluir. Los *bravos*, los aplausos sofocaron la voz de la artista, que estuvo mas de cinco minutos sin poder continuar su papel.

El mismo Antonio no pudo menos de decir, mirando al propio tiempo á aquellos miles de hombres que ofrecian á la Minella una ovacion tan espléndida.

—Son justos..... Esta inspiracion es mas bella, mas grande, mas completa cien veces que la de Zanetta.

Pero ese homenaje de una admiracion forzada habia costado un gran esfuerzo al desconsolado tenor. Sus manos se negaron á aplaudir, y pálido, confuso, parecia próximo á derramar un torrente de lágrimas.

En este estado, oyó dos personas que estaban hablando en el palco inmediato, que eran el caballero de Orsini y su inseparable compañero el baron de Palluzzi.

—Mirad, baron, decia el caballero, la Minella es sin duda la criatura mas pérfida que ha pisado las tablas. ¡Pues bien, os juro por mi honor, que si tuviese los tres palacios que me ha comide, no dudaria un momento en ofrecerlos á sus pies.

—¡Ay! dijo el baron, arrojando un profundo suspiro: lo cierto es que esta noche canta de un modo maravilloso.

—Y tanto que al lado de la Minella de hoy, la de ayer no puede considerarse sino como una aficionada. Preciso es que haya sacado de alguna inesperada felicidad la inspiracion que la hace esta noche tan superior á si misma y á todas las primas donnas conocidas. ¡Ved lo que es el prestigio del talento!..... Esta noche, me parece diez veces mas hermosa que de costumbre. En su talle, en sus ademanes, hasta en su modo de andar, hallo en ella un encanto inesplicable, y que nunca habia yo advertido hasta hoy.

—¡Y la cruel no quiere recibirnos!... dijo con voz lastimera el baron.

—¡Y prefiero á ese muñeco llama-

Universidad de Deusto
Biblioteca

do el príncipe Ranuccio! añadió el caballero con el mismo tono.

—Ah!.... ¡Si quisiera contentarse con el titulo de baron.

—¡Si su orgullo se satisfaciese con el de caballero!...

—Pero ahora se me ocurre que no he visto por ahí á ese maldito Ranuccio.

—Apuesto á que está entre bastidores, estasiado al oir los aplausos que recibe su querida.

En este momento entró en escena el actor que representaba el papel de proscripto.

Entonces era cuando debia quitarse la Minella la careta, como en efecto lo hizo, empezando en seguida el duo.

Oyóse en el teafro un ruido particular en cuanto la actriz se descubrió: siguiose á éste una esplosion de aplausos, que hizo volver á Antonio del letargo en que le habia sumido el triunfo de la Minella: de pronto dirige sus miradas maquinalmente hácia el escenario, y cree soñar al descubrir á Zanetta en aquel sitio, pues no era otra la que habia cantado... Un grito unánime de admiracion que hizo temblar las paredes del teatro de San Cárlos, le hizo conocer que el prodigio que observaba era real y verdadero, y no una ilusion de su acalorada fantasía.

—¡Zanetta!... ¡viva Zanetta! repetian tres mil voces á la par.

En efecto, ella era la que, suplantando á su rival, acaba de reconquistar en un instante los homenajes, el entusiasmo y las adoraciones del público: Zanetta, cuya mirada se fijó en Antonio, radiante de orgullo y de amor.

XI.

¿Qué se habia hecho la Minella? ¿Dónde se habia escondido durante este triunfo que la impedia volver á poner el pié en el escenario de San Cárlos? ¿Cómo habia podido consentir en dejarse reemplazar, aunque no fuese sino por una sola representacion, por la que ya la habia vencido otra vez en el mismo sitio? Esto es lo que vamos á esplicar ahora mismo.

Cosa de una hora antes de levantarse el telon, Benedetto se paseaba entre bastidores, con las manos en los bolsillos, la sonrisa en los lábios, y con el rostro respirando felicidad, porque las entradas iban cada dia siendo mayores, á pesar de las exigencias caprichosas de la Minella, y porque cada representacion del *Carnaval de Venecia* le dejaba un beneficio de consideracion. Estaba el dichoso empresario formando mil castillos en el aire, discurriendo los medios de sostener su teatro á la altura en que habia logrado se pusiese, cuando sintió que le pegaban una palmadita en el hombro. Volviose de pronto, y se quedó altamente sorprendido de hallarse cara á cara con Zanetta.

—Adios, encantadora niña, la dijo; qué buen viento es el que os conduce á San Cárlos?

—Vuestro interés, Sr. Benedetto.

—¡Mi interés! *carissima*, tened la bondad de esplicaros con más claridad.

—Seré muy breve, porque el tiempo urge; escuchadme, pues, con atencion. La Minella no entiende una jota del papel que representa, y en vez de darle el alma que exije, consigue, cuando más, producir la cuarta parte del efecto que realmente debia producir. Vengo, pues, á proponeros en consecuencia, que dejeis que otra la reemplace.

—Dios me libre de cometer, tal desatino! dijo Benedetto estupefacto de haber oido semejante proposicion. La Minella, continuó hace que se llene el teatro todas las noches, ¿qué otra cosa más podria hacer la que venís á ofrecerme para reemplazarla?

—¿Hará que el teatro se llene cincuenta noches seguidas, en vez

veinticinco ó treinta á lo más que podrá conseguir esto mismo la Minella.

—¿Y quién es esta celebérrima cantatriz? preguntó Benedetto con una sonrisa que revelaba una gran dosis de incredulidad.

—Una mujer, contestó Zanetta que ha brillado por un momento en uno de los primeros escenarios de Italia, y que aún dominaría en él como soberana, si herida en el corazon de un modo qne no la fué dado soportar, no hubiese tomado espontáneamente el partido de abandonar la escena, creyendo no volver á ella jamás.

—¿Y decís que es un talento de primer órden?

—Cuando se decidió á abandanar las tablas, estaba escriturada por dos años.

—¿Entonces como pudo salir de aquel compromiso?

—Fingió que habia perdido la voz.

—¡*Diábolo*! esclamó Benedetto fuera de sí: ¿debo creer á mis pensamientos?..... ¿seria posible que vos, *signorina*?.,..

Aquí llegaba en su diálogo, cuando fueron interrumpidos en él por la Minella, que, acompañada del príncipe Ranuccio y de dos doncellas, se dirigió á su cuarto vestida ya, á esperar la hora de la salida.

El principe se habia comprometido formalmente á darla la mano en el término de ocho dias, y por esta razon se le permitia la entrada en el cuarto de la prima donna.

—¡Calla!... dijo la Minella echando sobre su antigua rival una miradadesñosa, ¡mirad, príncipe, á nuestra célebre pescadora!....

—Zanetta permaneció inmévil sin dignarse contestar ni una palabra.

—Querido Ranuccio, dijo la Minella dirigiéndose al príncipe, os advierto que me intereso por esta muchacha, y que tengo empeño en que sea ella la que provea á vuestro cocinero del pescado que le haga falta para el dia de nuestra boda. Quiero que esos cuartos la pobre chica. ¡Adios, hija mia!...

Dijo, y se alejó llena de orgullo, encantada de haber humillado á aquella rival, que tan vivamente la habia herido en el suyo.

Cerca de media hora hacia que sus doncellas la estaban acabando de arreglar, y solo faltaba que la pusiesen unas flores en la cabeza, cuando impaciente la Minella al ver que la sinfonía iba á principiar, creyó haber oido que habian echado la llave á su cuarto por la parte de afuera; en seguida oyó distintamente unos pasos que conoció ser los de Benedetto, que parecia dirigírse precipitadamente hacia el escenario.

La prima donna soltó una estrepitosa carcajad..

—Ese pobre Benedetto, dijo, es tan distraido, que ha equivocado su cuarto con el mio y ha dado vuelta á la llave. Henos aqui encerrados, lo cual no deja de ser bastante gracioso.

—Lo peor es, que no vais á hacer vuestra salida á tiempo, dijo Ranuccio.

—¡Oh no paseis cuidado por eso!.. ¡No soy persona tan insignificante que no se me eche de menos antes de dar principio á la funcion!....

A pesar de esta salida, que revelaba el carácter orgulloso de la Minella, ello es que la sinfonia terminó, que empezo el coro y nadie se presentaba á abrir.

—¿Sabeis, dijo el principe, que esto empieza á ponerme ya en cuidado?

—El mal será para Benedetto, dijo la prima-donna, como no me conviene comp.ometerme con un público que estará prevenido contra mí, si vé que no salgo á tiempo, diré que me hallo indispuesta y que no puedo cantar esta noche, entonces el Sr. Benedetto se verá obligado á anunciarlo así, y tendrá que devolver el dinero de las entradas, lo cual será una buena leccion para

que lotra vez no sea tan atolondrado.

Terminó el coro y la Minella se echó á reir á carcajadas, pensando en los apuros del pobre Benedetto que andaría buscándola como un loco por todas partes; siendo así que él mismo era quien la habia encerrado.

Gozábase ya la prima donna y aguardaba con una curiosidad impaciente, el alboroto que iba á armarse cuando Benedetto anunciase que estaba indispuesta, único recurso que le quedada al ver que no la hallaba por ninguna parte. Mas en vez de aquel escándalo que aguardaba con tanto afan, quedó todo en un silencio tal, que parecía que no hubiese ni un alma en el teatro, despues se oyó de pronto una voz sonora y penetrante que cantaba con maravillosa perfeccion el primer trozo del papel de la Minella.

Esta dió un grito rabioso, palideció, y tuvo que agarrarse á un divan para no dar consigo en el suelo.

El príncipe, estasiado al oir aquella peligrosa voz, ni siquiera reparó en el accidente de la Minella.

—¡Con que no era una distraccion!..... murmuraba entre dientes la prima donna, con una voz ahogada por los sollozos. ¡Con que soy víctima de una infame perfidia!..... Pero, ¿quién puede ser esa mujer que se ha hallado aqui tan apropósito?....

La admiracion del público se encargó de responder á esta pregunta. Apenas habia concluido el último punto, cuando un grito unánime de todos los espectadores vino á desgarrar el corazon de la soberbia Minella.

—¡Viva Zanetta!

Tal fué el grito que se oyó en el teatro por espacio de cerca de diez minutos.

El furor de la Minella no conoció ya límites desde que oyó aquellas voces; púsose á rugir como una fiera, haciendo los mayores esfuerzos por abrir la puerta, con lo cual no consiguió otra cosa que lastimarse sus finísimas manos.

Aquella era demasiado sólida para que una mujer delicada pudiese abrirla á la fuerza, y al mismo tiempo los gritos de la desesperada Minella no podian oirse entre bastidores, sobre todo en medio de aquel diluvio de aplausos...

Pero volvamos á Antonio, á quien hémos dejado medio loco de gozo y de sorpresa al ver el aspecto de Zanetta.

En cuanto cayó el telon se dió á conocer y penetró entre bastidores en el mismo momento en que Zanetta, rodeada de todos sus compañeros, trataba de abrirse paso para ir á su encuentro.

En cuanto le vió se arrojó á sus brazos, pálida y medio desmayada.

No trataremos de describir lo que pasó entónces en el escenario. Benedetto, á quien le era imposible resistir á este torrente de dichas, no sabia lo que se hacia. En un momento habia recobrado su primadonna y su tenor, cosas ambas que le aseguraban las entradas y le hacian esperar un porvenir de oro. Este le aturdia en términos que en la exaltacion de su alegria empezó á abrazar á todo el mundo indistintamente, riendo al propio tiempo como si hubiese perdido el juicio ó se hallase completamente embriagado.

Enmedio de esta comun alegria se oyeron unos gritos lastimeros que vinieron á turbar la fiesta

—¿Qué gritos son esos? preguntó Antonio.

—No es nada, contestó Benedetto..... es nuestra buena amiga la Minella á quien yo habia encerrado con llave por precaucion, y que desde su cuarto grita como una hiena rabiosa... ¡Pobre muchacha!... voy á abrirla para que se vaya á Milan cuando la acomode... ¡no quiero perjudicar á nadie en sus intereses!...

. . . . . .

Un mes habia pasado desde aquella memorable noche, cuando Antonio y Zanetta, unidos ya por el santo sacramento del matrimonio, paseaban por el mar en aquella misma barquilla donde habian tenido principio sus amores. Empezaba á anochecer, la brisa era fresca, y el agua parecia plateada á trechos por el reflejo de las estrellas.

—¡Bien ves, decia Zanetta á Antonio, cuán loco eras en querer suicidarte; bien ves, amado mio, que uniendo nuestras almas en la soledad asi como unimos nuestras voces en público, hemos realizado aquel sueño que tu creias imposible: *La felicidad y la gloria á duo!*

FIN DE LA GONDOLERA.

UN RECIEN NACIDO DE CIENTO SETENTA AÑOS.

(HISTORIA INCREIBLE,)

POR D. RICARDO BECERRO Y BENGOA.

Una tarde de agosto del año pasado llegué rendido de correr por las montañas á los caseríos de Berunegui, cerca de la aldea de Beotiño, á la sazon en que iba al cementerio un pequeño cortejo de aldeanos acompañando al cadáver de un niño, que rodeado de flores y recostado en una almoada, lo llevaba una vieja sobre un cunacho en la cabeza.

—¿De quién es el niño? pregunté.

—Nadie lo sabe, me contestó un guizon; ¡cosa mas rara! le hallaron en cueros allá en la cañada hace cosa de un año; lo recogieron en la casa de Gusurandi y poco á poco se ha ido encogiendo, dejando de comer, dejando de mamar y poniéndose todo colorado como si acabara de nacer ¡Cosa mas rara! Tiene arrugas en la cara como un viejo y los dedos de las manos manchados como los que fumamos en pipa.

Mi curiosidad se escitó sobre manera, y me uní al acompañamiento con objeto de ver el cadáver.

Antes de depositarlo en la fosa, mientras las mujeres lloraban, me acerqué á verlo. El vizcaino tenia razon; aquella cara era incomprensible; suponeos un recien nacido con la frente y las megillas surcadas de arrugas; con una espresion llena de intellgencia en sus ojos entreabiertos, y con las yemas de los dedos índice y pulgar de la mano izquierda quemadas, encallecidas y amarillas como las tienen los fumadores viejos.

Enterróse el niño, hicieron mil aspavientos las mujeres y volví á Berunegui con los del entierro para pasar precisamente la noche en casa de Gusurandi.

—¿De qué se ha muerto el niño? pregunté á los caseros.

—¡Ah, señor! me dijo la ama de casa; eso debe ser negocio de *sorguiñas* ó brujas, porque cosa mas rara no se ha visto en el mundo. Cuando le recogimos comia maiz y carne picada, y potaje tambien; despues se le cayeron cuatro dientecitos que tenia, y no pudo comer; le dimos leche, y con ella ha vivido hasta ayer mismo. Antes era bastante grandecito, y poco á poco se ha ido quedando en la mitad; pero lo mas raro era que miraba como

Universidad de Deusto
Biblioteca

un hombre; y como que queria hablar y estaba siempre agitado y lloraba de una manera estraña y parecia que entendia lo que hablábamos.

—¿Y no sospechais de dónde pudo venir?

—No, señor; entre unas ropas viejas y casi desnudo le hallamos un dia al volver de la plaza: nos dió lástima y le recogimos. Entre las ropas viejas tenia unos papeles.

—¿Dónde están?

—En el baul los tengo, contestó el amo de casa; pero como yo no sé leer, jamás he pensado en sacarlos de allí; además, un dia se los enseñé al señor cura, y me dijo que estaban escritos en un vascuence difícil que él no entendia.

—¡Vengan! ¡vengan! dije yo lleno de gozo.

—Si es por eso, ya los traeré; pero ¿leerá Vd. claro, eh?

—Si, amigo, todo lo claro que pueda.

—Cenaremos primero, señor, añadió el ama levantándose de su asiento.

—Como gusteis.

Mientras Gusurandi buscaba los papeles, el ama puso la mesa y cenamos en paz y en gracia de Dios,

Era al anochecer; como la tarde estaba hermosa, salimos al emparrado de la huerta, pusieron un candil encendido á mi lado, sacaron los hombres las pipas, se arreglaron las mujeres las puntas de las tocas, despues de sentarse en el suelo alrededor de mi, y yo, desarrollando un atado de papeles de distintas épocas, letras y tamaños, fuí leyendo en vascuence lo siguiente, que para inteligencia del lector traduciré de seguido:

«Acababa de cumplir ochenta y cinco años el veinte de agosto de 1785 y me hallaba en la cocina de mi hermoso caserío de Goya sentado á la mesa con D. Juan Manuel Ursubil, afamado curandero del país, hombre de muchos estudios, á quien desde jóven trataba intimamente.

Mis hijos y mis nietos se habian retirado ya á su casa despues de celebrar aquella noche el aniversario de mi nacimiento, y solo estábamos en casa el curandero, yo y una criada vieja que me servia.

Era la una de la mañana y habíamos fumado ya la treinta y cuatro pipadas aquella noche, estando para terminarse el quinto jarro de sagardua. Yo era entonces fuerte y valiente como un roble, animoso y de privilegiada constitucion; pero con tanto beber y tanto fumar, mi cabeza empezaba á tambalearse y mis ojos á ver visiones; el curandero se encontraba aun peor que yo. Hacia media hora que me estaba hablando de clavículas, emplastos, humores y otras palabras de las cuales no entendia ni una sola.

Yo le escuchaba callando.

—¿No me contestas? me dijo.

—¿Qué he de contestarte?

—Dime algo, hombre, ¿en qué piensas?

—En que voy para viejo y ya duraré poco.

El curandero se echó á reir.

—¡Poco! ¡qué barbaridad! ¡poco! tu puedes vivir todo lo que quieras.

—¡De veras?

—De veras; yo tengo un secreto para no morir nunca; pero temo á los frailes; si lo supieran me tendrian por brujo y no lo pasaria muy bien.

—¡Juan Manuel! ¿de veras?

—De veras; ¡ah, si encontrase yo uno que no se quisiera morir!

—Muchos hallarás.

—No lo creas; los hombres son muy raros en su modo de pensar; temen á la muerte; pero temen mas á la operacion que tienen que sufrir para no morirse; es decir, que aun sabiendo que no van á morir, quieren mas morirse que no sufrir por algunos dias. ¡Son unos bárbaros!

Mi cabeza ardia; aquel hombre hablaba con tal conviccion, que se me figuraba que la muerte se habia alejado de mi para siempre. Sentia

un incomprensible placer. Los ojos del curandero me parecian los destellos de otro Dios que iba á lanzarme en una existencia sin fin.

Bebimos otro vaso mas. El humo de nuestras pipas llenaba la habitacion. La criada dormia acurrucada junto al fogar.

—¿Y por qué no haces la prueba conmigo? añadí.

¡Barbaridad! ¿Cómo he de operar sobre mi mismo si necesita el concurso de toda mi observacion, de toda mi salud y de toda mi fuerza?

Mis ochenta y cinco años me pesaban demasiado; estaba decidido.

—Yo quiero no mirar, le dije, dispon de mi.

—Corriente; de aquí á otros ochocientos ú ochenta mil años volveremos á beber sagardua el 20 de agosto.

Entonces, tambaleándose, se levantó y me dijo.

—Vamos.

—¿A dónde?

—A mi casa; esta misma noche quedará hecho todo.

—Vamos.

Y en mangas de camisa, conforme me hallaba, agarré su brazo, y dando trapezones en todas partes, le seguí. Su casa estaba á pocos pasos de la mia.

Abrió la puerta de un empujon, encendió lumqre con un pedernal; dió fuego á la mecha de un candil que habia colgado en el tramo de las escaleras, y subimos á su habitacion.

El curandero se quitó la boina, su chaqueta, colgó el candil del techo, tiró del cajon de una mesa, de donde sacó un aparato de alambres, vendas y vegigas, con llaves de madera, y arremangándose los brazos, trajo una cama desde la alcoba al centro de la habitacion, puso en el suelo una enorme caldera de cobre y me dijo sonriendo:

—Echate largo y no te muevas.

Le obedecí.

Entonces sacó una lanceta, me tanteó el brazo y me hizo una ancha herida en una vena.

Empecé á oir el ruido de la sangre que caia en la caldera.

Mientras tanto el curandero preparaba su estraño aparato. En esa operacion trascurrió mas de una hora.

Mi sangre continuaba corriendo, y yo me sentia horrorosamente desfallecido; la cabeza se me habia despejado completamente. De cuando en cuando el curandero me tomaba el pulso y decia volviendo á su trabajo:

—Más, más.

Y volvió á pasar qué se yo cuanto tiempo.

Llegó un momento en que no podia moverme; tenia sed; no podia articular palabra y oia el monótomo ruido del chorro de sangre que continuaba cayendo. Veia bien; veia estraordinariamente; tal era la estraña claridad que habia acudido á mis ojos. El curandero volvió á pulsarme.

—¡Bueno! un poco más y basta, exclamó.

Y se quedó mirándome un buen rato.

Despues ligó la herida, me puso la mano sobre el corazon, se sonrió, y tomando unos trapos empapados en agua, me los metió en la boca hasta la garganta, empujando con una cuchara de palo; despues me tapó las narices con unos pedazos humedos de estopa.

—Así, decia; ahora á respirar poco, muy poco, casi nada, que no se mueva apenas el corazon: llegaremos hasta un paso de la muerte, pero sin tocarla.

Yo ms encontraba en un estado indescriptible; no sentia ningun dolor; se me figuraba que no tenia cuerpo, porque solo en la cabeza notaba calor y vida, solo cuando aspiraba un poco de aire cada ocho ó diez minutos, al través del trapo humedecido, sentía una gran opresion en el pecho, como si las costillas se

Universidad de Deusto
Biblioteca

me desgajaran y como si me punzaran los hombros en cien partes distintas.

Mi cabeza ardia; las tardias y pausadas pulsaciones del corazon se reflejaban en mis sienes y en mis oidos como si fueran los golpes de un martillo.

Juan Manuel trajo un jarro lleno de sagardua y bebió un gran trago.

—Es preciso, dijo, que el pulso no tiemble; ¡oh amigo! ¡cuántos robles de doscientos años tendrás que ir echando al fuego despues de haberlos plantado: luego, cuando hayas vivido algunos años, yo te enseñaré mi secreto y me harás á mi vez inmortal, ¡oh, los frailes! esos oyen todo; ¡si habrá por aqui alguno que me escuche!

Y al decir esto miro á todos los rincones de la habitacion, abrió y cerró cuidadosamente la ventana y volvió despues á ponerme su mano sobre el corazon.

—No te falta para llegar á la muerte mas que el grueso de un pelo; pero ese grueso no lo hemos de pasar.

Descolgó el candil y salió de la habitacion, volviendo al poco rato con un hijo suyo de cuatro años en los brazos.

El hermoso niño parecia completamente adormecido.

Lo acostó junto á mi, se hizo la señal de la cruz, y me cubrió los ojos con un paño.

Luego debió sentarse en la cama, y mientras se quedó mirándonos, decia con su voz gargosa y entrecortada:

—¡Pues es claro! El armazon está carcomido; es viejo, tiende á la muerte; pues bien; renovemos el armazon con otro nuevo, rico, bien nutrido, que tienda á la vida. Buena sávia y buen jugo dan huena planta, la riqueza es la vida, la pobreza es la muerte; el hombre se muere de pobreza; su caudal está gastado; si yo voy sin cuartos á la taberna, no me dan ni un sorbo; pues es claro, si los huesos y la carne no cobran, se contraen, se arrugan, se secan; la vida no cabe en un cuerpo estrecho y acartonado. ¡Tu vivirás, amigo mio! Mi plan se les habrá ocurrido á muchos, hasta á los frailes; pero..... Este pero es la ignorancia de la humanidad. Yo soy un hombre muy grande; no he leido ningun libro ni he escuchado á nadie; pero... ¡dale con el pero! La sangre es como la sustancia generatriz; si le toca el aire, ¡*furrul*! es como el pez; si sale el aire, muere. Ese es el caso; que el aire no toque á la sangre regeneradora; que pase caliente, pura, llena de vida, latiendo, pero latiendo desde el corazon lleno de vida al corazon próximo á la muerte... ¡Ah! esto es prodigioso y sin ningun peligro; el viejo pierde su sangre, ahi está en la caldera; parece barro; ese es el armazon viejo; esos son ochenta y cinco años con todas sus picardias y dolores; el jóven trasmite la suya casi en totalidad; mas no importa, quedará débil por ocho dias; al cabo de ese tiempo, la poca que ha quedado se habrá multiplicado, y el niño vivirá robusto. La sangre es fuego, si; una chispa basta para incendiar un pueblo; una gota basta para animar una vida. Yo sé que hay doctores en Salamanca, y en Oñate, y en Vergara que se reirian de mi; es uno de los fueros de la ciencia reirse impunemente de los demás, tengan ó no razon. Cuando mi amigo cumpla dos mil años, ¿dónde estarán los doctores de Oñate? ¡Entonces si que nos reiremos de ellos!

Puso de nuevo su mano en mi pecho; mi corazon apenas latia; el ruido de mis oidos se habia amortiguado

—Ya es hora, dijo; ya no verá nada.

Y despues de descubrir mis ojos, tomó el estraño aparato que tenia sobre la mesa, y me envolvió el cuello entre sus vendas, haciendo la misma operacion con el niño, que continuaba inmóvil. Sacó de un puchero un unto parduzco, con el que dió á todas las llaves y á las bocas de las vejijas. y con el cual me circundó tambien la garganta, escepto por un costado, donde por medio de una especie de ventosa hizo un cucurucho con mi piel. Las vejigas estaban completamente estrujadas, y los tubos en que terminaban se habian adaptado con gran fuerza á mi cuello y al del niño. El unto parduzco adquirió la consistencia del cuero. Entre los alambres que constituian el aparato, salian dos bastante largos y reforzados con muchas vueltas, que el curandero agarró con ambas manos.

Dió un tiron como queriendo separarlos, y entonces sentí en el lado de la ventosa un dolor agudo como si me hubieran herido profundamente. El niño hizo tambien un tremendo estremecimiento.

Despues ya no ví mas; una nube pasó por mis ojos y me cegò. Solo oí que Juan Manuel se frotaba las manos y decia con aire de triunfo:

—¡Ya late, ya late! veinte años de cálculos: ¡no entra el aire; el aire está vencido; tambien venceré á los frailes y á los doctores; ya late; aquí hay dos cuerpos en uno solo, una vida jóven que resucita á otra ya caduca. ¡Oh placer! Dos horas y trece minutos bastan.

Y cuando calló, sentí como que cogia el jarro y que volvia á beber.

Al dia siguiente me hallé acostado en el mismo lecho, cuidadosamente tapado, y al abrir los ojos vi ante mí al curandero que se sonreia; quise hablar y no pude; mi amigo se llevó el dedo índice á los lábios y meneó la cabeza como indicándome que era imposible hablar. Despues me dijo:

—¡Somos felices! ya tienes dentro de ti la sávia regeneradora; ahora empiezas á vivir como si tuvieras solo cuatro años, y tomándome el pulso, continuó: ¡calentura terrible! la sangre nueva late en ese cuerpo viejo como el torrente del molino en un cauce carcomido! ¡ciento diez y ocho pulsaciones! ¡oh, ¡cuánta vida! la calentura durará quince dias; hasta entonces ¡solo tomarás leche, que te empezaré á dar pasado mañana; mi aparato es una maravilla, mi saber es un portento; mi pobre hijo tambien descansa y aun tardará seis dias en volver á recobrar su color y su fuerza.

Llamaron á la puerta y entró mi criada vieja, Mari Anton.

—¿Qué ha sido de mi amo? preguntó.

—Aquí lo tienes, está un poco indispuesto; anoche se empeñó en acompañarme á casa y dió un tropezon...

—¡La sagardua maldita!

—No; la oscuridad debes decir.

—¿Y es cosa de cuidado?

—Apenas, se le salieron dos costillas de su sitio; y en unos quince dias estará bien; ya le ves á mi lado y ¿qué puede temer?

Mari Anton salió.

—¡Pobre vieja! dijo Juan Manuel; ¡cuántas nietas tuyas tendran que servir á tu amo! ¡la sagardua! ya se puede convertir en sagardua el mar de Bermeo, porque si no no vamos á tener bastante.

Marchó á haser sus visitas, y por espacio de muchos dias volvió de hora en hora á pulsarme, á hablar consigo mismo y á darme leche metiéndome en la boca un trapo empapado, que yo chupaba con avidez. Mi estado era por lo demás sumamente raro; sentia un calor extraordinario en todo el cuerpo; cuando aspiraba el aire sentia un estremecimiento general acompañado de ligeros dolores en el pecho, en los costados y en la espalda, y cuando lo aspiraba quedaba descansado y completamente satisfecho. Poco á poco pude hablar, y al fin me incorporé en la cama. A los veinte dias volví á mi casa, acompañado de Juan Manuel.

En el camino me decia:

—Tu vida creo que está ya asegurada para otra nueva época; pero cuida mucho de no echarla á perder, porque ahora estás espuesto como ántes á que cualquiera enfermedad ó cualquier accidente te mate; yo no he hecho mas que prolongar tus dias renovando la causa de la vida. Lo que nos conviene es callar y aguardar.

Aquel estraño padecimiento del pecho en la respiracion continuaba; pero por lo demás, [mi salud] y mi robusted eran envidiables. Jamás podia convencerme de que Juan Manuel habria acertado, así es que consideraba su operacion como una barbaridad llevada á cabo en la embriaguez, y esperaba morir á la edad en que ordinariamente mueren los ancianos.

Cinco años más tarde, mi rostro estaba más sonrosado, mi pulso más fuerte, y la porcion calva que tenia en la cabeza, habia vuelto á cubrirse de hermosísimos cabellos blancos.

Yo estaba asombrado: mis fuerzas se habian reduplicado, y algunas grandes arrugas que tenia en las manos desaparecieron.

Juan Manuel, que entonces acababa de cumplir sesenta años, estaba loco de contento; pasaba conmigo horas enteras fumando, y me miraba con todo el interés y cariño con que un artista mira á su obra más predilecta.

—Lo que me asusta, le decia yo, es este raro y continuo estado de mi pecho.

—Y á mí tambien, contestó; hace cuatro años que estoy pensando en ello y no atino la causa. Cuando un hombre muda de casa, le choca la nueva habitacion por unos dias; pero al fin se acostumbra y vive perfectamente; hombre, en cinco años ya se podia haber acostumbrado la sangre de mi hijo á correr por tu cuerpo!

Tres años mas tarde mi rostro estaba mas colorado, mi salud mas completa y mi vida espantaba á todos, al verme ir á cazar corzos con todo el brio de un jóven, á mis noventa y tres años. El dia que cumplí cien acudieron á mi mesa como siempre mis parientes, de los cuales habian fallecido ya diez y ocho de los que asistieron á la mesa de mis ochenta y cinco años. El curandero habia envejecido mucho su salud estaba muy decaida y solo en sus ojos brillaba una espresion estraordinaria de alegria, por la que traslucia yo cuánto era lo que gozaba y esperaba al verme.

El pobre apenas bebia ya sagardua yo la sorbia á vasos sin cuenta.

Una mañana muy temprano vino á mi casa, se encerró en mi cuarto y me dijo:

—¿Te has convecido ya?

—Sí, amigo; estoy completamente convencido.

—Pues bien, si aguardamos mas tiempo se malogra todo; me siento muy débil; y si te he de decir la verdad, no me gusta morir teniendo en mi mano la vida. Pero hay una dificultad; aquí no podemos continuar viviendo para esplotar mi descubrimiento; no nos perseguirán; es preciso que hagas por mí un sacrificio; ¡vámonos á Francia!

—¡A Francia!

—Sí; allí gozaremos de nuestra maravillosa conquista; allí te iniciaré yo en mi secreto; me harás la operacion, y si no nos tiene cuenta, de aquí á otros cien años lo daremos á conocer.

—Te debo esta segunda vida, y te obedezco.

Recogí unos cuantos celemines de onzas que tenia guardadas; compramos dos mulas de coche de obispo, y con escusa de que ibámos á cumplir un voto á la virgen de Arrate, tomamos el portante hácia la frontera.

Establecimos en Burdeos nuestro pabellon. Juan Manuel empezó á enseñarme su secreto. Mi inteligencia, léjos de irse perdiendo, era cada dia mas clara, y mi vista, de présbita que habia sido, se convirtió en serena y regular.

Sentia así como una tristeza estraordinaria al pensar que no me moriria nunca, y cuando divisaba algun entierro me escondia como si fuera un criminal culpable de no haber indicado al que llevaban á enterrar la manera de no morirse.

Mis cabellos se habian vuelto negros: mi apetito era cada vez mayor. Juan Manuel estaba completamente asombrado.

Yo parecia á mis ciento seis años mucho mas jóven que él, y su espanto creció cuando le dije que me era simpática madama Basurt, nuestra ama de huéspedes y que estaba decidldo á casarme con ella.

La ciudad entera se alarmó cuando se supo que iba á tomar esposa un hombre de ciento seis años. Me acosaron, me sintieron, me dibujaron y mi casa se convirtió en una Babilonia. Los que me veian lo negaban; pero al mirar mis documentos y las pruebas fehacientes de mi identidad, abrian los ojos y la boca llenos de admiracion.

—Tu locura puede costarnos cara, me dijo el curandero un dia de aquellos; ahora que me disponia á que me operaras, has divulgado por todo el pueblo la noticia de tu edad; toda la Francia lo sabe á estas horas; me tienes sumamente disgustado y estoy dispuesto á abandonarte y morirme de pena si no me escuchas.

El pobre viejo se puso á llorar y continuó:

—¡Quieres oirme!

—Sí; soy todo tuyo.

—Pues bien; abandona á Mad. Basurt, deja ese amor y huyamos; huyamos de aquí.

—¿A dónde?

—A América; en cuanto lleguemos me operas, y en aquella tierra hermosa y virgen viviremos tanto como el rio Marañon.

Despedime todo lo ardientemente posible de mi acongojada madama, y casi en secreto partimos en un buque inglés, de vela, que hacia rumbo para Veracruz.

Mientras los marinos hablaban en su lengua, nosotros, tendidos en el camarote oscuro, charlábamos, siempre ocupados en el mismo tema.

—Lo que no me esplico es esa regeneracion completa que encuentro en tí, decia el curandero; era natural que tus facciones de viejo se conserváran, que tu pelo continuará blanco, que tus ojos vieran lo mismo, que tu estómago no aumentaar en actividad; porque por mucho que haga tu nueva sangre, podrá ir sosteniendo indefinidamente tu estado actual y envejeciéndote insensiblemente siempre; pero ¡si sucede todo lo contrario! ¡Si cada dia que pasa me pareces mas jóven, mas robusto, mas lleno de vida!

—A mí lo que me tiene con cuidado es esta revolucion rara que siento en el pecho, contesté.

—No creas que la echo yo en olvido; muchas noches cuando estoy cavilando, casi casi me vuelvo loco.

Y por variar, empezaba otra vez á hablarme de su aparato, de su plan de sus esperanzas y de su gloria.

Una tarde, mientras estaba yo echando la siesta tendido en mi angosto lecho, vino á mí con los ojos desencajados, sacudiéndome fuertemente, me hizo levantar, me llevó sobre cubierta á uno de sus costados y cogiéndome del cuello, empezó á examinar la cicatriz que conservaba en él desde la noche de mis ochenta y cinco.

Al cabo de un rato, se dejó caer anonadado en mis brazos, y enjugándose una lágrima, me dijo:

—¡Buena la hemos hecho!

—¿Por qué?

—¡Maldito sagardua!

—¿Por qué?

—¡Horror! ¡horror! ¡horror! ¡y

Universidad de Deusto
Biblioteca

cien veces horror! ¡eres muy desgraciado, amigo mio!

—Pero ¿qué es ello? esplícate.

—Ven, ven.

Y cogiéndome con su mano convulsa, volvimos á bajar al camarote.

—Al fin he dado con la esplicacion de tu dolor, de tu regeneracion y de tu estado; ¡horror! cuando en aquella noche famosa te inyecté con mi aparato maravillóso, la sangre de mi hijo estaba un poco así... un poco...

—¿Mirlis, eh?

—¡Pues! mírlis; ¡maldito sagardua! tu estabas casi vacío, tus venas y tus arterias estaban casi plegadas como un paraguas mojado, é iban á recibir el torrente restaurador, ¡maldita cena! y herí á mi hijo con el aparato en una arteria y... á ti te abrí una vena; ¡miserable de mí! por tus venas corria sangre arterial y por las arterías sangre venosa. ¿Qué hacer sino regenerarte? ¿Qué hacer sino dolerte el pecho? Yo voy para viejo y tu vas para jóven; tu economía se vá contrayendo al reves; toda la humanidad marcha hácia el dia del juicio; tú vas al revés, hácia el sétimo dia de la creacion: ajustemos la cuenta.

Y se puso á contar con los dedos.

—Estábamos en un error; tú tienes sesenta y cuatro nada mas; eres doce años más jóven que yo; ¡maldito sagardua! ¡horror! Tú cuando aspiras inspiras, y cuando inspiras aspiras; tu corazon late al revés; ¡Jesús, Jesús, yo me vuelvo loco! perdóname.

—¡Pero hombre! ¿eso qué importa? yo me siento bien, ¿qué puede sucederme?

—¡Infeliz! ¡qué ha de sucederte! que cumplirás sesenta años y luego cincuenta, y cuarenta, y...

—¿Y no se puede corregir eso?

—Imposible! tú eres un caso que nadie ha estudiado, y que casi casi yo no entiendo; para tí no hay práctica; la ciencia para tí es una paradoja, un absurdo, ó mejor dicho, tú eres un imposible para la ciencia: perdóname.

—De manera que...

—Eres un caso malogrado; tú me operarás, pero sin beber sagardua, ni vino, ni nada, despues de dos dias de ayuno, y despues veremos si observándote bien, puedo curarte: pero ¡quiá! ¡imposible, imposible!

—¿Y qué hacemos?

—¡Qué hemos de hacer!... llorar.

Y Juan Manuel se puso á soltar lágrimas como puños, y yo creí de mi deber llorar tambien, y lloré.

Una noche, antes de llegar á Veracruz, una borrasca desecha deshizo nuestro buque. El curandero, abrazado al cajon que contenia su aparato, se ató á un madero que yo pude coger, y por espacio de dos horas fuimos llevados de aquí para allá sirviendo de juguete á las ondas.

—¡No puedo mas! esclamó el viejo, ¡no puedo mas!

—Animo, le gritaba yo, no te mueras ahora que estas á punto de pasar el humbral de la nueva vida; ánimo, mañana llegaremos á la playa, y pasado mañana serás inmortal.

—¡Imposible!, toma, sé feliz, me dijo, alargándome con una mano la caja.

—Animo, que aun no es hora, le dije yo casi al mismo tiempo en que un golpe de agua nos sepultaba en los abismos.

Cuando volví á flotar agarrado al madero, Juan Manuel y la caja habian desaparecido para siempre.

Una lancha de Veracruz nos fué recogiendo á todos los náufragos.

Al dia siguiente me hallaba sentado en una taberna de la ciudad con mi pipa entre los colmillos y con la cabeza sostenida entre las manos, discurriendo tristemente:

—¡Ciento seis! digo, no, sesenta y cuatro años y cada vez mas jóven;

Juan Manuel y su secreto en el fondo del mar; solo en esta tierra desconocida: es decir, solo nó, porque aun tengo mi cinto lleno de onzas ceñido al cuerpo. ¡Si me volveré loco! El curandero tenia razon; yo voy al revés de todos los hombres; mi imaginacion y mi modo de pensar debe ir tambien al revés; consultaré á un médico, pero no me creerá; ¿volveré á mi caserío querido? Imposible, me tomarian por un alma en pena.

Asi estuve luchando un rato conmigo mismo hasta que, muerto de sueño, caí dormido sobre el mantel manchado de vino y lleno de migajas que tenia delante. Algunos dias despues me ajusté con una caravana de arrieros y partí para Méjico.

¿A qué? A nada, á vivir pensando en mi triste fortuna. ¿Cuántas veces al atravesar al anochecer aquellas hermosas y fértiles cañadas llenas de vida y vejetacion, mientras mis compañeros de viaje cantaban al compas de las campanillas de la récua, miraba yo tristemente al sol que se ponia, y enjugando una ardiente lágrima que corria por mis mejillas, pensaba:

—¡Ah, el sol! mañana cuando vuelva á salir seré un dia mas jóven; mañana será para mi ayer, y el año que viene, el año pasado.

En Méjico compré una hacienda y dos criados y vivi quince años entretenido en la lectura y en la contemplacion. Jamás trabajé nada; ¿para qué habia de trabajar? Yo oia decir siempre á mis vecinos: «Cuando llegue á viejo habré reunido este capitalito que hoy hago con mi trabajo, y lo pasaré bien;» y yo en cambio decia para mí: «Cuando yo llegue á jóven no faltará un ciego á quien servir de lazarillo ó alguna buena mujer que me dé de mamar.»

A mis cuarenta y nueve años mi trasformacion era completa. Una hermosa barba negra me caia hasta el pecho; mis ojos, llenos de animacion y de calor, brillaban; tenia la musculatura llena de agilidad, y mientras mis criados indios se iban envejeciendo, habia ido yo perdiendo mi antigua joroba naciente de anciano y mi arrugado conjunto.

—Amo español se tiñe el pelo y se plancha la cara, decia un criado mio que me conoció á los sesenta años.

—El señor vizcaino *parece* que está cada dia mas jóven y mas guapo, decian mis vecinas del barrio.

Habia entre ellas una morena de treinta años que me tenia muerto con sus encantos. Andábamos haciéndonos regalitos muy á menudo; y sin sentir descubrí que nos teniamos amor. Pensé en casarme, y ¡triste de mí! me eché á discurrir como siempre.

—De aquí á poco tiempo tendré yo su edad y ella la mia y poco despues mis hijos serán mas viejos que yo. ¡Si ella supiera que tengo ciento veintiun años! No me caso; mi tormento es insufrible, y es preciso que termine.

Las tribus indias del rio Guirrimani se habian sublevado, y el virey iba á mandar una espedicion contra ellas.

Era en 1821. Dicidido á hacerme matar partí.

Las balas y las lanzas, los lazos y los puñales me respetaron.

Terminada la insurreccion, hice amistad con los indios y me quedé de cazador en las selvas con otros cuantos compañeros. Aquellas pobres gentes me tenian por un sabio; mi larga esperiencia, mis aventuras, y sobre todo mis muchos años, que yo confesé sin esplicarles el secreto de mi vida, les tenia casi, casi maravillados; pero me miraban con desconfianza, porque no acertaban á esplicar como sabia tanto, cómo daba fieles noticias de todo, cómo contaba ya siglo y medio casi y cómo mi cara apenas indicaba medio siglo. Bien pronto me llamaron en la tribu.

—Yhoquer-oytto: es decir, el *gran mentiroso.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

Veinte años permanecí entre ellos.

La estraña mezcla de las emociones de aquella vida semi-salvaje y de mis continuas abstracciones contemplativas acerca de mi estado fixiológico habian variado completamente mi carácter. Conforme me iba haciendo jóven, se agriaba mi génio; estaba sin cesar impaciente, á juzgar por el estado de mi pulso, vivia en perpétua calentura.

Habia reunido medio millon de duros y los miraba con la misma indiferencia que si fueran una fanega de castañas.

Determiné ir á los Estados-Unidos, á Nueva-York, para presentarme á un médico, esplicarle todo lo que yo recordaba acerca del aparato de Juan Manuel y someterme á una nueva inyeccion *bien hecha* en cuanto diéramos con el secreto.

Me despedí de mis queridos colegas, que me llenaron de regalos, dádivas y buenos deseos, dejé los hermosos horizontes del Késuho, atravesé á Arkansas, Kentuck, Ohio y la Pensilvania, y el dia 5 de junio de 1841 entré en mi lujosa habitacion Newhaven street hill, seccion 8.ª, calle 18.

Tenia entonces, contando hácia el julcio final, ciento cuarenta y un años, y contando hácia el sétimo dia del Paraiso, veintinueve. Habia enflaquecido; mis vestidos me venian anchos.

Me presentaron al doctor Clerk-Maxwell, quien al saber el objeto de mi consulta, puso la cara mas difícil que puede poner un inglés feo cuando le pegan un puntapié.

Examinó todo mi cuerpo, mis papeles, mis recuerdos de tantas edades, me palpó la cicatriz de la noche de marras, me hizo que le dihujara una semejanza del aparato del curandero, y se me quedó mirando estupefacto por espacio de un cuarto de bora. Despues se encogio de hombros, sacó la lengua apretando los lábios, y me dijo:

—Vuolva Vd. mañana.

Volvi, y hallé en su gabinete otros dos graves doctores, que en cuanto entré me dirigieron sus lentes dorados.

Espliqué de nuevo mi historia mientras uno de ellos tomaba notas, y cuando terminé se miraron unos á otros, abriendo descomunalmente los ojos. Uno de ellos me puso un aparatito sobre el pecho, y en la jerga inglesa, que yo no entendia, hablaron como energúmenos largo rato. El dibujo del aparato de Juan Manuel era el objeto predilecto de sus miradas. El honorable Clerk-Maxwell me rogó que me quedara en su casa para empezar á hacer los esperimentos.

Duraron estos quince ó veinte dias, durante los cuales me alimentaba, ya con agua solo, ya con manteca y pechugas de pichon, ya con sopas, féculas y grandes trozos de carne asada que me hacian tragar casi á la fuerza. Practicó en mis brazos tres grandes sangrías, y sometió la sangre á un sin número de pruebas. Cada dia venian á verme cinco ó seis doctores nuevos. Clerk tenia en su casa una especie de anfiteatro, á donde me llevó al cabo de los veinte dias, y en él encontré reunido una especie de congreso médico, que presidia un *mister* viejo y respetable.

Me senté como un reo en una vista pública, y Clerk leyó un informe declarando que realmente mi existencia era un misterio y que debiera sometérseme á una observacion de cuatro o seis años. Un murmullo científico acogió sus últimas palabras. Despues se levantó el venerable sir Brown-Seduard y leyó otro contra-informe, sosteniendo que yo estaba loco de una demencia no observada todavía, y que mis noticias y mis aspiraciones eran producto de una imaginacion enredada y fatal

Protestaron varios de los oyentes: apoyó el presidente el dictámen de Brown-Seduard, y despues de una algarabía infernal, púsose el punto

á votacion y fuí declarado loco rematado, y conmigo el doctor Clerk, por ocho votos contra cinco, en esta forma: Dijeron que sí: C. Klein, Ross, Nilewer, Prestwichs, Shan, Tomson, Brown y Cottars. Dijeron que no: Clark Maxwell, Fihist, Whillians, Fegel y Tioppe.

Y se abstuvieron de votar: Greffield, N. Feltz y Thurgot.

Cuando fuí á despedirme del doctor, me presentó la cuenta; sus esperiencias, tratamiento, alimentacion y dictámen estaban valuados en ocho mil dollars, y los trabajos de sus colegas ascendian á treinta mil. ¡Me habia descuidado en decir que era millonario!

Le pagué religiosamente, y me embarqué para España convencido de que el pobre Juan Manuel sabia mas que todos ellos juntos.

Cuando puse el pié en el puerto de C...., me rodearon de polizontes y me condujeron á la cárcel.

¿Por qué?

Un compañero de viaje me habia delatado diciendo que era un gran ladron que me venia á España con los fondos de una sociedad americana. Protesté ante el tribunal; dí pruebas de mi inocencia; pero como no tenia testigos y tenia en cambio mucho dinero; como mis envidiosos crecieron de repente, se prolongó la causa y continué sepultado en un calabozo.

Contáronse de mi cien aventuras y mentiras, y hasta los ciegos cantaron en las coplas la inventada procedencia de los millones que me encontraron.

El carcelero me miraba siempre de reojo, y al fin concluyó por entrarme y sacarme la comida por un agujero que tenia el borde de la puerta.

Allí estuve diez años; yo no sé á quién se le ocurrió mandar visitar las cárceles, y cuando llegaron á la mia el carcelero dió un grito de asombro. El habia encerrado un hombre de treinta años, alto, con toda la barba y colorado, y se encontró con un jóven de veinte, sin un pelo en la cara y envuelto en los harapos de un antiguo traje, que le venia demasiado holgado

Lleváronme de nuevo á declarar, y todos quedaron convencidos de que yo no era yo, y de que el preso de los millones se habia escapado sin saber cómo, dejándome á mi en su lugar. El carcelero fué declarado cómplice y encerrado, y yo al cabo de tres meses puesto en libertad.

—¡Qué cosa mas atroz! ¡qué hombres tan pícaros hay en el mundo! decian las viejas en las plazuelas; escaparse teniendo tantos grillos y dejar á ese pobre jóven en su lugar! Mandáronse á todas partes requisitorias para buscar á aquel yo que habia desaparecido, y no le hallaron.

¡Qué le habian de hallar!

A pié y casi de limosna vine á mi tierra.

Pregunté por los que habian de ser mis nietos y me enseñaron sus hijos, ya casados; pero como oculté mi nombre, no sospecharon quién era, ni pudieron sospecharlo jamás. Recorrí mi casa y mis huertas y besé cien veces aquellas piedras que hacia un siglo fueron testigos de mis alegrías.

No me atreví á declarar una palabra, y como avergonzado huí volviéndome á Madrid, donde doce años fui criado, fosforero, limpiabotas y no sé cuántas cosas mas. En ese tiempo me ocupé en escribir estas viridicas y estraordinarias Memorias.

Mi inteligencia se conservó y se conserva cada dia mas clara; ella y mi aficion á fumar han perseverado toda mi vida.

En 1863 tenia yo siete años, ó sean ciento sesenta y tres; me habia reducido á la mitad de mi allura total; hermosos cabellos rubios doraban mi frente, y el poder de mi entendimiento estaba como aniquilado con mis fuerzas y mis tendencias de niño. Andando, andando y en medio de mil peripecias, volví á Vizcaya: nadie quedaba casi de los que yo dejé.

Dije que era huérfano y pobre, y me recogieron en un caserío, de donde á menudo me escapo á lo mas intrincado del monte para practicar mis dos grandes goces:

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Concluir estas Memorias y fumar.

(Aquí estaba emborronado el manuscrito, y mas adelante decia): 1867. Apenas puedo ya sostener la pluma; mis caritativos amos creen que estoy enfermo al verme tan raquítico, y me tienen siempre en la cama; pero yo me escaparé cuando pueda.

Si me hallan muerto, que me lleven á la casa de Gusurandi los que lean esto, porque antes de ser enterrado quiero pasar por el umbral de la casa donde naci.

JOSE ANTON.»

—¡Ene, ene! ¡Santa Bárbara bendita! ¡Jesús! exclamaron al oir lo que acabé de leer y al ver que el ama de la casa caia desmayada en brazos de su marido.

—¿Satanás era esa criatura? ¡oh! me dijo Gusurandi mirándome asustado.

—No, señor, esclamé yo levantándome tambien, era su bisabuelo de Vd., y al cual su esposa le ha dado de mamar.

Las viejas se santiguaron y echaron á correr.

Gusurandi me consultó qué era lo que habiamos de hacer.

—Callar, y no contárselo á nadie, y tranquilizar á esa pobre señora, y darlo todo al olvido.

Al dia siguiente me despedí de ellos. Todas las viejas habian soñado aquella noche que Juan Manuel el curandero, completamente borracho, les habia aplicado su aparato á la garganta.

Me llevé los papeles y prometí á mis buenos amigos de Gusurandi no darlos á conocer jamás.

—

¿Por qué los he publicado? La literatura de las maravillas y de los cuentos estupendos está de moda: de Alemania y de Francia nos envian folletines archicélebres que ponen los pelos de punta y que prueban que por allí se pasa el tiempo y se entretiene la imaginacion con manjares fuertes, y yo, que tenia en mi poder este legajo de incomparable historia, no he vacilado en cambiarle los nombres de los caseríos y de su dueño y darle á luz por seguir la moda.

Nuestra tierra vascongada tiene, como la del Rhin y la del Elba, sus noches tristes, sus pipas encendidas, sus patriarcas y filósofos, sus bodegas de sagardua y de chacolí en vez del aguardiente de cerezas y la cerveza; ¿por qué no ha de tener tambien sus narraciones escéntricas y originales?

Y nadie niegue que esta historia es verdadera, porque tengo en mi poder el manojo de papeles y la pipa de José Anton de Gusurandi.

FIN DEL CUENTO.

MAGDALENA,

POR LARMIG (1).

Aspecto general de la Judea.—Jerusalem.—Las Judias.—Magdalena.- Sus encantos.—Sus vicios.—Sermon en el monte Betsaida.--Arrepentimiento de Magdalena.—Amor divino.--Grandes angustias.—Jesús en casa de un fariseo.—La pecadora á los piés de Cristo.—Perdon de Magdalena.

Venid á contemplar de la Judea
los montes escarpados,
y del tranquilo mar de Galilea
los bordes esmaltados
con fragantes vergeles
de azucenas, de nardos y claveles.
Riega el Jordan undoso,
rey de los rios, raudo y caudaloso,
estendidas y fértiles praderas
cuajadas de olivares,
de cedros seculares,
de altísimas y lánguidas palmeras.

De Samaria subid á la colina;
del Tabor á la cumbre majestuosa,
corona de la sien de Palestina:
escuchad del Cedron la tormentosa
corriente cristalina,
rompiéndose en arroyos y cascadas,
bajar de Jetsemáni al huerto ameno
de juhosas granadas
y perfumados teberintos lleno.

Mas el paso tened: la amarillenta,
la muerta mar por el Oriente asoma,
laguna macilenta,
que cubre el llano que manchó Sodoma.
Nunca el céfiro agita
de aquella mar de plomo el quieto seno,
ni pez alguno habita
su agua impregnada de mortal veneno,
y si el ave parlera
incauta ó atrevida el aire hiende
y sobre el muerto mar las alas tiende,
sin vida queda en la fatal rivera.

El pobre albergue de Belem dichoso
ved, y de Jericó la flor temprana,
y en el desierto cálido, arenoso,
seguid el perezoso
paso de la adormida caravana.

—

Ya de Jerusalem el alto muro
pintase en el oscuro
y lejano horizonte:
la escogida ciudad, la ciudad santa
al pié de esteril ceniciento monte
la régia sien con majestad levanta,
la ciudad del profeta,
la que ensalzara en cántico armonioso
David, el rey profeta;
la perla del Oriente,
donde alzó Salomon el portentoso
templo al Omnipotente,
que todo un pueblo fabricó anheloso
de hacer á Dios magnífico presente.

De la alma paz bajo la verde oliva
acrece su opulencia y su grandeza,
la asiática riqueza,
vereis do quier en la ciudad altiva;
de la Arabia los rápidos corceles,
del Egipto las mieses abundantes,
de las fieras de Libia rubias pieles,
vinos de Chipre, de Indostan diamantes,
de Persia los brocados,

(1) Este bellísimo cuadro corresponde al libro que con el título de las *Mujeres del Evangelio* va á publicar el distinguido poeta que se oculta bajo el pseudónimo de Larmig. Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta composicion en la cual campean las galas de la imaginacion, los primores del estilo y un codocimiento profundo de las Sagradas Escrituras.

Universidad de Deusto
Biblioteca

los mármoles de Italia celebrados,
del Líbano los cedros y nogales,
y en confusion espléndida hacinados
oro de Ofir, zafiros y corales.

—

Viven allí bellísimas mujeres:
las de morena tez y ojos rasgados,
(que abrillantan y entornan los placeres),
las del erguido y elegante cuello,
de dientes nacarados,
aguileña nariz, negro cabello,
mujeres hechiceras
con la suelta esbeltez de las palmeras,
de formas torneadas,
cual estátuas por Fidias modeladas.
Y entre todas descuella,
como en florido eden rosa encendida,
Magdalena, la bella
de mirada atrevida,
de turbulenta y desastrosa vida.
Cuando lanzando el sol destellos rojos
se sepulta en el mar, de su morada
vedla salir, de fuego son sus ojos,
y es su boca la flor de la granada;
la túnica azulada
con áureo cinturon va recogida,
con sandalia oprimida
sujeta su pié breve,
lascivo prisionero,
nítido como el ampo de la nieve;
blanco velo ligero
mas señala que encubre los hechizos
de su turgente pecho levantado,
y ondula por la espalda el destrenzado
cabello en luengos vaporosos rizos.
Y esa hermosa tan jóven y gallarda
es cincelado vaso de oro puro,
que solo flores agostadas guarda,
ruinas que encubre diamantino muro.
Sin escuchar la voz de los deberes
son su idea constante,
fingir pasiones, inventar placeres,
y cada sol conoce nuevo amante.
Sirena engañadora,
risueña y tierna ora
se muestra, ora doliente:
ya la máscara adopta seductora
de modestia inocente;
ya el deseo adormido,
cauta despierta con desden fingido;
ya voluptuosa, lánguida, indolente,
sobre lecho de flores recostada
suspira del amor dulces pesares,
como la enamorada
esposa del *Cantar de los Cantares*.
Juego, festines, vino,
y falsas alegrías
llevando van sus miserables dias
en un vertiginoso torbellino:
y si al salir de orgia bullicíosa
hondo temor de su alma se hace dueño,
piensa que la conciencia que la acosa,
solo es fantasma de mentido ensueño.
Así de aquella envilecida hermosa
pasan los breves años,
no exentos de dolor y desengaños;
que ni por senda fácil ni escabrosa,
ni en marcha pronta, ni con paso tardo
se arriba en este mundo á la ventura;
ni ciñe la hermosusa
para quebrar de la desdicha el dardo
damasquina armadura.

—

En clarísimo dia
del monte de *Betsaida*, vé en la cumbre
Magdalena apiñada muchedumbre
que la palabra de Jesus oia;
nunca, hasta aquel momento,
el solemne, tranquilo y dulce acento
pudo escuchar del Hijo de María,
ni contempló su varonil belleza,
ni la santa pureza,
que en su mirada angelical ardia.
Y con pausada voz, firme y sonora,
con ademan sencillo y majestuoso
dice Cristo á la turba pecadora
que le escucha en silencio respetuoso:
—«Hijos vosotros sois del Ser divino
que de la *Ley las tablas* dió á Judea;
de la virtud seguid por el camino
que El os trazó, por áspero que sea.
No me manda mi padre á castigaros,
que me manda á enseñaros,
las preces á escuchar de los que imploran
los ojos á enjugar de los que lloran
y á morir en la cruz para salvaros.
Mirad al Rey que os anunció el profeta;
soy el Hijo de Dios, soy el Mesía,
que el rayo apaga, que la mar aquieta,
del viejo amparo, de la infancia guia;
si al cadáver inerte
resucitar le ordena la voz mia,
rompe las ligaduras de la muerte
y el sello eterno de la tumba fria.
No llevo manto regio, cetro de oro,
ni diadema altanera;

la humildad y el amor son mi tesoro,
mi ley la ley de la virtud severa,
mis próceres serán los desgraciados,
y sin luchas, ni aceros, ni soldados
vengo á regir la humanidad entera.—
Si de la tierra os hieren los abrojos,
al alto cielo convertid la frente;
si escandalizan vuestros propios ojos
las pupilas cegad con hierro ardiente.
La obra que á Dios complace
no sirva de satánico trofeo;
perseguid al pecado cuando nace
y en los pliegues se oculta del deseo.
Porque en verdad os digo:
que acuda á mi presencia
del niño con la cándida inocencia,
el que al cielo subir quiera conmigo,
y destierre de su alma la venganza,
y vuelva bien por mal al enemigo:
yo soy la caridad, soy la esperanza.
Haced el bien, y sin alarde vano,
sin ostentosa muestra:
que ignore la siniestra
el que ejecuta la derecha mano.
De la opulencia la dorada llave
no abre la puerta de mi sacro templo;
desprecie la riqueza quien me alabe;
yo que el precepto doy, doy el ejemplo.
Vedme humillado, sin vivienda, pobre;
que tiene el pez bajo la mar salobre
su mansion escondida,
tiene su pardo nido el ave tierna,
la selvática fiera su caverna,
y hasta el insecto vil tiene guarida:
solo Jesus, qne á predicaros viene
la religion de paz y de pobreza,
solo el Hijo de Dios, ni piedra tiene
do recostar la celestial cabeza.»

—

¡Con qué dulznra tan divino acento
de Magdalena vibra en el oido!
¿Qué suave sentimiento,
qué misterioso amor desconocido
sn espíritu abatido vivifica?
¿Que álito divinal la purifica?
¿quién en tan breve espacio y de tal suerte
en diáfano cristal barro convierte?
¡Cómo se vuelve á erguir la flor marchita
al respirar el aura,
que el eco lleva de la voz bendita
y el mustio brillo de la flor restaura!
¡Cómo recobra el virginal aroma
de naciente capullo!—
Figúrasele ver nívea paloma,
que el camino olvidó del casto nido,
y escucha de improviso tierno arrullo
del compañero que juzgó perdido,
y con atento oido,
los ojos negros elevando al cielo,
hácia la amada voz dirige el vuelo;
deja del valle las ojosas galas,
rápida tras su amor se precipita,
y mas ligero que sus raudas alas,
su alborozado corazon palpita.—
Pero ¿qué nube de mortal tristura
de Magdalena el rostro descolora,
y trueca en noche oscura
el claro albor de su rosada aurora?
Tiembla, la frente baja, se retira.—
¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
recordando su vida se estremece,
y el aire triste, que en su torno gime,
murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
de su agitada historia
los recuerdos livianos,
rasga el bello cendal que la engalana,
y el rubor comprendiendo de Susana
el seno encubre con entrambas manos.
De entonces por do quier Cristo marchaba,
una mujer de lejos le seguia,
que ansiosa sus palabras aspiraba;
mas llegar á sus pies no se atrevia
y en raudales de llanto se anegaba.
¡Cuán mísera del alma es la existencia
al despertar de la embriaguez el vicio
y al verse en el cristal de la conciencia
sumida en insondable precipicio!
Invisible semilla
suele á veces dejar el aura inquieta
de estéril roca en caprichosa grieta,
y brota allí modesta florecilla;
próvida lluvia su corola moja,
pero el muro fatal que la sujeta
la seca, la deshoja
y la raiz endeble
trunca y deshace de la planta feble.
Tal el mal arraigado
puro y sublime amor de Magdalena
no puede florecer; de su pasado
la durísima cárcel le refrena,
le ahoga, le envenena:
y se ve condenada
á abrigar el amor de los querubes,
cuando no es digna ya de ser amada.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Quiere volar y traspasar las nubes.
y su vuelo entorpece
el cieno impuro que en sus alas pesa
y gime, y se fatiga, y palidece,
y su dorada cabellera mesa,
y en contínuo suspiro desfallece.
Huye del vivo resplandor del dia;
para llorar sus penas sin testigos
busca el silencio de la noche umbria.
Tan rápida mudanza
de sus torpes amigos
desabrido desden tan solo alcanza:
sin alma alguna que en su apoyo acuda
ve en la insolente faz del vulgo necio
la irónica sonrisa de la duda,
la irritante mirada del resprecio.
Quizá en su solitario desamparo
á sí sola se dice Magdalena,
que es el don de la vida don bien caro,
si no hay placer sin mal, ni mal sin
[pena.

—

Infelice mujer arrepentida,
que quimérico juzgas el deseo
de verte nuevamente enaltecida,
alza la frente, que en tu afan sumida
á tu lado no has visto
con lenta majestad pasar á Cristo.
Marcha, marcha en pos de él.—De un
[fariseo.
penetra en la morada,
de un hijo de Satan, del vil engaño.
¡Regocíjese el alma atribulada
viendo que el buen pastor deja el re
[baño,
en busca de la oveja descarriada!
¿No recuerdas, mujer, cuando decia
que no bajaba al mundo
á fulminar castigos iracundo
y que á salvar al réprobo venia?
Sí: ya tu pecho alienta,
ya ansiosa te levantas,
y cual vá al manantial corza sedienta,
corres tras él, te arrojas á sus plantas
y besando sus piés, viertes sobre ellos
balsámicas esencias orientales
y en larga vena lastimero llanto.
Los secan tus finísimos cabellos.
A las ansias mortales
de tu rudo quebranto
dando tregua un momento,
al Hombre-Dios adoras
en estático y mudo arrobamiento,
y con callada voz perdon imploras.
Alza la frente mústia.
y contempla del sol la luz serena;
tras largas horas de ignorada angus-
[tia,
tu bienandanza labras;
tiembla de gozo santo, Magdalena,
y oye de Jesucristo las palabras:
-Mujer, ha tiempo que tu mente sigo,
mujer, ha tiempo que tu voz escucho
cuando en tu pensamiento hablas con-
[migo:
yo te perdono porque amaste mu-
[*cho.*
Del mal rompiste con vigor los lazos;
levántate del suelo,
que Dios te acoje en su paternos bra-
[zos.
Quien su pecado llora, gana el cielo.

FIN.

EL BUEN LIBRO,

POR R. G. S.

Era el dia segundo de la Pascua de Pentecostés. Pocos dias ha ostentado Mayo tan hermosos y lucidos. Todo el pequeño pueblo de X... en la provincia de Granada se entregaba aquella tarde á los placeres y diversiones propias de esta época del año. Todos habian abandonado sus hogares y se habian desembarazado de su ocupaciones diarias para pasear en el bosque ó bailar en la pradera. Los jóvenes que durante la anterior semana habian permanecido separados por el trabajo, se reunieron para divertirse juntamente, mientras que los decrépitos ancianos, apretando su nudoso baston, salian á mirar lo cargados que estaban los manzanos y perales.

Margarita era la única que no tomaba parte en la alegria general. Recogida en la soledad de su habitacion, derramaba lágrimas abundantes, viendo pasar delante de sus vidrieras madres felices acompañadas de sus hijos, que disputaban el puesto por estar cerca de la que les dió el ser. Comparaba su suerte con la de aquellas tal vez amigas suyas, y tristes reflexiones con acerbo llanto afligian de nuevo su delicado corazon.

Sumida en su dolor fué interrumpida por Consuelo, prima suya que habitaba un pequeño *palacio* en la inmediata aldea.

—Te encuentro sola, querida Margarita, dijo Consuelo depositando un beso en la blanca mejilla de su prima. ¡Sola un dia de fiesta! ¿Y Maria? ¿dónde está Maria, tu hija? ¿Ha ido por ventura de paseo, dejando á su madre en la soledad y en la tristeza?

—Consuelo, interrumpió Margarita, has hecho bien en venir á verme.—Te necesitaba, prima mia. — Un secreto que pesa cual pocos sobre mi corazon queria revelarte. Maria, aquella hija que era el orgullo de mi casa y la alegria de mi corazon, es hoy mi tormento. Te lo confieso con rubor, Consuelo. Maria no echa de menos á su madre cuando se halla rodeada de sus amigas. Creo que la estorbaria en aquel momento.

— ¡Cómo! Maria, tan buena, tan virtuosa, olvidarse asi de sus deberes. ¡Oh, nó! esto es imposible, ó sobre esto hay algun misterio que te suplico me aclares, Margarita.

—Este misterio no está oculto á mi entendimiento, y voy á revelártelo. Esa multitud de libros *modernos* que parece han sido sembrados en la tierra por los enemigos de la humanidad, han imbuido el desórden en su imaginacion y en su conducta. Despues que ese misterioso veneno ha emponzoñado poco a poco su blanca conciencia, merced á algunas de sus falsas amigas, ha perdido aquellos sentimientos virtuosos, sentimientos que la hacian tan digna y á mi tan feliz. Su cabeza se llena dia por dia de ilusiones quiméricas que

pronto perderán su corazon, si no le h: n perdida ya. Tu sabes cuán dulce y piadosa era Maria, con qué actividad y esmero cumplia sus deberes de cristiana; se la citaba como modelo. Hoy la desconozco; huye del templo del Señor y menosprecia los consejos del piadoso sacerdote. He hecho cuanto estaba á mi alcance por conservarla en el camino del bien; mis oraciones y mis esfuerzos han sido inútiles; mi celo ha sido infructuoso. He quemado esas perniciosas producciones de la fantasía del mal, y ella ha encontrado otras que oculta á mis ojos. ¡Ay, Consuelo, qué dolor para el corazon de una madre! No poseer mas que una hija y verla cerca de un asqueroso lago próxima á hundirse. ¡Oh! yo es imposible que vea su perdicion. La tristeza acabará antes con mi débil naturaleza.

—Consuélate, Margarita; y no desesperes tan pronto. Yo no creo que el corazon de Maria se haya corrompido. Esta conducta que tanto tanto, te estraña hoy, hay que atribuirla en parte á su ligereza; y para volverla al bien, nos serviremos de libros mejores que los que ella ha usado hasta el dia. Hé aquí el medio que adoptamos no ha mucho tiempo para corregir los nacientes vicios de mi sobrina. Seducida por los malos libros, era Cármen perezosa é indócil. Nuestras reiteradas observaciones, apenas la cansaban impresion alguna, y la severidad de su padre, léjos de endulzar su carácter, no conseguia otra cosa que agriarlo mas aun. Nuestra afliccion era grande cuando una feliz circunstancia nos descubrió un camino que mas tarde fué nuestra felicidad. Recibimos un dia una interesante publicaciou en que la virtud se enseñaba por el ejemplo. Era esta un lucido documento que nos remitió la Biblioteca «El amigo de la Família.» Al momento pusimos el libro en manos de mi sobrina. En un principio el título del libro fijó su atencion; recorrió ligeramente sus páginas y habiéndole interesado en parte, guardó en su cómoda el libro, con intencion de leerlo mas tarde. Pronto le interesó de tal modo que concluyó, volvió á leerlo y aun no satifecha, lo leyó dos veces mas, siendo tal el efecto que produjo aquella lectura en su corazon, que insensiblemente fué corrigiéndose. Hoy la conoces. Unida á un jóven inteligente y virtuoso, es su dicha y la de toda su familia. Créeme, Margarita. Maria le imitará en el arrepentimiento como la imita en sus desvarios. Mañana mismo tendrás los libros en tu poder. Tu hija tal vez no las leerá en el momento; pero en un rato de ócio los abrirá, la curiosidad acabará por haccerlo leer y si María no ha dado el último paso en el camino del mal; si aun no se ha deslizado su pié sobre el abismo, ella, no te quepa duda, volverá al buen camino y tendrás el placer de encontrar en María aquella hija dulce, aquella hija piadosa, que no ha mucho hacía derramar lágrimas de alegria á todos los que teniamos la dicha de conocerla y tratarla.

Pocos dias despues de esta entrevista, que habia por decirlo así despreocupado el corazon de Margarita; María, en uno de esos ligeros movimientos del baile, habia tropezado; y su pié esperimentó una pequeña contusion que la hizo guardar cama por algunos dias. Margarita, madre tierna y cariñosa, se constituyó al momento en su cabecera y su vista no hacia otra cosa que seguir los rápidos movimientos de los ojos de su hija, como queriendo interpretar hasta sus mas pequeños deseos. Precisamente aquel dia habia enviado Consuelo los libros que habia prometido á su prima.

Esta anunció á su hija el regalo de Consuelo.

—María, le dijo, acabo de recibir varios libros que mi prima te regala. Dias pasados me aseguró que su relacion era interesante y original; cuando quieras pidemelos y serás complacida. Puedes distraerte durante los pocos dias en que la herida no te permite abandonar el lecho.

—Enséñamelos, mamá, dijo al momento María, presa de la mas viva curiosidad.

—Tómalas, respondió Margarita, colocando varios libros encima de la cama de su hija.

María los cogió en seguida y estuvo largo tiempo ojeándolos. Poco despues esclamó:

¡La mayor parte de estos libros son de devocion; hay sin embargo algunos cuyo título no me disgusta. Este parece que me interesará. «*El alma de hielo.*» Su título parece indicarme que su relacion no me fastidiará.—Lo leeré pues.

—María recorrió algunas páginas mientras que Margarita la miraba de hito en hito como queriendo comprender el estado de su espíritu.

Momentos despues cerró el libro! Se habia dormido!

Al dia siguiente el médico habia aconsejado á su enferma que no se levantara.

—La herida, dijo, no bien está ya casi cicatrizada; el andar, aunque poco, la volveria á abrir; conviene, pues, que no se levante.

María, aunque con gran sentimiento, volvió á coger el libro que el dia anterior habia comenzado, pues no se atrevia á pedir á su madre los libros que ella ocultaba á su vista.

¡Esto me proporcionará el placer de dormirme, se dijo,—

Comenzó, pues, á leer «*El alma de hielo*». Su lectura interesante y amena no la hizo dormir como esperaba. Queriendo conocer el libro hasta su fin, no lo dejó de sus manos hasta que la última página se deslizó de entre sus dedos.

Entonces reflexionó! La lectura de aquel libro habia impresionado en gran manera aquella tierna planta cuya esperiencia en el mundo se reducia á la lectura de unos cuantos volúmenes que segun hemos visto, léjos de formar su corazon, le habian pervertído.

Al observar en la lectura del libro que tenia en sus manos un rico y poco preocupado; con una madre que hubiera dado todas sus riquezas y títulos por una sonrisa de aquel que aun ante el sepulcro del autor de sus dias no derramó la mas pequeña lágrima, ni se conmovio su corazon, creyó ver Maria á su madre pálida y triste que con los ojos arrasados en lágrimas le pedia un trozo, aunque pequeño, de su corazon. Un poco de amor para quien tanto le amaba!

Mas tarde, reflexionando la conversion de aquel jóven que impresionado una y otra vez por las desgracias agenas, entra como guiado por el dedo de la Providencia ante el altar de la Madre de los ángeles y de los hombres; se arrodilla, y al oir aquel sencillo cantar del mes de Mayo:

Aquí venimos todos
Con flores á porfía,
Con flores á María
Que madre nuestra es,

prorumpe en dulce llanto despues de tantos años que las lágrimas no habian humedecido sus megillas. Maria se horroriza creyendo ver su corazon frio á la desgracia; impasible con su madre y apenas sensible á los sentimientos religiosos. Una esclamacion de arrepentimiento sale de entre sus lábios: Hé aquí el fruto de tanta lectura! Minutos despues, un sueño penoso y fantástico inquietaba en su lecho á la pobre María.

Al dia siguiente Margarita observó que su hija se hallaba enteramente preocupada; y su ternura maternal la hizo ver en aquel estado de su hija un feliz augurio para el porvenir.

De nuevo comenzó á leer María «*El alma de hielo*» y cuando lo hubo concluido por segunda vez, nuevas reflexiones asaltaron su mente. Todo lo veia su madre y sin embargo la mas pequeña palabra no salia de sus lábios. Margarita, la pobre madre, rogaba al Todopoderoso allá en lo más recóndito de su corazon. Ocho dias mas permaneció María en el lecho del dolor. Du-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rante esta semana tan solo leyó los libros que la Biblioteca «El amigo de la familia» habia publicado. Varias de sus amigas fueron á visitarla cuando ya se hallaba en estado de levantarse. Algunas de ellas le dijeron:

—Ahora, Maria, tratarás de resarcir los dias perdidos, ¿no es eso? Mira, hoy es domingo. El tiempo convida, y podemos salir de paseo. Podremos divertirnos mucho, Maria.

—Queridas amigas, les contestó, cuando querais podeis ir de paseo. En este momento las campanas me llaman á la iglesia. No tardarán mucho en empezar las vísperas.

—Cómo, Maria, ¿tu mal de pie te ha convertido? ¿acaso te has vuelto devota?

—Amigas mias, contestó sin inmutarse nuestra h roina, soy cristiana, y por lo tanto tengo deberes que cumplir. Las reflexiones que he podido hacer durante el tiempo de mi enfermedad me han hecho renunciar á mis antiguas costumbres. Yo sé que indirectas y sarcasmos me prodigarán las que un dia me llamaron su amiga, pero no me importa. Jamás, os lo confieso, me avergonzaré de abrazar la virtud que sin conocerlo y errada abandoné. ¿Quereis, por último, conocer la causa de mi conversion? Héla aquí: este libro ha obrado de tal manera en mi ánimo, que mis ojos se han abierto; creo que para no volverlos a cerrar.

Y Maria les enseñó el pequeño tomito titulado *El alma de hielo*.

—Entonces, dijo una de sus amigas, tampoco esta noche podrás acompañarnos al baile?

—Podré ir con vosotras, les contestó, si mi mamá no rehusa el acompañarnos.

No, no, contestaron á coro sus amigas. Si viniese tu mamá no nos divertiriamos tanto; asi, puas, adios Maria. Entonces las jóvenes lugareñas saltaron á la pradera valiéndose tal vez de la sencillez de su amiga.

—Esta, despues que aquellas la abandonaron, se acercó á su madre Margarita que no habia podido contener las lágrimas durante la anterior escena y la dijo echándose á su cuello al mismo tiempo que le daba un beso.

—Mucho pesar te ha causado sin duda, madre mia! pero perdóname; si fuí culpable; de hoy mas procuraré reparar los disgustos que te di. ¿Qué haremos, mamá, esta tarde?

—Si queres, contestó aquella, iremos á ver á Consuelo, nuestra prima. ¿Te parece bien, Maria? Esta manifestó su aprobacion y madre é hija se dirigieron al vecino *palacio* donde en compañia de su prima, pasaron la tarde ya recogiendo flores en el jardin, ya en conversacion en lo intrincado del bosque, apenas volvieron á su casa, Maria esclamó:

¡Qué dia tan feliz he pasado hoy, madre mia!

El efecto de esta esclamacion fueron dos lágrimas que resbalaron blandamente por las puras megillas de Margarita.

Maria se ha casado con un jóven modelo de esposos. Tiene dos niños que son la dicha y la felicidad de aquellas dos almas unidas por el amor. Margarita ha destinado su tristeza y una sonrisa angelical tiene siempre entreabiertos sus lábios. Todos en aquella familia son felices.

La felicidad de aquella familia tiene su origen en un libro.

¡Feliz el autor de un libro que proporciona la felicidad á una familia!

FIN DE EL BUEN LIBRO.

LAURA,

POR M. MARMONTEL.

Era el dia de la fiesta principal del pueblo de Coulange. El marqués de Clacé, cuyo castillo estaba bastante cerca del pueblo, habia acudido allí á disfrutar de aquel espectáculo campestre y á tomar parte en los bailes de aquellos honrados aldeanos, como suele sucederles con bastante frecuencia á los que, hastiados del lujo y de las brillantes reuniones van en busca, para librarse del fastidio, y como á su despecho, de otros placeres más puros y sencillos que aquellos á que estan habituados ordinariamente.

Entre las jóvenes aldeanas que animaban el baile con sus encantos, ¿quién no hubiese distinguido á la linda Laura, tanto por la elegancia de su talle, cuanto por la regularidad de sus facciones, y mas que todo esto por cierta gracia natural muy superior á su belleza, por grande que fuera esta? Asi es que, en el baile que se estaba verificando á la sombra de los olmos, nadie repara sino en ella.

Las señoras de distincion que habian acudido á la fiesta, aunque muchas de ellas se preciasen de hermosas, y lo fuesen en realidad, no pudieron menos de confesar que no habian visto en toda su vida una criatura más encantadora. Llamábanla todas aquellas señoras á porfía, y todas la examinaban con la misma proligidad con que examina un pintor el modelo que quiere trasladar al lienzo.

—¡Levanta la vista, hermosa! le decian aquellas señoras. ¡Qué mirada tan dulce y tan espresiva! ¡Si supiese esta inocente niña cuánto mal puede hacer con sus hermosos ojos! ¡Pues, y la boca! ¿Es posible hallar otra tan pequeñita y fresca como esta?... Condesa, reparad en el color de carmin de esos lábios... Baronesa, ¿qué os parece del esmalte de esta dentadura?... No hay duda que la muchacha es un poco morenita, pero su rostro está respirando salud por todas partes. Ese cuello y esos hombros, ¿no parecen formados del más puro alabastro? ¡Qué bien le sentaría el traje de corte!... ¡Ved á dónde va á anidar la hermosura!... ¿No tiene esa señora caprichos muy particulares?... ¡Acércate más, hija mia, y no tengas miedo! ¡Todas estas señoras te quieren mucho!... ¿Cuántos años tienes?

—Cumplí quince el mes pasado, contestó Laura á una marquesa, que era la que habia hecho las impertinentes observaciones que acabamos de oir.

—Sin duda, ¿te casarás pronto?

—Dice mi padre que eso no corre prisa todavía.

—¿Dices tu lo mismo que tu padre, picaruela?... ¿No tienes por ahi algunos amorcillos?

—Yo no sé lo que son amorcillos, señora.

—¡Cómo! ¿No hay mocito en el pueblo, con el cual te alegraras tú que te casasen?

—Yo no me cuido de eso, señora. mi padre es quien lo hará cuando crea que debe hacerlo.

—¿Es rico tu padre?

—No señora, pero dice que es muy dichoso y que lo será siempre,

Universidad de Deusto
Biblioteca

con tal que yo tenga mucho juicio.

—¿En qué se emplea tu padre?

—En cultivar las poquitas tierras que tenemos.

—¿Y tú qué haces?

—Ayudarle.

—¿Cómo ayudarle? Tambien vas tú á cultivar la tierra?

—Si, señora, y ese trabajo no es para mi sino una diversion. Por otro lado nuestros bienes consisten principalmente en una viña: y el escardar, podar, y ademas faenas que este cultivo exige, me parece que no son cosas tan pesadas que yo no pueda hacerlas sin matarme.

—¡Pobre muchacha!.... Ya no me admiro de que estén tan estropeadas esas lindísimas manos. ¡Qué lástima que la haya tocado nacer en una clase tan oscura!

Laura, que en su aldea no habia escitado nunca otro sentimiento que el de la envidia, se quedó pasmada de escitar ahora á compasion. Como su padre habia cuidado mucho de ocultarla, ó mejor dicho, de hacer que ignorase todo aquello que no podia conducir sino á causarla pesadumbre, jamás se le habia ocurrido que fuese digna de compasion. Pero al reparar cuán magníficamente puestas iban aquellas señoras, vió, comparando sus trajes con el suyo, cuánta razon tenian en compadecerla, al menos bajo aquel aspecto. Cierto es que aquellas mujeres tan compuestas y engalanadas tenian una palidez en sus semblantes que contrastaba estraordinariamente con la frescura de las mejillas sonrosadas de Laura; ¿pero podia esta figurarse que aquel lujo que la deslumbraba fuese la causa de aquella palidez que ni el mismo colorete podia hacer desaparecer? Cuando estaba pensando en todas estas cosas se le acercó el conde de Lucy á rogarla que bailara con él la primera contradanza. Era el conde un jóven de mucha disposicion, gallardo, y demasiado seductor para Laura.

Aunque esta no fuese de gusto muy delicado en materia de baile, no dejó de notar en la nobleza, en la precision y en la agilidad de los movimientos del conde cierta cosa agradable que jamás la habian hecho esperimentar los desaforados saltos y cabriolas de los patanes con quienes hasta entonces habia bailado esclusivamente. Alguno que otro de estos labriegos se habia atrevido en mas de una ocasion á darla un apreton de mano mientras bailaba con ella, pero ¡cuánta diferencia habia entre aquellos bruscos apretones y la delicadeza con que el conde estrechaba casi imperceptiblemente aquellos dedos torneados aunque encallecidos hasta cierto punto por el trabajo! El conde la miraba de hito en hito mientras bailaba con ella, y Laura conoció que aquellas miradas la hacian bailar con una animacion que ella no habia sentido jamás en sí en ocasiones análogas. Bien sea que por emulacion quisiese dar á su modo de bailar toda la vida que notaba en el del conde, bien que la primera chispa de amor prendiese en su corazon, al reparar en las que arrojaban los ojos centelleantes del conde, es lo cierto, que á las miradas de este correspondió con otras que exentas de malicia manifestaban el contento interior que esperimentaba al verse obsequiada por un hombre tan galan.

Concluida la contradanza, Laura fué á sentarse al pie del olmo, y el conde hizo otro tanto.

—¡Hermosa niña! la dijo, no volvamos á separarnos mientras dure la fiesta; yo no quiero bailar sino contigo.

—Lo cual es para mi un honor muy grande, señor conde; pero esto causaria envidia á mis compañeras: ¡todas las muchachas de este pueblo son tan envidiosas!..... ¡Oh, vos no podeis saberlo, señor!

—Nada tiene eso de particular: quiero decir que no estraño que esas pobres chicas te tengan envidia; otro tanto sucederia con las señoras en la ciudad, porque viéndote tan linda, todas tendrian envidia de tí: esta es una desgracia, Laurita, que te seguirá á todas partes. Mira, hija mia: si pudiese ser que te presentases de pronto en medio de una brillante reunion en Paris..... enmedio de una de esas reuniones en donde no hay tantas tontuelas envanecidas porque las han dicho cuatro requiebros, con lo cual se han llegado á figurar que eran hermosas..... ¡Oh, en un caso semejante las verias echar á correr al verte, avergonzadas de que apesar de sus atavios y coloretes no vale ninguna de ellas la mitad que tú, aunque estás sin ninguno de aquello adornos de que las cortesanas van tan cargadas!.....

—¡Yo, yo á Paris! ¡Vos teneis ganas de reiros de mi, señor conde! ¿Qué habia yo de hacer allí?

—La delicia de todos los ojos y la conquista de todos los corazones. Escúchame, Laurita, nosotros no podemos hablar aqui con toda la libertad que yo quisiera, pero te diré en dos palabras que solo consiste en tí el trocar la miserable choza en que estás viviendo y la vida infeliz que pasas trabajando como un gañan, desde antes de salir el sol hasta que se pone, por un palacio en Paris, en donde no se vea sino oro y seda, y en donde tengas una mesa con todo cuanto el gusto sea capaz de inventar, asi como tambien cuanto dinero necesites para satisfacer tus caprichos, por muy costosos que sean. Piensa despacio y consulta con la almohada, como suele decirse vulgarmente, lo que te acabo de proponer. El domingo próximo hay baile en el castillo y estan convidados á él todos los jóvenes del pueblo. Tu tambien irás, hermosa Laura, y entonces me dirás, si, correspondiendo á mi amor quieres aceptar mis beneficios. Por hoy no exijo de ti otra cosa sino que guardes la mayor reserva respecto á lo que acabo de decirte. De esto depende el que goces de la felicidad que te he prometido, ó que la pierdas para no volver á encontrarla jamás.

Todo aquello le pareció á Laura un sueño. Habia tal diferencia entre la brillante posicion que se la acababa de pintar y la en que se encontraba ella, que en efecto un paso tan rápido de una á otra parecia ser absolutamente imposible. Sin embargo, el lindo jóven que tantos ofrecimientos la habia hecho, no tenia cara de ser embustero. ¡Habia hablado con tanta formalidad! ¡Laura habia visto tanta buena fé en sus ojos y en su lenguaje, que no era posible que hubiese tratado de engañarla!

—Si asi fuese, decia ella á sus solas, ya lo hubiera yo notado: ¡no, aquel señor no queria burlarse de mi!... Sin embargo, ¿qué necesidad habrá de guardar ese secreto que me ha encomendado tanto? Quiere que yo le ame cuando él me haga feliz; no hay nada mas justa; pero tampoco cabe duda en que querrá que mi padre disfrute de los mismos beneficios que yo voy á disfrutar: entonces ¿á qué viene el escondernos de él?

Por poca idea que hubiese tenido Laura de la seduccion y del vicio, hubiese comprendido fácilmente la razon de que Luzy exigiese se guardara sobre aquel asunto el mas absoluto silencio; pero todo lo que hasta entonces se la habia hecho mirar como malo, y de lo único que su padre la habia encargado que se guardase mucho, era de permitir que los jóvenes del pueblo se tomasen con ella ciertas libertades; asi es que en cuanto alguno de ellos se le acercaba mas de lo que la parecia regular lo hiciese, ó trataba de cogerla á la fuerza una mano, ú otra cosa á estas parecida, daba un respingo y le decia un par de claridades que le hacian alejarse de su presencia mas que á paso. En el aire honesto y mesurado del conde no habia visto Laura nada que pudiese inducirla á desconfiar de él.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Enteramente preocupada de estas reflexiones y con la cabeza llena de las imágenes del lujo y de la abundancia, dió la vuelta á su humilde casuca, en donde la pareció que todo estaba completamente variado. Por primera vez en toda su vida se sintió humillada de verse obligada á vivir bajo un techo de paja. Aquellos rústicos muebles que la necesidad la habia hecho mirar como preciosos, la parecieron sumamente despreciables, y hasta empezó á disgustarse de tener que hacer las cosas de la casa, lo cual no la habia sucedido jamás. Parecióla tambien amargo el pan, que, regado con su sudor, la parecia há poco delicioso, y ya no volvió á dormir con la tranquilidad acostumbrada sobre aquel monton de fresca y limpia paja que hasta entonces la habia parecido un lecho de los mejores que es dado tener. La infeliz, en vez de cerrar los ojos, pasaba las noches suspirando por los palacios de que el conde la habia hablado, y por una mesa y una cama en armonía con las soberbias habitaciones cuya descripcion la habia hecho Lucy con pérfida habilidad.

Pero lo peor de todo fué cuando tuvo que ir al campo, al dia siguiente del baile, que es el en que ha empezado nuestra historieta, y sufrir los ardores del sol, por espacio de doce ó catorce horas. En Paris, decia, me levantaré cuando me acomode, y no me mandarán otro trabajo que amar y estar agradecida á quien tan gran beneficio va á hacerme. ¡Bien me lo ha dicho el señor conde! ¡Qué amable y qué bueno es aquel señor!.. Entre todas las muchachas de la aldea no ha reparado en otra que en mí, y hasta ha llegado á no hacer ningun caso de las señoras del castillo por venirse á hablar conmigo, que no soy sino una pobre y tosca aldeana. ¡No, no se dirá que ese es orgulloso, si quisiera serlo!.. ¡Hasta parecia que yo le hacia un favor en preferirle á los mozos de la aldea, y me daba las gracias por esa preferencia con unas miradas tan tiernas!.. ¡estaba tan humilde y tan seductor!.. ¡usaba un lenguaje tan dulce y tan amable!..... A buen seguro que aun cuando hubiese estado hablando con la señora mas *encopetada* del pais, no hubiese sido mas comedido que lo fué conmigo ayer tarde. A Dios gracias, yo estaba bastante bien vestida; ¡si me viese hoy, no podria decir otro tanto!..... ¡Dios mio, cómo es posible que quisiera dirigirme la palabra al verme cubierta de andrajos!....

El disgusto de su situacion fué en aumento en Laura durante los tres dias de fastidio y de continuo trabajo porque tuvo que pasar hasta volver á ver al conde.

Por fin, como todo llega en este mundo, llegó el momento que tanto ansiaban Laura y el conde, aunque con distinto objeto y con diversas intenciones por parte de cada uno de ellos; pues en Laura no habia sino candor é inocencia, y en Lucy la mas refinada perfidia. Todos los jóvenes de la aldea se habian ya reunido en el castillo: y no tardó mucho en empezarse el baile en una plaza de tilos. Laura se presenta allí con todas sus compañeras; pero ya no tiene el mismo aire decidido que el dia de la fiesta de la aldea, al contrario, nótase en ella mucha mas modestia y un paso que indica muchísima timidez: apenas se atreve á levantar los ojos del suelo, y la cosa mas insignificante la hace ponerse mas colorada que la grana. Para Lucy es una beldad enteramente nueva, que de ninfa viva y ligera se ha convertido en una estatua, símbolo de las gracias, de la decencia y del pudor.

En cuanto la ve la saluda, distinguiéndola entre todas las demás, pero sin dejar traslucir en sus miradas que están los dos de acuerdo, y que aquel dia debe Laura darle una respuesta sobre lo que él la ha propuesto en la última fiesta; Abstiénese Lucy tambien de acercarse á ella, y

no la saca á bailar hasta que otro le dá el ejemplo. Este fué el caballero de Soligny, que desde que vió á Laura por primera vez el dia consabido, no habia cesado de hablar de ella á todo el mundo con cierta especie de entusiasmo. Lucy creyó ver en Soligny un rival, y le seguia con la vista lleno de inquietudes; pero Laura no necesitó reparar en esto para tranquilizar completamente al conde, por muy celoso que estuviera. Mientras la jóven bailó con Soligny su mirada fué vaga, su aire indiferente y su actitud fria y descuidada; pero en cuanto le tocó á Lucy su turno de bailar con ella, todas sus gracias recobraron nueva vida, y el hermoso sonrosado del pudor cubrió aquellas mejillas de alabastro. Una sonrisa fugitiva y casi imperceptible asomó á sus labios de coral, y una mirada tierna que dirigió al conde hizo que este se pusiese ebrio de gozo y de amor. Su primer movimiento, si se hubiesen hallado solos, hubiera sido arrojarse á los pies de Laura, para agradecerla un favor que consideraba inmenso; pero supo dominarse en términos que nadie pudo conocer lo que pasaba en su interior.

—Hermosa Laurita, dijo en cuanto hubieron concluido de bailar, apartémonos un poco de este sitio: estoy impaciente por saber lo que habeis resuelto respetco á mi proposicion del otro dia.

—Señor conde, lo que yo he resuelto es no dar un paso sin el consentimiento de mi padre, y seguir en todo ciegamente sus consejos, como estoy obligada á hacerlo. Si me haceis un beneficio, quiero que mi padre participe de él lo mismo que yo; y si os sigo á Paris quiero que sea con su pleno consentimiento.

—¡Ah! guardaos bien de consultarle, á él mas que á nadie es á quien yo debo temer. Hay entre la gente de vuestra clase ciertas formalidades para amarse y unirse á las cuales querria sujetarme, lo que equivaldria á exigir de mí un imposible, y negándome yo como no podria ménos de negarme á lo que él querria, creeria que yo habia querido engañarte. ¡Ah!... ¡no sabe él cuánto te amo! Pero tú, Laura, tú que me conoces más, ¿crees que yo sea capaz de perjudicarte en lo más mínimo.

—¡Ah, no señor! estoy segura de que sois la bondad misma. Era preciso que fuéseis muy falso, si acaso fuérais malo.

—Pues entonces fíate de mí.

—Yo no desconfío de vos, señor conde, pero tampoco puedo ni quiero hacer nada sin que mi padre lo sepa. Soy suya, y dependo únicamente de su voluntad. Si lo que me proponeis es bueno, consentirá en ello muy gustoso.

—No consentirá jamás. Tú me habrás perdido y lo sentirás mucho. ¡Ah! cuando quieras recuperar lo que ahora pierdes por culpa tuya, ya no será tiempo de hacerlo, y toda tu vida te verás condenada á esos viles trabajos. que sin duda son muy de tu gusto cuando tanto sientes dejarlos. ¡Laura, reflexiónalo bien!... ¿No conoces que esas manos tan delicadas no son apropósito para cultivar la tierra?... ¿Quieres que el relente de la noche y el ardor del estio borren de tus hermosas mejillas esos colores de rosa que las hace tan lindas?... ¿Es posible, hermosa Laurita, que tú, que eres el encanto de la naturaleza, tú, en quien el amor ha reunido todas las gracias, quieras ir á parar en ser mujer de alguno de los muchos patanes que sin duda aspiran á tu mano? ¿Prefieres pasar una vida oscura, y perecer quizá de hambre, á ir á disfrutar de todos los goces de que yo quería rodearte? ¡Hé ahí, sin embargo, cuál tiene que ser tu suerte! Vivir en la indigencia, pudiendo nadar en oro y llevar una vida alegre y deliciosa. ¿Y qué es lo que te obliga adoptar una resolucion que

Universidad de Deusto
Biblioteca

tanto te perjudica?... Un miedo pueril del sentimiento que tendrá tu padre al ver que faltas de su lado. Cierto es que al principio estará inconsolable por tu fuga, pero ¿cuanta no será luego su alegría, al saber que nadas en la opulencia, y al ver que tambien alcanzarán á él mis beneficios? ¡Con cuánto gusto abandonará su humilde choza, cuando, llamado por tí, se venga á nuestro lado para no volver á trabajar más! Porque desde entonces, ya no tendré ya motivo de temer su negativa, y tu felicidad y la mia estarán aseguradas para siempre.

Mucho trabajo costó á Laura el resistir á la seducción, pero al fin lo logró; y sin el fatal incidente que la hizo caer en el pérfido lazo que se la tendía, el simple instinto de la inocencia hubiese sido suficiente á salvarla.

Una de esas nubes de verano que cargadas de granizo hacen la desgracia de las aldeas, pueblos ó ciudades por donde pasan, hizo tal estrago en el término de Coulange, que no dejó ni ojas en las cepas, ni una espiga en pié, en toda aquella campiña.

La poca fruta que se cria en aquel país, sufrió la misma suerte que la espiga y la vid, los barrancos salieron de madre, llevando tras sí los reducidos huertecillos que encontraron en su desbordada marcha, y el pobre labriego quedó sin recurso ninguno para aliviar su miseria, habiéndole arrebatado la tormenta y demás legumbres con que hubiera podido remediar su necesidad hasta la siguiente cosecha.

Todo era llanto, consternacion y miseria en el terreno que habia recorrido la terrible manga. Todos los caminos de los alrededores estaban cubiertos de una porcion de desgraciados que, pálidos, abatidos é inmóviles como estátuas, contemplaban con la vista desencajada su ruina, llorando la pérdida de la cosecha y no viendo en el porvenir sino abandono, miseria y quizá la muerte. En los umbrales de sus miserables chozas, las madres despavoridas estrechaban entre sus brazos á sus tiernos hijuelos, y cual si estos lo entendiesen les decian con las lágrimas en los ojos: ¿Quién os alimentará cuando nosotras no tengamos un pedazo de pan que llevar á la boca?

En vista de esta calamidad, la primera idea que se le ocurrió á Luzy fué pensar en el dolor que sufririan por la pérdida esperimentada, así Laura como su padre. Impaciente por volar en su auxilio cubrió con el velo de una gran compasion hácia tantos desgraciados lo que no era en realidad sino un gran interés, en salvar de la indigencia á aquellos dos séres, que no podian serle indiferentes.

—Vamos inmediatamente al pueblo, dijo á una porcion de amigos que habian ido á pasar con él algunos dias, vamos inmediatamente á Coulange y aliviemos en cuanto nos sea posible á aquellos desgraciados aldeanos. Entre todos nosotros no puede salirnos muy caro el arrancar por unos cuantos meses á la miseria á veinte familias que la tempestad habrá arruinado completamente á menos que no les tendamos una mano generosa. Ya que en otras ocasiones hemos tomado parte en sus alegrías, tomémosla ahora en su afliccion.

Estas palabras produjeron el efecto que se apetecia en los compasivos corazones de los que las habian escuchado que todos adoptaron muy gustosos la idea emitida por el conde. El marqués de Claucé fué el primero que dió el ejemplo. Presentóse inmediatamente en las casas de los que eran colonos suyos, les dijo que no se acobardasen y les prometió socorrerles tan abundantemente, que no sintiesen la pérdida que acababan de esperimentar, con lo cual renació el ánimo en el pecho de aquellas buenas gentes. En tanto

que estas lloraban de reconocimiento en presencia de su amo, todos los que le habian acompañado asi hombres como mujeres se esparcieron por el pueblo y fueron derramando consuelos por todas partes, gozando ellos á la vez del magnífico y sorprendente espectáculo, no muy frecuente por desgracia, de verse bendecir por todo un pueblo. Escusado es decir que Luzy apenas llegó á Coulange cuando corrió como un frenético en busca de la choza habitada por Laura y por su padre. En cuanto le dieron las señas del sitio en que se encontraba, voló en la direccion que le habian indicado y no tardó mucho en descubrir un labrador que, sentado en el umbral de su miserable casuca, tenia los codos apoyados sobre las rodillas y con las manos se tapaba el rostro como si temiese volver á ver la luz del sol. Este hombre era el padre de Laura.

—Amigo mio, le dijo el conde, veo que estais consternado; pero no os desespereis; el cielo es bondadoso, y entre tantos hombres como hay malos, ha dispuesto tambien que haya otros de buen corazon, que se duelan de las desgracias de sus semejantes y que tengan gusto en remediarlas.

—¡Ah, señor! contestó aquel buen hombre levantando la cabeza, ¿pensais que puede dejar de ser doloroso para un hombre que ha servido veinte años á su pátria con las armas en la mano, y que luego, aunque cubierto de heridas, no ha dejado de trabajar sin descanso, el tener que ir á pedir una limosna para verse quizá confundido con los vagos de profesion? ¿La tierra que tantas veces he regado con el sudor de mi frente, no debia darme para vivir en los últimos años de mi vida?... ¿Me he de ver forzado á correr el mundo, pidiendo un pedazo de pan de puerta en puerta como un mendigo vulgar?

El conde no pudo menos de sorprenderse al ver en un hombre tan oscuro tanta energía de carácter y tanta nobleza de alma.

—¿Con que habeis servido? le dijo.

—Si señor: he hecho á las órdenes de Berwick algunas campañas; entre otras las de Mauricio. Mi padre, antes de verse arruinado por un pleito que no fué fatal, tenia con que sostenerme en el grado de oficial subalterno á que habia yo llegado. Concluida la campaña quedé escedente, y este contratiempo coincidió con la pérdida de casi todos nuestros bienes. Antes de acabarnos de comer lo poco que nos restaba y de tener que ir á pedir una limosna, como era consiguiente, resolvimos venir á escondernos en este rincon, en donde compramos unas tierrecillas que yo he cultivado hasta el dia por mi mismo. Nadie sabia cuál habia sido mi estado primitivo, y yo no me avergonzaba del que ahora tengo y en el cual me parece haber nacido. Mientras vivió mi padre le mantuve y procuré consolarle en cuanto de mí dependió. Muerto aquel me casé, y hé ahi mi verdadera desgracia; ¡hasta hoy no habia conocido que lo fuese!

—¿Con que perdísteis á vuestro padre?

—¡Ah, ese fué el principio de mi desventura!

—¿Y vuestra esposa?

—Dios la hizo el grandísimo beneficio de llevársela para que no viese lo que está pasando.

—¿Teneis mucha familia?

—Una hija única, y la desdichada... ¿No la ois sollozar? Se aparta de mí y va á llorar á un rincon por no aumentar mi dolor con sus lágrimas.

Luzy, al oir esto, hubiera penetrado de buena gana en lo interior de la choza para consolar á Laura, pero supo contenerse y no dar á conocer su emocion.

—¡Tomad! le dijo al padre de la jóven, entregándole al mismo tiempo un bolsillo bastante repleto, esto no es gran cosa, pero si necesitai

Universidad de Deusto
Biblioteca

mas dinero, acordaos del conde de Luzy y acudid á él con entera confianza. Resido en Paris y recibiré vuestra carta si me escribis sin necesidad de que pongais otras señas que mi nombre: esto es suficiente. Dichas estas palabras se retiró precipitadamente sin dar tiempo al padre de Laura para que le manifestase su agradecimiento por lo que con él acababa de hacer.

Pero, ¿quién es capaz de pintar la sorpresa de Basilio, cuando contó lo que habia en la bolsita de seda que le habia entregado el conde? ¡Cincuenta luises!... es decir, triple cantidad de lo que le hubieran producido sus bienes aquel año.

—¡Ven, hija mia! gritó, ¡ven! ¿Ves aquel caballero que se aleja de aquí y que está á unos mil pasos de nosotros?... Ese no es un hombre, es un ángel del Señor. ¡Mas, qué digo!... Es imposible que haya querido darme una cantidad tan exorbitante. Laura, vé á alcanzarle y dile de mi parte que sin duda se ha equivocado.

Laura echó á correr, y habiendo llegado adonde estaba el conde:

—Mi padre, le dijo, me envia á haceros presente que es imposible que hayais querido hacernos un regalo de tanta consideracion. Por consiguiente, vengo á devolveros vuestro dinero.

—¡Laura, no digas eso por Dios!... ¿Todo lo que yo poseo no es tuyo y de tu padre?... ¿Podré yo pagarle jamás el tener una hija como tú, que eres las delicias de mi corazon? Vuélvele ese débil don: eso no es sino una pequeña muestra de lo que yo pienso hacer por vosotros: sin embargo, no le digas nada de lo que entre tú y yo á mediado; lo único que puedes decirle es que yo me tengo por muy dichoso de poder aliviar en algo la suerte de un hombre tan de bien como tu padre.

Laura quiso darle las gracias, pero el conde la interrumpió diciéndola:

—Mañana las recibiré si quieres al amanecer, á la salida del pueblo: espero que te halles allí á la hora indicada si es que quieres despedirte de mi. Te aguardaré al pié de la cruz de piedra.

—¡Cómo, señor! ¿Os marchais ya mañana?

—Sí, Laura, me marcho, el mas desgraciado y el mas enamorado de todos los hombres.

—¿Con qué al amanecer? Con corta diferencia, esa es la hora en que mi padre y yo salimos al campo.

—¿Juntos?

—No, él se marcha antes; yo tengo que quedarme á arreglar las cosas de la casa, y por eso me retardo siempre un poco.

—¿Tienes qué pasar por donde te he dicho?

—No, pero el rodeo que tengo que dar es pequeño; y aun cuando no lo fuese, creo que el ir á despediros es una prueba de amistad á que sois acreedor.

—Entonces, adios, hasta mañana. ¡Laura, no vayas á engañarme!.... ¡Qué yo te vea, aunque no sea sino un minuto! Esta dicha será la última que tendré en toda mi vida.

Laura estaba tan agradecida á lo que el conde habia hecho por su padre y sentia tanto el verle tan afligido que pasó toda la noche llorando.

—¡A no ser por mi padre, decia, con cuánto gusto me iria yo á Paris con un señor tan bueno y que es incapaz de querer engañarme!

Al dia siguiente, si bien es cierto que no se puso el traje de los dias de fiesta, se aseó mas que de costumbre, especie de coqueteria que hasta cierto punto es disimulable en una niña que acababa de cumplir quince años.

—De todos modos, decia, ya no volveré á verle mas. ¿Qué importa que le parezca mas ó menos linda? Bastante bien voy para el corto rato que he de verle.

Pero al mismo tiempo que decia esto, se apretaba el corpiño mas de lo ordinario y se ponia al cuello una crucecita de oro que no salia sino en las grandes fiestas. Entonces se la ocurrió poner una poca fruta en el cestito en que llevaba el almuerzo y ofrecérsela, ya que su pobreza no le permitia hacer mas.

—No creo, decia, que vaya á despreciar estas ciruelas tan hermosas que yo misma he cogido antes que la tempestad viniese á dejarnos los árboles hasta sin hojas.

Y al cubrirlas con unas de parra, las regaba con las lágrimas que corrian de sus ojos en abundancia. Su padre habia salido ya al trabajo. La blancura del alba se iba impregnando de aquel tinte de oro y púrpura que le da la aurora, cuando la pobre niña, con el corazon oprimido, llegó á la salida del pueblo. Luzy, que la estaba esperando dentro de su carruaje en el paraje que ya sabemos, se apeó apenas la vió, y saliéndola al encuentro, y manifestando en su semblante el mas profundo dolor:

—Estoy muy reconocido, hermosa Laura, la dijo, al favor que acabas de concederme. Al menos me queda el consuelo de ver que eres sensible á mis penas, de donde deduzco que debes sentir mucho el haberme hecho tan desgraciado.

Asi es, señor conde, respondió la inocente jóven; podeis estar cierto de que daria lo poco que poseo porque no nos hubiésemos visto jamás.

—Y yo, Laura, daria mis inmensos bienes porque no volviesémos á separarnos desde este momento.

—En vos ha consistido el que no suceda asi; mi padre os quiere y os respeta, y por consiguiente no podia negarse á hacer lo que le pidieseis.

—Mira, Laura, estás hablando como una niña de cinco años: los padres no permiten jamás que sus hijas se marchen de la casa paterna con otro hombre que con su marido, y nosotros dos, hija mia, no podemos casarnos. No pensemos mas en esto. Si tu hubieses querido podias haberte venido conmigo, vivir esclusivamente el uno para el otro, amarnos hasta la muerte y gozar juntos de los bienes que poseo. En vez de esto vamos á decirnos un eterno adios y separarnos hoy para no volvernos á ver jamás. Tu no puedes hacerte una idea de lo que pierdes por no querer venirte conmigo.

—Aunque no lo sé, me lo figuro, señor conde. En un principio yo no hacia sino pensar dia y noche en esas cosas tan bonitas que decis que hay que ver en Paris, y tenia llena la cabeza de jardines deliciosos, de magníficos palacios, de suntuosos muebles y de ricos trajes y qué se yo que mas. Sin embargo, de nada de todo esto he vuelto á acordarme hace tiempo, ni en nada he pensado sino en vos y solo en vos. ¡Ah, si no fuese por mi padre!

—¿Y para qué necesitas tú que el consienta en que te vengas conmigo? ¿Has aguardado acaso que él te dé tu permiso para amarme como acabas de confesar ahora mismo que me amas? ¿Nuestra mútua felicidad no es una cosa que nos pertenece esclusivamente á nosotros? Laura, yo no tengo otros titulos para merecer tu amor que mi buena fe y lo mucho que te quiero. ¿Te parece que no son estos bastante respetables? Mira, Laura, haz lo que quieras, pero ten entendido que si no te decides á venirte conmigo á Paris, me verás caer muerto á tus pies.

¡Cuántas infelices habrán sido seducidas con palabras tan pérfidas como las que pronunciaba el conde en esta ocasion!.... ¡Cuántas habrán sucumbido como Laura sin saber lo que se hacian!... ¿Y en qué consiste esto? Doloroso es decirlo, pero la mayor parte de las desgracias de este género provienen, en la clase alta y media, de que hay padres tan criminales, que con tal que sus hijas sepan mucha música, bailar bien y llamar la atencion de toda una so-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ciedad por la melodia de sus acentos, se cuidan muy poco de que esten instruidas á fondo en los principios religiosos.

En la ínfima se llega al mismo resultado, aunque por distinto camino; los padres miran como de mayor interés que sus hijas les ayuden en las faenas del campo, en las de un oficio, á que sepan bien la doctrina cristiana y asistan á las esplicaciones que de ella hace el párroco en la iglesia.

¡Lamentable ceguera en los unos y culpable omision en los otros, que mas ó menos pronto ha de llevarnos á un cataclismo espantoso! La educacion religiosa de las que han de ser madres de familia y que por consiguiente estan llamadas á derramar en el corazon de sus pequeñuelos las primeras semillas de la fe, casi desde que los estan criando, es mucho mas interesante de lo que se figuran esos hombres que se llaman á sí mismos ilustrados, pero que se olvidan de que *el principio de la sabiduría es el temor de Dios*.

Volviendo á la narracion del suceso que nos ocupa, diremos que la inocente Laura, para quien todo lo que el conde habia dicho era de buen género, esclamó como hablando consigo misma.

—Dios mio; ¿será posible que sea yo causa de semejante desgracia!

—Si, y muy posible, contestó Lucy. Tu vas á causar mi muerte y serás responsable de ella á los ojos de Dios, tan responsable como si me hubieses pegado un tiro. ¡Mira si eres bien cruel!

—El Señor sabe, que yo daria mi vida por vos.

—Pruébamelo, dijo el conde cogiéndola del brazo y haciéndola cierta especie de violencia. ¡Si es cierto que no quieres verme morir, vente conmigo!

—No, no puede ser, yo no puedo seguiros á ninguna parte sin el consentimiento de mi padre.

—¡Pues bien!.... ¡Deja que me entregue á la mas horrorosa desesperacion!

A estas palabras, Laura, pálida, trémula, temerosa y con el corazon traspasado de dolor, no se atrevia ni á permitir que Lucy continuase teniéndola agarrada del brazo. Sus ojos llenos de lágrimas seguian asustados por los movimientos del conde.

—Sosegaos, le dijo, y servios mirarme sin rencor. Yo me habia atrevido á traeros, pensando que la aceptariais, esta pequeña muestra de mi reconocimiento, pero ya me falta valor para ofrecérosla.

—¿Qué es eso?.... ¡Fruta! ¡Fruta á mi que no necesito en este momento sino un veneno!.... ¡Laura, ese es un insulto!..... Y al decir esto, pegó un puntapié al cestillo en donde estaban las ciruelas, y se alejó de aquel sitio hecho una furia.

Laura que creyó que todo aquello que en realidad no era sino una farsa, prevenia del odio que el conde la habia cobrado de repente, no pudo resistir por mas tiempo, pues á decir verdad estaba ciegamente enamorada de Lucy, aunque ella misma ignoraba que fuese asi, pues tomaba por justo agradecimiento lo que no era sino un amor tan fuerte cual pueda haber habido otro en el mundo. Aunque enternecida en favor de aquel jóven; no la habia pasado siquiera por la imaginacion el irse con él sin el consentimiento paterno, asi es que conociendo que aquella impresion habia sido para ella demasiado fuerte y que no tardaria mucho en dar consigo en el suelo, pues empezaban á flaquearle las piernas fué á apoyarse en un árbol que estaba inmediato, y apenas llegó alli, cuando anegada en llanto y sofocada por los sollozos cayó en tierra desmoyada, quedando por un breve rato sin dar casi señales de vida.

Lucy, que mas bien que un libertino, era únicamente una calavera de pocos años, se afligió estraordinariamente al ver á Laura en tal

mal estado, y no pensó en otra cosa que en hacerla recobrar el uso de sus sentidos, pero en cuanto vió que iba á conseguirlo, aprovechándose de la debilidad de Laura, y antes que esta volviese completamente en si, la trasladó á su carruaje, y momentos despues que se hallaban ya á una distancia respetable de la aldea.

—¿En donde estoy? dijo Laura apenas abrio los ojos. ¡Ah!.... ¿sois vos, señor conde?..... ¿Me llevais á mi casa?

—¡Vida mia! contestó Lucy, ¡tranquilizate!.... Viendo que el separarnos iba á costarnos la vida á los dos, te llevo conmigo á Paris.

—¡No, no!,... ¡no, no puede ser!.. ¡yo quiero volver al lado de mi padre!

Y asi diciendo, hacia ademan de abrir la portezuela del carruaje para arrojarse de él. El conde le sujetó entre sus brazos, y en seguida añadió:

—¡Laura! lo gue tu intentas ahora es imposible, nos hallamos á mas distancia de tu pueblo de lo que tu te figuras, y es inútil que trates de volverte porque no he de permitirlo. Por lo demás, confia en mi buena fé; te he dicho cien veces que te amo y te lo juraré otras ciento si es necesario: repito que te tranquilices y que no temas nada malo de mi.

—¡Ah!.... yo tambien os amo..... ¿Pero y mi padre?.... ¿Es buena accion el dejarle abandonado de éste modo?.... ¡Señor conde, volvedme á mi casa ahora mismo!

Entretanto parecia que á los caballos les habian nacido alas, segun la rapidez con que corrian. El conde agotaba los recursos de su ingenio, pero de ningun modo podia tranquilizar á Laura que siempre clamaba por volver al lado de su padre, cuya afliccion conocia cuán grande habia de ser al verse sin su querida hija.

Finalmente, fueron tales y tantas las razones de Lucy, y sobre todo, era tal la velocidad que llevaba el carruaje, que Laura conoció que el mal era ya irreparable, pues no la hubiera sido ya posible volverse al pueblo en todo lo que restaba ya de dia; asi es que desde que se persuadió de que no podia evitar el escándalo que inocentemente habia dado, no instó más y se dejó conducir á donde el conde la llevase, cosa que por otra parte no podia ménos de ser así, pues los criados de Luzy le eran sumamente adictos y por consiguiente hubiera sido en vano toda tentativa de la sencilla aldeana.

El conde, que la amaba de veras, no se propasó en lo más mínimo, y no cesó de repetirla que estuviese descuidada respecto á su padre, que ninguna reconvencion podia hacerla, toda vez que el llevársela él consigo, no tenia otro objeto que el de hacerla mucho bien.

Cualquiera otra jóven, más ladina que Laura, hubiese conocido la falsedad de todos estos argumentos pero como la infeliz muchacha era tan sencilla, y como el conde era su primer amor, llegó á convencerse poco á poco de que Luzy podria tener razon en lo que decia.

Este, á quien convenia sobremanera ocultar el rapto de Laura á todo el mundo, torció de direccion y se separó del camino real unas cuantas leguas, tomando de nuevo el de Paris cuando creyó que podia hacerlo sin riesgo. Como ya hemos dicho que su corazon se hallaba completamente pervertido, no podia aparentar cuales serian las angustias del padre de Laura; asi es que desde el punto que le pareció conveniente destacó á uno de sus criados que más confianza le inspiraba, y encargándole que lo echase en el correo, en un pueblo separado del camino, escribió al cura de Coulange el siguiente billete, habiendo cuidado antes de disfrazar la letra de modo que fuese imposible conocer que era de su mano.

«Decid al padre de Laura que esté tranquilo por la suerte de esta; la señora que la ha tomado bajo su pro-

teccion, cuidará de ella como de una hija; decidle igualmente que dentro de poco sabrá á dónde ha ido á parar.»

Este billete, en el cual no habia nada que pudiése tranquilizar al padre de Laura, bastó, sin embargo para hacerla creer á ésta, que con semejante seguridad podia el buen Basilio quedar muy satisfecho. El amor la habia herido con sus dardos, y desde entónces ya no pensó sino en gozar de todas las diversiones que se la ofrecian, y que para quien nada habia visto en este mundo, eran de mucho valor aún las más insignificantes. En resúmen, sin saber cómo, Laura se perdió como se han perdido otras muchas.

La especie de delirio en que cayó en cuanto llegó á París, acabó de estraviar su ánimo. Su palacio paracia una mansion de hadas, y todo en él tenia cierto aire mágico. El baño, el tocador, las cenas y comidos espléndidas con que la obsequiaba el conde, eran otras tantas formas distintas que tomaba el amor para alucinar todos sus sentidos.

Cada mañana, al despertarse, creia estar soñando. Apenas se levantaba, cuando se veia rodeada de doncellas, solícitas todas en servirla y todas ansiosas por complacerla. Ella, que no habia sabido jamás si no obedecer, no tuvo más que desear para verse obedecida.

—Aquí eres una reina, le decia su amante; yo no soy sino tu primer vasallo.

Figúrese quien de ello sea capaz, cuánta debió ser la admiracion de aquella sencilla aldeana, acostumbrada á no llevar otro peinado que vnas trenzas mal hechas, al ver sus hermosísimos cabellos, rizados primorosamente por ambos lados de la cara, y el resto formado una diadema hecha con todas las reglas del arte.

La naturaleza la habia prodigado todos sus encantos, pero algunos de estos dones necesiiaban cultivo, y los hombres de talento acudieron en tropel á disputarse el encargo de instruirla y la gloria de embellecer su espíritu hasta ponerlo en porfecta armonia con su belleza física.

Entretanto el buen Basilio era el más desgraciado de los padres. Activo, honrado, y sobre todo estremadamente celoso de la reputacion de su hija, la habia aguardado en vano sin manifestar á nadie su inquietud, de suerte que en todo el pueblo no habia ni una sola persona que supiese la desgracia que la habia sucedido. El cura en persona fué á llevarle el billete que habia recibido. Basilio no dió fé á aquel escrito, pero disimulando con el párroco,

—Mi hija es juiciosa, le dijo, pero es muy niña y algo más sencilla y crédula de lo que sería menester en este momento. Alguna señora á quien le habrá parecido bien la muchacha, se la habrá llevado de criada, y habrá sabido persuadirla de que si lo consultaba conmigo yo me opondria á ello formalmente, y quizá le habrá hecho creer que su fortuna dependia de irse con ella. Por consiguiente, señor cura, soy de opinion, salvo vuestro parecer, de que no podemos dar un escándalo por una cosa que no pesa de ser una niñada, y que hagamos creer á todo el pueblo, que si Laura se ha casado ha sido con el consentimiento mio. Nadie tiene conocimiento del hecho sino nosotros dos, por lo cual os ruego que os dalais del padre y de la hija.

El cura, que era un señor muy prudente y virtuoso, prometió á Basilio guardarle el secreto, y cumplió efectivamente su promesa. El pobre Basilio, entretanto pasaba llorando la mayor parte de la noche.

—¿Qué se ha hecho de mi hija? decia. ¿Ha seguido realmente á una mujer ó se ha escapado con algun bribon que la ha engañado? Lo primero se me hace muy difícil, porque no puedo persuadirme de que

haya mujer tan insensata que quiera robar una hija á su padre sin otro objeto que llevarla para que la sirva de criada ó de doncella. ¡Lo mas seguro es que algun pícaro ha sabido seducirla y perderla!... ¡Desgraciado de él si llego á descubrirle, su sangre ó la mia lavará la afrenta que me hace!

Al dia siguiente marchó el desventurado padre al pueblo de donde habia venido el billete, y con los indicios que le dió el cura llegó á descubrir quién habia sido el mensajero, pues no habia administracion de correos, como sentamos antes equivocadamente, y por consiguiente el billete habia sido dado al portador por el criado de Luzy. Pero Basilio no pudo averiguar de aquel hombre nada que aclarase sus dudas, y hasta la misma situacion de aquel miserable lugarejo, no servia sino para que cada vez estuviese mas confuso y supiese menos á qué atenerse. En efecto, el pueblo estaba separado seis leguas del camino que Luzy habia seguido y en direccion diametralmente opuesta. Pero aun cuando Basilio hubiese caido en la coincidencia que habia entre la marcha del conde y la desaparicion de Laura, jamás hubiera sospechado un crimen tan atroz de un hombre que en su concepto era de lo mas virtuoso que se encuentra. Como el buen hombre no se confiaba á nadie, tampoco habia quien pudiese ilustrarle sobre lo que hubiera deseado saber.

Entretanto lloraba en su interior, aguardando siempre un rayo de luz que viniese á disipar las densas tinieblas en que se veia envuelto. ¡Dios mio! decia, regando el miserable lecho de paja con sus lágrimas; ¡Dios mio, fuese en vuestra cólera y para mi castigo para lo que me disteis esta hija!... ¡Insensato de mi, que me alegraba de verla ir creciendo y de que cada dia fuese haciéndose mas hermosa! ¡Lo que causaba mi orgullo es precisamente lo que ahora me cubre de vergüenza!..... ¡Por qué no murió esa criatura al nacer!

Laura, trataba de persuadirse de que su padre estaba tranquilo, y el pesar de haberle dejado iba siendo cada dia menor. El amor, la vanidad, la aficion á las diversiones, esa aficion que tan viva es en un principio para los que nada han visto, y el deseo de cultivar su talento para no hacer un papel ridículo entre las gentes, llenaban su corazon y hacian que no la quedase un momento desocupado para pensar en el respetable autor de sus dias, que tantas lágrimas vertia por el estravio de la única ovejuela de que el Señor le habia encargado, y que se habia escapado del redil sin saber cómo.

Lucy, que estaba realmente perdido por Laura, procuraba ocultarla lo mas que le era posible á las miradas de los curiosos, temeroso, como lo está todo el que obra mal de haber alguno que prendado de su hermosura se la robase, del mismo modo que él lo habia hecho. Asi es que solo recibia en su palacio dos ó tres amigos íntimos que les acompañaban algunos dias á la mesa. Laura, sin embargo de su sencillez, no veia á nadie sino á Lucy, ni pensaba en nadie sino en él, á pesar de que se sabia hacerlo de suerte que ninguno de sus amigos podia darse por ofendido. El acto de conciliar la prediliccion hácia una persona, con las átenciones que la educacion exige respecto á las demas, es el secreto de las almas delicadas: la coqueteria necesita hacer un estudio para obrar asi, el amor sabe hacerlo sin necesidad de estudio.

Seis meses trascurrieron de este modo sin otra inquietud por parte de Laura que el remordimiento que tiene continuamente el que obra mal y por la de Lucy sin mas penas que el temor de no agradar á su amada, para quien todo el mundo le hubiese parecido una corta ofrenda si él hu-

Universidad de Deusto
Biblioteca

biese podido disponer de él y ponerlo á sus pies.

En todo este tiempo solo dos veces habia recibido Basilio noticias de su hija, y al mismo tiempo algun regalillo que le enviaba la supuesta señora que se la habia llevado consigo. Para todo esto Lucy se dirigia al cura. Entregados en la administracion de diligencias mas inmediata á Coulange, y valiéndose el conde al efecto de un criado sumamente fiel, los paquetes llegaban á manos de Basilio, sin que pudiese adivinar su procedencia por mas medios que pusiese en juego para conseguirlo. El honrado labriego se veia obligado á aceptar aquellos regalos, primero, porque no sabia á quién devolvérselos, y luego, porque de haberlo hecho hubiera dado á conocer que su hija se habia separado de su lado sin su consentimiento, que era precisamente lo que él no queria dar á entender á nadie, ni aun al mismo párroco si le hubiese sido posible ocultarle cómo habian pasado las cosas.

—¡Ay de mi! decia aquel buen padre, quizá se conserve aun inocente mi hija. Todas las apariencias le acusan; pero hasta ahora nada puede asegurarse positivamente; mas, aun cuando mis sospechas se realizasen y aun cuando ella haya dejado de ser lo que debe, á mi no me toca sino llorar su estravio, de ningun modo difamar á mi hija públicamente.

Apiadado sin duda el cielo de las penas del buen Basilio, dispuso las cosas para su consuelo del modo que vamos á referir.

El honrado padre de Laura traficaba en pequeño con el vino de su cosecha, y esto le obligó á ir á Paris en aquella época. Atravesando por una de las calles mas concurridas de aquella nueva Babel, que, sin embargo, no era de las mas anchas, tuvo que subirse á una acera y arrimarse á la pared por no verse atropellado por uno de los carruajes que, caminando en direccion opuesta, ninguno queria ceder el paso al otro, ni dejar la que llevaba. Esto produjo la confusion que estamos acostumbrados á presenciar en casos análogos, y debió producir tambien cierto cuidado en una señora que iba en uno de los coches y que asustada dió un chillido sacando al mismo tiempo la cabeza por una de las portezuelas. Basilio se estremeció apenas oyó la voz de la señora; miró... y no se atrevia á dar crédito á sus ojos. Laura, vestida con toda la elegancia de una parisiense de la alta aristocracia y con una soberbia diadema de brillantes, era la que se ofrecia á sus miradas. Es muy posible que el mismo Basilio no la hubiese conocido, si ella, que lo primero que vió fué á su padre, no se hubiese retirado inmediatamente á un rincon del carruaje, tapándose al mismo tiempo el rostro con ambas manos. Este movimiento, y, sobre todo, el chillido, no dejaron á Basilio la menor duda respecto á que aquella señora no era otra que su mal aconsejada hija. Rápido como el rayo, súbese Basilio al estribo del carruaje, y en tono imperioso y con voz severa:

—¿Señorita, la dice á Laura, decidme, en donde vivis?

Sobrecogida y trémula, Laura le da las señas de su casa sin atreverse á levantar los ojos para mirar al autor de sus dias.

—¿Y cuál es vuestro nuevo nombre, señorita?

—Me llamen Mad. de Caulange por alusion al pueblo de mi nacimiento.

—¡Infeliz! ¡procurad estar sola en vuestra casa á la caida de la tarde!.. ¡A esa hora tendré *el honor* de ir á haceros una visita!.., ¡Estareis sola, completamente sola!... ¿Me habeis entendido?... Dicho esto se bajó sin hablar mas palabra y prosiguió su camino.

Luzy cómia aquel dia en una casa de campo de una tia suya que salia para Alemania al siguiente, así es que Laura no tuvo con quien consultar lo que deberia hacer. La infeliz jóven iba á verse cara á cara con un padre justisimamente irritado, á quien habia vendido, cubriéndole al mismo tiempo de oprobio. Hasta entonces no se la presentó su crimen con toda la odiosidad que en si tenia. El encanto desapareció de repente y la pareció que se la habia caido una venda de los ojos, que la hizo verse tal cual realmente era á los ojos de la sociedad, y se estremeció al considerar la vilísima posicion en que se hallaba colocada.

—¡Desventurada de mi! esclamó derramando al mismo tiempo copiosas lágrimas: ¿A dónde huiré?... ¿dónde hallaré un sitio á propósito para esconderme?..... ¡Oh, padre mio!... ¡Oh juez terrible!... ¿Cómo he de atreverme á comparecer delante de ti?...

Cien veces se le ocurrió escaparse de aquella casa y no aguardar á Basilio, pero el vicio no estaba aun tan arraigado en su alma que tuviese fuerza suficiente para hacerla prescindir completamente de las obligaciones sagradas que debe una hija á su padre.

—¡Insensata de mi! decia, ¿qué es lo que me atrevo á pensar?... ¿Despues de haber reducido á mi buen padre á la desesperacion, y despues de haberme hecho acreedora á sus justas reconvenciones, he de ser tan infame, me he de olvidar de la religion en términos que sea capaz de cometer otro nuevo delito por el cual merezca que mi padre me maldiga?... ¡No, jamás!... Indigna del título de hija, reverencio aun como se debe el nombre sagrado de padre. ¡Aun cuando el mio viniese aquí con intencion de matarme, debo aguardarle y ofrecerme como víctima, arrodillándome sumisa á sus plantas y presentando dócil mi cuello al sacrificio. ¿Pero qué digo?... Un padre no puede prescindir jamás de serlo. El mio se enternecerá al ver mis lágrimas. Mi edad, mi completa ignorancia del mal antes de venir á Paris, el amor que me profesa el conde y sus continuos beneficios, me servirán de escusa. Cuando Luzy haya hablado con mi padre, éste verá que no he sido tan culpable como parece á primera vista.

Tales eran las descabelladas reflexiones que hacia Laura para si, porque, poseida de un vértigo amoroso que no le permitia ver las cosas bajo su verdadero punto de vista, creia que podia haber disculpa posible á una cosa que jamás la tiene; á faltar á los deberes que la religion prescribe y el honor aconsnja.

Laura hubiera sentido en el alma que la servidumbre se hubiese enterado de la escena humillante que iba á tener lugar. Por fortuna suya habia dicho antes de salir de casa, que iria á comer á casa de una señora amiga; asi es que sus doncellas no habian esperado su consentimiento para irse aquel dia á pasar la tarde con las suyas respectivas. Bajo el primer pretesto que se la ocurrió despachó á los dos lacayos que se habian quedado en casa, de modo que cuando se presentó su padre ella misma le abrió la puerta, pues en toda la casa no habia otros criados que los cocineros, y esos ó estaban en la cocina, ó se habian salido de bureo sabiendo que Laura habia de comer fuera aquel dia.

—¿Estais sola como os he mandado?.....

Estas fueron las primeras palabras de Basilio.

—Si padre mio, absolutamente sola.

Entonces, sumamente conmovido entró en la habitacion, y despues de haber contemplado á su hija en sombrío silencio por largo rato:

—¿Qué haceis en esta casa? la dijo,

La respuesta de Laura fué arrodillarse á los pies de su padre y regarlos con sus lágrimas.

—Segun veo, dijo Basilio mirando á su alrededor, habitais un cuar-

Universidad de Deusto Biblioteca

to en donde reinan el lujo y la elegancia, lo cual me convence, aunque yo ya lo sabia, de que el vicio está muy á sus anchas y con toda comodidad en esta ciudad nefanda. ¿Puedo ya saber quién es el sugeto que ha tomado á su cargo haceros rica en tan poco tiempo? ¿Tendreis la bondad de decirme dónde proceden esos magníficos muebles, ese lujoso traje que vestis, y el brillante tren con que os he hallado en la calle? ¡Hablad pronto!.... Luego llorareis cuanto os dé la gana. ¡Os quedará tiempo suficiente para hacerlo!

Al oir la narracion de su aventura, narracion en que Laura no faltó en nada á la verdad, Basilio pasó de la sorpresa á la indignacion.

—¿Con que ha sido Luzy el raptor? decia; ¡Luzy! ¡Ese hombre á quien yo creia un modelo de virtudes y de quien jamás hubiera llegado yo á sospechar que fuese capaz de una accion tan villana!... Hé ahí como son ciertos hombres favorecidos por la fortuna, que creen que el honor de los pobres es una cosa que puede comprarse á peso de oro!... ¡Miserable!... ¡por eso me ofrecia el dinero á manos llenas! ¡Por eso te aseguraba que yo llegaría á consolarme de tu pérdida con el tiempo! ¡Ese hombre vil creia que yo llevaria gustoso mi deshonra, con tal que una capa de dorado metal la cubriese! ¡Ah! ¡ese hombre despreciable no conoce hasta dónde llega el cariño de un padre para con una hija querida que hace todas sus delicias! No: desde que te perdí no ha pasado ni un solo momento sin esperimentar el más agudo dolor; no he llegado á dormir ni un cuarto de hora con completa tranquilidad. La tierra que yo trabajaba durante el dia estaba regada con mis lágrimas: por la noche, en tanto que tú te perdias en las diversiones del teatro ó en la opulencia de los festines, tu padre, echado sobre un puñado de paja, se arrancaba los cabellos y daba gritos pidiéndote que volvieses á su lado, á ser el consuelo de sus penas.

¿Y es posible que mis gemidos no hayan hallado nunca eco en tu alma?... ¿Es posible que la imágen de un padre desconsolado no se haya ofrecido jamás á tu imaginacion privándote del sueño...

—¡Ah! El cielo es buen testigo, contestó Laura, de que si yo hubiese creido que vuestra pena era tan grande, lo hubiese abandonado todo por volar á vuestros brazos. Yo os respeto y os quiero en este momento mas de lo que puedo haberos querido desde que existo. ¡Ay! de mi! ¡A qué padre he ido á afligir con mi mal modo de proceder!... ¡Ahora mismo, cuando yo temia hallar en vos un juez inflexible y duro, no oigo de vuestra boca sino reconvenciones llenas de dulzura(... ¡Padre mio! al arrojarme á vuestras plantas no habia en mi alma otros sentimientos que el de la verguenza y el del temor; ahora va unido á aquellos el de la ternura, y las lágrimas del arrepentimiento van mezcladas con las del cariño que os profeso.

—¡Gracias os sean dadas, Dios mio, porque me habeis hecho volver á hallar á mi hija! esclamó el buen Basilio, dando la mano á Laura para que se levantase.

—¡Vuestra hija!.,.. ¿Soy yo digna acaso de este nombre?

—No te desanimes, Laura, el honor es sin duda una joya de inestimable precio, la inocencia vale todavia mucho mas, y si me diesen á escojer optaria por esta última. Pero cuando se han perdido ambas cosas, aun nos queda un asilo seguro contra los males venideros; este asilo es la religion, ese puerto divino en donde hallamos un remedio á todos los males, en donde estamos al abrigo de todas las borrascas que el enemigo de nuestra salvacion levanta para hacer naufragar nuestra débil barquilla. Basta querer volver sinceramente al buen camino, para que la fe renazca en nuestra

alma, cuando la creiamos perdida para siempre: un remordimiento solo es capaz de volver á avivarla, siempre que á este remordimiento vaya unida una confianza ciega en la bondad infinita del Señor. Hija mia, esta es la única reflexion que puede consolarte de haber perdido tu inocencia, y si tu arrepentimiento es sincero, si con un corazon contrito y humillado confiesas tus faltas á los piés del ministro del Señor, el cielo y tu padre las olvidarán completamente, sin siquiera acordarse de que las hayas cometido. Por lo demás, como todo el mundo ignora tus aventuras, en nuestra aldea puedes volverte á presentar allí sin el mas mínimo recelo, y como si no tuvieras ningun motivo de avergonzarte.

—¿Y en dónde decis que he de presentarme, padre mio?

—En Coulange, adonde voy á conducirte ahora mismo.

Estas palabras trastornaron completamente á Laura, que al oirlas quedó cual si la hubiese herido un rayo.

—Vamos, añadió Basilió, date prisa á despojarte de todos esos adornos del vicio. Un vestido sencillo, y tal cual lo has usado, es el único que conviene á tu clase. ¡Deja ahí esos dones envenenados del miserable que te ha seducido y dispónte á seguirme sin mas dilacion!

Sería preciso, para conocer lo que pasó por Laura al ver la decision de su padre, tener un corazon tan tierno y sencillo como el de aquella jóven, cuyo cariño estaba dividido casi por iguales partes, entre el autor de sus dias, y el hombre que aunque en realidad la habia perdido, no por eso era ménos cierto que le amaba entrañablemente y que habia tenido con ella consideracioes que nadie tiene con esas infelices criaturas que los hombres acostumbran amar hoy con una especie de delirio, y á las cuales arrojan de su lado, hastiados de ellas al dia siguiente, para sustituirlas con otras que á su turno son tan infelices como lo fueron las primeras. ¡Triste condicion de la mujer que ha llegado á faltar una vez á los deberes que la religion y la sociedad la imponen: verse despreciada y aborrecida por el mismo hombre que jurándola que no amaría á otra sino á ella en toda su vida, apenas la ha visto sucumbir, cuando es el primero en menospreciarla!

—Vamos, Laura, decia Basilio, los momentos son preciosos. Haz lo que te he dicho y salgamos pronto de aquí.

¡Perdonadme, padre mio! exclamó Laura, volviéndose á poner de rodillas! ¡perdonad, si tardo más de lo que quereis en obedeceros! Vos habeis leido en el fondo de mi alma y no ignorais lo que pasa en mi interior; me he esplicado con vos con suficiente claridad, para que hayais podido comprenderlo perfectamente. Cierto es que á Luzy le falta el título de esposo mio, pero tambien lo es que tiene sobre mí todos los derechos que el amor más tierno es capaz de dar. Vuelta de mi error y convencida de que viviendo en su compañía falto al honor, y lo que es infinitamente más, á la conciencia, quiero huir de él, separarme para siempre de su lado, y seguiros á donde sea vuestro gusto llevarme; estoy resuélta á hacerlo así, aún cuando esto haya de costarme la vida. Pero ¿os parece regular que yo escoja para escaparme una ocasion en que se halla ausente de su casa y que quizá le dé motivo con esto motivo para sospechar que le he abandonado por otro hombre.

—¡Desdichada!.... ¿qué es lo que te atreves á decir?... ¿qué te importa la opinion qué pueda formar de ti un vil seductor?..,.... ¿qué derechos puede darle á ese hombre sobre ti un amor bastardo que no ha servido á otra cosa que á causar tu deshonra, cubriéndote de un eterno oprobio?.., Y tú le amas?.,.. ¿Es de-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cir, amas tu deshonra?..... ¿Tú prefieres sus indignos beneficios á la inocencia de que te ha despojado? ¿Tú das la preferencia sobre tu padre, al enemigo mas cruel que este tiene ni tendrá jamás?..... ¿Tú eres quien no se atreve ahora á huir de la casa de un estraño, porque este se halla ausente, y porque no cuentas con su consentimiento para hacerlo?.... Fuiste tan tímida. pensaste con tanta madurez cuanto se trató de abandonar á un padre para sumergirle con tu fuga en el llanto y en la mas atroz desesperacion?..... ¿Qué aguardas de tu raptor?... ¿Que venga aqui á sustraerte de la autoridad paterna?... ¡Ah! ¡qué venga!.. ¡que trate, que se atreva á intentar el arrojarme de aqui!.... Estoy solo y sin armas..... me hallo debilitado por los años..... pero antes de consentir que te quedases otra vez en poder de ese hombre, se me veria caer muerto en el umbral de su puerta, pidiendo venganza á Dios y á los hombres. Tu amante tendria que pasar por cima de mi cuerpo para llegar hasta tí; los transeuntes dirian horrorizados al ver este horrible espectáculo : ¡Maldicion sobre la hija que renegando de su padre ha sido causa de que su amante hollase el cadáver de aquel!...

—¡Ah! esclamó Laura horrorizada de la imágen que su padre acababa de hacerla entrever. ¡No hableis asi, padre mio!.... ¡Cuán poco conoceis al hombre á quien estais ultrajando con tanta crueldad!..... ¡No hay en todo el mundo otro cuyo corazon sea mas sensible!.... Lucy os ama y os respeta.

—¿Y eres tú quien se atreve á hablarme de un respeto y de un amor que me deshonran? ¿Esperas que ese hombre me seduzca con su fingida amabilidad? No, yo no quiero verle, yo no quiero ni aun oirle mentar; si tú respondes de él, yo no puedo responder de mí mismo.

—¡Pues bien!... no le veais, pero permitid que yo le vea aunque no sea sino un momento.

—¿Qué es lo que te atreves á proponerme?... ¡Dejarte yo á solas con ese hombre, aunque no fuese sino un instante!... ¡Jamás!... ¡Antes verás morir á tu padre que lograr tenga contigo semejante condescendencia!... Mientras ignoraba yo tu paradero, Luzy y tú érais los únicos responsables del crímen que habiais cometido. Pero ahora que el cielo ha vuelto á colocarte bajo mi proteccion, respondo de tí al Señor, y seria tan criminal como tú si accediese á lo que pretendes de mí. Vamos, Laura, ya es de noche: el momento es el mas apropósito para lo que yo deseo. ¡Decidete, obedece sin demora ó renuncia para siempre á tu padre!...

—¡Me partis el corazon!

—¡Obedece, ó teme que tu padre te maldiga!

A estas tristes palabras faltola á Laura el valor para replicar. Sin decir una palabra se metió en la alcoba, y desnudándose las galas de que iba cargada se puso el modesto traje que Basilio la habia prescrito.

—¡Padre mio! le dijo cuando iban ya á salir de la habitacion: ¿me permitireis que os pida una gracia en premio de mi obediencia? Vos no quereis seguramente la muerte del hombre que os sacrificó, aunque en este sacrificio no haga otra cosa que cumplir un deber sagrado, Permitidme que lo escriba dos renglones, diciéndole que es con vos con quien me marcho, y que la justa obediencia que os debo es la que me ha obligado á seguiros.

—¿Para qué? ¿para proporcionarle de ese modo el medio de que vuelva otra vez á arrancarte de mi lado!.... No, no quiero dejar el menor vestigio por donde ese hombre pueda venir en conocimiento del sitio en que te encuentras. ¡Que se muera de vergüenza, y en ello no hará sino lo que debe!.. ¡Pero morirse de amor!.. ¡Ah!..... no tengas temor de semejante desgracia; los libertinos no sucumben nunca á esa enfermedad. Vamos!...

Y asi diciendo, Basilio cogió á Laura de una mano, y los dos salieron de la casa sin meter ruido Al dia siguiente se embarcaron en el Sena y no tardaron mucho en llegar á su pais.

Poco mas seria de media noche cuando el conde volvió á su casa; en vez de la calma que habia dejado al marcharse, no halló sino alarma, desórden y una confusion espantosa.

Las doncellas de Laura le cuentan asustadas que no saben qué se ha hecho su ama, que se la ha buscado por todas partes, pero que cuantas diligencias se han hecho para averiguar su paradero, han sido completamente infructuosas; que ella habia tenido cuidado de alejar de la casa á toda la servidumbre, y que sin duda lo ha hecho con intencion de quedar en completa libertad para poder escapar sin recelo; finalmente, que tampoco ha ido á comer con la amiga que habia dicho comeria, y que al marcharse, no tan solo ha dejado las muchas alhajas que tenia, sino que ni siquiera se ha llevado ninguna de las prendas de su uso.

—Es preciso aguardarla, contestó Luzy despues de haber reflexionado un rato. No os acosteis; en este acontecimiento que tanto os sorprende debe haber algun misterio, que por lo pronto no nos es dado comprender.

El verdadero amor, que siempre trata de hacerse ilusiones, empezó en Luzy por hacerle formar mil conjeturas, dirigidas todas ellas á disculpar á Laura; pero hallando al cabo de un rato que eran inverosimiles, el conde pasó de pronto de una confianza sin límites á las mas crueles sospechas. Cierto es que una causa involuntaria podia haber hecho que Laura tardase tanto en volver á casa; pero al despojarse de todas sus galas y el valerse para ejecutarlo y para marcharse del momento en que no habia ningun criado en la casa, ¿no era ya una prueba mas que suficiente de que no volveria, y que aquella evasion habia sido meditada mucho tiempo antes?

—¿Será el cielo, decia el conde, el que la ha tocado en el corazon, y el que, inspirándola remordimientos de su crimen, la habrá hecho huir de mi lado? ¡Ah!.. ¡Porqué no puedo hacerme esta triste ilusion!..... ¡No, no debe haber sido esta la causa de su fuga! Si Laura hubiese tomado una determinacion cristiana y honrada como e ta lo seria, hubiese tenido compasion de mi, y al menos me hubiese dejado cuatro renglones escritos de su mano, despidiéndose de mi y consolándome, pues nadie conoce mejor que ella cuánta debe ser en este instante mi desesperacion y amargura. Semejante paso en nada la habria perjudicado, pues ninguna necesidad tenia de decirme á dónde iba á esconder su vergüenza, y con él hubiera evitado tambien el que yo concibiese contra ella unas sospechas tan crueles y que tan poco favor la hacen, como las que concibo en este momento. ¡Cielos¡.... ¡Laura pérfida é infiel! ¡Laura, que es la candidez personificada!..... ¡Laura, cuya estremada inocencia es la que la ha perdido!..... No..... esto no es creible ; y sin embargo, segun todas las apariencias, esta y no otra es la triste realidad.

Asi discurria el conde de Luzy, para quien cada nueva reflexion, cada momento que pasaba, eran una prueba mas de la traicion de Laura. No obstante, es preciso decir en honor de la verdad, que no habia perdido aun del todo la esperanza de la vuelta de Laura. El desdichado luchaba contra la conviccion, á la manera que el hombre que está agonizando lucha contra la muerte.

—¡Si volviese á presentarse aquí!.. decia. ¡Si pudiera yo convencerme de que no me habia sido infiel!..... En tal caso, mi vida, mis bienes, mi

Universidad de Deusto
Biblioteca

amor, ¿serian acaso suficientes para reparar el agravio que la estoy haciendo?... ¡Con cuánto placer confesaría yo que me he equivocado en el concepto que formo de ella ahora mismo!..... ¡Cuántas y cuán dulces serian las lágrimas que derramaria en su presencia para espiar el crímen de haberla acusado injustamente! Pero, ¡hay de mí!... No soy suficientemente feliz para ilusionarme hasta el punto de creer que soy injusto con ella en esta ocasion.

No hay nadie en Paris, ni en ninguna otra ciudad populosa, que habiendo estado inquieto alguna vez por no llegar á una persona amada á quien aguardaba con impaciencia, no se haya asomado á cada instante al balcon, por ver si alguno de los muchos coches que á todas horas transitan por las calles le traia el objeto de su cariño y de su desasosiego, sucediendo que, á cada nuevo desengaño, el paciente se desespera creyendo que debe haberle sucedido alguna desgracia al que él está aguardando, pues de otro modo seria imposible que tardase tanto en volver á casa. Tres horas mortales pasó Luzy en esta terrible ansiedad. Apenas oia el ruido de un carruaje, se asomaba al balcon, creyendo verle parar á la puerta de su casa; pero engañado una y otra vez en sus esperanzas, estas se convirtieron instantáneamente en desesperacion.

—¡Está visto, exclamó, que la pérfida me ha vendido! Este plan estaba urdido mucho tiempo há, y esa miserable criatura ha escogido el dia que yo comia fuera de casa para llevarlo á cabo. Si ha dejado su casa, sus joyas y magníficos trajes, ha sido únicamente para darme á conocer que no necesita para nada todo cuanto la he regalado. Algun otro, sin duda, la habrá dado cosas de mucho más valor, y ella se hubiera ruborizado de tener que deberme nada. El más débil recuerdo del cariño que la he tenido, la hubiese hechado en cara su traicion é ingratitud. Ella se ha olvidado de mí por dar á otro la preferencia. ¡Ingrata! ¿Dónde hallará un hombre que la ame como yo la he amado?... Sí, la he amado con esceso, y esto ha causado mi ruina. Apenas ha manifestado un deseo, cuando este deseo ha quedado satisfecho. ¡Hé ahí lo que son las mujeres!... Se cansan de todo, hasta de ser dichosas. ¡Ah!... ¿Puedes serlo tu en este momento, pérfida?... ¿Puedes serlo sin pensar en mí?... ¡Pero qué digo! ¿Qué le importa á ella ni mi cariño ni mi dolor? ¡Ah!... En tanto que yo no puedo contener mis lágrimas por haberla perdido, ella está pensando en otro hombre, y ni siquiera se acuerda que yo existo. Esta idea es terrible, y no puedo acostumbrarme á ella de ningun modo. Yo conoceré á ese aborrecido rival, y si la hoguera que arde en mi pecho no me mata antes del nuevo dia, juro que no moriré sin haberme vengado. Su nuevo amante será sin duda alguno de esos falsos amigos que tan imprudentemente he traido á mi casa para que pudiese admirar sus gracias á todo su sabor.

Soligny... Ese falso amigo, por que no me cabe duda que ha sido él, se prendó de Laura cuando la vimos por primera vez en Coulange... ¡Cuán sencilla era entonces!... Pero ahora, ¡cómo ha cambiado!.... Soligny quiso volverla á ver, y yo fuí tan tonto, que creyendo que era imposible que Laura amase á otro hombre que á mí, he traido á mi casa á ese aborrecible rival. Quizá me engaño en mis cálculos; pero por lo pronto no hallo otro hombre sobre quien puedan caer fundadamente mis sospechas. ¡Vamos á saber ahora mismo si me equivoco ó no!..

Y diciendo y haciendo, llamó á uno de sus criados para que le acompañase, y antes de amanecer estaba ya llamando á la puerta del caballero.

—El amo no está en casa, dijo el portero al conde en cuanto le conoció, pues á cualquiera otro le hubiera dicho una claridad por haber ido á turbar su sueño á aquellas horas.

—¿Dices que no está en casa?

—No, señor; se ha marchado al campo.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿A qué hora?

—Al anochecer.

—¿Y á cuál de sus casas de campo ha ido?

—Nadie lo sabe. No se ha llevado consigo otro criado que su ayuda de cámara.

—¿En qué carruaje ha marchado?

—En la berlina.

—¿Va á estar fuera mucho tiempo?

—Quince dias. Me ha encargado que se le guarden todas las cartas que se reciban en este tiempo; y por otra parte, no sabiendo á dónde ha ido, mal puedo yo remitírselas.

—Está bien. Cuando vuelva, le dirás que yo he estado aquí, y que tengo precision de verle inmediatamente.

—Se hará como mandais, señor conde.

—Por fin, dijo para sí al marcharse; si aun me quedaba alguna duda, las esplicaciones de este buen hombre, la ha disipado completamente. Todos los indicios son de que mi juicio no era aventurado. Ahora lo único que me resta saber es á dónde han ido á esconderse. Yo la arrancaré de su poder y lavaré con su sangre la perfidia del uno y la traicion de la otra.

Luzy empezó á hacer mil averiguaciones, que no dieron ningun resultado. El punto adonde habia ido el caballero era un misterio para todo el mundo, y por consiguiente no le fué posible al conde adelantar un paso sobre este particular. El pobre jóven pasó quince dias de continuado martirio, y como se habia fijado en que nadie sino Soligny podia haber sido el raptor de Laura, no hizo ninguna diligencia para averiguar si aquella estaba en poder de otro.

Su estremada impaciencia hacia que enviase un recado todas las mañanas á casa de su supuesto rival, para saber si este estaba ya de vuelta.

Por fin, al decimoquinto, la contestacion fué que acababa de apearse en su casa en aquel momento. En seguida se dirigió allí, temblando de ira como un frenético, y el buen recibimiento que le hizo el caballero, no sirvió sino para irritarle más.

—Querido conde, le dijo Soligny apenas le vió, ya me han dicho que estabas sumamente impaciente por verme. ¿En qué puedo servirte?

—En libertarme, contestó Luzy pálido de ira, de una vida que detesto, ó de un rival que me es odioso. Me has robado mi amada; ya solo te queda arrancarme el corazon.

—Amigo mio, contestó el caballero: tengo tantas ganas de romperme la cabeza con el primero que se me presente como puedas tener tú, porque la ira me sofoca; pero no será contigo, en verdad, con quien vaya á batirme; digo, á no ser que tú no quieras pasar por otro punto, y que estés decidido á hacerme el obsequio de quitarme de enmedio. Pero ante todo es preciso empezar por entendernos. Dices que un infame raptor ha cargado con Laura; lo siento mucho por tí, pero te juro que no soy el autor de semejante desaguisado. No es esto decirte que yo sea tan delicado sobre el particular, que si Laura hubiese preferido mi amor al tuyo hubiese dejado de hacerte esa infidelidad; pero en punto á raptor, es cosa que no está en mis ideas. Eso es siempre muy serio, y si no tienes otra razon para matarme, te aconsejo que me dejes vivir y que te quedes á almorzar conmigo.

A pesar de toda la franqueza que se notaba en el lenguaje del caba-

Universidad de Deusto
Biblioteca

llero, Luzy todavia sospechaba de él.

—Lo cierto es, dijo, que tú has desaparecido de Paris el mismo dia y á la misma hora que Laura; has estado escondido quince dias, sabe Dios dónde, pues tú á nadie se lo has dicho; y, por otra parte, yo sé que Laura te gustaba desde el dia que tú y yo la vimos por primera vez.

—Mira, Luzy; es una felicidad que con el malditísimo humor que yo tengo te quiera lo suficiente para darte mas esplicaciones sobre este particular. Laura, segun tu dices, ha desaparecido de Paris el mismo dia y á la misma hora que yo: á esto no sé qué responderte; es una de aquellas fatales casualidades que constituyen la intriga de la mayor parte de las novelas amorosas. Cierto es que Laura me gusta mucho y que me parece encantadora: pero si te has de romper la cabeza con todos los que piensan del mismo modo sobre el particular, ya puedes prepararte á batirte con medio Paris. Ahora, segun veo, el artículo mas importante es el misterio de mi viaje y la causa que puede haberlo motivado: voy á esplicarte ambas cosas.

Hace ya tiempo que yo andaba enamorado de Mad. Blunson, ó por mejor decir, de sus bienes, de su nacimiento y, sobre todo, del gran influjo que ejerce en la córte: en una palabra, de todo lo que no era ella, pues por sí sola no es muy digna de aprecio.

Ya sabes que no es ni jóven ni bonita, pero en cambio es muy sensible y muy propensa á enamorarse de quien la quiera. Yo habia logrado agradarla, y como mi objeto era casarme con ella, hice cuanto de mí dependió por hacerla creer que estaba perdidamente enamorado de su persona. Yo creí engañarla, pero la astuta viuda ha sido mucho mas hábil, de lo cual ha resultado que he sido yo el engañado. Se conoce que mis carocas le han sido sospechosas y que ha conocido que no era tanto su mano, como sus bienes, lo que me hacia estar con ella tan derretido y complaciente. Así es que, para probar lo que yo valía, me ha propuesto que fuese á acompañarla unos dias á una de sus casas de campo.

Quince dias de estar juntos á todas horas, me ha dicho, harán mas para que nos conozcamos á fondo que dos años de visitas diarias en Paris. Yo he caido en el lazo, y sin duda me he manejado con tanta torpeza, que la viuda, que repito es muy ladina, ha conocido que no era yo el hombre que debia escoger para pasar á segundas nupcias. En resúmen, esta mañana al despertarme se me ha dado mi licencia absoluta por medio de un billetito muy perfumado, pero cuyo lacónico contenido es el siguiente:

«La lijera prueba que he hecho de vuestros sentimientos me ha ilustrado suficientemente respecto á lo que debo pensar de vos: podeis volveros á Paris cuando os acomode.»

Ya ves que este lance no se parece en nada al que tu me atribuias, y que tambien yo he sido robado poco mas ó menos como tu Laura.

¡Quiera Dios, amigo mio, que no hayas hecho con ella un cosa parecida á la que acaban de hacer conmigo!..... Y ahora que creo que debes estar curado radicalmente de tus sospechas contra mí, ¿no podrias decirme si hay algun otro entre nuestros amigos de quien puedas tener la misma desconfianza que de mi tenias?

—Me pierdo en mil inútiles conjeturas; pero por mas que me devano los cascos, no descubro ningun indicio por donde venir en conocimiento de quién pueda haber sido el raptor de Laura. Ahora, lo que te ruego encarecidamente es que me disimules el paso que acabo de dar, por no haber escuchado sino á mi dolor y á mi desesperacion.

—Conde, tu te burlas. Si yo hubiese cometido realmente el crimen que tu me achacabas, te sobraba la razon por cima de los cabellos, como vulgarmente se dice, para exigir de mi una cumplida satisfaccion. Por fin, ya ves que no hay nada de lo que tu te figurabas, y que soy ahora tan fiel amigo tuyo como antes. ¿Quieres que almorcemos juntos?

—Lo único que yo quiero es morir.

—Ese remedio es demasiado fuerte, y es preciso guardarlo para lances de mayor consideracion que este. Esa muchacha era una bribonzuela, segun se vé, y, por consiguiente, no debes volver á acordarte de ella.

Entre tanto que Luzy se desesperaba, y que sembraba el oro á puñados por ver si podia descubrir el paradero de Laura, esta estaba al lado de su padre llorando su falta, ó, si hemos de hablar con verdad, llorando dia y noche la pérdida de su amado.

Basilio habia dicho en la aldea que, no sabiendo vivir sin su hija, habia ido á buscarla á la casa de la señora que se la habia llevado. Todo el pueblo acudió á verla en cuanto se supo su llegada, y todos la hallaron mucho mas hermosa que antes. Los mozos que aspiraban á su mano cuando aun no habia salido de la aldea, mas enamorados que nunca acudieron en tropel á pedírsela á su padre: pero este supo despacharlos á todos con mas ó menos buenas razones.

—Mientras yo viva, decia á su hija el buen Basilio, no cuentes con casarte; yo no quiero engañar á nadie. Trabaja y llora conmigo. Ahora mismo acabo de enviar á tu digno amante todo cuanto me habia dado y ya no nos queda de él otra cosa que el oprobio de que nos ha cubierto.

Laura, humilde y sumisa, obedecia ciegamente á su padre, sin atreverse siquiera á mirarle cara á cara. Costóla un trabajo inmenso, como es fácil concebir, el volver al trabajo y á pesar continuas privaciones, y pronto aquellas manos, que tan delicadas se habian hecho, estuvieron llenas de llagas y de callosidades. Los dolores corporales que sufria eran nada, sin embargo, comparados con los del espíritu.

Aunque Luzy estaba siempre presente en su imaginacion, y aunque su corazon no podia desprenderse de él, ni esperaba ni queria tampoco volver á su lado, Laura sabia ahora cuánta habia sido la amargura de que habia llenado los dias del desventurado autor de los suyos, y aun cuando hubiese tenido proporcion de haberle abandonado de nuevo no lo hubiera hecho, ni por el conde ni por todos los tesoros del mundo. No obstante, la imágen del dolor en que consideraba sumido á Luzy por su ausencia era para ella un suplicio superior á sus fuerzas; siendo este tormento tanto mayor, cuanto que reflexionaba que su amante tenia derecho para acusarla de perfidia é ingratitud, y en la apariencia con sobrada razon.

Una noche, cuando Luzy se volvia á su casa mas afligido que nunca, recibió un paquete anónimo. La letra del sobrescrito, le era desconocida, pero no el sello de correos. Abrióle con precipitacion, y halló dentro el bolsillo que habia dado á Basilio en la ocasion que ya sabemos, mas una letra de valor de ciento cincuenta luises, que era todo lo que el padre de Laura habia recibido del conde en distintas ocasiones.

—Ahora veo claramente, dijo Luzy, que he sido descubierto. El padre de Laura, altivo y severo en sus principios como cuando yo le conocí, no quiere deberme ningun favor, y me envia todo lo que de mí ha recibido en otro tiempo. Ahora no me cabe duda, de que él y no otro habrá sido quien haya venido á buscar á su hija, y el que la habrá obligado á que le siguiese de grado ó por fuerza.

En aquel mismo instante llamó á todos los criados que pertenecian á la servidumbre particular de Laura, y les preguntó si se acordaban de haber visto en casa un hombre de las señas de Basilio. Uno de ellos se acordó de que, en efecto, habia visto un hombre en la calle muy parecido al que el conde decia, que subió un momento al estribo del carruaje de Laura, cosa, sin embargo que no le habia chocado al lacayo, que creyó que el buen labriego se habia refugiado allí temeroso de verse atropellado por uno de los dos carruajes que se disputaban el paso, de los cuales ya saben nuestros lectores que era uno el de Laura.

Que enganchen en seguida los caballos á mi silla de posta, dijo Luzy apenas oyó la relacion de su criado. ¡Pronto! ¡Pronto!...

A la noche siguiente hallábase ya el conde á pocas leguas de Coulange. Desde aquel punto, en donde creyó necesario descansar unas cuantas horas, envió un criado disfrazado á la aldea de Laura, para que se informase de si esta se hallaba ó nò allí, con todo lo demás que pudiese averiguar sobre el particular. Imposible le es descansar á un amante cuándo se halla en posicion tan violenta. Luzy no hizo otra cosa que contar las horas minuto por minuto desde la salida de su emisario hasta que estuvo de vuelta.

—¡Señor, buenas noticias!... dijo aquel hombre á su amo en cuanto le vió; la señorita Laura está en su pueblo en compañia de su padre.

—¡Gracsas á Dios!

—Ahora parece que se trata de casarla...

—¡De casarla! ¡Ah! es preciso que yo la vea inmediatamente.

—Eso tendrá que ser en el campo en donde pasa todo el dia trabajando como en otros tiempos.

—¡Qué rigor, Dios mio!... pero no perdamos el tiempo en estériles esclamaciones; los dos vamos á marchar á Coulange ahora mismo: yo me esconderé cerca de la viña donde trabaja Laura, y tú, con ese disfraz estarás en acecho y me avisarás en cuanto veas que está sola. Vamos, amigo mio. ¡No perdamos ni un momento mas!

El criado de Luzy habia dicho verdad en todo. Ofrecíasele á Laura un partido muy ventajoso, y el cura estaba trabajando porque Basilio aceptase por yerno al hombre que queria á todo trance obtener la mano de la jóven.

Laura, entretanto, no hacía otra cosa que trabajar en la viña y pensar en Luzy. Este llegó al sitio en donde estaba su amada; la vé desde muy lejos, se acerca tomando las mayores precauciones, y como la halla sola vuela á arrojarse en sus brazos.

La sorpresa y la alegria quitan á la pobre muchacha el uso de la palabra. Por fin, haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma, logra dominar su emocion. Trémula al volverse á ver en los brazos de aquel hombre, despues de haber conocido que era criminal, cosa que antes no conocia:

—¡Por fin, esclama, vuelvo á veros, señor conde!..,. Este era el único favor que pedia incesantemente al cielo, no con el único objeto de volveros á ver, sino para asegurar os que, inocente cuando me arrebatásteis del lado de mi padre, lo he sido tambien al abandonar vuestra casa, acto en el cual habreis hallado vos mucho que decir, atribuyéndolo á perfidia é ingratitud. No he sido con vos ni pérfida ni ingrata, y Dios sabe cuánto he sufrido por no veros. Pero ahora que ya sé los deberes que la religion me impone, haré gustosa el sacrificio, por mas que grite mi corazon, pues Dios es antes que todos los hombres. ¡Adios, Luzy!... ¡Adios para siempre!... ¡Alejaos de este sitio y compadeced á Laura! ¡Esta os amó y os amará mientras viva!.... ¡Adios!.... Mi deber es no escuchar ni una palabra mas de vuestros labios!...

—¿Y quién será capaz de separarnos otra vez?... esclamó Luzy estrechando á la jóven en sus brazos como si alguno hubiera querido arrancársela á la fuerza. ¡No, mientras yo exista no hay poder en lo humano que pueda hacer que nos separemos!

—Lo hay, Luzy. Este poder es la voluntad de mi padre, cosa para mi la mas sagrada, despues del deber religioso de que ya he hablado antes y al cual no faltaré jamás con mi pleno conocimiento. Pero, si es posible, prescindamos por un momento de este deber santo. Si supiéseis el dolor que mi fuga ha causado á mi buen padre, vos, cuyo corazon no está aun completamente pervertido, no hubiérais podido menos de estremeceros al ver las lágrimas que corrian por aquel venerable rostro. Robarme por segunda vez, aun suponiendo que yo consintiera en ello, equivaldria á clavarle un puñal enmedio del corazon. Vos me conoceis demasiado para saber que nunca seria yo capaz de causar semejante desgracia, y yo tambien os conozco lo suficiente para saber que no sois capaz de querer vuestra dicha á costa de un asesinato sacrilego. ¡Perded, pues, cualquiera esperanza que pudiérais haber formado! Alejaos de aquí, y dejad que yo pase el resto de mi vida pidiendo perdon á Dios y á mi padre de los delitos que contra ambos he cometido. ¡Adios para siempre, señor conde!... Mi padre va á venir, y seria horroroso que nos encontrase juntos.

—Eso es precisamente lo que yo quiero, y por consiguiente no me muevo de aquí.

—¡Ah!... ¡Vos no haceis con eso sino aumentar mis penas!

Aquí llegaban de su conversacion, cuando se descubrió á lo lejos al buen Basilio. Luzy apenas le vió le salió al encuentro, y en cuanto hubo llegado á su inmediacion se arrodilló delante de él:

—¡Quién sois vos!.... ¿Qué es lo que solicitais de mí? esclamó Basilio sorprendido al principio de la accion de aquel desconocido: mas apenas le hubo mirado con detencion, cuando retrocediendo dos pasos:

—¡Desdichado! le dijo; ¡quitáos cuanto antes de mi presencia!

—¡No, esclamó el conde con energía; yo no me moveré de aquí ni dejaré la postura en que estoy hasta que me hayais oido!

—¡infeliz! Despues de haber deshonrado á la hija, todavia os atreveis á presentaros al padre!

—Confieso que soy criminal, y creo tambien que este sea ya un principio del castigo que merezco por mi crimen; pero escuchadme, y en vez de odiarme me compadecereis.

—¡Ah! dijo Basilio mirando la espada del conde que se habia salido al tiempo de arrodillarse éste, y que estaba desnuda en tierra; ¡si yo fuese tan bajo y tan cruel como vos!... Hé ahí, prosiguió hablando con su hija; hé ahí hasta donde es capaz el vicio de degradar al hombre,.. hasta hacerle arrastrarse á los piés de sus semejantes, soportando con paciencia su desprecio!

—Si yo no fuese sino un hombre vicioso, contestó Lucy con altivez y poniéndose en pié, en vez de humillarme á vos, desafiaria vuestro enojo. No atribuyais mi humillacion actual sino á un sentimiento, el más noble de los que se conocen entre los hombres; á un verdadero amor, al deseo de espiar una falta que me echo continuamente en cara, quizá porque á pesar de todo tengo un corazon mucho mejor de lo que vos suponeis.

Entonces se esforzó con toda la elocuencia que es capaz de dar el sentimiento, en persuadir á Basilio que el rapto de Laura habia sido efecto de una pasion tan vehemente, que no habia estado en su mano

Universidad de Deusto
Biblioteca

obrar con la condura que debia hacerlo para obtener el cariño de Laura por buenos medios.

—Gran dicha ha sido para la humanidad, contestó Basilio, el que esa pasion que decís no haya sido por el dinero, porque entonces, los más famosos bandidos no os hubiesen igualado. Y en efecto, ¿qué diferencia hay entre vos y ellos? ¿Sereis tan bajo que creais que la inocencia y el honor, valen ménos que las riquezas y la vida? ¿No os habeis aprovechado vos de la debilidad y de la falta de esperiencia de esa desgraciada para robarla ambas cosas?... A mí, que soy su padre, ¿no me habeis hecho un mal infinitamente mayor que si me atravesáseis el pecho con un puñal? A un ladron se le ahorca por robar bienes, de los cuales no se necesita absolutamente para vivir; pero lo que vos nos habeis robado á esa infeliz y á mi vale mucho mas que la vida. Sin embargo, todo el mundo os cree noble, y vos mismo estais persuadido de que lo sois. No obstante, ¿han correspondido vuestras acciones al lustre del título con que os honrais? Voy á deciros con toda claridad cuál ha sido vuestra conducta en esta ocasion: ¡la de un malvado de la mas baja ralea!..... En la época de una gran desgracia, y cuando el mas malo de los hombres hubiera tenido compasion de mi, vos os acercásteis á la puerta de mi cabaña, y aparentando doleros de mi desdicha, decíais al mismo tiempo en vuestro interior: — ¡Hé ahí un desgraciado al cual el cielo no le ha dejado otros bienes que una hija, que es todo su consuelo. Pues bien; robémosela mañana, para que nada le quede sobre la tierra!... ¡Sí, hombre bárbaro y cruel; esto, y nada mas que esto, era lo que pasaba en vuestro corazon! ¡Y yo, infeliz de mi, crédulo como un niño, os admiraba, os llenaba de bendiciones, y pedia á Dios que os concediese todo cuanto apeteciais!... ¡Vuestro único deseo, sin embargo, era en aquel momento el seducir á mi inocente hija!..... ¡Mientras mis labios se movian para pedir al señor que derramase sobre vos la inmensidad de sus beneficios, vuestra mano se preparaba á arrancarme el corazon del pecho¡ ¡Ved ahora el hombre á quien habeis agraviado! añadió, desabrochándose la camisa y enseñando al conde un pecho cubierto de honrosas cicatrices. He derramado mas sangre en defensa del Estado, le dijo, que teneis vos en vuestras venas. Y vos, hombre inútil, ¿qué hazaña podeis contarnos?.... ¡Haber hecho la desgracia de un padre seduciendo á su hija, y haber llenado de amargura tanto sus dias como los mios! ¡Contemplad vuestra obra!..... ¡Ved ahí esa desgraciada que moja en el dia con lágrimas el poco pan que come, y que antes de conoceros le parecia tan delicioso, como insípido y malo le parece hoy!..... Educada en una vida sencilla y laboriosa, amaba aquella vida que ahora detesta y que le parece mas pura que la misma muerte. Vos habeis hecho que sean insoportables para ella el trabajo y la miseria; que al par de su inocencia haya perdido su habitual alegria, y que no se atreva á levantar la vista para mirarme sin que el mas vivo carmin cubra sus mejillas. Pero lo que mas me desespera, lo que no os perdonaré nunca, es que me hayais cerrado el corazon de mi hija: que hayais estinguido en él los sentimientos mas santos de la naturaleza, y que hayais hecho que sea un martirio para ella el tener que vivir con su padre... ¿Qué digo? ¡Quizá hayais hecho un daño todavia mayor!... ¡Quizá hayais logrado que le sea odioso hasta mi nombre!...

—¡Eso no, padre mio! esclamó Laura, que habia estado callada hasta entonces. ¡Las palabras que acabais de pronunciar son el castigo mas cruel que podias darme!..... ¡Todo lo merezco, escepto el que se me eche en cara que he dejado de

quereros ni un solo momento de mi vida!

Al decir esto se arrodilló á los piés de Basilio, Luzy hizo otro tanto, y con voz sumamente conmovida:

—¡Padre mio, le dijo, perdonadla!... ¡Perdonadme á mi tambien, y abrazad á vuestros hijos! Si el raptor de Laura no es indigno de ser esposo suyo, concededme su mano ahora mismo.

Esta salida hubiera enternecido aún á quien no fuese tan bueno como lo era Basilio.

—Si hubiese otro medio, dijo éste de volverme mi honor, y de devolveros á los dos la inocencia, me negaría rotundamente á lo que acabais de pedirme. Pero es el único, y lo acepto, más por vosotros que por mi, pues nada quiero ni espero de vosotros, resuelto, como lo estoy, á morir trabajando mis tierras, mientras el Señor me conceda salud para poderlo hacer.

El amor de Laura y de Luzy fué consagrado solemnemente al cabo de pocos dias al pié del altar. Muchas gentes decian que el conde habia cometido en esto una bajeza, y él tambien convino en que era así, no por haberse casado con Laura, sino por haberla seducido.

Por más que se hizo, no hubo medio de reducir á Basilio á que dejase su humilde morada. Viendo que todo cuanto se le decia era inútil, y que jamás consentiría irse á vivir con sus hijos á París, la condesita de Luzy obtuvo de su esposo que comprase una heredad cerca de Coulange, y el buen Basilio consintió en ir á pasar alli los últimos dias de su vida.

Dos corazones, formados para la virtud, no cabian en sí de gozo por haber vuelto al buen camino, despues de un estravío momentáneo. Solo les faltaba ver los frutos de una union tan dulce. El cielo oyó benigno las súplicas de los dos felices esposos, y Basilio, antes de morir tuvo el consuelo de ver sentado sobre sus rodillas más de un bonito y travieso nietezuelo.

FIN.

MAS FUERTE QUE LA MUERTE,

POR RICARDO BECERRO.

En el llano de Vitoria hay un arroyo que va desde Betoño hasta el Zadorra y que se llama el *rió* de Santo Tomás. Solo el Zalla, que mas adelante se une tambien al Zadorra en los pintorescos alrededores de Asteguieta tiene mas cangrejos que él.

Bien lo saben esos pacientísimos vecinos mios que en algunas tardes hermosas van con diez ó doce reteles á colgarlos entre las espadañas y zarzas de sus orillas, ó los bulliciosos cazadores que cuelgan la escopeta en la cocina muchos domingos del año y se van con sus redes y con su alegria á meter bulla á los campos de Estarrona.

Hay mucho de patriarcal, de bíblico ó de lo que quiera que sea, en la figura de algunos canosos veteranos que habiendo pasado una existencia azorosa, llena de peripecias, de ilusiones y de esperanzas,

Universidad de Deusto
Biblioteca

entretienen los últimos años de su vida en oir su misa temprana, en hablar de *la guerra*, y en distraer las tardes sentados entre las violetas, las chirivitas, los tomillos y las retamas con las piernas sobre el rio, el cigarro entre los lábios y la vista fija en las cuerdas de los reteles.

Yo he conocido algunos en las márgenes del Santo Tomás, que en nada envidian con su calma y su filosófica apariencia la vida descansada y regalona de los patriarcas de la antigua ley, cuyos últimos dias se pasaban en la abstraccion y en desprecio de las ilusiones terrenales; verdadero estado contemplativo á que se llega, cuando los años y sus desengaños hacen mirar al mundo tal cual es; pero que no impide á mis amigos á buscar goces inocentes, capaces de distraer los malos recuerdos y de hacer que transcurran con mas suavidad las horas... Los cónsules de la antigua república volvian á dirigir el arado en los campos; los ancianos de los pueblos orientales jugaban con los niños en las puertas de las pagodas; nuestros veteranos de hoy, los jéfes y héroes de la guerra pescan cangrejos. ¿Qué más dá?

Todas las ilusiones de la vida se han reconcentrado en el triple placer: de fumar un cigarro á la sombra de un endrino de la orilla del rio, en quitar las cáscaras rojas á colas de los cangrejos cocidos y en beber un sorbo mas, contando las hazañas de Arlaban, del puente de Arquijas ó del sitio del Bilbao. ¡Hermosa vida! ¿por qué dura tan poco la alegría de los ancianos?

Vosotros los señoritos, que habeis recorrido las universidades, y que habeis empezado á conocer el mundo en el bullicioso *maremagnun* de la córte, no tendreis otros goces que puedan compararse con los que habeis sentido en las tardes de primavera ó de otoño cuando, despues de haberos distraido en la Castellana, admirando aquellas aristocráticas hermosuras, cuyas miradas buscabais á porfía, dedicabais tres ó cuatro horas á complacer el corazon, la vista y los oidos en el lujoso salon, en el animado café, en la cara butaca, en el pacífico restaurand, ó en la tremenda orgía y no habreis gustado acaso de otros mas incomparables goces aun, que se saben buscar en el retirado comedor de una venta aldeana, donde despues de la tarde de paseo, ó de pesca, tres ó cuatro viejos reunidos cuentan, entre el humo de sus cigarros, el hervor de los sorbos de Rioja y las risas no interrumpidas, incomparables historias que ni la literatura sueña, ni los literatos mas estirados saben contar.

¡Oh, y despues cuando ya la noche ha venido, con sus millones de luces en el cielo, con su fresca brisa en el aire y con su silencio en la tierra, qué hermosa es la caminata hasta nuestra casa haciendo cien paradas en el camino y empleando mas de dos horas en andar poco mas de media legua!

¡Cuántas veces con personas carísimas que ya no existen para mi, he aprendido el valor de estas emociones y he oido el argumento de las historias que escribo. alli en las floridas veredas del hermoso llano de Alava que los Pirineos circundan y que las nieblas, que el mar le envia, coronan!

Mas de una vez me he sentado en la orilla de Santo Tomas con el héroe de lo que voy á contar y mas de una vez, él ya muy viejo y yo aun muy jóven, hemos dado vueltas á un tiempo á los recuerdos de la guerra y á la salsa de una cazuela de cangrejos y caracoles en la posada de Betoño.

No será sitio muy á propósito para estudiar literatura, pero conste, que yo he aprendido muchos mas en esos sitios que no en los infolios y en las aulas universitarias. *Suum cuique*.

El famoso caudillo Zumalacárregui zoceaba un poco al hablar.

Asi lo hubiera comprendido cualquiera que le hubiese oido decir una mañana, cerca de Alsasua, apuntando con su espada á una compañía de alaveses que saltando por entre las peñas arrojaba á la bayoneta de su posicion al enemigo:

—¡Bravo! Aquel oficial es un valiente; que se me presente en cuanto acabemos.

Y concluida la terrible carnicería en que se aniquilaron los sostenedores de las dos ideas opuestas, un oficial de veintesiete años, rubio, pálido y agraciado se presentó al general.

Llevó su mano á la boina y se cuadró temblándose todo.

—¡Ah! dijo Zumalacárregui, es el prisionero de Gamarra; te has portado bien; ese el único medio de que puedas conservar la vida; estoy contento, retírate.

Efectivamente, D. Estéban Arregui se habia portado aquel dia como un héroe.

Perteneciente á los antiguos cuerpos francos de celadores ó peseteros, habia sido sorprendido por el caudillo carlista en Gamarra el 16 de Marzo de 1834, despues de la embestida que dió este á Vitoria y que tan bizarramente resistieron los urbanos.

A los pocos dias fué sentenciado á ser pasado por las armas en compañía de mas de un centenar de prisioneros en la horripilante hecatombe que se formó en las cercanías de Salvatierra, al pié de los montes, al otro lado del rio, en el pueblo de Heredia. Arregui iba á morir jóven, cuando su carrera le brindaba un risueño porvenir, y con él debian perecer numerosos infelices á quienes las represalias de la lucha, el ódio de los partidos y su misera fortuna no otorgaban entonces la ordinaria y natural clemencia que en las guerras suele haber.

En una oscura cuadra ó portalon, vigilados por varios centinelas yacian sentados en el suelo unos, recostados otros, sollozando algunos, maldiciendo bastantes, mudos y asustados los mas y agitándose en atroz desesperacion varios, los celadores alaveses, á quienes algunos sacerdotes preparaban para el último trance. A la mañana siguiente el cuadro se hizo mas horroroso, cuando por pelotones los fueron sacando y entre repetidas descargas los aniquilaron. En uno de los grupos salió Arregui, y puesto de rodillas habia ya cerrado los ojos para recibir el golpe postrero, cuando varios soldados y un oficial salieron de las últimas casas del pueblo y le alzaron del suelo en compañía de otro oficial prisionero, volviéndolos á conducir al calabozo, mientras los últimos tiros acababan con los infelices que aun quedaban vivos.

No en vano habia acudido Arregui con sus súplicas á la amistad del valiente brigadier D. Bruno Villarreal, con quien le unia desde hacia muchos años íntimo conocimiento. Villarreal se opuso á su ejecucion, pidió su perdon á Zumalacárregui y este, solo ante la amenaza que le hizo el brigadier de abandonar el servicio y retirarse para siempre, consintió en *aplazar* su órden, pero indicando por lo demás, que aprovecharia la primera ocasion para perderlo de vista.

Los carlistas se movieron en aquellos dias por los alrededores de Arlaban; Arregui mientras tanto maniatado, seguia á la columna con el agradecimiento y el temor en el alma.

Una noche que hicieron alto en Araya, el joven supo que seria fusilado á la mañana siguiente.

Habia vivido entre la zozobra durante algunos dias y al fin sus tristes presentimientos se iban á cumplir.

Se reconcilió de nuevo con un sacerdote y pasó la noche temblando entre dormido y despierto; la idea

de la muerte sostenida en su imaginacion por tanto tiempo habia vencido su sensibilidad, y convertido en una especie de autómata, esperaba casi casi conformado.

Llegó la mañana y nadie se acercó á su calabozo: llegó la tarde, y vió entrar un oficial que le comunicó la noticia de que se habia dispuesto conducirle ante los muros de Pamplona y fusilarle allí con otros cuantos.

Arregui cayó desfallecido; su agonia se prolongaba, el tormento era cada vez mayor.

Bien custodiado por un piquete, y sufriendo además de su tormento moral los disparates denigrantes que los soldados y las gentes le decian, caminó algunas horas, con la razon casi turbada, el corazon oprimido, y acariciando el deseo de que aquella larga y terrible situacion concluyera pronto.

Villareal que habia estado ausente en estos dias, se agitó de nuevo, visitó al general, y con aquella energia y aquellos arranques que fueron en él característicos siempre, exijio el perdon del prisionero. Cuando éste, puesto por tercera vez en capilla, habia perdido toda esperanza, fué sacado del calabozo.

¿Qué iba á ser de él? Por consejo de Villareal y agradecido á los que le habian perdonado, cambió su alto morrion por la boina é ingresó como oficial en un batallon de alaveses.

La mirada de Zumalacárregui pesó sobre él como una amenaza eterna; cuando los carlistas se disponian á entrar en combate, llamaba siempre *al prisionero de Gamarra*, y le encargaba la direccion de la vanguardia que debia esponerse á los mayores peligros.

—Yo acabaré con V., le decia, ya que por un favor especial ha escapado del castigo que sus compañeros sufrieron.

Y todos los dias, en todos los combates, en las más arriesgadas escaramuzas, en los más recios encuentros, camínaba el jóven oficial, con su corbo sable en la mano, bajo la influencia de dos punterías terribles: la de los enemigos y la de la mirada del caudillo.

Su agonía no habia hecho más que prolongarse, su estado moral no era el ordinario, era una estraña mezcla de temor efectivo y de ilusoria esperanza, los horrores de la guerra no le asustaban; consideraba á los que veia caer á sa lado como compañeros de infortunio á quienes no tardaría en seguir, y á los que volvian vivos del combate, como á seres infinitamente privilegiados, para quienes la lucha aún tenia horizontes llenos de gloria y de esperanza.

Cuando las cornetas tocaban diana, parecía como que escuchaba de nuevo su sentencia de muerte, y cuando en ese misterioso silencio con que los batallones se forman para entrar en fuego, veia maniobrar á los soldados, le parecia que él iba á ser la única víctima para presenciar cuyo sacrificio se reconcentraban todas las armas. Y á la voz enérgica y penetrante del general, respondía en su cuerpo un grande estremecimiento, y sentia hervir en su cerebro la idea de la matanza, y los primeros tiros sonaban en su oido como las salvas de la victoria, y en pos de aquella muerte que tantas veces le habia amenazado, se lanzaba animoso y valiente á la cabeza de su compañía. buscando el peligro por todas partes y animando á los suyos en vascuence y en castellano, todo revuelto.

Esto sucedió cien veces distintas y entre ellas en el ataque y asalto de Maestu, donde fué arrojado á morir por el caudillo.

Sin duda la vista de Arregui le traia á la memoria la sangrienta hecatombe de Heredia, y eran para su conciencia un torcedor providen-

un apuesto galan la contemplaba,
y que en aquel momento
Elvira alzó sus ojos distraida
en el bello galan diz se fijaron
y una emocion sintió, desconocida,
y sin saber cómo tal cosa hicieron
sus ojos con sus ojos tropezaron
y en un solo mirar se confundieron,
¡Una mirada amante! ¡pobre Elvira!
ya no puede seguir sus oraciones:
por mirar al altar al jóven mira,
y en vez de meditar finje ilusiones.
Ya el rezo concluido,
vió marchar al galan ¡ay! suspirando
y aún despues que del templo hubo
[partido,
dentro del alma le siguió mirando.
¡Una mirada amante! ¡quién dijera
que sobre un corazon tanto pudiera!

IV.

¡Feliz el ser que amor en si atesora!
un poeta decia,
mas saber no debia
la inconstante inquietud de aquel
que adora.
Así la hermosa Elvira
desde el dia en que amor sintió en
[el alma
anhelante suspira
buscando en vano la perdida calma.
Cuando de la oracion llega el ins-
[tante.
alegre baja al coro,
buscando con sus ojos anhelante
al noble jóven que rendido amante
mirándola la dice «yo te adoro.»
Y turbada contesta sonriendo,
y atrevido el galan sigue mirando,
y sus almas en una confundiendo
todo un cielo de amor viven gozando,
Mas ¡ay! que la oracion ha termi-
nado
y del templo el galan es ya partido,
¡pobre Elvira! su pecho enamorado
exhala solo lánguido gemido,
y angustiada y llorosa
ocúltase en su celda presurosa.
Por distraer su pena
á su ventana se asomó gimiendo,
y el ruiseñor su triste cantilena
á entonar comenzó la niña viendo.
Con la triste armonia
que exhalaban sus lánguidos can-
[tares
espresar parecia
un poema de amor y de pesares.
Y escuchando aquel canto
que recuerda á la niña el ser que
[adora,
dice compadeciendo su quebranto
¿qué dirá el ruiseñor que triste llora?

V.

Al dolor se sucede la alegría:
y así á la hermosa niña enamorada
que gemia apenada
una nueva feliz llególa un dia.
Era que del convento
salir debia ya, pues amoroso
esperaba contento
de la niña un galan ser el esposo.
Y el galan era él ¡era el amante
que en el templo tan dulce la miraba
aquel por quien la niña suspiraba
sin cesar un instante.
¡Qué alegre ella corria entre las flores
riendo en su locura!
¡Qué alegre daba al viento sus amores
contándole sus sueños de ventura!
De un lado en otro lado
iba veloz cual blanca mariposa,
pensando siempre en el galan amado
y riendo de amor... ¡Era dichosa!

VI.

¿Y el ruiseñor? Oid el fin del cuento.
La víspera del dia
en que Elvira el convento
por su felicidad dejar debia
en su celda encerrada
una carta leia enamorada.
Era la noche plácida y serena
la luna misteriosa rielaba,
su dulce cantilena
el ruiseñor gorgeaba;
y en aquella hora triste y silenciosa
en que todo dormia,
Elvira temblorosa
embriagada de amor así leia.

—

Elvira! dulce amor mio,
pobre tórtola inocente

que ignoras haya otro ambiente
donde respirar mejor,
oye al que á tu celda llega
por tus encantos rendido;
ven, Elvira, ven al nido
con que te brinda mi amor.

—

Si en la celda solitaria
un ensueño acariciaste,
y atrevida te forjaste
mentida felicidad,
no suspires mas, Elvira
que cerca de quien te adora
vas á mirar desde ahora
ser tu sueño realidad.

—

¡Ah! veras como á mi lado,
hermosa del alma mia,
en dulcísima alegria
tu existencia correrá.
No turbaran tu ventura
melancólicos pesares,
te arrullaran los cantares
que tu amor me inspirára.

¡Elvira! luz de mis ojos,
pobre tórtola querida
que gimes ¡ay! escondida
señando un mundo de amor,
ven á gozar á mi lado
de ese mundo apetecido,
ven Elvira, ven al nido
con que te brinda mi amor!

—

Esto la hermosa niña suspirando
leyó con voz suave,
y despues estasiada, oyó callando
el cántico del ave.
Miró á la enredadera,
y al fulgor del luna que alumbraba,
vió como el ruiseñor acariciaba
en el nido á su amada compañera.
Y el bello cuadro viendo,
Y en su amor y la carta meditando,
esclamó sonriendo:
¡ya sé qué dice el ruiseñor cantando!

FIN.

LA ANTIGUA DE ONDARROA,

POR D. LUIS DE IZA.

Animados por demás y cómicos en sumo grado eran los variados cuadros qne se ofrecian á la vista del curioso á bordo del vapor *Villa de Madrid*, que se dirigia con rumbo á la ciudad minada del Cantábrico, á la bella *Donostia*, el dia 14 de Agosto del año pasado. Los pasajeros que el vapor llevaba eran gentes de todas las clases de la sociedad, que dando de mano por un par de dias, como festivos que eran, á sus ordinarias faenas, aprovechaban el viaje de *placer* para asistir á las corridas que aquellos dias tenian lugar en la ciudad citada, y saludar al propio tiempo á sus hermanos *donostiarrac*.

Imposible me seria, aunque lo intentase, bosquejar con vivos colores alguna de las escenas que en aquel viaje presencié: acaso el lápiz de uno de los viajeros podria hacerlo mas al natural que mi tosca pluma.

Como por otra parte no es este mi objeto, me concretaré al asunto que estas líneas motiva.

—

Serian cosa de las diez de la mañana cuando el estampido del cañon me hizo levantar de la silla en que me hallaba sentado en un rincon sobre cubierta. De pies sobre la banda de estribor, pude observar que nos hallábamos frente á la bonita é industriosa villa de Ondárroa. Insensiblemente y como arrastrados por una fuerza misteriosa, mis ojos se dirigieron á una eminencia que domina el puerto, y al divisar la ermita que en la eminancia se sienta,

llenos los ojos de lágrimas y con el corazon conmovido, esclamé en alta voz, quitándome el sombrero: Salve Virjen de la Antigua, égida protectora de mis inolvidables ondarroeses. «Mi esclamacion y mi actitud llamaron vivamente la atencion de un caballero, ya entrado en años, que á mi lado se encontraba; pues dándome en el hombro, me preguntó: Tiene V. la bondad de referirme la causa de esa súbita esclamacion que le acabo de oir, y de esas lágrimas que todavía corren traidoras por sus mejillas?»

—Tal dia como hoy, le dije, hace ya muchos años que subí á aquel Santuario que allí vé V. (y le señalé que el teníamos al frente,) llevado de la mano, cuando yo era niño por una santa anciana, que hoy duerme el sueño de los justos.

Y cesé de hablar, porque nuevas lágrimas arrasaban mis ojos, y emociones asaz violentas embargaban mi alterada voz.

—No puede V. figurarse, prosiguió diciéndome mi acompañante, cuánto alegran mi alma los recuerdos de la tierna juventud, recuerdos llenos de un encanto y de una poesía infinitos.

Podré esperar de su bondad que me refiera alguno de esos recuerdos que veo bullir en este momento en su mente?

Yo prometí satisfacer su curiosidad, pues ella me proporcionaba el placer de tributar un recuerdo á la villa de Ondárroa y á sus industriosos moradores.

Causas sin embargo agenas á mi voluntad impidieron que pudiese cumplir mi palabra durante aquel viaje; mas como merced á la nunca desmentida amabilidad de uno de los redactores de la CORRESPONDENCIA VASCONGADA, estas líneas, aunque trazadas por mano torpe, espero tengan cabida en su *Leyendario*, voy á pagar la deuda sagrada que aquel dia contraje, y confio que cuando estas cortas páginas lleguen á manos de mi compañero de viaje, sabrá dispensarme la tardanza.

Ojalá que logre merecer de igual modo la indulgencia de los lectores por mi temeridad y atrevimiento.

—

Era á la caida de la tarde del 14 de Agosto de 184..... Notábase un movimiento y una alegria no comunes en todos los moradores de la villa de Ondárroa. Los artesanos dejaban sus herramientas, los labradores encerraban sus aperos, y los intrépidos marineros recogian sus aparejos, para entregarse todos á la fiesta que todos los años se celebraba en honor de la santa patrona, de la virgen de la Antigua.

Pobres y ricos, chicos y ancianos trepaban presurosos la empinada cuesta que dirige al santuario, gritando y cantando entre el alegre sonido del tamboril y el sonoro y presuroso tañir de las campanas.

Apresuróse mi abuela á terminar sus quehaceres domésticos, y tomándome de la mano, emprendimos á buen paso por entre los grupos que obstruian la ágria cuesta, con el objeto de encontrar un rincon en el santuario desde el que pudiésemos asistir á la solemne salve que iba á cantarse. Despues de hacer un pequeño alto en el pórtico de la ermita, penetramos dentro, no sin gran dificultad, y nos acomodamos cerca de la entrada.

Al poco rato se entonó la Salve por un coro del pueblo. La ermita estaba atestada de fieles: la imágen estaba adornada con un rico manto y una preciosa corona de plata sobredorada: el templo estaba profusamente iluminado.

Terminada la Salve, la concurrencia fué saliendo al átrio, y mi abuela me detuvo hasta que se desahogó la capilla y pudiésemos salir con comodidad.

Llamaron grandemente mi atencion varios hombres armados que penetraron en el templo, y deseando saber la causa de tal aparato pregun-

Universidad de Deusto
Biblioteca

té en voz baja á la anciana: ¿Qué hombres son esos? ¿qué vienen á hacer aqui con esas armas?

—Vienen á custodiar, me contestó, á la santa imágen y á evitar el que manos sacrílegas traten de despojar como trataron en otro tiempo á la imágen de sus mas ricos adornos.

—Pues qué, han querido robar alguna vez esas alhajas!

—Sí: hace ya muchos años; pero veo que estamos en conversacion en el templo, y salgamos fuera que allí te contaré lo que cuenta la tradicion acerca de aquel criminal atentado.

Apenas nos vimos fuera, sentándose mi abuela sobre la verde alfombra que tapizaba el suelo y yo en su halda, comenzó su narracion de esta manera:

—

Hace ya muchos años tal noche como esta entregábanse los ondarroeses en brazos del sueño para asistir á la fiesta del dia siguiente.

Serian como cosa de las doce de la noche, cuando los habitantes de la villa se despertaron sobresaltados por el clamoreo de las campanas de la Antigua, que á hora tan intempestiva despedian sus vibrantes ecos por todo el valle con fuerza y rapidez inusitadas.

Nadie podia darse cuenta de suceso tan estraño, así que para salir de dudas, se dirigió el pueblo en masa, y á todo correr por la empinada cuesta. Las campanas ¡oh asombro! seguian su clamoreo sin que alma viviente las tañera.

Si grande fué el asombro de los ondarroeses al notar este prodijio, no fué menor el que esperimentaron cuando, dirigiéndose en tropel á la puerta del santuario, la hallaron abierta, y penetrando aterrados en el templo, contemplaron horrorizados el cuadro que presentaba la capilla.

Tres hombres se encontraron en su interior como clavados en el suelo: uno junto á la pila del agua bendita, otro en el centro, y el tercero de pié, sobre el altar, en actitud de arrancar á la imájen el precioso manto y la corona.

Bien pronto comprendieron los que en la capilla se hallaban, que solo un prodigio del cielo pudo desbaratar el infame proyecto de aquellos tres ladrones, asi es que precipitándose sobre ellos los maniataron y bajaron á la villa para entregarlos á la justicia, acordando el vecindario que todos los años, en semejante noche, guardasen el santuario los vecinos del pueblo á quienes correspondiese hacer la velada.

Hé aquí porqué has visto entrar esta noche á esos honrados vecinos armados con escopetas, en el santuario.

Y dicho esto se levantó y me levantó del suelo, tomándome de la mano, y dirigiéndose al principio de la cuesta, por la que bajaban ya muy pocas personas:

—¿Y qué hicieron, la interrogué, con aquellos ladrones, abuelita?

—Muy pronto pagaron, me contestó, con la vida su sacrilego proceder.

¿Ves ese cerro que se estiende ahí, frente á nuestra izquierda? Pues la tradicion refiere que los tres criminales fueron ahorcados detras de esa eminencia, y todavía hay en la villa personas que han visto los vestidos de aquellos malvados en las bóvedas del santuario, cubiertos de polvo y tendidos sobre unos palos.

Llegábamos en esto á la entrada del pueblo y nos dirigimos á nuestra vivienda á descansar de las fatigas del dia para esperar al siguiente, que se celebraba la fiesta de la sacrosanta imájen de la Virjen de la Antigua.

Muchos años van trascurridos desde entonces; pero de tal manera impresionó mi alma de niño aquel relato hecho con toda la fé de una sencilla aldeana, de aquella bondadosa anciana que dirigió mis primeros pasos, que aun en este momento me parece estar en el lugar citado, pendiente mi atencion de sus labios.

Mucho de venerable tiene para mí la ancianidad, ¿cuánto más no tendrá si vá acompañada de la aureola de la virtud, de la santidad y de la fé?

Santurce 17 de febrero de 1871.

SOMBRA Y LUZ,

POR ALFONSO BROTT.

I.

A la salida de Etain, pueblecillo de corto vecindario en la antigua provincia de Lorena, y á cosa de media legua del camino de Nancy, se halla situado en lo alto de una colina cubierta de altos y espesos árboles, un castillo construido á fines del siglo XVII.

En el mes de abril de 1824, Mad. de Lansalut, viuda de un coronel francés, muerto en el sitio de Cádiz, fué á establecerse en aquel sitio acompañada de un antiguo sirviente de la casa de sus padres, llamado Andrés, con dos hijas que la habían quedado muy niñas aun en la época de que hablamos y cuyos nombres eran Margarita y María. Aunque se llevaban dos años, parecia que estas criaturas habian venido al mundo en un mismo dia, tan parecidas las habia hecho Dios, sin duda para que su madre viéndolas enteramente iguales en gracias y en bondad, las amase tambien con una igualdad semejante á la que se advertia en los lindos rostros de las dos interesantes niñas.

Vestidas de un mismo modo estas dos hermanitas y ordinariamente de blanco, con la sonrisa siempre en los lábios, de esbelto talle y tan iguales en estatura como en todo lo demás, parecian un delicioso pastel destacado de un cuadro, dibujado dos veces por el hábil pincel de Wateau.

A esta semejanza milagrosa de sus encantadoras facciones, se juntaba el tener un timbre de voz tan parecido que, no viéndolas era imposible decir cuál de las dos era la que estaba hablando. Si estaban un poco léjos de Mad. Lansalut, le sucedia á esta con muchísima frecuencia llamar María á Margarita y vice-versa. Por desgracia este error se desvanecia muy pronto, cuando María, despues de haberse detenido un corto rato á escuchar, acudia con los brazos abiertos y con mal seguros pasos hácia el sitio de donde habia salido la voz, oprimiéndose dolorosamente el corazon de la pobre madre cada vez que esto sucedia. Es el caso, que, aunque tan semejantes las dos hermanas por la belleza de su alma y de su cuerpo, una desgracia terrible habia roto aquella perfecta igualdad de dones con que las habia favorecido el cielo.

María habia perdido la vista en un incendio cuando solo contaba seis años. Durante el primer año que esta apreciable familia vivió en el castillo de Etaim. Mad. de Lansalut, ocupada esclusivamente en la educacion de sus hijas, apenas atravesó los umbrales de aquella habitacion, trasformada para ella en un nuevo Eden, por la presencia y el amor de sus dos hijas.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un dia, en que se habia decidido á dar un largo paseo con ellas por medio del bosque, volvíase á su casa á la caida de la tarde, llevando á María á su derecha y á Margarita al lado opuesto, cuando al doblar un recodo que hacia el camino, vió delante de sí, una señora todavía bastante jóven y más que medianamente hermosa, á pesar de la palidez que se advertia en su semblante, que llevaba de la mano á un niño que podria tener á la sazon cosa de doce á trece años. Las dos señoras se miraron con toda la curiosidad que la buena educacion permite, quedando ambas sorprendidas, madama de Lansalut por haber reparado en el niño que llevaba de la mano la señora desconocida, y esta por haber fijado su atencion en María.

Al cabo de una semana las dos señoras volvieron á encontrarse casi en el mismo sitio, y entonces se saludaron; por fin volvieron á hallarse por tercera, y entonces se dirigieron ya la palabra.

—¿Con quién estás hablando, mamá? preguntó Máximo levantando su hermoso rostro y fijando en aquella señora sus lindos ojos azules, que tampoco le servian de otra cosa que de adorno.

—¡Pobre niño! dijo Mad. de Lansalut, besándole en la frente y conociendo que se hallaba privado del sentido de la vista.

Esta conformidad de clase, de edad, de carácter, y, sobre todo, de desgracia, debia unir forzosamente á Mad. de Lansalut y á la condesa de Vintimil, que era el título de la que hasta ahora nos era desconocida; asi es que las dos infelices viudas tardaron poco tiempo en ser amigas inseparables. ¡Tan cierto es que nada une tanto á las personas como la comunidad de lágrimas! La dulce intimidad que mediaba entre la condesa y Mad. de Lansalut no tardó en unir á sus hijos, y muy en breve Margarita y María fueron para Máximo dos hermanas queridas. Al pie de la colina sobre la cual estaba edificado el castillo habia un vallecito poblado de sauces y de álamos, y regado por un límpido y cristalino arroyuelo. Muy á menudo, cuando el tiempo estaba bueno, salian de entre aquellos árboles dos vocecitas delicadas que pronunciaban con cariño un nombre propio; y otra voz mas fuerte, aunque no menos delicada y sonora, respondia á aquel doble llamamiento desde el otro estremo de la pequeña cañada. Reunidos los tres niños, entablaban largas conversaciones enmedio de paseos mas largos aun que estas, no separándose jamás, para volverse cada cual a su casa, sin jurarse antes cien veces que jamás se olvidarian unos á otros, y que pasarian toda su vida juntos.

Las pobres madres, que eran las inseparables acompañantes de sus hijos en estos paseos, se sonreian con cierta melancolía al contemplar la dicha de aquellos niños, dicha que temian prudentemente, despues de lo que las habia enseñado la esperiencia, que nunca podria ser tan duradera como aquellas inocentes criaturas se lo prometian. Siempre que llegaba el momento de separarse, no faltaban mil ingeniosos pretestos para retardarlo lo mas que fuese posible, y al dia siguiente, cuando volvian á reunirse, esperimentaban una alegria propia esclusivamente de aquella época feliz de la vida del hombre, en la cual cree este que el dolor no ha de hallar jamás cabida en su corazon.

Por grande que fuese la amistad que Máximo profesaba á Margarita no era comparable con la que le unia á María, preferencia que, á no dudarlo, provenia de la comunidad de desgracia de que ambos eran víctimas. Si María tardaba un poco mas de lo regular en presentarse en el sitio de sus reuniones campestres, el niño estaba distraido, triste é inquieto, y todas las agudezas y buen

humor de Margarita no eran suficientes á hacer que asomase á sus labios la mas lijera sonrisa. Pero aunque Margarita hubiese tenido que quedarse en el castillo á estudiar sus lecciones de piano ó de geografía, etc., no por eso se impacientaba Máximo cuando le decian la causa de que su amiguita no les acompañase aquel dia. ni tampoco dejaba de dar un paseo en dulce conversacion con María por debajo de los sáuces de que, como ya hemos dicho, estaba poblado el vallecillo. Los aldeanos que los encontraban en estos paseos no podian menos de esclamar:

—¡Pobres niños!..... ¡Qué lástima que sean ciegos!

Al poco tiempo murió la condesa de Vintimil, dejando por su ejecutora testamentaria á Md. de Lansalut, razon por la cual esta señora dispuso que Máximo fuese á vivir en su castillo. Apenas se habian enjugado las lágrimas causadas por esta muerte, cuando Mad. de Lansalut pagando el comun tributo á la naturaleza, fué á juntarse en el cielo con su amiga, y los tres pobres huerfanitos quedaron completamente aislados en este mundo. sin otro protector, ni mas persona que por ellos se interesase que un tal M. Duval, anciano respetable, que habia sido en otros tiempos mayordomo de la condesa.

Cuatro años trascurrieron; de esta suerte Margarita habia llegado á los diez y seis años, María á los 15. y Máximo acababa de cumplir diez y siete. La amistad que hasta entonces habia unido á los dos cieguecitos fué convirtiéndose poco á poco en otro sentimiento mas vivo, y la tierna solicitud de Margarita por ellos se parecia mas al desvelo maternal que al cariño que suelen profesarse comunmente los hermanos, aun los mas buenos.

Una tarde en que Máximo y María habian dado un largo paseo por el valle, fueron á sentarse, para descansar de lo mucho que habian andado, en un banco de césped que estaba al lado de un arroyuelo. Poníase á la sazon el sol por detrás de cortinajes de oro y de púrpura, una brisa casi imperceptible que se moviesen blandamente las ojas de los árboles, y todas las flores de la pradera exhalaban deliciosos aromas. Ensimismados, Máximo y María estaban tan mudos como la hermosa naturaleza que les rodeaba. Algunos rayos de sol que se abrieron paso por entre las nubes antes de que aquel astro se ocultase del todo, iluminaron por última vez los rostros de nuestros dos jóvenes; pero á poco fué disminuyendo la claridad hasta que oscureció del todo.

—Máximo, dijo entonces María levantándose de su asiento, creo que es hora de que nos volvamos al castillo, porque ó yo me equivoco mucho ó debe de ser ya de noche.

—¿No es siempre noche para nosotros? respondió el jóven en tono sumamente triste. ¡Oh! por favor, dejemos pasar algunos minutos mas. ¡Se está tan bien aquí!

María se sentó de nuevo al oir esto, pasó un cuarto de hora muy largo sin que ninguno de los dos jóvenes volvióse á dirigirse la palabra Máximo, con el codo derecho apoyado sobre el muslo y sosteniendo la cabeza con la mano, habia vuelto á quedarse pensativo y taciturno. Su rostro cambiaba de color á cada momento, poniéndose ya pálido, ya encendido, segun las diferentes ideas que agitaban alternativamente su alma.

María, con la cabeza derecha, y con sus hermosos ojos sin movimiento, fijos en la bóveda celeste, parecia querer hacerles penetrar por entre las densas tinieblas que á manera de venda cubrian sus retinas, imposibilitándola para volver á ver jamás la luz. De pronto, interrumpiendo aquel silencio que se prolongaba ya demasiado:

—Hermano mio, le dijo al jóvenr ¿no has tenido nunca deseos de ve,

Universidad de Deusto
Biblioteca

lo naturaleza con su hermoso cielo, con sus brillantes estrellas, con sus magníficas tempestades? ¿No tendrías mucho gusto en ver la tierra con sus flores, sus árboles, sus montañas y sus inmensos mares?

—Nunca he ansiado ver sino una sola cosa, un objeto que es el único que llama mi atencion en este mundo, y este objeto eres tú, mi querida María, mi amadísima hermana.

María, á quien Máximo habia cogido una mano, antes de hablar del modo que acabamos de oir, la retiró inmedíatamente, y sus mejillas se cubrieron de un hermoso carmin.

—¡Oh! le dijo, si tu hubieses tenido vista, aún cuando no hubiese sido sino seis años, como me ha sucedido á mí, no hablarías de ese modo.

—¿Tan hermoso es el mundo? preguntó Máximo, acercandose muy despacito á la jóven.

—Tan hermoso, hermano mio, que cada vez siento mas el no poderle ver. ¡Ah! jamás se borrará de mí memoria el funesto dia en que le ví por última vez. Estábamos entonces en España; parecia ¡ay de mí!.... que el cielo se habia ataviado aquel dia con todas sus galas para despedirse de mi. Hacía un calor bastante fuerte, cual acostumbra hacerlo en aquel pais, y como me habian hecho dar un buen paseo con el fresco de la mañana, estaba rendida y me eché á dormir la siesta. No tardaron mucho en despertarme los gritos desesperados de las gentes de la casa que veian desde fuera que mi cuarto estaba ardiendo y que era muy difícil salvarme. En efecto, me hallaba rodeada de llamas; el instinto natural de salvar la vida me hizo echar á correr, atravesando por medio del incendio; lo que pasó por mi lo ignoro; solo sé que me desmayé, y que cuando recobré el uso de mis sentidos, como nada veia, pregunté si habia ya anochecido. Mi madre, al oir esto, dió un agudo chillido, y yo sentia caer sus lágrimas en mi rostro y en mis manecitas, pero no la veia. ¡Estaba escrito que ya no debia volverla á ver mas sobre la tierra!

—¡Pobre María! esclamó Máximo.

—Pero tú, hermano mio, dijo entonces la jóven, puedes ver todo lo que yo he visto y verlo por mas tiempo, es decir, mientras vivas.

—¿Yo?

—Sí, tu madre nos ha contado muchas veces que en un pueblo de Alemania llamado Carlsruhe...

—¡Acaba!

—Hay un médico muy hábil que la habia prometido volverte la vista.

—¡Volverme á mí la vista!

—Sí, tu madre no tuvo suficiente valor para ponerte en manos de aquel hombre, temiendo que no te empeorase en vez de aliviarte, haciéndote contraer alguna enfermedad en los ojos además de la ceguera; pero tú debes tener el valor de qué careció tu madre y probar todos los medios posibles, á muerto ó á vida, como suele decirse. !Oh, Máximo, si tú supieras cuán bellos son el cielo y la tierra!

Máximo, con la voz conmovida y latiéndose el corazon con violencia:

—¿Y tú, dijo, puedes esperar el volver á ver algun dia el cielo y la tierra y todos esos objetos que tanto sientes haber visto por última vez el dia de tu fatal desgracia?

—¡Oh no, Máximo!... Yo estoy condenada á no volver á ver nada de todo eso en mi vida, á menos que el Señor quisiese hacer conmigo un milagro, lo cual no es probable que suceda.

—¡Pues bien! ¡Mis ojos quedarán cerrados á la luz mientras lo estén los tuyos!

—¿Por qué?

—Porque, no teniéndola tú, no quiero vista.

María alargó la mano con viveza, cogió la de Máximo y la puso sobre

su corazon en muestra de agradecimiento á tan sublime sacrificio.

Margarita los llamó en este momento. Los dos cieguecitos se levantaron de sus asientos, y fueron á reunirse con su hermana, guiados por el eco de su voz.

II.

En aquella época, vivia en Etain un jóven tronera, de perversas costumbres, pendenciero, brutal, célebre por sus uchos desafíos, y del cual no hablaban sino santiguándose al pronunciar su nombre, como si mentasen al demonio, tanto los maridos como las madres de familia.

Hijo de una familia que habia hecho una fortuna considerable en el comercio, Luis Dubreuil, que así se llamaba este solemne calavera, contaba á la sazon unos veinte y cinco años. Aunque de mediana estatura, y de constitucion bastante débil al parecer, era de una hermosura tal, que no habia mujer en quien no causase impresion la primera vez que le veia, ni que dejase de enamorarse de él á la segunda.

Recibido casi en todas las casas que le acomodaba frecuentar, á causa del terror que á todo el mundo inspiraba, por creerle capaz de cometer cualquier atentado si se le rechazaba abiertamente, no dejaba jamás de tratarse con una familia sin haber dejado en pos de sí un largo rastro de cieno ó de sangre. Un dia vió en la ciudad á Margarita, y á su vista aquel corazon, hasta entonces de hierro, comenzó á ablandarse al considerar las gracias de aquella hermosisima criatura. Detúvose estasiado delante de ella para contemplarla muy á su sabor, cual si tuviese ante sus ojos una vision celestial, y ya se hallaba Margarita á mucha distancia de él, cuando todavía iba siguiéndola con la vista. En cuanto volvió á su casa el perverso mancebo se encerró en su cuarto, y estuvo pensativo toda la noche, meditando cómo habia de manejarse en adelante para hacerse querer de la linda desconocida.

Desde el dia siguiente empezó á correr las calles de la ciudad en todos sentidos, esperando volver á encontrar á Margarita en alguna de ellas; pero sus esperanzas salieron fallidas, á pesar de que, no satisfecho con esto, habia hecho varias escursiones á los alrededores de la poblacion, por ver si en ellos era donde habitaba aquella mujer, que no se apartaba ni un instante de su imaginacion desde la primera, ó mejor dicho, la única vez que la habia visto. Exasperado al hallarse con este obstáculo imprevisto, aquel principio de amor se convirtió muy pronto en pasion, y esta en un delirio que le hacia aparecer como frenético. Veiale vagar por las calles especialmente de noche, silencioso, con la cabeza baja y cual si buscase alguna persona ú objeto de cuyo hallazgo dependiese su tranquilidad.

Si al volver una esquina ó en medio de un paseo ó calle veia una mujer que se le figurase ser la que buscaba, atropellaba por medio de todos los que se hallaban al paso, hasta que lograba ponerse á la altura de la que creia que podia ser Margarita; entonces la miraba con insultante curiosidad, mas apenas se convencía de que se habia equivocado, cuando la volvia bruscamente la espalda, y continuaba sus investigaciones, poseido de una especie de vértigo de que él mismo no podia darse cuenta. Por fin, una de aquellas casualidades que tan frecuentes son en la vida, hizo que, cuando ménos lo esperaba, se hallase con Margarita en casa de uno de los notarios de la ciudad.

Verla, y sentir un estremecimiento general fué todo uno: sin embargo, supo contenerse, contentándose con lanzar á la jóven una mirada de fuego, que hizo que ésta, al notarlo, temblase de piés á ca-

Universidad de Deusto
Biblioteca

beza. Cuando Margarita se despidió del notario, Luis se acercó á ella, y en voz que nadie más pudo oir, la dijo estas terminantes y lacónicas palabras:

— Señorita, sabed que os amo.

Asustada Margarita, tanto de esta atrevida frase como del tono en que habia sido dicha, abrió bruscamente la puerta del gabinete, sin siquiera mirar á Dubreuil, pero éste, cogiéndola suavemente la mano, añadió:

—Y quiero que vos me ameis.

—¡Caballero!.. esclamó Margarita mirándole con el mas profundo desprecio.

—Señorita, añadió Luis, lo que yo quiero sucede siempre, y no tardareis mucho en convenceros de la verdad de lo que os estoy diciendo en este momento.

En seguida, haciéndola un graciosísimo saludo, fué á hablar con el notario del asunto que le habia llevado á su despacho, y Margarita pudo salir de él con entera libertad.

Pasó algun tiempo, y el recuerdo de esta aventura se habia borrado casi enteramente de la memoria de Margarita. Una noche, y cuando apenas haria una hora que las dos hermanas se habian retirado cada cual á su cuarto, y Máximo al pabellon que ocupaba en el jardin, parecióle á Margarita en el momento en que iba ya á quedarse dormida, que habia oido un ruido como de pasos en el corredor que daba vuelta al patio grande del castillo, á cuyo corredor daban las puertas de las habitaciones. Asustada de una cosa tan extraordinaria, escucho con mas atencion, pero el ruido ceso de repente. Alarmada nuestra jóven, sin embargo, como era natural, no la fué posible dormirse en seguida, cuando al cabo de cierto rato volvió á oir el mismo ruido que tanto la habia sobresaltado. Al principio se la ocurrió que M. Duval, despues de haber acompañado á Máximo á su pabellon como tenia de costumbre, seria el que andaria por el corredor para volverse á su cuarto, porque quizá se habria entretenido hablando con el jóven mas tiempo del regular, y que quizá figurándose que las dos hermanas estarian para dormirse, andaba con grande precaucion por no desvelarlas.

La discrecion de este paso, caso que fuera cierto, justificaba hasta cierto punto la suposicion de Margarita. Sin embargo, rápida como un relámpago y terrible como una anatema se le ocurrió la reflexion de que, viejo y enfermo, era imposible que M. Duval se sentase el pie con la firmeza que lo hacia la persona que andaba por el corredor, y esta reflexion hizo que la pobre Margarita se quedase como clavada en el techo en la posicion en que la cogió aquella aterradora idea.

Entre tanto, el ruido de los pasos continuaba, y cada vez iba sintiéndose mas cerca.

Margarita venciendo el terror de que estaba poseida, se sentó en la cama, detuvo el aliento, y puso una mano soore su corazon, cuyos latidos eran tan fuertes y continuados que parecia querer salírsele del pecho. Al poco rato se la figuró que el que andaba por el corredor se habia parado á la puerta de su cuarto, y un sudor helado inundó sus abrasadas mejillas. En seguida oyó un ruido como de una mano que andaba tentando las paredes, y hasta la pareció oir respirar á una persona. Pero cuando estuvo á punto de desmayarse fué cuando percibió clara y distintamente que metian una llave en la cerradura de la puerta de la antesala. De pronto, armándose de aquel valor que no se halla sino en los grandes apuros, saltó de la cama, atravesó el salon andando de puntillas, y procurando meter el menor ruido posible, echó el cerrojo interior de la puerta.

En cuanto notó que habia hecho aquella operacion sin ser oida, respiró con mas libertad.

—¡Abrid! la dijo entonces una persona cuya voz le era desconocida.

En este momento se oyó un tiro.

Margarita se desmayó.

María que no se habia acostado aun y que estaba sentada al lado de la ventana de su cuarto tomando el fresco y pensando en mil distintas cosas que todos se referian, sin embargo, á sus conversaciones con Máximo, dió un salto y un agudo chillido.

—¿Qué será esto? dijo Máximo al oir la detonacion.

Y vistiéndose á toda prisa se echó fuera del pabellon.

Al poco rato volvieron á oirse unos pasos apresurados en el corredor como de uno que huia, y un momento despues reinaba en aquel sitio el silencio propio de aquella hora.

Entre tanto María, sin tratar de esplicarse la causa de aquel alboroto, ni de dónde habia salido el tiro, fué inmediatamente y por un instinto natural á cerrar la ventana de su cuarto, pero en el momento en que su mano derecha cogia la falleba de la vidriera para ejecutarlo, un hombre empujó las dos hojas desde fuera con gran violencia, y de un brinco se plantó en medio de la habitacion.

Pálida, asustada y medio muerta, María fué á abrir la boca para pedir auxilio, pero la mano de aquel mismo hombre se la tapó en términos que apenas la dejada respirar. Quiso, á pesar de todo, la intrépida jóven desasirse de quien tan violentamente la oprimia, pero unos dedos de hierro la sujetaron por sus delicadas muñecas, en términos que no la fué posible moverse de aquel sitio, en donde el espanto que se apoderó de ella la hizo permanecer cual si allí la hubiesen clavado, trémula y medio muerta como es de suponer.

En aquel momento volvieron á oirse pasos en el corredor.

La cieguecita, haciendo un esfuerzo desesperado, logró desprenderse del que la tenia tan fuertemente sujeta.

—¡Máximo! gritó con el acento del terror y de la desesperacion: ¡Máximo!

—¡Callad! la dijo Luis Dubreuil, volviéndola á cojer, y oprimiéndola entre sus brazos con mas fuerza que antes.

Los pasos que daban en el corredor, se iban sintiendo cada vez mas cerca.

—¡María! ¡María!.. gritó Máximo llamando al mismo tiempo á la puerta del cuarto.

La jóven, al oir la voz de Máximo, sintió renacer toda su energía, y con una fuerza casi sobre humana, y á pique de estrellarse contra la pared, volvió á escaparse de las manos de su opresor y de un salto se puso en medio del cuarto, saliendo desde allí á la antesala, y dando, al mismo tiempo que esto hacia, un grito espantoso. Luis Dubreuil se plantó en otro salto al lado de la ventana, con intencion de arrojarse jardin, y escapar por donde pudiese, pero al ir á ejecutarlo observó que frente á la ventana, y medio oculto detras de un árbol, habia un hombre que con una carabina en la mano, le estaba aguardando para hacerle un cumplido de que no tenia malditas ganas. Desesperanzado de poder huir por este lado, cerró la ventana con la mayor precaucion posible, y se dirigió hácia el sitio donde creyó que se habia refugiado María; reinaba en aquella pieza una oscuridad tal, que no pudiendo Luis divisarla por ninguna parte, juzgó que la jóven se le habia escapado, como hubiera sucedido si el miedo no la hubiese hecho á ésta perder el tino, en disposicion que por más que hizo no supo dar con la puerta por donde podia haberse salvado. De esta suerte trascurrieron algunos segundos, durante los cuales reinó en aquella pieza el más espantoso silencio.

Oculta en el alféizar de una ven-

tana, detrás de la colgadura estaba la cieguecita, muda, inmóvil, con los ojos desencajados y medio muerta, de modo que cualquiera que la hubiera visto en aquel estado la hubiera tenido por la estátua del miedo. De pié enmedio de la antesala, rodeado del silencio y de la mas completa oscuridad, se hallaba Luis Dubreuil escuchando con la mayor atencion si oia algun ruido por insignificante que fuese. Una voz que salió del corredor, voz á la cual contestó inmediatamente María, le hizo comprender á Luis en dónde estaba esta escondida, y al mismo tiempo el peligro á que se hallaba espuesto.

Sin perder tiempo se lanzó hácia el sitio en que estaba la cieguecita, que por su parte se dirigia hácia la puerta guiada por el sonido de la voz de Máximo, y cogiéndola por un brazo:

—¡Si hablais una palabra mas, la dijo en voz muy baja, Margarita está perdida sin remedio y vos tendreis la culpa de lo que suceda!

María que iba ya á abrir la puerta, se detuvo aterrorizada.

—Si me entregais en manos de los que me andan buscando, añadió Dubreuil con la mayor sangre fria, diré que me hallo aquí llamado por vuestra hermana que me habia dado una cita para esta noche. !

—¡Oh, eso es mentira!... esclamó María. ¡Quien quiera que seais acabais de mentir en lo que habeis dicho!

—Como gusteis, replicó Luis, ¡abrid si os atreveis hacerlo!

—¡María! María! dijo Máximo desesperado porque habia oido las últimas palabras de Luis; ¡María!... ¡Tú estás encerrada con un hombre, si no abres inmediatamente echo la puerta al suelo!

María, anonadada al oir esto, cogiendo convulsivamente el brazo del jóven:

—Y yo tambien estoy perdida; le dijo. Al mismo tiempo le llevó casi arrastrando hácia la ventana, añadiendo al acercarse á aquel sitio: ¡Caballero huid!... ¡Huid!... ¡No me comprometais mas!

—Es el caso, contestó Luis, que *él* no se mueve de allí.

—¿Quien?

—El hombre que está detras del árbol, con la carabina preparada para matarme.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¡Inspiradme lo que debo hacer! esclamó María.

A todo esto la puerta del cuarto empezaba á ceder en fuerza de las violentas sacudidas de Máximo.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! dijo María desesperada, arrastrando á Dubreuil hácia su alcoba.

En seguida, dirigiéndose hácia la puerta, y haciéndose la desentendida:

¿Qué significa todo esto? dijo.

—¡Hermana mia! ¡Abre en nombre del cielo!... contestó Máximo.

—¡Voy, voy al momento! Pero no entiendo qué significa esa alarma.

Y dirigiéndose á la alcoba, descompuso la cama para dar á entender que estaba acostada cuando principió el alboroto. En seguida abrió.

Máximo, Margarita y Duval entraron en tropel en la habitacion.

—¡Hermana de mi alma! esclamó Margarita estrechando á Maria entre sus brazos.

—¿En dónde está? esclamaron á un mismo tiempo Máximo y M. Duval.

—¿Pero qué es lo que teneis? contestó María con aparente tranquilidad. ¿Cómo es que os hallais todavía levantados á una hora tan intempestiva?

—¿Cómo replicó Margarita atónita al oir las palabras de su hermana; ¿pues qué? no sabes tú lo que pasa? ¿No has oido el tiro que ha disparado M. Duval á un hombre que se ha introducido furtivamente en el castillo?... ¡Pero no, es imposible que tú no sepas nada!... Andrés ha

visto escalar la ventana de tu cuarto á aquel hombre, y tambien le ha visto introducirse dentro: ¡Habla, María! ¡Habla por Dios!... ¡Tu hermana te lo suplica. tanto en nombre del Señor como en el de nuestra madre que nos está mirando desde el cielo!

Ignoro lo que quieres decir, hermana mia. Ni yo he oido nada, ni ha entrado ningun hombre en mi cuarto.

Margarita y M. Doval se dirigieron una mirada en la que se notaba sorpresa é incredulidad.

Máximo, que nada habia dicho hasta entonces, esclamó con voz aterradora:

—¡Mentís, Maria! Aquí habia ahora mismo un hombre; yo le he oido hablaros.

—¡Máximo!...

—Sí, le he oido, ¡atreveos á decir que no es así!

—Margarita, dijo la cieguecita dirigiéndose á su hermana, no sé lo que Máximo quiere decir.

—¡No la creas!..... contestó este. Repito que les he oido hablar á los dos. Andres está debajo de la ventana con una arma de fuego; el hombre que estaba aquí le habrá visto, habrá tenido miedo, y, por consiguiente, no se habrá atrevido á saltar al jardin. ¡Penetra, penetra en lo interior de la habitacion, y verás como le encuentras!

—¡Máximo!... ¿Qué es lo que estás diciendo?.... esclamó Margarita ofendida.

—Repito que le hallarás ahí dentro, gritó el ciego en tono imperioso.

—Sr. Duval, dijo Margarita dirigiéndose al anciano, dejadme á solas un momento con mi hermana, es indispensable que nos quedemos las dos sin testigos, y yo os ruego que me hagais este favor.

Asi diciendo, pasó con Maria á la sala en donde estaba la alcoba. Máximo quiso acompañar á las dos jóvenes, pero Mr. Duval se opuso á ello. Margarita cerró la puerta en cuanto se quedó á solas con Maria, y suplicó á esta la dijese la verdad de lo que estaba pasando. Maria repitió lo mismo que habia dicho antes, y juró que no comprendia una palabra de lo que la preguntaba. Margarita interrogó, amenazó; pero instancias, ruegos y amenazas fueron igualmente inútiles; y viendo que no podia sacar nada en limpio volvió á reunirse con Máximo y M. Duval.

Desesperado aquel, exclamó:

—Repito que aqui hay un hombre escondido y yo sabré encontrarle.

Y atrevesando rápidamente la antesala, entró en el cuarto de Maria, y corriendo hácia la ventana:

—¡Por aqui debe estar, dijo. Quizá se haya escurrido por la pared y se halle al pié de esta ventana.

Mr. Duval y Margarita abrieron rápidamente las vidrieras y miraron al jardin. Lo único que vieron en él, fué á Andrés que, con la carabina preparada estaba aguardando la ocasion de descerrajar un tiro al hombre que habia visto entrar en el cuarto de Maria por aquella misma ventana.

Un lijero ruido que parecia salir de la alcoba hizo que María se estremeciese, poniéndose más pálida que la misma muerte. Ya habia cesado aquel ruido completamente, y la cieguecita se figuraba oirlo aún.

—Aquí no hay nadie, dijo Máximo, despues de haber andado buscando á tientas por todo alrededor de la ventana. Entonces se volvió al centro de la sala, añadiendo: Supuesto que no está en el alfeizar de la ventana, debe estar escondido detrás de alguno de los muebles de este cuarto.

El registro que se hizo de resultas de estas palabras de Máximo fué tan minuciosos. que duró mas de un cuarto de hora, porque el ciego quiso intervenir en todo y tocar, ya que no le era dado ver, todos los muebles, llegando á tanto su escrupolosidad en esta maferia, que hasta

Universidad de Deusto
Biblioteca

metia los brazos por debajo de las sillas, cosa que, á pesar de lo serio del lance, hubiera hecho perecer de risa á cualquiera que lo hubiese visto, y que si no escitó la de Margarita y M. Duval, fué porque estos estaban demasiado afectados para notar toda la ridiculez é inutilidad de semejante accion. Agoviado de dolor y de celos, Máximo tuvo necesidad de sentarse en el primer sillon que halló á mano, y tapándose el rostro con ambas manos echó á llorar como un niño. De pronto, cruzó por su mente una idea que le hizo ponerse en pie y esclamar:

—¡Aun nos queda algo por registrar!

—¿Pero que mas quiere que registremos? replicó Margarita, á quien habia asustado aquella repentina salida del que miraba como si fuese hermano suyo. ¿En dónde quieres que se haya escondido el hombre que te se ha metido en la cabeza haber oido hablar?

—¿En dónde?.... ¡allí..... contestó Máximo señalando á la alcoba.

—¡Desdichado! esclamó Margarita enfurecida. ¿Qué es lo que te has atrevido á decir?

María se estremeció y se puso á temblar de pies á cabeza, pues habia adivinado cuál podia ser el sitio designado por Máximo.

—Digo que está escondido en la alcoba, repitió el jóven con un tono de conviccion tal, que parecia haber visto todo lo que allí habia pasado minutos antes.

—¿Y tú permites que se insulte así á tu hermana?.... esclamó María dirigiendo la palabra á Margarita en tono de amarga reconvencion y derramando al mismo tiempo copiosas lágrimas: ¡y tú quizás serás tambien capaz de figurarte, que yo he recibido aquí un hombre como él pretende!..... ¿Has visto desde que me conoces que yo haya dado jamás un paso sin que tú me acompañases?..... ¿Me has visto hablar jamás con nadie sin que tuvieses delante y pudieses enterarte de todo lo que yo hablaba?... pero, aun suponiendo que yo hubiese querido ocultarme de tí, lo cual es suponer un imposible; ¿quién habia de ir á enamorarse de una pobre ciega?

Máximo no oia nada de todo esto, y antes que nadie pudiese tratar de impedírselo, se habia lanzado ya á la alcoba, María, que tambien adivinó lo que el jóven habia hecho, dió un chillido espantoso, quiso ir á detener á Máximo, pero faltándole las fuerzas antes de llegar á la puerta de la alcoba, cayó desmayada en los brazos de su hermana.

—¡Tampoco hay nadie aquí! esclamó Máximo desesperado.

María, al oir esto, abrió los ojos como si hubiese querido hacer un esfuerzo sobrehumano por ver al que las habia dicho, y cogiendo una mano á Margarita:

—¿Es bien cierto, esclamó, lo que ese acaba de decir?

El tono con que pronunció estas palabras encerraba un gran misterio.

Margarita la miró con mucha atencion; una sospecha cruel pasó por su mente, pero la desechó sin detenerse en ella ni un instante; luego, respondiendo á su hermana, añadió:

—¡María! Es preciso disimularle. ¡Te quiero tanto!

—¡Gracias, Dios mio, gracias! dijo María interiormente. No me habia equivocado: creí haber oido un ruido hace poco, y sin duda era ese hombre el que lo movia al escaparse. ¡Gracias, Dios mio!...

Un segundo habria pasado desde que María hablaba así consigo misma, cuando se oyó otra detonacion de una arma de fuego; Máximo, Duval y las dos hermanas se estremecieron al oir esto; escucharon con atencion y aguardaron los resultados de todo aquello con aparente calma.

III.

Habian trascurrido ya algunas

semanas desde los acontecimientos que acabamos de referir, y nadie habia podido penetrar el misterio de aquella terrible noche. M. Duval y Andrés se devanaban los sesos y se perdian en mil infructuosas conjeturas; Margarita empezaba á dudar; María se aferraba en un obstinado silencio, y Máximo era el único que no dudaba ni un momento que todo habia pasado tal cual él habia llegado á figurárselo desde un principio. Habian cesado, por consiguiente, las risas; los paseos por el parque, y las alegres escursiones al vallecito.

El castillo estaba tan triste y reinaba en todo él un silencio tan fúnebre, que parecia que estaba de luto por la muerte de la dicha de los que lo habitaban. Alguna que otra noche, y semejante á un fantasma, se escurria por bajo de los árboles del parque una forma blanca, indecisa, que desaparecia muy despacio y con el mayor silencio por una de las encrucijadas de aquel. Máximo pasaba con mucha frecuencia tres ó mas dias sin querer salir de su pabellon, con la cabeza caida sobre el pecho, triste, pensativo, y ni las palabras cariñosas de Margarita, ni sus lágrimas eran suficientes á sacarle de aquella muda desesperacion. A veces se presentaba en el comedor á las horas señaladas para tomar el sustento diario, y se sentaba en el sitio que acostumbraba ocupar en la mesa desde que vivia en el castillo: pero ni hablaba palabra ni apenas comia, levantándose en cuanto habian servido los postres, y retirándose en seguida á á su cuarto, de donde no salia hasta bien entrada la noche.

A aquella hora, y cuando creia que todo el mundo estaba durmiendo, salia de su pabellon, recorria, tomando esquisitas precauciones, la calle de árboles que habia entre aquel sitio y el castillo, é iba á sitiarse por espacio de unos cuantos minutos debajo de las ventanas del cuarto de María. Hecha esta operacion iba á echarse otro rato sobre los verdes céspedes que por allí habia, y con el oido pegado al suelo escuchaba si se movia algun ruido por insignificante que fuese, á la inmediacion de donde él estaba echado.

Presa de una melancolía profunda, María trataba de sonreirse con su hermana y de hablarla como en tiempos mas felices; pero apenas se quedaba sola en la habitacion, se quitaba la mascarilla con que la habia hecho cubrirse el cariño que á su hermana tenia; y daba rienda suelta á sus lágrimas.

Marharita estaba desesperada.

Los padecimientos de Máximo aumentaban en razon á la persistencia que ponia en huir de María, y compraba este triunfo cruel sobre sí mismo á costa de los mas rudos combates. ¡Cuántas veces, chorreando aun sangre las heridas que habia causado en su corazon una prolongada lucha, le fué preciso volver á luchar una y otra vez! ¡Cuántas veces su casi innato amor, hollado por el desden, le habia pedido que tuviese compasion de él! El aire, el sol, las tinieblas de la noche, el perfume balsánico de las flores, eran cosas que cada una de por sí, y todas juntas, estaban para él llenas de recuerdos de María. Invisible á sus miradas, la veia distintamente con los ojos del alma; adivinaba su presencia aunque no la oyese acercarse, y la respiraba, si nos os permitido usar esta frase; mas apenas oia el ruido de sus pasos, ó una voz que para él era divina, ahogaba los latidos de su corazon, oprimiéndolo con poner encima de él una mano convulsa y vacilante.

Sin embargo, por muy desgraciado que fuese Máximo, María lo era incomparablemente más; su agonía era tanto más cruel, cuanto que era sumamente lenta; no tan solo era olvidado su amor, sino que al olvido se añadia el ultraje, lo

Universidad de Deusto
Biblioteca

cual era para ella más duro que la misma muerte. Con solo haber pronunciado un nombre, aún cuando esto hubiese sido á media voz, Máximo, ebrio de gozo, y atormentado al mismo tiempo por los más atroces remordimientos, hubiese ido á arrojarse á los piés de su amada, derramando amargas lágrimas: María, á pesar de conocerlo asi, se habia prohibido el pronunciar jamás aquel nombre aborrecido. Algunas veces vencida, destrozada de tanto padecer y lanzando dolorosos suspiros que partian de lo más hondo de su corazon, quería ir á contárselo todo á su hermana, á aquella buena y tierna Margarita de otra época, que sin duda la acusaba tambien en la actual; pero á la sola idea de que semejente revelacion podia hacer avergonzarse á Margarita, se detenia asustada, y ella misma volvía á colocar en sus sienes la Mártir.

Una tarde que andaba despacio y muy pensativa por la gran calle de árboles que desde fuera conducia directamente al castillo, le pareció que otra persona marchaba en la misma direccion que ella. De pronto tomó otra calle trasversal, y entonces sintió que una mano, que sintió no serla desconocida, tropezó lijeramente con la suya.

—¡Máximo!... exclamó la cieguecita sin poderse contener.

—¡Oh! dime que no habia nadie en tu cuarto. ¡Dímelo, por Dios, María! esclamó el jóven arrodillándose al mismo tiempo delante de su amada.

—¡Oh! respondió esta, derramando abundantes lágrimas que como gotas de plomo derretido caian sobre el rostro de Máximo. ¡Oh! di que crees en mi inocencia, si no quieres que el dolor acabe conmigo.

Por un corto tiempo pareció que la alegría y la felicidad, desterradas del castillo desde la terrible noche que hemos descrito, habian vuelto á establecer en él su residencia. Máximo no huia ya de María, y Margarita que habia adivinado el amor que estos dos jóvenes se profesaban, se valia de mil medios inocentes para que tuviesen ocasion de hablarse con mas frecuencia aun, que en la época en que los celos no habian venido todavia á causar la desdicha de Máximo. Muchas veces cuando este estaba al lado de María una nube lijera cubria su frente, pero Margarita que lo notaba acudia inmediatamente á poner remedio, y su voz, cual otro talisman maravilloso, disipaba como por encanto la tempestad que iba á formarse en el corazon de Máximo, y hacia que renaciese en él la esperanza, sol refulgente de todos los que padecen. Sin embargo, la melancolía que se habia apoderado de la interesante cieguecita desde la culpable empresa de Dubreuil, iba cada dia en aumento, sin que pudiesen triunfar de ella ni los heróicos esfuerzos que hacia para desecharla, ni las dulces reconvenciones de Margarita, ni aun la misma vuelta de Máximo, que parecia amarla del mismo modo que antes de aquel lamentable suceso.

Esta melancolía degeneró bien pronto en una sombría languidéz, que hizo temer por su vida. Algunas mañanas, pálida y con el semblante desencajado, envuelta en una larga bata salia de su cuarto sin meter ruido, y manifestando en sus acciones que temia ser vista, se arrastraba mas bien que andaba hácia el jardin, donde, dando diente con diente de frio, trataba de recuperar el calor perdido, poniéndose donde daba el sol con mas fuerza, despues de lo cual se volvia á su habitacion con el mismo silencio que habia venido y tomando precauciones idénticas. A eso de mediodia, salia decididamente de su cuarto é iba á reunirse con Máximo y con su hermana, sin que jamás se le escapase ni una queja, ni aun un ligero suspiro, por donde pudiera venirse en

conocimiento de lo mucho que padecia: la infeliz conocia que iba muriéndose lentamente, pero queria ocultárselo á aquellas dos personas á quienes amaba tan entrañablemente.

Por fin, fué forzoso llamar al médico.

—¡Hermana mia! dijo entonces María á Margarita estrechándola una mano con ternura. ¡Tengo que suplicarte una cosa, y espero que no me negarás el favor que voy á pedirte!... Dentro de unos dias iré ya mucho mejor sin duda, pero conozco demasiado á Máximo, y sé que la idea de que yo estoy mala seria para él un tormento atroz. ¡Por Dios, Margarita, haz de modo que no sepa mi indisposicion!...

—¿Y cómo he de manejarme para darte ese gusto?... respondió Margarita sollozando.

—¡Pobre Máximo! contestó María. Pero se me ocurre un medio.

—¿Cuál?

—Tú debes acordarte de que nuestra buena madre, cuando la llamábamos desde cierta distancia del punto en donde ella se encontraba, solia equivocarnos á la una con la otra, en razon de lo muy parecidas que somos, tanto en fisonomia y estatura, como en el metal de la voz.

—¡Y bien! ¿Qué quieres decir con eso?

—¿No lo adivinas?

—No.

—Máximo es ciego y como... me ama tanto, si yo muriese, seria capaz de morirse él tambien de pena. ¿Me entiendes ahora? añadió María sentándose de pronto en la cama.

—¡Calla, calla! dijo Margarita asustada. Las últimas palabras de María la habian hecho comprender perfectamente cuál era su plan.

En aquel momento llamaron á la puerta del cuarto.

—¿Quién? preguntó Margarita.

—¡María! contestó Máximo. Abre! ¿No quieres bajar hoy al jardin?

—Sí, respondió María sobreponiéndose á sus dolores, ahora mismo voy á reunirme contigo.

—Bueno, te aguardo al lado del estanque.

—Ahora bien, hermana mia, dijo María con viveza; ¿quieres hacer lo que te he dicho?

¡Pobre hermana mia! contestó Margarita besando á María en las manos y en el rostro.

Y en seguida, por complacerla, fué á reunirse con Máximo.

El médico habia mandado que se trasladase á María á otra habitacion mas alegre que la suya, y Máximo acudió por espacio de ocho dias á sentarse á la cabecerá de la cama de su amada, creyendo que á quien hacia compañía era á Margarita. El mal iba haciendo progresos tan rápidos, que al noveno hubo que administrar á la enferma. Esta, despues de haber recibido todos los consuelos de nuestra santa religion, llamó á su hermana, y con voz apenas inteligible:

—¡Margarita! la dijo; ¡Si el Señor me llama á su seno, deja á Máximo en su error!

Aquella noche, María habia entregado ya su alma en manos del que la habia formado con su divino soplo.

Margarita, á quien habian trasladado á su habitacion desde el momento en que su hermana habia entrado en la agonía, tuvo un acceso de delirio que hizo se temiese tambien por sus dias. Máximo no quiso abandonar el lecho de la difunta, y pasó alli aquella noche rogando á Dios por el eterno descanso de su alma. Al dia siguiente la acompañó al cementerio, y cuando el ataud estaba cubierto de tierra, se acercó paso á paso á la sepultara, y en voz inteligible, y aunque interrumpida por las lágrimas, dió el último adios á la que él creia ser Margarita.

Esta, despues de una crísis terrible, volvió á abrir los ojos, y el primer objeto que se presentó á su vis-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ta fué Máximo. ¡Cuán demudado estaba su semblante!... En la palidez de sus mejillas y en las ojeras atroces que tenia, se notaba lo mucho que habia sufrido por la pérdida de la que él miraba como una hermana. Margarita, al verle en aquel estado, tuvo compasion de él, y la pobre muchacha, que lloraba la pérdida de una hermana cuyo cuerpo estaba aun caliente, no tuvo suficiente valor para decir á Máximo-¡Amigo mio, yo no soy Maria; ésta ha bajado al sepulcro, y la que te está hablando es su hermana Margarita!

—¡Máximo!... esclamó la jóven á media voz, sentándose en el lecho en que estaba echada.

—¡Maria!... contestó el jóven.

Margarita le dió entonces la mano, y ni uno ni otro hablaron mas palabra en un buen rato..

La indisposicion de Margarita fué larga; Máximo pasaba á su lado la mayor parte del dia, y todas las mañanas, cuando la jóven se despertaba, le hallaba infaliblemente sentada á la cabecera de su cama. Sucedia muchas veces que Máximo se paraba de pronto en lo mas animado de su conversacion con Margarita, quedándose pensativo largo rato; la jóven le preguntaba qué era lo que tenia, pero él contestaba siempre que nada, y proseguia hablando.

—Creo qne piensas mucho en mi hermana, le dijo Margarita en una de estas ocasiones.

—No, contestó Máximo con viveza.

Y al mismo tiempo se enjugó una lágrima en la cual creyó que no habria reparado Margarita.

—¿Y qué harias si yo muriese?... dijo esta de pronto.

—¡Oh, María, María!.... ¡No digas eso ni aun en chanza!... ¡Si tu murieses yo no podria vivir!

Habia tanta verdad en el acento con que Máximo pronunció estas palabras, que Margarita comprendió que estaba condenada á llorar á sus solas la muerte de su querida hermana.

Por fin Margarita iba mejorándose poco á poco, y llegó ya á poderse levantar. Máximo, que habia estado á la cabecera de su cama mientras duró la enfermedad, no se separó de ella un instante en la convalecencia.

El era el que la velaba de noche, y el que la daba constantemente el brazo para ayudarla á andar, pues su debilidad era muy grande. Esta vida duró bastantes dias, pues le costó mucho á Margarita restablecerse completamente.

—Apóyate en mí, la decia, y no tengas miedo de cansarme; poco á poco iremos á donde te acomode ir; conozco tan perfectamente todas las calles de árboles, que puedo guiarte tan perfectamente como si tuviese vista.

Y el pobre cieguecito iba reconociendo el terreno con la punta del baston que llevaba siempre en la mano.

Margarita apenas habia conocido á su padre: por otra parte era demasiado niña cuando lo perdió para conocer las sensibles consecuencias que para ella podia tener esta desgracia. En cuanto llegó á la edad de la razon, todo su cariño estaba concentrado en su madre y en María, cariño santo que la muerte de una y otra deshace muy en breve. Huérfana en la época en que hay más necesidad de espansion, dió una mirada á su alrededor, y no vió otro objeto en qué fijarla que en Máximo, que, triste, solo y enfermo, no podia menos de inspirarla un cariño verdaderamente fraternal. Este sentimiento fué convirtiéndose poco á poco en otro muy distinto, sin que nuestra jóven pusiese nada de su parte para que así sucediera; cambió que se debió únicamente á las palabras de fuego de Máximo, que trasfiguraron en amante á la que nunca habia creido poder mirar al jóven sino como hermano.

¡Cuántas lágrimas derramó la pobrecilla desde que descubrió esta verdad, cuántas y cuan amargas reconvenciones se hizo por una pasion que en su inocencia creia ser criminal y hasta cierto punto sacrílegas!... ¡Cuántas veces quiso revelar á Máximo, asi su indigna debilidad, como su culpable artificio! Pero cuando veia delante de sí al pobre cieguecito con el rostro radiante de alegría, y con el alma abierta á las mas alhagüeñas esperanzas, faltábala valor para advertirle que estaba al borde de un precipicio, y temia que en vez de darle la salvacion, no haria otra cosa que causarle la muerte con sus imprudentes revelaciones.

Por la noche principalmente era cuando á solas con sus recuerdos se ofrecia á su vista cual un espectro el pensamiento de su hermana, burlada por ella en su amor, delito para el cual creia no habia castigo suficiente. Figurábasela ver salir á Maria de en medio de las tinieblas que venia á pedirla cuenta del amor que sentia hácia Máximo. Entonces con la cabeza inclinada y las manos cruzadas se ponia de rodillas en medio del cuarto, y pedia llorando á su hermana que la perdonase la infidelidad que habia cometido.

Al dia siguiente evitaba la presencia de Máximo, huyendo de él en cuanto le descubria por cualquier parte; procurando al mismo tiempo hacerse sorda á la voz de su corazon, aunque yendo, sin embargo, á llorar sus penas á los sitios mas solitarios del parque. Si el jóven, despues de andarla buscando por el jardin y por toda la casa, lograba dar con ella y la decia:

—Qué te he hecho, yo Maria, para que huyas de mi de ese modo?

Entonces, la llama mal apagada de su corazon volvia á avivarse con mas fuerza, y se decia á si misma:

—¡Hermana mia, tu eres quien ha querido que esto sucediese!

Dos años han trascurrido desde el fallecimiento de Maria. Una tarde en que los dos jóvenes, acompañados de M. Duval volvian de su acostumbrado paseo al vallecillo, y en el momento en que iban á subir una cuestecita que estaba inmediata al castillo, pasaron á su lado unos cuantos jóvenes á caballo. Los ginetes iban hablando en alta voz, y uno de ellos interrumpió la conversacion de sus compañeros con una chanzoneta á la que siguió inmediatamente una estrepitosa carcajada. Máximo se paró de repente al oir aquella voz, y parecia que el corazon queria salírsele del pecho. Como Margarita iba un poco delante de los dos hombres, Máximo pudo decir al oido á M. Duval:

—¿Conoceis á ese hombre que acaba de hablar?

—Se llama Luis Dubreuil, contestó M. Duval.

—¡Ah! esclamó Máximo.

Y en seguida adelantando el paso fué á reunirse con Margarita.

—¡Maria! la dijo, el hombre que estaba en tu cuarto aquella tremenda noche era M. Luis Dubreuil.

Margarita, al oir pronunciar aquel nombre aborrecido, palideció y se puso á temblar, por que le recordaba las palabras atrevidas que se habia permitido decirla en casa del notario de Etain, revelándola al mismo tiempo la inocencia de su hermana respecto á la falta de que todos la habian acusado.

—¿Era él, no es verdad?

—¡Máximo, te juro en la presencia de Dios que soy inocente!

—¿Quieres darme una prueba de esa inocencia? replicó el ciego. Bien sabes cuanto te amo. Pues bien. Dime que consientes en casarte conmigo y te creeré.

Margarita conociendo que iba á hacerse traicion, se soltó precipitadamente del brazo de Máximo.

—¿Qué me contestas, dijo este.

Margarita por única respuesta, le estrechó afectuosamente la mano

IV.

Máximo salió del castillo al dia siguiente mucho antes del amanecer y no volvió á él en todo el dia ni en todo un mes: la ansiedad de Margarita, con este motivo es más fácil comprenderla que esplicarla. Un dia que, presa de la más horrible desesperacion acababa de encerrarse en su cuarto, llamaron á la puerta sin haberla dado tiempo mas que para arrojarse sobre un sofá á llorar su desdicha. Sacando, sin embargo, fuerzas de flaquezas, se levantó para ver quién habia llamado y volvió á abrir puerta.

¿Quién será capaz de espresar su sorpresa al encontrarse con Máximo?

El jóven, al verla se quedó parado un instante como absorto en la contemplacion de aquel lindo rostro: luego sin ser dueño de contenerse exclamó:

—María... ¡Qué hermosa eres!

Margarita estuvo á pique de caer redonda en el suelo al oir estas palabras.

—¿Conque has recobrado la vista?... La pobre no pudo proseguir.

Máximo arrodillándose delante de ella, con las manos juntas:

—¡Perdóname, la dijo, el que haya faltado de este modo á mi juramento!

Margarita le miraba abriendo los ojos desmesuradamente, y sin poder entender una palabra de lo que acababa de decirla.

—Cuando yo hice aquel juramento, añadió Máximo, no podia figurarme que hubiese un hombre tan villano, que fuese capaz de introducirse furtivamente de noche en el cuarto de una pobre ciega. ¡Oh, tu no sabes todo lo que sufri aquella noche!... ¡Yo habia oido la voz de aquel hombre que tú decias no haber recibido, y yo te acusaba, no adivinando la fineza amorosa que encerraba tu delicada mentira!.... ¡Oh!... ¡Repito que nunca sabrás cuánto he sufrido, persuadido como lo estaba de que habia oido hablar en tu cuarto á un hombre. Por fin, el cielo tuvo compasion de mi; supe el nombre de aquel miserable, y me decidí á pedirle cuenta de mis martirios, de tu inocencia calumniada, y de su infamia. Entonces me acordé del médico de Carlsrue, de quien me habiais hablado, y marché en busca suya.

La sorpresa de Margarita iba cada vez en aumento.

—Apenas recobré el uso de la vista, cnando corrí á Etain y me presenté en casa de Luis Dubreuil, á fin de exigirle una satisfaccion terrible.... con el intento de matarle...

— ¿Y te has batido con él?... esclamó Margarita interrumpiéndole... y.,. pero no, no puede ser; tú no estas herido, ni tienes manchados de sangre los vestidos. ¡Bendito seais, Dios mio, por habérmele conservado!

Y diciendo esto abrazó á Máximo con toda la ternura de una madre que vuelve á ver á su hijo que creia perdido para siempre.

En el rostro de Máximo se notaba una admiracion semejante al estupor: por un instante no le fué posible pronunciar ni una sola palabra.

—¡Pero, ó yo estoy loco, ó tú tambien ves, Maria!...

Margarita se desprendió de los brazos de Máximo.

—¿Por qué milagro has recobrado tú tambien la vista?

El corazon de Margarita latia con violencia, su mirada era de fuego, y al mismo tiempo habia en su rostro una palidez mortal. A su vez, se arrodilló delante de Máximo que aguardaba una respuesta, y con una voz que salia de lo mas hondo de su corazon.

—¡Máximo! le dijo, disimúlame que te haya engañado! Yo no soy María sino Margarita.

Máximo dió unos cuantos pasos hácia atrás al oir estas palabras, y

apoyándose en la pared, se pasó la mano por el rostro repetidas veces, semejante á un hombre que despierta de una pesadilla.

—Maria, prosigió Margarita, conociendo que iba á morir y temiendo las consecuencias que su muerte habia de traer para vos, me hizo jurar que os ocultaria su muerte; todo contribuia á hacer posible esta supercheria, porque privado vos de la vista y siendo mi hermana y yo iguales en voz y en estatura, no era fácil que se descubriese el engaño. Yo he pasado por elia al lado vuestro, y á fin de prolongar mas y mas vuestro error he tratado de reemplazar á mi pobre hermana en vuestro corazon. ¡Perdonadme, Máximo, María es quien ha querido que asi sucediese!

Máximo la escuchaba sin apenas respirar.

—Y ahora que está terminado mi papel añadió Margarita, os vuelvo la palabra que me habeis dado, y os dejo en completa libertad de disponer de vuestra mano y de vuestro corazon como mejor os acomode.

Máximo se habia dejado caer en un sillon, y en la alteracion de sus facciones se notaba la lucha que pasaba en su interior.

¡Dios mio! esclamó por fin levantándose, ¡volvedme á quitar la vista! ¡quitadme con fatal sentido que me priva del único bien que poseia!... ¡Quitádmela, Dios mio, y volvedme con mis primitivas tinieblas la dulce compasion de aquel ángel por quien yo creia en la felicidad y en el amor.

Y tapándose el rostro con ambas manos, se echó á llorar.

Margarita al oir sollozar á Máximo, sintió cierta cosa parecida á si la hubiesen quitado una venda de delante de los ojos.

—¡Con que tú me amabas!... esclamó Margarita acercándose tímidamente al jóven.

—¿Y tú, Margarita, me amas?

Margarita le presentó una mano por única respuesta. Máximo la besó con ternura.

Al cabo de un mes, un venerable sacerdote bendecia al pié del altar la union de estos afortunados amantes.

FIN.

ULRICO WERNER.

CRÓNICA SUIZA,

POR M. ALFREDO DES ESSARTS.

Lloro cuando el sol nace,
lloro cuando el sol muere,
y si no vuelvo á verla,
lloraré siempre, siempre!

(CANCION POPULAR ALEMANA.)

I.

LA FIESTA DE LAUFTEN.

Dos hermosisimas jóvenes, sentadas en unas sillas de madera con mil molduras, hacian dar vueltas á un torno con sus lindísimos y diminutos piececitos. En todo el pueblo no se hallaban otras dos que trabajasen tanto ni que hilasen el cáñamo con igual primor. Apenas se dirigian la palabra alguna que otra vez, cuando un anciano respetable, que estaba en la misma pieza ocupado en sacar unas cuentas, las dirigia una

Universidad de Deusto
Biblioteca

mirada que las hacia enmudecer en seguida.

En tanto que reina el mas profundo silencio en aquella habitacion, bosquejemos rápidamente las fisonomías de las tres personas que la ocupan.

La semejanza entre las dos jóvenes era tal, que cualquiera las hubiese creido gemelas; sin embargo, Marta llevaba un año á Jenny, si años pueden llamarse las diez y seis primaveras de la primera y las quince de la segunda. Sus ojos, de aquel color azulado que nos recuerda un cielo enteramente sereno, y el oro de sus trenzados cabellos rubios, reflejaban una especie de angelicales aureolas; si á esto se junta lo fino y delicado del torneado talles de las dos jóvenes, tendremos en ellas dos modelos perfectos del estatuario antiguo. Es evidente que, á pesar de tantos encantos, aquellos dos seres privilegiados se ignoraban todavía á sí mismos; jamás el venir no de la adulacion habia venido á embriagar sus sentidos ni á hacer que su cor[illegible] fuego del a[illegible], jamás habia llegado á sus oidos [illegible] amorosa; jamás nadie las habia estrechado la mano con ardor; jamas se las habia dirigido por alguna mirada que pudiese revelarnas el dominio que estaban destinadas á ejercer sobre los corazones de los hombres. Estas lindísimas criaturas poseian la belleza á la manera que el ruiseñor posee aquel precioso canto que hace las delicias de las selvas, sin saber que la hermosura fuese uno de los dones más preciosos del cielo.

En el anciano no se notaba nada particular, á no ser una mezcla caprichosa de honradez y de severidad. Activo y atento únicamente á sacar de su trabajo todo el mas provecho posible, exigia de los demás el mismo celo que él empleaba en hacer prosperar sus negocios.

Sobre este particular, no habia que esperar de él la mas mínima consideracion; pero en cuanto cada uno de los que estaban á sus órdenes cumplía la tarea que le estaba encomendada, Pedro Forksten, no solo era afable y decididor, sino que con el tarro de la cerveza en la mano, solia apostárselas á los mas afamados bebedores. En resúmen, el termómetro del buen humor del honrado anciano subia ó bajaba en proporcion de las ganancias del dia.

Pedro Forksten era maestro armero en la ciudad de Schaifhouse; encima de la puerta de su tienda se veia una muestra colosal en la que estaba escrito A LA CORAZA DE PLATA, y era hombre que habia estudiado perfectamente su arte, porque arte y no oficio, debia llamarse en aquella época el de armero. Sus maestros habian sido españoles é italianos, que eran á la sazon los mas diestros en la fabricacion de armas. Nuestro hombre, despues de haber penetrado sus mas íntimos secretos, habia por fin fijado su residencia en su pais natal, en donde habia adquirido una fama inmensa. Toda la Suiza, Flandes, Alemania y hasta Francia eran tributarias de su talento artístico. No habia un solo hijo de familia que quisiese llevar daga ó espada á no ser fabricadas en los talleres de Pedro Forksten. Preciso es tambien confesar que aquellas armas, de un temple maravilloso y con incrustados magníficos, valian mas oro de lo que pesaban, puesto que no habia coraza tan sólida que fuese capaz de mellarlas, y que salian muy baratas, atendida su bondad, á pesar del precio exorbitante que se hacia pagar por ellas el viejo armero.

Este, en el momento en que sus hijas estaban devanando sin atreverse á hablar, como ya hemos dicho, liquidaba las cuentas de la semana y parecia muy satisfecho de lo que le habia producido el trabajo de aquellos seis dias.

¡Perfectamente! dijo cuando hubo concluido su operacion. Pocas veces se presentan ganancias de tanta consideracion en tan poco tiempo. Treinta alabardas para la defensa del palacio de Dontheim; una espada con cinturon de acero bordado de plata para el baron de Von-Spusger; un puñal con figuritas de oro y mango de marfil para el conde Luis Spernezi; *Item* veinte rodelas para la milicia urbana de Schaffouse. ¡Estoy contentísimo, pardiez! porque veo que vuestro dote se va aumentándose considerablemente de dia en dia. ¿Qué os parece de esto? La palabra *dote* debe alegraros el corazon... ¿no es asi. amiguitas?

La ocasion, segun se vé, era propicia para que las dos hermanas pidiesen algun favorcillo á su padre. ¿Cuál es la jóven que no tiene siempre algo que pedir?... Marta y Jenny consultaron con una mirada lo que debian hacer, y ésta última fué la que tomó la palabra.

—Nosotras, dijo, somos suficientemente dichosas al considerar que obteneis el premio debido á un trabajo tan fuerte como el vuestro, porque segun yo creo, cada escudo que ganais os cuesta cien gotas de sudor.

—¡Y tanto! contestó el viejo acabando de sumar una cantidad.

—Pero no quiero estorbaros con mis impertinencias... prosiguió Jenny, hablaremos cuando esteis más desocupado.

—Nada de eso, hija mia, habla cuanto quieras, pues ya he concluido mis cuentas.

—Espero en Dios, dijo Jenny con cierta zalamería, que muy pronto os hallareis ya en disposicion de descansar de lo mucho que habeis trabajado en este mundo.

—¡Muy pronto!... ¡muy pronto!... replicó el viejo en tono áspero; vas muy de prisa, chiquilla... ¿crees tú que la fortuna se recoje ni más ni menos que la cosecha de un campo? Es preciso arar mucho tiempo el surco en que está escondida.

—Yo no digo lo contrario,., yo no pienso que debais abandonar todavia vuestros negocios....., lo único que queria espresar....

—Era tu buen deseo de que yo descansase. Lo comprendo así, hija mia, y te lo agradezco, porque es una prueba de lo mucho que me amas..... y tú lo mismo, Marta, ¡no vayas ahora á creer que esto se refiere únicamente á tu hermanita!... Sin embargo, en estos asuntos vosotras no entendeis palotada, lo cual es muy natural si se atiende á que vuestros deseos están satisfechos á poca costa. En efecto, ¿á qué se reducen todos ellos hasta ahora? A tener una cinta de las mas bonitas, á dar un paseo á orillas del Rhin, ó tal vez á ir á bailar un rato los domingos á la sombra de los castaños.

—¡A bailar!..... dijo Marta medio picada, rechazando como ofensiva la acusacion hecha por su padre de la aficion que tenian al baile.

El viejo, apesar de su gravedad habitual, no pudo menos de echarse á reir.

—¡Bravo!... esclamó... no me parece mala treta la de hacer un poco la enfadada para conseguir mejor lo que se desea ... ¿Os figurais, hijitas mias, que no se os ha oido hablar mas de una vez de la próxima fiesta de Lauften? Aunque á ratos parezca que ya no atiendo á las cosas, no se me escapa nada de cuanto pasa á mi alrededor.

—¡Padre mio!..... dijeron los dos hermanas á lo vez, poniéndose mas coloradas que la grana.

El viejo prosiguió en el mismo tono de chanza:

—¡Qué hermosa estará la fiesta y qué dulce será poder brillar en ella! ¡Cómo luciriais vosotras allí vuestros hermosos corpiños de terciopelo azul, vuestros zagalejos de raso, y las hebillas de plata de vuestros zapatos!.... ¡Y el tocado!.... ¡pues ahí es una friolera lo mucho que relucirian las agujas de oro en unos cabellos mas rubios que los de Febo y

tan elegantamente trenzados como los de Venus!...

—¡Vaya! está visto que no se os puede ocultar nada, dijo Jenny.

—¿Y porqué me habias de ocultar unos deseos tan inocentes?..... ¿Soy yo acaso un déspota? ¿No he tratado de reemplazar dignamente á vuestra pobre madre amándoos con tanta ternura como aquella?...

—¡Oh!... de eso estamos muy persuadidas, esclamó Marta; Vos habeis sido nuestro angel custodio.

—Sí, un angel custodio muy cano y un si es no es calvo... pero no importa, yo espero que Dios me concederá el protejeros todavia por algun tiempo, á no ser que se presenten por ahí algunos gallardos mancebos, que, casándose con vosotras, vengan á quitarme este trabajo.

—No hablemos de eso, dijo Marta con viveza; nosotras no pensamos en dejaros tan pronto.

—Sin embargo, señoritas, aunque sea por poco tiempo, ya veis que vuestra intencion es dejarme para asistir á la fiesta de Laufteu.

—Contando con que vos vendreis á acompañarnos.

—No hijas mias, esas diversiones pegan mal en mi edad.

—Pues entonces, dijo Jenny dando un profundo suspiro, tampoco iremos nosotras á Laufteu.

—¡Vaya si ireis!... ¡Estas muchachas quieren volverme loco!... Cristóbal mi oficial mayor, irá encargado particularmente de vosotras, y además, ireis acompañadas de todos los dependientes de la fábrica.

—¿Y vais á quedaros solo en casa? preguntó María con bastante inquietud.

—¿Y por qué no? ¿A quién tengo yo que temer en mi casa?

—Permitidme, padre mio, que os haga presente que teneis que vivir muy alerta. Frente á nuestra casa, y al otro lado del puente, vive esa familia de los Wener, que, como sabeis, son vuestros enemigos capitales, y...

—¡Temores quiméricos!... Esas gentes me infunden poco temor, pues no creo que traten de hacerme ningun daño.

—Sin embargo, es preciso que os hagais cargo de que, sin intencion de hacerlo, los habeis arruinado completamente.

—Yo no he hecho sino lo que es permitido entre artesanos. ¿Tengo yo la culpa de que antes de establecerme en este pueblo, les diese á los Werner la idea de fabricar armas, ni de que lo hicieran tan mal, que en cuanto yo me presenté en Schaffhousen se quedasen sin ningun parroquiano? Ellos están tan persuadidos como yo de lo que acabo de decir. y así han hecho muy bien en renunciar á un oficio para el cual no tenian maldita la disposicion.

—Sí, dijo Margarita con mucha timidez. Cierto es que fian renunciado al oficio, pero no por eso es menor el ódio que os tienen. ¡Padre mio!... yo no puedo ménos de repetiros que vivais muy alerta.

Tres años hace que me estás repitiendo esas funestas predicaciones, y, sin embargo, hasta ahora no me ha sucedido ninguna desgracia. Los Werner, lejos de quererme mal, deben estarme muy agradecidos. ¿No les he ofrecido dinero cien veces?

—Pero siempre se han negado á recibirlo.

—Convengo en ello; pero al menos les he dado una prueba de que era un buen vecino, y de que estaba pronto á sacarles de sus ahogos.

=¿Y creis que ellos son capaces de agradecer vuestra generosidad?

—Basta, ya hemos hablado de mas sobre este particular, hijas mias. Id á arreglaros, porque no tardará mucho en anochecer, y por consiguiente, en empezarse la fiesta.

Las dos hermanas obedecieron con mucho gusto una órden que estaba tan en armonía con sus deseos. Al cabo de media hora, volvieron á comparecer delante de su padre hechas unos soles. El anciano, á pesar de su severidad habitual, no pudo menos al verlas de manifestar su admiracion.

—¡Voto á mil alabardas!... dijo. En toda mi vida os he visto tan lindas como esta noche. ¡Ah, si vuestra pobre madre viviese, seria a mujer mas dichosa del canton, solo por tener hijas semejantes!

El anciano no pudo contener un suspiro al recordar á su amada esposa... Trató de serenarse inmediatamente, y con voz firme llamó á Cristóbal.

—Aqui me teneis, contestó en seguida el honrado oficial de armero; ¿qué teneis que mandarme?

—Que acompañes á mis hijas á Laufteu. Te nombro su caballero por hoy, es decir, te confio mi mas precioso tesoro.

—Está bien, maestro, dijo el hercúleo helvecio; vivid seguro de que os devolveré sano y salvo el precioso tesoro que os dignais confiarme.

—¡Vaya, hijas mias!... ¡Andad con Dios y divertios mucho!...

Un ¡*viva*! general de todos los dependientes de la fábrica fué la única contestacion á estas palabras; y la alegre compañía, compuesta de unas veinte personas, emprendió su marcha, llevando á su cabeza un músico que, tocando las canciones del pais, les hacia olvidar lo penoso del viaje.

En el momento en que los jóvenes y su comitiva ponian el pié en el puente que está sobre el Rhin, un hombre moreno y de aspecto feroz tuvo que pegarse á la balaustrada para dejarles pasar. La mirada de aquel hombre y todo el resto de su fisonomia marcaban un insolente desprecio hácia aquellos jóvenes. Marta y Jenny repararon en él, y no pudieron menos de estremecerse. Este movimiento no se escapó á la penetracion de Cristóbal.

—¿Qué teneis señoritas? las preguntó el artesano.

Al mismo tiempo él tambien reparó en el misterioso personaje, al cual conoció perfectamente, así como que su vista era la que habia aterrorizado á las hijas de su patron.

—¡Ah, ah!... esclamó en seguida, ahí tenemos al famoso Reinaldo Werner, uno de los osos que siempre enseñan los dientes. ¡Me da gana de cogerlo y hacerle que tome un baño mal de su agrado!

—No hagais tal contestó Marta. Dejad en paz á ese hombre. Comprende muy bien que nuestra alegría no debe darle mucho gusto.

—No tiene poca fortuna ese galopin en que vos os declareis su protectora; dijo Cristóbal, que rabiaba por armar camorra con aquel valenton. A no ser por el respeto que os debo... pero algun dia nos hallaremos los dos frente á frente y sin testigos.

—¡Por Dios! Cristóbal, dijo Jenny; yo no quiero que suceda eso jamás. ¡Si os batiéseis y fuéseis vos quien llevase la peor parte!... ¡Dios mio!... ¡No permitais semejante desgracia!...

Jenny, despues de haber dicho rápidamente estas palabras, calló y se puso mas encarnada que la grana. Cristóbal se enterneció de gozo al oirlas.

—¡Gracias! ¡gracias! la dijo á Jenny en voz baja.

El resto del viaje se hizo con el mayor silencio.

Imposible nos es dar una descripcion exacta del brillante cuadro que ofrecia el campo de la feria de Laufteu. Centenares de puestos ambulantes ocupaban aquella vasta llanura, y en ellos se veian todos cuantos objetos de lujo es dado imaginar así como todo lo que es capaz de satisfacer la golosina mas refinada, ó el apetito del mas consumado gastrónomo. No habia en todo el campo rincon en donde no se bailase ó se jugase en medio de la mas festiva algazara, sofocada únicamente por la voz majestuosa del Rhin, que se precipita impetuosa-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mente en forma de cascada por aquellos parajes, para correr luego tranquilo y casi sin que se conozca hácia donde dirige sus aguas, á cosa de unas tres millas del sitio de que vamos hablando. De esta suerte, la grandiosidad de la naturaleza armonizada perfectamente con el placer inocente y franco de aquellas buenas gentes del canton de Schaffhouse.

Marta y Jenny, un poco cansadas del camino, se habian sentado en un banco de madera de uno de aquellos improvisados salones de baile. Cristobal respetuoso y vigilante á la par, se habia colocado detrás de ellas, atento á guardar su tesoro con un celo igual al del dragon del jardin de las Hespérides,

—¿Cómo es que no valseais? dijo Jenny á Cristobal sonriéndose.

—¡Señorita! contestó éste, hoy no he venido yo aqui á bailar. Tengo una obligacion muy sagrada que cnmplir, la cual no me permite tomar parte en la diversion general.

—¡Vaya, vaya! contestó Jenny, no tomeis las cosas tan por lo sério. Si quereis creerme, id á sacar por ahí alguna linda muchacha que dé unas cuantas vueltas con vos, Mirad ahi teneis á Enriqueta, la hija del tendero que vive al lado de casa... Id á sacarla para esta contradanza que va á bailarse.

Cristóbal se hacia el remolon. Entre tanto otro jóven fué á sacar á la linda aldeana que Jenny habia propuesto á Cristóbal.

—Ya veis, dijo éste á Jenny con cierta satisfaccion, que ha habido otro que se me ha adelantado.

Jenny, entonces, le dijo con cierta malicia.

—Pues no os valdrá esa treta para dejar de bailar, aún cuando sea conmigo.

—¿Qué estais diciendo, señorita? contestó Cristóbal sumamente conmovido; ¡bailar con vos! ¡con la hija de mi amo!... ¿os dignariais?

—En el campo no hay etiqueta: tengo curiosidad de saber si bailais tan bien una contradanza, como sabeis forjar una buena espada.

La jóven se levantó y arrastró tras si á su caballero, que, á pesar de su aparente pesadez, supo probar bien pronto que conocia perfectamente las leyes del compás.

Entretanto Marta se habia quedado sola, y estaba distraida, sin saber siquiera en lo que estaba pensando, cuando oyó que decian detrás de ella:

—¡Qué linda es!... ¿Puede darse una criatura más interesante?

Instintivamente volvió la cabeza. Su mirada tímida se encontró con la de un caballero jóven, hermoso, y vestido con la más escrupulosa elegancia. Era estranjero y tenia todo el tipo aleman; su traje recordaba las modas de la Suabia. Hablaba al oido con su escudero; y segun todas las apariencias, Marta era el objeto de su conversacion.

Sin embargo, la jóven se tranquilizó en cuanto comprendió que la admiracion que causaba no salia de los límites del respeto. El caballero, viendo que habian reparado en él, se apresuro á ir á saludar á la hermosa Marta.

—Señorita, la dijo, tendreis la bondad de bailar conmigo?

—Yo no sé si debo.... le respondió la jóven.

—¿Cómo podeis negarme un favor que concederiais al primer aldeano que se os presentase?

—Ya se ve que sí; pero como vos.... no sois del pais.

—Soy de la fiesta, y creo que esto sea lo suficiente. Dignaos acceder á mi ruego, y me tendré por muy honrado con este inocente favor.

—¡Caballero! contestó la jóven; ya que dais tanta importancia á la diversion de dar unas cuantas vueltas de vals conmigo, no quiero que me tengais por tan cruel, que vaya á gozarme con negaros una cosa tan sencilla.

Y ofreciendo la mano al estranjero, este la tomó loco de contento, y la linda pareja fué á aumentar el número de los valsadores. Pronto se fijó en ella la atencion general. Cristóbal era el que estaba mas atónito, y por un sentimiento natural, al ver el rico traje del que bailaba con Marta, se hallaba un poco humillado de que el suyo no pudiese compararse con el del caballero estranjero, lo cual le parecia que hacia hacer á Jenny un papel algun tanto desairado.

Concluido el vals, el caballero condujo á Marta al mismo sitio donde la habia sacado; y despues de haberla dado las gracias por su amable condescendencia, añadió:

—Ahora nada me queda ya que desear despues de haber tenido el honor de bailar con vos. Permitidme, señorita, que confie en que no será esta la primera y última vez que nos veamos

Y sin aguardar respuesta, saludó con mucha nobleza y dignidad, y se retiró, seguido de su servidumbre. Muy pronto se oyó el ruido de una porcion de caballos, que galopaban en direccion de Schaffhouse.

Dejamos á cargo de nuestros lectores el discurrir á cuantos comentarios daria márgen la precipitada marcha del caballero desconocido. Todo el mundo se deshacia en conjeturas á cual más ridículas y absurdas, no faltando entre aquellos montañeses alguno que otro de tan obtuso entendimiento, que tomó al caballero por Satanás, que se habia entretenido en asistir disfrazado á la fiesta.

—¡Que se guarde bien la hija de maese Forksten, decian estos: las miradas que la dirigia aquel hombre, ó aquel diablo disfrazado de hombre, eran enteramente de fuego! ¡Dios quiera!... ¡Dios quiera!....

Y figurándose que con estas reticencias habian dicho una gran cosa, se separaban unos de otros, tan satisfechos de si mismos, que se creian capaces de desempeñar una cátedra de la Soborna.

Marta era la única que ni siquiera se acordaba de aquel incidente. La vanidad no habia echado aun raices en su corazon, y tampoco habia pensado nunca formalmente en si era hermosa ó no, de lo cual se deduce que tampoco le habia ocurrido agradar á nadie. Asi es que se entregó con tanto gusto á la diversion del baile, que no se acordó de que era preciso volver á casa hasta que vió que amanecia.

—¡Ya es de dia! dijo entonces muy agitada. ¡Pronto, pronto, Cristóbal! ¡Volvamos á casa? ¿Qué pensará mi padre viendo que nos hemos entretenido tanto?...

—¿Qué ha de pensar? contestó Cristóbal; veo que no le conoceis todavía bien. Tiene un objeto capaz de absorber toda su atencion y de hacerle olvidarse hasta de que habeis salido de casa.

—¿Y qué objeto es ese, preguntó tímidamente Jenny.

—Está modelando un precioso mango de puñal para el duque de Florencia. Aun hallareis á vuestro padre sin haberse acostado.—Pero, ¡señorita Marta!... ¿qué és lo que os ha puesto tan triste de repente?..... ¿En qué estais pensando?...

—Pienso... en Reinaldo Werner.

II.

UNA REUNION DE TIGRES.

Preciso nos es ahora, retrogadar algunas horas y penetrar en la casa en donde están en vela los enemigos de Pedro Forksten.

Era esta una de aquellas habitaciones sombrias y de construccion caprichosa, que parecen mas bien una guarida de bandidos que la casa de una familia honrada. Jamás se le hubiera ocurrido á un viajero, aun cuando se viese amenazado por una tempestad, el refugiarse bajo aquel techo inhospitalario, ni atra-

Universidad de Deusto
Biblioteca

vesar el umbral de una puerta delante de la cual ladraban todos los perros al pasar, como si su natural instinto les hiciese conocer la casta de pájaros que se albergaba dentro de aquellas ennegrecidas paredes.

Lo interior de la casa, correspondia exactamente á las siniestras apariencias de la parte esterior. No habia ni un solo cuarto que estuviese empapelado ni medianamente blanco; los adornos de las paredes consistian únicamente en enormes murciélagos clavados por las alas, y en algunas astas de ciervo colgadas acá y acullá. Todo el mueblaje se reducia á una mesa grosera de pino, un armario y dos ó tres bancos sin respaldo de la misma madera, y tres malísimos gergones para dormir las cuatro personas que componian la familia de Werner.

Al lado del hogar se hallaban sentados en el momento de que hablamos, un anciano y otro hombre de unos treinta años. Eran tan sumamente parecidos, que á primera vista se venia en conocimiento de que eran padre é hijo. En las personas de ambos se veia el mismo desaliño y cierta especie de ferocidad en sus semblantes, que revela á las claras la negra malicia de sus corazones.

Ambos llevaban un trage tan á propósito para fingirse cazadores, como para hacer el contrabando ó alguna fechoría todavía de peor género, y ambos tenian un cuchillo de monte en el cinto y las carabinas al lado. Cada uno de ellos tenia á su inmediacion un vaso de vino medio vacío, lo cual indicaba que antes de cenar habian querido refrescar el gargüero, cosa de que debian tener bastante necesidad, si se atiende á que de sus bocas salia un humo negro y espeso, pues uno y otro estaban fumando en una pipa mas ennegrecida aun que su conciencia.

Este cuadro repugnante estaba dulcificado algun tanto por la presencia en aquel sitio de un jóven pálido, de rostro candoroso, y, en cierto modo hasta seráfico. Al verle se le hubiese tenido por un angel bajado á un calabozo á consolar á los criminales con sus palabras: era aquel jóven la luz al lado de las tinieblas, la serenidad y la paz al lado de una agitacion febril. En vez de tenderse al lado del fuego, como su padre y su hermano mayor, estaba ocupado en arreglar la cena, yendo y viniendo sin cesar para ponerlo todo en órden, y sin responder ni una palabra á los insultos brutales que le prodigaban de cuando en cuando tanto el anciano como su hijo primogénito.

No sabemos si alguno de nuestros lectores habrá reconocido en el feroz anciano á Hans Werner, antiguo armero de Schaffouse. Los dos hijos suyos que allí estaban tenian por nombre Fritz el mayor, y Ulrico el del rostro angelical. El otro hermano, llamado Reinaldo, no habia vuelto aun á casa, y contra este se desfogaba el mal humor del padre en aquel momento.

—¿Dónde estará ese bribon? dijo, echando una gran bocanada de humo, y arrimándose en seguida el vaso á los labios; apuesto á que está echando flores á alguna muchachuela rubia ó morena, de las que tanto abundan en el pueblo. ¡Buena ocupacion, por cierto, para un jóven que no debia pensar en otra cosa que en perseguir los gamos y las cabras silvestres de nuestras montañas! ¡Yo le arreglaré en cuanto le eche la vista encima!...

—Permitidme, padre mio, que os haga presente, dijo Ulrico con mucha timidez, que Reinaldo no es tan culpable como vos le suponeis. Es preciso que os hagais cargo que ha tenido que ir á vender al comerciante los *géneros* que trajísteis ayer noche.

Ulrico, mientras decia esto, estaba ocupado en poner la mesa para cenar.

—¿Y quién te dá á tí vela en este entierro? dijo bruscamente el anciano. Tu hermano no tiene maldita la necesidad de que tu le defiendas. De él á tí hay tanta distancia como del grajo al águila. Reinaldo es todo un valiente, tira y juega el cuchillo como nadie, y cuando arruga el entrecejo tiembla todo el mundo ante él. De un puñetazo es capaz de matar un buey. ¡Hé ahí lo que se llama un hombre!....

—¿Pues qué, me faltan á mi ni la destreza ni el valor? dijo Fritz picado del elogio que habia hecho Hans de su hermano.

—No, en verdad, le contestó el anciano dándole una palmadita en el hombro. Te se ha visto en la lucha, y mas de una vez tu escopeta ha terminado de un golpe la carrera del gamo de la montaña. Te hago la justicia que te mereces, y no hablaba por ti, sino por esa especie de monigote, por ese perezoso de Ulrico, que para nada vale.

—Valgo para serviros, padre mio, contestó el jóven con dulzura.

Una respuesta tan tierna y sumisa, en vez de calmar al viejo, no hizo sino exasperarle mas.

—¡Vaya un mérito! contestó con una sonrisa feroz. ¡No cabe duda en que tienes motivos de vanagloriarte de lo que haces!..... Si espumas el puchero y das vueltas al asador, es porque jamás te has sentido con la energía ni el valor suficiente para acompañar á tus hermanos y á mi en nuestras arriesgadas espediciones. ¡A la edad de diez y ocho años, bien podia el *señorito* haberse batido mas de una vez con los osos de la montaña!... ¡Pero quiá!.... Nuestro hombre de azucar prefiere cultivar su jardincito y estar leyendo todo el dia en esos librotes, cuyo guirigay no es capaz de comprender el mismo Satanás. ¡Segun veo, voy á tener un hijo sabio!..... ¡Pues mira!... eso es preciso que concluya. Por lo pronto, mañana tendrás la bondad de limpiar perfectamente nuestras armas, si no quieres que yo te lo diga en otro tono que no sea muy de tu agrado.

—Se hará como mandais, padre mio.

—Las últimas palabras que habia dicho Hans, parecia que habian cambiado el curso de las ideas del impetuoso y volcánico armero. Apenas hubo concluido de hablar, cuando dejó la pipa encima de la mesa y apoyó la cabeza sobre las palmas de las manos, empezando en voz baja el siguiente monólogo:

—¡Armas, hubo un tiempo en que yo se las vendia á los principales señores del país, que no usaban otras que las que salian de mis talleres. Yo estaba muy satisfecho de mí mismo, marchaba con la cabeza alta, y mas de una vez me senté en la sala del consejo del canton. Entonces no se me trataba de bandido, ni se santiguaban las gentes al pasar por delante de mi puerta. Verdad es que á la sazon tenia yo en mi casa un tesoro en mi pobre Susana, que ha sucumbido á tantos disgustos. Tambien nosotros teníamos en aquella época muebles bonitos, tiestos de flores en todas las ventanas de la casa, buena provision de esquisita cerveza en la bodega, y un crecido rebaño en nuestro prado. Cuando pienso en esto, que es muchas veces al dia, me parece que todo ha sido un sueño. Entonces ni mi frente estaba arrugada, ni en mi barba habia las canas que han hecho salir en ella, más los pesares que la edad. Mis dos hijos mayores empezaban á manejar los instrumentos de nuestro oficio y Ulrico jugaba á los piés de su madre... Pero hé aquí que un charlatan ha venido á arruinarme, haciendo desaparecer hasta los restos de mi antigua fortuna. ¡Ese miserable se vanagloriaba de haber viajado por el estranjero y de haber aprendido todo cuanto puede aprenderse en el arte!... ¡El vulgo imbécil ha corrido en tropel á su taller y ha abandonado el mio!... ¡Siempre sucede así

Universidad de Deusto
Biblioteca

lo nuevo es lo mejor!... Desde aquel instante todo el mundo ha mirado con desden al modesto artesano. Todos han despreciado mis armas, algo más sólidas, por cierto, que las de Pedro Forksten. ¡Oh! ¡Cuánto trabajo me cuesta el pronunciar este nombre aborrecido!... Ahora me hallo arruinado y sin recursos de ningun género, en tanto que mi rival está nadando en el oro que me ha usurpado con sus engaños. ¡Está bien!... ¡Vosotros, nobles habitantes de Schaffouse, me quereis mal porque mi sombrío mal humor os causa la más viva inquietud, evitais, en cuanto os es posible, encontraros con el viejo armero y con sus hijos, que para poder comer han tenido que dedicarse al contrabando y á la caza!... Está bien, repito, pero sabed que Hans y sus dos hijos os devuelven odio por ódio, desprecio por desprecio... ¡Todo esto vendrá á parar en una venganza, y juro que ha de ser de tal género, que quede memoria de ella por muchos años!...

Ulrico se estremeció al oir estas palabras, y volvió la cabeza á otro lado, para ocultar la impresion que habian hecho en él.

Fritz, cuya mirada centelleante denotaba la ferocidad de su alma, dijo, aprobando con la accion lo que su padre decia.

—Siempre he pensado lo mismo que vos; siempre he creido que no debiamos dejar que se nos agraviase impunemente. Pero no es tan fácil vengarse sin atraer sobre si la mano pesada de la justicia. Lo que debiamos hacer era aguardar una ocasion favorable.

—¡Que se presentará más pronto de lo que os figurais!... dijo Reinaldo que habia abierto la puerta sin meter ruido, y que, por consiguiente, habia oido las últimas palabras de su hermano.

Fritz y su padre, que en un principio no habian conocido la voz de Reinaldo, dieron un salto en sus respectivos asientos, pero tranquilizándose en seguida, el anciano alargó la mano á Reinaldo, que la estrechó con la mayor ternura; en seguida el jóven cazador dejó la escopeta y todos los demás chismes de caza.

—¡Padre mio! dijo dirigiéndose al anciano, he tardado en volver á casa mas de lo que debia, pero espero que disimulareis mi tardanza en gracia de lo que la ha motivado. Ahora vamos á cenar y luego hablaremos cuanto nos dé la gana y convenga.

En efecto, sentáronse á la mesa, y la conversacion giró sobre cien asuntos distintos, y al parecer de ningun interés. Un hombre observador, sin embargo, hubiera conocido que las miradas que se dirigian alternativamente el padre y los hijos encerraban algun misterio, que por lo pronto no era otro que el decirse mutuamente en aquel mudo lenguaje:—Seamos prudentes y no vayamos á revelar nuestros secretos á un jóven tímido que podia comprometernos gravemente.

Concluida la cena, Hans dijo á Ulrico.

—Vete á acostar, nosotros tenemos que hablar de una espedicion que pensamos hacer á la montaña y tu presencia no nos es de ninguna utilidad en esta ocasion. Por consiguiente, no te inquietes aunque oigas algun ruido, y ese será el que haremos nosotros al arreglar todos los chismes que nos hacen falta. ¡Ronca, ronca, hijo mio!... ya que Dios ó el diablo quieren que no sirvas para otra cosa.

Ulrico inclinó respetuosamente la cabeza y dió las buenas noches á su padre y á sus hermanos, entrándose en un cuarto inmediato á la cocina, en donde dormia sobre un monton de paja. Al cabo de un rato, empezó á roncar fingiendo que dormia, pero la semi-confidencia de Reinaldo hacia que en realidad estuviese muy despierto y con un oido de ético por ver si podia oir y entender algo de

lo que su padre y sus hermanos iban á decir.

Estos se fueron en seguida al hogar y se pusieron á hablar tan bajo, que Ulrico no podia oir ni una sola palabra: este fué el diálogo que se entabló entre aquellos tres malvados:

Hans Werner.—¡Vamos, Reinaldo, revélanos pronto tu secreto. Estoy impaciente por saber el plan que traes entre manos.

Fritz.—Y mi impaciencia no es menos que la de mi padre.

Reinaldo.—¿Estais seguro de que Ulrico duerme?

Fritz.—Como un tronco.

Hans.—Sin embargo, baja mas la voz todavia.

Reinaldo.—Escuchadme, pues, con atencion: hoy es la fiesta de Lauften y todo el pueblo ha acudido allí. Las hijas de nuestro enemigo, vestidas como unas reinas, no han sido, por cierto, las últimas en ir á tomar parte en la diversion general. No tan solo las ha permitido Forksten que vayan al baile, sino que ha cometido la imprudencia de enviar escoltándolas á todos los oficiales y aprendices de sus talleres. Asi es que se ha quedado *solo* en su casa... ¡solo!... ¿Comprendeis toda la fuerza de mi espresion?

Hans y Fritz.—Te comprendemos perfectamente.

Reinaldo.—Apoyado yo en la barandilla del puente, he visto pasar por delante de mí la alegre comitiva y he dicho en mi interior: ¡Id á divertiros, jóvenes insensatos!..... ¡Vosotros no sabeis lo que os aguarda á vuestra vuelta!... ¿He dicho bien, padre mio?

Hans.—Si, mi bravo Reinaldo, has hablado como un digno hijo mio.

Reinaldo.—Aquel majadero de Cristóbal daba el brazo á las dos chicuelas. Tenia un aire de conquistador, que en cualquiera otra ocasion me hubiera hecho reir. Al pasar junto á mí me ha mirado de alto á bajo con un desprecio, que juro no quedará impune.

Hans.—Ahora no debemos pensar sino en Forksten. ¿Con que crees que está enteramente solo en su casa?

Reinaldo.—Para asegurarme mas de que era asi, he aguardado á que oscureciese para dar la vuelta alrededor de su casa. El pícaro judío estaba enteramente embebido con no se que dibujo, y á no ser porque hubiera tenido que hacer ruido, yo os juro... ¡pero no importa! El diablo lo pone en vuestras manos. ¡Corramos á vengar vuestras lágrimas y el daño que ese bribon nos ha hecho!...

Hans.—¡Eso se dice con mas facilidad que se hace, señor mio!... ¿Y si la justicia llegase á averiguar?...

Reinaldo.—Todo está pensado, padre mio. No tendremos necesidad de derramar sangre... porque á la verdad... esto me repugna un poco... A no ser asi... sin embargo, ¡nuestro enemigo morirá!...

Hans.—Pues yo no puedo ¡adivinar...

Reinaldo.—No hay nada mas sencillo. Ahora mismo nos vamos, sin meter el menor ruido, á casa de Forksten, nos apoderamos de él antes que nos vea; pues como ya he dicho está en el piso bajo de la casa y muy embebido en su trabajo; le atamos; en seguida le tapamos bien la boca; le cargamos en nuestro machito, y le llevamos al otro lado de la montaña de Munnoth, paraje que, como ya sabeis, no ha pisado casi nadie sino nosotros. Allí, abandonado y sin poder hacer el menor movimiento para desatarse, morirá de hambre y de frio, y... como ya he dicho, quedaremos completamente vengados.

Hans. ¡Por Satanás, te juro que tu alma tiene un temple de acero!

Fritz.—Me asocio de la mejor voluntad á ese proyecto; pero mi hermano me permitirá que le haga una

Universidad de Deusto
Biblioteca

objeccion muy sencilla. ¿Crees tú que podremos hacer esto de suerte que no seamos descubiertos por la pista?

REINALDO.—¡Qué desatino! ¿Quién quereis que venga á buscar á maese Forksten en unos parajes que casi puede jurarse que no han sido pisados sino por los osos y por nosotros?

HANS.—Asi es. ¡Vamos y no perdamos un momento, porque el tiempo es muy precioso!

Aquellos tres hombres se levantaron sin meter ruido, cogieron sus armas, y cubiertos con sus capas, fueron á la cuadra á buscar el macho, dirigiéndose en seguida con todas las precauciones imaginables á casa de Pedro Forksten.

Espesas nubes cubrian el disco de la luna. Wernner y sus dos hijos tuvieron á gran fortuna esta circunstancia; pero aquella misma oscuridad que ellos creian serles favorable fué precisamente la que les impidió ver que habia alguno que los seguia á muy corta distancia.

Ulrico habia comprendido que se trataba de cometer un crímen.

Horrorizado en cuanto se persuadió de que era así, habia aguardado á que su padre y sus hermanos saliesen de la casa para salir detrás de ellos y evitar el mal si le era posible. En cuanto oyó cerrar la puerta de la calle, fué á salir del cuartito en que tenia su cama, pero el astuto Reinaldo habia atravesado un mueble delante de la puerta del cuarto, de modo que era imposible salir por allí. Ulrico, desesperado en vista de este contratiempo que le impedia obrar el bien, dió una ojeada á su alrededor y se sonrió al reparar en una ventanilla que daba al corral, por la cual se arrojó, costándole bastante trabajo pasar por ella por ser bastante estrecha. Cayó al suelo un poco magullado del golpe, pero en seguida se puso de pié, y despues de santiguarse y pedir á á Dios mentalmente le diese fuerza para seguir la comenzada empresa, tomó el camino de la casa de Forksten, sospechando, por las palabras que habia oido á su padre antes de ponerse á cenar, que aquella espedicion nocturna iba dirigida contra el célebre armero de Schaffhouse.

Poco tardó en hallarse á muy corta distancia de los tres malvados, que tampoco tardaron mucho en hallarse al pie de la ventana de Forksten.

—¡Silencio! dijo Reinaldo..... Tu, Fritz, quédate aquí cuidando del macho. ¡Nosotros, padre mio, adentro!

III.

¡UN SALVADOR!

Maese Pedro Forksten, absorto en el trabajo que ya sabemos, estaba vuelto de espaldas á la ventana sin pensar en otra cosa que en su obra que, como ya pueden conocer nuestros lectores, era uno de los adornos del puñal que le habia encargado el duque de Florencia y de que habia hablado Cristóbal en Laufen, cuando Marta manifestó tanta inquietud al ver que era ya de dia y que á su padre podia haberle sucedido alguna cosa. En efecto, el mango del puñal era lo que tenia tan ocupado á Forksten. Artista tan distinguido como artesano hábil, habia este dibujado con el mayor gusto una figura de sirena que estaba modelando en cera para entregársela al tornero que habia de ejecutarla en marfil. De cuando en cuando observaba el trabajo que estaba haciendo, enmendaba lo que le parecia digno de enmienda, y hablaba en voz alta consigo mismo cual acostumbran hacerlo los hombres de su edad.

—Vamos, decia, esto sale bien... muy bien. Estoy contento de mi obra. Cuando Marta la vea, no dejará de darme la enhorabuena y Jenny se sonreirá con su acostumbrada candidez y amabilidad..... ¡Pobres niñas!... ¡Cuánto las quiero!... ¡Verdad es que tengo obligacion de quererlas por dos, por su maúre y por mi!...

¡Pobre mujer mia!.... Bien puedes estar descuidada en el cielo. Se tratará de casar á tus queridas hijas todo lo mejor que sea posible... ¡Qué mal me ha salido este brazo!.. ¡Diablo!..... ¡Qué difícil es esto de corregir!.. Sin embargo, probemos.

Una risa burlona saludó el fin de este monólogo.

Maese Forksten se estremeció y la figurita de cera se le cayó de las manos. Esto no consistia en que fuese cobarde, sino en que lo primero que se le ocurrió fue que aquello era una aparicion de Satanás. Santiguóse ántes de volver la cabeza á ningun lado, y luego se arriesgó á mirar de reojo por encima del hombre; pero entonces dió un grito al cual le contestaron con otra gran carcajada...

El armero habia visto á su derecha á Hans Werner, y á Reinaldo á su izquierda.

Estos malvados estaban inmóviles como la serpiente que, enroscada al pié del árbol, fascina á los asustados pajarillos cuya accion paraliza con su emponzoñado hálito.

Hubo un momento de silencio: Werner y su hijo gozaban al ver el efecto que su presencia producia en el espiritu del anciano. Entre tanto Forksten, recobrando su natural energía en fuerza de aquel instinto de conservacion inherente al hombre, se dirigió á sus asesinos:

—¿Qué haceis aquí, les dijo? ¿Qué quereis de mí?

—¡Donosa pregunta! contestó Hans. Hemos venido á hacerte una visita meditada hace ya mucho tiempo. Lo que queremos de tí es una cosa insignificante... ¡tu vida!

—¡Infame bandido!... contestó el anciano, tratando al mismo tiempo de levantarse del sitio en que estaba sentado.

Reinaldo, poniéndole la mano con fuerza sobre el hombro se lo impidió, diciendo al mismo tiempo.

—¡Nada de insultos! ó si no...

Forksten comprendió que con aquellos dos hombres desalmados toda resistencia era inútil; entonces trató de ablandarlos valiéndose de otro medio enteramente distinto.

—Si estais empeñados en asesinarme, dejadme algunos instantes para arreglar mis asuntos. Este no es un gran favor... además, quizá no tengais motivos de arrepentiros si quereis oir lo que os voy á decir.

—¡Habla pronto, dijo Hans!

—¡Y muy poco! añadió Reinaldo.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... dijo el afligido anciano, ¡van á asesinarme sin compasion!... ¡Voy á morir sin volver á ver á mis hijas!... ¡Hans!... ¡Ten lástima de mi dolor!... ¿Qué vas á conseguir con matarme?... Tú no eres un ladron. Antes eras un artesano honrado...

—Sí, lo era, y lo seria aun si tú no hubieses venido á arruinarme.

—Pero mi intencion no ha sido perjudicarte; yo ejercia lealmente mi oficio cuando...

—¡Basta!... esclamó Werner. Lo pasado no es bastante conocido sin necesidad de que tú vengas ahora á contármelo.

—Si la fortuna que he hecho en los años que llevo en Schaffhouse es lo que te irrita contra mí, estoy pronto á indemnizarte de todas esas pérdidas de que supones ser yo la causa, y quizá lo sea inocentemente. En esa gabeta tengo una razonable cantidad en oro... ¡Partámosla!...

—Es ya demasiado tarde para que yo acepte tus ofertas, dijo el malvado viejo con frialdad.

—Vuestro oro nos abrasaria los dedos, añadió Reinaldo.

El armero se torcia los brazos y se arrancaba los cabellos en el colmo de la desesperacion.

—¡Pobres hijas mias!.,. decia entre dientes. ¿Cuál será vuestro dolor al saber mi trágico fin!...

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Ya se consolarán, contestó brutalmente Werner. ¡Vamos, Reinaldo, acabemos cuanto antes!

—¿Qué vais á hacer, dijo Forksten palideciendo.

—Ya lo verás, le contestó Reinaldo. No es en este cuarto donde has de morir.

Entonces padre é hijo se echaron sobre Forksten, le arrojaron al suelo, y despues de haberle tapado la boca con un pañuelo, le ataron fuertemente, llevándoselo enseguida al sitio donde se hallaba aguardando Fritz. Entre los tres cargaron al infeliz anciano sobre la caballeria y le aseguraron con nuevos cordeles con la mayor inhumanidad. Hecha esta operacion, tomaron en silencio el camino de la montaña. El desdichado armero, privado de poder dar voces pidiendo auxilio, solo espresaba su voz con gemidos inarticulados.

En tanto, en medio del silencio de la noche, se oian á lo lejos los instrumentos á cuyo son estaban bailando la mayor parte de los habitantes de Schaffhouse.

Forksten, al oirlos, decia entre sí: ¡Mientras á mi me conducen al sacrificio, mis hijas están bailando alegremente, bien agenas de la catástrofe que las amenaza.

Hans penetró este pensamiento tan natural, y tuvo la crueldad de decir:

Parece que esas gentes se divierten mucho en Lauften. ¡Bailad, jóvenes afortunados; bailad vosotras tambien, señoritas de delicado talle: mañana muchos de los que hoy rien y se divierten llorarán á lágrima viva, y sentirán el haber abandonado su casa tan imprudentemente!

—¡Silencio, padre!... dijo Fritz; vos tampoco sois muy prudente en hablar asi. ¡Silencio! pues estamos ya á doscientas toesas de la montaña.

La comitiva redobló el paso, hasta llegar á una pendiente muy escarpada. La noche estaba muy oscura; pero el machito, acostumbrado á aquellas espediciones, empezó á subir la cuesta con mucha soltura, y ni siquiera tropezó una vez en todo el camino.

Una hora, con corta diferencia, les costó llegar á una especie de meseta donde habia una porcion de pinos. Reinaldo, que de los tres era el que mejor conocia el terreno, dijo al llegar á aquel punto:

—¡Aquí!

La esclamacion del bandido fué acogido con un murmullo de aprobacion por sus dos cómplices. Forksten que desde que habian empezado á subir la cuesta no se habia vuelto á quejar, dió entonces un doloroso suspiro. Los malvados sin conmoverse ni tener con él la menor consideracion, le bajaron de la caballeria y le ataron al tronco de uno de aquellos pinos.

Entonces Hans Werner juzgó necesario esplicarle en una especie de despedida el suplicio que le aguardaba.

=Escucha, le dijo, todo lo que tenemos que poner en tu conocimiento antes de alejarnos de estos sitios, donde vamos á dejarte enteramente á tus anchas. Te hemos sentenciado á muerte, porque has sido el autor de nuestra ruina, y porque tu felicidad ha labrado nuestra desgracia. Sin embargo, no hemos querido teñir nuestras manos en tu sangre. El frio y el hambre que vas á pasar quedan encargados de ser los ejecutores de nuestra venganza... Pronto habrás acabado de padecer. Piensa en las vicisitudes de la fortuna y encomiéndate á Dios, para que se apiade de tu alma.

En seguida se alejó con sus hijos sin que ninguno de los tres diese la mas mínima señal de arrepentirse de lo que acababa de hacer. Hasta la naturaleza parecia empeñada en hacer mas doloroso el suplicio del infeliz armero, pues empezo á correr un viento tan fuerte, que arrancando la nieve de los sitios en que la habia aun, la arrojaba con violencia sobre el helado cuerpo del mísero Forksten. Este se sentia morir por instantes, sus miembros todos empezaban á entumecerse y su última hora se aproximaba á pasos agigantados.

De pronto llegó á oidos del paciente una voz tan suave como la de los espíritus angélicos...

—¡Maese Forksten¡ dijo aquella voz; ¡Tened valor y fé; Dios no os abandonará!

El armero respiró con más libertad al oir estas palabras, y clavó una mirada en el cielo, creyendo verle abierto, y que de allí era de donde le hablaban. Sin embargo, nada notó que pudiera confirmarle en esta creencia.

—No, continuó diciendo aquella voz melodiosa, no moriréis. ¡Tened un poco de paciencia!... Vuestros enemigos no se han alejado aún lo suficiente para que yo pueda salir á libertaros.

Pedro hubiese querido manifestar desde luego su reconocimiento al salvador inesperado que el cielo le enviaba, pero el pañuelo con que tenia tapada la boca estaba tan apretado, que no solo no le permitia hablar palabra, sino que apenas le dejaba respirar. La voz continuo en estos términos:

—Ahora ya es tiempo de que yo salga. Escuchadme bien; lo que tengo que deciros, es de la mayor importancia. En este negocio, está interesada la existencia de tres personas muy queridas para mi, apesar de sus gravisimas faltas. Si os devuelvo la libertad, prometedme ante todas cosas, juradme por vuestra eterna salvacion, que no denunciareis ante los tribunales á vuestros asesinos. Juradme que no les perseguireis directa ni indirectamente, y que no dareis ningun paso por donde los magistrados puedan venir en conocimiento del horroroso crímen que se ha tramado contra vos en esta noche maldita. En una palabra, juradme que en lo sucesivo obrareis con los Werner como si nada hubiese sucedido; ¿me lo prometeis?

Forksten hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Entonces el desconocido se acercó á él y empezó por quitarle el pañuelo de la boca, en seguida le desató, y el pobre anciano volvió á la vida cuando mas próximo se creia á morir.

—¡Gracias, generoso salvador mio!... ¡gracias!... Decidme vuestro nombre para que yo no ignore á quien debo este beneficio, al cual no hay otro que pueda comparársele.

—Cuando sepais quien soy, no me bendecireis de esa manera. No importa, debeis saber mi nombre para que comprendais cuánto es mi interés en que guardeis fielmente el juramento que acabais de hacer ahora mismo. Yo soy Ulrico, el hijo tercero de Hans Werner.

—¡Tú!....

—Sí, ¿no es cierto que ahora me mirais con horror?

—¡De ningun modo; hijo mió! Al contrario; te admiro y te aprecio mucho mas al considerar tanta virtud en medio de tan perversos ejemplos. Ya te apreciaba porque sabia que eras un jóven modesto y piadoso. Tu seras bendito; Ulrico, como mereces serlo; y en cuanto á mí, todo lo que yo poseo...

—Nada quiero, contestó Ulrico interrumpiéndole; no quiero otra recompensa que la felicidad de haberos salvado, la de haber impedido que el crimen cometido por mi familia tuviese el resultado que esta se habia propuesto.

Al mismo tiempo que decia esto iba acabando de cortar los cordeles que aun tenian sujeto al tronco al anciano por los pies. En cuanto este se vió completamente libre, respiró con aquella satisfaccion propia de quien escapa de un peligro, como el de que Forksten acababa de salir, y

Universidad de Deusto
Biblioteca

en seguida dió á Ulrico un estrecho abrazo.

—¡Ulrico! le dijo, he contraido una deuda de la cual, Dios mediante, pienso salir algun dia con lucimiento.

—No hablemos de eso, contestó el jóven. Nosotros no debemos volver á vernos jamas. Seguidme, conozco en esta montaña un atajo que nos hará llegar á Schafthouse en muy poco tiempo. Si yo no estuviese de vuelta en mi casa, mucha antes de la llegada de mi padre y de mis hermanos, estaba perdido irremisiblemente.

¡Oh!... entonces démonos prisa, contestó el armero; no sabes tú cuánto sentiria yo cualquiera cosa que te sucediese por causa mia.

En seguida bajaron velozmente la montaña. Ulrico, mas robusto de lo que prometia su esterior, sostenia el anciano, que pudo volver á su casa antes que uadie notase que habia faltado de ella.

Obligado Ulrico á dar un gran rodeo para no encontrarse con su familia, estuvo á pique de ser descubierto. Estaba ya trepando por la pared para volver á entrar en su cuarto por la ventana que ya conocemos, cuando oyó la voz de uno de sus hermanos. Entonces hizo un esfuerzo desesperado, pasó precipitadamente por aquella que más que ventana podia llamarse una gatera, cerró las maderas y se desnudó inmediatamente, metiéndose al instante en la cama. Apenas se habia acostado cuando sintió ruido de pasos en la pieza contigua á su habitacion. Entonces oyó que quitaban con mucho tiento el mueble con que habian arrancado la puerta. Fritz se dejó ver al punto con una linterna sorda en la mano, con la cual registró en un segundo el cuarto de nuestro jóven, á quien dirigió una mirada por ver si dormia.

Debió quedar satisfecho de aquella especie de registro, porque, retirándose con las mismas precauciones que habia venido, dijo á su padre y hermano en voz baja, pero no tanto que Ulrico no lo oyese:

—Podeis estar enteramente tranquilos... duerme como un liron.

IV.

LA CURIOSIDAD SUELE SER MUY PERJUDICIAL.

Al dia siguiente los tres asesinos se reunieron muy de mañana para almorzar. Contra la costumbre establecida, no enviaron á Ulrico al mercado para que trajese las provisiones del dia, siendo Fritz quien quiso encargarse de esta comision que, en cualquiera otra circunstancia hubiera tenido á menos desempeñar. Su objeto era sondear hábilmente la opinion del público, oir lo que se decia en los corrillos que juzgaba habia de haber forzosamente aquel dia en la plaza, y ver cómo se pensaba aquel dia respecto á la súbita desaparicion del armero.

Grande debió ser su sorpresa cuando vió que la poblacion de Schaffouse estaba tan tranquila como de ordinario, que todos se entregaban pacíficamente á sus respectivas tareas, y que nadie hablaba de otra cosa que de la fiesta Lauften, que todos á una voz decian que habia estado magnífica. Igual á la de Fritz fué la sorpresa de su padre y de Reinaldo al oir las nuevas que aquel les daba.

El viejo fué quien se serenó más pronto, y aprovechando para hablar con completa libertad un momento en que Ulrico salió á regar el jardincillo que cultivaba:

—Reid, dijo dirigiendo la vista á la poblacion, reid, amigos mios, y repasad en vuestra memoria las diversiones de ayer noche... no faltará entre vosotros quien no tarde mucho en llorar á lágrima viva. Y vosotras tambien, hijas de mi enemigo, reid si creeis que podeis ha-

—No pienso chancearme contestó el malvado viejo: hemos jugado un albur terrible, y lo hemos perdido; ahora es muy justo que paguemos. Déjate de reconvenciones que ningun efecto producen en nosotros y obra segun el derecho que te asiste para hacerlo. Nuestras cabezas están á tu disposicion... ¡Ve á dar cuenta á la justicia de lo que hemos hecho contigo!...

—Yo no quiero vuestras vidas. ¡Salid de aquí cuanto antes y que Dios os perdone!...

—¿Con que no quieres nuestras vidas?.... ¡Pues bien!... Nosotros tampoco queremos tu compasion por no tener ni aun eso que agradecerte.

—¡Salid de aquí, y no tenteis á Dios!... repitió Forksten con voz de trueno.

Humillados Hans y sus dos hijos del perdon que tan generosamente se les ofrecia, se consultaban con la mirada sobre el partido que debian tomar, cuando de repente se oyó un gran alboroto. En seguida se presentó Cristóbal á la cabeza de los demás operarios armados cada cual con lo primero que habia hallado á mano en el taller. En un momento se apoderaron aquellos jóvenes de todas las salidas de la casa.

—¿Qué significa esto? preguntó Forksten dando señales manifiestas del disgusto que le habia causado aquella evolucion.

—Perdonadme, maestro, contestó Cristóbal. Yo temia por vuestros dias al dejaros solo con esos tres bribones, por lo cual me he quedado á distancia de poder acudir en vuestro auxílio en cuanto fuese necesario hacerlo. Por consiguiente, he oido toda la conversacion..... Se ha atentado á vuestra vida, y este crímen reclama el merecido castigo.

—¡Imprudente!.,. ¿Qué es lo que has hecho?.,. Yo no queria vengarme de estos hombres. ¡Dios mio... ¡Dios mio!... ¡Tú no sabes bien, Cristóbal, cuán funesta es para mi tu lealtad en esta ocasion!...

—¡Maestro!... Si hoy quedasen impunes, mañana volverian á hacer otro tanto, y entonces tomarian mejor sus medidas para no errar el golpe.

—¡Basta ya de palabras... dijo el impetuoso Reinaldo. ¡Que nos saquen de aquí cuanto antes!.... La sentencia del juez es preferible á la compasion dé un enemigo.

Al cuarto de hora de haber pasado esta escena, los Werner estaban aherrojados en uno de los calabozos de la cárcel.

IV.

EL CONDE DE ARREINBERG.

Volvia Pedro Forksten de casa del honorable Claudio Furst, primer magistrado del pueblo, á donde habia sido llamado para dar su declaracion sobre el suceso de la noche anterior, cuando notó de repente que á la puerta de su fábrica habia una porcion de caballos ricamente enjaezados. Este aparato no debia sorprenderle, puesto que estaba acostumbrado á recibir todos los dias visitas de esta naturaleza, pues los mas altos personajes no se desdeñaban de ir á visitar los talleres del distinguido armero. Sin embargo, como no conoció la librea de aquellas gentes, no pudo menos de preguntarse á sí mismo, con cierta curiosidad, quien podria ser el nuevo parroquiano que se presentaba á sus puertas.

Al entrar en su casa halló en la sala de recibo á sus dos hijas, á Cristóbal, que jamás las perdia de vista en ocasiones análogas, y á un personaje de hermoso aspecto y que parecia ser estranjero. Este se apresuró á saludar á Forksten con la mayor urbanidad, en seguida, con aire desembarazado, aunque con muchisima gracia y afabilidad, le dijo:

—¡Maese Forksten! Tengo la do-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ble satisfaccion de hacer conocimiento con un hombre de vuestro talento y bien adquirida reputacion, y al mismo tiempo la de saber (y esto es enteramente casual) que sois padre de estas dos encantadoras señoritas que estaban ayer en la fiesta de Lauften, y cuya modestia y compostura han escitado mi admiracion.

El despejo y la franqueza con que se esplicaba el noble estranjero, turbaron algun tanto al respetable anciano á quien no se le ocurrió otra contestacion que esta, asaz concisa por cierto:

—¡Caballero!... vos me favoreceis demasiado.

Marta tomó en seguida la palabra, sin duda con objeto de dar lugar á que su padre se serenase un poco.

—Este caballero, dijo, es el que bailó ayer, como os he contado esta mañana.

Una sonrisa satisfactoria asomó á los lábios del ilustre estranjero.

Esta noticia manifestaba que el gozo interior que este sentia al ver que Marta habia pensado en él despues que se habian separado. Forksten, repuesto de su primera turbacion, volvió á tomar la palabra.

—¿Puedo saber, dijo dirigiéndose al caballero, con quién tengo el honor de hablar?

—Con el conde de Arreimberg, contestó este, haciendo al mismo tiempo un gracioso saludo al anciano.

—¡Gran apellido! exclamó el armero, dejándose llevar de su aficion á la nobleza y á los escudos de armas. La vuestra es una de las primeras familias de Suabia, no es así?

—¡Oh! sois demasiado amable, contestó á su vez el conde, poco menos aturdido al hacer este cumplido de lo que habia estado poco antes maese Forksten. Sin embargo, serenándose en seguida añadió: En efecto, mi familia ocupa un rango bastante distinguido entre la nobleza del país.

—¿Y vuestra señoria se digna visitar mi humilde habitacion?

—¿Y por qué no? No hay ningun viajero que pase por Schaffhouse que deje de entrar en vuestra casa. Vuestra reputacion se ha estendido por toda Europa. En Suabia y en Italia, habia oido ya hablar de lo primoroso de vuestras obras, y lo que de ellas he visto me prueba que sois digno de los elegios que se los tributan en todas partes.

—Forksten, colorado como un pavo, por la satisfaccion que esperimentaba al oir hablar así al conde se deshacia á saludos. Las jóvenes se habian sentado al torno para disimular su emocion, pero no perdian ni una palabra de cuantas se decian. El conde, Teobaldo de Arreinberg añadió.

Tenia tantas mas ganas de entrar en relacion con vos, amigo Forskten, cuanto que soy un entusiasta decidido por las buenas armas salgan al precio que salieren. Otros hacen consistir su lujo en magníficos palacios ó en suntuosos trenes, él mio es tener una buena *armeria*.

—¿De veras?... dijo el viejo entusiasmado. ¡Teneis en eso muy buen gusto, señor conde!...

—Así es que en todos mis viajes mis compras se reducen á cuanto hallo de mas precioso en vuestro arte, desde la espada romana ó la de los galos hasta las armaduras de los célebres caballeros. Si pasais alguna vez por Suabia, tendré el gusto de enseñaros mi coleccion, á la cual habrá pocas de pasticulares que se la igualen; yo, al menos, no he visto ninguna tan buena en los muchos paises que he recorrido.

Maese Forksten dió las gracias, haciendo al conde un respetuoso saludo. Este pidió permiso al armero para ir de vez en cuando á visitar el establecimiento mientras permaneciese en Schaffhouse.

—Siempre lo tendreis á vuestra

disposicion, señor conde fué la contestacion del armero.

—Y yo me aprovecharé de ese permiso para escoger algunas armas con que embellecer mi coleccion.

Teobaldo habia sabido, al hablar con el padre, dirigir alguna mirada á Marta, en cuyo rostro se notaba la mas fria impasibilidad. Por fin juzgó el conde que era ya conveniente al retirarse, y se despidió de las dos hermanas con una finura tan respetuosa y tan hábilmente calculada, que el hombre mas astuto no hubiese podido descubrir en sus espresiones sino una educacion de las mas esmeradas, y nada en que pudiese traslucirse ni una sombra de amor. Maese Forksten, con el gorro en la mano, fué acompañando al conde hasta la puerta del establecimiento. Al ir á poner el pie en el estribo se volvió de repente, y como pidiendo que se le disimulase su distraccion.

—Con vuestra amable conversacion, dijo dirigiéndose á Forhsten, habeis hecho que me olvide de hablaros del peligro que habeis corrido esta noche pasada.

—No ha sido nada, contestó el armero, y vuestra señoría es demasiado amable en hacer alto en una cosa tan insignificante,

—Sin embargo, amigo mio, debeis, vivir muy alerta. Segun me han dicho, aquellos malvados querian á todo trance deshacerse de vos.

—¡Oh, lo que es yo estoy en completa seguridad!..... Mis enemigos son mucho mas dignos de compasion que yo.

Apenas habia pronunciado Forhsten estas palabras, cuando se puso mas pálido que un difunto, faltando poco para que cayese redondo al suelo. El conde no pudo notarlo, porque estaba ya á caballo; así es que solo hizo un saludo al armero con la mano, alejándose rápidamente en seguida con su brillante acompañamiento.

La turbacion repentina de Maese Forksten no se le habia ocultado á Cristóbal.

—¿Qué teneis, maestro? le preguntó el honrado operario con el mayor interés.

—¡Qué tengo!.... Mira, Cristóbal, ¿ves allí bajo un jóven que está llorando?

—Sí, y no me equivoco es el hijo menor de Hans Werner.

—Efectivamente, es el pobre Ulrico?

—¡Un buen muchacho á fe mia! contestó el dependiente de Forksten. A este no debe confundírsele con los grandísimos bribones de sus hermanos.

—¿Sabes por qué viene hácia aqui Ulrico?

—No por cierto.

—Pues lo que quiere es hablar conmigo.

—¿Con vos?

—Sí, ve á decirle que puede acercarse aqui sin temor de ningun género, y que le estoy aguardando. Luego déjanos solos.

Al cabo de un instante Ulrico estaba al lado del armero que le dió la mano diciéndole al mismo tiempo:

—¡Bienvenido, amigo mio!...

—¿Qué es lo que acabo de saber, Sr. Forksten, esclamó Ulrico en un tono lleno á la vez de emocion y de dignidad. ¡Mi pobre padre y mis hermanos se hallan presos, segun he oido!.... ¿Es este el mode que teneis de cumplir vuestras promesas?.. ¿Es este el prometido secreto sobre el crimen cometido por ellos?

—¡Joven!... no te apresures á hacerme cargos, porque no tardarás mucho en arrepentirte de haberme afligido. No te precipites á reconvenirme por haber faltado á la fe jurada,

—Pero en fin, ¿cómo se ha descubierto lo que solo Dios y nosotros sabiamos?

—Por imprudencia de los mismos culpables. Esos hombres no han temido presentarse en mi casa para gozarse en el espectáculo doloroso

Universidad de Deusto
Biblioteca

que creian hallar en ella. Mi vista los ha aterrorizado al principio..... luego, recobrando su natural audacia, han declarado en voz alta cosas que los han perdido irremisiblemente..... Cristóbal, movido por el cariño que me profesa, ha armado y se ha puesto á la cabeza de todos mis operarios para salvarme, sin que yo tuviese el menor antecedente de este hecho que he desaprobado públicamente, y por el cual he reprendido en presencia de sus demás compañeros á Cristóbal. Sin embargo, ya no he podido evitar que aquellos hombres se apoderasen de los tres criminales, ni que los pusiesen á disposicion de la justicia. Esto es lo que ha sucedido; ¿te parece á ti que el suceso que lamentas pueda atribuirseme de ningun modo?..... ¡Lo siento casi tanto como tú!...

—Asi lo creo, señor Forksten, y por lo que acabais de decirme, confieso que seria muy injusto en acusaros de un lance en que ninguna intervencion habeis tenido. Sin embargo, añadió Ulrico, dando un profundo suspiro: ¡tambien es forzoso confesar que soy muy desgraciado!...

—Pobre jóven!..0... Al menos me permitirás, dijo el armero, que piense en tu suerte y que trate de probarte mi reconocimiento.

—Gracias, maestro; gracias, yo no necesito nada.

—¡Cómo!... ¿Pretendes acaso que yo no haga nada por quien me ha salvado la vida?

—En eso, yo no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber.

—Piensa en el porvenir, Ulrico: tu no tienes ningun recurso.

—Pero tengo buenos brazos y valor para sobrellevar mis males. En cualquier parte hallaré donde ganar lo suficiente para sostener una existencia de que estoy ya cansado.

—¡Cansado de vivir, á los diez y ocho años!....

—¡Ay de mi! demasiado he vivido ya para pensar y para sufrir. El hombre no debe medir lo largo de su carrera por el número de sus años; á veces al cabo de unos cuantos dias de marcha se siente ya tan cansado, que no desea sino que el viaje se concluya cuanto antes.

—¡Ulrico! ten mas resignacion y mas confianza en Dios. ¿Porque te has de desesperar de ese modo? Mira, tu estas recogiendo el fruto de este buen comportamiento. En tanto que todo el pueblo condena á tu padre y á tus hermanos, todo el mundo te aprecia y se compadece de ti.

—¿Y qué me importa á mi eso, si los seres á quienes amo entrañablemente apesar de todos sus defectos estan cargados de hierro y amenazados con el último suplicio?.... ¿Mi corazon sufrirá menos por que mis compatricios me compadezcan ó dejen de compadecerme?...

—Por última vez, hijo mio, te repito que confíes en Dios, y que aceptes el apoyo que te ofrezco.

—Maese Forksten, escuchadme con atencion. Aun cuando yo quisiera aprovecharme de vuestra generosa oferta, me seria imposible hacerlo. ¿Qué se diria de mi? ¿No se me acusaria, con cierta apariencia de razon, de haber vendido la sangre de mi padre y de mis hermanos? No insistais mas sobre el particular, porque todos vuestros esfuerzos para persuadirme serian enteramente inútiles..... Lo único que os pido es que no los acrimineis demasiado delante de los jueces.

—Te lo prometo.

—Adios, maese Forksten.

—¿A dónde vas?

—Me vuelvo á mi desierta habitacion.

Y despues de haber enjugado sus lágrimas, Ulrico se alejó de aquel sitio precipitadamente.

Forksten volvió á entrar en su casa con el ánimo sumamente preocupado.

Marta y Jenny no estaban menos conmovidas que su padre; la tristeza que este notó en sus semblantes no pudo menos de chocarle.

—¡Ah! ¡ah! esclamó de pronto, ya adivino el motivo de que estas señoritas estén tan cabizbajas. Las muy curiosas lo han estado observando todo desde la ventana y no pueden menos de interesarse en la suerte del buen Ulrico.

En las palabras del anciano se notaba una mezcla de dulzura y reconvencion.

—Es cierto, padre mio, dijo Marta contestando á lo que Forksten acababa de decir. ¿Cómo hemos de prescindir de compadecer á un jóven tan bueno? Muchas veces le hemos encontrado en la iglesia y siempre le hemos visto orar con el mayor fervor. ¡Qué desgraciado es hoy el infeliz!....

—Aun le compadecerias mucho mas si supieseis....

Maese Forksten conoció que habia hablado demasiado, y se detuvo de repente.

—¿Pues qué hay? dijeron á la vez Marta y Jenny, ¡contad, padre mio, contad!.....

—No, es imposible.

—Por favor....

—Repito que es imposible, y que me enfadariais de veras si insistiéseis en esa idea.

En seguida, valiéndose de un pretesto cualquiera, el armero se fué á los talleres, en tanto que Marta y Jenny se prometian nuevamente emplear toda su habilidad hasta llegar á penetrar aquel misterio, que solo se les habia dejado entrever.

V.

¡UN TESTIGO!

Una porcion de curiosos llenaban la sala de justicia del tribunal de Schaffouse. A juzgar por la agitacion que reinaba en el seno de aquella multitud, era facil comprender que iba á verse una causa de la mayor importancia, aumentándose esta aun con las relaciones exageradas, y con los comentarios no menos absurdos y ridículos que corrian de boca en boca. Todo el mundo hablaba con una especie de horror supersticioso de Werner y de sus dos hijos. «Estos hombres, decian, eran una epidemia para el pais, pues tenian pacto con el diablo.» Una buena vieja se aventuró á decir: «que si los sentenciaban, en el momento en que se tratase de ir á ahorcarlos, todo el mundo se quedaria admirado al ver que habian desaparecido de la carcel..... Sí, añadia; ¡el mismo Satanás en persona vendria á llevárselos para salvarlos del peligro!..... no lo dudeis.» Al oir esto, la mayor parte de las mujeres dieron un agudo chillido persignándose al mismo tiempo. Los hombres, aunque fingian reirse de aquel dicho y despreciarlo, estaban poco menos aterrorizados que las mujeres.

La llegada de los acusados hizo que todo el mundo se callase en cuanto entraron en la sala.

El modo con que se presentaron Werner y sus dos hijos, acabó de imponer á la multitud. Impávidos ante el rigor de la ley é indiferentes á la ávida curiosidad del pueblo, parecian más bien unos meros espectadores que actores principales del terrible drama que iba á representarse.

Nadie hubiera podido figurarse al ver su aspecto, que el desenlace debia ser la muerte de aquellos desgraciados.

Habíase dado principio al interrogatorio, cuando el viejo Hans, cansado por la minuciosidad con que lo llevaba el juez y de la lentitud de las formas judiciales, pidió que se le permitiese hablar. La espresion de su fisonomia era á la vez solemne y feróz; toda la reunion se estremeció al ver al viejo levantarse de su asiento, echando fuego por los ojos.

Concedido que le fué el permiso que habia solicitado, el malvado viejo se espresó del modo siguiente;

—¡Señores! dijo, ¿á qué conduce

el trabajo que os estais tomando con dirigirnos esa multitud de inútiles preguntas? Tanto para vosotros como para estos honrados ciudadanos, que escuchan con tanta atencion, todo el tiempo que empleeis en el interrogatorio es completamente perdido. Podrá ser útil preguntar al que niega; pero está de más el andar molestándo con preguntas á quien confiesa lo que ha hecho sin necesidad de que nadie le apremie á hablar. Pues bien: es cierto que nosotros hemos querido matar á Pedro Forksten, á quien estoy viendo allí, en un rincon, al pié de la sala, á pesar de que parece trata de ocultarse á nuestras miradas. Mis hijos y yo confesamos francamente que nuestra intencion fué acabar con Forksten, pero nosotros no eramos unos asesinos vulgares... ¡Forksten! preciso será que convengas en que nuestros puñales no te han hecho ningun arañazo. Esto no obsta para que quisiéramos matarte. El móvil más irresistible, la necesidad de vengarnos era la que nos inducía á cometer el asesinato. ¿Quién es el que dotado de una energia como la nuestra, vacilaria en tomar venganza de su enemigo, pudiendo hacerlo? Se ha dicho cien veces que la ocasion hace al ladron, y esta es una verdad incontestable. Nosotros hemos hallado á ese hombre solo, nos hemos apoderado de él, lo hemos conducido á la montaña y allí lo hemos atado al tronco de un pino, tapándole antes la boca muy bien, con un pañuelo; llevando en todo esto la mira de que pereciese allí de hambre y de frio, muerte mil veces más cruel que la que nosotros hubiéramos podido darle con nuestras manos. Lo que nos confunde ahora, es el verle ahí sano y salvo. Ha sido necesario un milagro para que nuestro enemigo haya podido volver al pueblo, de un sitio desde el cual nadie había vuelto hasta hoy á no ser mis dos hijos y yo. El que creiamos que habia enmudecido para siempre, ha venido á ser nuestro acusador. ¡Paciencia! Nadie tiene la culpa de esto sino nosotros. Cuando un hombre no sabe hacer uso de su puñal para deshacerse de su enemigo, ni es digno de compasion, ni sirve ya para otra cosa que para ser ahorcado.

Este discurso violento y cinicamente inmoral, y en el cual no se notaba ciertamente ni humildad ni arrepentimiento, irritó sobremanera al presidente del tribunal. Era este uno de aquellos magistrados antiguos, uno de aquellos hombres verdaderamente religiosos que nunca separaban al santo temor de Dios del respeto debido á las leyes. Asi es, que levantándose de su asiento y acompañando con la accion la severidad de la palabra:

—¡Acusado! dijo, el lenguaje que estais usando es abominable, y yo no puedo tolerarlo por mas tiempo. ¿No deberiais avergonzaros de dar semejante escándalo á todos los que os estan escuchando? ¿Vuestras canas no debian daros ya la moderacion necesaria para saber dominar vuestro corazon esa sed de venganza que os consume? ¡Venganza! ¿y de qué?.. ¿dónde está la ofensa?.... ¿qué os ha hecho Pedro Forksten?

—¡Qué me ha hecho Pedro Forksten, decis!.... Voy á esplicároslo. ¡Ese hombre es mas dichoso que yo!....

—La dicha no es un crimen.

—Convengo en ello, pero la felicidad de mi enemigo ha sido la causa de mi ruina y de mi desesperacion. Para que él fuese rico, para que todo el mundo le buscase para darle trabajo ha sido preciso que yo me viese abandonado de todos y por consiguiente reducido á la mas espantosa miseria. En el momento en que se ha encendido su fragua, la mia se ha apagado; desde el dia en que se han abierto sus talleres, se han cerrado los mios; sus hijas se presentaban en todas partes radiantes de lujo y de hermosura, y mis hijos macilentos no tenian un pedazo de pan que llevarse á la boca y estaban cubiertos de harapos. Al ver esto, yo me he dicho á mi mismo: «Tengamos un poco de prudencia y dejemos pasar los años;» estos han trascurrido con velocidad, y Reinaldo y Fritz han ido creciendo hasta llegar á ser unos cazadores intrépidos; les he imbuido todas mis ideas; y despues de haberse asociado á mis proyectos de venganza, aceptarán gustosos el castigo que vais á imponernos y marcharán contentos al suplicio al lado de su padre.

—¡Asi es! esclamaron á un mismo tiempo Reinaldo y Fritz: hemos delinquido juntos, y juntos queremos morir.

—¡Detestable escuela del crimen! dijo el magistrado en cuyos ojos brillaba una santa indignacion. ¡Hans! vos sois á nuestros ojos mucho mas culpable que cualquiera otro criminal por los perniciosos ejemplos, por las detestables máximas que habeis imbuido á vuestros hijos. ¿Se hallarian esos dos insensatos jóvenes sentados en el banco de los criminales y cargados de hierro, si vos hubiéseis sabido practicar los deberes de un padre, dirigiendo bien su educacion y enseñándoles las verdades eternas de nuestra religion sacrosanta? Seguramente que no. Vos, en vez de arrancar de sus corazones la mala semilla de los sentimientos y de la venganza, habeis procurado que crezca y que eche en ellos hondas raices, faltando á todos los deberes que el Señor os habia impuesto al concederos fruto de bendicion.

—¡Señor presidente!..... hacedme el gusto de guardar para otros vuestras lecciones y consejos; á los sesenta años cumplidos gusta uno poco de ambas cosas. Mis hijos no se quejan, ni de los ejemplos que les he dado, ni de los preceptos que les he impuesto; esto, para mi, es lo principal; todo lo demás que pueda décirse sobre el particular me es enteramente indiferente.

—¿Y tambien os es indiferente vuestro hijo menor, el virtuoso Ulrico, apreciado de todo el mundo?

—No me es indiferente ese muchacho, pues al cabo soy su padre. Lo que siento es que no tenga la misma fuerza de carácter que sus hermanos. La naturaleza se equivocó completamente al hacerle hombre.

—Quizá tenga un alma mas fuerte de lo que vos suponeis. Concibo que prefirais sus hermanos á él, porque Ulrico era para vosotros una leccion viva, que sin predicaros la verdad la practicaba constantemente á vuestra vista. Esto no podia menos de humillaros bastante.

Reinaldo, sin poder contener su ira, á la que iba mezclada una gran dósis de envidia, esclamó:

—¡Juzgadnos cuanto antes, pero no nos insulteis!....

—¡Acusado!... le contestó el presidente, ¡moderaos!... Nadie sino yo tiene derecho de hablar aqui. Siento mucho ver en vos tanta dureza de corazon.

—Pues podeis ahorraros ese sentimiento, contestó el fogoso Reinaldo, porqne nosotros sufrinos nuestra suerte sin quejarnos, y continuaremos sufriéndola del mismo modo hasta el último momento.

—Está bien: los hechos se hallan probados; los ocusados no reclaman y estan decididos y aceptar todas las consecuencias de su crimen. Ya no nos queda, dijo el presidente, volviéndose á los jueces, sino saber del mismo Forksten la milagrosa casualidad á la cual debe su salvacion. Acercáos, Forksten, y jurad sobre los santos Evangelios que direis la verdad en lo que fuereis preguntado.

La multitud abrió paso, y un hombre atravesó por medio de ella hasta llegar á las gradas del tribunal. Los Warner le dirigieron miradas rabiosas; pero su furor era impo-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tente, tanto por hallarse cargados de cadenas, cuanto porque entre ellos y su víctima habia una porcion de arqueros.

Forksten estaba pálido y turbado; tenia la cabeza baja, y aunque quiso hablar, le fué imposible hacerlo en un principio.

—Serenaos, le dijo el presidente. Concebimos sin dificultad la emocion que debe causaros el hallaros frente á frente con vuestros enemigos.

—Ruego á vueseñoría que me disimule, contestó el honrado armero, yo no puedo ver a esos hombres sin conmoverme. Por largo tiempo he despreciado sus amenazas, y Dios no ha permitido que me asesinen, obrando en favor mio un milagro. ¡Bendita sea su bondad que me ha salvado de tan gran peligro!.... Por lo demas, yo quisiera que no se me exigiesen mas esplicaciones en esta materia.

—¡Cómo!

—Sí, he prometido ante Dios y los hombres hacer cuanto de mi dependiese para olvidar que semejante lance me hubiese sucedido. Mi juramento es sagrado, y no puedo faltar á él sin cometer un perjurio.

—No insistiremos mas sobre este punto, contestó el presidente: pero pensad bien en lo que haceis y en que vuestro silencio es de la mayor trascendencia en las circunstancias en que nos hallamos. ¿Quién sabe si vuestra declaracion hubiera podido atenuar la gravedad de la acusacion? No olvideis que se trata nada menos que de la vida de esos tres infelices, sobre cuya suerte va á fallar muy en breve la justicia de los hombres.

Un ruido estraño siguió á estas palabras. Era este producido por un jóven que, tratando abrirse paso entre la multitud, gritaba al mismo tiempo con todas sus fuerzas.

—¡Dejadme pasar!... ¡Yo hablaré!.. ¡Dios lo quiere así, y voy á hablar!

Los magistrados dieron órden de que se facilitase el paso á aquel hombre, que, auxiliado por los arqueros pudo llegar hasta el sitio en donde estaba Forksten; á su vista el armero y los Werner dieron un gran grito de admiracion, si bien por distintas razones en estos y en aquel.

El jóven que comparecia de aquel modo ante el tribunal, era Ulrico Werner.

Sus hermosos ojos despedian abundantes lágrimas, y lo primero que hizo al llegar á donde estaba Forksten fué dirigir una tierna mirada á su familia.

—¿Qué es lo quereis? le dijo con bastante sequedad uno de los jueces. ¿Por qué habeis venido á interrumpir la vista de la causa formada entre vuestro padre y hermanos?

Ulrico, fuertemente preocupado al oir semejante apostrofe, contestó, sin embargo, con la mayor dulzura que es dado imaginar:

—Dignaos, señores, disimularme la libertad que me he tomado de comparecer ante vueseñorias sin ser llamado. El sentimiento que me ha obligado á hacerlo asi es sagrado, supuesto que se trata nada menos que de la vida de unos seres que me son tan queridos. Yo soy, como todos sabeis, el hijo menor de ese infeliz anciano que está sentado en el banco de los acusados.

—¿Y pedis que se os oiga en el interés de la causa? dijo el presidente.

—Ruego á vueseñoría que se me conceda esta gracia. Quizá mis palabras sean de algun peso en el momento del fallo: quizá mi conducta podrá haceros ser algo mas indulgentes cou mi padre y mis hermanos.

—¡Vuestra conducta!.... ¿Estaís mezclado acaso en este asunto? Segun la disposicion de los acusados, vos dormia profundamente cuando ellos salieron de casa para cometer el crimen.

—Yo estaba tan despierto como ahora, señor presidente; contestó Ulrico.

—¡Ah.!.. ¿Conque estabas despierto?.... dijeron á una voz los Werner.

—Yo no sé que oculto presentimiento me habia hecho escuchar la conversacion de mi padre con mi hermano. Comprendí por lo que pude oir cuál era el objeto de aquella terrible espedicion nocturna. Sin vacilar tomé mi determinacion, y saltando al patio, ó por mejor decir, dejándome caer por la estrecha ventana del cuarto en que yo dormia, pude seguir á cierta distancia, y sin que ellos lo notasen, á esos tres desgraciados á quienes amo mas que á mi existencia á pesar de la grave falta que no puedo desconocer han cometido. Luego en cuanto dejaron solo y abandonado á Maese Forksten, que estaba sólidamente amarrado al tronco de un pino, sali del sitio en que me hallaba oculto, y con un cuchillo corté todas sus ligaduras, volviéndole la libertad.

Worner, Reinaldo y Fritz dieron una especie de ahullido horroroso al oir estas palabras.

La multitud aplaudió.

Los jueces quedaron atónitos.

Ulrico continuó así:

—Si, yo corté aquellos nudos que apretaban tan fuertemente contra el árbol las piernas y brazos de Pedro Forksten, porque me creia enviado por la Providencia para salvar á un inocente y para impedir que los mios fuesen todavía mas culpables. Hé aqui lo que yo he hecho; y léjos de arrepentirme de ellos volveria á hacerlo otras cien veces en igualdad de circunstancias. Dignaos, señores, puesto que el crimen no ha llegado á consumarse ó al menos, puesto que no ha llegado Forksten á morir, dignaos, repito, absolver á Hans, á Reinaldo y Fritz, en consideracion á lo que ha hecho Ulrico para salvar la víctima que aquellos desgraciados ilusos habian resuelto sacrificar. Imploro á vuestras plantas el perdon de los reos. Con condenarios á muerte me condenareis á mi á un dolor cruel que duraria tanto como durase mi mísera existencia. ¡Piedad, señores, piedad!... ¡Tened compasion de esos tres infelices!...

—¡Muy bien dicho!... esclamó uno de los circunstantes. ¡Eso es lo que se llama ser un completo hombre de bien!...

El que asi hablaba era el conde de Arreinberg, que no habia podido contenerse y que sin reparar en el sitio en que se hallaba espresaba su opinion en alta voz. Sus palabras, sin embargo, fueron sofocadas por las del viejo Werner que, levantándose del banco en que estaba sentado y mas semejante á un animal furioso que á un hombre, apostrefó á Ulrico diciéndole:

—¡De pie, miserable!... ¡De pie!.. ¡Déjate de humillaciones y de súplicas!.... Nosotros no te hemos encargado que defendieses nuestra causa. Mejor hubieras hecho en no espiarnos.

—¡Padre mio!

—¡Yo no soy ya tu padre desde hoy!

—¡Reinaldo, Fritz! hermanos queridos.... ¡interceded con nuestro padre en mi favor!

—¡Nosotros tampoco te reconocemos por hermano!... ¡Miserable!.... ¡Tú nos has hecho traicion, tu has vendido tu propia sangre!

—¡Silencio!..... esclamó el presidente. ¡Sois unos tigres al tratar de ese modo al que ha venido aqui sin mas ojeto que el de salvar vuestras vidas!... ¡Basta!... La causa esta terminada, y se levanta esta sesion para continuarla cuando el tribunal vuelva á entrar en la audiencia..... ¡Condúzcanse los acusados á la pieza inmediata!.... ¡Ulrico y Forksten permanezcan aqui hasta que el jurado vuelva del salon donde se retira ahora á deliberar.

Imposible nos es pintar la agita-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cion del auditorio. Ulrico, abismado en el seno de sus penosas reflexiones parecia enteramente estraño á cuanto le rodeaba, y no respondia ni una palabra á las infinitas preguntas que le dirigian de todas partes. Aquellas terribles palabras de *Ya no soy tu padre* resonaban todavia en sus oidos. El se preguntaba á si mismo con la mayor sencillez si era verdaderamente culpable ó no, y la buena intencion que le habia guiado para hacer lo que habia hecho no era suficiente para absolverle de todo cargo, segun su modo de ver las cosas en aquel momento.

Le parecia que la sentencia de los jueces debia alcanzarle á él, y aunque inocente hubiera sufrido gustoso el castigo que no merecia, con tal que los jueces hubiesen sido indulgentes con su padre y con sus dos hermanos mayores.

El tribunal volvió á la sala de Audiencia al cabo de un rato. Los acusados volvieron tambien á ocupar sus bancos. Entonces se leyó la sentencia en alta voz. Estas eran su principales cláusulas.

«En vista de las declaraciones de Pedro Forksten y del jóven Ulrico Werner; en vista asi mismo de las confesiones de Hann, Werner y de sus hijos Reinaldo y Fritz, queda probado hasta la evidencia el conato de asesinato cometido por Hans, Reinaldo y Fritz Werner, contra la persona del armero Forksten:

»En vista igualmente de qne los asesinos no han tratado de negar su crímen, ni mucho ménos de atenuarlo:

»El tribunal ha juzgado desde luego que merece la pena de muerte.

»Pero en atencion á que el asesinato no ha llegado á consumarse, á consecuencia de la intervencion enteramente providencial de uno de los hijos del mismo Werner, llamado Ulrico, y el cual no tuvo ninguna parte en el crímen cometido por su familia;

»Y teniendo en consideracion esta circunstancia verdaderamente estraordinaria, así como tambien las piadosas súplicas del mencionado Ulrico Werner, el tribunal se limita á pronunciar destierro perpétuo contra los tres acusados.

»Otrosí: Para impedir que Ulrico Werner sea maltratado por su familia, y al mismo tiempo para apartarle de los malos ejemplos, si hasta ahora no han sido suficientes á pervertirlo podrian serlo en lo sucesivo si acompañase á su padre y á sus hermanos al destierro, el tribunal manda que pase, á costa del Estado, al convento de franciscanos de Friburgo, en donde se le dará por término de dos años, una instruccion sólidamente religiosa y enteramente en armonia con su aficion al estudio, y con todas las demás buenas cualidades que le adornan.»

Despues de leida esta sentencia en medio del más profundo silencio, el presidente preguntó por última vez á los acusados si tenían que apelar del fallo del tribunal.

—No, respondió Hans Werner con acento melancólico. Habeis fallado en conciencia y con toda justicia. Solo en un punto habeis sido injustos recompensando y concediendo vuestra proteccion á un miserable y cobarde traidor.

—¡Callad! dijo el magistrado interrumpiéndole. Vuestra autoridad como padre, ha desaparecido: vos no teneis ningun derecho para censurar lo que el tribunal ha creido justo y conveniente.

—¡Hola! ¿Con que no tengo ningun derecho sobre ese infame?... exclamó el viejo fuera de sí. Protesto contra lo que acabais de decir: vosotros podeis arrojarme de mi pais como á una bestia feroz, como á un leproso capaz de contagiar á mis conciudadanos, podeis despreciarme, podeis arruinarme completamente; pero nunca alcanzarán vuestras facultades á despojarme de la facultad que sobre ese mal hijo tengo. Yo uso, pues, de ella por última vez para malde...

Hans no pudo concluir la palabra. Una mano tapó su boca antes que la acabase. Esta mano era la de Ulrico que al mismo tiempo decia enmedio de un torrente de lágrimas:

—¡Perdon, padre mio, perdon!....

El viejo Werner no terminó la terrible fórmula de la maldicion; pero con una fuerza aumentada por el furor, empujó al jóven con tal violencia, que cayó al suelo de espaldas y se desmayó pronunciando aun entre dientes:

—¡Perdon padre mio, perdon!....

VI.

Coro celestial.

Cuando Ulrico volvió en sí al cabo de un largo rato de haber estado enteramente privado de conocimiento, miró á su alrededor y no podia comprender nada de lo que estaba viendo. El cuarto en que se hallaba le era absolutamente desconocido asi como todos los muebles que le adornaban. Lo que aumentaba aun su admiracion era verse, sin saber cómo habia sido trasladado allí, en una elegante cama colgada. El cuarto tambien estaba colgado de azul y blanco, y la luz que penetraba en él al traves de unos vidrios de estilo gótico, pintados de mil diferentes colores. Todo cuanto veia le ofrecia un conjunto admirable de rica sencillez, de calma y del mas concepto silencio. Pasar desde la sala de un tribunal de justicia á otra en que todo convidaba al descanso era igual á haber salido del infierno para entrar de repente en el paraiso.

Ulrico creyó que estaba dormido, y varias veces cerró y volvió á abrir les los ojos; pero siempre se le representaba el mismo risueño cuadro. Al fin no pudo menos de esclamar:

—¡Dios mio... Dios mio!...

Estas son las primeras palabras de todo el que acaba de sufrir algo.

—¡Dios mio! repitió por tercera vez; ¿es esto un sueño? ¿En donde estoy?... Nada de cuanto me rodea me es conocido... ¡No hay duda, me he vuelto loco!... ¡Me ha hecho tanto daño aquella terrible maldicion!

En este momento un ligero ruido llamó su atencion. El ruido habia sido producido por una persona que queria que se notase que estaba allí; pero que no queria que su vista produjese la mas minima emocion. El jóven volvió la cabeza hácia el lado donde estaba el sujeto en cuestion, y se estremeció al ver á Pedro Forksten sentado á la cabecera de la cama, en una elegante y cómoda butaca. El armero se sonrió con bondad, y haciendo una señal á Ulrico con la mano para que no se fatigase queriendo hablar mas de lo que permitia su estado, le dijo:

—Si, amigo mio; yo soy el mismo á quien tú salvaste. Jamás olvidaré este beneficio, y he querido pagar, ó al menos empezar á pagar la deuda que tengo contigo, cuidándote desde que te hallas en esa cama.

—Pero, ¿en donde estamos?

—En mi casa.

—¡En vuestra casa!... !En casa del enemigo de mi padre!...

¿Y qué importa que Hans Werner haya concebido un ódio injusto contra mi?... Tú no me aborreces, y me has dado de ello una buena prueba; yo por mi parte te quiero como si fueses hijo mio. Aun cuando tú me aborrecieses, yo te querria; asi es preciso que aceptes mi hospitalidad.

—¡Maese Forksten, decidme por favor cómo es que yo me encuentro aquí!

—No hay nada mas sencillo; las palabras de tu padre han producido en tí un efecto tan terrible, que has caido al suelo desmayado: entonces, yo me he acercado á tí y he dicho: «Justo es que salve á quien me ha salvado, reclamo este jóven para llevármelo á mi casa, en la que per-

Universidad de Deusto
Biblioteca

manecerá hasta que se haya restablecido completamente.» En seguida te han traido aquí. Ya tienes aclarado todo el misterio.

Ulrico, vivamente conmovido, dió la mano al honrado armero, diciendo al mismo tiempo:

—¡Gracias, amigo mio!..... Sin embargo, nada me debeis puesto que yo no he hecho sino cumplir un deber sagrado.

Su estado de debilidad no le permitió proseguir hablando. Al cabo de un rato preguntó por su familia.

—Ya están tu padre y tus hermanas muy lejos de aquí.

—¡Con que ya no volveré á verlos mas! dijo Ulrico deshaciendose en lágrimas.

—Resignate, amigo mio, y ten valor. ¿De qué sirve luchar contra lo que el Señor ha dispuesto? Confórmate y obedece gustoso la decision de los que le representan en la tierra.

—¡No volverlos á ver!.. ¡No haber podido abrazarlos antes de que separasen de mi para siempre!...

—Llora, jóven, llora; esto podrá en efecto serte provechoso. Yo he hecho mal en contarte la verdad sin irte preparando antes para oirla. Sin embargo, es preciso que te tranquilices. Tu eres hombre de sentimientos religiosos, y debes servirte de ellos en tu posicion actual.

—Descuidad, Sr. Forksten, yo trataré de sobrellevar dignamente mi desgracia.

Y á pesar de esta seguridad que Ulrico acababa de dar a su huésped, no pudiendo resistir á tantas emociones, volvió á caer en una postracion general. Levantósele una fuerte calentura acompañada de un delirio espantoso, y mientras le duró no consintió el armero que se diese un solo martillazo en sus talleres. El honrado anciano conocia todo el valor de la existencia de aquel jóven, que el cielo habia puesto bajo su salvaguardia; así es que el interesante enfermo pudo atravesar, en fuerza de lo bien asistido que estaba, aquella peligrosa línea que separa la vida de la muerte. En cuanto la enfermedad hizo crísis, no le quedó á Ulrico sino una grandisima debilidad; pero en cuanto entró en la convalecencia, fué restableciéndose con una rapidez asombrosa.

Una tarde quedó Ulrico agradablemente sorprendido al oir dos voces frescas y sonoras que cantaban, acompañándose al mismo tiempo con un laud. El cuarto del jóven estaba alumbrado únicamente por los rayos de la luna, que empezaban á penetrar por una de las ventanas, y que tenian ya mas fuerzas de crepúsculos de la noche, que iba ya tendiendo su negro manto por todas partes. Aquellas voces parecia que bajaban del cielo, y Ulrico creyó asistir á un concierto de ángeles.

En cuanto aquella armonía hubo terminado:

—¡Cantad mas, hermosos serafines! dijo el jóven con una voz apenas inteligible.

Las voces volvieron á oirse y Ulrico se quedó dulcemente dormido.

Esta funcion se repetia todos los dias á la misma hora, y volvia la calma al corazon de Ulrico. Era, por decirlo así, un bálsamo reparador que caia gota á gota sobre su alma.

Al cabo de unos dias Ulrico concluyó por esperimentar aquel sentimiento de cariño que, unido á una curiosidad ardiente, hace que deseemos conocer á los que nos hacen algun beneficio.

—¡Oh! dijo una tarde sin poder contenerse al terminar aquellas angelicales voces su melodioso canto, ¿será posible, ángeles mios, que no os mostreis á mi tales como sois para que pueda yo tener la dicha de contemplar vuestras facciones?

Al momento creyó oir una voz que le decia:

—Mañana sin falta nos verás,

Al dia siguiente Ulrico se halló con suficientes fuerzas para levantarse y dar un paseo por la casa. Se

le condujo á la sala de recibo en donde se hallaban Marta y Jenny, que manifestaron al convaleciente cuánta era su alegria al verle tan aliviado. Ulrico, tímido, aunque reconocido á tantos favores, dirigia la vista alternativamente hácia aquellas dos lindas criaturas, con aquel aire tierno á la par que lánguido, propio esclusivamente de los enfermos. Maese Forksten se sonreia lleno de satisfaccion al contemplar este cuadro interesante, y Cristóbal tomaba una gran parte en la alegria general de la familia del armero. Ulrico, sin que él mismo pudiese adivinar en lo que esto consistia, fijaba más la atencion en Marta que en Jenny, y esta á su vez, estaba más tranquila que Marta en presencia del jóven.

Maese Forksten, que notó cierta preocupacion sombría en la frente del jóven, no pudo menos de decirle que le parecia que se hallaba bajo el dominio de una idea que no queria descubrir.

—Así es, contestó Ulrico.

—¿Y no quieres confesarme qué idea es esa que tanto te preocupa?

—¡Maestro! contestó Ulrico, jamás me atreveria á hacerlo.

—Atrévete y no seas tonto, le dijo el armero con bondad. ¿Qué significa ese miedo infantil?

—¡Pues bien! dijo Ulrico; aunque os burleis de mi credulidad, voy á contaros una cosa muy particular que está sucediendo hace unos dias. Hallábame yo casi restablecido, aunque de muy mal humor, y contaba tristemente las horas asustándome de la lentitud con que marchaba el tiempo, cuando una tarde dos voces angelicales resonaron con melodía dentro de mi cuarto, y aun creo que cerca de mi misma cama. Aquella música suave que calmaba el resto de calentura que aun tenia yo, serenando al mismo tiempo mi imaginacion acalorada, se repitió varias tardes seguidas. Yo estaba ébrio de gozo al oirla; mi negra melancolia iba desapareciendo por instantes.... yo no me hallaba ya reñido con la vida, y hasta llegaba á comprender que aun era posible que hubiese felicidad para mi. A los pocos dias, exigente como lo son la mayor parte de los hombres que jamás se satisfacen con los bienes presentes, yo no me contenté ya con oir, y pedí á los ángeles que se dejasen ver de mi.

—Lo cual no deja de ser una cosa harto difícil, dijo el armero sonriéndose.

—No tanto como vos os figurais, contestó Ulrico, puesto que apenas hube formulado mi súplica cuando me pareció oir una voz que me decia que mis ruegos serian oidos.

—¿Y cuándo vas á tener la dicha de contemplar los rostros de esos espíritus angélicos que tú dices?

—Bien pronto..... hoy mismo quizá...

—¿Y en esta pieza tal vez?

—¿Por qué no? Unicamente depende de su voluntad el dejarse ver aqui ó en cualquiera otro sitio que les acomode.

—Admiro tu conviccion. ¿Y no pudieras decirnos la idea que te has formado del rostro de esos ángeles?

El jóven ruborizado se volvió involuntariamente hácia donde estaba Marta. Pero júzguese cuál seria su asombro al ver á esta con un elegante laud dorado en la mano. Antes que Ulrico volviese de su sorpresa, las dos hermanas estaban cantando una de aquellas canciones que tanto habian contribuido al restablecimiento del jóven Werner. Este, absorto en un profundo éstasis, y con el corazon palpitante de gozo, habia cruzado las manos sobre el pecho y daba gracias á Dios que habia atendido á su súplica. ¡Oh cuán bello y digno de ser adorado le parecia á él aquel ángel que se manifestaba á su vista bajo la graciosa figura de Marta! Ulrico dudaba aun interiormente si aquello era una vision, y se preguntaba si todavia deliraba ó si es-

Universidad de Deusto
Biblioteca

taba realmente despierto. Unicamente la presencia de Forksten en aquel sitio le convencia de que todo era realidad, y le hacia reconvenirse por haber aborrecido la vida, que tantos encantos tenia para él desde aquel momento. Terminado el canto, Ulrico no pudo articular ni una sola palabra; pero su silencio, mas espresivo que esta, manifestaba bien á las claras su gozo y la admiracion que todo aquello le causaba.

Como si todo lo que es bueno é inocente debiese ser contrariado, un visitador importuno vino á poner término á esta encantadora escena: era el conde Teobaldo de Arreinberg.

Segun su costumbre, entró en la sala metiendo mucho ruido y acompañado de un escudero y un paje.

¡*Bravísimo*, señoritas! esclamó desde el umbral de la puerta. Yo no sabia que, á las muchas que teneis, añadiéseis esta habilidad; pero, segun veo, la *gaya ciencia* no tiene ningun secreto para vosotras. En cuanto llegó el conde, las dos jóvenes se levantaron, y Marta fué corriendo dejar á su laud en un rincon de la sala.

—Os suplico, dijo entonces el conde, que no dejeis de cantar por mi llegada. Sentiria mucho haber estorbado vuestra inocente diversion, y mas todavia el que mi presencia fuese bastante á infundiros miedo.

—No es eso, señor conde, dijo Marta muy cortada, sino que nosotras únicamente...

—Lo entiendo. Espero, señorita, que otra vez tendreis la bondad de admitirme á este concierto... de familia.

Al decir esto, dirigió á Ulrico una mirada, en la cual se descubria que el pobre caballero era preso de unos celos rabiosos.

Maese Forksten se apresuró á contestar con su hombría de bien habitual.

—Mucho me alhaga, monseñor, no por mí, sino por mis hijas, el deseo que manifestais de oirlas. Hoy, sin embargo, tendreis que disimular una timidez...

—¡Cómo!.... la timidez es su mas bello adorno. El candor y la modestia son el emblema de las almas buenas.

—¿Veniais con intencion de hacer alguna compra, señor conde? preguntó el armero, tratando de dar otro giro á la conversacion, puesto que aquella iba siendo bastante delicada.

—A eso venia precisamente, contestó el conde.

—Permitidme que me retire, maese Forksten, dijo entonces Ulrico. El poco ejercicio que he hecho me ha fatigado..... ¡Estoy todavia tan débil!....

—Nosotros iremos tambien á acompañaros hasta vuestro cuarto, dijo Jenny con una lijereza que no la era habitual, y sin reflexionar si era ó no prudente en una soltera el hablar así. Marta, á imitacion de su hermana, dió algunos pasos hácia el sitio en donde se hallaba Ulrico con la intencion visible de ayudarle á sostenerse, caso que su debilidad no le permitiese marchar sin este apoyo. Pero el jóven, que habia visto con su acostumbrada penetracion lo mucho que sufria el conde interiormente, sacrificó su conveniencia al bien parecer; y rechazando dulcemente á las dos hermanas:

—Gracias, amables señoritas, las dijo; no soy yo digno de que os tomeis por mi esta molestia; el buen Cristóbal será suficientemente amable para permitirme que me apoye en su brazo.

—Con mil amores, dijo el honrado operario, ofreciéndoselo inmediatamente.

En cuanto Cristóbal hubo dejado á Ulrico en su cuarto entretenido en hojear una Biblia de hermosas láminas, se volvió á la sala en donde habia quedado el conde con Marta y Jenny. Jamás Cristóbal habia dirigido una palabra amorosa.....

aunque hubiese querido, nunca se hubiese atrevido á hacerlo..... Sin embargo, á pesar del respeto que le inspiraba naturalmente la hija de su amo, tenia celos de aquel tesoro cuya posesion le estaba vedada. El sabia que su presencia contrariaba mucho al conde Teobaldo; y no obstante, se valia de toda especie de pretestos para no moverse de la sala en cuanto el conde entraba de visita.

Arreimberg habia aprovechado la corta ausencia de Cristóbal para adelantar sus negocios. Con aquella finura que le era habitual, y con una franqueza que no podia menos de encantarle, habia suplicado á maese Forksten que le concediese el favor de acompañarle el domingo inmediato, como igualmenle sus hijas, á una cacería con halcones.

—Mis mejores caballeros, añadió, estarán á vuestra disposicion; vereis una cosa digna de verse, y este espectáculo no podrá menos de interesaros y distraeros; espero que no me hareis el feo de desairarme.

Por mas que el armero dijo que la caza de halcones era esclusiva de caballeros y personas de la mas alta categoría, y que no parecia bien que un artesano asistiese á ella, tuvo que ceder al diluvio de razones con que trató el conde de probarle que un hombre de su mérito era digno de asistir á esta y á otra cualquiera diversion de las de la alta aristocracia. En cuanto Teobaldo de Arreimberg obtuvo el consentimiento del armero, salió de su casa radiante de alegria por un triunfo, del cual esperaba sacar la ventaja de poder hablar á solas con Marta, aunque no fuese sino un minuto.

No hay necesidad de decir que aquel dia hubiera valido mas hallarse frente á frente con un oso en el lugar mas retirado de la montaña, que tocar con el codo, por poco que fuese, al honrado Cristóbal.

El pobre muchacho, que necesitaba comunicar con alguno la pena que le causaba la proyectada cacería, creyó que á nadie podia descubrirse con tanta confianza como á Ulrico. Este estaba poco menos agitado que Cristóbal. Desde el momento que habia vuelto á su cuarto no habia cesado de evocar alternativamente los deliciosos recuerdos de aquellos cánticos melodiosos y la imágen de los dos ángeles terrestres. Tan turbado como lleno de admiracion, no sabia por qué causa sus pensamientos se fijaban con tenacidad en Marta, cuya mirada era tan dulce y tan poética. En vano se reforzaba por continuar su lectura favorita. Las páginas de la *Sagrada Escritura* pasaban ante sus ojos sin que ni una sola palabra de ellas quedase grabada en su memoria. Tal era el estado moral del jóven Ulrico, cuando el honrado Cristóbal volvió á entrar en su habitacion. Al ruido que este hizo naturalmente, el jóven Werner levantó la cabeza.

—¡Hola! dijo este; ¿qué os vuelve á traer tan pronto por aquí?

—Disimulad, Sr. Ulrico; yo siento mucho el venir á incomodaros; pero...

—¡Incomadarme!... todo lo contrario; vuestra visita es de mucho gusto para mí. La soledad me iba fastidiando ya.

—Y yo vengo aquí precisamente huyendo de estar en compañía...

—¿Y venis á buscar la mia? dijo Ulrico sonriéndose: eso es muy satisfactorio para mí...

—¡Oh!... si vos supieseis...

—¡Cómo?.... ¿Qué es lo que ocurre?.....

—¡Ah!.... si yo pudiese hablar.... si pudiese contaros...

—¿Algun secreto?.... hablad Cristóbal. Podeis contar enteramente con mi discrecion.

—Es que..... vais á tenerme por loco. Sin embargo, yo necesito confiar mis penas á un amigo como vos.

—Gracias, Cristóbal, por haber pensado en mí antes que en otro. El que ha padecido mucho en su vida es

Universidad de Deusto
Biblioteca

confidente natural de todos los que se hallen en igual caso.

—Siempre he dicho que teniais un buen corazon.

—Dejémonos de cumplidos, y vamos al caso.

—¡Qué quereis!..... yo no puedo menos de tratar á cada cual segun se merece; ¡oh!..... si todos hubiesen sido como vos en vuestra familia.....

—¡Por Dios, Cristóbal!.... dijo Ulrico con voz muy alterada..... ¡No desperteis en mí recuerdos que quisiera olvidar completamente. Hablad sin mas rodeos, pues estoy dispuesto á oiros y á aliviar vuestros males si me es posible hacerlo.

—¡Pues bien!..... Pero me cuesta tanto trabajo el deciroslo..... Para empezar por el principio..... habeis de saber que..... que estoy enamorado.

—¡Calle!....

—Completamente enamorado..... enamorado como un loco. ¡Qué feliz sois vos en no conocer esta enfermedad cuya cura es tan difícil, si es que hay cura posible para ella!..... Desde el dia que me he visto acometido por este mal, ni como, ni duermo; siempre estoy acechando sin saber á quien; todo el mundo me infunde sospechas; quisiera armar quimera hasta con los que pasan por la calle; en una palabra, no sé lo que hago ni lo que digo y pegaria conmigo el primero al ver que soy tan vestia.

Vuestro estado es muy grave en efecto. Sin embargo, á mi me parece que no han de faltar remedios para esa enfermedad. Si amais tambien es fácil que seais correspondido.

—Pues ahí está el mal: no me es permitido abrigar la mas mínima esperanza de que suceda lo que vos decis.

—¡Qué desatino!... Un muchacho tan honrado como vos tiene derecho á que se le quiera, y á que cualquiera jóven se tenga por dichosa en ser la preferida de su corazon.

—Es que yo he dirigido mis miras á un lugar muy elevado, y por esto sufro la pena de mi orgullo.

—Me parece que sois demasiado severo con vos mismo, ó por mejor decir, que vuestra modestia os hace no apreciaros en todo lo que realmente valeis. ¿Quereis decirme quién es vuestra amada?

—Cuando os lo diga, no tendreis trabajo en comprender mi tristeza y lo apurado de mi posicion. Sabed que amo á una de las hijas de mi maestro.

—¿A cuál de ellas? preguntó Ulrico, palideciendo algun tanto.

—A Jenny.

Ulrico volvió á respirar con toda libertad.

—¿Con qué ese es el terrible secreto que tenias que confiarme, querido Cristóbal.

—¡*Terrible*, sí!... Es el verdadero nombre que debe dársele. ¿Cómo es posible que el Sr. Forksten se rebaje hasta el punto de dar su hija á un pobre oficial de armero como yo?... La distancia que media entre su fortuna y la mia es un obstáculo imposible de vencer.

—Estais en un error, Cristóbal. Maese Forksten ha sido pobre como vos, y se ha visto obligado á trabajar dia y noche para poderse mantener. El sabrá apreciar vuestras buenas cualidades, sobre todo cuando va haciéndose ya bastante viejo y necesita de una persona de tanta confianza como vos, para que le ayude á llevar el peso de la casa. ¿Quereis que le hable en vuestro favor?

—¡Oh, no!... ¡guardaos bien de hacerlo! exclamó Cristóbal con cierta espresion de terror. No seria ciertamente esta la ocasion más oportuna para ello.

—¿Y por qué no?

¿No habeis reparado lo satisfecho que está desde que el conde de Arreimberg le visita con tanta frecuencia? Lo que es ahora creo que miraria como un atrevimiento imperdonable el que yo me acercase á solicitar la mano de una de sus hijas.

—¿Y creeis que el conde quiera casarse con Jenny?

—Yo lo creo todo y no creo nada. Esos grandes señorones suelen tener á veces ciertos caprichos... Lo cierto es que él no viene aquí solo por el gusto de admirar la belleza de nuestras armas, sino con el objeto enamorar á Jenny... ó á Marta; pero mis celos me dicen que es por la primera por quien viene.

Ulrico se quedó pensativo un gran rato: un instinto secreto le decia que Marta era la que llamaba la atencion del conde.

El operario continuó diciendo con una ira reconcentrada:

—El domingo van todos á una caceria... ese mozalvete les ha convidado; ¿si se les figurará que voy yo á quedarme guardando la casa? ¡No, á fé mia!... ¡Juro por nuestro patron San Eloy que no será así! Nadie me verá, pero yo veré todo lo que pasa...

—Moderaos, Cristóbal, dijo Ulrico. Esa ira y esos celos fuera de propósito, podrian seros muy perjudiciales. Ante todo, descubrios con Jenny, y si esta os corresponde, hablad á su padre con entera franqueza. Este es el único medio y el mejor partido que podeis tomar.

—Teneis mucha razon, Sr. Ulrico, exclamó el operario entusiasmado.

—¡Vos si que sois un hombre entendido y prudente! Voy á seguir vuestros consejos, y si salgo bien en mi empresa, á vos solo seré deudor de toda mi felicidad. ¡Adios, señor Ulrico!... voy á ver si mi rival se ha marchado ya.

Cristóbal dió un terrible apreton de manos á Ulrico, en señal de amistad, y desapareció como un rayo. Si hubiera vuelto atrás y se hubiese puesto á observar, hubiera visto á Werner con el mayor abatimiento.

Aquella conversacion le habia revelado al jóven el verdadero estado de su alma.

¡Tambien él amaba con tanto ó más ardor que Cristóbal, tambien él estaba perdido... por Marta.

VII.

La declaracion.

Una brillante cabalgata subia por las orillas del Rhin, dirigiéndose á aquel mismo Lauften, donde un mes antes se habia celebrado la fiesta de que hemos hablado al principio. El conde Leobaldo iba á la cabeza de la alegre comitiva, haciendo describir á su caballo mil círculos graciosos yendo de uno á otro de sus convidados para probarles á todos que de ninguno se olvidaba. El objeto real de tantas atenciones era la interesante hija del armero. Jamás habia estado Marta tan linda como con el elegante traje de montar que llevaba aquel dia, y con el caprichoso sombrerito cuyas ricas y vistosas plumas ondulaban á merced del viento. el aire fresco de la mañana habia dado color á sus mejillas, habitualmente pálidas, y el atractivo del espectáculo que estaba presenciando hacia que sus ojos brillasen en fuerza del gozo que inundaba su corazon. Asi es que el conde tenia que violentarse para disimular su amorosa pasion por aquella tierna niña, por aquella fresca rosa de los Alpes. Cuando habia logrado acercarse á ella sin ser demasiado notado, dirigirla furtivamente una tierna mirada, ó decirla al oido algun requiebro, la satisfaccion que se monifestaba en su semblante daba claros indicios del júbilo que sentia en su interior La maliciosa Jenny, á quien esa penetracion instintiva que es peculiar á las mujeres habia revelado el secreto del conde, se divertia en mortificarle, no separando su caballo ni un palmo del que montaba su

Universidad de Deusto
Biblioteca

hermana. Sin embargo, hubo un momento en que, merced á los accidentes de la caza, el conde logró quedarse á solas con su amada. A pesar de su serenidad habitual, sintió cierta turbacion que le era desconocida y su voz temblaba al dirigir á Marta la palabra. La conversacion entre ambos empezó por esas frases bacías de sentido, preámbulo ordinario de todo el que quiere entrar en materia.

—¿Y bien, señorita, dijo el conde, qué os parece nuestro paseo?

—Me parece muy bien, señor conde.

—¿Y este modo de cazar?

—Le hallo muy divertido.

Teobaldo se indignaba consigo mismo viendo que perdia inútilmente un tiempo precioso. Por fin, aconsejándose de la necesidad, se atrevió á aventurar las siguientes palabras.

—Hasta ahora, dijo, habeis vivido en un completo retiro. Aquellos placeres inocentes eran los únicos que convenian á vuestro casto corazon. Pero ya sabeis que nuestaa existencia va modificándose gradualmente, que los gustos varian segun las circunstancias en que se encuentran las personas, y que á veces se complace uno en realizar las maravillas que se han soñado, de suerte que...

—Yo no sueño ni deseo nada, dijo Marta interrumpiéndole con toda la franqueza de un corazon cándido y sencillo.

—¡De veras! dijo el caballero con un acento en que se descubria lo mucho que le mortificaba la respuesta de Marta. ¿Con que no deseais nada? ¿Pero á qué me admiro?... Concibo perfectamente qu sea como vos decís. Vuestro horizonte se ha limitado hasta ahora á estas montañas. Sin embargo, Marta, si os fuese dado ver la magnificencia de las ciudades, el lujo de los palacios; si pudieseis tratar con lo mas distinguido de otros paises, frecuentando la alta sociedad en la cual no podriais menos de brillar sobre las demás beldades por el sinnúmero de vuestros hechizos; entonces, señorita, hallariais bien humilde y bien oscura la vida que habeis llevado hasta aquí.

—Quizá sucediese así, señor conde, dijo Marta con mucha seriedad y mirando de reojo á su alrededor como implorando el auxilio de una tercera persona que viniese en su auxilio: sin embargo, debo confesaros francamente que estoy muy satisfecha con mi vida actual. Pero, hablando de otra cosa, ¿quereis que vayamos á juntarnos con mi padre y con Jenny que están al pié de aquellos árboles?

Y sin aguardar la respuesta del conde picó su caballo y corrió á todo escape en direccion al sitio en que se hallaban su padre y su hermana.

—¡Pardiez! esclamó el conde que no podia seguirla segun apretaba el caballo; la niña es recelosa; pero yo la amo, y tarde ó temprano es preciso que sea mia.

El dia se pasó alegremente, y todos gozaron en la diversion que el conde les habia proporcionado.

Antes que la cabalgata estuviese de vuelta, Cristóbal se precipitó de pronto en el cuarto solitario de Ulrico, que estaba entregado á sus melancólicas cavilaciones.

El rostro del operario estaba radiante de alegría. Tenia el sombrero en la mano, y no hacia sino darle vueltas.

—¿Qué es eso, amigo Cristóbal? le dijo Ulrico un tanto admirado; ¿qué significa esa alegria que noto en vuestro rostro y en todas vuestras acciones?

—¡Victoria, mi querido Ulrico, victoria!... Tengo muy buenas noticias que daros. ¡Soy el mas feliz de los mortales!...

—Pero, en fin, qué es ello?

—Mis inquietudes se han disipado. La esperanza vuelve á renacer en el fondo de mi corazon.

—Dejaos ya de enigmas, y esplicaos con claridad.

—Dejadme que respire primero. Estoy tan sofocado, que apenas puedo hablar!

Al decir esto, Cristóbal se dejó caer sobre una silla; y despues de haber aspirado una gran bocanada de aire:

—No hace mucho, dijo, que os he puesto al corriente de todos mis secretos, sin ocultaros las sospechas que me infundia el conde de Arreimberg, ese señor tan rico y tan elegante á quien yo creia ciegamente enamorado de Jenny...

—¡Al grano, Cristóbal, al grano! dijo Werner con una agitacion que no le fue posible ocultar.

—Pues señor, yo me engañaba como un borrico. El conde de Arreimberg no quiere á Jenny.

—¿Conque segun eso amará á otra? dijo Ulrico sin poder contener un primer movimiento de ira y de desesperacion.

—Lo habeis adivinado, contestó el cachazudo Cristóbal.,.... La que él ama, la que le agrada es.....

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser?... La señorita Marta.

Ulrico necesitó valerse al oir esto de toda su pureza de alma para no prorumpir en gritos de dolorosa desesperacion. Sus intereses y los de Cristóbal estaban en completa contraposicion. Lo que causaba la alegria de uno era la desesperacion del otro; en donde el armero entrevia la felicidad, Ulrico no leia sino el mas sombrio porvenir. Este no pudo disimular tanto su afliccion que Cristóbal no llegase á comprenderla.

—Me parece, dijo, que he hecho una gran majaderia sin la menor intencion de hacerla. Segun veo, lo que acabo de contaros está muy lejos de seros satisfactorio.

—¡A mi!.. al contrario, estoy muy contento de vuestra buena suerte.

—¿Mi buena suerte?..... no la veo yo así, puesto que no tengo la menor esperanza de obtener la mano de Jenny. Lo que sí es cierto, es que al menos no tengo que temer la rivalidad del opulento conde de Arrembirg..... ¡Del mal el menos!..... como suele decirse.

—Teneis razon, dijo Ulrico con cierta amargura; siempre vale mas que el conde haya pensado en Marta que en su hermana, al menos para vos, para otros...

Cristóbal abria unos ojos de á palmo, pero no comprendia lo que Ulrico acababa de decirle. El ruido de las trompas de caza vino felizmente á sacarle de aquel estado de incertidumbre y á ahorrarle el buscar el sentido de aquel enigma. En seguida corrió á asomarse á una de las ventanas de la habitacion.

—¿Son los cazadores los que mueven ese ruido? preguntó Ulrico.

—Los mismos, dijo Cristóbal; y yo voy á recibir á mi maestro.

—Pues entonces os ruego que aguardeis un poco y que me deis el brazo; yo tambien quiero gozar un poco de ese magnífico espectáculo.

—¡Vos! dijo Cristóbal admirado.

—¿Y por qué no? ¿No puedo yo ser tan curioso como vos, que habeis ido siguiendo todo el dia á los cazadores, solo por observar lo que hacian?

—Es verdad.... pero yo tenia mis razones, en tanto que vos...

Ulrico no juzgó conveniente dar mas aclaraciones sobre el particular. Agarróse del brazo de Cristóbal y este no pudo menos de admirarse de la lijereza con que Ulrico bajó la escalera, cuando apenas podia tenerse en pie.

En el mismo momento en que los dos jóvenes llegaban á la puerta de la casa, echaban pié á tierra el conde y todos los de su comitiva. Aquel movimiento de personajes no dejaba de tener algo de pintoresco, y por consiguiente no faltaron curiosos que lo observasen y que obstruyesen la entrada de la fábrica de

Forksten, en términos que apenas se podia andar por las inmediaciones de la puerta. El conde Teobaldo triunfaba interiormente; pero su satisfaccion se aguó enteramente en cuanto descubrió entre los espectadores á Ulrico. Por ese instinto de rival que no engaña jamás, el conde no queria al jóven Werner. Marta se puso colorada sin saber por qué al reparar en el semblante de este un gran fondo de tristeza, unido á la curiosidad que escitaba en él aquel vistoso espectáculo. En una palabra, Ulrico no fué recibido cordialmente sino de Pedro Forksten; parecíale, pues, que estorbaba en aquella reunion, y se negó á asistir al suntuoso banquete que el armero habia mandado preparar para obsequiar al conde de Arreinberg. «El »sentarme á la mesa, dijo, seria una »incomodidad para mí, sin que fue»se un gusto para vosotros; la dispo»sicion de mi espíritu se aviene mal »con el ruido y la alegría de seme»jantes fiestas. Permitidme, pues, »que me retire despues de manifes»taros lo mucho que me alegro de »que hayais pasado un dia tan di»vertido.»

El conde volvió á sonreirse en cuanto oyó estas palabras y no fué dueño de ocultar la satisfaccion que le habian causado. En cuanto á Marta, estaba en un rincon de la sala hablando en secreto con su hermana y parecia no haber reparado siquiera en este incidente.

La cena fué espléndida, tanto por a abundancia de platos cuanto por lo bien iluminado del salon, y el digno armero quedó todo lo airoso qne era de esperar de un hombre que á una inmensa riqueza reunia cierto orgullo, harto disimulable por cierto, al ver que su mérito en la fabricacion de las armas hacia que los grandes señores se bajasen hasta hacerse en cierto punto sus iguales, sentándose con él á la mesa; asi es que no omitió gasto para quedar con todo el lucimiento que el caso requeria.

El conde Teobaldo, verdadero héroe de aquella fiesta, sabia, á fuerza de amabilidad y de finura, borrar la distancia que habia entre él y su huésped, no olvidándose de cuando en cuando, para halagar á maese Forksten, de hacer caer la conversacion sobre el distinguido mérito del honrado artesano. Inútil es que digamos que el noble convidado dirigia con frecuencia tiernas miradas á la interesante Marta, usando con ella al mismo tiempo eqnellas delicadas atenciones y hablándola ese lenguaje rápido que solo la mujer amada es capaz de comprender.

Marta, bien fuese por lo que esto halagaba su amor propio, bien por un cálculo secreto, acogia con mucha amabilidad los obsequios del conde. Sin embargo, dirigia la vista con bastante frecuencia, aunque sin afectacion, hácia el gran reloj de pared que habia en la sala, cuya péndola anunciaba metiendo bastante ruido la rapidez con que volaban las horas. Hacia largo rato que era de noche y que la luna alumbraba en todo su esplendor, cuando Marta, quejándose de un fuerte dolor de cabeza, pidió permiso á su padre para ir á respirar el aire fresco del jardin.

Al salir del comedor Marta anduvo como unos treinta pasos muy despacio, y despues cuando conoció que no podia ya ser vista, se dirigió precipitadamente hácia una especie de placetuela cubierta de árboles frondosos que estaba en uno de los estremos del jardin. En aquel sitio y sentado en un banco rústico iluminado por la luna, se hallaba sentado un hombre que parecia estar absorto en sus meditaciones. En cuanto vió que Marta se aproximaba á él, levantó la cabeza y juntando las manos en una especie de éstasis exclamó:

—¡Es posible!..... ¿No es este el ángel de la música? No. Esto es

una vision. ¡Tanta dicha no puede estar reservada para mi!

La aparicion fué acercándose mas y mas hasta el punto de no poder equivocarse. Ulrico dió un grito de alegria: ya no le era posible poner en duda su felicidad.

Intimidada Marta, apenas podia respirar. Cuanto mas se iba acercando al jóven, mas se echaba en cara su imprudencia, y no se atrevia á desplegar los labios. Ulrico, con el entusiasmo que le era habitual, corrió hácia Marta y la cogió ambas manos.

Los dos se contemplaban en silencio; en los ojos de los dos brillaba un fuego celestial. En fin, cuando la emocion gozosa que esperimentaba permitió á Ulrico articular algunas palabras, dijo con la sencillez que le era natural:

—¿Conque habeis adivinado cuánta necesidad tenia de algun consuelo

—Si, amigo mio, contestó la jóven; sabia que estabais triste y solo.

—¡Oh ángel mio!

—Vos habeis sido el ángel salvador de mi padre.

—¿Y habeis visto desde lejos el sitio en que yo me encontraba?

—No es la primera vez que os he visto en este mismo sitio, Ulrico.

—¿Y por qué no me lo habeis dicho hasta ahora?

—No habia necesidad de hacerlo. Ademas, hoy tampoco hubiera venido aqui á no conocer que necesitabais este consuelo.

—¡Dios mio! esclamó el jóven: ¿en qué consiste que soy tan feliz en este momento? ¿De dónde procede que las palabras de Marta parece que me hacen entrever el cielo? Creo que en este momento moriria con el mayor gusto.

—¡Morir! repitió Marta, que involuntariamente estrechó contra su corazon la mano de Ulrico: no, amiho mio, no desprecieis de ese modo la vida. Aun no sabeis el porvenir que os aguarda.

—¡Ah Marta!... si vos supieseis... es preciso que yo sufra toda mi vida..... estoy condenado á ello irremisiblemente.

—¡A qué esa obstinacion en aumentar vuestros padecimientos! ¡A qué esas quejas y esa desesperacion! ¡Qué niño sois!... ¿No habeis hallado en nosotros una nueva familia?

—Es cierto, he hallado en vosotros unos verdaderos amigos; pero...

—¿Pero qué?...

Ulrico apenas podia respirar. Despues de haber dado una vuelta por una de las calles de árboles, agarrados del brazo los dos jóvenes, habian vuelto sin hablar mas palabra á sentarse en el banco rústico. Marta tenia fijos sus hermosos ojos en la azulada bóveda del cielo: Ulrico bajaba los suyos al suelo, y parecia inquieto y como asustado.

La hija del armero fué la primera que rompió aquel estraño silencio.

—La amistad, dijo, es una de las virtudes mas escelentes.

Esta frase produjo en Ulrico un efecto muy parecido al que produciria una chispa eléctrica que cayese de pronto en un barril de pólvora.

—¡Oh Marta!... dijo con estraordinario ardor. Vos ignorais que puede llegar un dia en que la amistad no sea suficiente á las necesidades del alma, un instante en que un sentimiento mas violento se apodere de nuestras facultades y las domine imperiosamente. Resístese uno en un principio, se acusa á sí mismo de debilidad, se indigna contra sí, y cree con esto haber sofocado una llama que cada vez va adquiriendo mayor incremento. Llega despues una ocasion, una hora, un instante en que la llama vuelve á aparecer, en que el espiritu se ve obligado á confesar su derrota. ¡Cómo se entrega uno entonces á aquel amor que antes rechazaba!... ¡Cuánto gusto tiene en sufrir!... ¡Cuánta seria su pena si se viese curado repentinamente de aquel mal!... ¡Marta!.... Soy un insentato al hablaros este lenguaje, un

ingrato..... que os está ofendiendo en premio de las bondades que habeis usado con él... ¡Perdonadme, he sufrido tanto! ¡Marta, Marta, perdonadme!..... ¡Tened compasion de mí!... ¡Yo os amo!...

La jóven permaneció inmóvil y muda, en tanto que Ulrico, con la cabeza baja aguardaba su sentencia.

De pronto Marta se levantó y anduvo unos cuantos pasos: despues, parándose, se despidió de Ulrico con las siguientes palabras:

—¡Me amais!... dijo, hace tiempo que yo lo sabia... tambien yo os amo.

Ulrico, ébrio de gozo al oir esta declaracion, se levantó precipitadamente para ir á arrojarse á los piés de la jóven, pero, ésta, más lijera que una corza, habia desaparecido en el mismo momento.

El jóven volvió á subirse á su cuarto en un estado de locura real. Si hubiese escuchado lo que pasaba á su alrededor, quizá hubiese notado cierto ruido que se movió detrás del árbol más inmediato del banco en que habia estado sentado con Marta, y hasta hubiese oido una esclamacion dictada por la ira. Pero estaba demasiado preocupado de su dicha para reparar en nada que no fuese Marta.

En cuanto esta volvió á entrar en la sala del festin, veinte voces le preguntaron á un mismo tiempo.

—¿Os hallais más aliviada?

El conde añadió con un tono de voz muy significativo para la jóven:

—Señorita, el mal estado de vuestra salud, me tenia ya tan inquieto que, faltando á las leyes de la etiqueta, he querido ir al jardin á ver por mis propios ojos si seguiais todavia indispuesta... pero ya vuelvo aquí completamente tranquilo sobre el particular, porque os he visto de lejos paseando, y...

—Yo os agradezco infinito, monseñor, el interés que os dignais tomar por mí, sin que yo lo merezca, dijo Marta cortándole la palabra.

—¡Cómo! replicó el conde en un tono agri-dulce, aquí todos...

—¡Monseñor!

—Quiero decir que no he sido yo el solo, cada uno de los que están presentes...

—¡Es cierto! ¡es cierto!... exclamaron á la vez todos los convidados.

El conde no quiso pasar más adelante en sus esplicaciones, finjió recobrar su alegria y su viveza, pero á pesar de todos sus esfuerzos, el juego forzado de los músculos de su rostro para manifestar una dulce sonrisa, le vendia, revelando lo que sufria en su interior.

Todavia era temprano cuando se disolvió la reunion. Teobaldo tomó el camino de su alojamiento, pero, obedeciendo de pronto á una idea que no esplicó á nadie, dió órden á su servidumbre de dejarle solo. Despues, metiendo espuelas á su caballo, llegó bien pronto delante de una casa de aspecto fúnebre, y echando pié á tierra, empezó á dar fuertes golpes con el aldabon.

Al cabo de un buen rato de esperar, oyó pasos en el corredor y una voz que le preguntó con bastante mal humor:

—¿Quién es? ¿Quien viene á meter tanto ruido á estas horas?

—Deseo ver al presidente Claudio Furst.

—Está trabajando y no se le puede estorbar ahora.

—Es para un negocio importante.

—Ya os he dicho que es imposible verle en este momento.

—Entonces decidle que el conde de Arreinberg ha estado aquí porque tenia precision de verle.

—¡Oh! eso es muy distinto, monseñor, dijo el que hablaba desde dentro cambiando un momento de tono. Sirvase vueseñoría pasar adelante.

Y habriéndole la puerta y haciéndole un profundo saludo con la gor

ra en la mano, el lacayo acompañó al conde hasta el cuarto de Claudio Furst, presidente del tribunal de Schaffhousse.

VIII.

SEPARACION.

Un carácter honrado y que merece el aprecio general, es una especie de Océano que recibe en su seno el tributo de todos los rios: el hombre que se halla en este caso se ve iniciado continuamente en las confidencias mas delicadas, en los secretos mas íntimos, y por consiguiente se halla tambien obligado á dar consejos á todo el que se los pide. Asi es que, gracias á la buena opinion que todos habian formado de Ulrico Werner, este habia llegado á ser el Mentor universal. Ya se ha visto á Cristóbal, confesándole sus penas, á Marta revelándole su amor, solo restaba que Maese Forksten fuese á consultarle, que era precisamente lo que iba á verificarse en el momento de que tratamos.

El armero se habia levantado muy de mañana al dia siguiente del convite, y envió un recado á Ulrico para que bajase al jardin en donde él le estaba aguardando. El jóven, aunque admirado y hasta cierto punto inquieto por esta llamada inusitada, no por eso dejó de bajar apresuradamente al lugar de la cita. Al cabo de cortos instantes se hallaba ya al lado del padre de Marta.

—¡Hola, amigo mio, bienvenido! dijo el honrado armero con la franqueza que le era peculiar. Te he llamado porque tengo necesidad de que me aconsejes, puesto que tengo que comunicarte un asunto muy grave.

Ulrico se estremeció involuntariamente: acababa de pasar junto al banco de recientes y deliciosos recuerdos, y la idea de que su amor podia haber sido descubierto se presentó con una viveza terrible á su acalorada imaginacion. Cuando el hombre quiere hacerse amar comete mil imprudencias; pero en cuanto sabe que es correspondido en su amor, se hace adorador ciego de todo lo misterioso. Sin embargo, á pesar de los temores del jóven, lo cierto era que nada se habia traslucido de la dulce conversacion de la noche anterior, y el armero estaba tan risueño y afectuoso con él como de costumbre.

—Teneis que revelarme un secreto, Sr. Forksten? dijo Ulrico. Indudablemente me honrais demasiado, abriéndome de este modo vuestro corazon.

—No hago en ello otra cosa que reconocer tu talento y buen juicio. Escucha atentamente lo que voy á decirte: se trata de una de mis hijas, de Marta, de aquella á quien quizá tengo la debilidad de dar un lugar preferente en mi estimacion.

El jóven, al oir el nombre de su amada, esperimentó una conmocion imprevista y fuerte; conoció que se habia puesto pálido; y semejante al ángel del palacio del rey Baltasar, un negro presentimiento trazaba ya ante sus ojos palabras tan siniestras como las que el nuncio del Señor habia trazado en la pared de la sala del convite de aquel impio monarca.

Forksten prosiguió diciendo:

—Ya puedes hacerte cargo que el amor que yo profeso á esa hija querida no me permite ser indiferente á la circunstancia imprevista de que voy á hablarte, circunstancia que puede ser de la mayor consideracion respecto al destino de mi Marta. Sabe, pues, que esta niña es amada; ¿pero á que no adivinas de quién?...

—Seguramente que no.... me veria muy apurado para adivinar...

—¡Cómo! ¿no te ha chocado al ver venir á casa con tanta frecuencia?...

—¿Al conde de Arreinberg?... dijo Ulrico sin poder contenerse é impulsado por la rabia furiosa de los celos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Justamente, al conde de Arreinberg. En un principio crei como un bobo que no le traia aquí sino la aficion que tiene á las armas, y es preciso hacerle la justicia de decir que es muy inteligente en la materia. Estando yo en esta falsa creencia, le enseñaba todo lo mejor que hay en mis talleres, haciéndole minuciosas esplicaciones sobre cada cosa, que tambien debo confesar que oia con la mayor atencion y con una paciencia que no puedo menos de admirar ahora que conozco el verdadero objeto de las continuas visitas que nos hace. Por fin llegué á reflexionar sobre cuál podria ser la causa de tanta asiduidad. y me convencí plenamente de que el conde de Teobaldo estaba enamorado de una de mis hijas. ¿De cuál? Esta fué para mi una nueva materia de estudio. Ahora ya no abrigo la menor duda sobre este asunto. Marta es la que ha cautivado el corazon del conde de Arreinberg.

—¿Estais seguro de ello? dijo Ulrico que estaba temblando de piés á cabeza y que apenas podia hablar.

—Segurísimo..... ¿pero qué tienes?... ¿te has puesto malo?... ¡pobre Ulrico!... ¿Quién seria capaz de tomarse tanto interés por las cosas de mi familia?...

—La turbacion que notais en mí procede de la alarma que me causa el ver vuestra serenidad. A lo que parece, hallais muy natural que un personaje de tan elevada categoría obsequie á vuestra hija... ¿Podeis ignorar los peligros que amenazan al reposo y hasta el honor de vuestra hija si tolerais por mas tiempo las visitas del conde? El lujo que ostenta, el lenguaje estudiado que usa, las continuas atenciones que tiene con vos, son otros tantos lazos que os está tendiendo con abominable destreza. ¡Y no temblais, no os indignais al considerar las funestas consecuencias que puede tener todo esto!

—¡Dios mio!... no te acalores de ese modo, dijo el armero sonriéndose. No vayamos á amontonarnos y á exagerar unos peligros que acaso no existen sino en tu imaginacion; á mi modo de ver, la prudencia es la mejor guia en semejantes casos. Hasta ahora, tú has sido siempre de esta misma opinion; pero hoy segun veo, tú preferirias el que yo adoptase un partido estremo en el asunto que nos ocupa.

—No en verdad, contestó Ulrico con cierta turbacion; léjos de mí la idea de daros un consejo semejante; sin embargo, creo deberos inclinar á estar ahora con mas vigilancia que jamás.

—Sobre ese particular, puedes estar completamente tranquilo, replicó el armero con cierta gravedad que tenia mucho de cómica.

—Conozco perfectamente mis deberes de padre y sobre cumplirlos. Si el conde no habla muy pronto de matrimonio, le plantaré en la calle con la mayor frescura, como plantaria á uno de mis operarios que no cumpliese bien su obligacion.

—¿Casarse el conde con la señorita Marta?... ¡Qué desatino!...

—¿Y por qué no? contestó con viveza maese Forksten: mi hija es bonita, buena y amable; mi gaveta está bien provista, y en este siglo los casamientos desiguales están muy en moda. ¡Qué importa uno mas ó menos!...

—¿Me permitís que os hable con franqueza, señor Forksten?

—Desde luego.

—Puesto que vos me autorizais, debo deciros sin rodeos que el conde, á mi modo de entender, está muy distante en pensar en pedir la mano de vuestra hija.

—¡Bah!...

—Su nacimiento es un obstáculo casi insuperable. Haceos cargo de las preocupaciones de la nobleza alemana, y al momento concebireis que tanto su familia como todos sus amigos se opondrán con todo su poder á un enlace de esta naturaleza.

¿Pero, á qué cansarnos? El conde no tiene semejante proyecto, ni lo tendrá jamás. Si ese estranjero viene aquí, es solo con el objeto de ver si puede seducir á vuestra hija.

—¡Diablo!... Tú acriminas al conde de un modo que no creo merezca. La amistad que me tienes te hace ser injusto con él.

—Lo que yo veo, dijo Ulrico con cierto despecho, es que habeis hecho muy mal en pedirme consejos, cuando lo que deseabais era una aprobacion.

—No te enfades, se apresuró á decir el buen armero, yo te agradezco mucho el interés con que miras mis cosas; tus palabras no habrán sido perdidas, yo te prometo que desde hoy velaré constantemente para no ser sorprendido. Muy fino ha de ser el que me la pegue. A buen seguro que por listo que ande el conde, no la ha de echar un requiebro, ni la ha de ver con tanta facilidad como hasta ahora. Pero dejemos esto, y vámonos á almorzar, porque el paseo que hemos dado me ha abierto el apetito.

Cuando amhos interlocutores se dirigian hácia la casa, Cristóbal se dejó en el umbral de la puerta del jardin. Su aspecto indicaba que se hallaba vivamente afectado. En cuanto vió á su amo, le hizo una seña para que apresurase el paso gritándole en seguida.

—¡Maestro, aqui teneis una visita!...

—¿Qué visita es esa?... Pero muchacho, ¿qué es lo que tienes que estás tan azorado?

—¡Pronto, pronto, maestro, venid corriendo!...

—¿A qué viene esa prisa?

Es que es una visita muy importante.

—¿El conde Arreinberg?...

—¡Qué conde ni qué calabazas!... El que os aguarda es nada menos que el señor Furst. el presidente del tribunal.

—¡El presidente Furst!

—El mismo; hace un rato que os está aguardando, así como tambien á Ulrico.

—¿A mi tambien? dijo este conmovido.

El nombre del juez habia recordado en seguida al jóven la sentencia pronunciada contra los Werner.

Claudio Furst recibió con cierta gravedad afable los cumplidos del armero; despues se espresó del modo siguiente:

—El deber os llama ya imperiosamente á otra parte.

—¡Cómo!... ¡Quereis arrancarme de aqui tan pronto, exclamó Ulrico á quien todo aquello le parecia una horrible pesadilla.

—La sentencia debe llevarse á debida ejecucion en todas sus partes, dijo Claudio Furst con severidad. Si os resistiéseis á lo que está mandado, descontentariais á las personas que se toman por vos un interés tan grande, y las dariais á entender que os disgusta el trabajo y que no erais bueno para nada más que para llevar una vida holgazana en casa del hombre á quien salvásteis la vida.

—Confieso francamente, señor Furst, que me es muy sensible separarme tan bruscamente de una familia de quien tantas pruebas de amistad ha recibido; pero toda vez que de quedarme aqui por más tiempo podria padecer mi reputacion, estoy pronto á marcharme cuando gusteis. ¡Mi honor es primero que todo!...

—¡Muy bien dicho! exclamó el armero, dando un golpecito en el hombro á Ulrico. ¡Cómo ha de ser! resígnate, puesto que no hay otro remedio. Por otro lado, la oferta que se te hace no es para despreciada. Tú vas á hallarte entre hombres que son unos pozos de ciencia; y quien sabe si aplicándote llegarás á ser uu dia otro Erasmo... ó quizá prior de una rica Abadia. Yo iré á verte de cuando en cuando. ¡Hola! añadió de resultas de haberse vuel-

to de pronto y visto á Cristóbal. Qué haces tú aquí? ¿Nos estás escuchando, eh? Pero hombre, ¿que tienes que estás llorando como un niño?

—No señor, ni lloro ni escucho, dijo el operario; estaba arreglando estas armas, y...

—Alargando el oido, ¿no es así? ¡Vaya! ¡vete de ahi y no hables de esto con nadie! ¡Sr. Furst! ¿cuándo ha de marchar mi jóven amigo?

—Hoy mismo. Le acompañaremos uno de mis colegas y yo. Conque Ulrico. Id á hacer vuestros preparativos de viaje.

—No serán muy largos, dijo el jóven con frialdad. Permitidme, sin embargo, que suba á mi cuarto á poner en órden algunos papeles.

A una señal del juez concediendo el permiso que se le pedia, Ulrico Werner salió de allí para hacer el arreglo que habia dicho.

Subia lentamente y sin saber lo que le esperaba la escalera de aquella misma habitacion en que momentos antes habia soñado felicidades sin cuento, cuando de pronto oyó pulsar aquel laud, cuyos melodiosos acentos habian influido tanto en su salud pocos dias antes; y al oirlos se paró de repente, trémulo y conmovido hasta un punto difícil de espresar.

—¡Es posible!... dijo, los ángeles vuelven otra vez en mi auxilio!...

La música continuaba entusiasmando cada vez mas á nuestro jóven. Este, abrió por fin la puerta de su cuarto y estuvo á pique de dar un gran grito de sorpresa.

Marta estaba allí sentada al lado de la ventana, y con el laud apoyado en las rodillas; tan bella é inspirada como Santa Cecilia.

Al ver al jóven, llevó un dedo á sus hermosos labios para significarle que guardase silencio; Ulrico abrió los brazos maquinalmente y fué á arrojarse á los piés de Marta que se puso á considerarle con cierta ternura mezclada de compasion.

Despues de aquel éstasis de un momento, los dos amantes empezaron en voz baja el siguiente diálogo.

Ulrico.—¡Vos aquí, mi querida Marta!... ¡Aun me es dado contemplar vuestro hermoso rostro!... Dios os ha enviado... ¡Era yo tan desgraciado ahora mismo!... ¡Ah! bendita sea tu divina Providencia!.... ¡Bendita seais vos tambien por haber venido á consolarme en mi aflicion!...

Marta.—La visita del presidente me habia alarmado sin saber por qué, y Cristóbal ha venido á confirmar mis funestos presentimientos.

Ulrico.—¡Y habeis venido á consolarme, ángel mio!... Pero, no temeis?.....

Marta.—¿Que sospechen que os amo?... No, no lo temo, supuesto que vois sois digno de mí amor.

Ulrico.—¡Oh Marta!..... el cielo me habla por vuestra boca!..... ¡Yo que no tengo ni madre ni familia, lo he hallado todo en vos! Pero, ¡insensato de mi!.... ¡qué es lo que estoy diciendo? ¡Vos ibais á volverme mucho mas de lo que yo lloraba; y hé aquí que ahora vienen á separarnos, hé aqui que un hombre de rostro severo y de un corazon de hielo viene á intimarme la órden de partir inmediatamente!... ¡El que se complace en destrozar de este modo dos corazones criados el uno para el otro no ha amado jamás..... no es capaz de conocer lo que es amor!.... Quieren que marche, creen que voy á salir de esta casa con el corazon tranquilo y sin el menor sentimiento. Mas ellos no saben que yo dejaré aqui mi alma, mi vida, todo cuanto hace deliciosa mi existencia. ¡Oh Marta, vos me amais, y yo me veo obligado á dejaros á pesar de haber oido de vuestros mismos labios!...

Marta.— ¡Valor, Ulrico, valor, amigo mio!..... Una ausencia no es una separacion que no haya de tener fin.

Ulrico.—La ausencia es el vacío, la nada. Llamar á cada momento al

ser que uno ama mas que á sí mismo y no recibir de él ninguna respuesta; buscar por todas partes infructuosamente una imágen querida que no se encuentra jamás; entender la mano sin poder coger nunca á un fantasma que huye tenazmente; consumirse aguardando; é invocar el fin de los dias para caer en el delirio de las noches, son unos tormentos comparables únicamente con los que sufren los réprobos en el infierno. ¡Ved, Marta, si tengo razon de quejarme cuando desde hoy voy á sufrir todos esos martirios!...

Marta.—No sucederá asi, Ulrico mio. La fé os dará fuerzas y hará que os resigneis con vuestra suerte. Estos dos años, pasados en el seno de la moderacion y del estudio, correrán tan veloces, que ni siquiera tendreis tiempo de echar de menos mi presencia. ¡Ay de mi!..... ¿Quién sabe si al cabo de ellos continuareis aun mandándome?

Ulrico.—¿Serias capaz de dudarlo ni un solo instante? ¡Oh, no me hagais semejante agravio!....

Marta.— Tranquilizaos, Ulrico. Confieso que he hecho mal en dudar de vuestra constancia.

Ulrico.— ¿No seria yo mas bien quien tendria motivo de alarmarse? Ese conde de Arreimberg, tan espléndido, tan atrevido, os ama y....

Marta.— ¡Qué importa eso, supuesto que yo no le amo, porque mi corazon es vuestro!... Por otra parte, el afecto hácia mi de ese gran señor no puede ser sino pasajero; pronto se presentará alguna otra que le haga variar de ideas. Así, Ulrico, tranquilizaos; aprovechad el tiempo, y tratad de ser un sabio cuando volvais á reuniros con nosotros otra vez.

Ulrico.—¿Conque vos deseais que vuelva aqui?

Marta.—Os aguardo, en cuanto se hayan cumplido estos dos años de prueba.

Ulrico.— ¡Oh, entonces no tendreis necesidad de exhortarme á tener valor!... ¡Sabré tenerlo!...

Marta.—Separémonos; nuestra despedida ha durado ya demasiado.

Ulrico.—¡Nuestra despedida!..... ¡Qué palabra tan terrible!...

Marta se disponia á salir de la habitacion en el mismo momento en que su padre se presentó de repente en ella. El anciano iba allí á abrazar á Ulrico por última vez y darle prisa para que arreglase su hatillo. Su asombro al ver á los dos jóvenes juntos, no puede compararse sino con el de Ulrico.

—¿Qué quiere decir esto? dijo al cabo de un rato: ¡Marta en este cuarto á solas con vos!

—Padre mio, dijo Marta con el mayor respeto, pero al mismo tiempo con mucha firmeza; permitidme que responda á vuestra pregunta. He sabido que Ulrico marchaba y que estaba afligido; por esta razon, he venido á darle palabra de consuelo, porque habeis de saber que le amo.

—¡Tú! esclamó Forksten.

Estaba tan atónito el buen armero de lo que acababa de oir, que la ira no habia hallado aun entrada en su corazon.

—¡Tú!..... continuó. ¡Tu has sido capaz de amar al hijo...

—De vuestro enemigo, es cierto; dijo Marta interrumpiéndole. Sin embargo, ¿habeis hallado nunca un amigo que haya hecho por vos lo que él?

—Ha faltado á los sagrados deberes de la hospitalidad, contestó Forksten; la ingratitud de hoy borra los servicios que pueda haberme prestado anteriormente.

—¡Qué lenguaje, padre mio!

—Calla, y ve á reunirte con tu hermana.

—Os obedezco, padre mio; pero llegará un dia en que os echeis en cara vuestra severidad actual.

Marta salió, despues de haber dirigido á Ulrico una tierna mirada,

despedida muda de aquel enamorado corazon.

Ulrico aguardaba que el armero le reconviniese agriamente en cuanto Marta hubiese salido de la habitacion; el anciano, sin embargo, se contentó con recogerse algunos instantes, al cabo de los cuales se limitó á decir al jóven:

—¡Seguidme, caballero!

Ulrico obedeció sin replicar, despues de haber cogido todos sus papeles y dos ó tres libros de devociones que le acompañaban á todas partes. Al salir de la pieza dirigió una mirada triste á aquellos sitios, donde tanta felicidad habia soñado.

Al llegar á la sala en que Furstle estaba aguardando, le pidió perdon de haberle hecho aguardar tanto rato, y con las lágrimas en los ojos se despidió del armero, que estuvo con él muy atento, pero sumamente frio.

¡Qué despedida tan indiferente de la que Ulrico hubiera debido prometerse!... ¡Ni uno solo, que le dijese que le deseaba un feliz viaje!..... ¡Ni una persona que le estrechase afectuosamente en sus brazos en el momento de marchar!..... Hasta el mismo Cristóbal habia dejado de presentarse allí, sin duda por haberlo dispuesto así su amo.

El hijo de Werner marchaba silencioso y pensativo al lado del magistrado, cuando de repente se le ocurrió volver la cabeza hácia aquella casa, cuyos umbrales no debia volver á atravesar jamás. Un grito de alegria se escapó de su pecho.....

En la ventana mas alta habia visto tremolar un pañuelo blanco, que se agitaba sin cesar, como si le dijese que podia contar eternamente con la constancia de la linda jóven que le hacia moverse con su preciosa mano.

IX.

FRAY SERAFIN.

Once meses han trascurrido desde los últimos sucesos que acabamos de referir.

Ulrico habia aprovechado perfectamente este tiempo. Celoso por corresponder dignamente á la buena opinion que de él habian formado los magistrados de Schoffhouse, como igualmente á la amistosa acogida que le habian hecho los franciscanos de Griburgo, el jóven habia aplicado al estudio todas las fuerzas de su inteligencia. Entre aquellos buenos padres, los mas doctos eran los que estaban mas admirados de ver los rápidos progresos que hacia el jóven Werner en el vasto campo de la ciencia. Ellos no sabian que Ulrico se hallaba en la precision de huir de sus mismos pensamientos, de olvidar amargos recuerdos y de dedicarse con intencion al estudio, como único recurso que le quedaba centra un mal que parecia incurable. Todos los religiosos estaban admirados de la aplicacion estraordinaria del nuevo huesped, y se decian unos á otros continuamente: «Ulrico llegará á ser el honor del convento, la gloria de la religion; vendrá un dia en que la sana doctrina atacada tan audazmente por Lutero, tendrá en Ulrico uno de sus mas ilustres campeones. Dios es quien ha suscitado este esclarecido confesor, este moderno Macabeo de la ley de Gracia.» El padre Estéban, guardian del convento, queria entrañablemente á Ulrico y se complacia en hablar con él, en aclararle algunas dudas que se le ofrecian y en preguntarle sobre las adelantos que iba haciendo. El buen guardian solia decir con bastante frecuencia. «Preveo que Ulrico se hallará un dia á la cabeza de la comunidad; su piedad, su edad ardiente, por saber, y la dulzura de su carácter son otras tantas señales que me convencen mas y mas de que mi pronóstico llegará á realizarse. Confieso que cerraria los ojos con la mayor tranquilidad, cuando el Señor se sirva

llamarme, si dejase ya á Ulrico en disposicion de ser mi sucesor.

Entretanto este, aunque muy agradecido á las pruebas de estimacion que de todo el mundo recibia, y aunque satisfecho de sí, sufria mucho interiormente y se veia obligado con frecuencia á sostener una cruel lucha contra sí mismo. Su gran enemigo era su espíritu inquieto, agitado y semejante á esas playas abiertas en donde giran los vientos desencadenados en una completa libertad. Ulrico contemplaba con espanto el porvenir que el buen P. Estéban le preparaba, pues á sus ojos era una carga muy pesada para sus débiles hombros la direccion de tantas almas y el hallarse á la cabeza de una comunidad tan crecida. Además el cláustro, el silencio continuo, el estudio nunca interrumpido y la meditacion constante de las verdades de la religion eran cosas que todas juntas y cada una de por sí se le figuraban unos obstáculos insuperables, lo cual nada tiene de particular si se considera que Ulrico apenas contaba diez y nueve años, y, sobre todo, que el amor habia ya hallado entrada en su corazon apesar de ser tan jóven.

Este amor, lejos de disminuirse con la ausencia, lejos de verse dominado por las prácticas del ascetismo, parecia que tomaba nuevo incremento en presencia de los obstáculos y de los pesares. El jóven miraba al mundo con el prisma de su pasion, y aquel le ofrecia unos encantos que en otros tiempos ni siquiera habia sospechado que pudiesen existir.

Por una estraña contradiccion, Ulrico en una casa en que todo era paz y recogimiento, llamaba así continuamente la agitacion y el bullicio del mundo. ¡Marta!.... ¡Marta!... esclamaba algunas veces en el delirio de su pasion. ¿Dónde estás?... ¿Porqué huyes de mí?... Asustado en seguida del eco de su voz y avergonzado y confuso de abrigar ideas mundanas bajo las sagradas bóvedas del cláustro, se arrodillaba y pedia perdon á Dios de los deseos y de la turbacion en que se hallaba su alma. Pero apenas empezaba á tranquilizarse su espíritu despues de haber dirigido al cielo una corta pero ferviente oracion, cuando le asaltaba otra idea dolorosa, cual era el pensar en su padre y en sus infelices hermanos. ¿Qué habrá sido de ellos? decia; ¿en qué tierra extranjera habrán logrado hallar hospitalidad? ¡Quizá, presa de la mas espantosa miseria, anden errantes de puerta en puerta sin tener ni un pedazo de pan con que mitigar su hambre!..... ¡Quizá pasen las noches sin poder guarecerse bajo techado para libertarse de la crudeza de la estacion!... Yo tambien me hallo desterrado, añadia, ¡yo tambien arrastro una existencia penosa, lejos de seres que me son tan queridos!... Yo los llamo á gritos derramando amargas lágrimas; pero ni ellos me oyen, ni ven el llanto que baña mis encendidas mejillas. Pero me aflijo en vano, y mi dolor acaba conmigo sin serles á ellos de ninguna utilidad. Mas, ¡qué digo!.... quizá no tan solo duden de mí, sino que me acusen de indiferencia, y correspondan con un rencor implacable al amor que yo les he tenido siempre. ¡Oh, padre mio! ¡oh, mis queridos hermanos! Vosotros ignorais aun que yo hubiese dado mi vida por salvaros!...

La familia de Forksten continuaba en el mismo cruel silencio que el primer dia, y Ulrico no habia recibido en once meses ni una carta, ni nada, en fin, que pudiese hacer creer que se acordaban de que existia en el mundo. Tan pronto atribuia Ulrico esta aparente frialdad al enojo del armero con él, como á la veleidad de Marta, en quien suponia un coaazon olvidadizo é inconstante.

Su misma modestia no le permitia creer que una jóven que se hallaba en una posicion bastante regular

Universidad de Deusto
Biblioteca

pudiese encadenar su vida al recuerdo de un ausente, ni tributar á su sombra un culto religioso. Y en efecto, las distracciones, el lujo, los homenajes de todo el mundo, no eran motivos más que suficientes para hacer olvidar una promesa hecha en un momento de efervescencia, les juramento de amor suelen ser de tan corta duracion como los hermosos dias de primavera.

Era preciso, pues, que Ulrico sacase una doble energia, tanto del sentimiento del deber, como del gusto al trabajo, para poder adquirir de este modo el dominio que necesitaba tener sobre unos sentimientos tan penosos. ¡Lucha contínua en que la materia mataba al espíritu, en que éste se veia próximo á sucumbir por la parte á quien hubiera debido dominar!

Faltábale á Ulrico un verdadero amigo á quien poder confiar sus penas. Este no tardó en presentarse.

Un religioso de uno de los conventos de Alemania vino por aquel tiempo á los franciscanos de Friburgo. Llamábase fray Serafin; apenas tenia treinta años, y una ancianidad precoz habia arrugado ya su frente surcado sus mejillas y despoblado su cabeza; en su rostro, pálido y descarnado se echaba de ver lo mucho que debia haber sufrido á pesar de ser tan jóven. De cuando en cuando, una tos seca que se escapaba de su pecho á manera de silbido, coloreaba sus mejillas de un vivo encarnado, que volvia á desaparecer en cuanto aquella afeccion pulmonal habia pasado.

Nadie le miraba que no tuviese compasion de él.

El religioso se sonreia de aquella compasion que se le tenia, ó por mejor decir, parecia que recogia con avidez aquellos funestos presagios que señalaban á su vida un término prematuro.

Segun todas las apariencias, fray Serafin invocaba en secreto aquel momento supremo que la mayor parte de los hombres no pueden mirar sin horror.

Desde que llegó al convento de Friburgo habia manifestado cierta predileccion por Ulrico á quien distinguia entre todos los demás religiosos.

Un dia se dirigió á él y se dijo sencillamente y sin preámbulos de ningun género:

—¿Quereis ser amigo mio?

—De muy buena gana, respondió Werner. Pero lo primero que exijo de vos, en nombre de esa misma amistad que tan bondadosamente me ofreceis, es que me digais qué motivo os ha impulsado á preferirme á todos los demás hermanos vuestros.

—Unicamente el conocer que padeceis.

—Ciertamente que sí. Padezco y padeceré siempre.

—¡Siempre!... repitió Fr. Serafin; ese término no es muy largo para el que mire bajo el punto de vista que debe ser mirada la duracion de esta miserable vida. Del mismo modo que el globo que habitamos no es sino un átomo con relacion al espacio, asi nuestra existencia no es sino de un instante con relacion á la eternidad. Cuanto mas os acerqueis al término, es decir, á la libertad, tanto menos sufrireis; llegará un momento, en fin, en que, puesto ya casi en la presencia de Dios, os sonreireis al pensar en los pasados trabajos.

—Pero hasta que llegue esa hora de suprema tranquilidad, contestó Ulrico, tendré que contar penosamente los dias y las horas que mi mísera existencia se arrastre entre los vivientes, aun mas, tendré que ocultarles con esmero la causa de mi tristeza.

—Amigo mio, replicó Fr. Serafin con un tono de dulce reconvencion; ¿habeis olvidado que hay otra alma que acaba de unirse á la vuestra? ¿Qué es el afecto sino la confianza mútua, la comunicacion recíproca de todos los pensamientos? No me consideréis, pues; como un estraño, á mí que quiero amaros como un hermano.

—¡Un hermano!..... repitió Ulrico con acento dolorido. ¡Ay de mí!..... Yo he perdido los que tenia.

—¿Y qué me ha sucedido á mí? añadió Fr. Serafin con melancólica sonrisa. Cosa estraña: de nosotros dos, el que menos se queja, es quizá el que mas ha sufrido. Llegará un dia en que para decidiros á abrirme vuestro corazon os haré leer algunas páginas de mi vida pasada. Entonces, Ulrico, sabreis que hay males que parecen irremediables; pero á los cuales se halla cura con el auxilio divino; entonces renunciareis á esa reserva, que no puede menos de afligirme.

Los dos amigos se vieron diariamente por espacio de un mes, no solo en los actos de comunidad, sino en la biblioteca del convento, y algunas veces, aunque pocas, en la recreacion, á pesar de que Fray Serafin no asistia á ella, por lo regular. En uno de los dias que bajó al sitio en donde se solazaban los religiosos, Fr. Serafin fué á sentarse en el mismo banco que ocupaba Ulrico. Este estaba pensativo y con la cabeza puesta entre las manos, en tanto que su nuevo amigo se entretenia en engarzar un rosario. Al ruido que hizo Fr. Serafin al acercarse al banco que ocupaba Werner, este levantó la cabeza maquinalmente, y no pudo menos de estremecerse al ver la horrible mutacion que habia sufrido el rostro de Fray Serafin desde el dia anterior.

—Amigo mio, le dijo haciéndole sentar á un lado, ¿cómo es que estais tan pálido? El estado de vuestra salud produce en mí una alarma cual no podeis figuraros quizá.

—Y este estado que tanto os asusta, es precisamente mi único consuelo, respondió Fr. Serafin. Ahora mismo llevo ya tres ó cuatro noches sin dormir.

—Pues eso no puede dejarse así; y si vos no lo haceis, iré yo mismo á decírselo todo á nuestro buen guardian.

—¡Por Dios, no hagais tal, amigo mio!... ¿Qué puedo yo lograr ya por mas remedios que se me hagan? La mejor medicina para mí es la esperanza de descansar pronto en el Señor; hasta que llegue ese momento, mi única obligacion es prepararme bien á él orando y meditando.

—Pero esos santos ejercicios os destruyen físicamente.

—¡Otro error!.... De ellos únicamente saco las pocas fuerzas que aun me restan. Pero dejemos esto, Ulrico, pues necesito hablar con vos de vuestras penas. ¿Quién sabe si nos queda mucho tiempo de estar juntos?... Antes de separarme de vos en este mundo, quisiera poderos dar algun consejo que os fuera útil.

—¿Con que está escrito allá arriba, dijo tristemente el hijo de Werner, que yo me he de ver separado violentamente de los seres que mas amo? ¿Conque estoy condenado á sufrir continuamente pérdida sobre pérdida y hallarme cada dia mas aislado en el mundo?

—¡Amigo mio! cuando uno camina en la presencia de Dios, jamás puede considerarse como solo y abandonado. Aguardo que me confieis lo que teneis que confiarme.

Ulrico satisfizo á Fr. Serafin, y le dio cuenta de toda su vida pasada, sin omitir nada respecto á sus sufrimientos como hijo, como hermano y como amante.

Despues de haberle escuchado con el mas profundo silencio, Fr. Serafin se recogió por unos instantes, y luego habló en estos términos.

IX.

FR. SERAFIN.

(Continuacion.)

—«Ahora me toca á mí, dijo, el abriros mi alma para haceros pene-

Universidad de Deusto
Biblioteca

trar en un pasado, lleno de lágrimas y de luto. La comparacion entre nuestros destinos os infundirá quizá el valor de que tanto necesitais para llevar con resignacion vuestra suerte; porque así como es preciso aprender á serdichoso, tambien hay precision de aprender á ser desgraciado, y la paciencia es la corona del infortunio.

Yo nací en Viena. Lo mismo que vos, me he visto rodeado de trabajos desde los primeros años de mi vida. Mi padre pertenecia á la primera nobleza; sus bienes eran inmensos, y todo el mundo hablaba de la opulencia y de la prosperidad de nuestra casa. ¡Pobre padre mio! ¡Libreme Dios de acusar su memoria! pero me es forzoso confesar que habiendo tomado parte en una conspiracion contra su soberano, fué cogido con las armas en la mano, pagando su delito con la cabeza en una plaza pública... ¿Os estremeceis, amigo mio?... En eso reconozco al hijo sumiso y amante del que le ha dado el ser, que conoce tambien las angustias de ver comparecer á su padre ante un tribunal, y el martirio de una separacion eterna de las personas que mas quiere en este mundo.

Aunque yo era muy niño, la impresion de aquel suplicio se grabó profundamente en mi imaginacion. Además me hallaba continuamente en presencia de mi madre, noble y santa mujer, que, á pesar de los heróicos esfuerzos que hacía por conseguirlo, no siempre lograba ocultarme su desesperacion por aquel trágico suceso. El verdugo habia roto nuestro escudo de armas, todos los bienes de mi padre habian sido confiscados: y no nos quedaba para mantenernos sino lo poco que poseia mi madre. Esto era, sin embargo, suficiente á nuestras necesidades, puesto que no gustábamos sino del retiro, y que queriamos vivir ignorados en una sociedad, que nos envolvia en el crímen, ó por mejor decir en el estravio momentáneo de mi desdichado padre. Asi es que, estraño á todo pensamiento ambicioso, yo no buscaba distracciones sino en el trabajo; despues de las horas dedicadas al estudio daba el brazo á mi madre cuya salud se habia deteriorado atrozmente y la acompañaba á dar una vuelta por el campo, escogiendo siempre para nuestros paseos los sitios mas solitarios.

Muchas veces nos encontrábamos con una jóven que iba acompañando á un anciano bastante vigoroso aun. Siempre que nos veia nos dirigia una mirada cariñosa y parecia que aquel hombre respetable, comprendiendo lo intenso de nuestra tristeza, queria asociar á ella sus simpatias. Al poco tiempo nos saludamos al llegar á una misma altura; pero nuestro trato no pasaba de aquí; mi madre era muy metida en sí, y al mismo tiempo conservaba toda la altividez de su antigua posicion; el anciano parecia adusto y muy susceptible. ¡Perdóname, buen Heriberto, que describa de este modo tu carácter; mas adelante la amistad que estrechaste conmigo borró enteramente mis primeras prevenciones contra ti!...

Llegó un dia fatal en que ya no tuve que servir de guia á mi madre. ¡Sus disgustos la habian llevado antes de tiempo á aquel campo comun, donde descansan juntos el pobre y el rico; el magnate y el último del pueblo!....

Despues de varios dias pasados en el mas amargo dolor, sin amigos y sin tener una persona que me consolase en mi afliccion, me acordé de pronto y con mucha vehemencia de la jóven con quien soliamos hallarnos en nuestros paseos cotidianos. Este recuerdo fué para mi una especie de revelacion, que me hizo comprender que yo no habia podido despedirme aun definitivamente del sol, de las flores y de los árboles; en una

palabra, que no habia renunciado aun á la vida.

Aquella misma tarde volví al sitio de nuestros paseos. ¿Qué dolorosos fueron los recuerdos que me asaltaron apenas me ví en aquellos lugares, en donde ya no podia comunicar mis ideas con aquel ser querido que me habia enseñado á sentir y que habia completado mi educacion moral con sus santas reflexiones!... ¡Mi brazo lloraba aquel otro brazo que se apoyaba en él y yo no tenia mas remedio que devorar en silencio mis tristes pensamientos, ó dirigirme á un fantasma que no podia escucharme! ¡Cruel muerte! decia yo en el esceso de mi dolor, pórque no vienes siempre sino á medias? ¿Por qué no reunes nunca, por qué no cortas á un mismo tiempo el hilo de las vidas de aquellos seres que no pueden soportar la idea de una separacion tan dolorosa? ¿Por qué no cierras con un solo golpe los ojos de aquellos que no tienen mayor placer que el de mirarse mútuamente?»

El padre Serafin se detuvo; aquellos recuerdos ahogaban su voz, y copiosas lágrimas corrian por sus descarnadas mejillas. Ulrico lloraba poco menos que él.

Pero en el religioso la parte moral tardaba muy poco en sobreponerse á la física. El P. Serafin rechazó bien pronto aquella ternura, hija de la flaca y débil naturaleza, y continuó diciendo con voz dulce y tranquila:

—«Proseguia yo mi paseo, á la casualidad, y temiendo caerme á cada paso en fuerza de la gran pena que sentia en mi interior y que hacia flaquear mis rodillas, cuando de pronto me encontré con el anciano y con su hija. El padre, al verme, en vez de contentarse con saludar como tenia de costumbre, dió un grito que manifestaba á las claras sus simpatías hácia mí, y acercándose un poco mas, me preguntó con el mas vivo interés: ¿Qué os ha sucedido caballero? ¿En qué consiste que vengais solo al paseo? Satisface su curiosidad á pesar de lo doloroso que me era hablar de todo cuanto me recordaba la muerte de mi buena madre, y desde aquel momento estrechamos amistad aquel anciano y yo. Desde aquel mismo instante tambien, amé y fuí amado de Luisa que era el nombre de la jóven.

Maese Heriberto era uno de los profesores mas sabios de la universidad; nadie le igualaba en el conocimiento del griego y del hebreo, y á su cátedra asistia un número prodigioso de alumnos. Yo empecé á asistir á ella desde luego; pero solo en clase de oyente, por no verme en la precision de tener que revelar mi apellido, tan ilustre en otros tiempos y tan infamado de resultas de la sentencia que habia herido á mi padre, y en él á toda su descendencia. Maese Heriberto estaba orgulloso de tenerme en su cátedra, y hablaba contínuamente á todo el mundo de su discípulo favorito, que era como me llamaba siempre; todas las noches iba á visitarle; y apenas me habia sentado á su lado á la chimenea cuando, para manifestar la satisfaccion que tenia en verme, encargaba á su hija con la mas amable sonrisa que nos subiese de la bodega una botella de la mejor cerveza que hubiese en ella. Yo no trataré de pintaros la hermosura de Luisa, que era lo que llama el mundo un ángel, tanto por su aspecto como por la inocencia de sus costumbres y por la bondad de su carácter.

Ambos nos amamos desde el momento de conocernos, sin que ni Luisa ni yo supiésemos aun lo que era amor; nuestros corazones estaban ya unidos antes que nuestras bocas hubiesen pronunciado ninguna palabra amorosa; Luisa y yo disfrutábamos una felicidad de la que nosotros mismos nos hubiésemos visto bien apurados para dar la razon, y nos dejábamos llevar de aquel torrente de delicias á la manera que

la barquilla que se ha desatado de la amarra se deja arrastrar por una corriente impetuosa. ¡Muros sagrados, santo retiro, en el cual respiro todavia, perdonadme que use este lenguaje profano para esplicar lo que pasaba por mí en aquella época de delirio!...

Al cabo de tiempo conocimos que entre dos seres queridos podia existir otra relacion que la de un amor mudo y sin pretensiones de ningun género. Este descubrimiento se lo debimos á un capitan de dragones, que, enamorado ciegamente de Luisa, se la pidió á su padre por esposa. Yo me hallaba en su casa cuando el capitan se esplicó con el buen anciano, y salí de allí sin saber lo que me pasaba y ardiéndoseme la cabeza....

Al dia siguiente, apenas me levanté cuando escribí una carta á Maese Heriberto. Creo no tener necesidad de esplicaros el contenido de mi escrito.

Segun mi invariable costumbre, en cuanto anocheció me presenté en casa de Luisa, temblando, sin embargo, como si hubiese cometido un crimen. Recibióme el anciano como siempre, lo cual me tranquilizó, como podeis figuraros, y me probó que mi proposicion no le habia desagradado del todo.

—¿Conque habeis pensado en casaros con mi Luisa? dijo al cabo de un rato. Nada tengo que oponer á este enlace, mi querido Serafin, y confieso francamente que no me pesará tener un yerno de tanto mérito como vos.

—¡Qué es lo que oigo!... contesté yo interrumpiéndole. ¿Será posible que os digneis admitirme por hijo vuestro?... ¡Oh, gracias, gracias!.... ¡Si supiéseis cuanto amo á vuestra hija!...

—Y creo que vos tampoco la sois indiferente, segun todas las apariencias; contestó el buen anciano.

—¡Dios mio! esclamé, ¿será posible que sea yo tan dichoso?....

—Probablemente no ignorais á á estas horas que lo que yo digo es cierto. No importa: me habeis inspirado cariño y sois el hombre que me conviene para mi hija bajo todos conceptos. No paso cuidado por vuestra suerte futura: lo poco que yo poseo será lo suficiente para que podais atender á vuestra manutencion, interin vos os colocais convenientemente. Resta, sin embargo, un paso que dar antes que pasemos adelante en este asunto. Ya conocereis que yo no puedo daros á mi hija sin saber cual es vuestra familia, cosa de que no hemos hablado jamás desde que nos conocemos, pero de la que es ya preciso tratar en las actuales circunstancias.

—¿Mi familia?...

—¿Teneis algun inconveniente en esplicaros sobre el particular?...

—No, pero...

—Ya conoceis que mi pregunta no puede estar mas en el órden a la altura en que nos encontramos. Vamos á ver, conmigo no debe haber ya un orgullo mal entendido; si sois de humilde estraccion, no tengais el menor reparo en confesármelo aun cuando fueseis hijo de un simple jornalero, esto no os haria perder nada en mi concepto. Segun mi modo de ver, el primer mérito es el personal; la primera distincion, la que proviene del estudio y del trabajo.

—Mucho os engañariais, le respondí, no sin cierto orgullo, si me creyéseis hijo de la última clase de la sociedad. Muchas veces habeis encontrado á mi pobre madre, en cuyo rostro y maneras habeis podido reconocer, por poco que hayais fijado en ella la atencion, que pertenecia á la primera nobleza.

—¡Hola! ¿Seriais acaso un príncipe disfrazado?

—No; pero pertenezco á una familia ilustre, cuyas desgracias han sido por otra parte harto crueles.

—Entonces, decidme vuestro apellido.

El buen doctor se sonreia; Luisa tambien estaba con nosotros.

Por fin, me vi precisado á descubrir mi secreto. Heriberto, apenas me hubo oido, cuando se quedó pensativo y taciturno; Luisa, tan tranquila y amable como si nada hubiese oido: aunque hubiese sido yo mismo el delincuente, Luisa no hubiese podido creer jamás que lo era.

Estuve un rato que apenas podia respirar: á la ansiedad de mi alma se unia cierto sentimiento de humillacion; en una palabra, la actitud del doctor me heria en mi amor filial.

Este me dirigió por fin la palabra, y yo escuché con el mismo respeto religioso con que hubiera podido oir á un oráculo.

—Serafin; me dijo midiendo sus palabras, es muy grave el ser hijo de un criminal de esa especie. Perdonadme si os aflijo al hablar asi, pero es necesario llamar las cosas por sus nombres. Conozco que jamás deben perjudicar á los hijos las faltas de los padres; y sin embargo, ved cómo sin culpa ninguna de vuestra parte habeis decaido de rango, habeis perdido todos vuestros títulos, y os hallais con todos los bienes de vuestro padre confiscados. ¡La sentencia pronunciada contra el autor de vuestros dias os ha herido cuando estabais en la cuna!..... ¡Pues bien! ese signo de reprobacion podria continuar aun marcando vuestra frente si llegais á ser conocido en el mundo bajo vuestro verdadero apellido; hay mas, el oprobio de vuestra familia pasaria á la que eligieseis por esposa y á los hijos que el Señor se dignase concederos.

—¡Dios mio! contesté, ¿qué es lo que debo hacer en semejante caso?.. ¿Ha de ser mi suerte igual á la de la descendencia de Cain?...

—Tranquilizaos, mi buen amigo, dijo entonces el doctor. Lo que ahora conviene es ver si puede hallarse remedio á este mal. Vos erais noble por vuestros antepasados; de lo que debe tratarse es de que lo seais en lo sucesivo por vos, pero no por un brillante escudo de armas, puesto que la mano del verdugo ha roto el vuestro en mil pedazos: sed grande, haceos célebre por vuestro mérito, por vuestro saber.... y entonces podreis presentaros en todas partes con la cabeza erguida, y yo no tendré el menor inconveniente en daros la mano de mi hija.

—¿Qué condicion es la que me imponeis? dije yo con el mayor abatimiento: ¿cómo es posible que principiante en la carrera, y tan jóven, pueda yo distinguirme entre todos mis condiscípulos?

—¿Y por qué nó? replicó el anciano. ¿Tenia acaso Abelardo mas tiempo que vos cuando atrajo alrededor de su cátedra mas de seis mil alumnos? Yo seria injusto si exigiese de vos que hicieseis otro tanto; pero distinguios en una universidad en pais estrangero... despues volved aqui, y Luisa será el premio de vuestros desvelos. Nadie tendrá derecho entonces para criticar el que yo os haya elegido por yerno.

Tuve que conformarme con aquella decision, y emprendí en seguida mi viaje á la universidad de Lovayna. Allí me dí á conocer muy pronto por mi aplicacion; el amor profundo que estaba arraigado en mi corazon me daba una energía que era imposible domar. El trabajo no era nada, segun mi modo de racioeinar, porque yo no veia en él sino el término, aquel término, objeto único de mis pensumientos, de mis sueños, de mis mas halagüeñas esperanzas. Cuando tenia que luchar con alguna nueva dificultad, pronunciaba el nombre de Luisa, y al momento me hallaba con un valor de que yo mismo me admiraba: apenas habia vencido los obstáculos que antes me parecian insuperables, gritaba alborozado: ¡Luisa, Luisa!.... al

valor que tú me infundes debo este nnevo triunfo!... y creyendo firmemente que era así, me tenia por el hombre mas feliz del mundo. En una palabra, aquel nombre era para mi á uu mismo tiempp guia, escudo y áncora de salvacion.

En este estado pasé tres años largos; la fortuna y la gloria me habian abierto los brazos; Heriberto desde mi patria me animaba con sus escritos, y aplaudiendo mis esfuerzos me alentaba á proseguir con nuevo ardor la comenzada tarea. Disponíame á escriáir al buen anciano, suplicándole pusiese término á mi destierro, cuando un dia recibí carta suya instándome á que diese cuanto antes la vuelta á Alemania, puesto que Luisa se hallaba bastante indispuesta y reclamaba mi presencia.

En seguida me puse en marcha con el corazon traspasado de dolor; pero á medida que iba tocando al término de mi viaje, sentia que la confianza y la alegria iba renaciendo en el fondo de alma. Figurábame ya en mi imaginacion la poética escena que iba á ofrecerse á mi vista en el momento de mi presentacion; veia ya de antemano á Luisa ruborizada desde el punto en que me viese en su presencia, y al buen anciano sonriéndose al ver las mejillas de su hija cubiertas de carmin recordándole aquel cuadro los tiempos felices de su juventud.

—¡Luisa, Luisa! exclamaba yo en medio de mi exaltacion febril, dentro de poco seré el más felíz de todos los mortales... ¡Mi dicha no me habrá costado muy cara...

Al mismo tiempo aplicaba las espuelas á mi caballo, que, aunque hubiese tenido alas, me hubiese parecido que aún no volaba con bastante velocidad. Heme aquí ya llegado al pueblo y al estremo de la calle en que habitaba el doctor... habia tanta gente parada, que no me atreví á pasar á caballo por medio de aquella multitud, y eché pié á tierra, creyendo que así me sería más fácil atravesar hasta la casa de Heriberto. Apenas eché pié á tierra cuando pregunté al que estaba más inmediato á mí en qué consistia aquel agrupamiento de gentes.

—Están esperando el entierro de una jóven que ha muerto ayer en esta calle. ¡Pobrecita!... aún no habia cumplido veinte años.

Estas sencillas palabras causaron en mí tal trastorno, que, sin saber por qué, empezé á abrirme paso como un furioso por medio de aquellas gentes hasta dar vista á la casa de mi amada.

Un rayo que hubiese caido sobre mi cabeza no hubiese causado en mí un trastorno semejante al que produjo en todo mi ser el ver colgadas de blanco las ventanas y paredes de la morada de Heriberto. La comitiva empezaba á salir entonces, reduciéndose á una porcion de doncellas vestidas tambien de blanco, formadas en dos filas y con una vela encendida. Seguian á las doncellas unos cuantos jóvenes, y detrás de todos cuatro hombres que llevaban en hombros una cosa cubierta con un paño blanco tambien.

Verlas y lanzarme á su encuentro fué todo uno.

—¡Luisa! esclamé, ¡Luisa mia, mi amor, mi bien!... ¿Es posible que seas tú la que encierra ese funesto ataud? ¡Habla, dime aunque no sea sino una palabra de amor, y esta dicha me quitará la vida de repente, con lo cual iré á unirme contigo!...

Así hablaba yo en la exaltacion de mi alma y sin saber lo que decia, cuando de pronto me pareció oir una voz que me decia:

—Tranquilízate Serafin, y no llores la suerte de la que es más felíz en este momento que todas las criaturas de la tierra. Luisa está ya en poder de los ángeles del Señor.

¿Qué fué lo que pasó despues de todo esto? Lo ignoro completamente porque perdiendo en seguida el sentido, no volví en mí hasta pasadas muchas horas.

Tampoco quise velver á ver al padre de Luisa. ¿Qué podia yo decirle? Hay cierto dolor del cual no debe hablarse jamás.

A los dos dias llamaba yo á las puertas de un convento, en donde fuí admitido sin dificultad. El mundo era odioso á mis ojos; huia yo con horror del bullicio y de todo lo que fuese vida y movimiento; la risa de los demas hería mis oidos, y buscaba con avidez un retiro hasta el cual no pudiese llegar nunca el ruido del mundo. Solo el claustro podia proporcionarme lo que tanto ansiaba.

¡El claustro:... ¡Bendito sea una y mil veces!... Refugio de los desgraciados, asilo de los que padecen, puerto de todos los náufragos del mundo, se eleva tranquilo y melancólico, grave y lleno de una triste serenidad, por cima de todas las pasiones de la tierra. Su torre maciza, su modesto campanario, sus arcos poéticos y sus celdas adornadas por la cruz del Redentor; todo esto llama allí al desgraciado, todo le convida al reposo, á la oracion, al consuelo; todo, en fin, le dice á gritos: ¡Ven, tú que lloras, y aquí se enjugarán tus lágrimas; ven, tú que has perdido la esperanza, y aquí te será permitido esperar de nuevo; ven, tu que te hallas solo en el mundo, sin amigos y sin ilusiones, aquí hallarás una familia, y en vez de las ilusiones engañosas del mundo, la realidad de la fé que germinará y florecerá en tu alma! Hé aquí el claustro, hé aquí el asilo del cristiano, hé aquí la estacion más inmediata al cielo!...

Y sin embargo, mi querido Ulrico, no creas que es fácil saber merecer tan grandes consuelos, gracia tan perfectas, para hacerse dignos de ellas, para unirse en cierto modo á Dios y saber ponerse en estado de pertenecerle, es precisos que el hombre se estudie á sí mismo, que se combata sin cesar, en una palabra, que se renueve completamente, convirtiéndose en un hombre distinto de lo que era antes de entrar en religion. Así es que en un principio he estado muy distante de triunfar de mí sin esfuerzos, de entrar en el retiro sin que me costase dificultad, de soportar con paciencia la calma de mi nuevo estado, de romper definitivamente con los recuerdos de lo pasado, de saber sofocar en el fondo de mi corazon las aspiraciones de una pasion que habia sido tan violenta, y, finalmente, de comprimir todas las quejas de una desesperacion que habia rayado en frenesi...

No: tuve que luchar y por mucho tiempo; tuve que hacer desaparecer completamente el ser carnal, el hombre del siglo; tuve, en fin, que proguntarme con espanto y con mucha frecuencia, si mi vocacion cenobítica era nn acaloramiento, ó una cosa séria y meditada con toda conciencia.

¡Gracias sean dadas á Dios que despues de tantas pruebas ha permitido que cada dia me afirmase más y más en la santa resolucion que tomé desde la muerte de Luisa.

Ahora, si me veis débil y enfermo, no es por otra razon que por no haber sabido hacerme superior á mi dolor en un principio. Mis padecimientos físicos no son otra cosa que una consecuencia de lo que sufrí entonces moralmente.

¡Haga el Señor de mí lo que quiera!... ¡Si es su santa voluntad llamarme á su seno, libertándome de las cadenas de esta vida, cúmplase lo que tenga ordenado; si quiere probarme aún más, prolongando mi estancia en este valle de dolores, sea como lo tiene dispuesto en su infinita bondad!»

—¡Pobre Serafin!... exclamó involuntariamente Ulrico.

—Amigo mio, contestó Ulrico con cierta dulce severidad; no me compadezcais; no es eso lo que exijo de vos. Las pruebas porque el señor me ha hecho pasar eran convenientes

Universidad de Deusto
Biblioteca

sin duda, para mi salvacion eterna y si ha abierto tan pronto á Luisa las puertas del cielo, ha sido por haberla juzgado digna de dicha tan inefable.

Por última vez, no me compadezcais. El único objeto que me ha movido á contaros mi historia, ha sido el de reanimar vuestro valor con la comparacion de unos dolores, iguales, sino mayores que los vuestros. He querido tambien enseñaros, hermano mio, con cuánta prudencia debe procederse antes de pronunciar los votos religiosos, y cuánta meditacion, cuánta fuerza de alma y cuánta abnegacion son necesarias para un acto tan grande, tan serio y tan terrible, puesto que es á la vez sagrado é irrevocable. Si pensais uniros á Dios con un lazo indisoluble, reflexionad bien de antemano lo que es un compromiso contraido con el Criador y dueño soberano de todas las cosas....., y entonces..... ¡temblad! porque los mismos ángeles tiemblan ante la Majestad Suprema. Repetios una y mil veces que, por puro que sea el hombre, nunca lo será de mas, nunca será demasiado humilde ni demasiado perfecto para vestir el hábito de los Brunos, de los Domingos y de los Franciscos. No es del convento de quien debeis desconfiar, sino de vos mismo. Vuestra indignidad debe estar siempre escrita ante vuestros ojos con caractéres de fuego, y teneros vigilante á fin de que no seais sorprendido por el demonio, que anda dando vueltas continuamente á vuestro alrededor.

Si el mundo ha conservado aun sobre vos un imperio secreto, si el amor os ha dejado aun alguna esperanza, en una palabra, si vuestra vocacion al retiro, al silencio y á la oracion no es perfecta, entonces debeis aspirar á volver entre los hombres, si bien con la idea de ser útil á vuestros semejantes, puesto que tambien se puede servir á Dios en el mundo. Tal es el doble camino que se os ofrece. Antes de entrar en cualquiera de los dos, meditad bien los que vais á hacer, llamad á la oracion en vuestro auxilio y..... si yo no existo..... pensad al menos en todo lo que acaba de deciros.

El P. Serafin estaba tan rendido, que no le fué posible continuar hablando. Dióle de pronto una tos muy fuerte y acompañada de esputos de sangre. Ulrico se asustó y quiso llamar á los demas religiosos para que viniesen á socorrer á su amigo. Este le detuvo con un ademan lleno de autoridad, y en cuanto se hubo serenado un poco le estrechó afectuosamente las manos, y alejándose de aquel sitio precipitadamente se metió en su celda á orar y meditar.

El hijo de Hans Werner estuvo un gran rato antes de poder poner en órden sus pensamientos confusos y agitados. Todo lo que habia oido al P. Serafin le parecia que estaba pasando á su vista. Ulrico estaba aterrorizado al pensar en el estado de su alma, y ni aun se atrevió á preguntarse á sí propio, temiendo hallar en sí aquel cristiano tibio, aquel hombre de mundo apegado á las cosas materiales, cuya descripcion habia hecho su amigo..... La Luisa de Serafin le habia hecho recordar á Marta Forksten.... ¡La comparacion entre ambos amores era tan natural!....

Asi estaba cuando se acercó á él un lego para decirle que en la portería del convento habia un forastero que deseaba hablarle.

—¿A mi? contestó Ulrico.

—Si, hermano mio.

—Pero yo no puedo ir á ese sitio sin el permiso del P. guardian.

—El estranjero lo ha pedido y se le ha concedido inmediatamente.

—En ese caso, ya os sigo.

Ulrico se dirigió á la portería formando mil castillos en el aire por el camino, porque, repasando en su imaginacion los nombres de las personas que podian ir á visitarle no hallaba otro que el del buen ar

mero Forksten. Sin duda, decia para si, el anciano habrá depuesto un rencor momentáneo; y acordándose del gran beneficio que le hice, viene á pedirme perdon por la frialdad que me manifestó al tiempo de despedirse de mí. ¿Quién sabe, añadia, si vendrá quizá á ver si los adelantos que he hecho en mi educacion son suficiente mérito para darme sin dificultad la mano de su hija?

Así, esta visita inesperada de un amigo, le parecia á Ulrico que encerraba todo un porvenir de felicidad.

Obligados á poner fin á nuestro *Leyendario*, tenemos que ponerle tambien á la precedente *crónica* que todavia comprende cinco largos capitulos; pero vamos á resumir el resto de esta interesante novela para satisfacer la curiosidad de los que la hayan leido que indudablemente estará vivamente escitada.

X.

EL SACRIFICIO.

El conde Teobaldo ha llegado al convento donde está Ulrico y pide á este que renuncie al amor de Marta de quien él está locamente enamorado. Enrique se resiste á este sacrificio. El conde le dá una carta de Forksten en que este le ruega encarecidamente lo mismo porque asi hará feliz á su hija Marta. El padre Esteban le aconseja que haga aquel sacrificio y en efecto Ulrico escribe una carta á Forksten y otra á Marta diciendo que él está ya consagrado á Dios y solo desea que Marta se case con el conde y sea feliz. El conde le jura que será eterno su agradecimiento por esta conducta y se retira del convento muy satisfecho.

XI.

MUERTE DE FRAY SERAFIN.

Fray Serafin muere en los brazos de Ulrico que le revela el sacrificio que ha hecho y que Fray Serafin califica de insensato porque no es posible servir bien á Dios y consagrarse enteramente á él cuando se tiene en el corazon otro amor tan vehemente y profundo como el que Ulrico tenia.

XII.

CRISTOBAL.

Este, alegre y feliz, llega al convento y dice á Ulrico que se ha casado con su querida Jenny, precisamente el mismo dia en que se casaron Marta y el conde Teobaldo. El dolor de Ulrico es inmenso al saber que Marta se ha casado. Cristobal le anuncia que su viaje tiene por objeto entregarle una carta de Marta, de la ya condesa de Arreinberg. Ulrico lee temblando esta carta. Dícele Marta que la escribe á escondidas de su esposo y que éste y ella son muy infelices. El conde está loco de celos y tiene un ódio mortal á todo lo relacionado con los Werner porque cree que un Werner le ha robado el corazon de su muger, de la que ama cada vez con mas locura. El padre y los hermanos de Ulrico han sido cojidos robando una de las posesiones del conde y este, presidente del tribunal, los ha condenado á muerte. Marta pide á Ulrico que acuda á echarse á los pies del conde pidiéndole el perdon de su padre y hermanos que no podrá negarle habiéndole hecho el sacrificio que le ha hecho. Ulrico pide permiso al guardian para ir á suplicar al conde y al fin el padre Esteban se le concede aunque tiene el presentimiento de que no ha de volver al convento.

Universidad de Deusto
Biblioteca

XIII.

OLVIDO DEL JURAMENTO.

Este olvido es el en que incurre el conde, pues habiéndose arrojado á sus piés Ulrico pidiéndole el perdon de su padre y hermanos, el conde se niega á ello apesar de haber jurado complacerle en cuanto pudiera en cambio del sacrificio que le habia hecho. Lo único á que accede el conde es á permitirle entrar en la prision para consolar y prestar los auxilios religiosos á su padre y hermanos.

XIV.

LA PALMA DEL MARTIRIO.

Hans y sus dos hijos están en la cárcel bebiendo cerveza y blasfemando cuando entra Ulrico. Cuando reconocen á este le insultan diciendo que él fué su denunciador, y le quieren mátar. Al fin las lágrimas, las esplicaciones, las súplicas y la humildad de Ulrico desarman su cólera, y particularmente la de Reinaldo, y consienten en morir como buenos cristianos. A la mañana siguiente los sacan para el patíbulo. Reinaldo posee un puñal que ha encontrado en la cárcel. En una revuelta del camino donde están el conde, Ulrico y otras personas, Reinaldo descubre al conde, da un empellon á un soldado y asesta una puñalada al hombre que estaba detrás creyendo que era el conde: pero el que recibió la puñalada era su hermano, era Ulrico. Este muere poco despues perdonando á su hermano y pidiendo al conde que á su vez indulte á su padre y sus hermanos. El conde lo hace así, y los reos son puestos en libertad.

. . . . . .

Algunos años despues, en un desierto habitaban una choza rodeada de unas tierrecillas tres piadosos penitentes anacoretas. Eran Hans y sus hijos Fritz y Reinaldo, por quienes Ulrico rogaba desde el cielo.

FIN DEL LEYENDARIO POPULAR.